

Ponerse verde

Ecologización y economía moral
entre los pequeños ganaderos de
la Sierra Morena Sevillana



Ernesto Martínez Fernández

Ponerse verde

**Ecologización y economía moral entre los
pequeños ganaderos de la Sierra Morena Sevillana**

Ernesto Martínez Fernández

Directores:

Francisco Javier Escalera Reyes

Agustín Coca Pérez



2019

La fotografía de la portada pertenece a la Asociación de Desarrollo Rural Sierra Morena Sevillana. Su empleo se realiza bajo autorización de dicha entidad.

Ernesto Martínez Fernández

Ponerse verde. Ecologización y economía moral entre los pequeños ganaderos de la Sierra Morena Sevillana

317 páginas

Tesis doctoral. Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla (Andalucía, España) (2019)

A mis padres

A Nanda, *minha Dolores*

Esta tesis doctoral ha sido realizada gracias a una ayuda de Formación de Profesorado Universitario (FPU12/01132) concedida por el antiguo Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España

Esta tesis opta a la mención internacional en el título de doctorado

ÍNDICE

Índice de tablas y figuras	ix
Resumen	xi
<i>Summary</i>	xiii
<i>Resumo</i>	xv
Agradecimientos	xvii
 PRESENTACIÓN	 1
Organización de la tesis	1
Nota sobre anonimato y transcripción	5
 Capítulo 1. INTRODUCCIÓN	 7
1. En plural	7
2. Aproximación al objeto de estudio	9
2.1. La sostenibilidad como “anhelo” y la agricultura ecológica	9
2.2. Las agriculturas ecológicas	14
2.3. La agricultura ecológica certificada	17
2.4. Algunos datos	19
3. Contexto socio-territorial	23
4. Reflexión metodológica y proceso de investigación	30
5. Estado de la cuestión	33
5.1. Antropología y agricultura ecológica	33
5.2. Programas agroambientales y “resistencia cultural”	36
5.3. Otros enfoques: giro economicista y “politización del conocimiento”	38
5.4. La producción de sujetos ambientales: mirada foucaultiana y crítica etnográfica	43
 Capítulo 2. DEHESA, LATIFUNDISMO Y POSGUERRA	 47
1. Introducción	47
2. La (trans)formación de la dehesa	48
2.1. El paisaje dieciochesco	48
2.2. De las dehesas preliberales... ..	50
2.3. ... a la dehesa liberal	52
2.4. Entresijos de la dehesa	55
3. El dominio latifundista	59
3.1. El destino de los comunales	59
3.2. Un “sistema local de dominación”	60
4. Tierra y trabajo	63
4.1. “Campesinizaciones” frustradas	63
4.2. De la movilización obrera a la “individualización”	66
5. Más allá (y más acá) del latifundio	70
5.1. Las patatas del saco	70
5.2. Terrazgo	74
5.3. La otra batalla del trigo	76
6. Conclusiones	83

Capítulo 3. ALAMBRADAS, BORREGOS Y SUBVENCIONES	85
1. Introducción	85
2. La inestabilidad del latifundismo (y del minifundismo)	86
3. La voluntad de mejorar.....	89
3.1. Una comarca “mejorable”	89
3.2. Resurgir jornalero y cooperativización ganadera	95
4. Bajo el signo de la subvención	98
4.1. Los coletazos del productivismo comunitario... ..	98
4.2. ... y los de las vacas lecheras	101
4.3. Desacoples y desacuerdos	103
4.4. (Post-)producir	106
5. Entre el bosque y el jardín	108
5.1. De repente, el Parque	108
5.2. Dos tazas de sostenibilidad	112
6. Conclusiones	116
Capítulo 4. VIVIR DEL CAMPO, VIVIR EL CAMPO.	
Los ganaderos y las ganaderías de Cazalla	119
1. Introducción	119
2. La estabilidad del nuevo latifundismo	124
3. La mediana ganadería	134
3.1. El mundo del cochino	125
3.2. El umbral de las ayudas de desarrollo rural	128
4. La pequeña explotación	129
4.1. La centralidad de la oveja	130
4.2. Otros aprovechamientos, otras dedicaciones	135
5. A modo de conclusión: jerarquizaciones y sociabilidades ganaderas	138
Capítulo 5. ARTICULAR PALABRA.	
Ecologización ganadera, conflicto y perlaboración discursiva	141
1. Introducción	141
2. Campos en conserva(ción)	144
3. Arenas movedizas	148
4. Intermezzo teórico: articulación y perlaboración	151
4.1. Un cerebro “inencarcelable”	152
4.2. Elementos ideológicos	155
4.3. La articulación de Hall	158
4.4. Žižek y la “perlaboración”	160
5. Forcejeos en el parque	161
5.1. Sostenible desarrollo	162
5.2. La manufactura del medio ambiente	165
5.3. El repliegue de Claudio	169
5.4. Área (no) protegida	170
6. Conclusiones	172

Capítulo 6. DEHESAS DE AYER Y HOY.

Narrativas conspirativas, parque natural y organicismo	177
1. Introducción	177
2. Antropología y narrativas conspirativas	179
2.1. De la teoría a la narrativa	179
2.2. De la brujería a la conspiración	180
3. Un rumor persistente	183
3.1. Retrato de una mangosta	183
3.2. ¿Un recién llegado?	185
3.3. Imaginarios de la introducción	188
4. Introducciones imaginarias	192
4.1. Conversaciones de bar	192
4.2. Paracaídas	194
5. El parque como punto nodal	197
6. Variaciones ecológicas	200
6.1. El discreto encanto de la dehesa	200
6.2 (Casi) sostenible	206
7. Conclusiones	209

Capítulo 7. LA CERTIFICACIÓN DE LAS SUSTITUCIONES, LAS SUSTITUCIONES DE LA CERTIFICACIÓN.

El manejo de la (des)confianza en la práctica de la auditoría ecológica	211
1. Introducción	211
2. Sobre el papel	215
2.1. De las pautas a las normas	215
2.2. Compromisos	217
3. La autonomía de la certificación	219
3.1. Del “aroma” holístico a la sustitución de insumos	219
3.2. Control de mercado	220
3.3. Margen de maniobra	223
4. La incertidumbre del verificador	224
5. Proceder con la auditoría	227
5.1. Víctor: endurecer la norma	227
5.2 Fernando: “formalismo moral”	229
6. Conclusiones	234

Capítulo 8. A VUELTAS CON LA GANADERÍA ECOLÓGICA.

Las conversiones al programa ecológico más allá de la subvención	237
1. Introducción	237
2. Pre-historias de la conversión	239
2.1. Convencimientos	239
2.2. “Ecológicos en la práctica”	241
3. Con-versiones	246
3.1. El “dilema de sustitución”	247
3.2. Prueba-error	248
3.3. De ida y vuelta	251
4. Una ética de la pervivencia	253
4.1. “Darse el arte”	253

4.2. Legitimación y repertorio cultural	255
4.3. Entre el arte, la maña... ¿y la artimaña?	258
4.4. La auditoría como arena	260
5. Re-versiones	261
6. Conclusiones	264
Capítulo 9. CONCLUSIONES GENERALES	269
1. Perlaboración y fantasía	270
2. “Ética de la pervivencia” e improvisación	272
3. Simetría y anhelos	274
<i>Chapter 9. GENERAL CONCLUSIONS</i>	279
1. <i>Perlaboration and fantasy</i>	280
2. <i>‘Ethics of endurance’ and improvisation</i>	281
3. <i>Symmetry and longings</i>	283
Bibliografía	287
Fuentes	308
Glosario agrario (y) local	311
Acrónimos y otras siglas	313
Anexo 1. Zonificación del territorio del PN Sierra Norte de Sevilla	315

ÍNDICE DE TABLAS Y FIGURAS

Tablas

1.1. Coberturas vegetales de la tierra de Cazalla (2007)	29
2.1. Estructura de la propiedad de Cazalla de la Sierra hacia 1940	61
4.1. Actual estructura de la propiedad de Cazalla de la Sierra	120
4.2. Proporción de titulares foráneos según tamaño de finca	121

Figuras

1.1. Porcentaje de superficie ecológica (certificada + en conversión) sobre SAU en los Estados miembros de la UE (2017)	20
1.2. Porcentaje de superficie ecológica (certificada + en conversión) sobre SAU por comunidades autónomas (2017)	21
1.3. Porcentaje de cabezas de ganado ecológico sobre ganado total (bovino, ovino y caprino) por comunidades autónomas (2017)	21
1.4. Evolución de la superficie agrícola y del número de explotaciones ganaderas ecológicas por tipo en Andalucía (2001-2017)	22
1.5. Mapa de la Sierra Morena Sevillana	24
1.6. Evolución demográfica de Cazalla (1847-2018)	25
1.7. Cochinos en la dehesa	28
2.1. Cochinos en montanera (hacia 1970)	56
2.2. Arado de olivar (hacia 1970)	62
2.3. Familia campesina haciendo un alto en la siega (hacia 1950)	73
3.1 y	
3.2. Acciones del plantel del SEA: exposición de diferentes tipos de alambrada y prueba de apero de tractor (1971)	91
3.3. Concentración a las puertas del ayuntamiento durante la huelga general convocada por el SOC los días 27 y 28 de febrero de 1978	96
3.4. Evolución de la producción de aceituna entregada a la cooperativa olivarera local (campañas 1980/1981-2015/2016)	113
3.5 y	
3.6. Fincas agrícolas y ganaderas acogidas al programa andaluz de producción ecológica en la Sierra Morena Sevillana (2011)	115
4.1. Cochinos en una cerca en los meses de verano	126
4.2. Hortelano (neoagricultor) llenando cajas de patatas y batatas	130
4.3. Ovejas pastando en los llanos de una dehesa	131
4.4. Pequeño ganadero ordeñando cabras	135
5.1. Encina de grandes dimensiones, “formada” según el canon local	168
6.1. Meloncillo (<i>Herpestes ichneumon</i>)	178
6.2 y	
6.3. Fotografías tomadas por ganaderos locales de cadáveres de ocas y corderos presuntamente atacados por meloncillos	184
6.4. Suelta de un lince en la Sierra de Andújar (Jaén) en el marco del proyecto Life+ Iberlince	191
6.5. Publicación de la Asociación Española de Agentes Forestales y Medioambientales en la red Instagram (28/12/2016)	196

6.6. Cartel del I Día de la Dehesa	203
7.1. Proceso de alta y mantenimiento en la producción ecológica certificada en Andalucía	213
7.2 y	
7.3. Logotipos (antiguo y vigente) de producción ecológica de la UE	217

RESUMEN

Esta tesis se centra en las relaciones que los pequeños ganaderos de la Sierra Morena Sevillana (Andalucía, España) establecen con la agricultura ecológica. La perspectiva adoptada consiste en atender a la polisemia emic en que la agricultura ecológica se manifiesta en Cazalla de la Sierra, el municipio donde fue realizada la investigación etnográfica que sirve de base a la tesis. Una de las “agriculturas ecológicas” que se abordan tiene que ver con la idea de una actividad agraria en equilibrio con el medio. Se sostiene que esta idea debe entenderse como la traducción al ámbito agrario de la sostenibilidad, un “anhelo” que ha venido a ocupar una posición central en la trama cultural de nuestras sociedades.

La internalización por parte de los ganaderos locales de ese “prisma conceptual” –en cuyo seno la lectura de la dehesa en términos de sostenibilidad juega un papel crucial– tiene que ver con el proceso que en la tesis se da en llamar “ecologización”. Se argumenta que éste se ha producido en paralelo a una “ecologización” de la intervención institucional, uno de los factores estructurantes del campo de fuerza agrario de las últimas décadas, y que, en ese sentido, el fenómeno tiene un carácter marcadamente político. El foco se pone sobre las prácticas discursivas que tienen lugar en las arenas donde se materializan las tensiones con las intervenciones de tipo (agro)ambiental, destacando entre ellas el conflicto con el Parque Natural Sierra Norte de Sevilla. Esos discursos ganaderos animados por la “ecologización” se entienden como originales construcciones en las que el anhelo de sostenibilidad se articula con elementos diversos del repertorio cultural y las memorias colectivas para defender con eficacia la continuidad de la intervención ganadera en el medio.

En segundo lugar, se describen y analizan las relaciones con el programa andaluz de producción ecológica certificada vinculado a la Política Agrícola Común (PAC). Se argumenta que, en un contexto de declive de la rentabilidad e insuficiencia de los ingresos obtenidos vía venta del ganado y recepción de subvenciones, ha emergido entre los pequeños ganaderos locales un tipo de economía moral por la que la continuidad de sus explotaciones se entiende como una suerte de derecho. Esta “ética de la pervivencia” se manifestaba en una visión del beneficio de la ayuda por producción ecológica como toda una prerrogativa. Pero también se materializaba en las legitimaciones de las diversas formas en que se afrontan tanto la conversión como, en particular, el “dilema” que implica una sustitución de insumos que resultan mucho más caros y menos eficaces en comparación con los productos convencionales. Frente a enfoques unilaterales, la mirada que se adopta intenta explorar la imbricación entre lo material, lo histórico y lo situacional para destacar la contingencia de esas tácticas y lo que ello nos dice de los pequeños ganaderos serranos en cuanto seres humanos completos y complejos.

SUMMARY

This dissertation focuses on the diverse ways small stockbreeders located in the Sevillian Sierra Morena mountain range (Andalusia, Spain) interact with organic farming (*agricultura ecológica*). Organic farming is not understood as a pre-established category. Instead, the notion is built based on the stockbreeders' point of view with the aim of grasping the everyday workings of organic farming. This emic-based construction leads to a dual subject matter. One area of study is that organic farming corresponds to an idea of farming in balance with the environment. It is argued that this idea must be understood as a translation specific to the agrarian domain of sustainability: a 'social longing' that has become central within our societies' cultural fabric.

The internalised beliefs and attitudes of the local stockbreeders in regard to this 'conceptual prism' are related to a process that this dissertation calls 'ecologisation'. Understanding of the *dehesa* (Iberian open oak parkland) in terms of sustainability is key here. I argue that the aforementioned 'ecologisation' has occurred parallel to an 'ecologisation' of institutional interventions. These interventions are the key structuring forces of the agrarian field, where stockbreeders participate and struggle. Thus, stockbreeders' 'ecologisation' must be seen, mainly, as a political phenomenon. The focus is placed on the arenas where tensions with (agro)environmental interventions arise. The most prominent of these tensions is the conflict with the Sierra Norte de Sevilla Natural Park. The 'ecologisation'-fueled discourses are understood as unique constructions that combine the longing for sustainability with diverse elements of the stockbreeders' cultural repertoire and their collective memories. They allow stockbreeders to effectively fight and defend their agrarian actions on and within the environment.

In a second area of study, stockbreeders' interactions and relationships with the Andalusian organic production scheme are described and analysed. Among the stockbreeders, due to an economy of declining income from cattle sales combined with an inflow of government subsidies, a type of 'moral economy' has emerged. Stockbreeders see continuing their livelihood as a type of right that must be protected. This 'ethics of endurance' contributes to regarding organic farming subsidies as a prerogative of small stockbreeders. Likewise, the 'ethics of endurance' can be seen in the legitimisation of the various ways in which small stockbreeders face conversion to organic farming. This is especially evident regarding the 'dilemma' stemming from the replacement of supplies that consists of acquiring more expensive and less effective products than the conventional ones. In contrast with excessively 'consistent' frameworks, the approach adopted here is sensitive to the changing entanglements of material, historical and situational factors. Thus, my aim

is to highlight the contingency of these tactics and to develop a perspective able to portray Sevillian Sierra Morena's stockbreeders as complete and complex human beings.

RESUMO

Esta dissertação foca nas relações que os pequenos criadores de gado da Serra Morena Sevilhana (Andaluzia, Espanha) estabelecem com a agricultura orgânica (*agricultura ecológica*). A perspectiva adotada consiste na atenção à polissemia emic em que a agricultura orgânica se manifesta no povoado de Cazalla de la Sierra, onde foi realizada a pesquisa etnográfica base de esta tese. Uma das “agriculturas orgânicas” abordadas no trabalho tem a ver com a ideia de uma atividade agrária em equilíbrio com o entorno. Defende-se que a sustentabilidade tem ocupado uma posição central na trama cultural das nossas sociedades, se convertendo num verdadeiro “anseio social”. Defende-se ainda que a mencionada ideia de agricultura orgânica deve ser entendida como a tradução da sustentabilidade no âmbito agrário.

A internalização por parte dos criadores de gado locais desse “prisma conceitual” –no âmbito do qual a leitura acadêmica do “montado” (*dehesa*, em espanhol) em termos de sustentabilidade desempenha um papel fulcral– identifica-se com o processo designado como “ecologização” nesta tese. Argumenta-se que esse processo tem-se produzido em paralelo com uma ecologização da intervenção institucional –um dos fatores estruturantes do campo de força agrário nas últimas décadas– e que, nesse sentido, o fenômeno tem um caráter marcadamente político. Se coloca o foco sobre as práticas discursivas que têm lugar nas areias onde se materializam as tensões com as intervenções de caráter (agro)ambiental, destacando-se entre elas o conflito com o Parque Natural Sierra Norte de Sevilla. Esses discursos dos criadores de gado, alimentados pela “ecologização”, entendem-se como originais construções nas que o anseio de sustentabilidade se articula com elementos diversos do repertório cultural e as memórias coletivas. Isso com a finalidade de defender com eficácia a continuidade da intervenção agrária no meio ambiente.

Por outro lado, descrevem-se e analisam-se as relações com o esquema andaluz de “produção orgânica certificada” ligado à Política Agrícola Comum (PAC). Argumenta-se que, num contexto de declínio da rentabilidade e insuficiência dos recursos obtidos através da venda de gado e do recebimento de auxílios públicos, tem emergido um tipo de economia moral entre os pequenos criadores de gado locais. Com base nessa economia moral, a continuidade de suas explorações entende-se como uma espécie de direito. Essa “ética da perdurabilidade” manifestava-se numa visão do recebimento do auxílio por produção orgânica como uma prerrogativa. Mas também se materializava nas legitimações das diversas formas de afrontar quer a conversão, quer o “dilema” que supõe uma substituição de insumos que são mais caros e menos eficazes quando comparados com os produtos convencionais. Em contraste com enfoques unilaterais, o olhar adotado aqui tenta explorar a imbricação entre o material, o histórico e o situacional para destacar a contingência dessas

táticas e o que isso nos diz sobre os pequenos criadores de gado serranos como seres humanos completos e complexos.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras personas a las que quiero expresar mi agradecimiento son las gentes de Cazalla de la Sierra y, en particular, sus ganaderos. Sin su apertura a colaborar con mi trabajo de investigación, nada de lo que sigue sería posible. Con ellos, he aprendido a ver la realidad a partir de sus matices. Se han convertido así en parte indeleble de mí. Algunos hace tiempo que dejaron de ser “interlocutores” para convertirse en amigos. No sé si se verán mejor o peor reflejados, pero sí quiero que tengan la certeza de que esta tesis y el proceso de investigación que la sustenta han tenido siempre como una de sus divisas el respeto hacia ellos.

Agustín Coca ha sido uno de los mejores co-directores de tesis que se pueda soñar. Él ha sabido darme los consejos oportunos para guiarme por el mundo de la sociedad rural andaluza sin achicar espacios a mi propia exploración. Ha entendido mis momentos de estancamiento y mis giros, acompañándome en ellos desde una voluntad constructiva que sólo la amistad puede sostener. Javier Escalera ha sido un ejemplo de fineza y rigor que me ha inspirado a lo largo de toda la investigación. La posible coherencia de los argumentos que presenta esta tesis debe mucho a su lectura atenta y a su equilibrada crítica.

Antonio Carmona ha tenido la gentileza de ser para mí un “libro abierto”, siempre dispuesto a leerme y a aconsejarme en la difícil tarea de la (etno)historia. Marta Soler puso a mi disposición unos materiales en los inicios de la investigación que fueron cruciales para entender la intervención de carácter estatal sobre el medio rural europeo. A los “camero-estadounidenses” Manuel Pinto y Gina Nigro les agradezco, aparte de la suerte de habernos encontrado, su ayuda con la traducción del resumen al inglés.

El Grupo de Investigación Social y Acción Participativa (GISAP) ha sido un entorno siempre receptivo al intercambio de ideas. Entre mis colegas del GISAP, Macarena Hernández ha sido un apoyo constante, una amiga que me ha ofrecido consejos siempre valiosos. Rafa Cáceres y Frasco Díaz han sabido escucharme y darme ánimos para “parir”. José Antonio Cortés ha sido un acicate para afinar en mis reflexiones tras cada uno de nuestros encuentros. Mención especial merecen mis colegas estudiantes de doctorado, con quienes tantos talleres de tesis, cafés y cervezas he compartido. A Maite Iglesias, además de un recorrido paralelo desde nuestra etapa de máster, me unen utopías y cuidados. Santi Montero e Isa Martín han sido una suerte de mellizos de cuyas miradas se ha nutrido la mía y con quienes espero seguir pensando a las gentes de Sierra Morena.

Monique Nuijten fue una extraordinaria supervisora durante mi estancia en Wageningen. Le agradezco su paciencia y su magisterio. Maite Hernando y Carolina Berget me brindaron una compañía muy agradable y enriquecedoras conversaciones durante esa dura primavera holandesa. En Aberdeen, Johan Rasanayagam me ayudó con agudeza a

pulir algunos de mis argumentos. Andrew Whitehouse me abrió las puertas a su seminario y tuvo la gentileza de revisar uno de mis borradores de capítulo.

Mis compañeros y compañeras en la Escuela de Doctorado fueron clave para afrontar la fase de redacción de esta tesis a través del humor y de una complicidad “precaria” que sigue fortaleciéndose hoy día.

Mi familia y mis amigos y amigas, con su obstinada “fe” en mis capacidades, han sido un pilar fundamental en todo este tiempo. Algunos, como mi primo Manuel, Salva, Carlos, Edu, Carmen o Leandro, han sido de especial ayuda para el acceso a ciertos escenarios e interlocutores, así como para discutir algunas de mis intuiciones e hipótesis. Aunque el tiempo que les he dejado de dedicar no volverá, es bueno saber que seguimos siendo una trama rebotante de presente y futuro.

Gracias a mis padres Carmelo y Carmen por señalarme el camino y no dudar nunca de mis posibilidades de llegar hasta aquí. Siempre han respetado mis elecciones y me han alentado para dar lo mejor de mí mismo. Espero que la constancia, el compromiso y la meticulosidad que creo haber aprendido de ellos se encuentren bien representados en esta tesis.

Mi hijo Esteban nació antes que esta tesis y la ha ayudado a nacer. Él me ha enseñado verdaderamente a ponerle al mal tiempo buena cara y me ha regalado una sonrisa en cada una de mis idas y venidas desde la mesa de trabajo.

Nanda, mi compañera, ha sabido cuidarme, fabricar tiempos y alimentar confianzas. Sin ella, sin su amor, esta llegada a buen puerto, sencillamente, no se habría producido. Sigamos siendo como Dolores.

PRESENTACIÓN

Cuando pienso en mi infancia, la primera imagen que me viene a la cabeza es siempre alguna actividad en los campos de mi pueblo. Ir con mis padres a hacer cisco y cargarlo en nuestro SEAT 127. Acompañar todos los sábados a mi abuelo a su “solera”, el huerto de secano que le había arrancado al claro que, en la pequeña finca familiar, dejaban unos olivos algo separados unos de otros. Esperar con ansia la llegada de la primavera para salir a coger espárragos con mi padre por campos a los que no se puede poner puertas. Alternar juego y “rebusca” de la aceituna junto a los dedos ateridos de frío de mi madre, con la mente siempre puesta en la recompensa que iba a ofrecermé el chorizo hecho bajo las brasas de una candela. Sin duda, este tipo de vivencias se encuentran en la base de mi interés por todo lo que tiene que ver con lo agrario y lo ambiental, especialmente, en los contextos serranos andaluces.

En su dimensión académica, dicho interés comenzó a moldearse en el último año de la licenciatura en Antropología Social y Cultural (Universidad de Sevilla). Lo siguió haciendo durante mi paso por el máster en Investigación Social Aplicada al Medio Ambiente (Universidad Pablo de Olavide), del que saldría el proyecto que está en la base de la tesis que aquí se presenta. Desde el mismo inicio de la investigación me ha guiado un empeño por indagar sobre uno de los sectores agrarios de Andalucía menos visitados por los estudios antropológicos, el de los pequeños productores agrarios serranos. Simultáneamente, me resultaba fascinante la potencia adquirida en las últimas décadas por las narrativas y prácticas vinculadas con el campo semántico en el que pululan –y, en muchas ocasiones, se confunden– lo ambiental, lo sostenible y lo ecológico.

Es la convergencia de ambas líneas la que ha dado lugar a una tesis que aborda las relaciones con la agricultura ecológica –entendida en sentido amplio– de unos pequeños productores que, además, pertenecen al mismo pueblo en el cual decía que tenían su raíz esos intereses: Cazalla de la Sierra. Sobre esta opción metodológica profundizaré en el próximo capítulo. Demos por ahora continuidad a esta presentación con una alusión a los contenidos que pueden encontrarse en los capítulos que siguen.

ORGANIZACIÓN DE LA TESIS

En el capítulo 1 de esta tesis se realiza una primera toma de contacto con la polisemia emic de la agricultura ecológica para después profundizar en la trayectoria de la que provienen los dos sentidos principales con los que la tesis se debate. Uno de ellos tiene que ver con la agricultura ecológica en cuanto traducción al ámbito agrario de la idea de sostenibilidad, la cual, según se sostiene, se ha convertido en nuestra cultura en un “anhelo social” homologable a otros como la democracia o la libertad. El segundo de aquellos

sentidos se relaciona con el programa de ayudas a la producción ecológica y con los manejos agrarios que a él se asocian.

Debo apuntar que usaré de manera genérica el término “agricultura ecológica” como consecuencia de la inexistencia en castellano de un sustantivo que refiera de manera nítida al conjunto de actividades agrícolas, ganaderas y silvícolas¹. Es el término “agricultura” –y, en este caso, “agricultura ecológica”– el que, como una suerte de mal menor, se viene usando en la literatura y los medios de comunicación para cumplir esa función, y el que, por cierto, usaban también mis interlocutores. Sí emplearé términos como “ganadería ecológica” y “producción ecológica” con un sentido más específico. Lo haré cuando me refiera, respectivamente, al subprograma de ayudas a la producción ganadera ecológica y al programa de desarrollo rural que engloba tanto ese subprograma como el de ayudas a la producción agrícola ecológica.

Volviendo al capítulo 1, en éste se incluye también una caracterización socioterritorial del municipio donde fue realizada la investigación. Otro apartado está dedicado a la descripción de la metodología y técnicas utilizadas, así como a la reflexión sobre el proceso de investigación. Se cierra el capítulo con un estado de la cuestión en el que puede encontrarse un panorama de los acercamientos antropológicos al tema de la agricultura ecológica, así como una revisión de las corrientes científico-sociales más relevantes en cuanto al estudio de las relaciones entre productores agrarios y políticas ambientales, dándose primacía entre éstas a los denominados “programas agroambientales”. Aprovecho para puntualizar que en este primer capítulo se opta por no incluir un apartado dedicado específicamente al marco teórico utilizado. En concordancia con un proceso de investigación en el que he intentado huir de todo apriorismo innecesario, los enfoques y conceptos por los que me decanto para la elaboración teórica irán surgiendo a lo largo de la tesis a la par que el material empírico. Sin caer en un eclecticismo incoherente, sí he querido sentirme libre de corsés “doctrinarios” para ensayar análisis pegados lo más posible al terreno. El lector o lectora encontrará en los próximos párrafos algunas referencias preliminares a los marcos teóricos que se han adoptado y adaptado.

El capítulo 2 explora los procesos históricos más importantes que se produjeron en el municipio hasta la crisis estructural de las sierras andaluzas allá por la década de 1960. Uno de ellos es el de la emergencia de la “dehesa liberal” o clásica, socioecosistema cuya excepcionalidad ecológica constituye la base argumental para recientes iniciativas de conservación como la implementación en la zona del Parque Natural Sierra Norte de Sevilla. En relación a aquella dehesa, se alude a los tipos de predios de los que es heredera y se describe su particular estilo de manejo hacia 1950. Vinculado con el ascenso de la dehesa

¹ En cambio, sí existe en castellano un adjetivo que alude de manera conjunta a las actividades agrícolas, ganaderas y silvícolas. Se trata de la palabra “agrario/a”.

liberal, también se explora la polarización social entre latifundistas y obreros a que dio lugar, así como la conformación de un “sistema local de dominación”. Un último apartado se sumerge en las explotaciones campesinas que existían en esos mediados del siglo XX. Aparte de describir los modelos de explotación campesina que he dado en llamar “acomodado” y “pequeño”, profundizo en sus experiencias con el intervencionismo autárquico y la esfera ilegal que se desarrolló en paralelo (“estraperlo”).

En el capítulo 3, se indaga en la crisis estructural de la sierra y en los procesos que la siguieron, los cuales han dado lugar a la configuración socioecosistémica actual. En un primer momento, se describe el impacto que tuvo el éxodo rural sobre las explotaciones latifundistas y campesinas. Otro apartado se dedica a las alternativas de manejo y las intervenciones de carácter estatal que intentaron paliar la situación desde los años sesenta. Entre ellas, destaca el auxilio económico permanente que implicó la entrada de España en la CEE y el subsiguiente beneficio de la Política Agrícola Común (PAC). En el capítulo se pone especial énfasis en describir la progresiva “ecologización” de esta política agraria y la simultánea implementación del mencionado parque natural (PN).

El capítulo 4 deja atrás el enfoque diacrónico para atender a la realidad actual de los ganaderos locales. He de puntualizar que uso el término “ganaderos” como consecuencia del predominio de la dedicación pecuaria entre los pequeños productores serranos de la localidad, que además queda reflejada en la autoidentificación de los propios ganaderos bajo esta misma categoría. En el capítulo, se expone la estructura de la propiedad de la tierra para después realizar una inmersión en las particularidades de los tres tipos en que, a grandes rasgos, se dividen las explotaciones locales: latifundista, mediano y pequeño. Poniendo el acento sobre los últimos dos sectores, se muestran sus principales aprovechamientos, vías de comercialización y el papel que las distintas subvenciones desempeñan en relación a la renta agraria. El capítulo finaliza con un apartado dedicado a los patrones de sociabilidad de los pequeños ganaderos y a sus construcciones identitarias colectivas.

En el capítulo 5, la atención se desplaza hacia las formas que adopta entre mis interlocutores la agricultura ecológica en cuanto “anhelo social”. En ese sentido, el foco se pone sobre el proceso de internalización de argumentos y perspectivas ambientales que he dado en llamar “ecologización ganadera”. Se ofrecen varias ilustraciones de la forma en que esa ecologización se materializa en las arenas donde los ganaderos se enfrentan a los actores asociados a las políticas (agro)ambientales. Revelando construcciones discursivas realizadas a partir de elementos plurales, se dedica un apartado intermedio al marco desarrollado para el análisis de este fenómeno, el cual se vincula con una síntesis entre la teoría de la articulación de Hall (1986/2005c, 1988b) y la perspectiva de Žižek (1997/2003) en torno a los ya mencionados “anhelos sociales” y su re-semantización (“perlaboración”).

El capítulo se cierra con el desarrollo de un caso de estudio del tipo situación social en el que se pone a prueba la capacidad del marco para arrojar luz sobre este tipo de conflictos.

El capítulo 6 ensaya una mirada diferente al proceso de ecologización y, en particular, al conflicto de los ganaderos locales con el PN. En ese sentido, parte de la interrogación sobre la popularidad y durabilidad de una narrativa conspirativa en torno a la presunta introducción de una especie de mangosta por parte del personal del PN. En un primer momento, se analiza dicha narrativa como objeto de estudio en sí mismo: se describen sus elementos fundamentales, se rastrean sus fuentes en el imaginario de los ganaderos y se aborda la respuesta ofrecida por parte del PN y los ambientalistas locales. Más adelante, se explora dicha narrativa en cuanto “síntoma” o indicador clave de un fenómeno por el que se hace responsable al PN de una pluralidad de problemas relacionados con el deterioro ambiental. Tras vincular esta “condensación” con la creciente complejidad del campo de fuerza agrario, un último apartado se interesa por las particulares condiciones que harían del PN el elemento sobre el que dichas demandas se centralizan. Para ello, se atiende a una nueva vertiente del proceso de ecologización ganadera: la internalización del relato académico-institucional sobre la dehesa sostenible, el cual, según se sostiene, conforma toda una “fantasía ideológica”.

El capítulo 7 desplaza la atención hacia la agricultura ecológica en cuanto programa agroambiental de ayudas PAC. Con el fin de contextualizar las relaciones que los pequeños ganaderos establecen con él, el capítulo se centra sobre el proceso de certificación ecológica, valiéndose para ello del instrumental exploratorio que aporta la nueva antropología del desarrollo. Tras esbozar los requisitos de manejo que se imponen a los productores en conversión, el interés se hace recaer sobre el particular sistema de control de la producción ecológica implementado en Andalucía como vía para entender los condicionantes de la práctica de auditoría sobre el terreno. La sección final del capítulo se acerca a las expectativas y estilos operativos de dos auditores de agricultura ecológica a través de sendos casos de estudio.

En el siguiente capítulo, el octavo, el foco se coloca sobre el proceso de conversión de los pequeños ganaderos locales. Frente a lecturas economicistas, se expone cómo el interés económico por la ayuda es simultáneo a una expectativa de “conversión suave” como consecuencia de una autorrepresentación de los ganaderos como “ecológicos en la práctica”. Más adelante, se exploran las experimentaciones con los nuevos insumos y las soluciones encontradas a la problemática que su introducción implica. A partir de las legitimaciones –diversas y jerarquizadas– de ciertas prácticas alejadas de lo marcado por la normativa, se argumenta la activación de una economía moral relacionada con la situación general de caída de la rentabilidad de las pequeñas explotaciones serranas. Tras dedicar un apartado a la cuestión del abandono ganadero del programa ecológico, el capítulo se cierra con una

crítica a los enfoques reduccionistas a la luz de los conceptos de improvisación e imaginación de Ingold y Hallam (Ingold, 2011a, 2014; Ingold y Hallam, 2007).

Por último, el capítulo 9 ofrece una síntesis de los argumentos principales que la tesis desarrolla. Se remata con una reflexión de ánimo aplicado consecuente con el convencimiento de la necesidad de alejarse de estereotipos y adoptar perspectivas sensibles a la complejidad humana a la hora de (co-)construir iniciativas contra el deterioro ambiental y, al mismo tiempo, contra la desigualdad social.

NOTA SOBRE ANONIMATO Y TRANSCRIPCIÓN

Con el fin de mantener el anonimato, he sustituido todos los nombres propios de mis interlocutores por seudónimos. También he optado por nombres ficticios para el caso de la mayoría de las empresas que aparecen en la tesis. Ya en relación a los topónimos locales – vinculados, fundamentalmente, a las fincas locales –, los he mantenido tal cual excepto cuando su inclusión pudiese dar pistas sobre la identidad de alguna de las personas que aparecen en la tesis.

En otro orden de cosas, en las transcripciones que salpican este documento he querido respetar en lo posible la modalidad lingüística andaluza hablada en el municipio. Sus rasgos más relevantes, en comparación con el castellano estandarizado, son los siguientes:

- a) inexistencia del fonema /θ/ [letras c y z] en favor de s (ej.: casería [cacería], masorca [mazorca]);
- b) aspiración de ciertas consonantes implosivas (s, x, c [fonema /k/], p, t, g, b, f) y de la -s final (ej.: ahto [acto], ahgano [afgano], cocheh [coches]);
- c) aspiración de la h inicial e intervocálica (ej.: hierro [hierro]);
- d) aspiración de la j (ej.: hamón [jamón])
- e) caída de la d intervocálica (ej.: bocaíllo [bocadillo]);
- f) caída de las consonantes finales (ej.: andá [andar]);
- g) conversión de la l implosiva en r (ej.: armanaque [almanaque]) y a la inversa cuando r precede a l (ej.: pal.lamento [parlamento]);
- h) conversión de r tras vocal y antes de n en n (ej.: canne [carne]);
- i) elisión de sílaba -da final (ej.: desencajá [desencajada])
- j) caída de la vocal final de una palabra ante palabra que comienza por vocal (ej.: m’ha dicho [me ha dicho])
- k) uso del artículo “la” ante sustantivos femeninos que comienzan por a tónica (ej.: la hacha [la hacha]).

En la transcripción de esta modalidad lingüística he buscado un equilibrio entre la visibilización de sus características y la construcción de textos cuya lectura no resulte

excesivamente dificultosa. En ese sentido, la regla que he seguido es la de no explicitar aquellos rasgos que implicarían la inclusión de letras o signos ortográficos ajenos a la escritura estandarizada del castellano, como por ejemplo algunas contracciones que requerirían apóstrofo (“m’ha dicho”), la conversión de r en l (“pal.lamento”) o la h a que daría lugar la aspiración de las consonantes (“cocheh”, “ahgano”).

Finalmente, aprovecho esta nota para apuntar que, en los fragmentos de entrevistas o conversaciones que se incluyen, uso los corchetes para realizar aclaraciones. Aquéllas que tienen que ver con contextualizaciones las escribo en cursiva (ej.: “Tú tienes que pagá er pienso... [*acompaña esto con unos golpes en la mesa que representan la acción de pagar*]”). Ya las aclaraciones que refieren a un léxico local o específico de la actividad agraria, las escribo con letra redonda (ej.: “Que hoy quieres echarle un saco de taco [pienso granulado], po se lo echas”). Muchas de estas palabras pueden encontrarse en el glosario incluido al final de esta tesis. Para saber más sobre las particularidades del léxico cazallero, puede consultarse el libro de A. J. Perea (2004) y los artículos de Elena Yanes dedicados a la cuestión en el periódico local *El Chorrillo*.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

El “medio ambiente” se extiende por el mundo
a través de la fricción del encuentro [*engagement*]

Anna Tsing, *Friction*¹

1. EN PLURAL

Durante mi trabajo de campo en el ya mencionado municipio de Cazalla de la Sierra seguí muy de cerca a una pareja de ganaderos. Padre e hijo, Raimundo y Carlos tenían una pequeña explotación certificada en ecológico. Fui su “ayudante” esporádico por un tiempo y, durante el resto de la investigación, nunca dejé de visitarlos. En uno de nuestros últimos encuentros, se encontraba por allí otro visitante asiduo, un “neorrural” de origen gallego llamado Brais. Tras acompañar a Carlos a una parcela cercana para enseñarme unos brotes de raigrás italiano², volvimos junto a Brais y al anciano ganadero Raimundo. Yo venía preguntándole a Carlos si el cultivo de raigrás era susceptible de certificación ecológica y, de ahí, partió la siguiente conversación:

“Mientras volvíamos, me surgió la duda de si el raigrás se podía certificar. Era algo que no había preguntado aún ni recordaba. Carlos respondió sorprendido que sí: ‘Claro, ¿por qué no? Si nosotros lo cultivamos iguá que la arfarfa, la avena...’. Ya muy cerca de Raimundo y Brais, Carlos añadía: ‘Pero, en fin, si pudiera vorvé atrás, no me metería en la agricultura ecológica’. Subió el tono: ‘Y, además, no creo en er bombo de lo ecológico’. Carlos parecía aprovechar la presencia de Brais, un esperable defensor de la agricultura ecológica, para dejar clara su posición. Quizás no. Brais no hace amago de dar su opinión. Si el amago era parsimonia, tampoco Raimundo le permite mucho tiempo y entra por la brecha abierta por su hijo: ‘Los ecologistas deberían está tos [todos] muertos, porque son los que se están cargando to esto’. El anciano acompaña su intervención de un gesto abarcante con el brazo y una mirada al horizonte para dar a entender que con ‘to esto’ se refiere al agro local. Yo intento hurgar en la indignación de Raimundo y le pregunto si, entonces, su explotación sería ecológica. Llamativamente, me responde que sí, argumentando que ‘nosotros no echamos na’. Carlos

¹ Todas las citas literales procedentes de obras editadas en lenguas distintas al castellano han sido traducidas por mí.

² El raigrás italiano (*Lolium multiflorum*) es una planta perteneciente a la familia de las gramíneas que Raimundo y Carlos cultivaban para servir como alimento a sus ovejas.

añade: ‘Somos ecológicos porque seguimos haciendo lo como antiguamente’” (Diario de campo, diciembre de 2016).

A botepronto, resulta tremendamente sorprendente la oscilación en apenas segundos con respecto a lo que estos pequeños ganaderos entienden por “agricultura ecológica”. Una mirada superficial concluiría que ambos estaban diciendo una cosa y la contraria casi al mismo tiempo. Muchos correrían a etiquetar a Raimundo y Carlos como una suerte de personajes incongruentes, incapaces, quizás, de entender el verdadero “significado” de la agricultura ecológica. Una mirada empática, sin embargo, se preguntaría si esa aparente incoherencia lo es en efecto. ¿No nos encontraremos ante una ilustración cotidiana de la “polisemia” (Campbell y Liepkins, 2001: 25) del significante agricultura ecológica?

Puede ser interesante mirar a esta viñeta a partir de la noción de “espacio de discursos”. Para Martín (2014), ese espacio tiene que ver con el conjunto de discursos y sentidos posibles en relación a un determinado asunto. En sus interacciones discursivas, las personas desarrollarían argumentos en función de esos discursos. Según este autor, “todo argumento es un contraargumento” (ibid.: 131). Si adoptamos esta perspectiva, da la impresión de que el primer sentido frente al que Carlos parecía posicionarse era el de la agricultura ecológica entendida como una modalidad de manejo delimitada por las administraciones agrarias y apadrinada por éstas vía ayudas. Ello es evidente en la afirmación de Carlos “no creo en el bombo de lo ecológico”, que apunta al apoyo institucional y mediático (“bombo”) del que goza esa agricultura ecológica.

Raimundo, aprovechando las palabras de su hijo, centraba su intervención en el nivel productivo. Indignado, afirmaba: “Los ecologistas deberían estar todos muertos, porque son los que se están cargando lo esto”. Con el término “ecologistas” englobaba a distintos personajes ligados con un pensamiento o práctica ambientalista y/o conservacionista (trabajadores del PN implementado en la comarca, activistas, políticos, etc). Como veremos a lo largo de la tesis, existe una profunda insatisfacción respecto al declive general de la actividad agraria, y algunas de las críticas más usuales ven complicidad –cuando no responsabilidad directa– en las distintas políticas ambientales implementadas en el municipio. Una de ellas es el PN, pero también el programa agroambiental de agricultura ecológica. Y es que algunas fincas mantienen su certificación –muchos olivares ecológicos, por ejemplo– a pesar de que sus titulares no realizan labor productiva alguna.

Carlos y Raimundo habían cargado contra dos dimensiones de la agricultura ecológica entendida como una modalidad de manejo apadrinada institucionalmente. Ahora bien, la introducción por mí de la pregunta “¿vuestra explotación sería ecológica?” parece que los llevaba a entender que el sentido frente al que posicionarse cambiaba. En ese sentido, ambos ganaderos pasaban con soltura a otro registro y se reconocían sin dudarlo como “ecológicos”. Raimundo lo argumentaba a través de su manejo no contaminante: “no

echamos na”; Carlos, aludiendo a una cierta noción de tradicionalidad: “seguimos haciendo to como antiguamente”. Este segundo sentido tiene que ver con otro nivel de abstracción, con una agricultura ecológica que se entiende como una forma de manejo sostenible, no contaminante y, en cierta forma, vinculada con la “agricultura de toda la vida”, es decir, con la que ha resistido el embate de la llamada “revolución verde”.

Lo que me interesa de la viñeta protagonizada por Raimundo y Carlos es que en ella encontramos de manera especialmente sintética las dos formas principales bajo las que se manifiesta la agricultura ecológica en la realidad local estudiada. Es cierto que existe alguna otra, como la que refiere a la presencia de un puñado de experiencias agroecológicas, también etiquetadas por muchos como “agricultura ecológica”, las cuales aparecerán de forma ocasional en la tesis. El grueso de la investigación, sin embargo, se ha centrado en los conjuntos de fenómenos y prácticas englobados bajo aquellos dos sentidos, dado su claro protagonismo en la cotidianidad de los ganaderos locales. De este modo, la pregunta global que ha guiado la investigación cuyos resultados aquí se presentan tiene que ver con las formas como los ganaderos de la Sierra Morena Sevillana se relacionan con la agricultura ecológica entendida en su pluralidad microsocioal.

2. APROXIMACIÓN AL OBJETO DE ESTUDIO

2.1. La sostenibilidad como “anhelo” y la agricultura ecológica

La potencia adquirida por todo aquello que es adjetivado como “ecológico” y, en particular, por la agricultura ecológica no puede captarse sin entender el éxito de la crítica ecologista en muchas de las sociedades llamadas “occidentales” durante las décadas de 1960 y 1970. La aceleración industrial que siguió a la posguerra mundial no tardó en acentuar los problemas medioambientales existentes y también en dar lugar a otros nuevos. De entre ellos, aquél que abrió la veda para la socialización de la denuncia ecologista era el de la contaminación de suelos, aguas y atmósfera, así como sus efectos sobre el cuerpo humano. Serían libros como *La primavera silenciosa* (1962), de Rachel Carson, o *Ciencia y supervivencia* (1963) de Barry Commoner, los que conseguirían conectar con un amplio público a través de un estilo que unía análisis científicos de corte ecológico con referencias a los efectos concretos de la polución que los potenciales lectores podían comprobar a su alrededor. En los años siguientes, muchas obras siguieron su estela y consiguieron convertirse también en “superventas” gracias a un estilo alarmista y directo (Santamarina, 2006: 66-68).

Al impacto de esas obras debe unirse la potencia de los medios de comunicación, con la televisión a la cabeza. Su capacidad para reflejar los problemas ambientales ocurridos en distintas partes del globo la llevó a ser uno de los elementos fundamentales para la extensión

de una “nueva sensibilidad” ambiental. Asimismo, no puede olvidarse el clima de insatisfacción con el sistema que tuvo su principal materialización en las protestas y revueltas de 1968 (Santamarina, Vaccaro y Beltran, 2015: 15). En este contexto, y con base en determinados sectores medios urbanos, se produciría un rápido crecimiento del movimiento ecologista. En Norteamérica, el número de afiliados a las asociaciones ambientalistas ya existentes –Sierra Club, National Audubon Society– se multiplicaría casi por diez entre 1960 y 1972, mientras al mismo tiempo no dejaban de nacer nuevas organizaciones, algunas dedicadas específicamente a cuestiones como la lucha contra la extinción de especies o la denuncia antinuclear (Santamarina, 2006: 75-76). En Europa occidental, habría que añadir la fundación de los primeros partidos políticos ecologistas en países como Alemania, Bélgica o Reino Unido (Caradonna, 2014: 107).

En síntesis, puede decirse que a principios de la década de 1970 se había producido un importante cambio cultural consistente en la generalización de una “nueva sensibilidad” respecto al medio ambiente³. Y es que el gran logro del ecologismo fue generalizar el concepto de medio ambiente. Frente a la idea de naturaleza, entendida como una suerte de “cuerno de la abundancia” separado de la humanidad y a su disposición, el medio ambiente hacía suyas las premisas de la ciencia ecológica para enfatizar la pertenencia y dependencia de los seres humanos respecto del entorno (ibid.: 90).

Como una de las derivaciones del ambiente de crítica ecologista, hay que mencionar el jalón fundamental que supuso la publicación en 1972 del informe *Los límites del crecimiento*. El estudio fue encargado por el Club de Roma, una organización internacional de carácter filantrópico, al grupo de investigación sobre dinámica de sistemas del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT, en sus siglas en inglés). Las conclusiones del informe eran categóricas: de seguir el ritmo de crecimiento económico y demográfico, en alrededor de un siglo los recursos del planeta dejarían de ser suficientes. Se hacía necesaria la implementación de una economía de “crecimiento cero” (Santamaria, 2006: 88-89). El impacto de un informe dotado de tamaño aura tecnocientífica fue fenomenal, dando lugar

³ A los factores mencionados, Stavrakakis (2000) añade otro de carácter político: la dislocación ideológica que supuso la crisis de la izquierda y la necesidad de reorganización del campo político transformador. Afirma este autor:

«Por razones diversas, en un momento cronológico determinado las ideologías radicales no pueden desempeñar más el trabajo de toda ideología, esto es, (...) ofrecer respuestas “creíbles”, respuestas atractivas en sentido hegemónico a dislocaciones sociales que toman la forma de “enfermedades sociales” como el desempleo y la desigualdad. (...) [L]a tradición radical necesitaba una rearticulación, una nueva realización de su potencial. Esta nueva articulación fue llevada a cabo alrededor de la “naturaleza”, un significante altamente catexizado [*cathected*: cargado (socialmente) de deseo] del discurso y la discusión pública; un significante con un potencial radical (ibid.: 115).

al fortalecimiento de la nueva disciplina en ciernes de la economía ecológica y al llamado “debate sobre el crecimiento”.

Fue en el seno de este debate donde se produjo la introducción de un nuevo término: sostenibilidad. La palabra hunde sus raíces en el periodo formativo de la disciplina de la silvicultura (siglos XVII-XVIII), cuya emergencia está estrechamente relacionada con la deforestación a que impulsaba el desarrollo comercial y demográfico contemporáneo. Entendiendo la deforestación como una amenaza para la independencia energética y naval de los países europeos, fueron surgiendo obras e iniciativas dedicadas a una gestión que permitiese la regeneración de sus espacios forestales (Vehkamäki, 2005; Warde, 2018). Hay que mencionar, en ese sentido, la obra del inglés John Evelyn *Sylva* (1664), pero también el empeño del ministro francés Jean-Baptiste Colbert por crear un “código forestal” (1669) dirigido a contrarrestar el proceso de deforestación. De la obra de ambos bebería el alemán Hans Carl von Carlowitz para redactar su tratado *Sylvicultura oeconomica* (1713) (Caradonna, 2014: 35-36). En él es donde aparece por primera vez la palabra sostenible, al establecer como la regla de oro de la silvicultura “un uso continuo, permanente y sostenible [*nachhaltende*]” de los bosques (citado en Vehkamäki, 2005: 26).

Recuperada en el contexto del debate sobre el crecimiento de la década de 1970, la sostenibilidad ahora partía de la idea de crecimiento cero y de las premisas de la ecología para indagar en lo que sería la transición hacia una relación humano-ambiental armoniosa. Éste es el sentido que tiene, por ejemplo, en el libro de Robert L. Stivers *La sociedad sostenible: ética y crecimiento económico* (1976). También en *La sociedad sostenible: implicaciones para un crecimiento limitado* (1977), de Dennis Clark Pirages, donde el autor abogaba, en este caso, por un crecimiento lento que permitiese caminar hacia una sociedad respetuosa con el medio (Caradonna, 2014: 124). La sostenibilidad, en este sentido, se fue afianzando como la “respuesta constructiva” al “cambio ecológico” y al desafío sistémico que el debate sobre el crecimiento ponía sobre la mesa (ibid.: 138). Podría decirse, en este sentido, que la sostenibilidad habría emergido como la denominación del anverso propositivo de la crítica medioambiental, nucleado en torno a la idea de deseabilidad y necesidad de una sociedad humana capaz de conjurar el peligro de destrucción de nuestro hábitat a través de una relación equilibrada y respetuosa con los límites ecológicos del planeta.

En los años sucesivos, el término haría fortuna rápidamente. Para ello fue fundamental su particular adopción a lo largo de la década de 1980 por parte de altos diplomáticos, políticos y organismos dependientes de la ONU. Ésta había organizado ya en 1972 la Conferencia sobre el Medio Humano, celebrada en Estocolmo. Dedicada a los problemas ambientales, en ella se visualizó el disenso sobre los mismos de los países asistentes y la falta de voluntad política. No obstante, la crítica ecologista y las tesis sobre el

crecimiento cero suponían una importante amenaza a las bases del sistema capitalista, y desde algunos sectores gubernamentales se entendió que debía darse una respuesta (Santamarina, 2006: 96, 103; Santamarina et al., 2015). Así, en 1980 la ONU encargaba al consejo científico de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) la redacción de una “estrategia de conservación mundial”. Será este documento el primero de los apadrinados por la ONU en el que aparezca la idea de sostenibilidad. Ahora bien, curiosamente lo hacía adosada al término desarrollo a través de un nuevo constructo: “desarrollo sostenible” (Caradonna, 2014: 141).

La cuestión no es sólo que los teóricos de sistemas, ecologistas y economistas ecológicos de los años setenta nunca hubieran tenido en mente la idea de desarrollo cuando estaban construyendo el paradigma del crecimiento cero al que se vinculó inicialmente la sostenibilidad. Si el documento de la UICN –que llevaba por título *Estrategia de conservación mundial. Conservación de recursos vivos para el desarrollo sostenible*– entendía el desarrollo en un sentido amplio, el mayor problema era que la idea de crecimiento, de forma más o menos inconsistente, era reintegrada (ibid.: 151-152). Y esta re-semantización se afianzaba en un nuevo informe que terminaría por dar carta de naturaleza al desarrollo sostenible: *Nuestro futuro común* (1987).

Para la redacción de este último, la ONU creó la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CMMAD). El informe definía el desarrollo sostenible como “el desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades” (CMMAD, 1992: 67, en Santamarina, 2006: 124). Aún manteniendo las ideas de “crisis total” y de necesidad de cambios drásticos de los informes técnicos y gubernamentales previos, ahora se reconocía explícitamente que el crecimiento no estaba reñido con el equilibrio ambiental e, incluso, que un crecimiento mayor era deseable (Luke, 1999: 136-137; Santamarina, 2006: 96-102). Para Santamarina, el desarrollo sostenible se convertía así “en la nueva máscara” del discurso crecentista (Santamarina, 2006: 124). Su éxito, en este sentido, debe verse como el éxito de la ideología neoliberal, que, ante el potencial subversivo de la crítica ambiental, hacía suya la idea de sostenibilidad y se proponía como el único antídoto de los problemas ambientales.

La trayectoria de la sostenibilidad hasta la actualidad ha estado estrechamente vinculada a su asociación con el constructo del desarrollo sostenible. La generalizada adopción por gobiernos y medios de comunicación ha hecho de “lo sostenible” un término omnipresente. Como apuntan Cariño y Castorena (2016: 9): “En menos de treinta años (...), cualquier mercancía que pretende impactar el mercado es sustentable, cualquier empresa que desea limpiar su imagen es sustentable (...), toda política pública que se pretende innovadora es sustentable”.

Ahora bien, el núcleo de sentido que está detrás de la sostenibilidad, su evocación de una sociedad caracterizada por el equilibrio socioambiental no ha desaparecido. Y no lo ha hecho porque el “prisma conceptual” sobre las relaciones humano-ambientales que consiguió instalar la crítica ecologista (Caradonna, 2014: 90) sigue vigente y también, por supuesto, la realidad de deterioro ambiental a la que respondía. Es, en ese sentido, que sostenible se identifica con el término que se aplica en nuestras sociedades a toda iniciativa relacionada con la armonía en las relaciones humanidad-ambiente. La lectura – predominantemente crecientista– que ofrece el constructo “desarrollo sostenible” no agota las posibilidades de (re)semantización de la sostenibilidad. Así, sostenible es también el adjetivo que movimientos de base ponen a sus iniciativas agroecológicas, sus ciudades en transición o proyectos comunitarios de producción de energías renovables. Lo que esto quiere decir es que la sostenibilidad, entendida como aquel núcleo de sentido, como aquel anverso propositivo de la crítica ambiental, se ha convertido en nuestras sociedades en uno de esos elementos culturales centrales que, siguiendo a Žižek (1997/2003: 141-142), puede denominarse “anhelo social”: ese tipo de denominadores de una plenitud ausente y deseada que son particularmente transversales, como la democracia, la libertad o la justicia.

Es precisamente en esa conversión de la sostenibilidad en anhelo donde encontramos el proceso clave para entender la potencia actual de la idea de agricultura ecológica. La actividad agraria era una de las puntas de lanza de los fenómenos contaminantes y de degradación asociados a la aceleración industrial de mediados del siglo XX. El modelo de la llamada “revolución verde” se basaba en una intensificación indiferente a los procesos y límites ecológicos que subyacen a la práctica de la agricultura. Como consecuencia de ello, graves efectos se generaron por todo el planeta –erosión y degradación del suelo, contaminación de la atmósfera y las aguas, pérdida de biodiversidad, etc.–, convirtiendo a la agricultura industrializada en uno de los factores más relevantes del proceso de cambio global hasta el día de hoy (Guzmán, González de Molina y Sevilla, 2000: 59).

Frente a este modelo, las décadas de 1960 y 1970 vieron surgir un número creciente y diverso de iniciativas agrarias que proponían alternativas respetuosas con los ciclos ecológicos del suelo. Aunque algunas hundían sus raíces en experiencias de principios del siglo XX, extraían su vigor de la crítica y la sensibilidad ambientales contemporáneas (ibid.: 63). Estas iniciativas fueron agrupándose progresivamente bajo la etiqueta de “agricultura ecológica” y, al mismo tiempo, convergiendo con el nuevo discurso de la sostenibilidad en vista de su carácter propositivo (Caradonna, 2014: 159; Thompson, 1995: 146). Cada vez más, agricultura ecológica se entendía en el imaginario social como la respuesta deseable, sostenible, a los problemas, en este caso, agroambientales. Una vez que la sostenibilidad alcanzó el nivel de normalización, institucionalización y consenso (Santamarina, 2006) característico de los anhelos sociales, la agricultura ecológica, de alguna forma, la siguió. Es

en ese sentido que puede decirse que la noción de agricultura ecológica constituye la traducción específica al ámbito agrario del anhelo a que dio lugar el terremoto que significó la irrupción de la crítica ecologista en la década de 1960: la sostenibilidad⁴.

2.2. Las agriculturas ecológicas

El argumento que he intentado desarrollar tiene que ver con la localización cultural de la idea de agricultura ecológica, destacando su estrecha conexión con la de sostenibilidad. La premisa que de ello se deriva es que, en nuestra realidad social, el significante “agricultura ecológica” se ha convertido en la (difusa) denominación que evoca la alternativa deseable respecto de la agricultura industrializada, insostenible. Esto implica que “agricultura ecológica” sea la etiqueta que más usualmente se coloque a toda modalidad agraria o práctica propuesta como alternativa (sostenible) a esa agricultura industrializada, también llamada “convencional”.

Esa convivencia entre agricultura-ecológica-como-anhelo y agricultura-ecológica-como-modalidad-agraria nos habla de una polisemia que es crucial para entender, como esta tesis se propone, la “vida cotidiana” de la agricultura ecológica. Un carácter polisémico que se complejiza si tenemos en cuenta que no sólo existe una modalidad de agricultura ecológica, sino varias, las cuales suelen subsumirse bajo la etiqueta de la agricultura ecológica. Siguiendo en buena parte la propuesta de Guzmán et al. (2000), podrían señalarse las siguientes:

- a) *agricultura biodinámica*. Se basa en la propuesta filosófico-espiritual de Rudolf Steiner, la antroposofía. Su origen se sitúa en una serie de conferencias que Steiner ofreció en Koberwitz (antigua Silesia alemana) en 1924 para una audiencia de agricultores miembros de la Sociedad Antroposófica. La agricultura biodinámica introduce el concepto de “organismo-granja”, entendiendo la granja como un ser vivo en sí mismo, compuesto de tres elementos que deben mantenerse en equilibrio: ser humano, “polo-suelo” y “polo-cosmos”. Para esta modalidad agraria, cada elemento está en interacción con el todo y, por ello, toda acción que se realice debe estar pensada a nivel del organismo que es la granja. Esta perspectiva holística hace que las granjas biodinámicas se caractericen por un alto grado de autosuficiencia y, por tanto,

⁴ Debe quedar claro que mi objetivo no es polemizar sobre los distintos usos de la palabra sostenibilidad, adscribirme a una suerte de definición “correcta” u operativizar el concepto. Para ello ver, entre otras posibilidades, las reflexiones de Naredo (2002), González de Molina y Guzmán (2006) o Toledo (2015). Tampoco es mi intención entrar en el debate que opone sostenibilidad y sustentabilidad. Dado que en la realidad extra-académica tales términos son usados como sinónimos intercambiables y lo que me interesa es precisamente su “vida cotidiana” bajo la forma de la agricultura ecológica, tampoco aquí se harán distinciones, dándose prioridad al significante “sostenibilidad” a efectos exclusivamente prácticos.

de diversidad e integración de aprovechamientos (Guzmán et al., 2000: 71-75; Vogt, 2007: 19-20).

- b) *Agricultura natural (Alemania)*. Esta propuesta estuvo vinculada al movimiento alemán de “vuelta al campo” y a una vida natural conocido como Reforma de la Vida (Lebensreform). El vegetarianismo y posiciones anti-tecnológicas de esta propuesta la llevaron a poner el acento sobre la cuestión del suelo y, en ese sentido, a abrirse a un conocimiento científico de la fertilidad edáfica. De ahí, que el manejo del suelo de aquella agricultura natural alemana se caracterizase por el desarrollo de técnicas como “compostaje cuidadoso, cultivo de conservación, abono verde, fertilización mineral y acolchado”⁵ (Vogt, 2007: 14). Tras la II Guerra Mundial, esta agricultura natural (de base científica) se movería hacia el abandono de postulados como la agricultura sin animales o el énfasis sobre el reciclaje de desechos municipales. Con el tiempo, una progresiva orientación hacia el mercado la haría transitar hacia esa agricultura que se agrupa actualmente bajo la etiqueta de *Ökologische Landbau* [literalmente “agricultura ecológica” en alemán] y que básicamente se distingue de la industrializada por la sustitución de insumos químicos de síntesis por insumos “naturales” (Guzmán et al., 2000: 69; Vogt, 2007: 17).
- c) *Agricultura orgánica-biológica*. Esta modalidad nació en Suiza a mediados del siglo XX. De la mano de Hans Müller, Maria Müller y Hans Peter Rusch, pretendía proteger el modo de vida rural del proceso de industrialización de la agricultura. Aunque con influencias procedentes de la agricultura biodinámica, la agricultura orgánica-biológica se caracterizaba por combinar conocimiento campesino local con la herencia de aquella “agricultura natural” de la Lebensreform. De ahí, su particular preocupación por el deterioro del suelo y los elementos característicos de su modelo: rotación entre hojas cultivadas y barbecho, laboreo de conservación y compostaje de hojas. Una de sus especificidades era la adopción de la idea de “partículas vivientes” propuesta por Rusch, las unidades básicas de todo elemento de la naturaleza y de cuya “salud” dependía la fertilidad del suelo o la calidad de los alimentos. Hacia la década de 1970, la agricultura orgánica-biológica abandonó los postulados de Rusch para adoptar una perspectiva más científica y acabar convergiendo con la agricultura heredera de la natural en la ya mencionada *Ökologische Landbau* (Vogt, 2007: 18-19).

⁵ El foco sobre el problema de la degradación del suelo era compartido con las propuestas de agricultura alternativa que habían surgido en esa primera mitad de siglo en el Reino Unido. También lo heredó la *agriculture biologique* francesa de posguerra, fuertemente influenciada por las tradiciones británica y alemana (Guzmán et al., 2000: 68; Vogt, 2007: 17).

- d) *Agricultura natural (Fukuoka)*. Se identifica con la propuesta del agricultor japonés Masanobu Fukuoka, quien rechazaba una agricultura con base científica. El atomismo característico de la ciencia occidental sería incapaz de captar los caminos que sigue la naturaleza. Tampoco su propuesta lo pretende, dado que Fukuoka pensaba que esos procesos se encontraban más allá de la capacidad de entendimiento del ser humano. En ese sentido, la agricultura natural se basaría en la idea del “no hacer” (*Wu-Wei*), con el fin de intervenir lo menos posible sobre los procesos naturales que subyacen a los cultivos y minimizar el esfuerzo que acarrearían muchas labores consideradas como contraproducentes. De ahí, sus cuatro principios fundamentales: no laborear, no abonar, no escardar o usar herbicidas, y no depender de productos químicos fitosanitarios (Fukuoka, 1978/s.f.; Guzmán et al., 2000: 75-77).
- e) *Agricultura permanente o permacultura*. Si bien muy influida por la propuesta de Fukuoka, esta modalidad de agricultura ecológica se nutre también de las aportaciones de disciplinas como la ecología, la arquitectura o la ingeniería de paisajes. La mayor especificidad de la permacultura reside en su nivel de aplicación, ya que suele relacionarse con el diseño de sistemas agrarios no (exclusivamente) individuales o familiares, sino comunales. Se trata también de una aproximación holística, que hereda de la agricultura natural de Fukuoka su énfasis en la reducción de esfuerzos y la minimización de la intervención humana. Como consecuencia de su foco sobre la autosuficiencia comunitaria y la estabilidad del sistema agrario, las colectividades que suelen abrazar esta modalidad suelen ser de tipo neocampesino y estar asentadas en zonas “marginales” o pobres en recursos (Guzmán et al., 2000: 77-78).
- f) *Agroecología*. La agroecología nació en América Latina como una aplicación de los principios de la disciplina ecológica al análisis agronómico de fenómenos como las interacciones entre maleza, plagas y cultivos. Progresivamente, fue enriqueciéndose con el empuje del movimiento ecologista, los estudios de desarrollo rural y la aportación de campos científico-sociales como la sociología, la antropología y los Estudios Campesinos. Hacia los años ochenta ya se había convertido en una aproximación de vocación teórico-aplicada que buscaba ofrecer una alternativa ambiental y culturalmente sostenible, así como socialmente justa, a la agricultura industrializada (ibid.: 81-85). Oponiéndose al modelo, socioambientalmente depredador, de la empresa capitalista, toma como base al sistema campesino, caracterizado por el policultivo, la integración de los distintos aprovechamientos, el respeto por los ciclos regenerativos y el predominio de los valores de uso sobre los de cambio (Altieri, 1992: 346; Toledo, 1993: 199-200). El objetivo no es otro que la

construcción de una nueva agricultura a partir de la hibridación del conocimiento campesino y las aportaciones de la ciencia agronómica de perspectiva ecológica.

2.3. La agricultura ecológica certificada

A pesar de la exhaustividad de la lista anterior, aún nos queda por revisar una última modalidad de agricultura ecológica. Aquélla que precisamente constituye la más común y extendida en la actualidad y que daremos en llamar “agricultura ecológica certificada”. A grandes rasgos, esta modalidad se identifica con aquella *Ökologische Landbau* hacia la que habían confluído en la década de 1970 la agricultura natural y la agricultura orgánica-biológica en Centroeuropa, y que se caracterizaba por haberse convertido en una agricultura, fundamentalmente, de sustitución de insumos. Hay que añadir ahora que ese tránsito no se limitó solamente a los países de habla alemana. También por esos años las agriculturas alternativas que habían florecido en Reino Unido y Francia (ver nota al pie 5 de este capítulo) lo experimentaron⁶ (Guzmán et al., 2000: 69).

La razón de dicho tránsito habría que buscarla en el crecimiento que por esas fechas se estaba produciendo tanto en el número de agricultores ecológicos como en la demanda de sus productos. Ello derivó en el uso de etiquetas propias y, asociado con ello, la redacción, por parte de las asociaciones de agricultores ecológicos, de normas donde se recogían los estándares y requisitos mínimos que debían seguir sus miembros⁷. Así, la británica Asociación del Suelo (Soil Association) publicó sus normas ya en 1967, mientras que la asociación francesa Naturaleza y Progreso (Nature et Progrès) lo haría en 1972. En 1976, comenzaría en Suiza el debate y redacción de unos estándares de ámbito nacional, en los cuales pudieran entrar incluso las fincas de agricultura biodinámica del país (Schmid, 2007: 154). Este último paso fue fundamental para que poco tiempo después la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Ecológica (IFOAM, en sus siglas en inglés)⁸ se plantease la formulación de unas normas internacionales, dado que “una tarea urgente consistía en dar una definición más precisa a lo que se quería decir con los términos ‘agricultura biológica’, ‘orgánica’, ‘ecológica’ y ‘natural’, y recopilar un conjunto común de estándares para los productos vendidos bajo tales etiquetas o garantías” (Schmid, 2007:

⁶ De ahí, que lo que aquí he dado en llamar agricultura ecológica certificada mantenga en cada uno de esos países la denominación de la tradición de la que proviene: *Ökologische Landbau* en los países de habla alemana; *agriculture biologique* en Francia; y *organic farming* en Reino Unido (Lampkin, 1998: 653).

⁷ Aunque la existencia de estándares no era algo nuevo (ver capítulo 7 para una breve trayectoria de los mismos), sí lo era su condición de normas y no ya de “pautas” (Schmid, 2007: 153-154).

⁸ Fundada en 1972.

155). Las “normas básicas” de la IFOAM fueron publicadas en 1980 y hasta la actualidad son objeto de revisión periódica (Dankers, 2004: 15).

La aparición de unos estándares que tenían como finalidad generar una suerte de consenso de mínimos derivó en un relajamiento de la mirada holística⁹ que, como vimos, caracterizaba al conjunto de modalidades ecológicas de agricultura. A ello contribuyó también una progresiva orientación hacia el mercado y, concretamente, hacia un nicho de consumidores de elevado poder adquisitivo cuya principal demanda era la de productos sanos frente al contenido en agrotóxicos de los productos de la agricultura convencional. Este elemento es clave para entender la progresiva reducción de aquellas modalidades alternativas a una agricultura de sustitución de los insumos químicos sintéticos por otros “naturales”. Por ese camino, la agricultura ecológica certificada ha pasado a depender fuertemente de la agroindustria, tanto en lo que tiene que ver con los insumos (Guzmán et al., 2000: 69-70) como con la distribución de sus productos (Constance, 2018: 6). Este proceso ha venido denominándose en la literatura académica como “convencionalización” (Buck, Getz y Guthman, 1997; Guthman, 2004).

En el caso de la UE, un vector clave en ese proceso de convencionalización de la agricultura ecológica certificada lo ha constituido el desarrollo del apoyo gubernamental (Padel y Lampkin, 2007: 95). Algunos autores entienden que la intervención –en un primer momento de algunos Estados y luego de la UE– sería una consecuencia de la incapacidad del sector para una satisfactoria autorregulación de los sistemas de certificación y, por tanto, para la defensa de los agricultores “honestos” y de las garantías para el consumidor (Rundgren, 2003: 6; Dankers, 2004: 15). No obstante, sin rechazar esta preocupación, dos elementos parecen clave: uno se relaciona con el contemporáneo aumento de las voces críticas con la subvención comunitaria de una agricultura contaminante y excedentaria; otro, con el giro post-productivista y ambiental imprimido a la Política Agrícola Común (PAC) desde finales de los ochenta y, sobre todo, principios de los noventa (García, 2005: 49-50; Padel y Lampkin, 2007: 94-95).

Esto último se relaciona con la forma como la entonces Comunidad Económica Europea (CEE) encaró la liberalización del sector agrario acordada a principios de los noventa en el seno del GATT¹⁰. Mientras otros países decidieron implementar un modelo neoliberal de agricultura (Australia, Nueva Zelanda), la CEE optó por mantener el apoyo

⁹ Esta pérdida, en los casos en que se produce, conlleva el no desarrollo de “mecanismos de autorregulación del sistema (alta biodiversidad, infraestructura ecológica: setos, etc.), ni de conservación de los recursos (agua, suelo, etc.). Así, graves problemas de la agricultura mundial como la erosión del suelo, la salinización y alcalinización del mismo provocada por el mal uso del agua de riego, y otros procesos de degradación de los recursos naturales no son considerados” (Guzmán et al., 2000: 69).

¹⁰ Siglas en inglés del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio. Sustituido en 1995 por la actual Organización Mundial del Comercio (OMC).

público, y lo hizo aprovechando los resquicios que el “Acuerdo sobre la Agricultura” salido de la Ronda Uruguay del GATT contemplaba. Tales resquicios se vinculaban con el llamado “compartimento verde”, el cual hacía referencia a la ayuda interna que se entendía como no distorsionadora del mercado y, por lo tanto, permitida: pagos directos no vinculados a la producción, desarrollo regional o subvenciones para la protección ambiental. En concordancia con el Acuerdo, la PAC decidía abandonar entonces el productivismo para desarrollar un modelo de ayudas desacopladas de la producción que ha venido explorando hasta la actualidad todas las posibilidades del compartimento verde bajo la justificación de las contribuciones sociales y ambientales de los agricultores europeos (Wilson y Burton, 2015: 57).

Una de esas posibilidades se sustanció en el “programa de medidas agroambientales” implementado a partir de 1994 y en el cual la agricultura ecológica aparecía como el programa protagonista. Previamente, algunos países europeos ya habían desarrollado sus propios programas de apoyo: Dinamarca había sido la pionera (1987) ofreciendo subsidios a la conversión, mientras que Suecia fue la primera en disponer también de una subvención al mantenimiento en la producción ecológica (Padel y Lampkin, 2007: 99). Estos programas se basaban en pagos que estaban sujetos a un resultado positivo de la inspección asociada a la certificación según la norma nacional. De lo que se trataba ahora era de generalizar el modelo a toda la comunidad. Aunque la implementación de los programas de ayuda a la agricultura ecológica certificada se dejaba en manos de los Estados, sí fueron aprobadas unas normas de producción europeas para el caso de las prácticas agrícolas (1991) y ganaderas (1999) (ibid.: 97).

2.4. Algunos datos

La modalidad que hemos dado en llamar agricultura ecológica certificada es actualmente un fenómeno en claro crecimiento a escala global. Entre los factores que pueden explicar esta tendencia se encuentran su continuismo con el enfoque parcelario, “atomista”, característico de la agricultura convencional, que la aleja de la perspectiva holística del resto de agriculturas ecológicas. Esto implica conversiones suaves desde el manejo convencional, pero también una mayor vulnerabilidad a la absorción por parte de la agroindustria. Relacionado con esto, se encuentra el desarrollo de un nicho de mercado propio, cuyo carácter más remunerador sirve como reclamo y factor del crecimiento que refería más arriba¹¹. Si en vísperas del tercer milenio la superficie ecológica mundial era de

¹¹ Esta absorción por la agroindustria ha llevado a algunos a defender la existencia de todo un “régimen alimentario empresarial-ambiental” (Constance, 2018: 6).

11 millones de hectáreas (1999), esa cifra casi se cuadruplicaba en 2013, alcanzando los 43 millones de hectáreas (Lernoud y Willer, 2015: 43).

En el ámbito europeo, habría que añadir como factor clave para el vertiginoso aumento de la superficie y el número de productores ecológicos el importante apoyo económico vía PAC. Ahora bien, el hecho de que el diseño de los programas de apoyo a la agricultura ecológica recaiga sobre los Estados miembros ha llevado a importantes diferencias en relación a los resultados de ese apoyo. Mientras por encima del 10% de superficie ecológica sobre superficie agraria útil (SAU) se sitúan 7 de los 28 países que conforman la UE, por debajo del 5% encontramos 10, contándose entre ellos los Países Bajos, Reino Unido o Irlanda (ver Figura 1.1). Si atendemos a los porcentajes de cabezas de ganado ecológico sobre ganado total por Estados, la heterogeneidad intracomunitaria se ve replicada, así como varios de los países que se sitúan en las posiciones de cabeza (Austria, Estonia, Suecia, Letonia), lo cual sugiere un mayor éxito de las políticas nacionales de agricultura ecológica implementadas por los países mencionados.

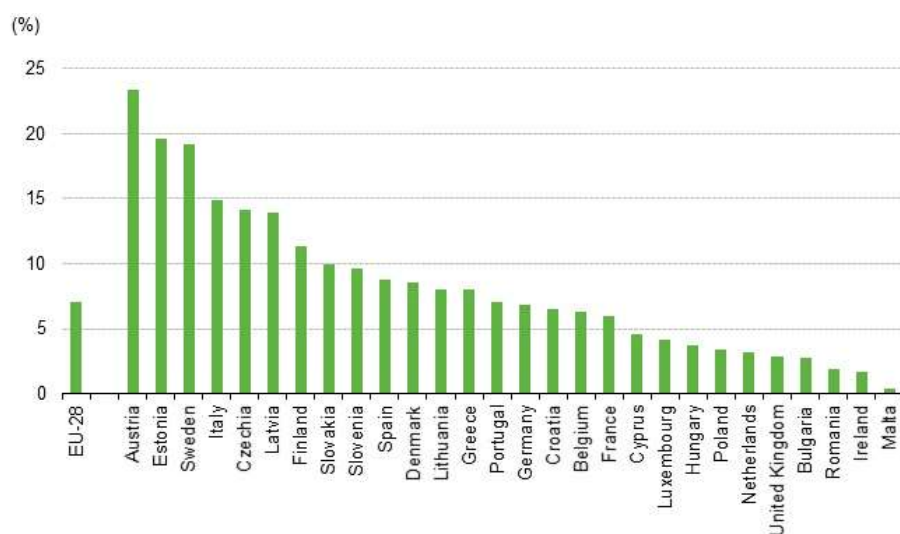


FIGURA 1.1. Porcentaje de superficie ecológica (certificada + en conversión) sobre SAU en los Estados miembros de la UE (2017)

Fuente: Adaptado de Eurostat

Dado que el municipio elegido para el desarrollo del trabajo de campo se sitúa en Andalucía, concretamente, en la comarca de la Sierra Morena Sevillana, resulta imprescindible ofrecer un panorama del sector ecológico certificado en España y Andalucía. En el conjunto europeo, España es el Estado que más superficie ecológica aporta al total comunitario. Cuenta con 2.082.173 hectáreas (2017) –un 8% de su SAU– y más de 7.500

explotaciones ganaderas asociadas respectivamente a los programas de agricultura y ganadería ecológica (MAPAMA, 2018). Ahora bien, igual que a nivel comunitario, dichas cifras no reflejan la diversidad de situaciones a nivel regional, debida también a la descentralización de su política de desarrollo rural y, en consecuencia, al desigual apoyo prestado por las comunidades autónomas al programa de medidas agroambientales y, en su seno, a los esquemas de producción ecológica (ver Figuras 1.2 y 1.3).

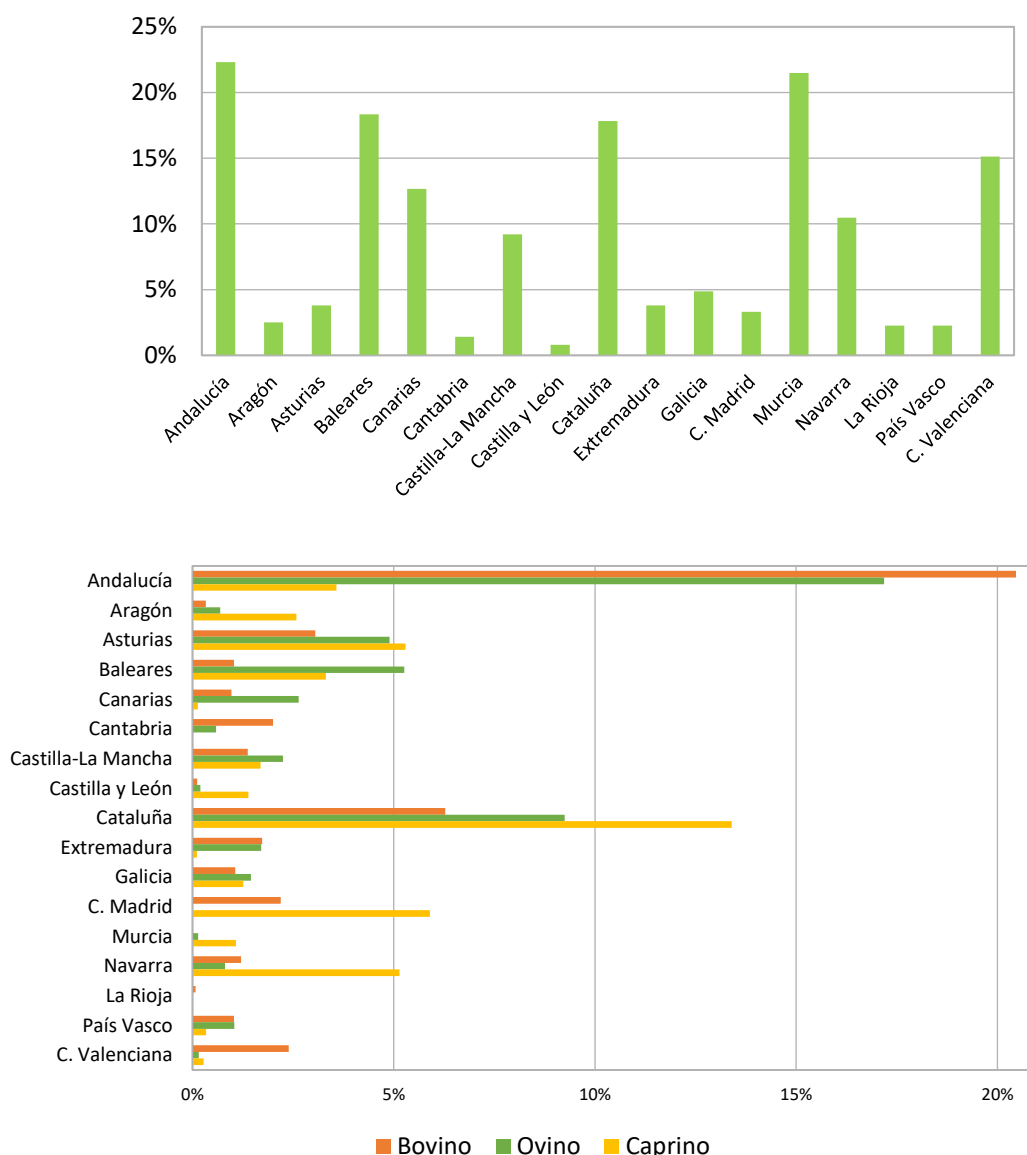


FIGURA 1.2. Porcentaje de superficie ecológica (certificada + en conversión) sobre SAU por comunidades autónomas (2017)

FIGURA 1.3. Porcentaje de cabezas de ganado ecológico sobre ganado total (bovino, ovino y caprino) por comunidades autónomas (2017)

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del MAPAMA (MAPAMA, 2018 y Encuestas Ganaderas)

En relación a esa heterogeneidad, debe destacarse el protagonismo de Andalucía. Si respecto al indicador de superficie que estamos usando se sitúa en cabeza con un 19,5% de superficie ecológica sobre la SAU –974.393 hectáreas (2016)–, en el ámbito ganadero lidera los sectores bovino y ovino, con un 20% y un 17% respectivamente sobre el total de cabezas de ganado (MAPAMA, 2018: 8; ver también Figuras 1.2 y 1.3). Estos datos son resultado del fulgurante crecimiento que la agricultura ecológica certificada experimentó en Andalucía desde la entrada del nuevo siglo (ver Figura 1.4). Un crecimiento que se halla estrechamente relacionado con el pionero apoyo del gobierno andaluz a esta modalidad agraria.

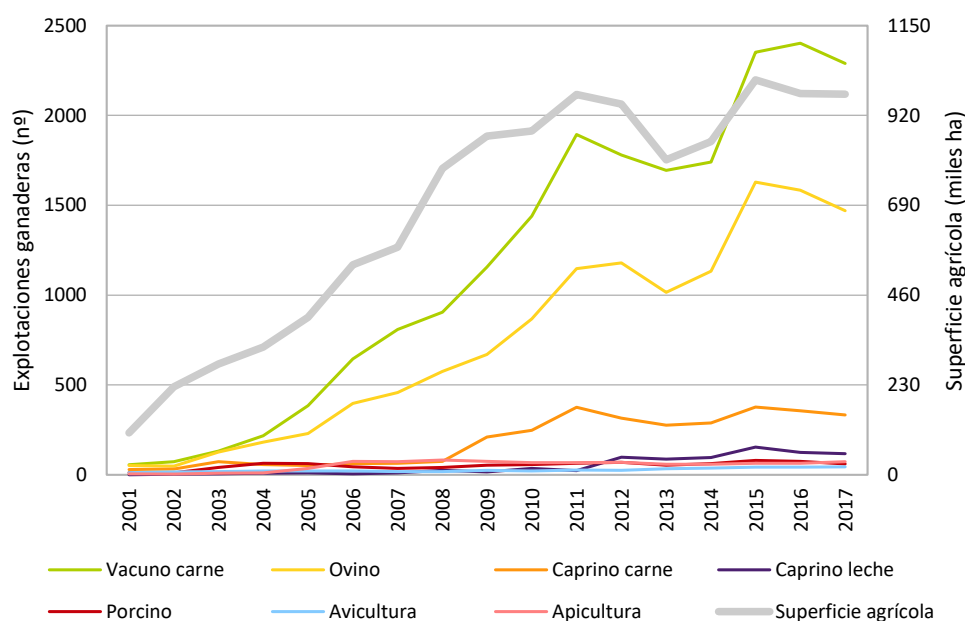


FIGURA 1.4. Evolución de la superficie agrícola y del número de explotaciones ganaderas ecológicas por tipo en Andalucía (2001-2017)

Fuente: Elaboración propia a partir de los Anuarios de agricultura ecológica del MAPAMA

Durante los años noventa, Andalucía fue la primera comunidad en dotarse de un organismo público de certificación –el Comité Territorial Andaluz de Agricultura Ecológica (1991), posteriormente Comité Andaluz de Agricultura Ecológica (CAAE)–, así como de una normativa para la regulación de la agricultura ecológica en la comunidad (1996) (Lozano, 2011: 122-123). Pocos años después, se lanzaba el denominado Plan Andaluz de Agricultura Ecológica para el cuatrienio 2002-2006, una iniciativa estrechamente relacionada con la victoria electoral en el año 2000 de una candidatura socialista a la que se había coaligado el partido ecologista Los Verdes. La revalidación de la coalición y de su victoria en 2004 llevó a la pionera creación de una dirección general dedicada exclusivamente a la producción

ecológica en el seno de la entonces denominada Consejería de Agricultura y Pesca, así como al reforzamiento de la intervención extensionista a través de la aprobación del II Plan Andaluz de Agricultura Ecológica (2007-2013) (González de Molina y Guzmán, 2017: 268-269). Si bien la ruptura del pacto electoral entre socialistas y ecologistas llevó a que los primeros, tras su victoria en los comicios de 2008, “descafeinaran” el plan (ibid.: 272), el sector siguió expandiéndose e incluso se aprobó un tercer plan para el sexenio 2014-2020.

La relevancia de la agricultura ecológica certificada tanto a nivel institucional como a nivel territorial implica una importante presencia y contacto cotidiano en lo que tiene que ver con los sectores agrarios de muchas comarcas andaluzas. Este tipo de territorios resultan, por tanto, lugares privilegiados para una aproximación al fenómeno de la agricultura ecológica a un nivel microsocioal. También porque la implementación del programa de producción ecológica suele yuxtaponerse a otras intervenciones (agro)ambientales, como las áreas naturales protegidas, y al aterrizaje previo de otras lecturas y prácticas etiquetadas como ecológicas. El anhelo de sostenibilidad es, de alguna forma, la luz que baña esta maraña. Una maraña con la que los distintos sectores agrarios locales no sólo se topan, sino que también “topan”. Asimilan, reinterpretan y son capaces de deslizarse entre unos y otros sentidos, unas y otras prácticas, en función de una multiplicidad de factores.

Al sentido de la agricultura-ecológica-como-anhelo dedicaré fundamentalmente los capítulos 5 y 6. En ellos me interesaré por el fenómeno de “ecologización” de los ganaderos locales, que entiendo –de manera próxima a la propuesta de Leite Lopes (2006) sobre los procesos de “ambientalización”– como el proceso de interiorización de prácticas y lenguajes asociados a la sostenibilidad en cuanto formación discursiva y “cuestión pública” (ibid.: 34). En ese sentido, privilegiaré las prácticas en que se materializa, atendiendo fundamentalmente al uso (político) de argumentaciones discursivas ecológicas. Ya en relación al sentido de la agricultura-ecológica-como-modalidad-agraria, en ella profundizarán los capítulos 7 y 8. A través de ellos me adentraré en la específica implementación del programa agroambiental de producción ecológica y en la cuestión de las conversiones de los pequeños ganaderos locales. Veremos sus ensayos productivos, sus negociaciones y también luchas con los técnicos encargados de la auditoría.

3. CONTEXTO SOCIO-TERRITORIAL

El territorio elegido para el desarrollo de esta investigación es el municipio andaluz de Cazalla de la Sierra, situado en el sector centro-occidental de Sierra Morena y

perteneciente a la comarca de la Sierra Morena Sevillana o Sierra Norte de Sevilla¹². Su término municipal abarca una extensión de 353,53 km² y limita con los municipios vecinos de la siguiente manera: al oeste con El Real de la Jara y con Almadén de la Plata, al sur con El Pedroso, al este con Constantina, al noreste con Alanís de la Sierra, al norte con Guadalcanal y al noroeste con Fuente del Arco (comunidad autónoma de Extremadura) (ver Figura 1.5).



FIGURA 1.5. Mapa de la Sierra Morena Sevillana

Fuente: Adaptado de Silva y Ojeda (2001: 258)

¹² La comarca se compone de diez municipios, además de Cazalla: Alanís de la Sierra, Almadén de la Plata, Constantina, Guadalcanal, El Pedroso, El Real de la Jara, La Puebla de los Infantes, Las Navas de la Concepción y San Nicolás del Puerto.

Históricamente, nunca ha existido una identidad territorial en la comarca, con lo que la denominación “Sierra Norte de Sevilla” surgió desde el ámbito estatal al hilo de las propuestas e intervenciones desarrollistas de cuño territorial de los años sesenta. El fuerte sesgo “administrativo” de tal denominación no facilitó su aceptación por parte de la población local, sobre todo, de lo que podríamos dar en llamar “intelectualidad” local, que viene reivindicando en su lugar el nombre de “Sierra Morena Sevillana” para enfatizar la cordillera a la que se pertenece este territorio. En el contexto del auge de las “marcas” turísticas territoriales, los ayuntamientos comarcanos han hecho suya esta reivindicación y la han llevado al Parlamento de Andalucía, aprobando éste en mayo de 2019 una proposición no de ley para instar al cambio de denominación a nivel institucional. A día de hoy, el PN aún lleva por nombre Sierra Norte de Sevilla, con lo que será ésta la denominación utilizada para referir al mismo.

La población de Cazalla de la Sierra ascendía en 2016 al número de 4.926 habitantes, habiendo seguido su evolución histórica el mismo patrón que el resto de municipios de su entorno. Un crecimiento constante a lo largo de la primera mitad del siglo XX se vio sucedido por una fuerte caída motivada por el “éxodo rural” vinculado al proceso modernizador. Una vez cerrada la salida migratoria por la crisis de 1973, la tendencia fue al amortiguamiento de aquel descenso (ver Figura 1.6). La importante caída en la cifra de moradores que tuvo lugar en el tercer cuarto del siglo XX ha derivado en una densidad poblacional muy baja, así como en la concentración de la población local en el núcleo urbano (en 2016 sólo vivían 180 personas en el “diseminado”, es decir, en el resto del término municipal)¹³.

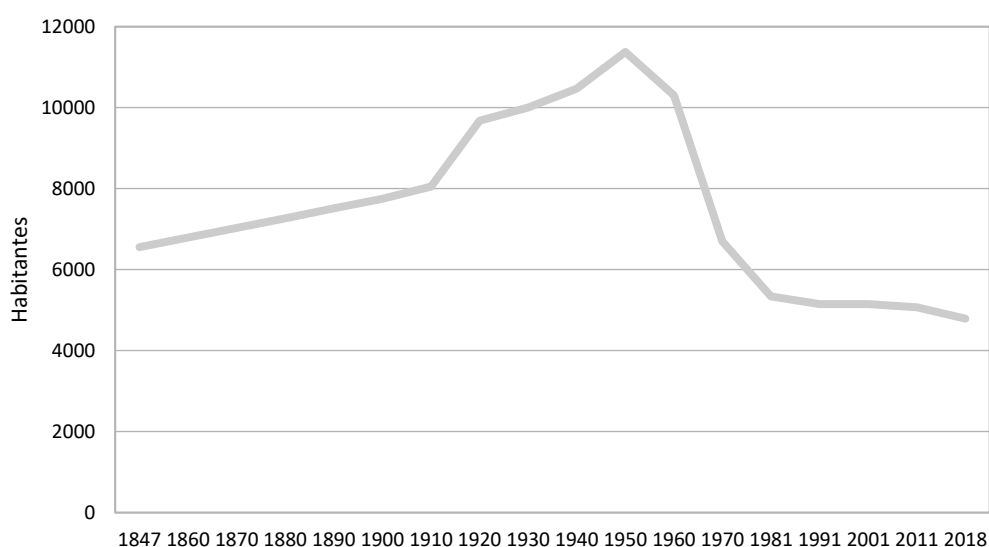


FIGURA 1.6. Evolución demográfica de Cazalla (1847-2018)

Fuente: Elaboración propia a partir de Madoz (1847) e IECA

Por lo que respecta a las actividades económicas de esta población, el sector agrario se caracteriza por una ganadería dedicada a la producción de cochinos y corderos para su comercialización. También son destacables el aprovechamiento bovino, el caprino –lechero, predominantemente–, el olivarero y el corchero. En relación al sector secundario, hay que reseñar el papel de la industria asociada a varios de estos aprovechamientos y que, en algunos casos, se vincula con las cooperativas de productores agrarios. Éste es el caso de

¹³ Los datos poblacionales aportados en el párrafo provienen del Instituto Nacional de Estadística (INE) y han sido consultados a través de la web del Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía (IECA).

Sierracoop, una cooperativa comarcal de comercialización de corderos que también se dedica a la fabricación de piensos y quesos, o el de la fabricación de aceite por la cooperativa olivarera local. Existen, asimismo, tres bodegas, una fábrica de procesado de corcho y algunas agroindustrias de tamaño pequeño, como una fábrica de anisados, una quesería y alguna que otra fábrica-tienda de chacinas. Fuera ya de la agroindustria, es de destacar una factoría textil con varias decenas de trabajadoras, así como una diversidad de pequeñas industrias-comercios como carpinterías, carpinterías metálicas, etc.

Con respecto al sector servicios, una actividad que ha crecido en los últimos lustros al calor de la implementación de la llamada Ley de Dependencia es el de las cuidadoras de ancianos y otros sectores dependientes, vinculadas tanto al Ayuntamiento como a algunas empresas privadas locales. Aparte de esto, encontramos una lavandería, varias zapaterías, bazares, ferreterías, talleres, supermercados, tiendas de barrio y un buen número de bares y tabernas. Otras actividades a reseñar son las turísticas, muy vinculadas al reclamo del PN y a las ayudas comunitarias, y que se relacionan con los restaurantes, alojamientos y resto de empresas relacionadas con el llamado “turismo rural y de naturaleza”. Por último, hacer alusión a la importante población asociada a los servicios vinculados con la administración. Cazalla cuenta con un juzgado por ser la cabeza de partido judicial, con las instalaciones de la Oficina Comarcal Agraria (OCA), las de la Asociación de Desarrollo Rural (ADR) comarcal, así como dispone de cuatro centros educativos –uno de educación infantil, otro de primaria, otro de secundaria y otro de primaria-secundaria–.

Pasando a la dimensión físico-geográfica¹⁴, debe decirse que la geología del municipio está conformada por terrenos del Precámbrico y de la Era Primaria a causa de la acción de la orogenia herciniana. Ésta fue la que dio origen al Macizo Hespérico en la parte occidental de la Península Ibérica, al cual pertenece la zona donde se asienta el municipio: la Ossa-Morena. La altitud media del municipio es de 450-550 metros y el punto más alto está situado en el noroeste de la población. Se trata del cerro del Timón, que alcanza los 783 metros.

En materia hidrológica, los cursos fluviales más importantes (ver Figura 1.5) que atraviesan su término municipal son:

- el río Viar, que procede del sur de Extremadura y configura el límite occidental del municipio, vertiendo los principales afluentes (arroyo del Valle y arroyo del Tamujar) sus aguas en su orilla izquierda;

¹⁴ Para la confección de esta sección me he basado fundamentalmente en la descripción de Jiménez (1995). Valga esta advertencia para ahorrar las continuas referencias en el texto.

- la rivera del Huesna, que proviene de San Nicolás del Puerto y sigue dirección sur, conformando el límite oriental del término. A lo largo de este primer tramo, por cierto, se localizan varios puntos de atracción turística relacionados con el baño, el (bici)senderismo y otras actividades; y
- la rivera del Benalija, que conforma el límite norte del municipio y desemboca en el río Viar a la altura del embalse del Pintado¹⁵.

Los suelos, por su parte, pueden dividirse básicamente en tres tipologías, que serían las siguientes:

- pardos meridionales sobre granito: de coloración parda, textura areno-limosa, pobres en materia orgánica y con un ph ligeramente ácido, se extienden de manera reducida alrededor del casco urbano en sus costados este y sur-suroeste;
- pardos meridionales sobre pizarra: de color pardo o pardo-ocre, textura arcillo-limosa o arenolimosa, poco contenido en materia orgánica y un ph ligeramente ácido de nuevo, los hallamos en la mayor parte del término municipal; y
- suelos de lehn rojo sobre pizarras y calizas: pobres en calcio, de contenido medio-bajo en materia orgánica y ph próximo a la neutralidad, se encuentran en pequeñas zonas al norte, al oeste y al suroeste del término.

El clima puede encuadrarse dentro del tipo mediterráneo, con carácter continental e influencias oceánicas gracias a los vientos del suroeste. Las mediciones efectuadas en el casco urbano arrojan una precipitación media anual de 813 l/m². La mayor pluviosidad se concentra en otoño-invierno, siendo diciembre el mes más lluvioso. Los meses de verano, por su parte, son los más secos, reproduciéndose el estrés hídrico estival típicamente mediterráneo. Las lluvias son muy irregulares tanto a lo largo del año, como interanualmente, alternándose periodos de sequía con otros húmedos. En relación a las temperaturas, los meses más fríos se extienden entre noviembre y marzo, siendo la media del mes más frío (enero) de 6°C. Los más cálidos, por su parte, van de abril a octubre, elevándose la media del mes más cálido (agosto) hasta los 28°C.

Ya en relación a las coberturas vegetales del suelo cazallero, el mayor porcentaje lo ocupan las formaciones de arboleda quercínea, dominadas por encinas (*Quercus rotundifolia*) y alcornoques (*Quercus suber*), pero con algún que otro rebollo (*Quercus pyrenaica*) y quejigo (*Quercus faginea*). Estas formaciones se identifican con las llamadas “dehesas” (ver Figura 1.7) y pueden dividirse, a grandes rasgos, en dos tipologías. Por un

¹⁵ Este embalse se dedica tanto al abastecimiento de las poblaciones de la campiña sevillana como a la producción de energía hidroeléctrica. Existe otro más pequeño y cercano al municipio (embalse del Sotillo), cuyas aguas se destinan al abastecimiento local. En ambos existe un importante uso público relacionado, sobre todo, con la pesca deportiva.

lado, encontramos a aquéllas que se hallan en un estado avanzado de matorralización –se corresponderían, a grandes rasgos, con la categoría “Quercíneas-matorral” (47,1% de la superficie) de la Tabla 1.1–. Por otro lado, están las dehesas que aún se dedican a un aprovechamiento predominantemente ganadero y que mantienen la cubierta herbácea frente al matorral, dando lugar a un paisaje sabaniforme –a grandes rasgos, la categoría “Quercíneas” (17,1% de la superficie)–. También habría que mencionar aquí las formaciones de matorral (no arboladas) y los pastizales.



FIGURA 1.7. Cochinos en la dehesa

Fuente: ADR Sierra Morena Sevillana

Por lo que respecta a las superficies de carácter agrícola, éstas se concentran en la primera corona alrededor del núcleo urbano. Entre ellas, dominan los olivares, encontrándose muchos de ellos matorralizados también. Asimismo, hay que mencionar, por su importancia social, los cultivos herbáceos –huertas y cultivos forrajeros, fundamentalmente– y el viñedo, el cual, a pesar de su testimonialidad, se encuentra en una tendencia de moderada recuperación. En relación a las superficies forestales distintas a las dehesas, puede hacerse alusión a algunas formaciones de pinar y eucaliptal que se localizan, sobre todo, en el cuadrante suroccidental del término. Por último, aludir a las manchas de castaño que salpican las umbrías cercanas al núcleo urbano y también a los bosques de galería, los cuales flanquean muchos de los cursos de agua mencionados arriba. Destacan, entre ellos, los bosques de la rivera del Huesna, caracterizados por una arboleda de fresnos

(*Fraxinus angustifolia*), olmos (*Ulmus minor*), alisos (*Alnus glutinosa*) y otras especies riparias, tanto arbóreas como arbustivas.

Coberturas	ha	%
Cultivos herbáceos	383,3	1,1
Olivar	3.830,7	11,3
Viñedo	8,3	0,02
Áreas agrícolas heterogéneas	1.204,6	3,6
Pastizal	1.747,9	5,2
Quercíneas	5.791,3	17,1
“Quercíneas-matorral”	15.945,5	47,1
Matorral	2.497,1	7,4
Pinares	530,5	1,6
Eucaliptales	154,4	0,5
Otra arboleda	1.763,9	5,2
Total	33.857,5	100

TABLA 1.1. Coberturas vegetales de la tierra de Cazalla (2007)

Fuente: IECA

Para finalizar este apartado, hagamos una breve referencia a la biodiversidad faunística de Cazalla y, en general, de la Sierra Morena Sevillana. Aparte de los invertebrados, existen en la comarca alrededor de 200 especies de vertebrados no domésticos. Entre las aves, que aportan el mayor contingente, pueden encontrarse desde rapaces como el milano real (*Milvus milvus*), el buitre leonado (*Gyps fulvus*) o la lechuza común (*Tyto alba*), hasta córvidos como el arrendajo (*Garrulus glandarius*) o la urraca (*Pica pica*), pasando por gorriones (*Passer domesticus*), abejarucos (*Merops apiaster*), mirlos comunes (*Turdus merula*), abubillas (*Upupa epops*), perdices (*Alectoris rufa*), las ya permanentes cigüeñas (*Ciconia ciconia*) y un largo etcétera. Entre los peces, destacan las truchas común (*Salmo trutta*) y arcoíris (*Oncorhynchus mykiss*), o el black-bass (*Micropterus salmoides*). En relación a los anfibios, habría que aludir a la salamandra común (*Salamandra Salamandra*) o al tritón ibérico (*Lissotriton boscai*). Ya entre los

reptiles, destacan el galápago (*Emys orbicularis*), el lagarto ocelado (*Lacerta lepida*), la culebra de escalera (*Rhinechis scalaris*) y la lagartija ibérica (*Podarcis hispanica*). Por fin, respecto a los mamíferos, hay que hacer alusión a especies venatorias como el ciervo (*Cervus elaphus*) y el jabalí (*Sus scrofa*), y a predadores tenidos en muchos casos por “alimañas”, como el meloncillo (*Herpestes ichneumon*) o el zorro (*Vulpes vulpes*), pero también a la nutria (*Lutra lutra*), las diferentes especies de murciélago y pequeños roedores como la musaraña común (*Crocidura russula*).

4. REFLEXIÓN METODOLÓGICA Y PROCESO DE INVESTIGACIÓN

Como decía en la sección de presentación de la tesis, las vivencias que desde mi niñez me relacionaron con los campos de Cazalla no sólo son la raíz de mi interés por lo agrario y lo ambiental, sino que forman parte también de un vínculo con el municipio que, sin duda, influyó sobre su elección como el lugar donde desarrollar la investigación de tesis. Varios han sido los autores que han subrayado las virtualidades de lo que Díaz (2005) ha dado en llamar “etnografía en la propia comunidad”: facilidad para el acceso a los escenarios, disminución de la reactividad por parte de muchos interlocutores, mayor rapidez en la construcción de *rapport* como consecuencia de la dimensión de experiencias vitales compartidas, antídoto ante los problemas de traducción cultural... (Díaz, 2005; García, 1995; Heley, 2011).

Más allá de sus evidentes ventajas, la cuestión metodológica central de esta opción reside en la difuminación del modelo de trabajo de campo en cuanto proceso de socialización secundaria (Guasch, 1997/2002; Velasco y Díaz, 1997/2006: 26). Esto no sólo conlleva una especial autovigilancia por parte del etnógrafo en relación a la formación y mantenimiento de un “sentido de la diferencia” (Velasco y Díaz, 1997/2006: 29-30), sino que, sobre todo, implica una entrada al campo desde una identidad fuertemente marcada. En mi caso, con anterioridad a la investigación había participado en varias asociaciones locales de carácter reivindicativo y provenía de una familia conocida por el compromiso en la lucha obrera. Si para una parte de mis interlocutores –sobre todo, aquellos ganaderos de origen jornalero– esto me confería una especie de salvoconducto rápido, para muchos otros era motivo de algo que yo sentía como una suspicacia de partida.

Desde el principio, tuve claro que debía interrumpir toda participación política y redoblar los esfuerzos en la construcción de relaciones de confianza y cooperación. He de decir que, con más facilidad de lo que yo pensaba inicialmente, una buena parte de los ganaderos locales me abrieron la puerta de sus casas y de sus vidas sin siquiera ánimo de contraprestación alguna. Con otros, normalmente medianos ganaderos, la situación fue diferente. Sea como fuere, esto no ha supuesto un gran problema al ser el sector de la

pequeña ganadería aquél en el que la investigación puso el foco desde la etapa preparatoria del proyecto.

Un sesgo a ser explicitado tiene que ver con el género y con el hecho de que casi la totalidad de los productores entre los que realicé mi investigación fueran hombres. Sólo una mujer, a pesar de que no se encargase de las tareas directas de manejo del ganado, era la titular efectiva de su explotación. Esta excepcionalidad se reproducía en relación a la participación de las cónyuges de los ganaderos en la gestión directa del ganado –no así de la huerta y el olivar, en el caso de que la explotación dispusiera de este tipo de aprovechamientos– y, más aún, en las interfaces en que se producen las relaciones de comercialización y con las intervenciones estatales y “para-estatales” (técnicos de cooperativas, auditores, agentes de medio ambiente, administrativos de la oficina comarcal agraria, etc). También habría que añadir el ambiente homosocial de los espacios de sociabilidad de los ganaderos. Todo ello ha dado lugar a una tesis en la que los protagonistas principales serán hombres y las mujeres aparecerán en proporción directa a su participación en las unidades de observación seleccionadas.

Mi primera estancia en el campo relacionada con esta investigación se desarrolló entre los meses de octubre de 2012 y enero de 2013. El objetivo era la producción de material empírico destinado a la realización de mi trabajo fin de máster, orientado al rastreo de las trayectorias seguidas por los grupos domésticos campesinos de Sierra Morena tras el proceso de “modernización” de mediados del siglo XX. Aparte del trabajo de archivo, la tarea más importante consistió en la realización de entrevistas microbiográficas¹⁶ (Del Río y Valcuende, 2007). Si bien los entrevistados fueron mayoritariamente antiguos campesinos, también busqué a personas de diferente extracción social, que permitieran el cruzamiento de la información producida (Godinho, 2001: 24; Pujadas, 1992: 56). Asimismo, en relación a los primeros exploré el concepto de “grupo primario”, aquellas redes de sociabilidad inmediata que Ferraroti (1991: 126) entendía como la unidad heurística a privilegiar por toda técnica biográfica por ser en ellos donde reside el mayor potencial de reconstrucción de la realidad social a conocer. Aplicado a la realidad objeto de estudio, un sector social caracterizado por la importancia del grupo doméstico –unidad al mismo tiempo de producción y consumo– esto se materializó en la realización de entrevistas conjuntas a los matrimonios campesinos siempre que fue posible.

Mi segunda estancia de campo fue la más prolongada, extendiéndose entre febrero de 2014 y diciembre de 2015. Los primeros meses los dediqué a la realización de entrevistas

¹⁶ La entrevista microbiográfica es una técnica que se sitúa a medio camino entre la historia de vida y la entrevista en profundidad, y que, aunque focalizada en la trayectoria vital de los individuos entrevistados, tiene como centro de interés, no la vida completa de éstos, sino ciertas temáticas en las que se intenta profundizar a través de la comparación de la información biográfica proporcionada por unos interlocutores seleccionados tipológicamente (Del Río y Valcuende, 2007).

abiertas a interlocutores seleccionados tipológicamente para conseguir una visión lo más múltiple posible sobre la problemática agroambiental de la ganadería de la zona; también, a la inmersión en la realidad cotidiana del trabajo ganadero. En relación a esto último, entré en calidad de “ayudante” en dos explotaciones, una perteneciente a un ganadero individual de cerdo ibérico y ovejas, y la otra consistente en una finca familiar dedicada a la ganadería ovina y la producción hortícola. Agotado este periodo inicial, pasé a la profundización en los diferentes sectores de ganaderos locales y, para ello, puse en práctica una técnica a medio camino entre la visita de finca y la entrevista abierta, por la que ésta se producía de manera móvil a través del acompañamiento del ganadero en sus quehaceres diarios¹⁷. Asimismo, realicé entrevistas a personal relacionado con la administración agraria, la ambiental, las entidades de certificación ecológica y el panorama cooperativo local.

Por lo que respecta a la observación participante propiamente dicha, ésta sería la técnica principal empleada a lo largo de esta etapa del trabajo de campo. Aparte de eventos puntuales del calendario local, como rituales festivos, corridas de toros, actos electorales, etc., la observación participante fue desarrollada de forma cotidiana en tres unidades. La primera de ellas eran las fincas de aquellos ganaderos con los que iba consiguiendo un *rapport* que me permitía la visita sistemática de las mismas. Algunas de ellas se convertían a determinadas horas de la mañana en un verdadero “centro social” donde circulaban rápido las noticias y rumores más frescos del agro local. Una segunda unidad de observación la constituían las reuniones de temática agroambiental convocadas por los organismos más diversos. Por regla general, aparte de estar atento a sus páginas web y a los carteles callejeros, algún que otro ganadero solía llamarme por teléfono para avisarme de la convocatoria. Por último, hay que aludir al bar, un “locus” crucial para observar la sociabilidad masculina en Andalucía (Driessen, 1983: 125). En los bares podía terminar una mañana de visita a una finca, pero, sobre todo, eran los lugares a los que me dirigía expresamente para afianzar relaciones, entrar en contacto con una de las “salas de máquinas” fundamentales del discurso político local (Gilmore, 1985) o profundizar en el entendimiento de los elementos que eran realmente importantes en y para la vida de estos productores.

Por último, tengo que hacer alusión a una última etapa de trabajo de campo que desarrollé en paralelo a los últimos meses de elaboración y análisis sobre el material empírico producido y la preparación de la redacción de esta tesis doctoral. Ésta se produjo a partir de mi regreso a la ciudad de Sevilla tras una estancia de investigación en la Universidad de Wageningen (Países Bajos). Se basó en la visita esporádica del municipio estudiado, distante sólo 80 km de la ciudad. Dichas visitas se produjeron en varios

¹⁷ Ver Vergunst (2012) para una técnica similar.

momentos del último trimestre de 2016 y consistieron, fundamentalmente, en la realización de entrevistas abiertas alrededor de asuntos muy concretos respecto a los cuales había evidenciado cierta falta de material o del grado necesario de saturación.

5. ESTADO DE LA CUESTIÓN

5.1. Antropología y agricultura ecológica

La mayor parte de las aproximaciones antropológicas a la agricultura ecológica la han abordado de una manera tangencial. Un buen ejemplo lo aportan las miradas hacia el proceso de construcción de un específico nicho de mercado para los productos considerados “de calidad”, como los ecológicos. Es el caso de West (2010), que, siguiendo la crítica foucaultiana de Guthman (2007, 2008) a las “etiquetas de calidad” en cuanto dispositivos neoliberales¹⁸, se adentra en la cadena que lleva el café etiquetado como ecológico y “de comercio justo” desde Papúa Nueva Guinea hasta Estados Unidos. Si bien realiza trabajo de campo en Papúa para conocer las condiciones reales de producción de ese café, su principal interés se sitúa en la “producción del consumidor” de este particular mercado. Precisamente, el elemento clave para ello sería la “producción del productor”, esto es, la construcción de un relato que representa a los caficultores papuanos como campesinos pobres y primitivos (West, 2010: 703). El autor observa aquí la creación neoliberal de una mercancía cuyo valor –la sostenibilidad y/o la justicia social– no es intrínseco, sino externo, sostenido por una narrativa que, de manera crucial, convierte el acto de comprar en un acto caritativo y político.

Otras investigaciones, realizadas plenamente en ámbitos agrarios, también se interesan por la agricultura ecológica, sobre todo, como factor complementario de la llamada “reconversión” experimentada por el medio rural de los países del continente europeo. Un ejemplo lo constituye la tesis de Fox (2011), dedicada al análisis del proceso de integración de Rumanía en la UE desde la óptica de los efectos sobre el campesinado. Como reconoce la autora, si bien el objetivo inicial de su investigación era precisamente la agricultura ecológica, la escasez de referentes una vez llegada al campo forzó un viraje. Es en ese sentido que Fox subsume su (corto) “material ecológico” en los capítulos dedicados a la creación de marcas y/o etiquetas y su relación, por un lado, con la conversión de productos agrarios en mercancías; y, por otro, con el desarrollo de “maniobras” por parte

¹⁸ Ver también DuPuis y Goodman (2005) o Muttersbaugh (2005) para una profundización sobre las dinámicas neoliberalizadoras que la agricultura ecológica, según esta perspectiva, vendría a reproducir: procesos implícitos de privatización, mercantilización, “devolución neoliberal”, formación de subjetividades mercantilistas, etc.

del campesinado rumano en su particular adaptación al nuevo escenario de mercantilización y profesionalización inducido por la implementación de la PAC.

Una excepción a la escasez de aproximaciones antropológicas a la agricultura ecológica en cuanto objeto central de estudio proviene de una investigación realizada, como la que presenta esta tesis, en Andalucía¹⁹. Se trata de la tesis de Lozano (2011) sobre el caso de la Sierra de Segura. La autora tiene como objetivo principal el análisis de las estrategias socioeconómicas asociadas al sector ecológico certificado de la comarca. Para ello, utiliza el concepto de “sistema agroalimentario localizado”, que fue acuñado a partir de la noción de sistema productivo localizado (Fournier y Muchnik, 2012). Compartiendo con ésta el foco en el “desarrollo de redes empresariales”, el concepto de sistema agroalimentario localizado “fue introducido para resaltar la capacidad de algunas comunidades de productores agroalimentarios en la valorización de los recursos locales y en el desarrollo de innovaciones resultantes de las interacciones entre productores, instituciones locales y consumidores” (ibid.: 138).

Los esfuerzos de Lozano (2011) se centran en aplicar este marco, tomando como unidades de análisis fundamentales las “acciones colectivas” y la “innovación” (ibid.: 87). Así, rastrea el desarrollo del sistema agroalimentario localizado a través del estudio de las cooperativas olivereras ecológicas, de la promoción del sector o de las relaciones con la administración del parque natural y con la asociación de desarrollo rural. Asimismo, la autora realiza un perfil de los agricultores ecológicos de la comarca, dividiéndolos en dos colectivos vinculados a la pertenencia a una u otra de las cooperativas locales: uno formado por agricultores a tiempo completo y caracterizado por desarrollar una agricultura ecológica de sustitución de insumos; otro por una perspectiva más holística y el predominio de la dedicación a tiempo parcial. Al objeto de entender el “estancamiento” del sistema verificado durante el trabajo de campo, Lozano también explora las diferencias a nivel de representaciones locales sobre la agricultura ecológica entre los agricultores convencionales y ecológicos, dibujando un conflicto más o menos latente entre dos colectivos que entienden sus prácticas agrarias como antagónicas (Lozano, 2011, 2013). Debe citarse, al hilo de esta contraposición, el estudio de Hetherington (2005), que profundiza sobre las relaciones entre agricultores convencionales y ecológicos en la provincia canadiense de Nueva Escocia.

Desde una perspectiva alejada de la problemática del “desarrollo rural”, Galvin (2014) se interesa por los programas de agricultura ecológica certificada en cuanto formas de renovar los procesos de intervención institucionales (Scott, 1998) y, como consecuencia, las relaciones entre poblaciones locales y agentes estatales. A partir de una investigación

¹⁹ También en Andalucía fue realizado el estudio de Del Campo (2000). La perspectiva adoptada por el estudio no es netamente etnográfica, consistiendo la investigación en una caracterización de los perfiles de los agricultores y ganaderos ecológicos del conjunto andaluz.

realizada en la región de Uttarakhand –autodenominada “capital ecológica de la India”–, la autora describe cómo las nuevas relaciones sociales con extensionistas, auditores, etc. que lleva aparejada la certificación ecológica institucionalizada implican el desarrollo de nuevos ejes discursivos que discriminarían entre prácticas agrarias objeto de reconocimiento y prácticas no merecedoras de ese tratamiento. Un ejemplo sería la contraposición entre las expresiones “ecológico por defecto” y “ecológico a propósito”. Mientras la primera sería usada por los técnicos para categorizar las prácticas sostenibles “tradicionales” como una suerte de adaptaciones pasivas al medio, la segunda sería un medio de “reconocimiento estatal” por el que las nuevas prácticas ecológicas –mayoritariamente adoptadas por los agricultores acomodados– se entenderían como fruto de la agencia y la creatividad individual (Galvin, 2014: 121-123). Tal diferenciación sería aprovechada por las castas más elevadas para estrechar sus lazos con el Estado, contribuyendo el programa a nivel local al reforzamiento de la desigual estructura social (ibid.: 126).

En un artículo más reciente, Galvin (2018) sitúa el foco sobre el proceso de certificación ecológica a partir de material producido en el mismo contexto etnográfico con el fin de posicionarse en el debate más amplio sobre la cuestión de la transparencia y las prácticas de auditoría. La autora se centra en los efectos derivados de la incertidumbre experimentada por los certificadores, dado el abultado número de explotaciones, la imposibilidad de verificar todas las prácticas agrarias y la incompletitud de los “diarios” en que los agricultores deben describir las mismas (ibid.: 496). Aunque, por un lado, ello ha resultado en un impulso al refinamiento de la práctica auditora –vía introducción de análisis de residuos (ibid.: 504)–, también derivó en la generalización entre los auditores de una ideología de la confianza (*viśvās*) en relación a los agricultores. Esta ideología, con su retórica del compromiso, la honestidad y el honor, sería necesaria para sostener el edificio de la certificación ante la confirmación de que, en la práctica, transparencia y opacidad se engendran mutuamente (ibid.: 505).

Comprobada la parquedad de aproximaciones antropológicas al fenómeno de la agricultura ecológica, resulta conveniente ampliar horizontes para conocer otros abordajes que puedan ser concomitantes con nuestro doble objetivo de estudiar la agricultura ecológica en cuanto modalidad agraria y elemento para la disputa discursiva. En relación a lo primero, desarrollo en los próximos dos subapartados una síntesis de las corrientes adscritas al campo que se ha dado en llamar “estudios de relaciones entre agricultores y programas agroambientales” (Riley, 2011). Si bien algunas de las investigaciones referidas en ambas secciones abordan el fenómeno de la asimilación local de discursos y prácticas ambientales que está en la base de nuestro segundo objeto de investigación, a esta cuestión estará dedicado por entero un último subapartado. La propuesta consistirá en desarrollar el marco que mayor fortuna ha hecho en el análisis de dicho fenómeno, el marco de

inspiración foucaultiana de la “*environmentality*” para después centrarme en la crítica que de él ha realizado la antropología.

5.2. Programas agroambientales y “resistencia cultural”

Una de las corrientes más importantes en la literatura reciente sobre relaciones entre agricultores y programas agroambientales la constituye el marco del “*good farmer*” (buen agricultor). En los años ochenta, varios investigadores agrarios habían aludido a ese término en cuanto noción emic que los agricultores usarían para referirse a aquellos homólogos cuyas prácticas agrarias coincidían con las contenidas en los respectivos cánones locales (Hatch, 1987; van der Ploeg, 1985).

Ya en la década de 1990, el proceso de “extensificación” de la PAC y su aceleración a través de la Reforma McSharry darían lugar al debate académico en torno a la transición desde el productivismo hacia el “postproductivismo”²⁰. En el centro de ese debate se encontraba la verificación de la falta de acompasamiento de la agricultura practicada por los productores comunitarios a esa reorientación de los objetivos institucionales. En ese contexto, la noción de *good farmer*, asociada sistemáticamente con prácticas conducentes al incremento productivo y/o la maximización de resultados, aparecía como un posible elemento causal de aquel (presunto) desfase (Shucksmith, 1993; Silvasti, 2003; Thompson, 1995).

El presupuesto más o menos implícito para estos autores era que los agricultores compartían una cultura productivista de la que se desprenderían sus prácticas agrarias. Thompson (1995) añadía como un elemento crucial la “recompensa” social, que sería la base de la reproducción de dicha cultura y derivaría en la relevancia de la visibilidad de los resultados productivos:

«El buen agricultor es el agricultor que trabaja duro, pero ¿cómo sabe el agricultor (y sus vecinos) que el trabajo es bueno? La respuesta visible es en las cosechas grandes o en ejemplares ganaderos más grandes, más perfectos. La vida rural incluye ferias de la cosecha que reconocen la calabaza más grande o la primera paca de algodón. (...) Aunque ningún agricultor querría más producción por un modesto incremento en esfuerzo, el vínculo de trabajo y recompensa caracteriza una ética del trabajo que convierte a la producción en un signo del valor moral del agricultor» (ibid.: 67).

Algo más tarde, aquella interrogación sobre el presunto desfase en relación al post-productivismo encontró en la implementación de los programas agroambientales

²⁰ Para una revisión del debate, sostenido de manera dominante en el seno de la geografía de la agricultura, ver: Evans, Morris y Winter (2002); Ilbery y Bowler (1998); y Wilson (2001). Para conocer su derivación en el reciente debate acerca del “neoproduktivismo”, ver la revisión de Wilson y Burton (2015).

auspiciados por la PAC un objeto de investigación privilegiado (Riley, 2011). Estos programas, de incorporación voluntaria, implicaban pagos a los agricultores participantes a cambio de la realización de un conjunto de actividades ambientales prefijadas en una o varias parcelas de su explotación. Algunas aproximaciones a este novedoso fenómeno explicaban el fracaso de la transición de los agricultores hacia actitudes más conservacionistas por razones de carácter económico, estructural o incluso cognitivo. Otros autores, sin embargo, apuntaban al cuestionamiento de la cultura o identidad de los agricultores que representaría la puesta en práctica de las medidas contenidas en los programas agroambientales. Entre ellos, destaca Burton (Burton, 2004; Burton, Kuczera y Schwarz, 2008; Burton y Paragahawewa, 2011; Burton y Wilson, 2006), sin duda, la figura fundamental en relación a la difusión académica del marco del *good farmer*.

En la práctica, Burton no añade nada nuevo al esquema fundamental que podíamos encontrar en Thompson (1995), a quien significativamente no cita. Su empeño por “desarrollar un entendimiento del simbolismo social de conductas aparentemente utilitarias” (Burton, 2004: 199) consiste fundamentalmente en verificar a través de investigación de campo las prácticas concretas que compondrían el ideal de *good farmer* en los territorios estudiados; y, por otro lado, en tratar de enmarcar dicho concepto dentro de alguna teoría general. En relación a esto último, en un primer momento lo intentará con el interaccionismo estructural de Stryker (ibid.) para luego decantarse por la teoría de los campos de Bourdieu (Burton et al., 2008; Burton y Paragahawewa, 2011).

Un buen ejemplo de ello lo encontramos en su análisis, junto a Kuczera y Schwarz (2008), de dos casos de comunidades agrarias europeas caracterizadas por la importante presencia de un programa agroambiental: una en Escocia, siendo el programa implementado el de Custodia Rural (Rural Stewardship Scheme); la otra en Alemania, siendo el programa el de Conservación del Paisaje de Hesse (Hessisches Landschaftspflegeprogramm). A partir de un material obtenido a través de entrevistas guiadas por tarjetas donde estaban representadas las principales actividades agrarias, las cuales debían ser ordenadas por los informantes según nivel de importancia, los autores nos presentan una síntesis de los principales símbolos de “buena agricultura” en las zonas de estudio: el brote de los cultivos en primavera u otoño, principal indicador del éxito o fracaso en materia de preparación del suelo; el paralelismo de los surcos producto del arado con el tractor; y la apariencia saludable del ganado, visible en su cuerpo, pelaje, ojos y movimientos.

Burton et al. identifican estos símbolos como los indicadores, de cara a la comunidad, de la habilidad del agricultor en cuestión. Es en este sentido que entienden dicha habilidad como “capital cultural incorporado”, el cual, a su vez, funcionaría como “capital simbólico” (ibid.: 20), ese sinónimo del prestigio o reconocimiento social que, según Bourdieu,

constituye “un crédito (...), una especie de anticipo, descuento, credencial que la creencia del grupo sólo puede conceder a quienes más garantías materiales y simbólicas le ofrecen” (Bourdieu, 1980/1991: 201). Y, de fondo, lo que sostendría todo este sistema de asignación de recompensas sociales sería un *habitus* compartido por el cual habilidad equivale a la capacidad para la maximización productiva (Burton et al., 2008: 25), cerrándose así la posibilidad a otras formas de demostración de la habilidad, las cuales podrían estar vinculadas, por ejemplo, a la realización de prácticas de tipo agroambiental (ibid.: 27).

Vemos aquí como se mantiene intacto el argumento que ya había desarrollado Thompson (1995) sin recurrir a Bourdieu. Se trata del típico esquema de las “teorías disposicionales” (Nash, 2003), entre ellas, del culturalismo: observados unos comportamientos, se infiere una cultura –o un *habitus*– que, a su vez, explicaría las prácticas (Martín Criado, 2013: 147). Como bien afirma Nash (2003: 55), el no acompañamiento de este esquema por un concienzudo trabajo etnográfico dirigido a profundizar en la experiencia compartida que estaría en la base de esa cultura o *habitus*, sólo puede generar dicho tipo de argumento circular. A ello podríamos añadir también la precaución (interaccionista) que Martín Criado (2013: 147) sugiere en relación a la necesidad de atender también al peso de la situación y de la posición ocupada en la misma por las personas estudiadas.

5.3. Otros enfoques: giro economicista y “politización del conocimiento”

Como hemos constatado en el subapartado anterior, el marco del *good farmer* contiene un fuerte componente homeostático. Esto se trasladará también a los análisis de nuevos sectores sociales alejados de la realidad del agricultor convencional del que surgió el concepto. Es el caso de los estudios sobre las identidades construidas por los agricultores ecológicos concienciados ambientalmente (Hunt, 2010; Stock, 2007) o, incluso, por colectivos de pescadores (Gustavsson, Riley, Morrissey y Plater, 2017). En ellos, el conjunto de *habitus*, prácticas y sanciones colectivas también aparece como una suerte de compartimento estanco.

La dificultad del marco para captar el cambio cultural sería, precisamente, el punto de partida para las tentativas de renovación que se han producido hasta la fecha (Haggerty, Campbell y Morris, 2009; Huttunen y Peltomaa, 2016; Riley, 2016; Saunders, 2016; Thomas, Riley y Spees, 2019). De entre ellas, quizás la que ofrezca una alternativa más nítida sea la propuesta por Sutherland (Sutherland, 2013; Sutherland y Darnhofer, 2012). Incómoda con la simplicidad del esquema original, esta autora se pregunta por las causas de la cristalización de aquel *habitus* productivista. Burton (2004: 209-210) se había limitado a señalar un conjunto de factores algo etéreos –identitarios, perceptuales, económicos, espirituales– sin priorizar ninguno de ellos.

Sutherland (2013) rescata la noción de “gusto de necesidad”, con la que Bourdieu intentaba explicar las preferencias culturales de las clases populares. Bourdieu argumentaba que, frente al “gusto de libertad” de las élites, la necesidad económica en que vivía la clase obrera suponía unas limitadas posibilidades a las que su gusto no tenía más remedio que “resignarse” (Bourdieu, 1979/2002: 379-392). Sutherland (2013: 433) observa una conexión similar para el caso del ideal de “buena agricultura”, explicando que sus elementos (productivistas) se habían constituido a partir de la experiencia histórica con prácticas que llevan a conseguir mayores ganancias económicas.

El escenario actual, sin embargo, sería diferente, ya que los beneficios de un agricultor pueden provenir de muy diferentes fuentes. Realizando un uso algo particular del concepto bourdieuano de “reglas del juego”²¹, Sutherland, en un artículo al alimón con Darnhofer, escribe:

«en las últimas décadas, las “reglas del juego” en el campo agrario han sufrido cambios sustanciales. Estos cambios incluyen el desplazamiento desde mecanismos de apoyo en materia de precios hacia pagos directos en la PAC (...), la emergencia de los programas agroambientales (...), la introducción de la condicionalidad (...), la reducción de la distancia entre costes y precios (...), la emergencia de las cadenas cortas de comercialización (...) y la demanda de alimentos ecológicos certificados» (Sutherland y Darnhofer, 2012: 234).

El “gusto de necesidad” no tendría porqué equivaler a un gusto por las prácticas productivistas, sino por todas aquellas que garantizan la posibilidad de seguir “ganándose la vida con la granja” (Sutherland, 2013: 438). En un contexto de progresiva caída de la renta agraria, ese riesgo económico convertiría en una opción nada despreciable la entrada voluntaria en los programas agroambientales, en particular, en el de agricultura ecológica certificada. Mientras el resto suele implicar la realización de prácticas no directamente productivas o incluso la no intervención del agricultor, el programa de agricultura ecológica se caracteriza por el mantenimiento de la producción y la posibilidad de acceder a nuevos nichos de mercado, así como por una dotación económica que la hace una de las subvenciones más atractivas del abanico ofrecido por la PAC. Ante un panorama de

²¹ El concepto bourdieuano de “reglas del juego” es inseparable de su teoría general de los campos. Para Bourdieu (1984/2000: 112-119), un campo –artístico, escolar, político, religioso, etc.– sería un espacio autónomo dentro del mundo social, en el cual los individuos ocupan diferentes posiciones en función de la relación de fuerzas existente. Tales espacios estarían caracterizados por una incesante lucha por la acumulación de capital con la finalidad última de ocupar las posiciones que permiten “el monopolio de la violencia legítima (autoridad específica)” (ibid.: 113). La participación en ese “juego” exigiría el respeto a sus reglas de funcionamiento, establecidas, al igual que los capitales específicos objeto de interés, a partir del proceso histórico de (re)producción del propio campo. Las reglas del juego, en ese sentido, son claramente procedimentales e internas al campo. La versión de Sutherland, sin embargo, entiende por reglas del juego los condicionantes externos, predominantemente económicos, del campo.

beneficios decrecientes, cambios normativos, etc., la irrupción de la agricultura ecológica certificada haría esperable que los símbolos de “buena agricultura” se viesen afectados (Sutherland y Darnhofer, 2012: 233-234).

Esta realidad en transformación es precisamente lo que estas autoras nos muestran a través del estudio comparativo de cuatro casos ingleses, dos caracterizados por la irrelevancia local de la agricultura ecológica certificada y dos por una importante presencia. En relación a estos dos últimos, por un lado, se constata la pervivencia de los elementos típicos de “buena agricultura”; por otro, cierta “erosión”, como es el caso de los cultivos altos –y, por tanto, más visibles– o la limpieza del terreno, que algunos de sus entrevistados, a la vez que valoraban, consideraban como unos objetivos difícilmente conseguibles debido a su alto coste económico (ibid.: 234-235). Otro indicador de cambio se relacionaría con las “respuestas creativas” puestas en marcha por algunos agricultores frente a los menguantes márgenes de beneficio. Una de ellas consistía en la reducción de insumos químicos de síntesis, que en algunos casos constituía el paso previo a una posterior conversión a la agricultura ecológica. Otra respuesta creativa sería la evidenciada por la diversificación de las fuentes de renta de la explotación, como el alquiler de maquinaria, la venta directa o la generación de energía renovable (ibid.: 235-236).

El argumento de Sutherland podría resumirse de la siguiente forma: ante la caída de la rentabilidad de la agricultura convencional, los agricultores se ven forzados a ofrecer respuestas dirigidas a paliar esa situación –en parte, relacionadas con la agricultura ecológica certificada y/o la reducción del uso de insumos–, siendo generados como consecuencia símbolos conservacionistas de *good farming* que conviven con los antiguos debido a la vigencia de prácticas y habitus productivistas. Este último, por tanto, se encontraría en un estado de “histéresis” (Bourdieu, 1980/1991: 101-102, 1997/1999: 209-211) ante su creciente incapacidad para garantizar a los individuos la adaptación a una realidad crucialmente determinada por la inestabilidad del ingreso.

El problema de la propuesta de Sutherland, a mi entender, reside en que sustituye un esquema causal culturalista por otro esquema de resultado igualmente simplificador. Da la impresión de que su visión de las estrategias económicas en cuanto respuestas a las presiones estructurales las convierte directamente en matrices de prácticas cuya única posibilidad es la de ser económicamente “racionales”. El esquema de Sutherland podría sintetizarse de la siguiente manera: contexto económico>racionalidad económica>práctica racional. Todos los comportamientos serían racionales, “económicos”, en cuanto responderían a una lógica, producto a su vez de las condiciones económicas. No habría lugar para comportamientos “no económicos”.

Con esta implícita introducción de una mediación entre lo económico y las prácticas, la propuesta de Sutherland está en sintonía con la idea de “determinación en última

instancia” del marxismo estructuralista. A mi juicio, si bien todo aquello que tiene que ver con las condiciones materiales de vida y la posición social tiene una importante repercusión en relación a la conformación de la realidad social, este peso, siguiendo a un equilibrado crítico de aquella corriente, debe entenderse mejor como una “red de constricciones” (Hall, 1983/2005d: 43)²². Una red que dispone el terreno donde los actores desarrollan sus prácticas en función de una multiplicidad de factores. Esto quiere decir que lo económico sólo delimita la acción y que, por tanto, no existen garantías previas a la hora de definir los elementos causales del particular desarrollo de cada proceso social (ibid.: 44-45).

Merece la pena en este subapartado hacer alusión a otra interesante corriente asociada a los estudios de relaciones entre agricultores y programas agroambientales. Se trata de la literatura sobre “culturas de conocimiento” (*knowledge-cultures*). Si decíamos más arriba que el marco del *good farmer* asumió con el tiempo un ropaje bourdieuano, el de las “culturas de conocimiento” seguiría un camino inverso. Así, los autores que acuñaron el concepto las presentaban como unos *habitus* cristalizados una vez que “están institucionalizados o empiezan a formar parte del ser y la identidad de un individuo” (Tsouvalis, Seymour y Watkins, 2000: 912). En una coyuntura académica fuertemente impactada por los hallazgos de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS)²³ en relación al dominio del “conocimiento experto” sobre el llamado “conocimiento lego”, el trabajo de Tsouvalis et al. se centraba en la cristalización cultural de los conocimientos que se produce en situaciones de choque entre expertos y (supuestos) no expertos (ibid.: 913).

Ya en su adopción por los estudios sobre programas agroambientales, el concepto se alejaría de Bourdieu para, bajo la influencia de la teoría del actor-red (ANT, en sus siglas en inglés), poner el foco sobre la “porosidad” de la frontera entre la “cultura de conocimiento” de los técnicos de los programas y la de los agricultores (Kaljonen, 2006; Morris, 2006; Riley, 2008, 2016). Sobresale, en ese sentido, el trabajo de Morris (2006), quien entiende las “culturas de conocimiento” como dispositivos netamente identitarios –“el énfasis está puesto sobre aquellos conocimientos que emergen, que vienen a ser reconocidos como formas particulares de conocimiento” (ibid.: 215, nota al pie 5)– y, por tanto, susceptibles de contener formas de conocimiento de distinta procedencia.

En relación a la “cultura de conocimiento” de los agricultores, ésta no sólo se apoyaría en sus prácticas agrarias, sino también en argumentos científicos y en otros de carácter ecológico y originarios de la “cultura de conocimiento” agroambiental. En el caso de ésta, el contacto cotidiano de los técnicos de los programas agroambientales estudiados con los

²² Para el específico balance realizado por Hall de las aportaciones y problemas de la obra de Althusser, ver Hall (1985).

²³ STS (Science, Technology and Society Studies), en sus siglas en inglés.

conocimientos de los agricultores habría supuesto, a su vez, la incorporación de algunos de ellos a la misma (ibid.: 121-122). Si bien reconoce la persistencia del conflicto, Morris entiende que estos ejemplos demuestran otra cara de esa interfaz: la del continuo intercambio y “contaminación” entre ambos sectores sociales.

Resulta interesante el hecho de que las dos perspectivas respecto al concepto de “culturas de conocimiento” se hallen en sintonía con sendos enfoques desarrollados en el seno de la antropología de la conservación²⁴. Por un lado, algunos de los antropólogos adscritos a ese campo convergen con el foco de Tsouvalis et al. (2000) sobre lo que podríamos dar en llamar “politización del conocimiento”. Es el caso de Coca, que en su investigación en el PN andaluz de Los Alcornocales se adentra en el “conocimiento local”²⁵ de los jornaleros y ganaderos locales en toda su profundidad histórica y etnográfica para, a partir de ahí, describir su activación política en cuanto discurso legitimista frente a la implementación de dicha área natural protegida (Coca, 2008, 2014; Coca y Zaya, 2008). Por otro lado, y frente a la tendencia de la subdisciplina a centrarse en el impacto de la conservación sobre ciertos grupos locales (Beltran y Santamarina, 2016: 93; Whitehouse, 2015: 96), autores como Whitehouse (2009) optaron por focalizar sobre las relaciones entre los actores envueltos en la conservación. En sintonía con el enfoque de Morris (2006), este autor subraya la creación de espacios de confluencia y la construcción de valores compartidos que ayudaron a resolver parcialmente las tensiones derivadas de la implementación de una reserva natural en la isla escocesa de Islay (Whitehouse, 2009: 97).

Este énfasis sobre la “zona de contacto” entre agricultores y actores varios asociados a las políticas agroambientales será compartido por esta tesis. Se pondrá de manifiesto en el abordaje del proceso de certificación, pero también se evidenciará en la reflexión sobre la “porosidad de la frontera” cultural que, en nuestro caso, se materializa en el proceso de interiorización de argumentos y lenguajes ecológicos que tienen por objeto los capítulos 5 y 6. Ahora bien, dicha porosidad no se interpretará desde una perspectiva dualista por la que

²⁴ Ver Anderson y Berglund (2003) para una pionera colección de “etnografías de la conservación”. De fecha más reciente es el volumen coordinado por Brightman y Lewis (2017b), que además de contener una propuesta que podría denominarse como “antropología para la sostenibilidad” (Brightman y Lewis, 2017a), se compone en buena medida de estudios sobre conservación.

²⁵ Acosta (2002: 447) da como definición básica de conocimiento local la siguiente: “[e]l conocimiento que los grupos tienen de su medio y de las técnicas de manejo para la apropiación del mismo”. Se trata de un conocimiento que, siguiendo a van der Ploeg (1990, en Acosta, 2002: 453), se caracterizaría, entre otros elementos, por: su carácter artesanal, su vinculación a los procesos productivos, su no normalización, su contextualidad, su dinamicidad, su adaptabilidad y su multidimensionalidad. Si bien el concepto es heredero y/o vecino de otros como conocimiento técnico indígena (Marglin), conocimiento tradicional (Altieri), conocimiento campesino (Toledo, Iturra), *art de la localité* (Mendras) o *mētis* (Scott), intenta escapar a la dicotomía conocimiento experto/conocimiento lego en que muchas de esas formulaciones quedan atrapadas. La idea consiste en no cerrar la puerta a la plasticidad que evidencia su frecuente hibridación con elementos provenientes de otras formas de conocimiento.

se considera un indicador de consenso o negociación frente a otros que indicarían pura resistencia. Más bien, se trata del tipo de antagonismo que Hall, en su particular lectura de Bajtín y Voloshinov, dio en llamar “dialógico” (Hall, 1993/2005a: 298-299). Y es que, como tendremos ocasión de ver, el material empírico presentado, impidiendo la omisión del conflicto, nos fuerza a tirar por la calle de enmedio y entender que la mencionada “ecologización” de los ganaderos locales consiste, precisamente, en su forma de participar en el conflicto.

5.4. La producción de sujetos ambientales: mirada foucaultiana y crítica etnográfica

Como adelantaba más arriba, uno de los marcos que más fortuna han hecho en el análisis de estos procesos de ecologización es el de la “gubernamentalidad verde” o *environmentality*. Difundida por los trabajos de Luke (1999) y, sobre todo, Agrawal (2005), ésta es entendida como un tipo específico de gubernamentalidad en sentido foucaultiano. Para Foucault (1976/2006), la gubernamentalidad es una forma sutil de ejercicio del poder que, en lugar de usar la negación o la amenaza como en el caso de la soberanía y la disciplina, opta por ser sugestiva. “Conduce la conducta de los otros” para conseguir su “sujeción”, su encuadre en la particular subjetividad hacia la que se les persuade. Trasladando el concepto al campo de lo ambiental, los autores asociados a la *environmentality* la entienden como un poder que se apoya en el saber ecológico en cuanto formación discursiva e interviene a través de un amplio abanico de “tecnologías de poder” con el fin de producir “sujetos ambientales”.

En este desarrollo, Agrawal (2005) es, sin duda, el académico de referencia. En un trabajo realizado a partir de material producido en el Norte de la India, su objetivo era explicar el tránsito de una población históricamente rebelde hacia la asimilación de representaciones ambientales y prácticas de relación humano-forestales asociadas al conservacionismo occidental. Para este autor, el hecho clave sería la adopción por el Estado de un modelo de “conservación comunitaria” (*community-based conservation*). Ello implicaba la descentralización de la gestión de la protección a “consejos forestales” compuestos por técnicos de la administración y habitantes locales. Sin poder salirse de la normativa ambiental, estos órganos se encargarían de desarrollar una regulación propia del uso de los bosques, así como de vigilar su cumplimiento. Este “gobierno íntimo” sería precisamente el que permitiría vencer la secular resistencia al Estado, materializada en la adopción por los habitantes locales de la particular “subjetividad ambiental” promovida por el Estado. Para el éxito de este ejercicio gubernamental, las nuevas prácticas promovidas por los consejos forestales serían fundamentales al constituir el medio por el que nuevos

intereses se generaban y pasaban a actuar como el campo fértil para la adhesión a aquella subjetividad.

La propuesta contenida en el concepto de *environmentality* ha sido aplicada en diferentes investigaciones sobre intervenciones de carácter ambiental. Entre ellas, podemos encontrar la de Bose, Arts y van Dijk (2012), sobre la historia de la sujeción ambiental de una población forestal del occidente indio; la de Haggerty (2007), sobre los efectos de la “devolución” gubernamental de la gestión a un colectivo de pescadores neozelandeses; o la de Hanson (2007), sobre las tecnologías de poder basadas en la creación de necesidades en un parque nacional malgache. Varias han sido, asimismo, las propuestas de desarrollo del marco. Mientras Rutherford (2007) abogaba por una mayor atención a las diferentes formas que adopta la gubernamentalidad en función de la realidad geográfico-social en la que es ejercida, Fletcher (2010, 2017) se apoyaba en el Foucault de *El nacimiento de la biopolítica* para proponer múltiples *environmentalities* –disciplinaria, soberana, neoliberal, liberadora...– y animar al estudio de su interconexión en las realidades concretas.

Por otro lado, las aproximaciones derivadas del concepto foucaultiano de gubernamentalidad se han convertido en blanco de la crítica antropológica en los últimos lustros. Li (2007), por ejemplo, deja claros sus límites como una analítica que ayuda a entender cómo se piensa y opera el ejercicio del poder, pero que necesita de complemento cuando se trata de investigar “lo que ocurre cuando estos programas se enredan en el mundo que pretenden regular y transformar” (ibid.: 270). Kipnis (2008) va más allá y ataca la perspectiva excesivamente “mentalista” de la idea de poder que encierra. Por su parte, de Vries (2005) estudia desde abajo el desarrollo de un programa de desarrollo rural susceptible de ser categorizado como “gubernamental” para evidenciar una complejidad de prácticas más allá de la “voluntad de gobernar” y, en ese sentido, denunciar la “etnografía empobrecida” a que daría lugar la adopción por la antropología de dicha problemática foucaultiana²⁶.

Las críticas realizadas específicamente al marco de la *environmentality* están en sintonía con éstas y se centran en su incapacidad para prestar atención a la agencia de los pobladores locales y a sus prácticas políticas. Acciaoli (2006), por ejemplo, ve en los “sujetos ambientales” de Agrawal unos entes pasivos a merced del poder. Cepek (2011), por su parte, ofrece un contraejemplo analizando otro caso de conservación comunitaria.

²⁶ Y es que Foucault definía el ejercicio del poder como “una forma de actuar sobre uno o más sujetos en virtud de su acción o de su capacidad para la acción” (Foucault, 1982/2000: 341). La libertad de los sujetos, entendida como una práctica de elección entre posibilidades (Lilja y Vinthagen, 2014) sería, por lo tanto, un elemento central de las relaciones de poder, estando ligada a ellas en una relación agónica. El problema reside en que el foco de Foucault está puesto sobre el ejercicio exitoso del poder, con lo que, cuando intenta atender a lo que considera el reverso de éste, la “resistencia”, no ofrece más que una perspectiva esencialista: la resistencia en cuanto adversario del poder y su inseparable pareja (Foucault, 1976/1978).

Situando su estudio en Ecuador, el autor parte de la inmersión en las formas como los pobladores locales se relacionan con el personal científico y con las tareas de conservación para concluir que, en lugar de producirse una “sujeción ambiental”, los pobladores locales, al mismo tiempo que mantendrían su participación en el programa de conservación por un pragmatismo relacionado con la recepción de recursos, conservarían una “conciencia crítica” debido a la orientación del programa por lógicas externas a la comunidad y a las necesidades que los miembros de ésta sienten como reales (ibid.: 512). Silva (2015), para finalizar, compartiendo la crítica de Cepek, aprecia en los momentos de subordinación a los esquemas gubernamentales una suerte de maniobras tácticas muy alejadas de toda idea de sujeción.

En el caso de los autores que no desechan el marco (Cortés y Ruiz, 2018; Del Cairo y Montenegro-Perini, 2015; Singh, 2013), las críticas mencionadas han llevado en los últimos años a una tendencia hacia su redimensionamiento muy en la línea de la perspectiva de Li (2007). En ese sentido, la *environmentality* ha pasado a entenderse como una suerte de “proyecto incompleto”, como un concepto que nos permite acceder a la preparación del ejercicio del poder, pero que resultaría de limitado interés para captar las complejas “reacciones de los sujetos que son fijados como el objetivo” por parte de tales proyectos (Cortés y Ruiz, 2018: 240).

CAPÍTULO 2

DEHESA, LATIFUNDISMO Y POSGUERRA

La tradición de todas las generaciones muertas
opprime como una pesadilla el cerebro de los vivos

Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*

1. INTRODUCCIÓN

Tanto este capítulo como el próximo se hallan dedicados a los procesos históricos que, a mi juicio, son clave para entender algunos de los comportamientos observados en mis interlocutores. Me mantengo fiel, en este sentido, a la importancia otorgada al elemento diacrónico por parte de los estudios rurales de la antropología económica y la antropología política de sello andaluz¹. Nótese que el objetivo no ha sido el de realizar una sección de contextualización histórica, sino el de situar a la historia en un lugar preeminente como consecuencia del énfasis que mi aproximación busca poner sobre la cultura, que se entiende aquí, más allá de esencialismos, como un repertorio diverso y sólidamente interiorizado (Long, 2001) de matrices estructuradoras de prácticas (Bourdieu, 1980/1991: 104; 1997/1999). La historia, en este sentido, no sería tanto “el fondo [*background*] del presente, como dos momentos sincrónicos –uno en el pasado, otro en el presente” (Narotzky y Smith, 2006: 12).

A lo largo de ambos capítulos, indago en cada uno de aquellos procesos clave a partir de un diálogo con los contextos (macro) en orden a permitir un dimensionamiento y mejor entendimiento de su dinámica. En ese sentido, han resultado clave las investigaciones historiográficas ya realizadas en torno a la comarca y el municipio estudiados. El acento, a la vez, se ha querido colocar en lo posible sobre una lectura “desde abajo”, es decir, a partir

¹ Sin ánimo de ser exhaustivo, pueden citarse aquí la investigación de Cruces (1994) sobre las formas adoptadas por la intensificación de las fincas de agricultura familiar en Sanlúcar de Barrameda; la de Palenzuela (1996) en torno al peso de las actividades “informales” en el seno de las estrategias económicas de los grupos domésticos jornaleros de Lebrija; la de Talego (1996a) sobre política jornalera y liderazgo en el caso de Marinaleda; la de Sabuco (2004) en torno a la dinámica de las identidades territoriales en el contexto del proceso de “colonización agrícola” de Isla Mayor; la ya mencionada de Coca (2008) sobre la respuesta de los sectores agrarios de Alcalá de los Gazules a la implementación del PN Los Alcornocales; o la de Díaz (2010), que estudia el proceso de construcción de la comarca extremeña de Tentudía.

de la “experiencia” (Thompson, 1978/1981, 1963/2012) y las acciones de los individuos y grupos con respecto a las estructuras y sus cambios. Para ello, la información microbiográfica ha sido clave, contribuyendo a esa aproximación a la “experiencia vivida de la gente” (Narotzky y Smith, 2006: 12).

2. LA (TRANS)FORMACIÓN DE LA DEHESA

2.1. El paisaje dieciochesco

La Cazalla de mediados del siglo XVIII, según el Catastro de Ensenada (1751), era un municipio de unos 4.500 habitantes en el que el peso del sector agrario se veía complementado por un asociado sector secundario y un relevante sector servicios². La población activa agraria estaba compuesta por un importante colectivo de arrieros y otro de labradores, tanto medianos como pequeños, pero el grueso de la misma lo conformaba un colectivo de casi 750 jornaleros (Carmona, 1987: 14-15). Esta relevancia del proletariado agrario no es un hecho aislado en Andalucía occidental, sino que data de fecha muy temprana y constituyó un factor decisivo en la particular configuración de su latifundismo liberal. Bernal (2009: 22) afirma:

«Andalucía occidental presenta desde entonces [siglo XIV] la imagen de un territorio relativamente poco poblado para sus potencialidades económicas, convertido secularmente en zona de inmigración a la que no cesarán de incorporarse colectivos foráneos durante los siglos XV al XIX. Una dificultad poblacional que va a dificultar que arraiguen los modos y usos feudalizantes, propios de las sociedades campesinas de otras regiones españolas –a similitud de lo sucedido en Europa–. En Andalucía, la presencia e incorporación de hombres libres, bajo la modalidad de asalariados está constatada desde los primeros tiempos de la conquista cristiana. Familias castellanas, leonesas y de otras regiones que, sujetas a los señoríos feudales en sus comunidades de origen, buscan en tierras andaluzas un marco institucional de libertades. Aunque también serán movimientos migratorios hacia el sur promovidos por los nuevos conquistadores –la gran nobleza andaluza– que para repoblar las tierras que le fueran asignadas tras la conquista, no dudan en ofrecer franquicias y libertades a poblaciones de centro y norte de España como un modo de atracción para poner en valor las nuevas tierras conquistadas e incentivar la afluencia de una mano de obra necesaria».

El importante contingente jornalero de la Cazalla de mediados del siglo XVIII nos habla de la ya importante concentración de la tierra local. Aunque los latifundios podían ser

² En el sector secundario, mayoritariamente artesanal-gremial, dominaban los panaderos y los zapateros, pero también podían encontrarse molineros, horneros, carpinteros, sastres o barreros. Por lo que respecta al sector servicios, lo componían desde traficantes en madera hasta merceros, pasando por taberneros y mesoneros. El Catastro no recoge, como era esperable, las dedicaciones de las mujeres. Sí hace referencia al sector administrativo y a un importante estamento eclesiástico (Carmona, 1987: 15).

objeto de explotación directa, lo más común era su cesión en arrendamiento a grandes y medianos arrendatarios, en muchas ocasiones foráneos. Entre aquellos propietarios-arrendadores de tierras se contaban también los distintos monasterios e iglesias existentes en la villa. Aparte del arrendamiento de sus parcelas de mayor tamaño, las más reducidas solían ser cedidas a pequeños campesinos y yunteros en aparcería o cedidas a cambio de unas módicas cantidades (Lazo, 1970: 105-106). Al mismo tiempo, se daba una importante presencia de la propiedad comunal, que abarcaría en torno a una tercera parte de la superficie municipal.

En términos socioambientales, podría hablarse, a grandes rasgos, de una división entre tierras agrícolas, tierras arbustivo-forestales y tierras de pastos. Mientras las primeras solían ser de propiedad privada y las segundas de propiedad pública o colectiva, entre las tierras de pastos, como veremos, se contaban tanto explotaciones privadas como propiedades de tipo concejil y comunal.

En relación a las superficies agrícolas, la gran mayoría de ellas se identificaban con las tierras de labor. Éstas, como consecuencia de la característica pobreza edáfica de Sierra Morena, no se sembraban de forma continua. Lo hacían en rotaciones que, aunque en los mejores suelos podían ser de 6 años, solían oscilar entre los 10 y los 21 años. Trigo y cebada eran los cultivos dominantes, como no podía ser de otra manera dada su condición de base de la alimentación humana y animal local, respectivamente. La siembra de otros productos, como centeno, habas, garbanzos, arvejones o lino, se efectuaba bajo la forma de “barbechos semillados”, es decir, aprovechando los largos descansos de la tierra. Con respecto a otras superficies de tipo agrícola, puede aludirse a la importancia del viñedo³ y también de la huerta, esta última abarcando buena parte del ruedo y siguiendo barbechos de solo un año gracias al estercolado y a sus suelos mejorados. La superficie de olivar, por su parte, aunque marginal todavía en aquella época, indicaba una línea ascendente al consistir casi un tercio de la misma en lo que el Catastro recogía como “olivar infructífero”, categoría que debe entenderse como olivar recientemente plantado (Carmona y Pery, 1984: s. p.).

Más allá de formaciones muy localizadas, como zumacares, castañares o alamedas, la mayor parte de las superficies forestales se identificaba con los terrenos arbustivo-forestales que el Catastro registraba como “matorral”, “matorral y bosque” y “tierras inútiles”. Estas superficies solían corresponderse con los llamados “baldíos” o con otro tipo de tierras

³ La actividad vitivinícola despegó en Cazalla –y los pueblos colindantes– en el siglo XV y conoció su etapa de esplendor en el siglo XVI al calor de la demanda de vinos procedente de los territorios conquistados en América (Carmona, 1995: 68). Ya en el XVII, como consecuencia de la competencia de los caldos del Aljarafe sevillano, los viticultores de la zona optaron por reconvertirse y emplear su producción para la fabricación de aguardiente, un producto crecientemente demandado por el mercado americano (ibid.: 78). Para una historia de la industria vinícola y aguardientera de Cazalla, ver Jiménez (2015).

comunales. En ese sentido, eran aprovechadas por los grupos domésticos campesinos, la abundante población jornalera y el resto de vecinos para abastecerse de combustible, carne de caza y frutos silvestres, pero también para llevar a pastar a algún que otro rebaño de cabras y, en momentos de especial carestía, roturarlas tras haber sido repartidas por el ayuntamiento.

Ya en relación a las tierras de pastos, éstas solían identificarse con predios de gran tamaño, donde se criaba una cabaña ganadera en ascenso en la que destacaban, por este orden, el ganado porcino, el de labor y tiro –boyal y asnal–, el caprino y el lanar. Dichos predios solían denominarse *dehesas* y eran de propiedad tanto privada como comunal o concejil (Carmona y Pery, 1984). Dada la importancia que la dehesa adquirió –y la que sigue teniendo, como veremos– a todos los niveles, profundizaré a continuación en su origen y trayectoria para el caso del suroeste peninsular y, en particular, de la Sierra Morena Sevillana.

2.2. De las dehesas preliberales...

Más allá de su posible relación con el *pratum defensum* contemplado en la legislación visigoda, la palabra dehesa derivaría directamente del término medieval *deffesa* (Mangas, 1982, en Joffre, Vacher y Fernández, 1986: 238-239; San Martín, 1994: 1). *Deffesa* hacía alusión a los terrenos acotados en los que no estaba permitida la entrada del ganado libremente circulante, en particular, del trashumante. Aunque la finalidad de las dehesas era eminentemente ganadera, también eran usadas, sobre todo en el caso de las de carácter concejil-comunal, para el abastecimiento vecinal de carbón, leña y carne de caza. Como consecuencia de situaciones de despoblamiento o crisis demográfica, podían encontrarse casos incluso de dehesas no dedicadas al pastoreo, sino a usos silvícolas⁴ (Gallego y García, 1997: 34).

¿Cómo era esa dehesa preliberal? Si la imagen con la que asociamos actualmente a la dehesa es la de un paisaje sabaniforme marcado por la conjunción quercíneas-pasto (ver Figura 1.7), hay que destacar que la preliberal tenía, en general, poco que ver con dicho

⁴ Gallego y García (1997: 34) describen así los aprovechamientos medievales de dos dehesas comunales de Azuaga (Badajoz), municipio colindante con la comarca de la Sierra Morena Sevillana: «Los recursos más importantes obtenidos eran la obtención de leña, la explotación de colmenas y la caza en las dehesas comunales Vieja y Nueva, las más cercanas al pueblo. Al menos hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuando aparecen las primeras posturas [pujas en subastas de arrendamientos] de pastos y bellota, no hay un aprovechamiento periódico registrado de estos recursos. Sólo eventualmente se desacotaban las dehesas para la entrada de ganado, normalmente por escasez de pastos. También periódicamente se rozaba el monte para eliminar a los lobos y se permitía algunas veces la entrada ocasional para rozar pequeñas extensiones y obtener leña y cultivarlas de cereal por dos cosechas».

aspecto o siquiera con un tipo específico de socioecosistema agrario⁵. La norma era, precisamente, la multiplicidad de situaciones. Así lo pone de manifiesto la normativa y documentación tanto medieval como moderna en torno a las dehesas de todo el territorio peninsular y, en particular, del suroeste (Borrero, 1992: 90-91; Gallego y García, 1997; Martín y Fernández, 2006). También lo evidencian las primeras descripciones realizadas de este cuadrante peninsular en el siglo XVIII, a partir de cuyo análisis Martín y Fernández (2006: 25) concluyen: “matorrales de quercíneas [*oak shrublands*], cultivos y pastizales con retama y quercíneas bajas [*groundoaks*] dominaron el paisaje del suroeste de España, mientras el monte hueco de quercíneas [*open oak parklands*] era escaso”⁶.

A partir del siglo XVII, las dehesas, sobre todo las de carácter concejil-comunal, serían objeto de una creciente presión como consecuencia del aumento tanto de la población humana como animal. En ese sentido, Gallego y García detectan para el caso de las dehesas comunales del municipio de Azuaga una intensificación de su aprovechamiento ganadero, así como una mayor frecuencia de la roza y roturación del terreno (Gallego y García, 1997: 34-37). En línea con los resultados de dicho estudio, Carmona y Pery (1984) constatan en las dehesas, también comunales, de la Sierra Morena Sevillana una importante actividad ganadera y el crecimiento del aprovechamiento maderero durante el periodo 1750-1850. Las bajas densidades de arbolado –en este caso, formado por encinas, acebuches, alcornoques y chaparros– que encuentran serían la consecuencia de tal presión.

En relación a estas dehesas no privadas, he utilizado hasta ahora la pragmática expresión “concejil-colectivo” para distinguirlas de las privadas. Antes de cerrar este subapartado, debe hacerse alusión a las formas de gestión y usufructo que diferenciaban a las dehesas concejiles (llamadas “de propios”⁷) y a las comunales. En el caso de la comarca estudiada, las primeras parece que solían ser objeto de arrendamiento a grandes y medianos

⁵ Utilizo el término socioecosistema agrario con el fin de poner el énfasis sobre la imbricación y coevolución entre dinámicas ambientales e intervención humana a la hora de entender la realidad de un territorio determinado. El término es deudor de los debates sostenidos en el seno del *workshop* “Agroecosistemas forestales en Andalucía y el Magreb” (La Rábida, 2015), así como de la propuesta de Escalera y Ruiz (2011). El término socioecosistema agrario es vecino del de “agroecosistema” (Acosta, 2002; Toledo, 1993), que refiere a unidades agrarias caracterizadas por un mismo patrón de elementos físicos y aprovechamientos. El problema de éste, a mi juicio, es su tendencia al estrechamiento de la mirada hacia las interacciones de carácter agrario o productivo. Entiendo que el término aquí propuesto permite una mayor apertura hacia otro tipo de relaciones humano-ambientales.

⁶ Más allá de su mayor o menor significatividad dentro de la pluralidad socioecosistémica del suroeste peninsular durante el Antiguo Régimen, el monte hueco de quercíneas parece tener unas raíces históricas profundas. A partir del estudio de los registros paleoambientales de distintas zonas, algunos prehistoriadores han ofrecido la hipótesis de la construcción de un paisaje –o incluso un socioecosistema– similar ya desde el Neolítico (López et al., 2007; Stevenson y Harrison, 1992).

⁷ Su propietario no era necesariamente el ayuntamiento del municipio en cuyo término se situaban, ya que se daban casos de dehesas pertenecientes a los bienes de propios del concejo de Sevilla.

ganaderos, al menos por lo que atañe al siglo XVIII (ibid.). Por su parte, las dehesas comunales eran disfrutadas, bajo supervisión del ayuntamiento, por sus propietarios: el conjunto de los vecinos⁸. Estas dehesas de propiedad colectiva, dado su carácter no mercantil, solían distribuirse en función de su finalidad: dehesas boyales, para al ganado de labor; carniceras, dedicadas al ganado de carne; potriles, destinadas a la cría de potros; yeguares, para las yeguas y próximas a las anteriores; y “a pasto y labor”, no especializadas y, por tanto, preparadas para la disposición de diferentes tipos de ganado y para su roturación por parte de los vecinos⁹.

2.3. ... a la dehesa liberal

La realidad agraria del Antiguo Régimen era todo menos estacionaria. A lo largo de la Edad Moderna –e incluso antes–, crecimiento demográfico y procesos de usurpación, privatización y concentración de la tierra, entre otros factores, harían saltar progresivamente las costuras de unas configuraciones socioecosistémicas formadas a partir de las repoblaciones bajomedievales (Bernal, 1979, 1997). En el caso de la propiedad colectiva de Cazalla, ésta llegaría al siglo XIX con una importante presencia –30% del término municipal–, pero lo hizo sufriendo una creciente presión que, en el caso de las

⁸ Hay que dejar constancia de que había casos intermedios: por ejemplo, era posible encontrar una dehesa de propiedad comunal, en la que algunos de los aprovechamientos formaban parte de los bienes de propios del respectivo ayuntamiento (Carmona y Pery, 1984).

⁹ El usufructo de carácter ganadero de estas dehesas comunales puede ser ejemplificado a través del caso de la dehesa boyal de Cazalla:

«estos vecinos transportaban sus ganados de labor (...) para su manutención, de manera libre y gratuita, previa declaración del número de cabezas. Los gastos de guardería y custodia (mozos y perros) corrían por cuenta del vecino. El Ayuntamiento, por su parte, con el propósito de velar por la conservación en buen estado de la dehesa (...) designaba a un guarda o guardas. Su cometido era, en definitiva, hacer cumplir la Reglamentación que a tales efectos se daba. Este gasto se sufragaba con el pago de un arbitrio, proporcional al número de cabezas de ganado que cada vecino tuviese pastando en la finca» (Carmona y Pery, 1984: s. p.).

Por lo que respecta al usufructo con otros fines, hay que subrayar que la preservación del arbolado era la prioridad. En ese sentido, los trabajos de tala y limpieza estaban regulados siguiendo las Reales Ordenanzas de Marina. El carboneo también estaba minuciosamente reglado y era permitido por el interés en controlar el avance del matorral. Si el carboneo era insuficiente para alcanzar este fin, se procedía a la roza del terreno matorralizado. El procedimiento consistía en el sorteo, entre las familias más necesitadas del municipio, de parcelas de 2 a 4 fanegas de puño, unidad de medida que equivalía a la superficie sembrada con 1 fanega de trigo –aproximadamente, 43 kg–. Los vecinos agraciados debían pagar un pequeño canon por los gastos municipales de peritaje, tasación y otros trámites. El trabajo de roza solía realizarse de manera colectiva, en cuadrillas en que se distribuía al conjunto de los beneficiarios; el trabajo de roturación, por su parte, era responsabilidad del vecino en cuestión y el grupo doméstico al que pertenecía (ibid.).

dehesas, condujo a la sobrecarga ganadera y a la acentuación de su proceso de deforestación¹⁰.

A esa tendencia habría que oponer una de signo inverso que tendría lugar en las grandes dehesas privadas: la del crecimiento de su arboleda quercínea¹¹ (Carmona y Pery, 1984). Dicho aumento, aunque relacionado con un proceso de concentración de la tierra que se acelera desde la segunda mitad del siglo XVIII, tendría fundamentalmente que ver con el desarrollo de un modelo de explotación orientado a un aprovechamiento integral de las potencialidades que este tipo de terrenos ofrecía. Esta lectura, por cierto, no era ajena a los vientos modernizadores y racionalistas de la época. El ilustrado portugués Fragoso de Sequeira, por ejemplo, defendía en torno a 1790 que los matorrales de quercíneas que dominaban el paisaje alentejano debían dejar su lugar a la selección de determinados pies que pudieran convertirse en árboles, dado que éstos no sólo ocupaban menos terreno, sino que producían bellota en cantidad para el ganado y permitían el cultivo de cereales en las zonas llanas (Martín y Fernández, 2006: 24-25).

El socioecosistema resultante de esta “racionalización” del manejo ganadero previo se identificaría con el paisaje que hoy en día conocemos por dehesa. Una nueva acepción de dehesa que se aleja de su primigenio sentido como terreno acotado de orientación predominantemente ganadera exento de toda referencia a un tipo socioecosistémico específico. Dicha acepción tiene un origen relativamente reciente, el cual se sitúa en el campo científico-técnico. Según Costa, Martín, Fernández y Estirado (2006), su introductor sería Ezequiel González Vázquez, catedrático de Selvicultura en la Escuela Especial de Ingenieros de Montes de Madrid entre 1923-1953, quien entendía que:

«definir esta formación como pastizal arbolado es poco precisa, pues se puede confundir con los paisajes tipo *bocage*, que alternan los pastos de siega o diente con setos arbóreos, por lo que requiere un término propio. Escogió el de dehesa quizá porque era la vegetación característica de estas explotaciones. Poco a poco esta acepción del término se fue afianzando en la comunidad científica y en los medios de comunicación» (ibid.: 24).

¹⁰ Como consecuencia de esa presión demográfica, también constatan Carmona y Pery (1984) una intensificación del cultivo cerealístico en la superficie de labor. El fenómeno tuvo que ver con la propagación del sistema “al tercio”, consistente en la división de la tierra en tres hojas que se dedicaban rotativamente a trigo, “barbechera semillada” y “barbecho mostrenco”, es decir, no semillado y destinado al pastoreo del ganado de labor (Bernal, 1979: 193).

¹¹ Quizás los resultados del conteo realizado por el equipo de forestales de la Marina que visitó el sector occidental de Sierra Morena en 1750 reflejen tal aumento. El análisis de esos datos por Martín y Fernández (2006: 23) arroja un panorama caracterizado por la escasez de quercíneas adultas y un dominio aplastante de los retoños de encina y alcornoque. Para el caso de Cazalla, la tendencia al aumento del número de árboles se revertiría ya en el segundo tercio del siglo XIX, como consecuencia de las necesidades de combustible y consiguiente deforestación que supuso la instalación en el municipio de la fábrica de hierros del Pedroso (Carmona y Pery, 1984).

Debe destacarse la estrecha relación de esta dehesa con una gestión agraria netamente rentabilista (Roux, 1975). En un medio caracterizado por la pobreza edáfica, la escasa producción de biomasa herbácea y un clima fuertemente estacional, el tándem priorización de la arboleda quercínea y aclarado del matorral permite el máximo aprovechamiento ganadero de frutos y pasto, la extracción de diversos recursos silvícolas y una agricultura ocasional¹² (Acosta, 2005: 211). En un contexto sociotécnico sin posibilidades aún de aportes externos de nutrientes y energía, pero sí de intensificaciones no sostenibles –véase el caso del minifundismo granadino contemporáneo (González de Molina, Infante y Herrera, 2014: 65)–, la estrategia económica de estos latifundistas, al tiempo que inequívocamente rentabilista, reflejaba una precaución en relación a los límites ecológicos de las explotaciones.

Varios motivos se encontraban en la base de ese “rentabilismo largoplacista”. Por un lado, habría que aludir a la situación acomodada de estos latifundistas, que impedía intensificaciones obligadas por la necesidad. Por otro lado, se halla un factor que tiene que ver con la fuerza de trabajo empleada. Aunque, como veremos más adelante, existía en estas fincas un número reducido de empleados fijos, los trabajos estacionales –arranque de matorral, tala, descorche, arado...–, los de mayor demanda de mano de obra, dependían de la contratación de obreros eventuales. Si en el siglo XVIII la clase jornalera ya era abundante en el municipio, en el próximo no dejó de crecer. Y la competencia derivada de esta concentración redundaba, al igual que en casi todo el suroccidente peninsular, en el mantenimiento de unos salarios bajos que permitían a los latifundistas la extracción de importantes plusvalías¹³. Acosta (2002: 576), en este sentido, afirma: “Aquí era (...) a costa de la depredación social como se hacía posible el respeto por la naturaleza. La presión sobre uno de los recursos, el humano, evitaba la presión excesiva sobre los otros”.

¹² Tanto Acosta (2005) como Parra (1988) enfatizan los factores limitantes de tipo ecofísico para entender la dehesa como un aprovechamiento que “hace de la necesidad virtud”. A mi juicio, esta perspectiva otorga excesiva relevancia a dichos factores, soslayando la existencia de alternativas productivas y la materialización de éstas según las distintas coyunturas históricas (Bernabé, 1998; Carrera, 2002). Un ejemplo de alternativa productiva es precisamente el del cultivo de la vid, de importante extensión en Cazalla y municipios aledaños a partir del siglo XVI. El auge de este aprovechamiento, estrechamente relacionado con la demanda de vino de las colonias americanas, dio lugar a su expansión territorial y a un importante crecimiento poblacional, como lo atestigua el estudio demográfico de Borrero (1998). Este ejemplo de predominio agrícola en tierras hoy dominadas por la dehesa nos habla de la relatividad de los factores limitantes (Descola, 1992).

¹³ La excepción a la regla latifundista en el cuadrante suroccidental de la península Ibérica se encuentra en la región portuguesa del Algarve. Su característico minifundismo llega a convertirse en “microfundismo” en el caso de la sierra del nordeste algarveño. Ver Bastos (1993) para un interesante estudio etnográfico del campesinado de aquellos montes.

2.4. Entresijos de la dehesa

Toca profundizar ahora en el estilo de manejo¹⁴ de esa dehesa liberal para el caso de la zona de estudio. Dado que no existen estudios anteriores al primer franquismo, tomaré como ejemplo la dehesa latifundista cazallera de esos mediados del siglo XX¹⁵. Me guiaré por el análisis de De los Llanos (1986), el cual complementaré (y matizaré) con el material microbiográfico producido a lo largo del trabajo de campo y con el apoyo puntual en el estudio etnohistórico de Acosta (2002) realizado en la vecina comarca de Tentudía.

Las explotaciones latifundistas que podían encontrarse en las décadas de 1940 y 1950, tenían como principal aprovechamiento el ganadero. Dentro de una estrategia de diversificación productiva y adaptación a las diferentes condiciones orográfico-climáticas de sus parcelas –más llanas o más escarpadas, con más agua o menos, etc.– solían encontrarse en ellas desde vacas a cerdos, pasando por cabras y ovejas. Para la realización de los trabajos, el latifundista se servía de la contratación de obreros fijos ganaderos, siguiendo una estructura jerárquica en la que el mayoral cumplía las funciones de encargado y, por debajo, se encontraban otros trabajadores especializados como porqueros, pastores, etc. y sus posibles ayudantes (“zagales”). Estos obreros solían ser contratados de manera indefinida, estaban “acomodaos” (residían en la propia finca) y solían recibir una parte del salario en especie (“cabañas”):

“Las ‘cabañas’. Le daban... Iguá de darle, por ejemplo, diez duros, po le daban sinco y le daban las cabañas. (...) De comestible. Sí, le daban, por ejemplo, garbansos, er tosino, la morsilla, el aseite y esas cosas. Y le acortaban en er suerdo”. (...) Eso era ar que estaba acomodao, como se desía entonse. Y yo fui... vamos, a trabajá, y iba mantenío. Me daban... écuánto es, por Dios? Sinco duros y mantenío, me parese a mí que ganaba. Sinco duros y mantenío. Y eso era lo que se ganaba, vamos, por aquellos entonses. Porque ya te he dicho que era como por año, estaba

¹⁴ El concepto de “estilo de manejo” (van der Ploeg, 2008/2010) refiere a “la específica estructuración de los procesos de trabajo y de la organización del tiempo y del espacio” que suele manifestar un conjunto de explotaciones agrarias (Sevilla, 2006: 119). Teniendo en cuenta la penetración conseguida por el proceso de mercantilización en la agricultura, van der Ploeg (2008/2010: 200-204) considera que la diversidad de situaciones manifestada por esos estilos es producto de la específica combinación de uso de insumos, mano de obra y dependencia del suelo de la explotación, generándose en ese sentido una diversidad de situaciones localizadas en un gradiente de situaciones móviles entre los principios campesino y empresarial.

¹⁵ Ha de destacarse el profundo impacto en la correlación social de fuerzas a nivel local causado por la represión posterior al golpe de Estado de 1936 y la supresión de las organizaciones obreras. También habría que destacar aquí la política autárquica de los años cuarenta. La incrementada capacidad para la superexplotación de la fuerza de trabajo y una cierta agrarización debieron introducir, sin duda, cambios en el estilo de manejo, los cuales son materia pendiente de la investigación historiográfica. Si bien puede intuirse una continuidad en elementos clave del estilo de manejo como los aprovechamientos, ciclos productivos y estructura empresarial, sirva esta nota para prevenir sobre extrapolaciones temporales no fundamentadas empíricamente (ver, en este sentido, la desafortunada tentativa de Studer, 2013 en la comarca estudiada).

por año. Y [en aquella finca] estuve eso: tres años y quince días” (Genaro, 83 años, trabajador del campo jubilado, abril de 2014).

A pesar de la diversificación, se constataba una predominante orientación hacia la ganadería porcina. La explotación del cochino, de raza ibérica, implicaba un proceso de engorde que podía oscilar entre los 19 y los 24 meses en función de la paridera (febrero-marzo o agosto-septiembre). Tras el destete, los cochinos se alimentaban tanto de los pastos de determinadas parcelas como de alimentación suplementaria. Pasados 15 ó 20 meses y con unas 8 arrobas (92 kilos)¹⁶, los cochinos entraban en “montanera” para aprovechar en extensivo la bellota producida por encinas y alcornoques (ver Figura 2.1). La montanera podía comenzar en octubre con la maduración de la primera bellota y terminar en febrero, momento en que los cochinos debían haber alcanzado en torno a 11-12 arrobas (126,5-138 kilos) y podían ser vendidos para su sacrificio (De los Llanos, 1986: 198-199).



FIGURA 2.1. Cochinos en montanera (hacia 1970)

Fuente: SEA (cedida por Antonio Carmona Granado de su archivo personal)

De los Llanos constata también la relevancia de la dedicación ovina. Más allá de la “pela” anual de la lana, el aprovechamiento del ganado ovino –de raza merina– también era

¹⁶ De los Llanos da el dato de 55-60 kilos, lo cual no concuerda con el material producido en mis entrevistas. En relación a la arroba como medida de peso, ésta equivale a 11,5 kilos, correspondiendo a la cuarta parte de un quintal castellano (46 kilos).

cárnico y, en ese sentido, hacía coincidir el ciclo productivo con el periodo de existencia de pastos en esta zona geográfica. Los nacimientos de corderos se concentraban en otoño y el engorde se dilataba hasta finales de la primavera, cuando se vendían. Dada la inexistencia de delimitaciones más allá de las grandes parcelas en que dividían la finca las paredes de piedra, los rebaños de ovejas y corderos eran guiados por pastores. Ya a mediados de julio, como consecuencia de la falta de pastos, se producía un traslado de los animales a parcelas de “agostaero”, parcelas sin ganado que podían encontrarse en el mismo pueblo, pero que también podían ser explotaciones cerealeras de la campiña donde los rebaños aprovechaban los rastrojos¹⁷ (ibid.: 200).

La irregularidad productiva de los pastos imponía un aporte adicional de alimento para el ganado que se conseguía a través del cultivo forrajero –avena, cebada, pero también leguminosas como habas y altramuces–. Estos cultivos se daban en zonas llanas e idóneas, algunas de las cuales podían ser, incluso, de regadío (ibid.: 200). En relación al cuidado de los animales necesarios para la realización de las operaciones vinculadas al cultivo –“barbechá” (primer arado), “tersiá” (terciar, segundo arado), sembrar, “gradeá” (arado dirigido a eliminar las primeras malas hierbas que nacen tras el brote del cultivo), etc.–, la jerarquía en la estructura laboral estaba compuesta por los siguientes trabajadores: el aperador, obrero encargado de supervisar a los demás trabajadores agrícolas y, a la vez, responsable del ganado de labor; y los gañanes, trabajadores a cargo del mantenimiento de vacas y mulos, así como de las distintas labores de acarreo que necesitase la finca. Ya para momentos del ciclo productivo más intensivos en trabajo, como la siega y la trilla de la cebada y la avena, se empleaba a cuadrillas de jornaleros.

Aparte de estas actividades directamente productivas, debe hacerse alusión a las tareas de mantenimiento de las condiciones óptimas para el desarrollo de la ganadería y la agricultura. Éstas tenían que ver, por un lado, con la tala y renuevo de las quercíneas; y, por otro, con la lucha contra el avance del matorral y, por tanto, contra la reducción de la superficie pastable y/o arable. La retirada del “monte” –palabra que se usa en la zona para referir al matorral– era realizada a través de dos modalidades básicamente, las cuales podían darse de forma complementaria: una de ellas era, como en la tala, el recurso a jornaleros para una limpieza que solía consistir en el descuaje del matorral; la otra era la cesión en aparcería de parcelas más o menos quebradas donde campesinos y yunteros

¹⁷ Para profundizar en los usos ganaderos porcinos y ovinos en las dehesas de Sierra Morena del periodo del primer franquismo, véanse los capítulos 8 y 9 de Acosta (2002). Ya para conocer otros aprovechamientos y socioecosistemas agrarios de la época, consultar los dos volúmenes de la obra *Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía* (Acosta, Amaya y Díaz, 2001a, 2001b) y el capítulo 5 de la tesis de Díaz (2010).

rozaban el terreno para después cultivar cereales¹⁸ (De los Llanos, 1986: 200). Profundizaré en esta modalidad más adelante por su importancia para las economías de los grupos domésticos campesinos, pero no quería dejar pasar la oportunidad de subrayar el claro interés que la misma presentaba para los latifundistas y que Roux (1975: 217) sintetizaba a la perfección en el siguiente fragmento:

«En efecto, esos [los latifundistas] preferían dejar las partes de la explotación invadidas por el matorral a los que no tenían tierras para que cultivasen los cereales necesarios a su propia subsistencia, más bien que efectuar ellos mismos esa limpieza. Teniendo en cuenta que la operación suponía mucho trabajo (limpiar, roturar) para conseguir rendimientos muy bajos (4 a 10 Qm./Ha.), es evidente que no tenían ningún interés en efectuarla ellos mismos. Después de un año o dos de cultivo de cereales, el pegujalero tenía que devolver el pegujal a su propietario, inmediatamente después de la cosecha. Entonces la tierra volvía a servir de pasto para el ganado del terrateniente durante varios años, hasta que de nuevo se encontrase invadida por el matorral y entonces otra vez se recurría al pegujalero. De este modo el ganadero mantenía sus tierras limpias completamente gratis e incluso recibía (...) parte de la cosecha como renta».

Ya en relación a los aprovechamientos silvícolas, son de destacar las leñas y la producción de carbón, esta última cedida por lo general a carboneros cuya ocupación a lo largo del año consistía en el descuaje de “chaparreras” –la palabra local para el “matorral de quercíneas” que veíamos más arriba– y árboles viejos. El aprovechamiento forestal más importante, sin embargo, era el corchero. La llamada “saca”, efectuada tras los nueve años que en esta zona geográfica tarda el alcornoque en regenerar tal corteza, arrojaba pingües beneficios para los propietarios de las dehesas (ibid.: 201). La temporada de “corcha” suponía la contratación de cuadrillas de trabajadores cuyo sistema de organización del trabajo casi no ha sufrido cambios hasta el día de hoy: los “sacaos” eran los encargados del descorche; los “rajaos”, aquéllos que cortaban las planchas extraídas para alcanzar un tamaño manipulable por los “juntaos”, quienes las amontonaban para facilitar su recogida por los arrieros. El conjunto se completaba con el “ranchero”, encargado de cocinar para la cuadrilla, y los “aguaos”, muchachos que transportaban el agua destinada a combatir la sed de un trabajo realizado en uno de los momentos más cálidos del año (junio-julio).

¹⁸ Consecuencia directa de la apuesta por el máximo abaratamiento de los costes en la retirada de matorral era la ocupación de mis abuelos paternos. Dedicados respectivamente a la fabricación y la venta de cal, disponían de dos hornos y del permiso para la extracción de piedra caliza en la finca de un latifundista local. El interés de éste residía en las importantes necesidades de combustible que requería el proceso de cocción de la piedra. Dado que el combustible utilizado no era otro que matorral, una de las principales tareas en las que consistía el trabajo de mi abuelo –y sus hijos– consistía en su continuo arranque (y almacenamiento) de monte, el cual realizaban tanto en esa finca como en las colindantes.

3. EL DOMINIO LATIFUNDISTA

3.1. El destino de los comunales

En este apartado encuadro el latifundismo local desde una óptica diferente. Me preocupó menos por la dehesa y más por el resto de actividades en que participaban los grandes propietarios cazalleros con el fin de mostrar la configuración de un sistema local de dominación. Para entender sus orígenes, hay que partir del espaldarazo que supuso la pérdida de los comunales para el proceso de concentración de la tierra y, en ese sentido, para la consolidación de esa clase latifundista.

Ya desde mediados del siglo XVIII se había producido en España un proceso gradual de “pre-desamortización” y venta de baldíos y propios¹⁹ que estaba en la base, para el caso andaluz, de la gestación de la burguesía agraria característica del periodo liberal (Bernal, 1979). Esta clase en ascenso pudo agrandar sus propiedades gracias a las sucesivas desamortizaciones eclesiásticas: la de Godoy (1798), la “reforma de regulares” (1820) y la desamortización de Mendizábal (1837). Esta última debió tener a nivel local un importante efecto, ya que, según cálculos de Lazo (1970: 150), hacia 1830 quedaba en manos de los conventos e iglesias existentes en Cazalla un volumen de tierras cercano al 10% del término municipal. La siguiente desamortización fue la iniciada por la “Ley Madoz” de 1855. A pesar de ser su objeto los baldíos y los propios (bienes concejiles), estos últimos casi no se vieron afectados. Ya habían sido en su mayoría vendidos, repartidos o cedidos a perpetuidad (censo enfiteútico) en el periodo 1750-1850. A pesar de su exceptuación de la venta, serían las tierras comunales las más afectadas. Y esto por los subterfugios que determinadas élites buscaron para hacerlos pasar como bienes de propios (Bernal, 1979: 350-351).

En el caso de los comunales de Cazalla, el gobernador provincial los había declarado como de titularidad estatal en 1842, lo que provocó, tras la aprobación de la Ley Madoz, un dilatado pleito entre el ayuntamiento y el Estado en el que el primero luchó por el reconocimiento de los bienes comunales de su vecindad en cuanto tales. A pesar de conseguir paralizar la venta en varias ocasiones, el Estado terminó imponiéndose en ese “tira y afloja”, procediendo a la expropiación de la mayor parte de los bienes y a su posterior subasta en 1893 (Choclán, Melgar y Moreno, 1981: 208-210). De las alrededor de 10.000

¹⁹ La etapa formativa de los comunales andaluces suele relacionarse con concesiones otorgadas por los monarcas castellanos tras la conquista de territorio andalusí con el fin de que esta vía de garantizar el acceso a los recursos básicos funcionase como reclamo para nuevos pobladores. Otro de sus posibles orígenes se encontraría en la repoblación señorial de los siglos XV-XVI, así como en las adquisiciones municipales de bienes propiedad de la corona (“realengos”) que se efectuaron a lo largo de toda la Edad Moderna con el fin de evitar que esas tierras acabaran en manos de los grandes propietarios locales (Bernal, 1997: 106-117). En el caso de la comarca de la Sierra Morena Sevillana, no he encontrado estudios específicos que permitan ofrecer datos concretos sobre el origen de los patrimonios comunal y concejil de sus municipios.

hectáreas originales, sólo fueron exceptuadas de la venta unas 2.500, las cuales, según las opiniones de los campesinos de la época –reflejadas en las actas capitulares del ayuntamiento– correspondían a las de peor calidad (Carmona, 1995: 92).

El salto que la venta de los comunales imprimió en el proceso de concentración de la tierra local queda bien ilustrado por la trayectoria de la principal dehesa boyal del pueblo, la Dehesa del Campo (1.275 hectáreas). Esta finca fue comprada, junto al resto de los terrenos que el Estado expropió, por una sociedad –La Unión Agrícola, Sociedad Anónima– compuesta mayoritariamente por una diversidad de propietarios locales que iba desde latifundistas hasta pequeños campesinos (Carmona y Pery, 1984). La constitución de este tipo de sociedades fue bastante frecuente en los municipios españoles una vez se certificaba la enajenación de sus comunales por parte del Estado y su fin no era otro que el de evitar la adquisición de tales bienes por compradores foráneos (Sánchez, 1993: 98-101). Tras la compra por la sociedad, la Dehesa del Campo cazallera fue dividida en 1897 entre 17 de los accionistas. Sin embargo, en vez de dar lugar a explotaciones de tamaño mediano, sólo treinta años después, las parcelas habían sufrido tal concentración que sólo dos propietarios se repartían las 1.275 hectáreas de la finca original (Carmona y Pery, 1984).

Uno de los principales efectos de la venta de las tierras comunales tenía que ver con la desaparición de un elemento clave en la amortiguación de los efectos de una estructura social caracterizada secularmente por la desigualdad. Aunque el hecho de ser poseídas por el común no evitaba que fueran los latifundistas locales quienes más se beneficiasen de ellas –razón por la cual el ayuntamiento, controlado por esa élite, pleiteó durante décadas para no perderlas–, esto no obsta para que los vecinos no continuasen disfrutando de una u otra manera del usufructo de estas tierras. Quedarse sin ellas significaba la exclusión, para una mayoría de la población local, del acceso directo a la tierra como fuente de recursos aprovechables de manera autónoma. La expansión de la dehesa capitalista en detrimento de los bienes comunales implicaba, por tanto, una vuelta de tuerca a la proletarización de los sectores agrarios más humildes de la población.

3.2. Un “sistema local de dominación”

El refuerzo del latifundismo local que implicó la pérdida de los comunales queda bien reflejado en la estructura de la propiedad que podía encontrarse en Cazalla en la primera mitad del siglo XX. Hacia 1940, los propietarios de tierras de más de 200 hectáreas, siendo solamente el 8,3% del total, acaparaban el 67,8% de la tierra cazallera (ver Tabla 2.1). Hay que puntualizar aquí que una parte de esos propietarios tenía su domicilio en otros pueblos de la zona y que, en muchos casos, optaban por emplear obreros de sus municipios en sus fincas. Otros no estaban al cargo de la explotación de sus tierras, bien por ser foráneos, bien

por otras razones, lo cual hacía frecuentes los arrendamientos a latifundistas locales (Jiménez, 2011: 24).

Fincas (ha)	Titulares		Superficie	
	nº	%	ha	%
< 1	145	26,7	53	0,2
1 - < 10	178	30,6	707,7	2
10 - < 20	32	5,9	455,6	1,3
20 - < 50	66	12,1	2.092,2	6,9
50 - < 100	42	7,7	2.980,7	8,4
100 - < 200	37	6,7	5.224,1	14,7
200 - < 500	30	5,5	9.957	28,1
500 - < 1.000	13	2,4	9.456,3	26,7
1.000 - < 2.500	1	0,2	1.116,7	3,2
≥ 2.500	1	0,2	3.368,3	9,8
Total	546	100	35.421,6	100

TABLA 2.1. Estructura de la propiedad de Cazalla de la Sierra hacia 1940

Fuente: De los Llanos (1984: s. p.) a partir del Catastro de Rústica de 1946

La burguesía local, por su parte, no se limitaba a la gestión de dehesas. Algunas explotaciones mantenían huertas, para las cuales solían tener al cargo a niños o adolescentes, y cuyos productos tenían como destino el mercado local. Más importante sería el control de las grandes fincas olivícolas. Éstas suponían la mayor parte de la superficie de olivar de Cazalla, que hacia 1940 alcanzaba las 4.400 hectáreas (Carmona y Pery, 1984). El olivar de la época era manejado sin concesiones a la ganadería (ver Figura 2.2):

“Eso [antigua finca de olivar] siempre ha sido a esto, a la asituna [aceituna]. Eso ha sido to olivá. Ahora no, ahora tienen ovejas, y tienen cochinos, y tienen to. Pero antes la finca que era de olivo, olivo. Y no había otra cosa na más que el olivo. Y algunos tenían una o dos fincas más, o un cacho más o lo que fuera, y tenían er ganao fuera. Pero lo que era olivá estaba respetao y

ahí no metían... No se metían, incluso, ni bestias [mulos o burros]. Fíate [fijate] tú que las bestias no hasen na. Po no las dejaban. Na más que pa ellos y sus trabajos y sus cosas.

(...) Eso ha sío sagrao siempre, hasiéndole sus operaciones: las márcolas [talas], ararlo y prepararlo. Vamos, to, to er preparo que tenía antes...” (Genaro, 83 años, trabajador del campo jubilado, abril de 2014).



FIGURA 2.2. Arado de olivar (hacia 1970)

Fuente: SEA (cedida por Antonio Carmona Granado de su archivo personal)

Las operaciones a las que Genaro se refiere se salpicaban a lo largo del año y constituían otro ciclo laboral de gran importancia para el proletariado local. Los momentos más importantes de dicho ciclo eran las recolecciones tanto de la aceituna de verdeo (septiembre-octubre) como de la destinada a la molturación (diciembre-enero). En relación a esta última, el trabajo solía ser a destajo y en él participaban tanto el hombre como la mujer (y el resto del grupo doméstico).

Si bien no se alcanzaban los resultados del olivar de la campiña, la importante producción de aceituna era de gran interés para los latifundistas. Un interés que tenía que ver, al mismo tiempo, con el hecho de que las distintas almazaras del municipio fueran, en su mayoría, de su propiedad. Adquiriendo también las aceitunas de los olivareros minifundistas, su molturación y posterior venta del aceite les permitía retener parte del valor añadido generado por esta actividad de transformación. Esta cierta monopolización de las almazaras se extendía también a otros elementos del sector secundario local, siendo

un buen ejemplo el de las serrerías, cuya materia prima provenía, en buena parte, de castaños y alamedas de su misma propiedad²⁰.

Más importante que este dominio sobre la agroindustria era el control que los latifundistas locales ejercían sobre el aparato administrativo local. En la época de la Restauración, este fenómeno se materializaría a través del caciquismo en que se basó el dominio de la vida política municipal por parte del Partido Conservador (Carmona, 1995: 99). Tras el paréntesis democrático inaugurado por la II República, la burguesía latifundista retomó en 1936 el control del ayuntamiento en orden a, de nuevo, apoyarse en la institución para garantizar un dominio de clase que, en el contexto ferozmente represivo del primer franquismo, sería casi incontestable (Jiménez, 2013: 131-134).

Como vemos, no nos encontramos solamente ante el predominio de unas relaciones capitalistas de producción en base al control sobre la tierra. La penetración en el sector agroindustrial y el control sobre los resortes del poder municipal configuraban todo un sistema generador de fuertes dependencias de parte de la abundante población jornalera, pero también del resto de sectores subalternos. En ese sentido, el latifundio, como apuntaba Sevilla (1980), iba más allá de lo estrictamente económico para convertirse en un “agente estructurante de la comunidad”. Para este autor, el latifundismo debería entenderse, por tanto, como todo un “sistema local de dominación” (Acosta, 2008: 440; Sevilla, 1980):

«La apropiación de la tierra actúa como un agente estructurante de la comunidad engendrando y manteniendo ciertas pautas de desigualdad, subordinación y superordenación en su estructura social. Las citadas formas de hegemonía son la manifestación a nivel de orden social de las acciones de ciertos grupos sociales que son quienes llevan a cabo la implementación de la dominación de clase latifundista. Estos sectores sociales pueden o no ser ajenos a la comunidad (...). Ahora bien, lo relevante de los mismos es que ejercen un control directo sobre el aparato administrativo, las delegaciones locales del gobierno así como sobre todo el conjunto de actividades terciarias tanto vinculadas a los servicios necesarios para el normal desarrollo de la agricultura como relacionadas con las ocupaciones de carácter mercantil, industrial e incluso los servicios generales necesarios para el funcionamiento de la comunidad» (Sevilla, 1980: 34-35).

4. TIERRA Y TRABAJO

4.1. “Campesinizaciones” frustradas

El establecimiento de tal sistema de dominación no implicaba, por supuesto, el total sometimiento de las clases subalternas locales y, en especial, del abundante proletariado

²⁰ Ver Falcón (1984) para un panorama del sector secundario en la Cazalla de la década de 1950 y Bernabé (1998) para profundizar en su evolución entre los siglos XIX y XX para el caso del vecino municipio de Constantina.

agrario. De una creciente conflictividad de clase es fiel reflejo la aparición de sociedades obreras a lo largo de los primeros años del siglo XX, así como la consolidación, años después, de la organización local de la central anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) (Jiménez, 2011: 23-24). Parte de esta conflictividad bebía de la experiencia de la pérdida de los comunales y veía en el acceso a la propiedad de la tierra la solución a la situación de dependencia y explotación. Como afirma Bernal (2009: 26):

«Si la presión de parte de los terratenientes para expulsar a los excedentes de mano de obra agrícola apenas fue puesta en práctica y si la demanda industrial urbana tampoco ejerció como impulso de atracción de dichos excedentes, resulta comprensible que los jornaleros proletarizados del campo andaluz intentasen su integración de pleno derecho en el mundo rural y eso sólo podía conseguirse a través del acceso a la propiedad de la tierra».

El “hambre de tierras” atraviesa la trayectoria que siguieron los predios que componían aquella superficie comunal que sobrevivió a la desamortización de Madoz. Las 800 ha de uno de ellos fueron cedidas por el ayuntamiento en 1917 a la Junta Central de Colonización y Repoblación Interior (JCCRI) para la creación de una colonia agrícola. Según explican Choclán et al. (1981), la iniciativa no sólo partía del peligro de expropiación que suponía la revocación, en 1915, de la excepción de venta de las tierras comunales, sino también de la creencia de la élite local en que el reparto de estas tierras amortiguaría la conflictividad obrera. La colonización supuso la creación de 70 lotes de unas 5 ha de media y de una zona de 350 ha para uso comunal por parte de los grupos domésticos allí asentados. Siendo el objetivo del proyecto la implementación de una cooperativa vitivinícola, los lotes, cedidos en arrendamiento, debían estar orientados al cultivo de la vid. También se permitía, en terrenos delimitados al efecto, la siembra de cereal y leguminosas para el abastecimiento doméstico.

La colonia, una vez perdido el apoyo estatal en 1925, comenzó su decadencia. Al cese de las ayudas, se sumaba la mala coyuntura para la producción vinícola que siguió a la I Guerra Mundial (ibid.: 226). Asimismo, pesaban factores vinculados directamente con la planificación original. Tanto la insuficiente extensión de las parcelas en relación a las necesidades de una familia jornalera estándar como la mala calidad de las tierras donde se asentaron, hacen sospechar de una subordinación del proyecto a los intereses de la burguesía local (Choclán et al., 1981: 217). Como señala Bernal, el mantenimiento de unas explotaciones minifundistas insuficientes era una importante forma de fijar fuerza de trabajo al territorio y constituyó un fenómeno generalizado desde el siglo XIX en las zonas de predominio latifundista (Bernal, 1979: 365).

La insuficiencia de sus explotaciones forzó a los llamados “coloniantes”, desde fecha temprana, a buscar ingresos complementarios a través de la toma de tierras en aparcería y la proletarianización ocasional, lo cual suponía que el peso de las tareas agrícolas en la colonia

quedaba, en buena parte, al cargo de las “coloniantas” y los hijos. La precaria situación también llevaba al aprovechamiento de todos los recursos a su alcance en un momento en que aún no existían cercas alambradas. Sirva como ejemplo el caso de las cochinas de cría:

“(…) Po tenían una cochina cada uno, cada coloniante tenía una cochina, y cuando los guarritos eran grandecitos ya, que perseguían a las madres, las cochinas esas estaban enseñás a que por la noche, cuando la tarde, como no le echaban de comé na de na, cuando daban de mano [terminaban de trabajar] los coloniantes, se iban a La Atalaya. Y por la mañana, antes de que saliera el dueño de La Atalaya, las cochinas habían venío ya a la sahurda a las Colonias, ¿sabes? Se venían solas, y esos cochinos estaban acostumbraos a eso de chiquininos, porque como las madres los llevaban y se venían con las madres otra vez, po los cochinos que iban dejando, po solos sabían vení a la colonia; y ésos no comían na más que de noche. Hasían su carga de hartarse y por la mañana a dormí a su casa” (Manolo, 82 años, campesino, mayo de 2014).

Sea como fuere, su situación era, en algunos casos, desesperada. Y a ello contribuyó, en el periodo de la posguerra, la feroz represión y exclusión sufrida por los grupos domésticos coloniantes, no sólo a causa de su militancia obrera previa, sino también de la ayuda proporcionada por varios de ellos a los grupos guerrilleros que operaban en este sector de Sierra Morena a lo largo de la década de 1940 (Jiménez, s. f.):

“Félix: Yo recuerdo que mi abuela tenía una colonia y yo me iba por temporás allí. Porque yo me crié en er Salero, pero me iba allí con mi abuela, era yo un chavalillo entose. Y había uno de otra colonia, porque en cada colonia había una familia...

Concha: Como ahora... [ironía]

Félix: Ahora son particulares que las han compra pa capricho, pa está un fin de semana... Pero antes era pa comé de allí. Era to viña y cuatro cachitos que no eran viña po sembraban una mijita de esto... Na, miseria to. Y me acuerdo de uno, que le desían ‘er Peaso’ y los cardos negros esos que echan como unos arcausiles [alcachofas], po cuando estaban abajo los pisaba, porque no se pinchaba. Tenía los pies...

(...) Descarso to er día, porque no tenía pa comprarse unas babuchas ni na de na. Y entose los pisaba así [*hace el gesto con las manos de pisar*]. Como una bestia si va descarsa, que no tiene herradura que pisa er cardo y no le pasa na, po así le pasaba a é [él] (Félix y Concha, 79 y 79 años, campesinos, enero de 2013).

Por lo que respecta al segundo predio exceptuado de la venta de los comunales, en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la finalización del pleito (finales del siglo XIX) sus 870 ha fueron objeto de una completa ocupación y roturación por parte de sectores humildes del municipio. Las limitaciones de un terreno pobre y escarpado, y el pequeño tamaño de los llamados “ranchos” (unas 15 hectáreas) nunca permitieron su viabilidad económica, dando lugar a un “semiproletariado” de características muy similares a las del grupo coloniante:

“Sembraban er poquillo que tenían. Tenían cuatro bichillos, ovejas o cabras o lo que la tierra prometía. Y sembrá la miseria que sembraban, y se iban también por ahí a sembrá, en fin, a trabajá a jonná en estas fincas colindantes a ellos” (Genaro, 83 años, trabajador del campo jubilado, abril de 2014).

Tras un fracasado intento por parte del ayuntamiento de conversión del conjunto de ranchos en una segunda colonia, se optó por iniciar el proceso de legitimación de aquellas tierras acogándose a la legislación que otorgaba beneficios para los predios objeto de “roturaciones arbitrarias” (Villalba, 2009). Una parte importante de los ranchos, una vez legitimados y adquiridos los títulos de propiedad en 1940, serían vendidos a los propietarios de las grandes fincas de las inmediaciones.

4.2. De la movilización obrera a la “individualización”

En el subapartado anterior aludía de pasada al robustecimiento del movimiento obrero local a lo largo del primer tercio del siglo XX. Podría decirse que su pico se registra entre finales de la década de 1920 y el inicio de la Guerra Civil. En un contexto de crisis económica internacional, al paro crónico –y funcional, como vimos– se unía la frecuente contratación de trabajadores forasteros por parte de muchos propietarios. Hacia 1930, esto derivaba en frecuentes manifestaciones de hombres y mujeres a las puertas del ayuntamiento pidiendo soluciones y trabajo en obras municipales (Jiménez, 2011: 24). La aprobación, ya en el primer bienio de la II República, de los decretos de Laboreo Forzoso y de Términos para, respectivamente, obligar a la puesta en producción de los latifundios y evitar la contratación de obreros agrícolas forasteros no dio el resultado esperado, dado el sistemático incumplimiento por parte de los grandes propietarios de tierra, tanto a nivel general, como en el caso particular de Cazalla (ibid.: 34, 60).

El acuciante paro hizo que se sucediesen, a lo largo de toda la etapa republicana, las protestas y las huelgas. Sus objetivos quedan explicitados por las tablas de reivindicaciones aprobadas por la CNT local, sobresaliendo entre ellos la reducción de la jornada laboral, la prohibición del destajo y del trabajo femenino e infantil, y la consecución de mejores salarios (ibid.: 50-51). En relación a las huelgas, éstas solían producirse sumándose a las convocatorias de la organización provincial de la CNT. De corta duración, una de sus acciones principales consistía en la invasión de grandes fincas. En ellas, los huelguistas procedían a la tala de algunos árboles para el aprovisionamiento de leña y la fabricación de carbón. También se apropiaban de frutos y, en ocasiones, de animales, así como quemaban

algunos cultivos, si bien las testimoniales cantidades en que se estimaban las pérdidas por dichas quemas apuntan a una acción de carácter más o menos simbólico²¹.

Hay que hacer alusión aquí a la importante sindicación femenina. Las mujeres participaban, de manera generalizada, en una diversidad de ocupaciones agrarias, que iban desde la vendimia a la recolección de aceituna, pasando por la escarda del trigo y otras. En el ámbito urbano local, su salarización se concentraba en el servicio doméstico y en la sillería, esta última una actividad laboral realizada a domicilio (Jiménez, 2013: 26). Una buena parte de estas obreras se encontraban afiliadas a la CNT local y dieron muestra de su combatividad a lo largo de la etapa republicana. Así, el gremio de la sillería, con las mujeres a la cabeza, convocaría una huelga en abril de 1934. Por su parte, las sirvientas, niñeras, lavanderas, aguadoras y planchadoras crearon su propia sección dentro de la CNT local, denominada Sindicato de Empleadas del Servicio Doméstico, y en junio de 1936 convocaron a la huelga ante la negativa de los patronos a discutir las bases de trabajo que presentaron para la regulación laboral del sector (ibid.: 29-31).

Volviendo al movimiento jornalero, otra de sus reclamaciones durante la etapa republicana tuvo que ver con uno de los elementos que secularmente habían puesto en marcha los ayuntamientos para la amortiguación de situaciones de crisis: el reparto de lotes de los baldíos comunales para su usufructo agrícola. En la década de 1930, los únicos predios comunales que habían sobrevivido como tales eran los conocidos como Llanos de Santiago. Una pequeña parte había sido objeto ya de ocupación por familias jornaleras, como en el caso de las Solanas del Valle, pero el problema residía en que la mayoría de sus 1.150 hectáreas habían sido usurpadas por dos propietarios forasteros que se las repartían.

Durante la huelga de mayo de 1932, un nutrido grupo de jornaleros intentó recuperar esos terrenos. Se retirarían tras la llegada de los guardias de asalto enviados por el gobernador civil de la provincia. Meses después, el golpe de Estado fallido de Sanjurjo dio alas al alcalde –del centrista Partido Republicano Radical (PRR)– para recuperarlos al objeto de repartirlos ante la situación de emergencia social (Jiménez, 2011: 49). Un nuevo empuje en 1936, el de la victoria electoral del Frente Popular, conduciría al alcalde –ahora vinculado a Unión Republicana, partido en que desembocó la escisión del sector de izquierdas del PRR– a solicitar ahora la expropiación de todos los bienes comunales expropiados en el siglo XIX, para lo cual enviaba una misiva al director del Instituto de Reforma Agraria “interesándole sobre el rescate de los terrenos del común en manos privadas y para que apruebe el deslinde de dichos terrenos, de las fincas colindantes, en las cabidas que estos tenían en 1900” (citado en Jiménez, 2011: 66).

²¹ Para una profundización en el movimiento huelguístico agrario de la etapa republicana asociado a la CNT en Andalucía occidental, ver, entre otros, los trabajos de Gutiérrez (1993), Maurice (1990) y Pérez (1979). Para una aproximación etnohistórica, ver Mintz (1982/1999).

Motivada, entre otros factores, por procesos de contestación de la propiedad latifundista como éste, se produciría en España la sublevación cívico-militar del 18 de julio de 1936, cuyo fracaso parcial dio lugar a la Guerra Civil y a la instauración del régimen franquista. En Cazalla, la entrada del ejército rebelde se saldaría con la huida de centenares de personas y la represión de otras tantas de las que se quedaron. Esta represión se cebó con todas aquellas personas que habían estado vinculadas a organizaciones políticas y/o sindicales de izquierda y, sobre todo, con las familias obreras. Para dar una idea, entre 1936 y 1937 fueron asesinadas en el municipio 210 personas (Jiménez, 2011: 177). En esos años y los posteriores, otras muchas sufrirían largas penas de prisión o serían enviadas a campos de trabajo esclavo.

Sobre estas bases, se inauguraba un nuevo periodo marcado por el dominio sin precedentes sobre las clases populares locales²². A la represión política y las represalias laborales de quienes se quedaron o volvieron, se sumaba la escasez de alimentos. Ilegalizadas las organizaciones obreras y perseguida cualquier forma de protesta, las familias obreras se veían abocadas a soluciones individuales como el consumo de frutos silvestres, los pequeños hurtos o el recurso, como veremos en un próximo apartado, al mercado negro. Genaro, huérfano de padre tras el asesinato de éste en agosto de 1936, me contaba su situación familiar de esta manera:

“A ve, yo tenía sinco años y por bajo mía había dos más, dos hermanos más, y otros dos mayores que yo. Asín que... Pasamos las carreras enteras. Y estrecha [sin ayudas] mi madre... Porque, por aquellos entonses, había mucha gente que tenían familiares que estaban en er campo, que tenían esto, tenían lo otro. Pero nosotros no teníamos na. Na de na, er día y la noche. (...) A fuersa de trabajá y de pasá fatigas. ¿Esas flores que hay ahí? [señala un árbol]. Ésas nos las comíamos nosotros... lo mismo que están los ramilletes, nos las comíamos nosotros” (Genaro, 83 años, trabajador del campo jubilado, abril de 2014).

Se refería a las flores de la acacia y continuaba para referirse a otras alternativas comestibles:

“El álamo, echa también una fló... [mira alrededor buscando algún ejemplar] Unos álamos que había por aquí, ésos nos los comíamos nosotros. A ve, como no tené na pa comé y...

²² Llama la atención la omisión de un factor de tal calibre en el estudio de Parejo (2004) sobre el fascismo en la comarca. La entrada masiva de militantes —entre ellos, un buen número de jornaleros— en el partido único del nuevo régimen es explicada como un efecto de la atracción popular por la retórica violenta y “revolucionaria” que dicha organización empleaba, asemejando este caso al del Partido Nazi alemán. Ello se argumenta sin reflexión alguna sobre el papel que el miedo derivado de la feroz represión podría tener sobre las afiliaciones y sin atender al hecho manifiesto de que la organización local de Falange previa al golpe de Estado contaba con un número reducido de militantes, entre los cuales dominaban los hijos de la burguesía local. Para un contraejemplo de investigación historiográfica rigurosa sobre falangismo y población rural, ver Rodríguez y Táboas (2014).

Cáscaras de plátano, cáscaras de naranja... To lo que te encontrabas, to lo pescabas. (...) Tortilla de bellotas, y bellotas crúas [crudas], madre mía... Y bellotas cosías... ¡oh! Eso era er pan nuestro. Eso era lo que había. Y las yerbas der campo, muchas yerbas, se comían también. En fin, contá y no acabá. Sí, es contá y no acabá. Eso, que to er mundo tenía un pariente, que siquiera le daba argo... Nosotros na, nosotros no teníamos na. Y... se robaba mucho, pequeñeses desde luego, cosas de... Mi madre la pobre [nos decía]: ‘No hijo, no. No hijo, no’. No nos quería señalaos en na, na, na”.

Otras fórmulas tenían que ver con una petición de favores a las familias campesinas, una práctica que, en el caso de no existir vínculo familiar, se acercaba a la mendicidad:

“Félix: Yo me acuerdo de los años 40, que hubo... En los años 40, 41, 42, me parese, lluvió muchísimo y entre otras cosas, como había tanta agua, po eso pa los animales y pa las cosas era... Aquer pobre que tenía un burro pa í a por sisco [cisco, tipo de carbón vegetal] se le atascaba y ¡a vé cómo lo sacaba de allí! Po allí se le quedaba. Y la gente iban... Las madres iban a cogé las cannes [carnes] der burro pa traerle canne a sus hijos pa mantenerlos. (...) Me acuerdo que había allí unas vacas en Er Salero [finca donde trabajaba su padre]. Y las porqueras y aquella gente... se morían las vacas y llevaban una hacha y le rompían hasta la cabeza a la vaca pa sacarle los sesos, y la canne. ¡Pobresillas, cuánta nesesidá tenían!

Concha: ¡No había gente que venía a pedí...! [*negación usada como afirmación enfática*] (...) Y forasteros. Había argunos días que se juntaban... Uno iba, otro venía. To los días pidiendo. Y mi madre desía: ‘Mire usté, que ya le he dao, que ya le he dao a otro’. Y no le podía desí que no, que no tenía, porque mi madre tenía aquí to esto lleno de morsilla. Y las tenía corgás [colgadas]. Y dise: ‘¿Cómo le digo que no le doy na? Le voy a dá pa un pucherito’. Un pucherito era garbansos, tosino... Y venían aquí: ‘Carmina’ –Carmina le desían– ‘Carmina, dame argo pa mis niños que están sin comé’.

Félix: Aquello, aquello sería pa las personas que vivieron aquello y tené a sus hijos pasando hambre sin tené. Yo me acuerdo que teníamos nosotros... porque mi madre amasaba toas las semanas, pa tené pan... (...) Bueno, po cuando cardeábamos el honno [horno] pa hasé pan, lo teníamos que cardeá por la noche, porque durante er día tantos pobres pa arriba y pa abajo, de la estación [de tren] a Casalla y de Casalla a la estación... Y el humo de cosé [cocer] er pan da un oló mu bueno. (...) Entose no podías, porque no te ibas a poné a sacá pan... y se plantaban allí cuatro o sinco personas esmayaítas [con mucha hambre] ¿y no les ibas a dar? Po pa evitá que tuvieras argún disgusto con arguno, po hasías er pan de noche” (Félix y Concha, 79 y 79 años, campesinos, enero de 2013).

En su estudio sobre la construcción de una “economía regional” en la Vega Baja alicantina, Narotzky y Smith (2006) también se fijan en el periodo histórico de la posguerra. Para estos autores, la combinación entre intensa represión política y carestía tuvo como resultado principal una extrema individualización. Frente a una “cultura política de confrontación colectiva” como forma de conseguir mejoras en derechos y situación material, en la posguerra se habría conseguido instalar una visión de la supervivencia en términos de

una forma individual de establecer acuerdos y conseguir recursos (ibid.: 64). Quizás en su estudio el énfasis se pone en exceso sobre el individuo y deja de lado la importancia que retuvo, a juzgar por nuestro material, la familia como una suerte de unidad de comportamiento ocasionalmente táctico. Sea como fuere, en este contexto histórico es donde adquiere todo su sentido la expresión “buscarse la vida” y su actuación como disolvente de la cultura obrera de la “unión”²³ (Martínez, 1968). De ello es buena muestra el hecho de que hubiera que esperar a los años sesenta para que en Cazalla se diese un proceso de autoorganización jornalera dirigido, en este caso, a la realización de una huelga durante la campaña de verdeo de 1966, pero también de que, a pesar de la victoria de los huelguistas, no se produjese continuidad organizativa alguna.

5. MÁS ALLÁ (Y MÁS ACÁ) DEL LATIFUNDIO

5.1. Las patatas del saco

Más arriba he descrito las características de la dehesa a la altura de mediados del siglo XX a través del modelo más o menos típico de la gran propiedad. Ahora bien, en el panorama agrario local no todo era latifundio. Aparte del ya conocido semiproletariado que se asentaba en los antiguos terrenos del común, existía una clase campesina, cuyas fincas, por tamaño y/o calidad de la tierra, permitían a los grupos domésticos que las explotaban un elevado grado de autonomía²⁴. La falta de atención hacia el campesinado en la bibliografía historiográfica local o comarcal obliga a su caracterización a través, casi exclusivamente, del material microbiográfico producido a lo largo de la investigación. Dada

²³ No quiero decir con esto que el robustecimiento del movimiento obrero llevase a los trabajadores de Cazalla del primer tercio del siglo XX a abandonar por completo las salidas individuales y las “resistencias” de tipo cotidiano (Scott, 1985). Resulta, en este sentido, esclarecedor el estudio de Mintz (1982/1999) sobre el movimiento sindical anarquista del pueblo gaditano Casas de Viejas. En él, se explicita la convivencia de ambas modalidades de acciones y, de paso, se apunta a una importante distancia entre líderes ideologizados (“los que tienen ideas”) y masa obrera que, en función de coyunturas más o menos propicias para la derrota, facilitaría la desmovilización. Algo de esto veremos en el próximo capítulo al hilo de la descripción del resurgir del movimiento jornalero cazallero en la década de 1970.

²⁴ El concepto de campesinado causa excesivo ruido a efectos de su uso para el caso de una mayoría de los productores agrarios actuales –al menos, los del Norte Global–, dado el debilitamiento tanto de la familia en cuanto unidad de producción como del autoconsumo de los productos de la explotación. No obstante, rescato la noción para referirme a ciertos grupos domésticos locales que, antes de su mutación como consecuencia del proceso modernizador, exhibían características similares a las señaladas por la literatura “campesinista” clásica (Chayanov, Galeski, Shanin). En ese sentido, resulta útil la sintética definición de campesinado de Silva: “[la clase social] cuyas unidades domésticas se basan exclusiva o predominantemente en la fuerza de trabajo familiar, disponen del cultivo de uno o varios pedazos de tierra, propios y/o arrendados, viviendo, en ocasiones en complementariedad con otras fuentes de renta, sola o mayoritariamente del producto de su trabajo” (Silva, 1998: 21).

la edad de mis interlocutores, la realidad que se describe corresponde a la del periodo del primer franquismo.

Para empezar, debe decirse que el campesinado local estaba lejos de conformar un sector homogéneo. Muy por el contrario, la norma era precisamente la diversidad de aprovechamientos, situaciones domésticas y estructura laboral. Aún así, es posible distinguir dos sectores: un campesinado más acomodado, como consecuencia de la explotación de tierras de tamaño mediano; y un campesinado pequeño en el que dominaban los minifundios del ruedo local.

En relación al sector que he dado aquí en llamar acomodado, el tamaño de sus explotaciones (25-75 hectáreas, aproximadamente), bien fueran de su propiedad, bien arrendadas, posibilitaba una importante capacidad para la diversificación productiva. Ésta se manifestaba en un mosaico de parcelas –tierras de cultivo, dehesa, olivar y huerta, fundamentalmente, así como, en ocasiones y siempre de manera secundaria, castañar y viña–, cuyos aprovechamientos se encontraban estrechamente integrados, es decir, con ciclos productivos que se retroalimentaban y que hacían que la dependencia del exterior no fuese muy significativa.

La producción agrícola que realizaban no sólo servía para satisfacer las necesidades alimenticias del grupo doméstico, sino que se orientaba, sobre todo, hacia el mercado. Un obrero que había trabajado en algunas de estas explotaciones en los años cincuenta, recordaba así los aprovechamientos agrícolas de una de ellas, en este caso, aquélla que explotaba el grupo doméstico de mis abuelos paternos:

“Los garbansos na más que se sembraban ‘pa er gasto’ [autoconsumo]. (...) Eso no se vendía. Y allí en la huerta po se sembraban unos melones... y unos friajonales [huertos de ‘frijones’, judías]... Porque La Guinda tenía dos huertas. (...) Tenía to er llano de abajo y, al lao allá, que va er regajo por medio, ¿no hay allí una vega? Po aquello también se sembraba to, de chícharos. (...) Y allí no he labrao yo na... Después allí había una casilla... Po to aquello, desde la carretera hasta lo arto donde está el olivá de los Quemaos, lo sembraron de chochos [altramuces]. ¡Na, aquello no dio chochos ninguno! Y a segarlo... (...) Los chochos se vendían mucho. Venía uno de Valensia y se los llevaba a to meté [muy rápido]. Y ése se llevaba to los que le salía: camiones y camiones se llevaba pa Valensia” (Antón, 77 años, trabajador del campo jubilado, febrero de 2014).

Aparte de estos cultivos, el campesinado acomodado solía sembrar especies destinadas a la alimentación animal (cebada, veza, maíz, habas...), dado que el aprovechamiento principal de sus explotaciones era el ganadero, también con vocación comercial. Gracias al tamaño mediano de sus explotaciones y al hecho de que contaran con parcelas de dehesa, conseguían mantener piaras de cerdos y de cabras, algunas vacas frisonas cuya leche vendían en el pueblo y otras tantas “colorás” utilizadas como ganado de

labor. La ganadería generaba un volumen de trabajo que obligaba a recurrir al empleo de trabajadores asalariados de forma permanente. Mientras la fuerza de trabajo doméstica solía emplearse en los trabajos agrícolas, forestales, domésticos y de comercialización al por menor, las tareas directamente ganaderas se dejaban en manos de obreros fijos. En ese sentido, porqueros, cabreros y vaqueros, asistidos por algún que otro zagal, eran los encargados de cada una de las cabañas criadas en la explotación. Ya el empleo de jornaleros era mucho menor que en el caso de las explotaciones latifundistas y se circunscribía a momentos muy puntuales del ciclo productivo.

Pasando al segundo de los sectores campesinos aquí señalados, el reducido tamaño de sus explotaciones llevaba a una menor orientación hacia el mercado y a un cierto predominio del autoabastecimiento en lo que al destino de los productos se refiere. En el caso de las producciones agrícolas, habría que diferenciar entre los cultivos destinados a la alimentación animal y los cultivos para consumo humano. Entre los primeros, solían privilegiarse la cebada, la avena, el maíz y la veza. Estos productos tenían como único destino la alimentación de los animales propios, excepción hecha de la cebada, que en parte se comercializaba. Los segundos eran clave igualmente y se identificaban con el trigo, los garbanzos y las hortalizas (ver Figura 2.3). En este caso, su orientación era tanto el abastecimiento doméstico como la venta local y, en ocasiones, en otros núcleos de población o municipios próximos.

Respecto a la ganadería, estas explotaciones soportaban un volumen ganadero ajustado a las necesidades domésticas, pero a la vez diverso. Las cabras, por un lado, se dedicaban a la cría de chivos para venta; por otro, su escasa leche se empleaba en la fabricación de quesos para el consumo doméstico. A las piaras de cabras solía “arrimarse” alguna que otra oveja “basta”, una raza caracterizada por su larga lana y cuya función principal era la de proveer el relleno para los colchones que integraban el ajuar de las hijas²⁵. Disponían de varias “colleras” (parejas) de mulos, con los que realizaban las tareas agrícolas más importantes, así como las de carga. Tenían también gallinas y vacas de leche. En cuanto al ganado porcino, las explotaciones pequeñas solían disponer de alguna cerda de cría y de varios cochinos. La mayoría de éstos se engordaban hasta alcanzar el peso adecuado para entrar en montanera, momento en el cual eran vendidos a alguno de los ganaderos porcinos de la zona; la parte restante se terminaba de engordar en la explotación.

²⁵ Acosta (2002: 290), en su estudio sobre las dehesas de la comarca de Tentudía de los años cincuenta, detecta este aprovechamiento de la oveja basta en los grupos domésticos pastores, pero no para el caso del campesinado.



FIGURA 2.3. Familia campesina haciendo un alto en la siega (hacia 1950)

Fuente: Carmona y Yanes (2003: 57)

Del cuidado y el pastoreo de las distintas piaras –cochinos, cabras-ovejas y vacas– se encargaban, en primer lugar, los hijos pequeños. Estos niños recorrían los cordeles y veredas aprovechando el pasto que crecía en sus laterales. Asimismo, exprimían las posibilidades que la inexistencia de cercados alambrados ofrecía para el aprovechamiento de hierbas ajenas:

“Po sí, teníamos las cabritas y las ovejas, teníamos los cochinos, a lo mejó teníamos ocho o diez cochinos con las dos cochinas de cría. Y eso estábamos dedicaos, de los hijos, ca [cada] uno con una cosa: uno con las cabras y otro con los cochinos. Y andábamos en esos caminos, ¿eh? Porque entose andábamos nosotros en esos caminos con los bichos. Porque entose ni había alambrás ni na. Metiéndote aquí, metiéndote allí, ¿sabes? [*esboza una sonrisa pícaro*]” (Manolo, 82 años, campesino, mayo de 2014).

En relación a esta tarea, los campesinos también podían aprovecharse de la situación de hambruna sufrida por las familias jornaleras y que llevaba a muchas madres a buscar acomodo temporal en las casas campesinas. Concha lo recordaba así:

“Aquí mismo... aquí mismo, pa guardá unos cochinos y las vacas que había y esas cosas, po por ahí por la vereas esa der puente, po venían las mujeres, las madres con los chiquillos con ocho o nueve años: ‘Mire usted, ¿que éste no le vale pa guardá las vacas?’. Porque no había los alambres que había hoy en día. Pa acomodarlos; y aquí se quedaban, uno ahí y otro aquí [*señala sendos lugares en la habitación*]” (Concha, 79 años, campesina, enero de 2013).

Cubriendo casi todas las tareas a través de la fuerza de trabajo familiar, el recurso a trabajadores fijos se limitaba a estos niños “acomodaos” y, en el caso frecuente de que la explotación se encontrase en el ruedo del municipio, a la contratación de algún que otro adolescente o muchacho para cubrir la labor de recogida del abono destinado al estercolado de la tierra. Dicha labor consistía en la retirada de los residuos de la población humana y animal que la vecindad depositaba en los denominados “lejíos”, zonas a las afueras de la población que funcionaban en aquella época como vertederos²⁶. Aparte de esto, el pequeño campesinado también recurría a jornaleros para tareas puntuales –la siega, por ejemplo– que no podían ser efectuadas en exclusiva con la mano de obra familiar.

Las pequeñas dimensiones de los predios explotados por estos campesinos hacían que existiese una fuerte necesidad de tomar tierras “a terrazgo”, expresión usada localmente para aludir al sistema de aparcería. Hay que puntualizar que la palabra “terrazgo” aludía tanto a la parte de la producción que entregaba el aparcerero (“terrajero”) a modo de renta, como a la parcela de tierra objeto de roturación²⁷. El recurso a la aparcería para el cultivo de trigo constituía una forma de “ampliar” el terreno de unas explotaciones insuficientes y, en ese sentido, se configuraba como un elemento no accesorio, sino estructural de sus economías. El próximo subapartado profundiza, en este sentido, sobre el mundo del terrazgo.

5.2. Terrazgo

Los terrazgos eran ofrecidos tanto en latifundios privados como en dos grandes fincas públicas recién adquiridas en el municipio por el Patrimonio Forestal del Estado (PFE). Estas últimas provenían de una expropiación realizada en dos momentos –uno durante la dictadura de Primo de Rivera y que, por falta de dotación presupuestaria, no se culminó

²⁶ La palabra “lejío” proviene de ejido, que era la antigua denominación de un tipo de predio comunal situado, por regla general, a las afueras de los municipios.

²⁷ Este sentido doble concuerda con las acepciones que recoge el diccionario de la Real Academia Española para la voz “terrazgo”. Para una profundización en el uso del significante en distintos momentos históricos, ver la entrada dedicada en el blog “Palabraria” (<http://palabraria.blogspot.com/2012/06/terrazgo.html>, consulta a 29/04/2014). Para dar una idea de la profundidad temporal en que hunde sus raíces esta modalidad de cesión en tierras de dehesa, puede ser interesante transcribir lo que la Constitución Sinodal (1687) del obispado de Plasencia (Extremadura) dicta en su título VII sobre los “Diezmos de Terrazgos, y como se deben pagar” (recogido en el mencionado blog):

«Suelen muchas veces los Señores de Dehesas arrendarlas a labor, ya por su voluntad, ya por aceptar los labradores el cuarto Real, según sus privilegios, para romperlas, y sembrarlas. Y en estos casos pagan a los Señores de dichas Dehesas cierta pensión de Trigo, Cevada, o Centeno, que vulgarmente llaman Terrazgos. Y como esta pensión se subroga en lugar de la de dinero, en que se arrendarían las Yervas; deben los Señores de dichas Dehesas pagar el Diezmo de los granos, en que las arriendan en la misma manera, que pagarían el Diezmo del dinero, en que arrendasen las Yervas».

hasta 1935; y un segundo a principios de la década de 1940²⁸-. La expropiación tenía como objetivo declarado la protección, vía reforestación, de la cabecera de la cuenca del río Viar²⁹. La necesaria eliminación de matorral previa a la repoblación forestal fue “externalizada” por el PFE a través de dos vías: de un lado, el permiso para la entrada de carboneros en las zonas más matorralizadas para el descuaje de “chaparreras”; de otro, la escalonada entrega de parcelas “a terrazgo” a campesinos, coloniantes y yunteros:

“En segá se llevaban en ca lote lo menos dose o catorse días. Cogíamos dos lotes de diez fanegas³⁰ cada uno, po [pues] casi un mes. Luego había que acarrear las greñas en hases, traérselas ar Sincho que era onde estaban toas las eras. Y resurta que echaban otro ‘viaje’ [montón] de días pa acarrear las greñas a la era. Luego se liaban a trillá y había que limpiarlas con er ‘biergo’ [bieldo]. Luego tenías que traé ar pueblo er grano, tenías que traé la paja... O sea que se llevaban to er verano allí entre segá, traé las greñas, trillá las greñas, limpiarlas... (...) Y en el invienco, po también se llevaban dos meses. O sea, ique se llevaban medio año allí la gente!” (Manolo, 82 años, campesino, mayo de 2014).

Como vemos, el aprovechamiento consistía en estas fincas del PFE –e igualmente en los latifundios privados– en una roza (y quema) del terreno que posibilitase el arado y la posterior siembra de cereales: trigo, fundamentalmente, pero también cebada. Una vez cosechado el fruto, el aparcero entregaba la parte de la producción previamente convenida. En las fincas del PFE, usualmente era un quinto; en las privadas, una porción variable en función de la calidad de las tierras y de la negociación con el latifundista. A veces, el acuerdo con éste podía consistir en la entrega de una cantidad fija:

“Tú siembras tres fanegas en un terreno bueno y te puede dá, de tres fanegas, qué te voy a desí... De tres fanegas te da, te pueden dá... pues a veinte o a treinta te sargan simiente que se le llama. Una fanega te puede dá treinta fanegas. Bueno, po er terrazgo es sembrao a tres fanegas, po tres fanegas le tenías que dá ar dueño de la finca ¿sabes? Eso es lo que pagabas. Pero también le tenías que quitá una hartá [mucha cantidad] de monte, pa podé sembrá trigo. Entre lo que te costaba quitarle er monte y aluego tené que darle una fanega der terrazgo por fanega sembrá...” (Félix, 79 años, campesino, enero de 2013).

²⁸ Archivo Histórico Provincial de Sevilla (AHPS), Legajo 17-530 (Expedientes para la expropiación de terrenos en la cuenca del Viar).

²⁹ Si bien el objetivo sobre el papel era el de la protección de la cabecera del río, ha de decirse que la política forestal en que dicha acción se englobaba fue impulsada de manera crucial por la perspectiva de nuevos ingresos para las arcas estatales por el aprovechamiento maderero de las repoblaciones (Rico, 2008: 288-289).

³⁰ Una fanega de tierra equivale a unas 0,64 hectáreas. La fanega, como no tardaremos en comprobar, también es una medida de capacidad, equivalente a 55,5 litros. En términos de peso, esto supone que la fanega de trigo equivale a unos 43 kilos y la de cebada a unos 32. Esto último, sin embargo, no concuerda con los recuerdos de alguno de mis interlocutores, que daba la cifra de 46 kilos para el trigo y de 35 para la cebada.

Como vemos, el esfuerzo empleado por este campesinado en los terrenos que tomaban a terrazgo era grande. Hacia la década de 1950, el trigo que tanto allí como en sus pequeñas fincas producían seguía sirviendo para abastecerse, pero también vieron con buenos ojos la venta del excedente a unos almacenes estatales que empezaron a ofrecer interesantes precios. Esta situación contrastaba con la de la década anterior, cuando se produjo una de las experiencias históricas de relación con el Estado de mayor impronta social. Me refiero al entramado social de expropiaciones, negociaciones y resistencias que a nivel local dio lugar al intervencionismo de posguerra. En el contexto de la implementación del proyecto autárquico, el Estado franquista proponía como uno de sus pilares el control absoluto de las producciones agrícolas, con el trigo a la cabeza. En el próximo subapartado, profundizo en la particular forma como los campesinos cazalleros experimentaron este proceso. Según argumento a lo largo de esta tesis, tanto ésta como la experiencia de la represión política tendrían hondas implicaciones para entender muchas de las prácticas de los actuales ganaderos.

5.3. La otra batalla del trigo

La “batalla del trigo” fue el nombre que se dio a la política cerealera de posguerra. Inspirada en la homónima del régimen fascista italiano, pretendía una intensificación productiva capaz de abastecer a toda la población sobre la base del proteccionismo y el intervencionismo. En relación a esto último, la dictadura se dotó de un marco legislativo – fundamentalmente, las leyes de laboreo forzoso (1940) y de intensificación de cultivos (1946)– y de un aparato burocrático que se hizo pivotar sobre el Servicio Nacional del Trigo (SNT), las Juntas Locales Agrícolas (JLA) y la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes (CAT) (Pérez, 1995).

Las JLA eran las encargadas de la regulación de la actividad agrícola en cada municipio. Entre sus funciones se encontraban la evaluación de las necesidades de semillas, el préstamo de maquinaria y ganado de labor, o la distribución de obreros entre las fincas “sub-aprovechadas”. Otro de sus cometidos consistía en la asignación a los agricultores locales de las superficies obligatorias a cultivar –planes de sementera y barbechera– y la supervisión de su cumplimiento. Para disponer de la información necesaria, se obligaba a los agricultores a proporcionarles declaraciones juradas de aprovechamientos y de producciones. Estas últimas servían para calcular los cupos forzosos de producción que debían entregar a los almacenes locales del SNT, los cuales se pagaban al “precio oficial de tasa”. Por su parte, la CAT era el organismo encargado de supervisar la distribución y venta de los productos, así como de organizar el sistema de racionamiento. Si bien entre sus funciones se encontraba la de velar por el cumplimiento de la normativa de precios y entregas, la labor represiva sobre las ilegalidades en relación a la distribución y transporte

también se hizo recaer sobre la denominada Fiscalía de Tasas (Christiansen, 1999; Del Arco, 2005; Pérez, 1995).

Ni que decir tiene que toda esta arquitectura institucional estuvo lejos de ser eficaz. Así lo atestigua de manera contundente la expansión del mercado ilegal, el cual pasó a ser conocido como “estraperlo”, un término que tenía su origen en un sonado caso de corrupción que salió a la luz en 1935³¹. El hecho de que el porcentaje de trigo comercializado en el mercado paralelo superase al del oficial en algunas campañas –o de que el aceite de estraperlo estuviese cerca de representar la mitad del total nacional– es buena muestra de la magnitud del fenómeno (Del Arco, 2010). Este impresionante fenómeno fue resultado de la conjunción de la insuficiencia del sistema de racionamiento con unos bajísimos precios de tasa, los cuales desincentivaban las entregas al Estado por parte de los grandes productores privados (Barciela, 1989). En un contexto intervencionista, la incapacidad del régimen para garantizar la satisfacción de las necesidades alimenticias mínimas de la mayoría de la población hacía del recurso al mercado paralelo una necesidad (Rodríguez, 2013: 155).

Este mercado estaba construido alrededor, principalmente, de las redes de distribución y comercialización clandestinas tejidas por “grandes estraperlistas”. Aprovechando en muchos casos su influencia política, estos agentes especulaban con productos de todo tipo sin ser perseguidos. La tolerancia del régimen hacia sus actividades era transversal, abarcando desde funcionarios hasta altos cargos, pasando por la misma figura del dictador (Pérez González, 2004: 103). La mencionada connivencia se solidificaría de tal manera que haría de la corrupción un elemento estructural del régimen y que, además, se perpetuaría en el tiempo (Barciela, 1998). En muchas ocasiones, a un nivel más local serían las propias autoridades municipales las que aprovecharan su posición para sustraer productos y generar redes de distribución paralela de las que “sacar tajada” (Rodríguez, 2013: 169-171).

Con este “estraperlismo” de tipo lucrativo convivía un “estraperlismo” orientado a la supervivencia y practicado por los humildes. Una parte de este “pequeño estraperlo” o “estraperlo de los pobres” (Gómez y Del Arco, 2005; Narotzky y Smith, 2006: 63) se imbricaba con aquél y de ello es buen ejemplo la cantidad de personas que trabajaban en sus actividades cotidianas de distribución de productos con el fin de garantizarse el sustento. También, en cierta forma, los casos de aquellas personas que, ante la falta de alternativas laborales, decidían comprar esos productos y revenderlos de forma autónoma,

³¹ Al parecer, el presidente del gobierno Alejandro Lerroux (PRR), algunos compañeros de partido y familiares fueron sobornados para permitir la instalación de una ruleta eléctrica fraudulenta en los casinos de San Sebastián y Formentor. La ruleta llevaba por nombre *Straperlo*, abreviatura derivada de las primeras sílabas de los apellidos de sus fabricantes: Strauss, Perel y Lowan (Del Arco, 2010: 66, nota al pie 8).

convirtiéndose así en el último eslabón –el más débil– de la cadena (Pérez González, 2004; Rodríguez, 2007, 2013):

Félix: Había mujeres que eran ‘trasperlistas’: iban, cogían...

Concha: A la estación [de tren] andando.

Félix: Iban andando a la estación, con unos canastos mu grandes. Se montaban en er tren (...). Se iban allí ar tren y ‘ale’, a comprá en Sevilla donde podían, a comprá en los armasenes que hubiera, se lo traían pa acá y aquí lo revendían ellas.

Concha: Er ‘Trasperlista’ y a los que le desían eso” (Félix y Concha, 79 y 79 años, campesinos, enero de 2013).

A este mundo se yuxtaponían otras formas más horizontales en las que primaba un cierto sentido de solidaridad comunitaria. Es el caso de los trueques de productos, pero, sobre todo, de lo que Rodríguez (2013) ha dado en llamar “mercado gris”, un mercado “entre paisanos y clientes de toda la vida. Un mercado cara a cara y regido por la moral del justo precio” (ibid.: 165). Y había más. Dentro de las prácticas que se entendían como estraperlistas, se encontraban aquéllas que instrumentalizaban de alguna forma el sistema de racionamiento como vía para conseguir alimentos del mercado paralelo. Ejemplo de ello era la práctica habitual de vender los productos obtenidos mediante las cartillas de racionamiento que no eran considerados como “de primera necesidad” (café, chocolate, azúcar...) (Pérez González, 2004: 149). Teniendo en cuenta que a la insuficiencia se solía sumar la mala calidad en el caso, sobre todo, de los productos básicos, ésta era una vía al alcance de todo el mundo para conseguir más y mejores alimentos.

El estraperlo adoptó características propias en el medio rural³² y, en particular, en el caso del campesinado, a consecuencia obviamente de su actividad productora de alimento. En Cazalla, como en muchos otros pueblos, los excedentes de grano custodiados en los cortijos u otros lugares servían, en muchas ocasiones, para la comercialización al por menor. Esta venta “de traspelo” –forma que adoptó la palabra estraperlo en el habla local– satisfacía una demanda que muchos vecinos sin tierras realizaban a los campesinos cuando disponían de algún dinero. Sancho, un campesino adolescente en aquel momento, lo recordaba así:

“La nesetidá era tanta que te buscaba la gente pa comprá trigo ‘de traspelo’ aquí mismo en la huerta. Y mi padre, po si tenía, lo vendía. ¿Qué iba a hasé si estaban los pobres...? Eso no lo podían controlá. ¿Cómo sabes tú a lo que va una persona que va andando y pasa por aquí? Ahora, había también gente que daba chivatasos [delatores]. Entose iban a la finca der que fuese, le quitaban lo que fuese y le echaban una murta. Y lo mismo: como no podían pagarla,

³² En Pitt-Rivers (1954/1971) encontramos una aproximación etnográfica contemporánea al caso de un municipio de la sierra gaditana, Grazalema, donde el autor se fija en las dinámicas de inspección y ocultación asociadas al intervencionismo sobre la producción agraria.

po los metían en la carse [cárcel] tres o cuatro días. A nosotros nunca nos cogieron” (Diario de campo, septiembre de 2016).

La dificultad que Sancho observa para el control de este tipo de venta directa era, por cierto, reconocida desde el propio ayuntamiento. En una respuesta al gobernador civil de la provincia en relación a las estadísticas de producción local de patata, el alcalde comentaba:

“He de significarle, al mismo tiempo, lo difícil de la investigación que evite se expendan por los productores en sus propias fincas, con perjuicio para la cosecha y a precios superiores de continuar la falta de dicho artículo que los consumidores buscan por todos los medios burlando la vigilancia a que se les tiene sometidos”³³.

El caso del grupo doméstico de Sancho puede ser ilustrativo sobre el resto de formas que adoptaba el estraperlo entre el campesinado local. Su primo Rogelio, que había sido adoptado por la familia de Sancho, me contaba en una entrevista que era común que los huevos de gallina los destinasen al trueque por azúcar y café con un comerciante local de confianza. Ahora bien, hay que decir que toda maniobra no era posible. En relación a la provisión de simiente, la JLA cazallera realizaba una evaluación de las necesidades y posteriormente suministraba a los agricultores simiente para el cultivo en función de su disponibilidad. Sancho recordaba que tras la recolección estaban obligados a reponer la simiente entregada por la JLA:

“En esa época es que no había simiente. Como llegó la guerra y requisaron toas las bestias, po la gente se tiró mucho tiempo sin sembrá. Nosotros aquí no teníamos mucho. Trigo sí, porque en esa época dieron trigo. ‘Ventana’ se llamaba. Mu malo, pero en tres meses ya lo tenías pa segá. También nos dieron papas. Que por la neesidá que había, nosotros nos comimos la canne y sembramos na más que er pellejo [*sonríe*]. (...) Después de la guerra, el Estao seguía dando papas y también garbansos y me parese que chícharos [judías]. Ya había más movimiento porque trajeron de vuelta las bestias. Lo mismo que te daban, tenías que devorverlo. Y si se te echaba a perdé, había que justificarlo mu bien. Si no, te caía una inspesión” (Sancho, 88 años, campesino, septiembre de 2016).

Sería en torno al intervencionismo sobre la circulación de grano donde estos campesinos encontrasen un mayor margen de maniobra. Como vimos más arriba, a los agricultores se les asignaba un cupo, en función de la producción de trigo obtenida, el cual estaban obligados a entregar al SNT. En un contexto de escasez e insuficiencia del racionamiento, esto significaba que los campesinos araran la tierra, sembraran el trigo, lo gradearan, lo escardaran en primavera, lo segaran, lo trillaran y que, después de todo ello, lo tuvieran que entregar y se quedasen lejos de colmar las necesidades de harina de sus

³³ Archivo Municipal de Cazalla de la Sierra (AMCS), Leg. 306, *Diligencias relacionadas con el Oficio del Sr. Gobernador Civil, Delegado de Abastecimientos y Transportes, sobre Estadística de Patatas* (12/06/1940).

grupos domésticos. A pesar del miedo, la búsqueda de alternativas para burlar la normativa no se hizo esperar.

La más importante consistiría en la ocultación de grano para su posterior molienda “ar traspelo” en los molinos locales³⁴. Los campesinos solían acudir a ellos de noche y acompañados exclusivamente por uno o dos mulos cargados con sacas de grano. Muy significativo sobre la extensión de esta práctica y las opciones de ser descubiertos es el siguiente fragmento de entrevista con Rogelio:

“Los cortijeros [campesinos] iban a molé de Alanís pa abajo a un molino que le desían er molino de ‘Jorobao’. Iban de madrugá, iban ‘a trochamonte’ [campo a través], porque entose no había las alambrás que hay hoy. No había na más que vereítas de los bichos. Po cogían la vereia –que, ya de pasá tanta gente, iba derecha ar molino–, cogían por ahí por Villa Manuela a salí a Los Membrillos y de Los Membrillos salían hasia Alanís, donde están los molinos. Y da la casualidá que cuando iban a pasá pa acá, estaba la Guardia Civil y les quitaba la harina, lo que se molía. Pero la gente iba allí mucho, porque ‘Jorobao’ tenía comprá a la Guardia Sivi. Entose no había pan, así que le daría harina a la Guardia Sivi o lo que fuera, que los tenía ‘tapaos’ [callados]” (Rogelio, 81 años, campesino, diciembre de 2012).

Su primo Sancho, más mayor que él, participó activamente en esta actividad. Según me contaba, solía ser uno de los que daba el paso porque “siempre he sío mu arrojao”. Lo primero era retener el trigo tras la trilla, lo cual solía hacerse escondiendo las sacas de grano debajo de los montones de paja. Una vez en el molino, lo más común era descargar las sacas e inmediatamente después cargar el equivalente en harina de la almacenada por el molinero. Los molinos en aquella época solían moler “a maquila”, una transacción no monetaria por la que el molinero recibía como pago una parte del producto molido y el campesino se quedaba con el resto. A pesar de no soler obtener harina del propio trigo, el riesgo de ser descubierto desaconsejaba dilatar la estancia en el molino. En ocasiones, sin embargo, no había más remedio:

“Sancho me pregunta si Florencio, el dueño del cerro Cabeza Gorda, era mi bisabuelo y yo le respondo que creo que el hermano de mi bisabuela. Lo confirma y recuerda una anécdota con él en torno al año 1940 ó 1941. Dice que fue a moler al molino de Escobar y allí estaba mi tío Florencio. Para evitar problemas, el molinero les dijo que se fueran al puente de los Tres Ojos a esconderse y que ya los avisaría cuando la harina estuviese lista. Sancho se encontraba ‘esmayaíto’ de hambre y en cuanto llegó al molino metió una mano en una saca y se llenó la boca de harina. Casi se asfixia por el atragantamiento. La mujer del molinero le enseñó entonces que lo mejor para ir comiendo durante la vuelta era ponerse un poco de harina en la

³⁴ Esta práctica fue ya descrita por Pitt-Rivers (1954/1971) y por Escalera y Santaella (1983). Véase también Christiansen (1999), Gómez y Del Arco (2005) y Ruiz (2011).

mano y lamerla con la lengua para que se hiciese una especie de papilla. Dice que nunca se le olvidará ese día” (Diario de campo, octubre de 2016).

En escasos años, el término *estraperlo* había pasado de ser el nombre de un escándalo de corrupción política a designar a todas aquellas prácticas que tenían que ver con el intercambio de productos fuera del mercado oficial y de las instituciones de control. En Cazalla, se entendía también como una forma de “traspelo” la molienda maquilera del trigo ocultado por los campesinos. De alguna manera, *estraperlo* había venido a convertirse en un sinónimo de lo ilegal. Pero de lo ilegal en una coyuntura muy particular: en una situación en que la esfera de lo legal, como consecuencia de la incapacidad del intervencionismo franquista, era insuficiente para satisfacer las necesidades mínimas de la mayoría de la población. En este contexto, lo ilegal y lo legítimo se enredaban con facilidad. No cuando se trataba del gran *estraperlo* o del *estraperlo* lucrativo (Rodríguez, 2013: 164), por supuesto, pero sí en relación al pequeño *estraperlo*.

El hecho de que el “*estraperlo* de los pobres” no fuese una respuesta puramente económica u oportunista lleva a Rodríguez (ibid.) a entenderlo como un tipo de “economía moral”. El concepto de economía moral fue acuñado por Thompson (1971/1984b) en su estudio de las protestas en relación al alza de precios de los alimentos en la Inglaterra del siglo XVIII. El objetivo de Thompson era refutar un enfoque “espasmódico” de dichas protestas, que las veía como automáticas respuestas al hambre, algo así como “rebeliones de la barriga” (Fassin, 2009). En su lugar, los motines de la época tenían mucho que ver con el avance de la economía de “libre mercado” y los efectos de ésta sobre los mercados locales. La multitud percibía que se quebraban las normas consuetudinarias de fijación de precios “justos”. Normas muy vinculadas al paternalismo que teñía las relaciones entre ricos y pobres, y que se entendía que los primeros estaban abandonando (Thompson, 1971/1984b). Esto es lo que conducía a que los motines estuviesen atravesados por “nociones legitimantes”:

«Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimizante. Con el concepto de legitimización quiero decir el que los hombres y las mujeres que constituían el tropel creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales; y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso popular era confirmado por una cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o respeto» (Thompson, 1971/1984b: 65).

Años después, Scott (1976, 1985) desarrollaría el concepto para intentar explicar en qué se basaba la clásica tendencia del campesinado a evitar la acción política abierta –y, en el caso de que ésta se produjese, cuáles eran sus condicionantes culturales–. Para Scott, el campesinado no busca maximizar beneficios, sino minimizar riesgos. Confrontados con las

exigencias extractivas de los terratenientes y el Estado, esa estrategia económica derivaría en un tipo de economía moral que Scott denomina “ética de la subsistencia”. Con el valor de lo justo como pilar fundamental, esa ética permitiría distinguir las exigencias tolerables de las no tolerables y, en ese sentido, conducir –o no– a formas de resistencia. Como apunta Fassin (2009), Scott realiza dos movimientos respecto al concepto original: por un lado, deja atrás su aplicación a “eventos” –motines, por ejemplo– para abrirse a lo cotidiano; por otro, no sólo refiere a normas, obligaciones y costumbres, sino especialmente a valores y emociones.

La virtualidad del concepto proviene de su capacidad para confrontar perspectivas liberales o utilitaristas en relación a la acción política subalterna que se relaciona con las condiciones materiales de vida. En ese sentido, ayuda a “re-establecer un punto de vista desde dentro y reconoce la subjetividad política de las personas envueltas” (ibid.: 1262). Esto es lo que hace del concepto una herramienta clave para entender el pequeño estraperlo. Si éste tenía un acusado vínculo con la supervivencia –sobre todo, en el caso de las familias jornaleras–, al mismo tiempo estaba atravesado por una legitimidad basada en valores como la justicia y el respeto³⁵ (Rodríguez, 2013). Veamos el caso del campesinado cazallero a través del siguiente fragmento de entrevista:

“Félix: Mi padre iba a molé er trigo a un molino que había en Alanís, er molino de ‘Sianes’. Y entose llegaba la Fiscalía de Tasas y presintaba las piedras der molino pa que no molieran, pa que no hubiera na más que los que habían...

Concha: Iban de noche, iban de noche. Tenían que í de noche a molerlo. Si lo cogían, le echaban la murta.

(...) Félix: [La piedra de molino] La presintaban como con una sinta aislante (...) durante la noche y durante er día hasta que la polisía venía otra vez a quitarles los presintos. Pero aquer dueño der molino, había estao sirviendo [haciendo el servicio militar] con mi padre. Y cogía y le quitaba er presinto así mu despasito. Lo despegaba [y decía]: ‘¡Echa er trigo ahí en la torva!’. Y le daba marcha ar cao [canal]. Porque se molía con agua.

Concha: Pero eso no lo podían hasé, eso era traspelo.

Félix: Lo presintaban y lo sellaban, pero como pa to había trucos... po lo seguían haciendo. Eso era í a molé ‘ar traspelo’: era tuyo y tú no lo podías... Porque tenías que declaró la produsión de trigo que tú tenías: tú er trigo que tú criabas en tu tierra lo llevabas a un armasén que tenían aquí. (...) Lo tenías que entregá y luego te lo pagaban ellos como ellos querían y tú tenías que comé er pan de la harina que te querían dar” (Félix y Concha, 79 y 79 años, campesinos, enero de 2013).

³⁵ Rodríguez anima a hilar aún más fino para analizar las concretas prácticas estraperlistas como moldeadas, no sólo por la clase –como lo hace Scott para el campesinado–, sino también por el género. En ese sentido, destaca cómo en las acciones en las que la mujer ocupaba un papel central, la legitimación tenía, además, un componente muy vinculado a las representaciones subalternas de la maternidad (Rodríguez, 2013: 168-169).

Aún recuerdo la indignación con la que Félix me lo contaba. Resulta significativo, en este sentido, el uso que realizaba de la segunda persona del singular –“tú tenías”, “tú criabas”, “tú, pa ti, po tú querías”– y que da la medida del sentimiento de apego y pertenencia en relación al trigo autoproducido y, sobre todo, del sentido de expropiación que adquiriría la intervención estatal. La economía moral del “traspelo” se ve aquí modelada por las representaciones campesinas del trabajo duro, el valor del autoabastecimiento y la autonomía campesina. Éstas son las fuentes concretas de la legitimidad de unas acciones que, no lo olvidemos, se producían en un contexto represivo, pero, al mismo tiempo, “tolerante” en cierto modo hacia el campesinado (Anderson y Del Arco, 2011). Arriesgando, dado el componente de arbitrariedad característico de ese intervencionismo, pero también conociendo el patrón de posibles sanciones, estos campesinos se lanzaban a los molinos maquileros o ensayaban la venta ilegal de grano.

6. CONCLUSIONES

Uno de los elementos a retener de entre aquéllos desarrollados en este capítulo es la historicidad de lo que actualmente entendemos por dehesa. La dehesa preliberal era plural. Quizás sus únicos denominadores comunes fuesen su acotamiento (*deffesa*) y su orientación predominantemente ganadera. Más allá de eso, podía estar vinculada con diferentes tipos de propiedad, diferentes tipos de paisaje, etc. Lo que se produce en la lenta transición que va dejando atrás el Antiguo Régimen es una suerte de homogeneización de esos predios. Por un lado, los procesos desamortizadores disuelven la propiedad concejil y comunal para reforzar los latifundios y la concentración de la tierra. Por otro, bajo un impulso netamente capitalista y “racionalizador”, los propietarios de dehesas maximizan las posibilidades de aprovechamiento ganadero en un medio caracterizado, entre otros factores, por unos suelos pobres y un estrés hídrico estival especialmente acusado. Para ello, era clave la estructura social de los territorios donde se llevaba a cabo, caracterizada ya por un abundante contingente jornalero. La existencia de éste no sólo se adecuaba al cíclico calendario de labores agroforestales de la dehesa liberal, sino que su número daba pie a la superexplotación, la cual constituía, como vimos, la base de la rentabilidad del modelo.

El alcance del máximo aprovechamiento ganadero tendría que ver con la eliminación del estrato arbustivo y la proliferación de la arboleda quercínea. Se configuraba así un tipo socioecosistémico que sería al que las ciencias agronómicas del siglo XX bautizaran con el término de dehesa. Si durante mucho tiempo esta dehesa fue “considerada como uno de los reductos del latifundismo en su más peyorativa acepción” (Pérez, 2005: 105), el proceso de normalización de lo ambiental-sostenible y de su conversión en anhelo harían que fuese reinterpretada en base a su característico “equilibrio ecológico”. Respeto por el ritmo de recuperación de la fertilidad edáfica, reemplazo de recursos, cierre de los flujos de materiales

y energía, freno de las dinámicas erosivas, etc. (Acosta, 2002) eran las características que ahora se destacaban de su gestión. Si bien, como veremos, ese manejo se resentiría del impacto del proceso de “modernización” español, la nueva lectura de la dehesa en términos de sostenibilidad y su conversión en “paradigma” de agricultura ecológica (Pérez, 2005: 105) marcará en buena parte el contexto etnográfico estudiado y las prácticas político-discursivas de mis interlocutores.

En otro orden de cosas, un elemento de honda repercusión histórica fue la experiencia subalterna del periodo de posguerra. La represión y derivada “individualización” (Narotzky y Smith, 2006) –también “familización”– constituyeron un eficaz obstáculo y disolvente de empresas colectivas. Pero lo que más me interesa en este punto es la experiencia de la “autarquía realmente existente”. Debido al extremo intervencionismo y la inoperancia de la dictadura –en parte, buscada por y desde el propio régimen– en relación a los objetivos marcados, se produjo un extraordinario crecimiento de la esfera ilegal en lo que tenía que ver con la producción y el intercambio de productos.

El “traspelo” pasó a ser sinónimo de ilegalidad, pero aquél que no tenía que ver con el lucro se entendía, además, como una iniciativa legítima frente a la escasez, el hambre, la expropiación, etc. La práctica del pequeño “traspelo”, en este sentido, hacía legítimo para estas gentes el recurso cotidiano a lo ilegal. Algo que dejaría huella en lo que Gramsci denominaba “sentido común”, es decir, el “conglomerado” de elementos de distinta procedencia que está en la base de los distintos repertorios culturales subalternos (Gramsci, 2000: 203-204; ver también Crehan, 2004). De alguna forma, el Estado, que también actuaba como ente provisor –de cartillas de racionamiento, de semillas, de terrazgos...–, aparecía como un órgano ajeno del que suministrarse y, al mismo tiempo, zafarse. Y aquella legitimidad, en el caso del campesinado local, bebía de valores como la autonomía y las representaciones sobre el trabajo. Como tendremos ocasión de reflexionar más adelante, estas formas de “traspelo” en cuanto derivadas de una economía moral, de una “ética” campesina parecen constituir uno de los sustratos del repertorio de prácticas relacionales con la agricultura ecológica que describiré en capítulos ulteriores.

CAPÍTULO 3

ALAMBRADAS, BORREGOS Y SUBVENCIONES

Capitalismo y mejora se hallan
trabados en un torpe abrazo
Tania Li, *The will to improve*

1. INTRODUCCIÓN

La autarquía franquista estaba encuadrada dentro de un proyecto intervencionista cuyo fin último era la consecución de la ansiada industrialización del país por la vía de la sustitución de importaciones. En esta materia, el fracaso del régimen también fue estrepitoso. A los problemas de abastecimiento de materias primas, energía e insumos se unían otros factores como forzosas concentraciones verticales de empresas, la intensa caída de los salarios reales y la escasez de trabajadores cualificados como consecuencia del genocidio franquista (Miranda, 2003: 111).

Hasta la década de 1950 no se consiguió un tímido despegue, gracias a la cobertura internacional proporcionada por el reconocimiento estadounidense de la dictadura y un contexto europeo muy favorable a las exportaciones. Durante la década, un millón de personas emigró del campo a la ciudad en España para cubrir las necesidades laborales de la emergente industria. No obstante, dicho despegue se encontraba lastrado por la contradicción entre la apuesta por la industrialización hacia dentro y las necesidades de importación de tecnología de las empresas. A mediados de 1959, los saldos negativos de la balanza comercial condujeron a una situación próxima a la bancarrota (ibid.: 116).

Fue en ese momento cuando la dictadura optó por abandonar el anterior proyecto y proceder a la liberalización de la economía. El hito que marcaría esa transición sería la aprobación del denominado Plan de Estabilización. Este plan apostaba por la subvención de las exportaciones y la apertura a la inversión exterior, la cual se vio estimulada por los bajos precios de la mano de obra y la escasa presión fiscal (ibid.: 121). Todo ello condujo a un salto en el proceso industrializador durante la década de 1960 y los primeros años de la de 1970. El éxodo rural iniciado a mediados de los años cincuenta se intensificó, nutriéndose en buena medida de los jornaleros de las zonas de predominio latifundista, cuya precaria situación los liberaba de cualesquiera ataduras para emigrar:

«La fuga del campo percibió la ciudad como espacio de oportunidades y como sinónimo de bienestar y progreso. La población se desplazó atraída por la diferencia salarial, por las mejores condiciones de trabajo y, en general, por el mayor nivel de vida. Ahora bien, también fueron muy importantes los factores de expulsión, como el deseo de huir de unas condiciones de vida miserables, de escapar de la falta de expectativas, de evitar la irregularidad y la inseguridad del trabajo agrícola, y el poder acceder a los recursos que no llegaban a sus poblaciones de origen» (Barciela y López, 2003: 90).

Cazalla de la Sierra no fue ajena a esta dinámica. Si de 1950 a 1960 el municipio pasó de 11.375 habitantes a 10.301; de 1960 a 1970, la cifra cayó hasta los 6.695 (ver Figura 1.5). Al calor del reclamo de la industrialización, los emigrantes se trasladaron preferentemente a los siguientes puntos: Barcelona y provincia (47%), Sevilla capital (16%), Madrid y provincia (15%) y País Vasco (4%) (Carvajal y Martín, 1986: 64). La mayoría de dichos emigrantes, como cabe esperar, provenía de los grupos domésticos jornaleros del municipio (Moreno, 1978). Para unas explotaciones agrarias –las latifundistas, pero también las medianas– cuyo modelo productivo estaba basado en la disponibilidad de mano de obra barata, la salida de estos trabajadores fue letal. El subsiguiente alza salarial llevó a un descenso en sus beneficios que constituyó la causa principal de la crisis estructural en que se vieron inmersas las economías de las sierras suroccidentales (Roux, 1975).

2. LA INESTABILIDAD DEL LATIFUNDISMO (Y DEL MINIFUNDISMO)

En el caso de la dehesa, a ese factor de primer orden –el salarial– se concatenarían otros elementos que no harían sino agravar su crisis. Por el lado de la producción, encontramos el fin del aprovechamiento de las rastrojeras, tanto de aquéllas de la campiña a las que trasterminaban los ganados como de las que resultaban de las aparcerías cerealistas (De los Llanos, 1986: 203). La desaparición del “terrazgo” se produjo a consecuencia del decreciente interés de ese sistema una vez que, en palabras de uno de los campesinos entrevistados, “empesaron a llegá las sacas de harina ya molía de la campiña”. En las zonas llanas estaba despuntando ya un proceso de tecnificación que implicaba un importante salto en la productividad (Naredo, Ruiz-Maya y Sumpsi, 1978). La desaparición del terrazgo conllevó, además, una invasión del matorral y, por tanto, la reducción de la superficie pastable (De los Llanos, 1986: 203; Roux, 1975). A todo ello habría que añadir la amenaza que representaba la peste porcina africana ya desde principios de los años sesenta.

Por lo que respecta a la comercialización, el problema añadido era el de la competencia que significaban para los productos principales de la dehesa las fibras sintéticas y las carnes industriales. Los negocios agroindustriales en que se encontraban inmersos los latifundistas también se resintieron, en paralelo al resto del sector secundario local. Hacia 1970, las fábricas de primera preparación de corcho, las almazaras de aceitunas

y las serrerías que tenían en su poder habían echado el cierre en su mayoría¹ (Falcón, 1984). En síntesis, puede decirse que en el lapso de unos escasos veinte años las bases de la dehesa y del sistema latifundista que tenía en ella su principal pilar se habían desmoronado.

Los latifundistas tuvieron dificultades para adaptarse a la nueva realidad en que había desembocado en estos territorios la llamada “modernización”. Muchos de ellos optaron por la venta, como lo atestigua la concentración de la propiedad a que apuntan los siguientes datos: de 1962 a 1972 el número de explotaciones de 200 a 500 hectáreas bajase de 33 a 19, y que las de 500 a 1.000 hectáreas pasaran de 16 a 11 (De los Llanos, 1986: 206). De los latifundistas que se mantuvieron, los de menor tamaño optarían por reducir la plantilla y por una dilatación en el tiempo de muchas de las labores requeridas por el estilo de manejo propio de la dehesa (ibid.: 223). En el caso de los grandes propietarios foráneos, el proceso de matorralización y, por tanto, de abandono productivo condujo en muchos casos a la conversión en cotos cinegéticos (De los Llanos, 1986: 204) o a la sustitución de las quercíneas por eucaliptos y pinos para su explotación forestal aprovechando el apoyo brindado por el Estado a través de su política de consorcios (Requena, 1993; Rico, 2003).

Si el proceso de “modernización” alteró fuertemente las bases del latifundismo, el impacto sobre el campesinado local también fue de calado. En el caso del sector que di en llamar “campesinado acomodado”, el alza salarial también fue el factor principal de su crisis, socavando una de las principales bases sobre las que se asentaba su modelo de explotación. En relación a la crisis del pequeño campesinado, el fin de las aparcerías sería crucial, ya que el sector, como vimos, dependía fuertemente de la externalización del cultivo cerealista. A ello se añadía la difusión de nuevas necesidades y hábitos de consumo, demandantes de un volumen de ingresos monetarios que sus limitadas economías domésticas estaban lejos de alcanzar.

La consecuencia más extrema de todo ello sería, sin duda, la desaparición de explotaciones, que De los Llanos (1986: 183) cifraba para aquéllas de dimensiones entre las 10 y las 100 hectáreas –las que se correlacionarían con las fincas campesinas– en un 27% para el periodo 1962-1972. Por su parte, los grupos domésticos que mantuvieron sus explotaciones se vieron inmersos en un proceso de proletarización que marcó el camino de la emigración para muchos de sus miembros jóvenes; también, la salarización ocasional de sus efectivos en las diferentes labores del ciclo agrario serrano:

“Como después aquello ya daba mu poco, porque los campos no daban na, po [su padre] salía por ahí a avareá [varear olivos] y toas esas cosas. Ya se cogía la asituna de allí de la Fuente, po él lo que hasía era que se venía a Los Bogantes, a la Fuente [d]el Artá [Altar]... Y por ahí. Bueno, por aquellos alrededores. Porque después ér tenía que í ar campo a echarle de comé a los

¹ Ver el ya mencionado trabajo de Bernabé (1998) para un estudio del auge y decadencia de las industrias artesanales en el vecino municipio de Constantina.

bichos [animales] y to eso. Y después ya venía é a las tantas der campo” (Ana, 65 años, campesina y después obrera fabril, abril de 2014).

Y sobre su trabajo fuera de la explotación familiar, añadía:

“Nosotras claro que íbamos. Íbamos a jonná. Yo es que a tarea [a destajo] casi nunca he cogió. Es que nunca he cogió yo a tarea, porque en Trasierra era también a jonná. Y en Las Medinas también era a jonná. Y en La Malena también, y en La Nava. Yo no he ido a cogé nunca ar ‘presio cajón’ ese, que mientras más cogías más ganabas. Y con mi padre iba na más que a Los Bogantes o a la Fuente el Artá. Y después ya... A Las Medinas no, a Las Medinas no iba mi padre. A Las Medinas íbamos porque nos salía, vamos. A lo mejó íbamos por aquellos andurriales y [alguien decía]: ‘Hasen farta gente’. Po allá que íbamos nosotros a hablá. ‘Sí, po iros pa allá’. Y ya está. Pero nosotros siempre acabábamos la Fuente y de la Fuente nos íbamos a Los Bogantes. A cogé. Mi hermana chica también. Y mis hermanos... Er menó se quedaba en er campo y er mayó estaba estudiando. Er menó se quedaba con los cochinos, se quedaba con las gallinas... Ayudándole a mi tío y eso”.

Como puede intuirse fácilmente, las explotaciones campesinas anteriormente acomodadas tuvieron que prescindir de la totalidad de los obreros fijos que se dedicaban al cuidado del ganado, así como reducir la cabaña para su adecuación al cuidado por una fuerza de trabajo exclusivamente doméstica. La desaparición de la siembra de cereal hizo que las tierras de labor pasasen, bien a ser sembradas de especies forrajeras, bien a destinarse a pastizales para el aprovechamiento directo por el ganado. Manteniéndose un manejo extensivo, se produjo una progresiva preferencia por la oveja y la cabra en perjuicio de la vaca y del cerdo. La redoblada especialización ganadera también se observaba en el cambio operado en los olivares de estos productores, cuyos suelos pasaron de ser cuidadosamente arados a convertirse en pastos para los rebaños de ovejas.

Por lo que respecta al pequeño campesinado, la salida productiva que muchos adoptaron para sobrevivir en el nuevo contexto fue su conversión a la ganadería semi-intensiva lechera. Este paso no se entiende sin las posibilidades que ofrecían para la producción permanente de forrajes la mayoritaria localización de sus predios en el ruedo hortícola local y, de manera crucial, la potenciación del regadío gracias a la apertura de pozos. Habiendo abandonado también el cultivo de trigo, las superficies agrícolas pasaron a dedicarse mayoritariamente a especies destinadas a la alimentación de las vacas, como habas, maíz, veza y avena. Al igual que en el anterior periodo, el grano cosechado era molido para su posterior combinación y administración en forma de pienso. En caso de insuficiencia del alimento autoproducido en la finca, estos pequeños ganaderos siempre podían recurrir a la compra de pienso:

“Entose se pagaba la leche [a] 30 pesetas. Y ya ves... Claro, pero entonse los piensos valían na y menos. (...) Valían a lo mejó... Yo recuerdo de valé er kilo de maíz seis o siete pesetas, y er de

trigo a lo mejó lo mismo peseta arriba... Y er maíz y las habas. Las habas eran lo que valía, a lo mejó, argo más. A lo mejó valía una peseta más que otra cosa. Y la versa. Er trigo, la versa, la avena. To eso valían... unos valían sinco pesetas, otros valían ocho, otros... Y molé, molé también era mu barato ahí en la cooperativa” (Francisco, 56 años, pequeño ganadero, noviembre de 2014).

“Le pregunto si las vacas estaban subvencionadas de alguna forma y me responde que no sin vacilar. Lo único que recuerda es que un pienso que venía al almacén del SENPA², al que llamaban ‘triguillo’ –una simple mezcla de maíz y trigo molidos, según él–, sí venía con precios subvencionados. Recuerda anecdóticamente que, al estar el cortijo cerca de allí, él cargaba los sacos de 50 kilos desde el almacén. Sonriendo, dice: ‘Si eran mir [mil] kilos, po vente sacos que cargaba...’” (Carlos, 56 años, pequeño ganadero, mayo de 2014).

Este “original paso”, en palabras de De los Llanos (1986), aprovechaba la expansión de la demanda tanto local como urbana de leche y permitía, a la vez, la percepción de buenos precios por los terneros. Muchos campesinos y también yunteros comenzaron a subirse al carro, los últimos aprovechando la coyuntural depreciación de la tierra para acceder a predios del ruedo como salida frente a la desaparición del terrazgo. Ya en la década de 1970, varios de los pequeños ganaderos extensivos que veíamos más arriba –los antiguos campesinos acomodados– también darían entrada a vacas frisonas en sus explotaciones (ibid.: 219, 222).

3. LA VOLUNTAD DE MEJORAR

3.1. Una “comarca mejorable”

Arriba hemos visto las primeras respuestas que los distintos sectores agrarios ofrecieron a la situación de crisis. Ya bien entrada la década de 1960, las instituciones de la dictadura reaccionaron y pasaron a plantearse soluciones. De ello es buena muestra la celebración del llamado I Consejo Económico Sindical de la Sierra Norte entre 1964 y 1966. Sus trabajos tenían por objetivo el estudio de la realidad comarcal y la propuesta de vías de desarrollo a partir de los recursos con que la zona contaba³. Al no hallarse este evento vinculado a un programa de ejecución dotado presupuestariamente, sus conclusiones

² El SNT que veíamos en el capítulo anterior se transformó en 1964 en Servicio Nacional de Cereales, adoptando éste a su vez el nombre de Servicio Nacional de Productos Agrarios (SENPA) en 1971. Las funciones del SENPA tenían que ver con la adquisición de ciertas producciones a los agricultores y con la facilitación a éstos de materias primas (Del Arco, 2004: 141).

³ Los diagnósticos y propuestas se agrupaban en “ponencias” temáticas: 1. Fomento del turismo; 2. Posibilidades cooperativas; 3. Expansión de la ganadería; 4. Posibilidades industriales; 5. Necesidades educativas y culturales; 6. Reforma social; 7. Aprovechamientos forestales; 8. Fomento de la agricultura; 9. Comercialización directa de los productos naturales; y 10. Transportes y comunicaciones (AMCS, Legajos 670 y 671).

sirvieron solamente a modo de sugerencias que se dirigían hacia la Administración central y la población local. Otro ejemplo de la reacción institucional lo encontramos en la experimentación de la Jefatura Agronómica Provincial⁴ con el abonado (químico) de olivares, una novedad por la que se sintieron atraídos algunos propietarios de grandes olivares cazalleros. A pesar de varios intentos y una esperanza inicial⁵, esta práctica sería pronto olvidada dado que el aumento de la producción no compensaba el incremento de los costes.

La exploración latifundista de la capitalización tuvo mejor fortuna en lo que tiene que ver con la instalación de cercas alambradas. Éstas fueron un elemento crucial para la supervivencia de las explotaciones serranas –de todos los tamaños–, dado el ahorro en mano de obra que implicaban. Frente a la necesidad de contratación de pastores, el cercamiento de la finca en distintas parcelas permitía que, en cierta manera, fuese el ganado el que se pastorease a sí mismo, aunque esto no se halle exento, como veremos, de problemas ambientales derivados. Otro ejemplo de capitalización del latifundio lo encontramos en la adquisición de tractores:

“Yo soy uno de los tractoristas primeros de Casalla: er dos [segundo]. (...) Aprendí a tractorista yo solo. Yo estaba entonse en una finca que le llaman ‘Er cortijo de san Roque’, der mismo que yo estaba trabajando (...). Entose, ese tractó lo cogieron entre cuatro señores [latifundistas]. Entose este hombre [su patrón] desía: ‘Y cuando me hase farta yo nunca tengo tractó’. Había un tractorista sólo: pa los cuatro, pa er tractó. (...) Pidió un cadena [tractor de cadena] y entose le trajeron un goma. Y el hombre ese desía que obrero suyo no se montaba en un tractó porque no se iba a matá ninguno en un goma. Lo cogían serro arriba y er tractó era digno verlo, cómo atacaba er serro arriba... ¡A vé, como los que hay hoy, lo mismo que los que hay hoy! Y entose dise: ‘si me traen un cadena hasemos trato. Si no, no’. Totá, que era febrero o marso y este hombre buscó a José pa que me enseñara. Y no viene, y el otro día no viene... Totá, que tardó por lo menos un mes en vení. Ya estaba er tractó allí. Entose yo trincaba er tractó y empesé a ará... Empesé a ará como otra cosa cuarquiera. Yo sé ará con la bestia, porque entose cortaba la besana. Y desía yo: ‘Cuando venga éste lo meto en er cerro más gordo que hay, en er serro de más laera, pa verlo cómo funsiona er tractó ahí’. Y cuando vino dijo: ‘Yo pa qué te voy a enseñar, si ya sabes iguá que yo: sabes recortá, sabes esto, sabes lo otro, po...’. Asín que eso fue. Ahí aprendí yo ya” (Juan, 68 años, obrero del campo fijo, julio de 2013).

A principios de la década de 1970, la intervención del Estado al objeto de revitalizar la economía de la comarca sería más decidida. Así lo pone de manifiesto el apoyo a la

⁴ La Jefatura Agronómica Provincial era un organismo oficial que tenía, entre sus funciones, la experimentación con nuevas técnicas agronómicas y el control de plagas (Del Arco, 2004: 87).

⁵ Archivo de la cooperativa olivarera La Purísima, Libro de Actas I, *Acta de la asamblea general de 15/10/1965*, *Acta de la reunión de la junta rectora de 18/03/1966*, *Acta de la asamblea general de 30/07/1966* y *Acta de la reunión de la junta rectora de 08/04/1967*.

introducción del cultivo de trébol subterráneo (*Trifolium subterraneum*) para la mejora de los pastos de las dehesas (De los Llanos, 1986: 209; Martín, 1975: 22). También, el envío en 1971 de un “plantel” de agentes del Servicio de Extensión Agraria (SEA) para la divulgación de nuevas técnicas e insumos entre los agricultores y ganaderos de la comarca (ver Figuras 3.1 y 3.2).



FIGURAS 3.1 y 3.2. Acciones del plantel del SEA: exposición de diferentes tipos de alambrada y prueba de apero de tractor (1971)

Fuente: SEA (fotografías cedidas por Antonio Carmona Granado de su archivo personal)

Ya en 1972, toda la sierra septentrional de la provincia de Sevilla sería declarada “comarca mejorable”, lo cual implicaba la intervención, con una dotación presupuestaria propia, del Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario (IRYDA). Siguiendo lo marcado en la legislación al efecto⁶, dicha actuación debía iniciarse con la elaboración de un plan comarcal de mejora donde se realizase un diagnóstico de la situación y se delimitaran las acciones a realizar tanto por el IRYDA como por los particulares. Esto último suponía la obligatoriedad de desarrollar planes individuales de mejora por parte de los propietarios con fincas de gran tamaño en estado de subexplotación, contemplando la normativa, en caso de no hacerlo, el arrendamiento forzoso o la expropiación.

En relación al plan elaborado específicamente para la comarca, éste entendía como la vocación productiva de la comarca “la ganadería de renta de vacuno y ovino, especialmente para carne, en régimen extensivo o semiextensivo”⁷. El plan, en ese sentido, tenía como objetivo prioritario la reestructuración de las explotaciones ganaderas. A pesar de contemplarse actuaciones “de interés general” o dirigidas a otros ámbitos, sería el sector ganadero al que se dedicase la parte del león –3.000 de los 4.423 millones de pesetas presupuestados– y, en su seno, a los planes individuales de mejora ganadera (Martín, 1975: 81). Las fincas a cuyos propietarios se les impusieron dichos planes debían poder alcanzar 250 “unidades ganaderas”⁸, lo cual supuso en la práctica que las explotaciones afectadas fueran en su mayoría –el 88%– superiores a las 500 hectáreas.

A pesar de la forzosa presentación de los planes individuales, las condiciones del apoyo público que recibían eran muy ventajosas: subvención del 20% del plan y posibilidad de financiar la cantidad restante a través de préstamos de hasta un 60%. No extraña que, ofreciéndose en la normativa la posibilidad de beneficiarse de estas condiciones a los propietarios de fincas de más de 250 unidades ganaderas que sí estaban en buen estado, éstos también presentaran planes individuales de mejora al IRYDA (ibid.: 62-63). De entre las acciones a realizar, sobresalían las siguientes: limpieza de monte, despedregado, delimitación de parcelas a través de cercas alambradas, construcción de embalses de captación de aguas, establecimiento de cultivos forrajeros de regadío, creación de praderas artificiales, mejora de los pastos naturales, adquisición de maquinaria, y ampliación de la ganadería con programa de selección, mejora y cruzamiento industrial.

La implementación, orientada por el IRYDA, bien potenciando tendencias previas, bien introduciendo novedades, es un elemento fundamental para entender los generalizados cambios en el estilo de manejo que se produjeron en la década. Estos cambios

⁶ Ley 27/1971, de 21 de julio.

⁷ Decreto 694/1972, de 9 de marzo, art. 2.

⁸ Unidades ganaderas calculadas a través de un baremo confeccionado específicamente para la comarca y que puede consultarse en el anexo del decreto 3429/1973, de 21 de diciembre.

tuvieron como su principal agente un tipo de explotación familiar que surgió en aquellos años a partir de muchas de las antiguas explotaciones latifundistas cuyos propietarios residían en el municipio. Manteniendo algún que otro trabajador fijo, parte de la antigua burguesía tuvo que “resignarse a efectuar ellos mismos los trabajos que antes confiaban a sus obreros” para poder mantener la rentabilidad de sus explotaciones (De los Llanos, 1986: 223). Presentasen o no un plan individual de mejora, estas explotaciones fueron las que con más intensidad adoptaron un nuevo conjunto de prácticas que tomó forma al hilo de la implementación del Plan de Mejora:

- sustitución del pastoreo por la suelta del ganado sin supervisión en grandes parcelas cercadas con alambre;
- abandono de la limpieza manual de matorral por el desbroce mecánico con tractores oruga y gradas de disco (De los Llanos, 1986: 210);
- en relación al bovino de carne –centro de la estrategia del Plan para la revitalización de la gran propiedad dados sus escasos requerimientos de mano de obra–, se pasaba a una estrategia dirigida a una mayor productividad. La raza retinta quedó circunscrita a las vacas que se mantenían de manera permanente en la explotación en calidad de reproductoras, cruzándose, para la obtención de becerros, con razas de mayor aptitud cárnica como la charolesa. Asimismo, y con el fin de limitar el consumo de pasto, se pasó a vender los becerros con una edad que no llegaba al año (Martín, 1975: 23-24);
- respecto al ovino, de nuevo las orientaciones irían direccionadas hacia la consecución de una mayor productividad cárnica. La raza merina fue crecientemente desplazada por la merina precoz o por ovejas resultantes del cruce entre ésta y la “tradicional”. Además de esto, se pasó a una desestacionalización de los nacimientos de corderos que buscaba, frente al parto/año que regía hasta entonces, tres partos cada dos años. Esto suponía en la práctica el desacople del engorde de los ciclos del pasto para hacerlo dependiente de la adquisición de piensos externos. También se proponía la venta adelantada de los corderos: si antes eran vendidos con seis o siete meses y criados en extensivo, ahora lo serían con tres meses (20-22 kg) y engordados sin casi salir al campo (De los Llanos, 1986: 209-210).

A todo ello habría que añadir la introducción por aquel entonces del cerdo *duroc-jersey*⁹ para su cruce con el ibérico, si bien esto no parece que fuese por intervención directa del IRYDA. El *duroc-jersey* se caracteriza por una mayor precocidad, mayor capacidad de conversión de alimento en carne y mayor capacidad de engorde. Ello permitía no esperar

⁹ Este extranjerismo fue adaptado en el habla cotidiana de los ganaderos locales a través de la pronunciación “duroyense”.

más de un año para su entrada en montanera. Los cerdos nacidos en la paridera de febrero-marzo, con un buen aporte de pienso, podían entrar a comer bellota ya en octubre-noviembre (Acosta, 2008: 123-124). El objetivo no era otro que el de conseguir una mayor productividad, pero al precio de la dependencia de materias primas externas. Los imbricados cambios en materia genética y también a nivel de manejo, unidos a las demandas del sector industrial, conllevaron, además, el aumento de los pesos con que los cochinos entraban y salían de la montanera: si con el modelo clásico los animales se llevaban desde las 8 arrobas (92 kilos) a las 11-12 (126,5-138 kilos), ahora entrarían con unas 9 arrobas (103,5 kilos) y no saldrían hasta alcanzar las 13-15 (149,5-172,5 kilos).

El Plan también generó una dinámica fuertemente especulativa en torno a la gran propiedad. Al hecho de que las subvenciones fueran entregadas prácticamente sin contrapartidas y sin compromisos de permanencia se unía un periodo de vigencia (1972-1978) que generó una importante atracción hacia las enormes posibilidades de rápida revalorización del capital (De los Llanos, 1986: 209; Martín, 1975: 65). Equivaliendo “poco más o menos”, en palabras de De los Llanos, “a donativos para los ganaderos, sin efectos a largo plazo” (1986: 208), muchas fincas fueron compradas, capitalizadas y vendidas al poco tiempo, dando lugar simultáneamente a un proceso de concentración de la propiedad de la tierra. En ese sentido, este autor constataba para Cazalla el dato de un tercio de sus tierras afectadas por procesos de compraventa y el de la creación de la mitad de los predios locales de más de 500 hectáreas en el periodo 1970-1983 (ibid.: 206-207).

Los compradores, en su gran mayoría foráneos, no hicieron de la explotación de estos latifundios su actividad principal. Algunos de ellos ni siquiera buscaban una rentabilización ligada a la explotación agraria, sino la adquisición de un lugar para el ocio ocasional (residencial y/o cinegético) y la consecución de un mayor prestigio social. Por el contrario, otros “nuevos latifundistas” –sociedades anónimas, en muchos casos– sí estaban interesados en la rentabilización, de manera que intentaban aprovechar las ayudas estatales para la capitalización y también el hecho de que en su mayoría tuvieran negocios en la cadena agroalimentaria para insertar estas explotaciones como nuevo eslabón de un complejo empresarial más vasto (De los Llanos, 1986: 213-215).

Algunos “viejos latifundistas” también contribuyeron al proceso de especulación y concentración al vender sus propiedades, bien porque preferían no hacer frente a la inversión que implicaban los planes individuales impuestos, bien porque sus explotaciones no alcanzaban la capacidad ganadera mínima establecida (ibid.: 209). Hay que puntualizar que estos latifundistas, pero también algunos pequeños y medianos propietarios, sí consiguieron beneficiarse del plan comarcal. Lo hicieron por la vía de la solicitud de los denominados “auxilios a las empresas agroganaderas” para acciones específicas. De entre estas acciones, según el análisis de Martín (1975: 55-57) para el periodo 1972-1974,

sobresaldría la construcción de cercas alambradas (30%). A ésta le seguirían, por orden, la edificación de instalaciones ganaderas para el ganado bovino, la disposición de una infraestructura para el regadío, la compra de vacas de carne y la adquisición de tractores de cadena.

3.2. Resurgir jornalero y cooperativización ganadera

El cambio en el estilo de manejo inducido por el Plan de Mejora daría lugar, en combinación con la coyuntura de crisis económica global post-1973, a una mayor conflictividad del sector jornalero que “sobrevivió” a la emigración. Otros factores que coadyuvarían a ese resurgir serían el cierre definitivo de la salida migratoria ante el frenazo del proceso de industrialización y la particular implementación estatal de la iniciativa de tipo paliativo conocida como Empleo Comunitario¹⁰. En Cazalla, ya en 1975 se organizaba, auspiciado por la célula local del clandestino Partido del Trabajo de España (PTE), un pequeño núcleo sindical, que se vincularía posteriormente al Sindicato de Obreros del Campo (SOC). Su acción se centraría en la lucha por la mejora de las condiciones laborales y, sobre todo, en la presión por la llegada de fondos para el empleo de jornaleros en obras públicas (ver Figura 3.3). En este sentido, fueron claves las dos grandes fincas públicas del antiguo PFE –ahora Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA)– que veíamos en el capítulo anterior, dado que los trabajos forestales que permitían sus casi 3.000 hectáreas fueron el medio principal de ofrecer jornales ante la creciente presión obrera.

En el momento álgido del movimiento, los jornaleros cazalleros disponían del doble de días de trabajo semanales que los de los pueblos colindantes –cuatro frente a dos–, había unos 300 obreros afiliados al sindicato y la candidatura nucleada en torno a si consiguió un resultado en las primeras elecciones democráticas tras el franquismo que le permitió acceder al gobierno del municipio. Este momento, sin embargo, marcaría el inicio de la decadencia del sindicato local y su posterior desaparición. A una cuestionada gestión municipal se añadiría la puesta en marcha en 1982 del Subsidio de Desempleo Agrario (SDA), un elemento de estabilidad para las rentas jornaleras que, de facto, acabó con el

¹⁰ El Empleo Comunitario iba dirigido a paliar la preocupante escasez de trabajo para el proletariado agrario de las zonas latifundistas españolas. Se implementó a partir de 1971 y suponía la participación de los jornaleros en trabajos de diverso tipo auspiciados por organismos estatales. El fin era el de que percibieran un ingreso complementario a los derivados de su trabajo esporádico, dada la inexistencia de cobertura social contra el desempleo en el Régimen Especial Agrario de la Seguridad Social (REASS). En un principio, se pensó como mecanismo coyuntural a ser aplicado en función de la mayor o menor carestía de trabajo, una discrecionalidad que terminó por derivar en una distribución de los fondos muy dependiente de la mayor o menor agitación obrera existente en cada municipio (Palenzuela, 1996: 129).

vector de agitación obrera que implicaba la discrecionalidad del Empleo Comunitario (Palenzuela, 1996).



FIGURA 3.3. Concentración a las puertas del ayuntamiento durante la huelga general convocada por el SOC los días 27 y 28 de febrero de 1978

Fuente: *La Unión del Pueblo*, 2-8 de marzo de 1978 (núm. 43), p. 1

Otro elemento a destacar es el que tiene que ver con el proceso de individualización (Narotzky y Smith, 2006) y de difuminación del valor jornalero de la unión que siguió a la experiencia de la represión franquista y la posguerra. Los éxitos sindicales, en este sentido, parecían sostenerse sobre una base amplia, pero que al mismo tiempo no terminó de solidificarse:

“Luchamos bastante, hubo bastantes huelgas, nos echaron a la guardia [civil] también, ¿sabes?... Pero no adelantamos na. (...) Porque la gente a lo mejó [decía]: ‘Sí, sí, vamos, vamos’. Pero se desía de hasé una huelga y la mitá no llegaban... Y después venga a hablá, venga a hablá, venga a hablá, y venga a hablá na más. Pero después no se presentaban. Fuimos unas pocas de veces a levantarlos de los tajos...” (Juan, 68 años, obrero del campo fijo, julio de 2013).

Otro fenómeno interesante del periodo a destacar es el de la cooperativización de los productores agrarios. Con anterioridad, se habían fundado dos cooperativas agrarias en el municipio. Una estaba dedicada a la molturación de aceituna y fue una iniciativa de algunos latifundistas locales dirigida al ahorro de costes y la agrupación de la oferta local tras el

declive del modelo anterior. La otra nació de la mano de la organización local del sindicato único franquista, la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos. En unos tiempos en que los molinos hidráulicos habían desaparecido, la cooperativa disponía de un molino en el que los socios –y otros usuarios por un precio algo más alto– podían llevar el grano que producían o el que compraban a empresas foráneas.

En relación al Plan de Mejora, las entidades de tipo cooperativo eran uno de los entes susceptibles de acceder a los llamados “auxilios”. Sólo en los dos años posteriores a la publicación del decreto que daba luz verde a la intervención del IRYDA, se crearon en la comarca 14 nuevas cooperativas. Entre ellas, se encontraba la cooperativa de comercialización de leche de vaca San Isidro¹¹, creada a principios de 1973. El dato de 61 socios fundadores y 249 cabezas de ganado bovino iniciales¹² habla por sí solo de la relevancia adquirida por un fenómeno que tuvo su origen en la reconversión lechera de las modestas explotaciones del ruedo local pero que incluso pasó a interesar a varios de los latifundistas entonces reconvertidos en medianos ganaderos. Según me contaba un antiguo “vaquero”, el origen del colectivo se encontraba en el uso conjunto por los pioneros de esta especialización lechera del tanque frigorífico que había instalado un particular con recursos. Con el tiempo, decidieron comprárselo y, junto al resto de vaqueros que paulatinamente habían surgido en el municipio, constituirse en la mencionada cooperativa y adquirir un edificio propio.

Otra cooperativa surgiría ya a principios de la década de 1980 al calor de la expansión del aprovechamiento ovino (de carne). Se trata de la cooperativa de ámbito comarcal Sierracoop. En un principio, la actividad de la cooperativa se limitaba a la recogida de corderos a través de un único camión itinerante que los llevaba juntos al matadero. Poco tiempo después, los socios decidieron crear una fábrica de piensos. La iniciativa de esta cooperativa partiría, fundamentalmente de aquella nueva ganadería de carácter familiar que provenía de las burguesías latifundistas locales y que podría denominarse, por su capitalización y relaciones de producción, como “nueva ganadería de tipo medio”. Aunque

¹¹ En realidad, la entidad no nació legalmente como cooperativa, sino como “grupo sindical de colonización”. Esta figura tenía su origen en la época de la autarquía, cuando, ante la escasez de insumos y las necesidades productivas, el régimen decidió favorecer una cierta agricultura de grupo, consistente en el intercambio de maquinaria, la realización de mejoras infraestructurales o la transformación de productos (Román, 2008: 68-70). A la altura de 1970, los grupos sindicales de colonización no se distinguían mucho de las cooperativas, teniendo incluso el mismo estatuto fiscal. No obstante, a nivel jurídico sí presentaban una serie de diferencias que, quizás, constituyan el motivo de la elección de esta figura por parte de los vaqueros locales:

«En caso de disolución, no rigen en los Grupos la irrepartibilidad de los fondos de reserva, de las obras sociales, y de los posibles remanentes líquidos del capital cedido, como acontece en las Cooperativas. También falta en los Grupos (...) la orientación obligatoriamente altruista de ciertos fondos, como el de Obras Sociales» (Paniagua y Carbonell, 1974: 25).

¹² “Reunión de la permanente de la Cámara Agraria”. En *ABC de Sevilla*, 02/02/1973, p. 33.

lejos del papel que ostentaron durante las décadas de dominio latifundista, estos ganaderos mantenían –y mantienen– capital social y facilidad de acceso a la Administración y a entidades clave del nuevo panorama agrario como la organización profesional Asociación de Agricultores y Ganaderos de Andalucía (ASAGA; actual Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores - ASAJA). La ayuda estatal y la atracción de nuevos socios, muchos de ellos, pequeños ganaderos, hizo que la cooperativa se consolidase, manteniendo hasta el día de hoy, a pesar de una cierta diversificación, la venta de corderos y la producción de piensos como sus dos actividades principales.

Una última experiencia cooperativa de la etapa, en este caso frustrada, tuvo que ver con la llamada Reforma Agraria Andaluza de 1984. En el marco de ésta, fue adquirida por el gobierno autonómico la finca local denominada La Atalaya (700 hectáreas aproximadamente). El objetivo era el de cederla a una cooperativa de producción agroganadera. Algunos jornaleros se interesaron por esta fórmula, entre ellos, varios de los antiguos sindicalistas del SOC. A pesar de dar pasos en lo que tenía que ver con el proyecto empresarial y con la legalización de la entidad cooperativa, la iniciativa no terminó de cuajar. La finca terminó cedida al ayuntamiento –situación en la que se mantuvo hasta hace escasos años–, siguiendo una controvertida trayectoria de puesta en marcha de proyectos productivos fracasados y de arrendamientos a medianos ganaderos cuya falta de supervisión acabó en ocasiones en una gestión rayana en la superexplotación de sus recursos.

4. BAJO EL SIGNO DE LA SUBVENCIÓN

4.1. Los coletazos del productivismo comunitario...

La PAC nació a finales de los años cincuenta con un carácter productivista y proteccionista en el contexto de la difusión del paquete tecnológico de la llamada Revolución Verde. Entre sus objetivos principales se encontraban el aumento de la productividad agraria, la garantía del suministro de alimentos baratos al consumidor, la estabilización de los mercados y la elevación de las rentas de los agricultores (Reig, 2008: 367). La PAC consistía en una política de precios garantizados para los agricultores a través de las distintas Organizaciones Comunes de Mercado (OCM), la cual era complementada por otros instrumentos como la elevación de aranceles para impedir las importaciones, el apoyo al almacenamiento privado y la subvención a la exportación de los excedentes agrarios (ibid.: 370-371).

El rápido éxito en la consecución de los objetivos marcados fue precisamente el catalizador de los problemas que se derivaron del modelo de política agraria implementado. Ya en 1968, el denominado II Informe Mansholt alertaba sobre los negativos efectos que la

nueva agricultura europea estaba provocando. La demanda no era capaz de absorber la multiplicación de los índices de productividad, derivando esta situación en crecientes excedentes cuya compra y exportación había de financiar un disparado gasto presupuestario. A ello había que sumar los costes ambientales que la industrialización de la agricultura estaba provocando. A pesar de la puesta en marcha desde principios de los setenta de ciertas medidas correctoras y de una tímida apuesta por las producciones extensivas, la PAC no abandonaría sus coordenadas originales hasta veinte años después (García y García, 2005: 39-42; Silva, 1996: 18).

Esta PAC aún productivista pero ya en proceso de “extensificación” fue aquélla con la que los ganaderos locales establecieron su primer contacto. A mediados de la década de 1980, de entre el abanico de acciones en que consistían algunas OCM, destacaban las llamadas “primas”, un tipo de ayuda directa a los productores de sectores no excedentarios aún, los tradicionalmente extensivos. En esa situación se encontraban el sector ovino, el caprino y el bovino de carne –no así el sector porcino, cuyo manejo (semi)extensivo en el suroeste peninsular nunca ha sido objeto de apoyo por la PAC–, con lo que buena parte de los ganaderos locales pasaron a recibir aquellas primas.

En relación al bovino de carne, la prima de la que comenzaron a beneficiarse los productores locales sería la relativa a las “vacas que amamantan a sus crías” o “prima por vaca nodriza”, denominación esta con la que se conoce hasta nuestros días. Se trataba de una cantidad fija por cabeza de 25 ECU (unas 3.500 pesetas en 1986), que se incrementaría a partir de 1989 hasta los 40 ECU (unas 5.200 pesetas en 1990)¹³ (Silva, 1996: 226). La percepción de esta prima para el caso de Cazalla se concentraría en el nuevo sector latifundista que surgió de la intensa actividad de compraventa de los años setenta. Aparte de la orientación cinegética, estos grandes propietarios (foráneos) también dedicaban parte de sus extensos predios a la ganadería y, mayoritariamente, a la bovina de carne. Esta tendencia se consolidó por el apoyo de la PAC que comenzaba a recibirse a fines de los ochenta, pero tenía su raíz en el ahorro que la vaca supone en mano de obra:

“De hase años pa acá, vamos, bastantes, aquí lo que se ha incrementao mucho es er ganao vacuno. Antes había menos ganao vacuno que ahora. Y a más ovejas, menos ganao vacuno. Er ganao vacuno sí se ha extendió más. Por er tema de que er ganao vacuno es más... No tiene problemas pa las alimañas. Porque la oveja tú tienes que tenerla... Hay que controlarla... Que justo cuando estén teniendo crías, como no la tengas recogía, la mitá de los borregos se la llevan los sorros, los melonsillos y los bichos, er perro y... Y la vaca, po en eso está descuidá der to. Y ahora por eso, la gente que tienen cantidá de ganao y eso, y fincas grandes, po están

¹³ La Unidad Monetaria Europea (ECU, en sus siglas en inglés) fue la unidad de contabilidad interna usada en la CEE entre 1979 y 1999. Dado que el tipo de cambio peseta-ECU fluctuaba continuamente, la cantidad percibida como ayuda también variaba interanualmente. He realizado un simple cálculo aproximativo basándome en información proveniente de Eurostat y el Banco de España.

más metíos en la vaca que en la oveja. Hombre, tienen ovejas a lo mejó también. Pero to esta gente (...) tienen muchísimas vacas y no tienen ya tantas ovejas como antes...” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

En la PAC, los sectores ovino y caprino quedaban englobados dentro de una misma OCM. La prima era recibida por cabeza reproductora. Para el cálculo se establecieron varias regiones a nivel europeo, realizándose para cada una de ellas una estimación anual en función de las pérdidas de los ganaderos y de la producción media de carne. A modo de ejemplo, la cantidad recibida en 1989 por los productores españoles se acercó a los 14 ECU (unas 1.800 pesetas) por hembra ovina y a los 10,5 ECU (unas 1.350 pesetas) por hembra caprina. Un año más tarde se pondría en marcha la “prima al mundo rural”, una ayuda complementaria para explotaciones en “zona desfavorecida” que ascendía a 4 ECU (unas 500 pesetas) por cabeza reproductora ovina (ibid.: 284-288).

El impacto de las primas en la comarca fue fenomenal. Su efecto más importante fue, sin lugar a dudas, el ascenso vertiginoso de la cabaña ganadera afectada por ellas:

“Antes, ¿qué es lo que pasaba? Que todos, digamos, los ganaeros tenían en su finca los animales adecuaos que cabían en aquella finca. (...) Y tenían argo menos de lo que rearmente cabían pa que no tuvieran que echá casi na de comé. Na más que catorse o quince días al año. Claro, a raíz de que esto se hiso Parque Naturá, de que entramos en la Comunidá Europea... resurta que dieron unas subvensiones mu gustosas, mu gustosas. Donde caben mil ovejas, tienen dos mí [mil], tienen tres mí...” (Mateo, 61 años, obrero y agricultor a tiempo parcial, marzo de 2015).

Si en 1983 la cabaña bovina de carne la componían 2.113 cabezas, en 1999 el número ascendía a 6.354 (+201%). En relación al ovino, el número pasó en el mismo periodo de 16.932 a 36.040 cabezas (+113%). Y ya en el caso del caprino, de 3.645 a 14.700 cabezas (+303%) (Consejería de Agricultura y Pesca, 2001: 12; De los Llanos, 1984: s. p.).

Por lo que tiene que ver con la ganadería ovina y caprina, estos incrementos eran la consecuencia parcial de la creación de nuevas explotaciones por parte de jornaleros que vieron en las primas una forma de dar el salto a la condición de ganaderos y así conseguir una ocupación menos precaria. Resulta significativo que estos jornaleros fueran, en la mayoría de los casos, antiguos niños “acomodaos” en explotaciones campesinas¹⁴. Sugiere

¹⁴ La situación de explotación –y la “interrupción” de una experiencia plena de la infancia– que estos niños sufrían queda patente en un fragmento de un poema compuesto y cantado por un antiguo “acomodao” de los años sesenta y actualmente pequeño ganadero ovino:

«No sonaba el despertador.
En aquer cortijo ‘chiquetito’
En er corasón de Sierra Morena.
Pero a eso de las seis de la mañana
Se escuchaba una voz bronca que desía...:

esto quizás un vínculo más estrecho con la ganadería que el del resto de jornaleros, quienes, ya desde los años sesenta, tendrían como actividades principales las de tipo silvícola. Asimismo, hay que hacer alusión a la importancia que tuvo para el incremento de la cabaña –sobre todo, ovina– la desaparición de la ganadería bovina lechera, proceso en el que profundizo a continuación.

4.2. ... y los de las vacas lecheras

En la segunda mitad de la década de 1980, podía encontrarse en el municipio estudiado una cabaña frisona renovada. En el contexto de las reformas propuestas para superar las limitaciones del sector en España (Silva, 1996: 143), el gobierno andaluz lanzó una campaña de saneamiento que llevó al descarte de todas las vacas con indicios de tuberculosis. Para su sustitución, se ofrecía, previo pago, la adquisición de ejemplares mejorados criados en una explotación de la Consejería de Agricultura¹⁵. Así llegarían al

“¡Vamos! ¡Vamos, vamos! ¡Que está to er mundo lleno só... [de sol]!”

Y allá bajaban de aquer granero

Aquel hombre arto y dergado (me imagino que como su madre)

Y detrás... aquel niño.

“¡Vamos, vamos!

Que hay que ordeñá las vacas, que hay que ordeñá las cabras, que hay que arrollá los tinaos,

Que hay que echarle de comé a las cochinas de cría y que hay que trabajá to er día...”

Cuando aquel niño abría la puerta de aquer cortijito

Y salía al campo

Las sensaciones eran enormes.

Porque, cuando la luna al sol le da paso,

Surge una explosión de sonidos y de cantos.

De senserros, de pajarillos, del viento y del agua en los regajillos.

Hay que vé qué ilusión, qué alegría

A pesar de tanta marginación, por no ser de la familia.

Pero, bueno, aquel niño era feliz en el campo.

Allá por el mes de marso, ya metíos en primavera

Aquel niño salía con un rebaño de vacas

A pastoreá aquellas sierras.

Cuando los días ya son interminables.

Entre cuatro chaparrones y a veses un sol cansino,

Aquel niño tenía momentos de tristesa.

Porque se acordaba de sus amiguitos, de bañarse en la rivera, en las arbercas...

Incluso en la pisina municipal... aunque fuera colándose» (Juan Muñoz, “Campesino por obligación”, CD *Las almas de la fosa* [2014]).

¹⁵ Es común que las consejerías de la Junta de Andalucía cambien de rótulo en función de las reestructuraciones gubernamentales. Dado que en el caso de la consejería objeto de interés, “Consejería de Agricultura” es la denominación que se le suele dar en el día a día, la adopto aquí a efectos prácticos. Valga esta puntualización también para el caso de la “Consejería de Medio Ambiente” y el uso de este término a lo largo de la tesis.

municipio las primeras vacas capaces de producir por encima de los 40 litros diarios, cuando los vaqueros locales estaban acostumbrados a rendimientos diarios de entre 10 y 20 litros. En los años siguientes, se extendió, además, el recurso a la inseminación artificial para conseguir renuevos más productivos.

Esta transformación chocó de frente con el tratamiento del que era objeto el sector por parte de la PAC. Al contrario que los sectores ganaderos tenidos por extensivos, en el caso del bovino lechero nos encontramos con una OCM orientada a la limitación de la producción. Como consecuencia de sus excedentes estructurales, la CEE había establecido en 1984 un sistema de cuotas. Éste suponía la fijación de una cantidad límite para cada Estado miembro en función de un año de referencia. El elegido para España fue el de 1983, un año en el que todavía no habían dado sus frutos las reformas dirigidas al incremento de los rendimientos (ibid.: 160). Ello dio lugar a un importante conflicto a cuenta de la implementación del sistema. Muchos vaqueros locales se sumaron a las movilizaciones, llegando incluso a participar en alguna que otra de las manifestaciones convocadas en Bruselas por las organizaciones profesionales agrarias. Lo que consiguió el movimiento a escala estatal fue la paralización de la aplicación hasta 1993.

Llegado el momento, el gobierno español tuvo que preparar la implementación definitiva del sistema de cuotas comprometido con la CEE. Para ello, planeó una distribución de la cuota por explotaciones, lo cual suponía una forzosa reducción de la cabaña de cada granja (ibid.: 177). Dado que los vaqueros locales, caracterizados por explotaciones de pequeña dimensión, no se encontraban en condiciones de soportar la reducción, la mayoría terminó acogiéndose al llamado “plan de abandono voluntario definitivo”. Ello suponía la percepción de una generosa ayuda a la retirada (Castillo, 1994: 163):

“Llegamos a la cerca donde van a quedarse las ovejas. Tras meterlas, nos quedamos en una sombra charlando. Ahora les pregunto sobre cómo sintieron la pérdida de las vacas. Carlos responde que fue triste dejar unas vacas que ‘eran nuestras’, que ellos habían criado y les producían ya unos cuarenta o cuarenta y cinco litros diarios. Entonces, ¿por qué dejarlas? Raimundo responde que desde hacía un tiempo, antes del estímulo del gobierno, ellos ya veían que no era tan rentable porque no percibían los mismos precios por la leche. En aquel momento dice Carlos que les dieron el ‘caramelo de la subvención’ para la retirada y ellos lo hicieron. ‘Nosotros y to er mundo’. Raimundo, con una sonrisa de satisfacción reconoce que recibieron seis millones de pesetas, con lo que da la impresión de que el momento no sólo fue triste” (Diario de campo, septiembre de 2016).

La cooperativa de los vaqueros no tuvo más remedio que disolverse, haciéndose con las instalaciones otra cooperativa, dedicada en este caso a la leche de cabra y que ya venía compartiendo el espacio con la primera desde hacía varios años. Por lo que respecta a la

ocupación de los vaqueros, la mayoría optó por emplear parte de la ayuda a la retirada en la reconversión a la ganadería ovina y, en menor medida, a la caprina. El cambio de aprovechamiento llevó a que cultivos como la cebada o el maíz dejaran su espacio a la alfalfa, la veza-avena y el raigrás. En relación al manejo de los animales, mucho debía ser aprendido:

“Ar prinsipio no sabíamos que [las ovejas] no podían comé ‘verde’ [hierba] to lo que quisieran, como las vacas. Er problema es que no saben cuándo pará y se ‘embasquillan’ [enferman de basquilla¹⁶]. Se quedan como paralisás y hay que dejarlas quietas. Y muchas se mueren. ¡No se nos murieron ni una de eso...!’. Raimundo lo confirma a través de sus sonrisas y el movimiento afirmativo de su cabeza. ‘Hasta que nos dimos cuenta. Y así fuimos aprendiendo’” (Diario de campo, septiembre de 2016).

4.3. Desacoples y desacuerdos

La cristalización en los años noventa del llamado “consenso de Washington” simbolizó la victoria del programa neoliberalizador en el seno de los organismos financieros internacionales y, como consecuencia, la aceleración de su propagación por todo el planeta (Harvey, 2005/2007: 20). La PAC no fue ajena a este empuje. A las fuentes de presión interna que constituían un oneroso coste financiero derivado de los excedentes, los fuertes impactos ambientales de la agricultura y el clima de insatisfacción entre los agricultores por la desigual distribución de la PAC, se unía la presión en el GATT por la reducción de la protección a la agricultura europea (García, 2005: 44-46).

Sería precisamente una nueva ronda de negociaciones en el GATT, la Ronda Uruguay (1986-1994), la que abriese la puerta a lo que se dio en llamar “giro post-productivista” de la PAC. Para entender la relevancia de dicha ronda, se deben conocer las disposiciones en materia de ayuda interna de su “Acuerdo sobre la Agricultura”, que establecía tres tipos (“compartimentos”) de medidas:

- el “compartimento ámbar” integraba todos los programas de intervención sobre producciones y mercados, como la política de precios garantizados o las ayudas relacionadas con el volumen de producción. El Acuerdo las consideraba distorsionadoras del mercado y, por lo tanto, dictaba su progresiva reducción y eliminación;
- el “compartimento azul” aludía a aquellas medidas que estaban ligadas directamente a la producción pero no tenían un horizonte de “distorsión” (subvenciones a la limitación de la producción, por ejemplo), por lo que eran toleradas transitoriamente;

¹⁶ Nombre popular de la enterotoxemia, infección tóxica producida por cambios repentinos de alimentación.

- el “compartimento verde” se componía de todas aquellas medidas permitidas por entenderse que efectuaban mínimas distorsiones sobre el mercado, como, por ejemplo, las ayudas de formación e investigación, las de infraestructuras y desarrollo regional, los pagos directos a agricultores no vinculados a la producción o las ayudas para protección ambiental (Millet, 2005: 161).

La llamada Reforma MacSharry de la PAC, aprobada en 1992 e implementada en los siguientes años, se hizo eco parcialmente de los derroteros que la Ronda Uruguay estaba tomando. Aparte de comprometerse con sus exigencias en materia de acceso a los mercados y subsidios a las exportaciones, también apostaba por la reducción gradual de los precios garantizados. En compensación, establecía un programa de ayudas directas a la renta de los agricultores y ganaderos, cuya cuantía se fijó en función de los rendimientos históricos de cada demarcación agraria. Dicho importe se recibía por hectárea o por cabeza de ganado reproductora, respectivamente. Un diseño tal suponía una tremenda transformación: por la vía de esas “ayudas compensatorias” se pasaba de una política de precios a una política orientada al sostenimiento directo de las rentas de los productores (García, 2005: 49-50).

De alguna forma, lo que se producía era la generalización del modelo de primas que ya vimos. Ahora bien, en esta nueva etapa una redoblada apuesta extensificadora llevaba a la introducción de un cambio importante en ese esquema: el establecimiento de un límite de cabezas subvencionables con el fin de desincentivar el incremento de la cabaña. La referencia para ese máximo sería el número de animales que cada productor había declarado en un año determinado. Asimismo, para el caso concreto del bovino de carne, fue establecida también una carga ganadera máxima por hectárea (Silva, 1996: 226-227). Uno de los efectos de esa limitación del número de cabezas y, por tanto, de las primas, fue la conversión de éstas en un “bien escaso” y, en ese sentido, la aparición de un mercado de compraventa de primas –permitido por la normativa dado el beneplácito hacia las transferencias de los derechos de prima– (ibid.: 251).

La apuesta extensificadora, más allá de estos nuevos requisitos, implicó también un incremento de los importes percibidos por los productores. En el caso del ovino/caprino, se produjo una elevación del porcentaje que determinaba las primas en un 80% (ibid.: 292). De cualquier forma, sería el bovino de carne el sector más beneficiado por la subida: si en 1989 se recibían 40 ECU (5.200 pesetas, aproximadamente) por cabeza, en 1993 serían 70 ECU (10.400 pesetas, aprox.) y, ya en 1995, 120 ECU (19.600 pesetas, aprox.). A ello habría que añadir la percepción de una “prima complementaria” nacional, sin nuevas condiciones, que ascendía a 20 ECU/cabeza y la posibilidad de percepción de una “prima de extensificación” para las explotaciones que no superasen una carga ganadera de 1,4 UGM/ha (30 ECU/cabeza) (ibid.: 226, 232). Teniendo en cuenta que, como ya vimos, el ganado bovino de carne se concentra en las grandes explotaciones, se sigue el hecho de que

de nuevo fueran sus propietarios quienes más se vieran favorecidos por el incremento de los importes de las primas europeas (ibid.: 249-251).

Este resultado se replicaba en el caso de la aplicación de las “medidas de acompañamiento forestales”, una de las vías de materialización del compartimento verde contemplado en el Acuerdo sobre la Agricultura de la Ronda Uruguay. Uno de los programas forestales, el de “forestación de tierras agrarias”, supuso en la comarca estudiada la llegada de 1.000 millones de pesetas sólo para el periodo 1994-1996. De ellos, la gran mayoría fue a parar a propietarios de fincas de entre 500 y 2.500 ha (Avilés, 1998: 127).

La forestación tenía como requisito la exclusión durante veinte años de toda actividad agropecuaria en las superficies afectadas. Tanto esta “inutilización” de la tierra como aquella distribución de los fondos, dieron lugar a un fuerte malestar de parte de los medianos y, sobre todo, pequeños ganaderos. A ello se suma la forma como se implementó el programa, que al parecer estuvo plagada de irregularidades tanto de parte de los latifundistas como de los técnicos de la administración:

“Las ayudas a la forestación antiguas –del 97, 98, 96–, esas ayudas fueron bastante desastrosas. Vamos, no cumplieron el objetivo, porque al fin no se ha reforestado lo que se pensaba. Porque se reforestaban las zonas más malas y las zonas peores. (...) Aquello no salió ni un 5%. Porque eran subvenciones para terrenos agrícolas [y] los terrenos agrícolas no se iban a sembrar de encinas y arconques (...). Pusieron protectores colectivos y entonces permitieron que eso se hiciera en las zonas más malas de la finca: donde había más pendiente, donde había más rocosidad, donde... Todo el mundo, hasta cualquiera que no se dedique a eso, tú mismo, cualquiera sabía que ahí no iba a crecer. Entonces eso lo permitieron. Lo pidieron la gente y eso, (...) pero al final la administración es la que tiene que cortar ese tipo de... Y fueron técnicos y hay informes de viabilidad. Yo he ido ya a un juicio de ese tema, de un propietario, y yo me he quedado asombrado con los informes que hay de técnicos aprobando ese tipo de cosas y diciendo que eran viables. En zonas que eran imposibles, o sea, que es que no hay que sé un genio para darse cuenta de que no eran viables” (César, 35 años, técnico gestor de ayudas, enero de 2015).

En este tipo de problemáticas hunde sus raíces una fuerte revitalización del discurso antilatifundista y antiabsentista clásico de estos territorios:

“Otra cosa que yo también veo feo: que a lo mejor llega un perito y te han er... Te miran er carrí, hanen así: ‘pon pon pon’ [*acompaña con varios giros de cabeza para aludir a una observación rápida*]. Ea, y ya no te miran más. En eso sí, yo estoy en contra. (...) A lo mejor una tala... Po eso na más que lo que te miran es er carrí. Eso sí tenía que estar pegao, ahí. (...) Y a lo mejor no ha hecho na. Un ‘lavacara’. Y yo he estado en un sitio, con 19 años en una finca. 19 años. Y llegó un día un perito y estuvimos mirando to er carrí y na. Y na. ¿Cómo te digo yo a ti? Como desde aquí hasta donde está la iglesia, dise: ‘Vámonos ya’. ‘¿Ya lo ha visto usted to?’. Dise: ‘Ya’.

Y na más que se limpió las tres hilás [hileras de árboles] de los carriles, a un lao y a otro” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

4.4. (Post-)producir

La reforma de la PAC de 2003 sería, sin lugar a dudas, el principal hito en el proceso de transición post-productivista de la PAC. Cuestiones como la congelación del presupuesto –que además debía repartirse entre diez países más–, los escándalos alimentarios o la apertura de una nueva ronda global de negociaciones comerciales (Doha) fueron trascendentales para el diseño de la conocida como Revisión Intermedia (García, 2005: 59). Con ella, se consolidaba la apuesta de Bruselas por una agricultura europea “multifuncional”, es decir, por una agricultura que no sólo posee funciones productivas, sino también medioambientales (preservación del paisaje y del patrimonio natural) y sociales (fijación de población en el medio rural) (ibid.: 58). Vinculándose con la forzada adaptación al ya conocido Acuerdo sobre la Agricultura, tal estrategia aprovechaba sus resquicios (el compartimento verde) para, agarrándose a la idea de multifuncionalidad, levantar un dique contra los ataques a la fuerte protección del sector agrario europeo (Lozano, 2011: 158; Reig, 2008: 385).

La Revisión Intermedia se implementó partir del año 2006 y su modelo sigue vigente. Aunque actualmente se encuentra en vigor otra reforma, la de 2014, ésta se ha limitado –al menos en su aplicación en España– a una complejización del sistema de pagos (Larrubia, 2017; Martínez y Palacios, 2014). De entre los cambios concretos que operó la Revisión Intermedia, el más trascendental fue, sin lugar a dudas, el llamado “desacoplamiento” de las primas o ayudas directas. Esto suponía que las subvenciones ya no se darían en función de la producción –como ocurría hasta 1995– o al menos del hecho de producir –como en el decenio 1995-2005–, sino que consistirían en un “pago único” al agricultor. El horizonte que se establecía no era otro que el de una política de rentas pura, sin vínculo con la producción. El perceptor sólo tenía que acreditar el hecho de contar con una superficie calificable como agraria y con derechos de pago, cuya cuantía se determinaba en consonancia con los importes recibidos en años anteriores¹⁷ (García, 2005: 60).

En Cazalla, el hecho de que dejase de ser necesaria la justificación de la ayuda con producción alguna derivó en una tendencia al abandono productivo en determinados sectores. Éste fue el caso de muchos olivares que se mantenían hasta entonces en activo y

¹⁷ Algunos Estados miembros, como España, optaron por el llamado “modelo histórico” para la fijación de la cantidad a percibir por cada derecho de pago. Mediante esa vía, la cuantía del pago único se calculaba no en función de aprovechamientos o de zonas con similitudes socioecosistémicas, sino en función de la media de las subvenciones percibidas en un determinado “periodo de referencia”.

que se “entregaron” a la matorralización. Esta tendencia, como veremos más adelante, se retroalimentaría con la llegada de las ayudas a la agricultura ecológica para olivares de montaña. Desde la perspectiva de los ganaderos locales, era inconcebible que una política pública no apostase por la producción. Entendían que se fomentaba el declive agrario y, por tanto, el de la frágil economía de la zona:

“Ahora mismo, si tú tienes er pago único y a lo mejó tenías, por poné, sien [cien] ovejas, pues eso es lo único que vas a cobrá. ¿Tú me comprendes? (...) Entose, ¿tú pa qué quieres tené a lo mejó dosientas ovejas más? (...) Vas a cobrá esas sien na más. Eso, eso lo tenían que arreglarlo. ¿Tú me comprendes? Desí: ‘Señores, yo tengo este año a lo mejó, por poné, tresientas ovejas. Po que er pago único sea de tresientas ovejas. Que el año que viene tengo cuatrosientas, po...’. No que ahí... Porque er que ha tenío mil ovejas, ése las está cobrando. Las tenga, no las tenga, está cobrando (...) Vamos, que yo ahora mismo vendo mis ovejas, me agarro a eso y lo estoy cobrando” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

La radicalidad del viraje que implicaba para la PAC el pago único quedó matizada, sobre todo, por la posibilidad de conservar acoplados importantes porcentajes de ayuda para algunos sectores. Esto último suponía que la porción desacoplada se cobraba vía pago único y la acoplada como un régimen de pago diferente y aún vinculado a cultivos o ganado en producción (Blanco y Bardají, 2014: 30-32).

Era el caso de las ayudas por vaca nodriza, tanto de la ayuda base como de la complementaria, que se mantuvieron acopladas al 100%. En relación al antiguo pago por extensificación, tras ser desacoplado, fue “resucitado” gracias a la posibilidad que ofrecía la normativa europea de implementar regímenes de pago para ciertas producciones extensivas. El recuperado pago se conocería ahora como “pago adicional”¹⁸. A la altura de 2013, año en que preparaba mi proyecto de investigación, un ganadero bovino extensivo, sin contar el pago único, recibía unos 206 euros por las primas a vacas nodrizas. A esa cantidad, habría que sumar el pago adicional, que estaba limitado a 100 vacas, cobrándose unos 79 euros por las primeras cuarenta y 64 euros por las sesenta restantes, haciendo un total respectivamente de 285 euros y 270 euros por cabeza¹⁹.

Por lo que respecta a los sectores ovino y caprino, éstos sufrieron un primer desacople al 50% en 2006 y uno definitivo en 2010. Desde el primer momento, se siguió también la vía de las excepciones previstas por la normativa para las producciones extensivas con el fin de mantener la ayuda directa. A la altura de 2013, nos encontrábamos con dos pagos comunes para ambos sectores. El primero de los pagos era el denominado “ayuda para compensar las desventajas específicas” e implicaba un importe de unos 4 euros por oveja y

¹⁸ A partir de 2012, recibiría un nuevo nombre: “ayuda para compensar desventajas específicas”.

¹⁹ Información producida a partir del Real Decreto 202/2012, de 23 de enero, arts. 26-27, 64-66 y de los datos de campaña del sector vacuno del Fondo Español de Garantía Agraria (FEGA).

de unos 4,5 euros por cabra. El segundo se denominaba “ayuda para la mejora de la calidad”. Los ganaderos recibían 1,6 euros/cabeza (2 euros/cabeza en caso de ser ecológicos)²⁰.

Un último elemento a destacar de la Revisión Intermedia era la obligatoriedad de la llamada “eco-condicionalidad” de las ayudas (Reig, 2008: 381-383), una medida que se mantiene hasta la actualidad y supone la obligación para los perceptores de ayudas de cumplir con ciertos requisitos de manejo no intensivista y, en caso contrario, la reducción de la ayuda en un porcentaje determinado en función de la gravedad del incumplimiento. En el caso de la ganadería andaluza, como pude comprobar a lo largo del trabajo de campo, la auditoría de la ecocondicionalidad no afectaba anualmente a todos los productores. La Oficina Comarcal Agraria (OCA) era la encargada de realizar las visitas de auditoría a las fincas de un listado elaborado por la Consejería de Agricultura y en el que figuraba una selección estadística del 10% del total andaluz. Esto no obstaba para que la OCA tuviese la potestad de proceder a la visita de cualquier finca de su zona de actuación en caso de indicios de incumplimiento²¹.

5. ENTRE EL BOSQUE Y EL JARDÍN

5.1. De repente, el parque

A la PAC alejada del productivismo se sumaría en la década de 1990 otro factor clave para entender la realidad agraria local. Se trata de la implementación en la comarca de la figura de protección ambiental conocida como parque natural (PN). La génesis de esta tipología de área protegida en Andalucía está muy relacionada con las propuestas para la reversión de la situación de crisis estructural que sufrían las sierras de la comunidad autónoma. Si, como vimos, la apuesta estatal en los años setenta fue por la reconversión “desarrollista” de las actividades hacia los aprovechamientos más rentables, ya en los ochenta la alternativa que se ingeniaba desde la joven administración autonómica vendría de la mano de la creciente preocupación por el deterioro ambiental. Específicamente, procedía de los debates que en los foros internacionales estaban ganando terreno en torno a la necesidad de aunar preservación y desarrollo frente al modelo de “conservación fortaleza” (*fortress conservation*) (Brockington, 2002) muy extendido hasta el momento por el globo (Mulero, 2001: 54).

Crucial, en ese sentido, sería el concepto de “ecodesarrollo” que intentaba superar la dicotomía proponiendo un desarrollo basado en los recursos locales y respetuoso con

²⁰ Información producida a partir del Real Decreto 202/2012, de 23 de enero, arts. 67-75 y de los datos de campaña de los sectores ovino y caprino del FEGA.

²¹ Este sistema de control se encontraba regulado por la Orden de 22 de junio de 2009 de la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía.

ellos²². La apuesta andaluza por el ecodesarrollo se quiso materializar en la figura de PN, propuesta originalmente como un tipo de área protegida de limitado intervencionismo con el fin de permitir el desarrollo endógeno y a la vez servir de reclamo para el turismo procedente de las áreas urbanas. En una palabra, y parafraseando a Mulero (2001: 55), los PN se proponían como el “laboratorio experimental del ecodesarrollo”. Así, en 1989 se producía la aprobación por el parlamento andaluz de la denominada “Ley del Inventario” (Ley 2/1989, de 18 de julio). De una tacada, se declaraban 21 PN, los cuales representaban en conjunto un 15% del territorio de la comunidad autónoma. La figura, de esa forma, se convertía en la protagonista absoluta de la red andaluza de áreas protegidas (ibid.: 57).

Entre esas nuevas áreas protegidas, se encontraba el PN Sierra Norte de Sevilla, declarado sobre la mayor parte de la superficie comarcal (164.840 hectáreas). Aparte de las razones de tipo económico ya apuntadas, hay que decir que la justificación en términos ambientales de dicha declaración se hacía pivotar sobre la dehesa²³ y su excepcional valor en términos ecosistémicos y en cuanto paradigma de aprovechamiento sostenible. Esto queda negro sobre blanco en las prioridades establecidas por la primera normativa del PN:

«Es objeto de estas normas la conservación de los valores naturales, ecológicos, culturales, paisajísticos y económicos de la dehesa, de manera que se garantice la continuidad de este tipo de explotación caracterizadora del Parque Natural a través del aprovechamiento sostenible de sus recursos y del mantenimiento y oportuna mejora de sus potencialidades económicas»²⁴.

Esta primacía de la dehesa en relación a las unidades ecosistémicas a conservar se vio refrendada cuando años después el PN fuera declarado por la UNESCO como Reserva de la Biosfera “Dehesas de Sierra Morena” junto al PN Sierra de Hornachuelos y al PN Sierra de Aracena y Picos de Aroche²⁵.

Las memorias sobre la forma como desde las instituciones se “preparó el terreno” en Cazalla para dicha declaración y sobre el sentir contemporáneo de la población local son algo contradictorias:

“A ve, arguna gente como daban subvenciones y cosas... (...) po hubo gente fuerte, según disen, que con la golosina de las subvenciones firmaron pa er parque naturá. Que había muchísima

²² No confundir este término con el de desarrollo sostenible, que, como vimos en el capítulo 1, tenía que ver, de manera predominante, con una resemantización capitalista del anhelo de sostenibilidad. Esto no quiere decir que, con el tiempo, ciertos actores asociados al PN no hayan diluido el ecodesarrollo en el desarrollo sostenible, como tendremos ocasión de ver en el capítulo 5.

²³ El Plan de Ordenación de los Recursos Naturales de 1994 explicitaba que: “su conservación [la de la dehesa] es objetivo fundamental de la declaración del Parque Natural”. Decreto 120/1994, de 31 de mayo, Anexo 1, art. 14.4.

²⁴ Decreto 120/1994, de 31 de mayo, Anexo 2, art. 49.

²⁵ La declaración se produjo en el año 2002. Ello no implica una regulación adicional para los PN concernidos, pero sí un redoblado reconocimiento y, en consecuencia, una mayor visibilidad mediática (Consejería de Medio Ambiente, 2003: 77).

gente en contra, ¿eh? Mucha mucha gente. Pero al fin salió y lo pusieron. (...) Yo es que estuve en una reunión que hubo y fui. Y hablaron de eso, empezaron a hablar de eso, de... Había inconvenientes y no, pero venían unos pocos que eran muy partidarios y eso era muy bueno: que se iba a coger mucho dinero por no labrar el terreno, por no... Y luego no es tanto. Y había mucha gente [diciendo] eso: ‘Oh, que eso tenía cuenta, que eso era muy bueno, que eso...’” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

“Me intereso por la preparación en la localidad de la aprobación del área protegida: si hubo reuniones informativas o no, u otro tipo de eventos. Lo primero que responde Carlos es que ‘aquello fue cosa del arcabuz, que lo pintó muy bien. Aquello iba a ser la panacea, iba a traer cantidad de trabajo’. (...) Sobre las limitaciones a la actividad agraria, en aquella época no se dijo que iba a haber ninguna, ‘sólo que todo iba a seguir igual pero con más trabajo por el turismo’. Me intereso por los actores que comandaban esas reuniones y Carlos señala que eran el alcalde y gente del ayuntamiento. No recuerda que viniera nadie de la Junta de Andalucía. Tampoco recuerda que hubiera personas del pueblo o sectores concretos que lo promovieran, sólo que ‘casi nadie se opuso porque lo pintaron tan bonito...’” (Diario de campo, septiembre de 2016).

Sea como fuere, una vez declarado el PN no tardaron en crecer las suspicacias de parte de ganaderos y trabajadores del campo, sobre todo, cuando se conoció que los límites del PN dejarían fuera a algunas fincas de gran tamaño. Más allá de la falta de justificación paisajística o “ecosistémica”, dada la semejanza con las fincas que quedaban dentro, el rumor de que en la gestión de uno de esos latifundios tenía participación el hermano del vicepresidente del gobierno central –del mismo color político (PSOE) que el gobierno andaluz– hacía que el comentario general, según me decía uno de mis interlocutores, fuera: “si las han dejado fuera, será porque el parque no es tan bueno”.

La declaración vino acompañada de una presencia más cotidiana de los discursos de lo ecológico y lo sostenible. En ese sentido, es de destacar la actividad de la asociación ecologista local, que desde 1991 comenzó a organizar sus “Jornadas Ecológicas”. Bajo este significativo título, se proyectaban películas de contenido ambiental, se realizaban exposiciones y se daban a conocer los valores ecológicos a conservar por el PN²⁶. A pesar de que las asociaciones ecologistas no fueron –ni eran durante mi trabajo de campo– críticas respecto del PN²⁷, la defensa del papel positivo de éste y de la necesidad de su permanencia está en la base de una visión, muy generalizada entre los ganaderos locales, que realiza una ecuación entre los actores vinculados al conservacionismo institucional y los del movimiento ambientalista. Esta condensación se materializa en el término local

²⁶ “Jornadas ecológicas”. *El Chorrillo*, núm. 10 (mayo de 1991), p. 2. “III Jornadas Ecológicas”. *El Chorrillo*, núm. 34 (mayo de 1993), p. 2.

²⁷ “Jornadas Ecológicas”. *El Chorrillo*, núm. 23 (junio de 1992), pp. 1 y 4.

“ecologistas”, cuyo empleo por parte de los ganaderos ya vimos en la viñeta que abría el capítulo 1 y que veremos en los capítulos dedicados a la ecologización ganadera.

Los primeros años de andadura del PN se caracterizaron, a nivel de gestión, por la centralización en él de la aplicación de la ley forestal andaluza y de la resolución de las obligatorias solicitudes de autorización –para desbroces, talas, descorches, aclareos, etc.– que contemplaba. Ya en 1994, se aprobaba el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales (PORN)²⁸, en el que se diagnosticaba el estado de los distintos ecosistemas y se enumeraban las actividades necesitadas de autorización. También se realizaba una mínima “zonificación” cuyo objetivo era la delimitación de determinados espacios emblemáticos o necesitados de especial protección. Por lo que respecta a la regulación de las actividades realizadas en el área protegida, éstas se contenían en el Plan Rector de Uso y Gestión (PRUG), aprobado simultáneamente. Este plan también recogía las directrices de su gestión, en relación a las cuales se hacía ocupar un lugar clave a la figura del “director-conservador”, encargado en última instancia de velar por la conservación y contra los incumplimientos de la normativa, así como de las autorizaciones de actividades y del desarrollo de los planes del organismo del que dependía el PN: la Agencia de Medio Ambiente (AMA).

El objetivo declarado en ambos documentos seguía siendo la compatibilidad entre la conservación del medio y el desarrollo del territorio. Ahora bien, la falta de medios del PN, tanto presupuestarios como ejecutivos, hacía difícil una intervención en esos moldes (Ojeda y Silva, 2002: 83). Lo que se dio en la práctica fue una limitación del PN a la gestión de los permisos necesarios para las distintas actividades agrarias y a la vigilancia del cumplimiento de la normativa por parte de los “agentes de medio ambiente” –los llamados localmente “guardas der parque”–, quienes estaban dotados de vehículos para desplazarse por los caminos rurales. De esa forma, se producía una cierta desvinculación respecto de aquella apuesta por la conjugación de prácticas humanas y protección, y del discurso original acerca de la “culturalidad” de estas áreas protegidas (Escalera, 1993). Así, se hacía más hondo el desencuentro entre ganaderos y PN. Menos de diez años tras la declaración de éste, el periódico local resumía muy bien en su sección satírica el sentir de los sectores agrarios de Cazalla: “Se rumorea que la AMA se cree la ‘dueña’ del Parque Natural, y nos trata como a delincuentes”²⁹.

Por lo que respecta a los efectos económicos del PN, éstos, en todo caso, se percibían como materializándose en el crecimiento del sector turístico. Un crecimiento que no se entendería sin la priorización de que fue objeto en relación a la concesión de ayudas de “desarrollo rural”. Estas ayudas se enmarcaban dentro de las medidas de la PAC, pero, a

²⁸ Decreto 120/1994, de 31 de mayo.

²⁹ “Se dice, se rumorea, se comenta”. *El Chorrillo*, núm. 97 (agosto de 1998), p. 1.

diferencia, por ejemplo, de las ya mencionadas “ayudas forestales”, su modelo de implementación era el famoso programa LEADER, que buscaba implicar a los territorios a través de la creación de entidades comarcales participadas por ayuntamientos y representantes del tejido empresarial local para la gestión de los fondos desembolsados.

La entidad que se creó en la Sierra Morena Sevillana llevaba llamativamente por nombre el de “Ecodesarrollo y Turismo de Sierra Morena”. En sintonía con las aspiraciones de la administración autonómica en relación a la declaración del PN, sus dos objetivos eran los siguientes: “conservación integral de la dehesa” y “desarrollo del turismo rural”³⁰. En la práctica, la nueva entidad priorizaría el apoyo al turismo rural, la industria agroalimentaria y los proyectos de fomento empresarial-industrial de algunos ayuntamientos. A principios de los 2000, dichas subvenciones habían contribuido a la proliferación en el municipio de un sector nada desdeñable de restaurantes, hoteles y casas rurales. Aún así, esta actividad seguía lejos de convertirse en el motor económico que se esperaba (Silva y Ojeda, 2001: 270-272).

5.2. Dos tazas de sostenibilidad

En el año 1999 se creó lo que se dio en llamar “segundo pilar de la PAC”. En éste, se agrupaban todas las medidas que no provenían de la antigua política de mercados, es decir, ayudas como las del programa LEADER, las ayudas forestales, etc. Ello supuso un gran empujón a la proliferación de nuevas ayudas y al aumento de su peso presupuestario conjunto (García, 2005: 55-57). Años más tarde, la reforma de 2003 reforzaría este segundo pilar, dotándolo de un instrumento financiero propio: el Fondo Europeo para la Agricultura y el Desarrollo Rural (FEADER).

Uno de los grandes beneficiados de este fortalecimiento fue el llamado “paquete agroambiental”. Para tener una idea de su importancia relativa en el seno del segundo pilar de la PAC, de cara al sexenio 2007-2013 le fueron presupuestados casi 23.000 millones de euros, cantidad que suponía el 24% de la contribución del FEADER en el periodo (European Union, 2013: 305). El programa agroambiental nació simultáneamente al ya conocido programa forestal, siendo su formulación una consecuencia directa, también, de los objetivos ambientales que asumía la PAC post-1992 (García, 2005: 49-50). Aparte de medidas como la ayuda a la extensificación de producciones vegetales o al mantenimiento de razas ganaderas en peligro de extinción, sus medidas principales eran las de agricultura y ganadería ecológica.

En Cazalla, parece que el primer sector que se sintió atraído de manera clara por la ayuda de agricultura ecológica fue el olivícola. En 2004, la cooperativa local anunciaba que

³⁰ “Programa ‘LEADER’ para Sierra Norte de Sevilla”. *El Chorrillo*, núm. 12 (julio de 1991), p. 3.

la mitad de sus socios se habían convertido a esta modalidad o habían iniciado el proceso de conversión³¹. La cuestión es que esto no redundaría en una vía para el reflotamiento de un sector local en decadencia, sino todo lo contrario. El hecho de que la práctica habitual de las empresas de certificación ecológica fuese la de no penalizar a los olivares improductivos hizo que muchos olivareros accedieran a la ayuda para después abandonar toda labor agrícola. En la Figura 3.4 puede apreciarse la caída tendencial de la producción de aceitunas en el término municipal que siguió a las conversiones a la “olivicultura ecológica”.

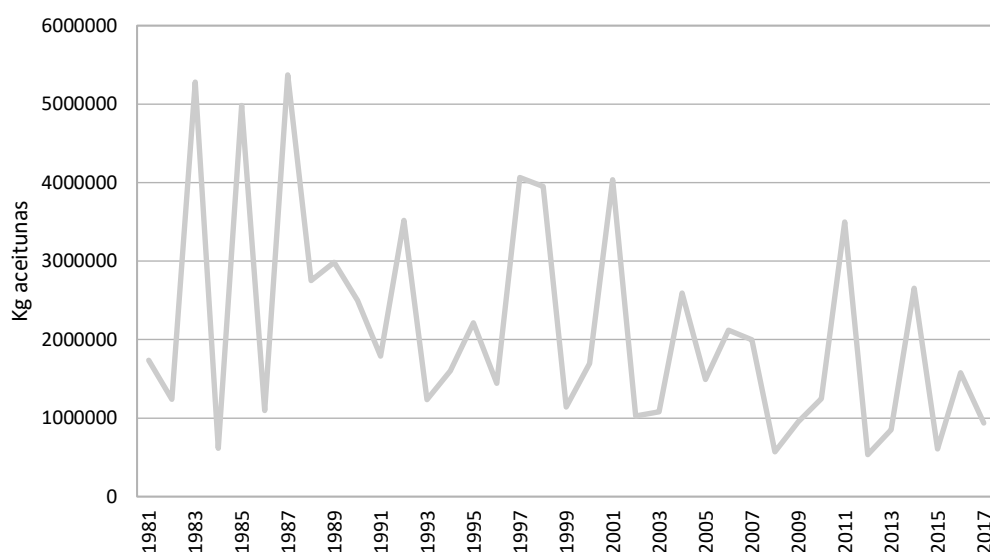


FIGURA 3.4. Evolución de la producción de aceituna entregada a la cooperativa olivarera local (campañas 1980-1981 a 2015-16)

Fuente: Elaboración propia a partir de las memorias anuales de la cooperativa La Purísima y periódico *El Chorrillo*

Los ganaderos locales ven aquí, de nuevo, un incomprensible estímulo al abandono productivo:

“Hombre, yo lo de la asituna ecológica, eso lo veo una... Mira, eso es un engaño. Eso es un engaño por los cuatro costaos, ¿eh? Porque... Te voy a hablá de la asituna. Porque eso los primeros años dijeron: ‘Ecológico, ecológico. No se puede echá abono, no se puede echá herbisida, no se le puede echá productos, no sé qué...’. Vale, de acuerdo. Pa la mosca, la botellita [tipo de trampa]. La botellita, te acordarás tú, con unos porvos... Yo los he echao unos pocos de años, a lo primero. Bueno, po todavía están pagando ecológico, olivares ecológicos, y a vé cuántas botellas hay en los olivos corgaos. Ninguna. No hay ninguna. Entose eso es

³¹ “La aceituna de esta campaña”. *El Chorrillo*, núm. 165 (abril de 2004), p. 4.

mentira. Eso no es ecológico. Que no le echen na, de acuerdo. Pero eso no lleva un tratamiento de ecológico, pienso yo. Porque pa la mosca no están curando por eso: no cuergan botellas, no echan na... Ni echan abono ecológico, ni echan na” (Jorge, 37 años, obrero del campo y agricultor a tiempo parcial, diciembre de 2014).

El impulso comunitario a la producción ecológica tuvo una especial repercusión en Andalucía gracias a la creación en 2004 de una Dirección General de Agricultura Ecológica dirigida a la expansión el sector productivo ecológico y a alentar un mercado interno para sus productos (González de Molina y Guzmán, 2017). Ciertas personas en Cazalla leyeron esto como una oportunidad para proteger las explotaciones de dehesa, recuperar parte de la “sostenibilidad” entendida como perdida y aumentar sus ingresos gracias a la ayuda ecológica y al nuevo mercado que parecía abrirse:

«La Ganadería Ecológica es una nueva oportunidad para los ganaderos del Parque Natural, que asistimos algo perplejos, por la profundidad del cambio de criterio social, a la apertura de nuevos caminos que para nosotros no suponen más que los mismos y tradicionales de siempre, a la puesta en valor, como ahora se dice, de unos sistemas productivos que han tenido que sobrevivir en zonas como la nuestra en base a ser los únicos posibles»³².

Una pionera ganadera ecológica y un veterinario y ganadero a tiempo parcial serían los encargados principales de convencer a muchos ganaderos cazalleros –y del resto de la comarca– de las ventajas de la conversión. Ellos mismos se encargaban de facilitar el contacto con el Comité Andaluz de Agricultura Ecológica (CAAE), el organismo –aún público– encargado de la certificación, así como de la organización, en colaboración con éste, de distintas jornadas informativas³³. Este reducido grupo dinamizador también se hizo cargo de la búsqueda de piensos y henos ecológicos, poco accesibles en aquellos momentos. Incluso llegó a constituirse una asociación comarcal de productores ecológicos en 2004 con la finalidad de dar cobertura a este trabajo e intentar conseguir mejores condiciones de comercialización a través de la venta conjunta. La vida de la asociación, no obstante, fue corta y los intentos de comercialización directa no fructificaron. A pesar de que estos fracasos agotaron la energía ambos dinamizadores, gracias en buena parte a su labor a la altura de 2009 se encontraban incorporadas al programa de ganadería ecológica 29 explotaciones cazalleras³⁴.

Esta expansión se dio siguiendo el patrón de conversión común en el resto de los territorios ganaderos andaluces: primero, explotaciones ganaderas medianas y, algo más tarde, las de menor tamaño (González de Molina, 2012: 157-158). Su número, además, no

³² “Ganadería ecológica. El mejor camino hacia la calidad”. *El Chorrillo*, núm. 168 (julio de 2004), p. 5.

³³ “Primeras Jornadas de Ganadería Ecológica de Cazalla de la Sierra”. *El Chorrillo*, 180 (julio de 2005), p. 5. “Conferencia ecológica”. *El Chorrillo*, 191 (junio de 2006), p. 8.

³⁴ IECA. Datos municipales del Censo Agrario 2009 (Instituto Nacional de Estadística).

dejó de crecer en los siguientes años (ver Figuras 3.5 y 3.6). Clave, en este sentido, ha sido una perspectiva de los productores que entiende el acceso a la producción ecológica como una vía para el complemento de la renta agraria en un contexto económico difícil:

«En definitiva y en términos territoriales, más de la mitad de la superficie de praderas y pastos de la comunidad autónoma se ha reconvertido a manejo ecológico, lo que no deja ser una buena noticia, habida cuenta de la incertidumbre sobre el destino de este tipo de actividad en las condiciones del manejo convencional. Las importantes funciones ambientales que desempeña este tipo de usos del suelo para los ecosistemas agrarios andaluces, han encontrado en la producción ecológica una vía para paliar la pérdida de rentabilidad y para conservar tanto la actividad ganadera como el propio uso del territorio, en el que se encuentran agroecosistemas tan importantes como la dehesa» (ibid.: 158).

Esta “vía paliativa”, sin embargo, no tendrá el mismo significado para los ganaderos medianos cazalleros que para los pequeños. En el caso de estos últimos, los nuevos insumos y gastos vinculados a la conversión darán lugar a todo un espacio de negociaciones y resistencias en el que tendremos ocasión de profundizar en el capítulo 8.

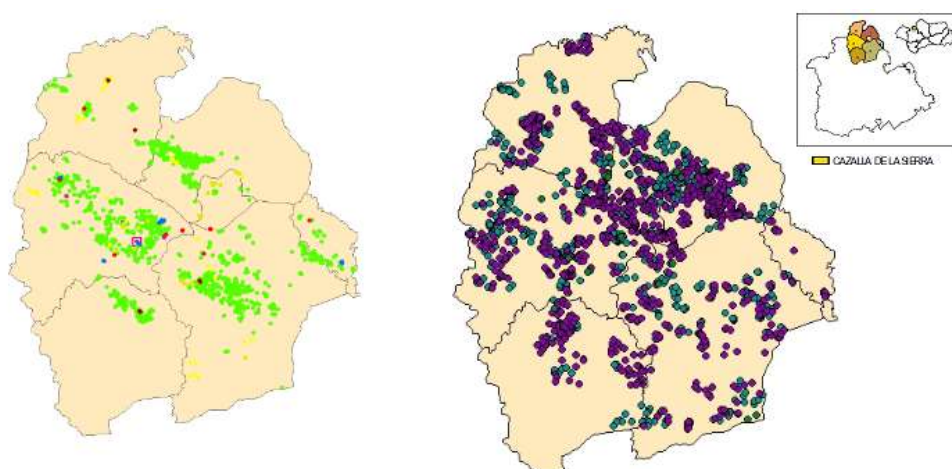


FIGURA 3.5 y 3.6. Fincas agrícolas (izq.) y ganaderas (der.)* acogidas al programa andaluz de producción ecológica en la Sierra Morena Sevillana** (2011)

* En verde, olivares. En turquesa y violeta, dehesas y pastos

** Excepto municipios de El Real de la Jara y Almadén de la Plata

Fuente: Adaptado de Consejería de Agricultura y Pesca (Zonificación de la

6. CONCLUSIONES

Una de las cuestiones a destacar en este apartado de conclusiones tiene que ver con la renovada pluralización de la dehesa. Si en el capítulo anterior veíamos cómo las dehesas preliberales daban lugar a la dehesa liberal o clásica como un modelo homogéneo de manejo agrosilvopastoril, en éste se ha descrito cómo la “crisis estructural” serrana (Roux, 1975) conllevó una nueva transformación. Por un lado, encontramos a la dehesa de orientación predominantemente cinegética. En ella, el camino de abandono productivo habría dado lugar a un proceso que podríamos dar en llamar “bosquización mediterránea”³⁵. Por otro lado, hallamos una dehesa que adopta un nuevo estilo de manejo, más capitalizado y que implica el parcial desacople del sistema productivo respecto de los límites físicos del suelo. Es en este sentido que se puede denominar a esta superviviente a la crisis de la dehesa liberal como “dehesa capitalista parcialmente desembrida” si adaptamos una afortunada metáfora de Harvey (2005/2007: 17).

³⁵ El “bosque mediterráneo” es un tipo de ecosistema caracterizado por el predominio de especies xerófilas y esclerófilas arbóreas (fundamentalmente, quercíneas: encina, alcornoque, quejigo...) y arbustivas (jara, retama, jaguarzo, lentisco, tomillo, aulaga...) (Acosta, 2002: 42). La dehesa, de forma general, se entiende desde la disciplina ecológica como un bosque mediterráneo aclarado de matorral por la acción humana. Interrumpida o reducida esta acción, el ecosistema que sucede a la dehesa es aquél del que procede: el bosque mediterráneo. Mi uso aquí de la expresión “bosquización mediterránea” parte de esta perspectiva.

Ahora bien, quería aprovechar para matizar la ecuación de la dehesa con un “bosque mediterráneo aclarado”. Si bien en relación a los orígenes históricos de la dehesa liberal, esta formulación puede estar en correspondencia con la realidad, no lo está tanto cuando hablamos de las dehesas posteriores a esa fase formativa. Baste recordar los procesos de forestación que, como vimos en el capítulo 2, se produjeron en el siglo XIX. En estos casos, no existe un bosque mediterráneo “original” que se procede a aclarar, sino que la arboleda era consecuencia directa de la acción antrópica.

En otro orden de cosas, resulta conveniente matizar también la idea generalizada de que el bosque mediterráneo es el único ecosistema “potencial” del dominio climático mediterráneo en ausencia de intervención humana. Esta visión hace caso omiso de la trayectoria histórica de las superficies forestales en la Cuenca Mediterránea, como apunta el hecho de que los bosques previos al inicio de dicha intervención no estuviesen dominados por especies esclerófilas como la encina, sino caducifolias y marcescentes como el roble (Valladares, 2007: 222). Asimismo, tal visión hace caso omiso de la dinámica del propio clima mediterráneo:

«la visión que se tiene del bosque mediterráneo incluye un combinado de paradigmas engañosos. Por ejemplo, las propias especies leñosas que forman el bosque mediterráneo no son auténticamente mediterráneas al ser, en realidad, supervivientes del Terciario (...) El verano seco, típico del clima mediterráneo, al que teóricamente estaría adaptada la vegetación mediterránea, sólo ha sido típico en la Cuenca Mediterránea durante los últimos 5.000 años (...); un plazo demasiado breve para la evolución y especiación vegetal, sobre todo para las especies longevas, como los árboles que actualmente cubren los ecosistemas mediterráneos. Además, ni el propio clima mediterráneo ni la fisonomía del paisaje mediterráneo han permanecido nunca constantes durante más de un siglo, con lo que la visión arquetípica del bosque mediterráneo está sesgada por nuestra incapacidad de integrar la variabilidad temporal en la estructura y funcionamiento del mismo más allá de unas pocas décadas» (ibid.: 221).

A pesar de esa capitalización, la continuidad de la mayoría de las dehesas productivas actuales no se entendería sin la inyección económica de las ayudas asociadas a la PAC. En este sentido, la PAC se ha convertido en uno de los elementos clave en la estructuración del “campo de fuerza” agrario en el que han de moverse los ganaderos locales. Nuijten definía el concepto de campo de fuerzas de la siguiente forma:

«Uso la noción de campo de fuerza para aludir a formas más estructurales de relaciones de poder, las cuales se conforman alrededor del acceso y el uso de determinados recursos. La consistencia de los campos de fuerza proviene de su pivotaje alrededor de problemas y recursos, y derivan en formas de ordenamiento en torno a las que categorías sociopolíticas con diferentes posiciones e intereses se definen a sí mismas» (Nuijten, 2005: 2).

Siguiendo esta perspectiva, el campo de fuerza agrario podría ser entendido como aquél que gira en torno a los recursos fundamentales para el desarrollo de la actividad de estos productores –de forma muy sintética, tierra y ganado–. Y este campo no es ya un ámbito dominado por los distintos entramados comerciales. Muy por el contrario, el “acceso y uso” en relación a sus recursos se encuentra fuertemente modelado por intervenciones de carácter estatal³⁶. La principal de ellas es la vinculada al abanico de medidas en que consiste la PAC, pero también se podría sumar, como hemos visto en el caso de la Sierra Morena Sevillana, la puesta en marcha de otras políticas como las de implementación de áreas protegidas.

Un elemento crucial para el objeto que esta tesis se plantea es el creciente proceso de “ecologización” de dichas intervenciones y, por lo tanto, la centralidad adquirida por los discursos y prácticas de lo sostenible y lo ecológico en el campo agrario que contribuyen a estructurar. En el caso de la política de áreas protegidas, la preocupación ambiental le es obviamente inherente, constituyendo su principal justificación. Por lo que respecta a la PAC, la ecologización ha sido una de las caras de su giro post-productivista, sustanciándose, por ejemplo, en la aparición del paquete agroambiental y, en su seno, de los programas de agricultura y ganadería ecológica. En este sentido, podría decirse que no es posible entender el actual campo de fuerza agrario sin atender al papel de las intervenciones estatales y a su carga discursiva “verde”.

Por último, quería realizar una reflexión sobre el “refresco” o actualización que, tanto estas intervenciones estatales como, antes, el Plan de Mejora han supuesto para las representaciones “antilatifundistas” y “antiabsentistas” de los ganaderos locales, fundamentalmente de los pequeños. En relación al Plan, un elemento importante a destacar sería el hecho del favorecimiento de los grandes propietarios en cuanto beneficiarios

³⁶ Utilizo aquí “estatal” en un sentido amplio y difuso, como no podía ser de otra manera para la realidad “desplazada” de la soberanía del Estado español derivada, por un lado, del hecho de formar parte de la Unión Europea, y, por otro, de su descentralización territorial interna.

principales de unas ayudas para las que no eran exigidos compromisos temporales más allá de la realización de las obras financiadas. La tolerancia hacia la dinámica especulativa subsiguiente ofrecía a la población local una imagen del propio esquema como vector de la instrumentalización de las subvenciones para el más puro interés privado y lejos de los objetivos de mejora declarados. Esto se repetirá en relación a la PAC, cuando cuestiones como el particular diseño de las ayudas a la forestación alimenten una manifiesta representación de esta política como alineada con los poderosos.

Por otro lado, el Plan reforzaba las bases de la impugnación del absentismo, elemento cultural que ha constituido históricamente una figura clave del “sentido común” de las clases populares rurales en Andalucía (Coca, 2008; Díaz del Moral, 1929/1979; Martínez, 1968). Ese refrendo estatal se materializaba a través de la imposición de planes individuales de mejora a fincas que se denominaban “sub-aprovechadas” y a las que se amenazaba –al menos de forma declarativa– con el arrendamiento forzoso o la expropiación. Es posible que esta reforzada impugnación del abandono productivo estuviese relacionada, junto a otros factores, con la conflictividad jornalera que reaparece en la segunda mitad de los 70. Sea como fuere, tal impugnación parece conformar una de las bases fundamentales de la contundente crítica al desacople de las ayudas de la PAC que se produciría treinta años después.

CAPÍTULO 4

VIVIR DEL CAMPO, VIVIR EL CAMPO.

Los ganaderos y las ganaderías de Cazalla

Soy igual que tú eres, viento
Me pienso, me sublevo
Acaricio montañas llenas de aromas y sueños,
De niños, de ciervos...
Manolo Chinato, “Viento”

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo, ensayo una caracterización de los distintos sectores ganaderos presentes en Cazalla en la actualidad. La idea es ofrecer un fresco de la realidad social agraria del municipio en la actualidad. En este sentido, los próximos apartados se dedicarán respectivamente a los sectores latifundista, de medianos ganaderos y de pequeños ganaderos. En cada uno de ellos, intentaré acercarme a los aprovechamientos principales de sus explotaciones y a las formas de comercialización de sus productos. Dada la relevancia de las ayudas públicas en la renta y cotidianidad del conjunto de propietarios y/o productores agrarios, también abordaré el tipo de ayudas al que cada uno de esos sectores accede y su significación a nivel económico y social.

A modo de introducción, me acerco a la estructura de la propiedad local. La distribución de la tierra en la actualidad replica el perfil latifundista que sigue siendo característico de la Andalucía occidental y, en particular, de este sector de Sierra Morena. En la Tabla 4.1, puede comprobarse cómo las fincas de más de 500 hectáreas ocupan el 49,1% de la superficie del municipio. Este latifundismo, lejos de estar menguando, sigue una tendencia lenta pero estable de refuerzo. A la ola de concentración de la tierra que generó el Plan de Mejora de principios de la década de 1970 hay que añadir el impacto de la llegada de la PAC, que ha convertido a los predios serranos en una interesante inversión en cuanto vía de acceso a unas ayudas públicas fácilmente conseguibles y benevolentes con la gran propiedad. Los datos hablan por sí mismos del resultado de ambos procesos: si hacia 1940 los predios de más de 500 hectáreas ocupaban casi 14.000 hectáreas (ver Tabla 2.1), en la actualidad se extienden sobre 17.000.

Fincas (ha)	Titulares		Superficie	
	nº	%	ha	%
< 1	157	22	16,6	0,1
1 - < 10	295	41,4	1.265,4	3,7
10 - < 50	159	22,3	3.561,8	10,3
50 - < 100	42	5,9	2.839	8,2
100 - < 250	27	3,8	4.088	11,8
250 - < 500	16	2,2	5.824,9	16,8
500 - < 1.000	14	2	9.788,4	28,3
1.000 - < 2.000	1	0,1	1.070,3	3,1
≥ 2000	2	0,3	6.125,7	17,7
Total	713	100	34.614,2	100

TABLA 4.1. Actual estructura de la propiedad de Cazalla de la Sierra

Fuente: Elaboración propia a partir del Padrón de Contribución Rústica de 2012

Los procesos de compraventa de grandes fincas y la asociada concentración de las mismas se han visto acompañados también de una suerte de “foraneización” de la propiedad latifundista. Si bien la gran propiedad local nunca estuvo en manos locales de forma dominante, el hecho de que la gran mayoría de nuevas compras hayan sido realizadas por particulares o sociedades radicadas en Sevilla y, más frecuentemente, en Madrid ha dado lugar a un panorama en el que existe un dominio absoluto de la propiedad foránea sobre los grandes predios. De este modo, un 64,7% de los grandes propietarios no residen en Cazalla o la Sierra Morena Sevillana (ver Tabla 4.2). Este panorama sólo se ve amortiguado por el hecho de que uno de los grandes latifundios mantenga su titularidad pública. Se trata del conjunto de dos grandes fincas en las que, como veíamos en los capítulos anteriores, el PFE cedía tierras en aparcería al campesinado local en la década de 1940 y en la de 1970 los jornaleros locales disfrutaban de varios días de trabajo a la semana gracias a su lucha sindical.

Fincas (ha)	nº total	Titulares	
		nº de t. foráneos	% sobre total
< 1	157	29	18,5
1 - < 10	295	68	23
10 - < 50	159	40	25,1
50 - < 100	42	16	38,1
100 - < 250	27	6	22,2
250 - < 500	16	11	68,8
500 - < 1.000	14	8	57,1
1.000 - < 2.000	1	1	100
≥ 2000	2	2	100
Total	713	181	25,4

TABLA 4.2. Proporción de titulares foráneos según tamaño de finca

Fuente: Elaboración propia a partir del Padrón de Contribución Rústica de 2012

Simultáneamente, un importante polo minifundista ha permanecido, como es posible observar en el número de propietarios con parcelas entre las 1 y 10 hectáreas de la Tabla 4.1. Estas propiedades suelen corresponderse con huertos y/u olivares cuya titularidad pertenece a agricultores a tiempo parcial que les dedican sus tardes o los días que no trabajan en el caso de que sean jornaleros de profesión. Según De los Llanos (1984: s. p.), una parte de esta capa social se conformó en los años setenta y estaría compuesta, en parte, por emigrantes retornados. Más allá de este polo, lo importante para nuestros intereses es también la permanencia de un conjunto importante de propiedades entre las 10 y las 500 ha, que constituyen la base territorial de las pequeñas y medianas explotaciones.

2. LA ESTABILIDAD DEL NUEVO LATIFUNDISMO

El sector latifundista actual se compone de los propietarios de dehesas de un tamaño superior, por lo general, a las 500 hectáreas. En su seno, pueden distinguirse dos situaciones. Por un lado, se encuentra una minoría de titulares, residentes en el municipio,

cuyas explotaciones son predominantemente pecuarias, dedicadas al ganado vacuno, porcino y ovino. Estos aprovechamientos se realizan a través de un estilo de manejo muy similar al que veremos para las explotaciones de tipo medio, pero con mano de obra asalariada y no familiar. También habría que incluir en el sector a los (escasos) propietarios de los antiguos latifundios olivareros. Su gestión se caracteriza por el abandono productivo y el uso de las tierras como vía de acceso a todas las subvenciones agrarias y agroambientales a su alcance, conformando así un claro ejemplo de “rentismo” de nuevo cuño. Un rentismo que es blanco de la crítica local:

“En una finca de ésas te llevabas un mes y... No, yo he ido a la asituna a Llano Moreno, ése que está der Bonito pa abajo, y echaba mes, mes y argo [trabajando]. Y más de cuarenta días argunos años. Y ya no produse la finca como produsía... Bueno, ahora ya produse menos, porque ya apenas cogen asitunas. Cogen un poco y fuera. (...) Ése lo tiene también en ecológico. Coge la subvención de la PAC más la de ecológico... po ya está. Les da iguá cogé asitunas que no. Cogen unas pocas ahí porque... Pa hasé un poco de que... de que ha produsío y ya está, ¿sabes? Eso es así en muchas fincas” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

Sea como fuere, el grueso del sector se compone de aquellos grandes propietarios foráneos que veíamos en el apartado anterior. Estas fincas difieren de los latifundios ganaderos locales por su orientación predominantemente cinegética. Especies como el ciervo, el jabalí y, en menor medida, el muflón o el corzo dominan unas dehesas completamente matorralizadas. Esto no significa que haya desaparecido toda gestión. Es precisa la inversión en infraestructuras como los cercados cinegéticos, pero también es frecuente un manejo “ganadero” de los animales de caza, el cual se basa en la facilitación de agua a través de abrevaderos contruidos al efecto y el suministro de piensos.

La actividad cinegética se materializa, por lo general, a través de monterías o “ganchos”. En esta modalidad, se dispone en el terreno escogido una serie de puestos en los que permanecen los distintos cazadores a lo largo de la jornada. Una o varias rehalas de perros son lanzadas desde algún extremo o varios para ahuyentar a los animales objeto de caza con el fin de que se dispersen por las líneas de puestos y los cazadores puedan abatirlos. La diferencia entre montería y gancho es sólo cuantitativa: si participan más de 25 cazadores se trata de lo primero, mientras que si lo hacen en número menor nos encontraríamos ante un gancho. En ocasiones, estas fincas no tienen como finalidad la rentabilidad económica. Perteneciendo a empresas urbanas vinculadas a otros sectores económicos, suponen para sus propietarios un importante recurso en relación a su actividad principal, dado que las monterías (o ganchos) generan unos ambientes distendidos que son utilizados para facilitar el cierre de acuerdos con posibles socios o clientes.

En otros casos, sí existe un interés por hacer rentable la dedicación cinegética de la finca. Aparte de una mayor inversión y una mayor selectividad con respecto a las especies venatorias, en estas fincas convive la organización de ganchos con la caza “a rececho”:

“muchas de ellas de lo que se mantienen es de los recechos, digamos. Que es... Hay un señor, muchos que son extranjeros, que vienen de países del Este y tal. Entose vienen, tú los recibes, se puede tirá un fin de semana contigo entero –dos días, tres días–, le das alojamiento, le das to eso. Y se tira esos dos días, tres días en busca de un animal, ¿sabes? De un gamo... vamos, extraordinario, grande; de un venao, alguna cosa de éstas. Entose lo que hase es que tú lo llevas y está esos dos días... y er tío está detrás siguiendo las pistas un poco... Vamos, el rececho antiguo antiguo antiguo, en verdá, era er tío que se echaba el arma al hombro y lo buscaba. Ahora van con la ayuda de un guarda que sabe perfectamente dónde anda el animal y todo eso, pero bueno, lo buscan y, nada, lo cazan. Y a lo mejó lo que cazan es un animal en ese fin de semana, pero sí deja un dinero bastante curioso, ¿sabes?” (César, 35 años, técnico gestor de ayudas, enero de 2015).

La dedicación cinegética, a pesar de su centralidad, no es la única en estos latifundios. Muy relevante resulta el aprovechamiento corchero de sus alcornoques, el cual reporta un cíclico y sustancioso ingreso para sus propietarios¹. Por otro lado, la ganadería también suele estar presente en estas fincas, seleccionándose parcelas específicas, no cinegéticas, para su desarrollo. Las dedicaciones ganaderas más características son la bovina y la porcina de bellota. En relación al interés económico de esta última, puede darse el dato del valor de la arroba hacia 2014, unos 33-35 euros, lo cual implicaba que el precio de un cochino de 14-15 arrobas (161-172,5 kilos) rondase los 500 euros.

De cualquier manera, el animal preferido en las explotaciones latifundistas, como ya apunté en el capítulo anterior, es la vaca. Algo que tiene que ver con sus escasos requerimientos en materia de mano de obra y con las importantes ayudas susceptibles de ser percibidas por su mantenimiento. En este sentido, al hecho de que constituya el animal cuyos pagos directos alcancen una mayor cuantía hay que añadir la facilidad de acceso al programa de ayudas a la ganadería ecológica. Dado que las mencionadas ayudas no requieren contraprestación en materia productiva, ello redunda en un menor cuidado y en tasas muy bajas de producción de terneros para venta.

Abandonando la cuestión de la ganadería, pero manteniéndonos en la de las ayudas públicas, debe destacarse el acceso de estas fincas a aquellas ayudas que se identifican con las denominadas generalmente como “forestales”². Se trata de unas ayudas que gestiona la

¹ En la mayor de las fincas privadas del municipio (más de 3.000 hectáreas) son extraídos cada nueve años alrededor de 25.000 quintales (1.150.000 kilos) de corcho (Otero, 2003: 121).

² Para el periodo temporal en que realicé el trabajo de campo, se trata de las ayudas del Programa de Desarrollo Rural (PDR) de Andalucía 2007-2013 que la Junta agrupaba, a efectos de convocatoria, bajo la etiqueta “ayudas para la gestión forestal sostenible” en la de 2008 (Orden de 25 de febrero de

Consejería de Medio Ambiente y que van dirigidas a la forestación de tierras, la prevención de incendios, la realización de trabajos silvícolas, etc. Debido a lo arduo del proceso burocrático y a la competencia existente, con el tiempo se ha desarrollado al calor de ellas la figura privada del técnico gestor de ayudas. Actuando de manera autónoma o en el seno de empresas dedicadas a la gestión forestal, estos técnicos –por lo general, ingenieros forestales o agrícolas de formación– se ofrecen a los posibles solicitantes para informarlos de las ayudas a su alcance, redactar solicitudes orientadas a la consecución de la máxima puntuación posible y encargarse del seguimiento de los trámites. El hecho de, como dicen en tono de crítica los pequeños ganaderos locales, “tené un perito en casa”, es decir, la contratación de estos servicios es lo que permite a estas grandes explotaciones –también a muchas medianas, como veremos– recibir una financiación para obras de mantenimiento y mejora que puede cubrir hasta el 80% del coste de las acciones para las que se solicita ayuda.

3. LA MEDIANA GANADERÍA

El sector de los medianos ganaderos proviene, en su mayor parte, de aquellos latifundistas locales, quienes ante la crisis de la dehesa clásica tuvieron que “resignarse a efectuar ellos mismos los trabajos que antes confiaban a sus obreros” (De los Llanos, 1986: 223). Hay que decir aquí que algunos de sus componentes también provienen del antiguo campesinado acomodado que consiguió capear la crisis gracias al tamaño de sus predios. Aunque es frecuente encontrar algún obrero fijo en ellas, las fincas medianas del municipio se caracterizan porque el grueso de la actividad agraria es asumido por fuerza de trabajo familiar. En ese sentido, se trata de explotaciones compuestas por un padre y su hijo o hijos. Aunque existe algún caso excepcional de hija que colabora en las actividades agrarias, en la mayoría de ejemplos domina la opción de los progenitores por invertir en la formación académica de las hijas para que éstas consigan trabajos cualificados en el ámbito urbano.

Por lo que respecta a las cónyuges, éstas realizan el trabajo doméstico y de cuidados que, como la perspectiva feminista –elaborando sobre Engels– nos alerta, es la base imprescindible de la reproducción del grupo doméstico y de las actividades de sus miembros. No es frecuente que realicen actividades productivas en la explotación, pero sí que, dado el volumen de gestión burocrática que implica el movimiento de animales y solicitud de ayudas de estos medianos ganaderos, se hagan cargo de parte o la totalidad de este tipo de tareas. Los menores requerimientos de “trabajo burocrático” de las pequeñas explotaciones hacen que esta práctica no se replique en el caso de las familias a las que

2008, de la Consejería de Medio Ambiente) y bajo la de “subvenciones para la gestión sostenible del medio natural” en la de 2012 (Orden de 16 de marzo de 2012, de la Consejería de Medio Ambiente).

pertenecen los pequeños ganaderos. En compensación, las cónyuges de éstos sí participan estacionalmente en tareas productivas agrarias, sobre todo, la recolección de aceitunas y la de hortalizas en el caso de disponer, respectivamente, de olivar y huerta³.

3.1. El mundo del cochino

Las explotaciones medianas se sitúan en términos de tamaño entre las 100 y las 500 hectáreas. Todos los productores medianos son propietarios de tierras, resultando muy frecuente, al mismo tiempo, el arrendamiento de otras fincas como vía para la ampliación de sus terrenos. El modelo más común en este tipo de explotaciones es la simultaneidad de aprovechamiento ovino y porcino. En relación al primero, el estilo de manejo es prácticamente idéntico al que realizan los pequeños ganaderos y en él me detendré en el próximo apartado. Centrándome, por tanto, en el aprovechamiento porcino, hay que destacar que la cría de cochinos supone la base principal, en términos productivos y económicos, de las explotaciones medianas. Téngase en cuenta que un cochino de bellota valía en 2014 unos 500 euros y que muchos de estos ganaderos podían criar cabañas que alcanzaban los 400 y 500 cochinos.

Por regla general, estos ganaderos no tienen cochinas de cría y optan por adquirir lechones nacidos en centros foráneos dedicados a tal fin. Esto supone introducir en la explotación a los cochinos con alrededor de 2 arrobas (23 kilos) hacia febrero y engordarlos hasta alcanzar las aproximadamente 9 arrobas (103,5 kg) con que entrarán en montanera en octubre o noviembre⁴. Aunque resulta frecuente el aprovechamiento de hierbas y frutos en campo abierto, la mayor parte de su alimentación a lo largo de estos meses proviene de los piensos (ver Figura 4.1). La importante cantidad que se les suministra hace que un elemento común en el paisaje de estas explotaciones sean los silos, estructuras metálicas con forma cilíndrica y base cónica en las que se almacena un pienso llevado a la explotación por medio de camiones.

³ Sobre las relaciones de las mujeres con el entorno en un municipio vecino a Cazalla, Almadén de la Plata, ver Martín Sánchez (2013).

⁴ En ocasiones, algunos de estos ganaderos esperan a la floración de sus quercíneas (marzo-mayo) para estar en condiciones de prever la futura “cosecha de bellotas” y así ajustar los efectivos ganaderos a la carga esperada. En estos casos, adquieren cochinos con más meses de edad, los llamados “primales”, cuyo peso se sitúa entre las 5 y las 9 arrobas (57,5-103,5 kilos).



FIGURA 4.1. Cochinos en una cerca en los meses de verano

Fuente: Elaboración propia

El pienso seguirá siendo importante durante la montanera como consecuencia de la vecería de las encinas y alcornoques, es decir, de una producción interanual de bellotas algo irregular. Si en años de mucha bellota el pienso se utiliza como reclamo al final del día (“postre”) para conseguir agrupar a los cochinos en el cercado donde pasarán la noche, en años de poca producción el pienso pasa a ser un aporte esencial⁵:

“Paco abre una cancela que se encuentra justo en el extremo más alejado a la zahurda de la línea de comederos con la finalidad de ir a buscar a los cochinos que hasta ahora han estado pastando (...). Jaime, por su parte, lleva la ‘pica’ (camioneta *pickup*) hasta la siguiente cancela, dejándola detrás de la misma para que los cochinos no la alcancen.

Me dice que Paco va a traer ahora los cochinos a que se coman el ‘postre’. Llama de esa manera a esa mínima ración de pienso, cuyo objetivo, me cuenta, es juntarlos al final del día y poder así contarlos. Le pregunto si es una forma de saber si ha habido algún robo, a lo que me responde que no sólo es por eso, sino también para saber si hay alguno enfermo que se ha quedado atrás. Después de esto, añade sobre el pienso que es bueno para ellos porque les aporta la proteína que no consiguen con la sola alimentación de la bellota, y que es por eso por lo que antiguamente se tardaba dos años en engordarlos, es decir, dos montaneras.

⁵ Aunque los casos de predominio del pienso en esta fase de “terminación” pueden llevar a pensar, a priori, en problemas con la ya mencionada certificación del carácter “de bellota” de estos cerdos, no es éste el caso dado el empleo de piensos con sustancias que aseguran la superación de las analíticas de ácidos grasos y/o de isótopos en que consisten las auditorías. La tolerancia de las entidades certificadoras hacia esta práctica proviene, por un lado, de una falta de intervención pública en este sentido y, sobre todo, del hecho de que cobren por cabeza porcina analizada.

Se escucha a Paco dándole voces para traerlos a los comederos y Jaime también emite algunas. Me aclara que los cochinos recuerdan la voz del ganadero y acuden a ella. (...) Cuando toda la línea de comederos está llena de cochinos, Jaime empieza a contarlos. Yo lo imito para ver cuál es el grado de dificultad de esta operación. La cosa se complica por el movimiento de unos y otros a lo largo de la línea. Llego al final y levanto la cabeza. Jaime me pregunta cuántos he contado y le contesto que 161. Él responde que ha contado 164, añadiendo que es difícil porque con su movimiento continuamente tienes que estar ‘sumando y restando al mismo tiempo’. Dice que contar correctamente se tiene que aprender rápido porque cada pérdida de un cochino son 500 euros, así que ‘por la cuenta que te trae...’. Es la misma cosa con las enfermedades: hay que estar atento a los cochinos que llegan y se quedan tumbados, ya que bien puede ser porque están hartos y quieren descansar, pero bien puede ser también porque están enfermos. Si al siguiente día es el mismo cochino el que lo hace, hay que atenderlo cuanto antes para no perderlo” (Diario de campo, abril de 2014).

En relación a la comercialización, las vías son completamente diferentes a las que veremos para el caso de los borregos. Lo que suele ocurrir es que, una vez se inicia la montanera, comienzan a producirse los contactos entre compradores foráneos y ganaderos. Los enviados de los primeros pueden visitar las fincas para observar a los animales que pretenden comprar, así como el manejo del ganadero. Una vez hecho el trato y alcanzado el peso deseado por los animales, se envía un camión para recogerlos. Hacia enero, pero también en febrero, es muy común ver el trasiego de camiones y también su estacionamiento en las inmediaciones de la cooperativa olivarera. En ésta, se produce el pesaje de los animales, procedimiento que consiste en pesar el camión vacío y luego con los animales ya cargados. Dadas las cifras económicas que se manejan en estas transacciones, resulta muy común entre los ganaderos locales la ocultación de la identidad del comprador y del precio exacto al que han vendido la arroba, dando esto lugar a semanas de especulaciones y conversaciones en los bares donde estas gentes se reúnen.

Más allá del aprovechamiento porcino⁶, puede encontrarse alguna que otra explotación que se centra en la producción de leche de cabra en un régimen que podría calificarse de “semi-intensivo”. Esto debido al predominio de la estabulación y del consumo de piensos. Sea como fuere, algo que sí es común a todas las explotaciones medianas es la relevancia que adquiere la extracción del corcho de los alcornoques de sus dehesas. Aunque el del corcho es otro mercado caracterizado por la volubilidad, la tónica general también es la del cíclico ingreso de sustanciosas cantidades.

⁶ Ver el apartado dedicado al cochino en el estudio de Acosta (2008) sobre la dehesa en la vecina comarca de Tentudía para ampliar la información sobre asuntos como ciclo productivo, alimentación, custodia, sanidad, etc.

3.2. El umbral de las ayudas de desarrollo rural

La situación económica de estos productores no puede más que ser calificada como acomodada. Para entender esto, no sólo debe hacerse referencia a los ingresos percibidos por la venta de cochinos, borregos y corcho. También resulta fundamental atender a las ayudas vinculadas a la PAC. En ese sentido, estos ganaderos son perceptores del mismo tipo de pagos por ganado ovino –aprovecho para recordar que la PAC no contempla pagos directos al aprovechamiento porcino– que los pequeños: pago único, ayuda para la mejora de la calidad y ayuda para compensar las desventajas específicas. Ahora bien, hay que puntualizar que se trata de unas cuantías superiores como consecuencia de su vínculo con la cabaña “histórica” de la explotación (ver capítulo 3, subapartado 4.4), más numerosa, obviamente, que la de los pequeños ganaderos.

Si la conversión a la producción ecológica es, como veremos, algo irregular en el caso de los pequeños, en el de los medianos se trata de una opción generalizada y continuada en el tiempo. Aparte del programa ecológico, la pluralidad de aprovechamientos y el tamaño de las explotaciones medianas les permite el acceso a otras ayudas agroambientales. Es el caso de las destinadas a la cría de “razas autóctonas en peligro de extinción” y, en concreto, a la raza de oveja “merina de Grazalema”. Si bien el tamaño reducido de esta oveja complica la procreación con carneros precoces por las dificultades a cuenta del parto, la percepción de unos 18 euros de ayuda por cabeza parece ser interesante para varios de estos ganaderos. De esta forma, aunque los borregos se vendan con menor peso del deseado, se explora una nueva vía de diversificación que, además, es compatible con la percepción de la ayuda de ganadería ecológica por esas mismas ovejas.

El colchón económico del que disponen estos ganaderos medianos también está en la base de la posibilidad de acceso a otras ayudas de desarrollo rural. Esto hace que estén, como me comentaba uno de ellos, “especialmente pendientes de todas las ayudas que salen”. Algunas de ellas son las ya mencionadas “ayudas forestales”, a través de las que consiguen una interesante financiación para acciones de forestación y/o trabajos silvícolas. Aunque también se produce en el caso de los latifundistas, en el de los medianos es muy común un uso claramente estratégico de este tipo de subvención:

“La administración, al final, tiene su fórmula pa llevarte a su terreno y donde quiere. (...) La gente al final no tiene más remedio que pedir esa actuación. Después tú pides un porcentaje de eso. Un 50, un 70% de la ayuda la pides en esa actuación y después el resto de actuaciones que te interesen. Entose ahí es donde está nuestra visión, a lo mejó, de cogé un poquito del propietario y decí: ‘¿Qué es lo que nesesitas aquí?’. ‘Esto, esto y esto’. ‘Pues mira, de esto lo que más puntúan es aquí, con lo cual...’. O a lo mejó no te dice nada de lo que tú le estás diciendo. Pero tú: ‘Oye mira, vamos a pedir esto’. Que hay algunos que no les interesa, otros que sí. ‘Vamos a pedir esto y, ahora, ¿nesesitas una charca? Venga, po te ponemos una charca como

cosas complementarias. Pero esto hay que pedirlo” (César, técnico gestor de ayudas, enero de 2015).

Otra ayuda es la de “modernización de explotaciones”, que financia acciones entre las que domina la construcción de infraestructuras. Vinculada al programa LEADER, pueden solicitarla a la entidad heredera del antiguo “Ecodesarrollo y Turismo” que veíamos en el capítulo anterior: la Asociación de Desarrollo Rural (ADR) Sierra Morena Sevillana. Una última ayuda a destacar sería la dedicada a la “instalación de jóvenes agricultores”, una subvención destinada a fomentar el relevo generacional en las explotaciones. Ahora bien, en la zona estudiada, más que relevo, la forma que ha adoptado el acceso a la misma es una suerte de división de la finca por la cual una parte la seguiría administrando el padre, mientras el hijo se dedicaría a la parte restante. Manteniendo la explotación en la práctica un funcionamiento integrado, el interés de acceder a la ayuda reside en que, a lo largo del compromiso mínimo de cinco años en alta exigido al joven ganadero, ésta puede suponer la percepción de unos 40.000 euros brutos que se suman al resto de rentas percibidas por la empresa.

4. LA PEQUEÑA EXPLOTACIÓN

Los pequeños ganaderos se caracterizan por explotar tierras de entre 20 y 100 hectáreas donde conviven dehesas, olivares y, en ocasiones, terrenos de huerta. Una buena parte de ellos se corresponde con aquellos “vaqueros” –o sus hijos– que tuvieron que buscar un aprovechamiento alternativo ante el declive del bovino de leche. Un contingente de un origen diferente lo forman los productores que provienen de la clase jornalera y que, hacia finales de los años ochenta y principios de los noventa, vieron en las ayudas de la PAC la manera de establecerse “por su cuenta”. Su acceso a la tierra lo permitía –y lo sigue haciendo– la cantidad de fincas de pequeño tamaño no trabajadas por sus propietarios y con alquileres asequibles. Aunque los arrendamientos son lo más frecuente, también existen casos de aparcería, sobre todo, en relación a olivares. Esta modalidad supone el usufructo agroganadero del olivar y el compromiso de realización de las labores agrícolas (tala de olivos o “márcola”, recolección, etc.) por parte del ganadero, debiendo éste entregar un porcentaje variable al propietario, en torno a un 30% en los ejemplos que conocí.

Hay que decir que, si bien exigua, también existe en el municipio una representación de explotaciones de lo que podríamos dar en llamar “neoagricultores” (ver Figura 4.2). Se trata de explotaciones montadas en las últimas décadas por personas que, por extracción social y formación, no se corresponden con aquel perfil de productores vinculados a la actividad agraria local desde su misma infancia y de extracción campesina u obrera. Su orientación productiva y/o estilo de manejo difiere de manera clara con el grueso de las pequeñas fincas ganaderas locales que constituyen el foco prioritario de esta tesis. Ejemplos

de tales experiencias “neoagricultoras” los encontramos, por ejemplo, en una huerta agroecológica situada en el ruedo y en dos pequeñas explotaciones vitícolas asociadas a la puesta en marcha de sendas bodegas dedicadas a la producción de vino. En otros casos, encontramos aprovechamiento ganadero, pero dentro de modelos claramente inspirados en la idea de “agricultura multifuncional” que, como vimos en el capítulo 3, empezó a estar en boga en torno a la década de 1990. Una de estas experiencias, capitaneada por una antigua funcionaria, aúna ganado, viña, huerta destinada a la preparación de comidas para su venta envasada y oferta de alojamientos rurales. Otra iniciativa pivota sobre el turismo rural y mantiene una diversidad de aprovechamientos agrarios que son usados como forma de autoabastecimiento y, sobre todo, como recurso turístico.



FIGURA 4.2. Hortelano (neoagricultor) llenando cajas de patatas y batatas

Fuente: Elaboración propia

4.1. La centralidad de la oveja

Los pequeños productores agrarios de Cazalla son eminentemente ganaderos ovinos. Sus cabañas oscilan entre las 100 y 300 ovejas, dependiendo del tamaño total de la explotación, de si simultanean tal aprovechamiento ganadero con otros y de si la explotación es individual o cuenta con dos personas –padre e hijo, por lo general, pero

también hermanos—. El aprovechamiento en sí consiste básicamente en el mantenimiento de rebaños de ovejas para la producción de corderos destinados a la venta.

Los ganaderos suelen acudir temprano a sus explotaciones para introducir a sus ovejas en parcelas alambradas donde pastan libremente (ver Figura 4.3) hasta ser recogidas por la tarde –más temprano o más tarde según la laboriosidad del ganadero– en cercados o cobertizos donde se les llenan comederos con pienso para ofrecerles un aporte complementario. Antes de soltarlas por la mañana, el ganadero suele revisar si se ha producido algún parto o alguna oveja muestra signos de enfermedad o de ataque por parte de alguna “alimaña”. También se encarga de revisar a las ovejas paridas y a sus corderos, que suelen encontrarse aparte para que las primeras no puedan aborrecer a los segundos. Dado que la preferencia es por un engorde rápido de los corderos, dichas ovejas se alimentan casi en exclusiva de pienso y el ganadero se asegura de que no les falte el suministro. Los corderos empezarán a ser complementados con dicho alimento una vez alcancen los diez kilos aproximadamente, pero ello no obsta para que, llegados a ese peso y habiendo cubierta vegetal, se los deje pastar libremente junto a sus madres.



FIGURA 4.3. Ovejas pastando en los llanos de una dehesa

Fuente: Elaboración propia

A lo largo del día, el ganadero se enreda en un sinfín de actividades que varían según el momento del año y las necesidades de los animales y la explotación. Dichas prácticas pueden ir desde el almacenamiento de sacos de pienso al arreglo de alambradas rotas, del arranque de matorral al cuidado del huerto, de la siega de alfalfa verde para las ovejas a la “márcola” de olivos, etc. Como decía un antiguo vaquero, “en el campo siempre hay algo que hasé”. A pesar de la cantidad de actividades en que estos productores se ven envueltos, domina en su ejecución la parsimonia y la pausa. Continuidades de aquel tiempo que Thompson (1967) entendía como una “orientación al quehacer”, como una sucesión de actividades que no se experimentan como compartimentos estancos gobernados por el reloj, sino como un continuum en el que los ritmos imprimidos caben casi en exclusiva al ganadero. En ese sentido, no era infrecuente que, durante la fase del trabajo de campo en que entré como “ayudante” de dos explotaciones, volviera a casa pasadas las 4 de la tarde cuando acompañaba por la mañana o al borde de la madrugada cuando lo hacía por la tarde.

En relación al manejo de las parideras, hay que decir que, frente a la concentración de los nacimientos en otoño del modelo “pre-modernización”, en la actualidad se encuentra vigente aquella desestacionalización que veíamos como una de las formas de intensificación que siguió a la crisis de la dehesa clásica. Si bien esta opción busca el incremento de la tasa de nacimientos, frecuentemente se salda con una tasa similar a la antigua –un parto por oveja y año– y ello al precio de la desconexión con el suelo de la explotación y la consiguiente dependencia de piensos y pajas externos (De los Llanos, 1984: s. p.). Ésta es la razón de que muchos pequeños ganaderos concentren sus esfuerzos en la consecución de partos gemelares. Dada la creencia en que las ovejas mellizas tienen mayor predisposición a engendrar mellizos, una práctica muy común es la preferencia por dichas corderas en relación al renuevo de los rebaños:

“Entramos en la cuadra por la entrada donde está el pienso y observa una escalerilla que cree que puede caérsele a un borrego durante la noche, con lo que entra y la aparta en un rincón. Se vuelve hacia mí y reafirma que es por cosas así que a una explotación ganadera ‘se le puede sacar lo que hay que sacarle’, que él estima en un borrego y medio por oveja y año. Dice no saber cómo se las arreglan esos ganaderos que no se preocupan y sólo son capaces de sacar un borrego por oveja y año. Para ser ganadero, hay que levantarse temprano y llegar a casa tarde, después de dejar preparado a todo el ganado. Hay que encerrarlo todas las noches para no perder borregos, hay que apartar las ovejas con mellizos y cuidar especialmente a éstas, hay que quedarse de noche si las ovejas están de paridera por si hay que ayudar a parir a alguna oveja... Él, cada noche que llega a casa, apunta los borregos que han nacido para llevar una contabilidad exacta. Ahora, por ejemplo, de unas 52 ovejas paridas ha sacado 74 borregos. Le respondo que está prácticamente en el borrego y medio por oveja. Aquellos que no hacen todo esto, para él, ‘son ganaderos de aquí’ y con la mano derecha se agarra la garganta” (Diario de campo, febrero de 2014).

Pasando a la cuestión de la comercialización de los corderos⁷, existen fundamentalmente dos vías. Una de ellas es la que ofrece Sierracoop, la cooperativa de ámbito comarcal que surgió en la década de 1980. Con el tiempo, la cooperativa ha ido aumentando el número de socios: de 41 fundadores a los más de 500 socios actuales. Para entregar corderos en la cooperativa, es necesario estar asociado, lo cual implica a su vez un contrato de exclusividad. El procedimiento consiste básicamente en transportar los animales hasta el “centro de tipificación” de la cooperativa, situado en la propia Cazalla, donde los corderos son categorizados en función de ciertos criterios de calidad y donde pasan varios días hasta su salida en dirección a cebaderos o mataderos del centro de España. Aprovecho para puntualizar que en dicho centro no se ha implementado una diferenciación entre corderos convencionales y ecológicos, dada la aún testimonial demanda de carne ovina ecológica. Esto significa que todo cordero certificado en ecológico que llega a Sierracoop pasa directamente a comer pienso convencional y es vendido como tal.

Para muchos ganaderos, la principal ventaja de la cooperativa de corderos se relaciona con la comodidad:

“Tengo dos y dos llevo, y tengo veinte y veinte llevo, o treinta [treinta]. Un chorreo [goteo] que yo tengo. (...) Es que es argo, quillo, que de verdá sinseramente yo ya me he acomodao a eso y no... Claro, er dinero me lo ingresan en la cuenta, ¿sabes lo que te digo? De los borregos y de las tres o cuatro cosillas. Y de allí se llevan er dinero der pienso. Yo muchas veces no llevo ni la cuenta siquiera de las cosas. Pero yo voy y saco pienso, me lo llevo pa allá y me lo descuentan de la cuenta. Llevo borregos: cuando llega la hora, a los cuarenta o cincuenta días, ‘pum’, me lo ingresan en la Caja, en la cuenta [corriente]. Y así trabajo. Estoy acomodao en eso y no he hecho por moverme más tampoco. Porque ar fin y ar cabo es casi la misma” (Andrés, 53 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

A la par, existe un descontento generalizado entre muchos socios con la gestión de la cooperativa. Algunas críticas van dirigidas al precio de los piensos, que, aún siendo producidos por la cooperativa, son más altos que algunos de los que pueden adquirirse en el mercado. También, a los recargos que se introducen en los precios de los insumos –paja, “estribas” para la carga de lana, etc.– que la cooperativa facilita a los socios. La impresión de muchos socios y ex-socios es de que existe una gestión empresarial que, en lugar del abaratamiento de costes y apoyo al socio que toda iniciativa cooperativa debería colocar en el centro, se aprovecha de los cooperativistas vía inflamiento de los precios de los insumos facilitados. En relación a los corderos, las quejas más comunes tienen que ver con el hecho de que los pagos lleguen varias semanas después de entregados los animales, y que los

⁷ Para profundizar en el estilo de manejo del ganado ovino en este sector de Sierra Morena, consultar el detallado apartado dedicado al asunto por el ya mencionado estudio de Acosta (2008).

precios se sitúen frecuentemente por debajo de los ofrecidos por los compradores de corderos que operan en la comarca.

Estos compradores constituyen la segunda vía de comercialización a la que apuntaba. Disponen de puntos de recogida en un municipio cercano a los que, al inicio de mi trabajo de campo, debían desplazarse los ganaderos locales que se decantaban por esta opción. Más adelante, el más importante de esos compradores adoptó un nuevo sistema por el que se habilitaba un punto de recogida en la misma Cazalla un día a la semana. Aparte de ofrecer precios algo más altos, estos personajes pagan de manera más rápida y no penalizan, como sí hace Sierracoop, la entrega de corderos pequeños. Esto es fundamental, porque la preferencia de muchos ganaderos es por la salida de los corderos en el momento en que comienzan a precisar alimentación complementaria a la leche materna. Como me decía uno de mis interlocutores: “Nosotros, cuando tienen onse, onse kilos y medio, ya están sumbando fuera”. Esta estrategia les permite ahorrar en pienso y que la oveja se encuentre más rápidamente en disposición de volver a preñarse.

Todo ello explica que los “turistas” –como son llamados aquellos compradores por algunos ganaderos por su condición de foráneos– conformen la principal vía de comercialización de corderos de la comarca por encima de Sierracoop. Dichas ventajas comparativas llevan, incluso, a que algunos socios de ésta desafíen la prohibición de “vendé por fuera”:

“Le pregunto por Sierracoop. Él entre risas dice que ya no está: ‘Me echaron, o me salí...’. E inmediatamente después aclara que estuvo en el principio, después se salió, volvió a entrar y ahora está fuera de nuevo. ‘No me aparto, es bueno’. Para él una cooperativa es buena porque permite al productor tener más capacidad de negociación con el comprador y esto es vital en el caso de la profesión de ganadero, en la que ‘no te puedes quedá con los cochinos o los borregos, sabes que los tienes que echá fuera’. Le pregunto la razón de no ser socio y él contesta que se debió a que no cumplió la obligación de vender los borregos a la cooperativa al venderlos ‘en la calle’. Y esto porque ‘en la calle’, le daban más dinero por sus borregos” (Roberto, 59 años, pequeño ganadero, junio de 2014).

Ahora bien, esta vía presenta inconvenientes también, como la renuncia de los “turistas” a comprar lo que se denomina “borregos malos”, categoría en la que se suelen englobar los ejemplares que presentan alguna discapacidad (cojera, falta de ojo o de pierna...). Junto a la comodidad de la que hablaba, este tipo de inconvenientes forman la base de la opción de muchos pequeños por Sierracoop⁸.

⁸ Dada la dificultad de comprobar las ventas “por fuera” de la cooperativa, a fines de 2013 se puso en marcha un sistema de penalización a la baja productividad que obligaba a cada socio a entregar anualmente un índice de 0,6 corderos por oveja en relación al total de su cabaña. Si no alcanzase este mínimo, el socio se veía obligado a pagar 3 euros por cordero hasta alcanzar aquel 0,6.

4.2. Otros aprovechamientos, otras dedicaciones

Algunos de estos pequeños ganaderos simultanean el aprovechamiento ovino con el caprino de leche, realizando un manejo de este último bastante similar al primero (ver Figura 4.4). En relación a ambos tipos de ganado, es común que explotaciones con posibilidades de riego dediquen algunas zonas de llanura al cultivo de veza-avena y, en menor medida, de alfalfa, con el fin, por lo general, de autoproducir pacas de paja. En relación a otros aprovechamientos ganaderos, destaca el porcino. Muchos de estos ganaderos crían cada año algunos cochinos para “er gasto de la casa”.



FIGURA 4.4. Pequeño ganadero ordeñando cabras

Fuente: Elaboración propia

Lo que no es tan común es la cría de cochinos para comercialización, dada la necesidad de disponer de remanente económico para hacer frente al pago de las cantidades de pienso exigidas y al riesgo asociado a la inestabilidad de este mercado y, por tanto, de los precios recibidos. En este sentido, raro es el caso de un pequeño ganadero dedicado al porcino en moldes similares a los de los medianos:

“Moví los cochinos, pero me pegaron un palo y... (...) Yo estuve dos años y, ar finá, ya te digo. Y entose tú trabajabas pa er corredó. No trabajabas... Y ya, po la verdá... Gracias a Dios no le perdí dinero. Como dise aquí, una arcansía [hucha]: lo metí, lo cobré. Pero que no. Después

te pagan los guarros a lo mejó a cada tres meses, o seis meses. Tú tienes que pagá er pienso... [*acompaña esto con unos golpes en la mesa que representan la acción de pagar*] Sacarlo de Sierracó [Sierracoop] y lo tienes que pagá. Entose, no es iguá que la oveja. La oveja, si tienes olivo, olivo [*ramón de olivo*], y si tienes heno, heno. Que no... ¿Comprendes? (...) Que hoy quieres echarle un saco de taco [*pienso granulado*], se lo echas. Pero er guarro tiene que comé tos los días, como lo tengas enserrao. Y ahí, ya te digo, ahí me pegaron un palo y entose dije: ‘Ya se acabó’” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Más frecuentes son los casos de simultaneidad entre aprovechamiento ovino y cría de cochinos a reposición. Esta modalidad consiste en el engorde de cochinos de otros productores porcinos –normalmente, grandes empresarios foráneos– a cambio del pago de un precio prefijado por el peso puesto por los animales durante su estancia en la finca del pequeño ganadero. Por regla general, éste asume el trabajo y el gasto en pienso, mientras el primero se hace cargo del suministro de este alimento y del resto de desembolsos, como vacunación, certificación de los animales en la categoría “cerdo de bellota”⁹, etc. Si esta modalidad de “semiproletarización”¹⁰ se circunscribía en su versión “tradicional” a la montanera –con cerdos que entran a comer bellota con unas 9 arrobas (103,5 kilos) en torno a octubre o noviembre hasta llegar a las 15 arrobas (172,5 kilos) aproximadamente–, en los años en que desarrollé el trabajo de campo comenzó a extenderse otra modalidad por la que los pequeños ganaderos se hacían cargo de casi todo el proceso de engorde al recibir a los cochinos en torno a marzo y con sólo 2 ó 3 arrobas de peso (23-34,5 kilos).

Dentro de la importante horquilla que configuran esta diversidad de situaciones, ha de decirse que la situación económica de estos ganaderos es ciertamente frágil. Así, es común que las ganancias netas provenientes de las ventas de ganado sean insuficientes, hallándose en la mayoría de casos por debajo de los 3.000-5.000 euros anuales. Esto hace que el conjunto de pagos directos de la PAC –pago único, ayuda para la mejora de la calidad y ayuda para compensar las desventajas específicas–, que suelen oscilar entre unos 4.000 y 6.000 euros anuales para estas explotaciones, se convierta en un ingreso indispensable. Ahora bien, no siendo tampoco la suma de ambos ingresos suficiente para una situación

⁹ Esta certificación es requerida a efectos de etiquetado de los productos derivados y se encuentra regulada por la llamada “norma de calidad del ibérico”. Dicha norma estuvo regulada por el Real Decreto 1469/2007, de 2 de noviembre, hasta 2014 en que se aprobó una nueva a través del Real Decreto 4/2014, de 10 de enero. Para un análisis de esta nueva norma desde un enfoque antropológico, véase Amaya (2015).

¹⁰ Para una reflexión interesante sobre este tipo de relaciones de producción desde la antropología económica, ver Narotzky (1997/2004: 275-279). Ni que decir tiene que entre los medianos ganaderos no existe la modalidad a reposición, dado que el colchón conformado por su mayor holgura económica les permite adelantar el capital suficiente para la compra de lechones y piensos, y esperar hasta que se producen los pagos por parte de los compradores.

económica desahogada, estos ganaderos se ven en la tesitura de buscar otros ingresos complementarios.

Podría pensarse que un recurso complementario a su disposición sería el abanico de ayudas de desarrollo rural –forestales, de modernización...– que mencionaba más arriba. No obstante, se dan una serie de circunstancias relacionadas con el diseño de los programas que en la práctica hacen inviable su acceso a ellos. Una de esas cuestiones se relaciona con el hecho de que las ayudas se ingresen una vez finalizada la obra, lo cual obliga a disponer de liquidez propia o de acceso al crédito y, por tanto, desincentiva la solicitud de los ganaderos humildes. También supone un freno la contradicción entre el creciente intento de priorización del sector y el simultáneo favorecimiento de las explotaciones que cuentan con planes de ordenación de montes y certificados de gestión forestal sostenible, dos elementos cuyos costes, de nuevo, están solamente al alcance de los ganaderos acomodados. Por último, hay que hacer alusión a la necesidad de contar con ayuda técnica para la confección de las solicitudes. Aunque cooperativas y organizaciones profesionales agrarias, en ocasiones, ponen a disposición de sus socios un servicio de asesoría que constituye la única vía posible para los pequeños, el problema es que los técnicos que suelen contratar no tienen la misma experiencia que los estrictamente privados y ello da lugar a que sus solicitudes reciban puntuaciones insuficientes.

La frase “der desarrollo rurá sólo saca dinero quien ya tiene dinero”, moneda común en la zona, sintetiza bien esta situación. Una situación que es una fuente de agravio e indignación para los pequeños, y que contribuye nuevamente a actualizar los elementos antilatifundistas y antiabsentistas que se encuentran fuertemente arraigados en el sentido común de estos ganaderos:

“Mira, er tema de las subvenciones, Ennesto, te voy a desí una cosa. Es sierto que yo lo cobro. No te voy a desí que... Sobre unos dos mil euros me dan a mí al año por las sientos y pico de ovejas que tengo. Pero eso también es un cuento de la tía Carlota, ¿sabes? Las subvenciones son toas pa los grandes terratenientes, pa los ricos, son todas. Se acabó er cuento. Porque si a mí me dan esa miseria [es] porque tienen ya ese compromiso de hase ya a lo mejó quince años o veinte que lo tengo yo y siguen ahí machacando. Porque ar fin y ar cabo es una miseria. Pero los dineros de verdá son pa er que tiene mir quinientas o dos mil ovejas, ¿tú me entiendes? Que ése es er que se lleva to er pasté. O er que tiene dosientas o tresientas vacas, que cada vez que coge, cobra la subvención, se compra arguna finca. O un coche de primera gama, se compran cada vez que cobran la subvención. Y se lo dan a los ricos. Las subvenciones, si hay de tala, a los ricos. Si es pa quitá monte, pa los ricos” (Andrés, 53 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Y comparaba esta situación con la de los pequeños ganaderos:

“A nosotros no, a los pobres, a los chiquetitos no. Yo la he pedío muchas veces pa limpiá monte allí, pa quitá er monte, a mí nunca me han, me han... (...) Yo la he pedío de dos formas. La pedí yo una vez, como arrendatario de allí, y otra la pidió er dueño de aquello. Y de ninguna de las dos formas vino. No vino, nunca vino. Ya ves, que las subvenciones debían ser, lógicamente, para... pa ayudarle ar que empieze, ar que tiene poco, echarle una manita y tal y cuá, pa er que tenga er campo limpio, lo tenga en condisiones, lo tenga preparao”.

Sin acceso a esta opción, la necesidad de ingresos complementarios de los pequeños ganaderos suele resumirse en la exploración de dos vías, las cuales son compatibles, pero no forzosamente simultáneas. La primera es la de la salarización esporádica en la campaña de recolección de aceituna, en la temporada de tala y/o en la de descorche. La segunda se relaciona con las posibilidades que ofrece la ayuda de producción ecológica certificada (González de Molina, 2012: 170). Profundizaré en las implicaciones culturales y prácticas de la exploración de esta vía en el capítulo 8, al hilo de la reflexión sobre la entrada en ese programa agroambiental.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: JERARQUIZACIONES Y SOCIABILIDADES GANADERAS

En este capítulo, he esbozado una distribución tripartita de los sectores sociales que usufructúan actualmente la tierra cazallera. Más allá de la existencia de unos agricultores a tiempo parcial vinculados a pequeñas parcelas de olivar y huerta, el grueso de las explotaciones se divide entre latifundistas, medianos ganaderos y pequeños ganaderos.

Un dato a retener tiene que ver con el “absentismo” del sector latifundista actual en un sentido doble. Por un lado, por su desvinculación geográfica respecto del municipio. La gran mayoría de ellos no reside en Cazalla de la Sierra o su comarca, y a ello hay que añadir que los titulares de las grandes explotaciones, en ocasiones, ni siquiera son personas, sino sociedades. Por otro lado, absentismo en el sentido “regeneracionista” del término, es decir, como el subaprovechamiento de las posibilidades de las grandes fincas en términos productivos a consecuencia ahora del predominio de la orientación cinegética y del rentismo relacionado con los aprovechamientos corchero y bovino¹¹.

La conjunción de ese doble absentismo con el disfrute de diversas ayudas forestales ligadas a la PAC está en la base de un fuerte sentimiento de agravio por parte de los ganaderos locales. Tanto en este capítulo como en el anterior hemos constatado cómo el clásico discurso antilatifundista y antiabsentista se revitaliza y he de decir que también

¹¹ Resulta curioso que, en comparación con los tiempos en que escribía Pascual Carrión, sea actualmente cuando la realidad del latifundio (serrano) se asemeje más a una imagen “absentista”. Para una crítica desde la historia ambiental a las tesis regeneracionistas en relación al problema de la tierra, ver González de Molina (2014).

franquea los límites de los humildes para ser acogido también por el sector de los medianos ganaderos, curiosamente, aquél que, de manera dominante, proviene genalógicamente del antiguo latifundismo local. Uno de los ganaderos adscribible a dicho sector me decía, por ejemplo, lo siguiente:

“Los únicos que se salvarían si dejase de habé ayudas serían los grandes, porque no se dedican a las fincas de verdá. Son argo secundario pa ellos. A lo que se dedican es a jugá con er campo y si un año les da por ahí, meten las vacas a comé bellota. O hasen otra cosa... Argunos la verdá es que llevan una administrasión fantasiosa de sus fincas” (Jaime, 36 años, mediano ganadero, noviembre de 2014).

Existe, por tanto, una línea de separación crucial entre el latifundio y los sectores ganaderos locales. Estos últimos comparten espacios de sociabilidad, como reuniones de temática agraria y puntos de comercialización, ya sean éstos la cooperativa o los habilitados por los compradores foráneos. Con el tiempo, ese roce y la inexistencia de situaciones de dependencia han ido generando una cierta identidad sectorial, ganadera, por la que pequeños y medianos entienden que comparten dedicación e intereses. Por otro lado, los mencionados espacios colectivos también sirven para generar opinión y hacerla circular. En el próximo capítulo, me adentraré en una de las consecuencias de esa elaboración discursiva colectiva, que tiene que ver con la internalización de argumentos sostenibles que he dado en llamar ecologización y que es una suerte de táctica compartida por pequeños y medianos.

Ahora bien, estos casos de cierta convergencia discursiva y, hasta cierto punto, identitaria no borran lo que denominaré con Thompson (1978, 1978/1981) “experiencia de clase”, entendiendo aquí clase como una posición dentro de una topografía social que se encuentra caracterizada por la desigualdad, una posición que, en ese sentido, contiene un potencial de activación en términos identitarios. En el caso de los pequeños, existe una clara conciencia de una posición que está marcada por el conjunto de factores comunes que dibujan el tamaño de sus fincas, sus aprovechamientos, acceso a ayudas, salarización, fragilidad económica, etc. Esa conciencia es explícita en la autoidentificación como “chicos”, “chiquititos” o incluso “pobres”.

Esta construcción es alimentada por la sociabilidad en los mencionados espacios colectivos, pero a ellos habría que añadir ahora uno crucial y del que la mayoría de los medianos se excluye: los bares. En ellos, los pequeños ganaderos se juntan con jornaleros y otros trabajadores locales, en reducidas agrupaciones, cambiantes de un día para otro en muchas ocasiones, que se sostienen sobre la institución de la “convidá”: uno de los presentes pide al camarero que sirva una ronda de bebidas a sus compañeros y la liturgia manda que

cada uno de ellos debe hacer lo propio sucesivamente¹². El bar se constituye, así, en el locus fundamental de la construcción de masculinidad (Driessen, 1991), a través, como afirma González (2013) de la reproducción de vínculos “fraternos” por los que los hombres se reconocen entre sí como un colectivo aparte, con dedicaciones y aficiones diferentes y superiores a las de las mujeres. Y ello se imbrica con la dimensión del bar como lugar donde se intercambian pareceres sobre la futura cosecha de aceitunas, se dan y reciben consejos sobre la prevención de ciertas enfermedades, se cotillea sobre a cuánto habrá vendido “fulanito” los cochinos este año, etc.

Este intercambio es parte fundamental de aquella experiencia de la posición social. No sólo porque los ganaderos acomodados están, por regla general, ausentes y la sociabilidad se produce en un ambiente netamente subalterno conformado por obreros y pequeños ganaderos, sino también porque entre ambos sectores se produce un reconocimiento de temas y preocupaciones comunes. A ello contribuye, por supuesto, la dimensión temporal, es decir, una repetición en el largo plazo que opera la consolidación de dicha experiencia colectiva. Todo ello significa que, a pesar de verse formando parte ocasional y situacionalmente del mismo colectivo que los ganaderos acomodados, esto se yuxtaponga con el trazado de una clara línea de separación respecto a ellos.

Esta reflexión sobre las identidades sociales superpuestas de los ganaderos locales no es baladí. Será de gran ayuda para entender las variables dinámicas de relación con lo ecológico que veremos en los próximos capítulos.

¹² Para profundizar en la “estricta etiqueta” que rige esta forma de beber, ver Driessen (1991: 713-714). Ver Escalera (1990) para un estudio sobre sociabilidad en los casinos y peñas de las entidades asociativas de la comarca sevillana del Aljarafe.

CAPÍTULO 5

ARTICULAR PALABRA.

Ecologización ganadera, conflicto y perlaboración discursiva

... nociones de las que el pueblo (...) se hacía eco
tan estrepitosamente que las autoridades eran,
en cierta medida, sus prisioneras

E. P. Thompson, “La economía moral de la multitud”

1. INTRODUCCIÓN

Una mañana cualquiera se encontraba Tomás en el carril que conducía a una de las pequeñas fincas que arrendaba para sus ovejas. Tenía intención desde hacía varios días de “limpiar” las zarzas que habían crecido bajo las dos hileras de álamos que flanqueaban ese tramo del camino. Por fin había encontrado un momento. Mientras las cortaba, pasó por allí el propietario de una finca cercana, Marcos. Este vecino no era ganadero, sino médico. Tampoco vivía de manera permanente en el municipio. Aunque creció en ella, después de irse a estudiar a la ciudad, pasó a establecerse en el municipio donde consiguió su plaza de funcionario. Ahora bien, nunca había cortado el vínculo con su pueblo de origen. Marcos, además, era un personaje relativamente célebre por su activismo en el movimiento ecologista andaluz.

Quizás fuera éste el motivo que lo llevó a parar el coche y pedirle a Tomás que no siguiese cortando las zarzas. El ganadero le preguntó la razón y Marcos le explicó que las zarzas jugaban un papel muy importante en el mantenimiento de la diversidad de especies de los campos circundantes. Tomás replicó que dejar las zarzas allí significaría arriesgarse a que cualquiera se pinchase. Le preguntó si creía que dejar las zarzas sin cortar le hacía más “ecológico”, la palabra que Tomás emplea de manera intercambiable con el término ecologista. Sin esperar la posible respuesta, el ganadero sacó unas bellotas que casualmente tenía en el bolsillo y le espetó: “Mira, éste es el ecológico. Que fui allí, en aquella barranca, y siembro una bellota. Allí, a lo mejó siembro otra. Pero, ¿tú? ¿Sabes el ecológico que eres tú? Un ecológico de cartera. Que to [todos] los meses no te farten los billetes”. Marcos, enfadado, no quiso responder. Volvió al coche y al parecer no ha vuelto a dirigirle la palabra a Tomás.

Esto me contaba el ganadero durante una entrevista. Quizás el choque con Marcos no se produjera exactamente así; quizás sí. De cualquier manera, lo que me interesa del mismo no es tanto su veracidad como el hecho de que, en relación a la disputa, el argumento que el ganadero dijese emplear fuese de carácter claramente sostenible: la siembra de bellotas en diferentes zonas con pendiente, presumiblemente con la intención de amortiguar las dinámicas erosivas. Esto es un buen indicador del fenómeno de ecologización ganadera que será el objeto de este capítulo. Entiendo por ecologización el proceso de internalización por determinadas poblaciones de prácticas y lenguajes (Leite Lopes, 2006: 34) asociados a la sostenibilidad en cuanto formación discursiva y, en concreto, en su aplicación al ámbito agrario, lo cual se relaciona con la categoría emic de “agricultura ecológica”.

Esta asimilación de lo sostenible-ecológico en sociedades impactadas por políticas verdes no es ninguna excepción. Si bien pudiese parecer a primera vista que el usual rechazo por parte de los sectores locales afectados hacia dichas iniciativas podría conllevar la aversión al discurso en que se apoyan, los hallazgos de la antropología de la conservación realizada en el contexto español –y no sólo– vienen señalando en la dirección contraria. El fenómeno “ecologizador” ha sido comprobado de manera recurrente, como ponen de manifiesto los estudios etnográficos de Coca (2008, 2014), Cortés (2012), Díaz, Santana y Rodríguez (2015), Santamarina y Beltran (2016), o Valcuende, Quintero y Cortés (2011)¹.

Uno de los marcos más relevantes en la aproximación a este tipo de procesos es el de la *environmentality*. Como decía en el capítulo 1, este marco foucaultiano relaciona la asimilación de lo ambiental y lo sostenible en zonas de implementación de políticas ambientales con una gubernamentalidad que, habilitando el desarrollo de prácticas “conservacionistas” y de nuevos intereses, resultaría en la adopción de una subjetividad ambiental por las poblaciones afectadas y, por lo tanto, en un exitoso ejercicio de sujeción al Estado y sus tecnologías de poder (Agrawal, 2005).

Un enfoque diferente lo encontramos en la propuesta de Ruiz, Valcuende, Quintero, Cortés y Rubio (2009), que se preocupa por el papel de la percepción –“en el sentido más físico y sensorial” (ibid.: 149)– sobre las transformaciones a nivel representacional relacionadas, en este caso, con la categoría “naturaleza”. A partir del estudio de dos comarcas andaluzas –la Cuenca Minera onubense y el PN Cabo de Gata-Níjar– marcadas por el abandono productivo y cierta turistización, estos autores reflexionan sobre la asimilación de dicha categoría por parte, respectivamente, de ex-mineros y ex-campesinos. El efecto combinado del fin de la actividad transformadora del medio y el contacto con la mirada del turista –característicamente paisajística– habría conducido a un cambio en su “marco perceptivo” sobre el cual pivotaría la reinterpretación de sus entornos en términos

¹ Ver Beltran y Santamarina (2016) para una revisión reciente sobre el campo de estudios de la antropología de la conservación en España.

de naturaleza(s). Ya a nivel estrictamente discursivo, frente a lecturas binarias de la relación entre naturaleza y cultura, ex-mineros y ex-campesinos situarían en el centro de sus representaciones la intervención antrópica. Esto los conducía, en el primer caso, a entender como natural el paisaje minero y, en el segundo, a dar una vuelta de tuerca para categorizar como naturaleza los antiguos paisajes agrícolas ganados al desierto frente a la “degradación” que supondría el actual avance de éste (ibid.: 163).

Algunos de estos antropólogos profundizarían posteriormente en el carácter político-discursivo de la “naturalización” en el caso del ya mencionado PN Cabo de Gata-Níjar. Valcuende et al. (2011) –también la tesis doctoral de Cortés (2012)– entienden que la “naturalización” tiene que ver con el rechazo por parte de la población autóctona a la exclusión de la apropiación agraria del medio y a la simultánea priorización institucional de los usos turísticos de tipo submarino, paisajístico, etc. Atravesada por la identidad local, las memorias y los vínculos emocionales, una naturaleza de “los de dentro” emerge para oponerse a la del desierto prístino que sugieren los discursos turísticos y/o neorrurales sobre este PN andaluz. Ahora bien, ello no quiere decir que nos encontremos con dos compartimentos estancos. La propia naturalización sería indicio de ello, pero también el hecho de que la idea de protección se comparta, si bien asociada a sentidos dispares: en un caso, protección se hace equivaler con la labor conservacionista del PN; en el otro, con la labor agrícola que tal conservacionismo impide².

Frente al marco simplista de la *environmentality*, considero de gran interés la indagación de estos autores sobre las dinámicas políticas de los fenómenos de naturalización y ecologización³. En este capítulo, partiré de las aportaciones de esta perspectiva para intentar dar algunos pasos adelante. Detectando una falta de elaboración teórica en dichos estudios, uno de mis objetivos será precisamente dotar a esta perspectiva “político-dialógica” de un marco que permita acceder mejor al detalle de las construcciones discursivas observadas. Por otro lado, aunque estos autores sean conscientes del carácter relacional de los discursos en liza, en sus estudios se produce una cierta predilección por una metodología “lingüística” (Martín, 1998) como la entrevista. Frente a esta tendencia, el énfasis aquí se alejará de los discursos para colocarse sobre las prácticas discursivas, es decir, sobre la localización de los discursos en contextos interaccionales concretos. En este

² Más recientemente, algunos de estos autores han proseguido su exploración de los procesos de naturalización a través de un enfoque centrado, no ya en lo perceptivo-sensorial o lo discursivo, sino de vocación fenomenológica, interesado en las acciones a través de las que la naturaleza se practicaría o, en palabras de Ruiz (2018), se “consumaría” (Cortés y Ruiz, 2018; Ruiz, 2018; Ruiz y Cáceres, 2016).

³ Naturalización refiere a la asimilación de la categoría naturaleza. El fenómeno en el que profundizo, pudiendo contener esa asimilación, tiene más que ver con la internalización de las ideas de protección, de límites a la intervención humana, de equilibrio ecosistémico, etc. Es por esta razón que entiendo como más adecuado el término ecologización.

sentido, dominarán los escenarios como las reuniones informativas y/o deliberativas de temática agroambiental, las cuales a su vez deben entenderse como “arenas”, es decir, como espacios de encuentro entre actores con trayectorias diferentes que se caracterizan, de manera crucial, por las luchas en torno al control de unos recursos a los cuales se atribuye un valor compartido (Olivier de Sardan, 2005: 186).

2. CAMPOS EN CONSERVA(CIÓN)

Como sugieren los estudios revisados arriba, en los procesos de ecologización es crucial el contacto con nuevas formas de percibir y entender el medio provenientes del exterior. Una de las más potentes es, sin duda, la puesta en marcha de áreas protegidas, las cuales contribuyen a generalizar una idea de relación con el medio en términos de “protección” y “conservación” del mismo. También en el caso de los ganaderos cazalleros, el PN es indisociable de su proceso de internalización de lo sostenible-ecológico. Ya vimos en el capítulo 3 el impacto que siguió a la declaración de dicha figura de protección en 1989. A modo de telón de fondo de la indagación sobre la dimensión político-discursiva de dicho proceso, considero importante profundizar en la forma como el PN era experimentado por las poblaciones agrarias locales en los momentos en que realicé mi trabajo de campo.

En esos momentos, la acción del PN se encontraba regulada por un PORN y un PRUG que fueron aprobados en 2004⁴. Aunque los cambios no significaban ninguna ruptura respecto a la primera planificación (de 1994), ahora la zonificación consistía en una agrupación de tipos ecosistémicos y en su renovada jerarquización en función de los “valores ambientales” que se les adscribían. Las “zonas de reserva” o “zonas A” se identificaban con espacios muy localizados y excepcionales por sus valores geológicos, paisajísticos y/o en materia de biodiversidad. Las “zonas forestales de elevado interés ecológico” o “zonas B1” se correspondían con zonas fluviales que, aún siendo similares a algunos espacios catalogados como zonas A, eran objeto de menores restricciones como consecuencia del reconocimiento de un uso antrópico continuado. Las “zonas forestales de singular valor paisajístico y ambiental” o “zonas B2” eran las dehesas y otras formaciones como el bosque de quercíneas matorralizado, el matorral noble o los pastizales. Por último, en las “zonas de regulación común” o “zonas C” se agrupaban los espacios que la planificación entendía de menor valor y que se identificaban con las zonas agrícolas – huertas, olivares, viñas...–, con los eucaliptales e, incluso, con las infraestructuras viarias (ver Anexo 1).

⁴ Decreto 80/2004, de 24 de febrero. El PORN tiene una vigencia indefinida, mientras que el PRUG la tenía de ocho años, siendo prorrogada otros ocho años más por la Orden de 9 de marzo de 2012 de la Consejería de Medio Ambiente.

Existía una jerarquización entre las distintas categorías, siendo uno de los objetivos fundamentales de la planificación el fortalecimiento de las zonas B2 –dehesas, formaciones de matorral noble...–, que implícitamente se entendían como una suerte de vocación natural de la comarca. Esto se hacía evidente en la imposibilidad en dichas zonas del cambio desde el uso forestal al agrícola⁵, lo cual “congelaba” a estas zonas en el aprovechamiento silvopastoril como única posibilidad. Ello no sólo obviaba la relevancia histórica de los cultivos (ver capítulo 2), sino que, sobre todo, hacía caso omiso de alternativas agrícolas mucho más recientes.

Una buena ilustración de los problemas a que esta lectura da lugar se relaciona con la solicitud de plantación de vides por parte de los propietarios de una de las antiguas “colonias”. En los años noventa, para dar inicio a un proyecto de bodega para la fabricación de vino de calidad la cubrieron de diferentes variedades de viña –merlot, pinot noir, tempranillo, cabernet sauvignon...–. Sólo dejaron una parcela de una hectárea fuera de sus planes. En torno a 2013, decidieron plantar este pequeño pedazo de tierra. En función de la inexistencia de otra vegetación que no fuese el pasto, la parcela había sido catalogada como zona B2 por el PORN, con lo que el PN vetó el cambio de uso. Ahora bien, esta prohibición se hacía en un área que durante buena parte del siglo XX había estado dedicada al cultivo vitícola y sólo en el último tercio del mismo había dejado de ser un paisaje dominado por las parras. Y, lo que era peor a los ojos de los productores agrarios locales, se hacía sobre un terreno adyacente a otro ya cubierto de vides y, por lo tanto, con las mismas potencialidades para el cultivo de las mismas que el primero.

Sea como fuere, son los trabajos forestales que se realizan en el PN –predominantemente en las zonas B2 y, en concreto, en las dehesas– aquéllos alrededor de los cuales existe una mayor fricción. Uno de los elementos más polémicos se relaciona con el hecho de que el ganadero o propietario tenga que solicitar permiso al PN para realizar dichos trabajos. Muchos ganaderos sienten esto como un menoscabo de su autonomía. Ahora bien, su malestar tiene que ver, sobre todo, con el procedimiento. Cada trabajo a realizar –una tala, un descorche, un entresaque, un desbroce...– requiere de la presentación de una solicitud, lo cual aumenta la carga burocrática de estos productores. Y aunque no es común que se denieguen las autorizaciones, en ocasiones no llegan a tiempo, colocándose a éstos en la tesitura de iniciar trabajos sin permiso.

En relación a las labores forestales propiamente dichas, éstas deben ajustarse a unos parámetros establecidos desde el PN. Los “agentes de medio ambiente”, los llamados localmente “guardas”, deben hacer acto de presencia para indicar dichos parámetros o al menos comprobar que los trabajos se adecúan a los mismos. En muchas ocasiones, los

⁵ Decreto 80/2004, de 24 de febrero, Anexo 1, 5.4.2, apartado B), punto 2, letra a).

parámetros manejados por el PN y los cánones de manejo local son incompatibles. Uno de los técnicos que trabajaba en el PN me argumentaba la superioridad de los primeros de la siguiente forma:

“Si nosotros miramos una fotografía aérea del año 1956 –un vuelo que se llama el ‘vuelo americano’– y miramos una fotografía de ahora, la más actual, la masa arbórea es completamente distinta. Ha evolucionao de forma completamente distinta. Habiendo mucha más masa forestal... (...) Hay una tendencia a que lo que tradicionalmente se ha venido haciendo es lo que vale, ¿no? Pero la sociedad evoluciona, tiene otra serie de requisitos... Y tú antes no te ponías el cinturón de seguridad para viajar y ahora si no te lo pones te multan” (Manuel, 47 años, técnico del PN, marzo de 2015).

Esta idea sobre los parámetros técnicos del PN, que básicamente los entiende como fruto del “progreso” frente al atraso del manejo local, no es asumida por los ganaderos. Ahora bien, esto no significa que, dada la vigilancia existente, muchos no los acaten:

“Es que er guarda te dise qué ramas tienes que cortá y cuáles no. Pero, eso ¿cómo va a sé? Si muchas ensinas tienen sientos de años y se talan ahora iguá que entonse. Si han llegao hasta ahora será por argo, digo yo” (Carlos, 56 años, pequeño ganadero, mayo de 2014).

A mi pregunta sobre las posibilidades de burlar dicha normativa, este mismo ganadero respondía:

“Claro, es que una tala... Primero que tienes que llevá una cuadrilla de tres o cuatro personas, después ruido de motosierras... Y los guardas están moviéndose to er día de un sitio a otro”.

Otros intentan convencer a los guardas de la lógica que subyace a su manejo frente al “sinsentido” de algunos de los parámetros manejados por el PN:

“El entrevistado se queja de que ‘hay guardas por tos laos’, con lo que cuando él los ve acercarse a su finca dice exageradamente que se pregunta: ‘Dios mío, ¿qué he hecho?’. Al hilo de esto, cuenta la anécdota de una tala que hizo en su finca y en la que le acompañó para supervisarla uno de los guardas del parque. En una de las chaparreras, el guarda le dijo que debía dejar cinco pies de alcorcho y él le contó la siguiente metáfora para intentar convencerlo de que debía dejarse sólo uno: si venimos a trabajar hoy cinco personas y a todos menos a uno se nos ha olvidado traer el bocadillo podemos comer todos de ése, mañana también podrá ser así y posiblemente pasado mañana también, pero cuando llevemos diez días ya no va a ser suficiente con el bocadillo de uno. Según relata, el guarda accedió, aunque a regañadientes, puntualizando que aquélla no era la forma correcta” (Miguel, 61 años, mediano ganadero, junio de 2014).

No todos los trabajos son autorizados. Sobre todo, aquéllos que se considera que generan riesgo de erosión. El arranque de matorral, por ejemplo, sólo se puede realizar por el procedimiento del descuaje de raíz en zonas llanas. En pendiente, deben usarse desbrozadoras, máquinas que cortan el matorral a ras de suelo:

“No que cuantito [en cuanto] hay una pendiente ya no puedes desmontá. El monte hay que quitarlo desbrosao, y eso es dejá garrote, dejá tronco y dejá basura. A fuersa de mucho tiempo, si lo sigues quitando lo sigues quitando, se va perdiendo, ¿no? Pero que es mu costoso. (...) A ve claro, hay monte que te ves negro, porque es que brota ar momento otra vez. La retama blanca... En eso de mi vesina, ahí están aburríos ya de quitá retama y na, no hay manera. (...) Y luego también se meten que si dejá... ¿po si hay monte, vas a dejá un metro arreeó [alrededor] der tronco del árbo? Hay que tené cuidao de no herí [herir], de no haserle daño al árbo, pero... Ahora, por lo visto, era un metro en redondo no se puede arrimá ar tronco del árbo. Entose estás dejando la mitá der monte donde están los árboles un poco espesos... Cuando er monte lo que hay [es] que quitarlo bien quitao, porque, si no, la semilla no para nunca. Si quieres desmontá una finca, hay que quitarlo to: er monte que está en la piedra, er que está en el arroyo... Pa quitá la semilla. Y irlo quitando después, porque eso no se quita de una vez, ¿eh? De una vez se quita pero vuelve a salí. Hay que insistí, insistí antes que vuelva a ensemillá, pa podé descastá er monte, si quieres descastarlo” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

Rosendo proseguía poniendo como ejemplo su propia acción:

“Aquello mío tenía muchas jaras y lo he descastao yo. Y yo lo hise... Entonse no estaba la cosa tan eso, y sí pude meté er tractó, pero no hise na más que dos pedasos hasta lo que tenía más. Lo otro lo he quitao yo, y eso que metí er tractó una vez na más, ¿eh? Después lo he ido yo quitando a mano. (...) Yo estaba por ahí en la asituna y er domingo por la mañana la echaba de monte. Er domingo por la mañana era de monte. Y luego ya estaba en febrero y marso, que ya son los días más grandes, y estaba marcolando [talando olivos] y eso y me venía tempranito. Po las tardes, toas las tardes, un rato. Llegaba allí y ya esas fechas, si era un año bueno que no hay que echarle de comé a los bichos, de gorpe a quitá monte. Y [si] tenía que echarle de comé, le echaba de comé y echaba un rato. Un día echaba media hora o echaba una hora. (...) Hasta hasta... Vamos que allí no hay una mata de monte ya. Lo he descastao”.

Un caso similar al del “desmonte” es el del laboreo, que, además, tiene un riesgo añadido para las raíces de la arboleda si se usan gradas de disco. Muchos ganaderos ven de forma positiva la prohibición de este apero, pero no tanto la de todo arado en pendiente:

“No se puede roturá er terreno, cuando por ejemplo al arbolao le viene bien cada... No como hubo unos años cuando empesaron la gente a sembrá er trébo y cosas de ésas, que se ponía la tierra sennía [cernida; suelta, arenosa], venga a curtivarla y venga y venga... Eso no es bueno, porque, hombre, viene una tormenta y se va mucho. Pero cada ocho o diez años, el arbolao, el ensiná y to, le viene mu bien labrá la tierra, y no dejan ararla” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

Además, mientras la pendiente no sea pronunciada, varios ganaderos aseguraban que hay formas de arar en dirección contraria a ella que evitan el riesgo de que “las tierras se corran”. Esto mismo pensaba un pequeño ganadero que aró una ladera para sembrar avena

y veza para sus cochinos. Un agente de medio ambiente lo detectó y le cursó una sanción. El ganadero lo buscó para llevarlo a su finca y que comprobase la inexistencia de erosión en la ladera. Lo más que consiguió fue la reducción de la sanción desde los 12.000 a los 6.000 euros.

Algo compartido por las resistencias, negociaciones y aceptaciones que los ganaderos desarrollan en relación a las limitaciones provenientes de la labor proteccionista del PN es una perspectiva que las entiende como radicalmente ajenas. Impugnan su validez por partir de un conocimiento teórico que, al mismo tiempo, minusvalora prácticas locales de honda raigambre histórica. Dicha perspectiva enfatiza los vínculos directos y profundos con el trabajo de transformación del medio como única forma de generar conocimiento útil y habilidad. Quizá una de las mejores síntesis de este sentir la encontremos en el siguiente fragmento de entrevista:

“Eso [el PN] es una canallá enorme. Eso es para cuatro ‘tripones’ y cuatro cuentistas. Cuatro cuentistas se llaman, ¿tú me entiendes? Porque er campo... Hay que conviví en nuestro hábitat. Porque nosotros no podemos innos [irnos] tos a Sevilla. Nosotros somos de aquí, de Casalla de la Sierra, der Pedroso, de Alanís, de Constantina, de Guadarcán. Y nosotros vivimos der campo. Y si no vivimos der campo estamos mu serca. Tenemos una ayuda enorme de é, ¿no? Entose si tú a mí me estás poniendo prohibiciones enormes... A mí, ¿eh? Me las pones a mí, ¿eh? Que conste en acta. A los grandes no les pones ninguna, porque como tienen muchas hectáreas de tierra pueden hasé to lo que sea y ensima con subvenciones” (Andrés, 53 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Y apostillaba:

“Y nosotros no podemos hasé na. Nosotros nos ponemos a arrancá una manchita de monte y ahora llega un tío con un coche verde, de medio ambiente –o una muchacha– llega allí, se para y [dice]: ‘Eh, usted no puede... Pero, ¿qué está haciendo usted ahí?’. ‘¿A mí me vas a desí tú lo que yo estoy haciendo en er campo...? Si a mí me han salío los dientes en er campo. Tengo cincuenta y tres años y yo amo er campo y la naturalesa. ¿Tú sabes lo que es er campo?’. Eso se lo he dicho yo a más de uno, digo: ‘¿Tú sabes lo que es eso siquiera? ¿Porque vienes de una universidad me lo vas a desí tú a mí, que me han salío los dientes en er campo? Eso tienes que vivirlo allí primero en er tajo pa saberlo, amiga’”.

3. ARENAS MOVEDIZAS

En los inicios de mi trabajo de campo, asistí a una charla informativa organizada por la asociación ecologista Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, en sus siglas en inglés) en colaboración con el grupo de desarrollo comarcal. La actividad tenía por objetivo explicar los beneficios de acogerse a una “certificación de la gestión forestal responsable”. Ello suponía la obtención del sello del Consejo de Administración Forestal (FSC, en sus siglas en

inglés), un distintivo que, según los organizadores, ayudaba a conseguir mejores precios para productos silvícolas como la madera o el corcho. Dadas las expectativas de mayores ingresos, la exposición del ponente parecía suscitar el interés de un público formado casi exclusivamente por ganaderos locales.

La ilusión se evaporó cuando el ponente se refirió al mínimo de hectáreas que debían poseer las explotaciones solicitantes de certificación. El número que ofreció dejaba fuera, en la práctica, a todas las explotaciones pequeñas y parte de las medianas. Aunque decía que era posible la agrupación de fincas a efectos de certificación, ni el valor a pagar en esa modalidad ni la idea de compartir un compromiso parecían convencer a unos ganaderos poco propensos a este tipo de empresas colectivas. En una población marcada, como muchos otros territorios del suroeste peninsular, histórica y culturalmente por el latifundismo, el sentir general en la sala era de malestar por una ventaja que parecía volver a estar diseñada a la medida de los grandes propietarios.

El primero de los asistentes que hizo uso del turno de palabra, un pequeño ganadero local, comenzó diciendo que según tenía entendido “en época de los romanos España entera era un puro bosque”. En la actualidad, sin embargo, cada vez había menos árboles y sostenía que ello se debía en buena medida a los incendios que asolaban el país cada verano. En el caso de las dehesas, ese fenómeno tendría que ver con la falta de labores, la falta de ganado y el consiguiente avance del matorral. Este avance se concentraría en las grandes fincas, caracterizadas por un abandono productivo que, en lugar de ser penalizado por el Estado, era promovido por las políticas agrarias y por el PN. A los grandes propietarios se dirigirían las ayudas más cuantiosas y ellos eran los que se beneficiaban de muchos de los programas de desarrollo rural por su capacidad para contratar técnicos “cazasubvenciones” para la redacción de las solicitudes.

A diferencia de esos “señoritos”, eran los “ganaderos de verdad” quienes mantenían, con su gestión y su trabajo, las dehesas limpias y protegidas de los incendios. Ellos sí arrancaban y desbrozaban el matorral que recurrentemente genera el suelo. A ello se sumaba la acción del ganado, clave para mantener el matorral a raya. A modo de conclusión, el ganadero decía que ellos debían ser considerados “bomberos de la naturaleza”, pero que, en lugar de eso, eran “martrataos por las administraciones y atacaos por los ecologistas”.

En esta viñeta, encontramos una potente ilustración del proceso de ecologización local. En el discurso del ganadero, la intervención agraria sobre el medio no pasaría por ser una mera actividad económica, sino que se trataría, sobre todo, de una acción de protección del medio ambiente. Si en el caso de Tomás (el ganadero protagonista de la introducción a este capítulo) esta labor conservacionista se relacionaba con el freno a la erosión, aquí la protección sería respecto a los incendios forestales. Y la lectura de la ganadería en cuanto

labor preventiva se llevaba tan lejos como para adoptar la autodefinición de “bomberos de la naturaleza”.

Lo que queda patente es que la ecologización de estos productores es inseparable de una afirmación en cuanto ganaderos, en cuanto productores. Al contrario que lo apuntado por Agrawal (2005), aquí la intervención ambiental no deriva en la construcción de un nuevo “interés”, sino que resulta ser un interés preexistente –el de la defensa de su autonomía y, en el caso de los pequeños, el propio mantenimiento en la actividad (Edelman, 2005; van der Ploeg, 2008/2010)– el que sirve de impulso a la ecologización de los agentes de tal actividad (Valcuende et al., 2011: 31). El fenómeno debe verse, en ese sentido, como un viraje que, asimilando un significativo culturalmente central y dominante en el campo de fuerzas agrario en el que se juegan sus intereses, habilita a estos ganaderos para luchar en él de una manera eficaz a pesar de su desigual posición de partida. Como sugieren Cortés y Ruiz (2018), estos movimientos están en sintonía con el concepto de táctica de de Certeau (1980/1984), quien entendía que dicha tipología de movimiento –característica de los “débiles”– se produce “en el espacio del otro”, es decir, “debe jugar con y sobre un terreno impuesto y organizado por la ley de un poder foráneo” (ibid.: 37).

Algo a destacar es la centralidad que en la materialización política de esta ecologización local ocupan los llamados “ecologistas” en cuanto adversario. Aquí hay que recordar que el término “ecologistas” suele emplearse localmente como una categoría que agrupa indistintamente a todas aquellas personas que se asocian a un conservacionismo oficialista y que pueden ir desde el personal del PN hasta activistas del asociacionismo ecologista local y externo⁶. Considerándolos, de manera general, como el paradigma de los defensores de la protección ambiental, resulta obvio que la disputa de ese papel por parte de los ganaderos se realice frente a ellos. Recordemos que, en el relato de Tomás, éste se afirmaba como el verdadero “ecológico” en oposición al “ecológico de cartera” que sería Marcos.

Otro elemento clave que no debe perderse de vista es el hecho de que la re-semantización de lo ambiental en que consiste el fenómeno no se produce en sí misma. Si volvemos a la charla sobre certificación forestal, nos daremos cuenta de que el ganadero interviniente, aparte de leer en términos ambientales su actividad productiva y cargar

⁶ La falta de discriminación entre esa diversidad de situaciones al interior de la categoría tiene como base la frecuente imbricación, en la práctica, entre entidades ecologistas de diverso carácter y administración ambiental en materia de financiación y de organización conjunta de actividades. Ello resulta interesante si tenemos en cuenta la tendencia de la antropología del Estado a “deconstruir” la presunta separación tajante público/privado existente en las representaciones culturales relacionadas con el Estado (Gupta, 1995; Hansen y Stepputat, 2001; Nuijten, 2003). En nuestro ejemplo, por el contrario, se produce una tácita disolución de ambas esferas en función de la experiencia histórica de la porosidad de la frontera entre organismos estatales, movimientos sociales, empresas y ONG.

contra “ecologistas” y administración, conectaba su discurso con un elemento profundamente arraigado en el “sentido común” local: la impugnación del latifundismo. Ello nos vuelve a hablar de aquel “interés” al que hacía referencia más arriba, pero, sobre todo, apunta hacia una particular construcción discursiva que parece requerir, para ser efectiva, de anclajes en el “repertorio cultural” (Long, 2001) de estos ganaderos.

A modo de síntesis, podemos decir que en la viñeta analizada en este apartado encontramos varios elementos cruciales para entender el proceso de ecologización objeto de estudio: aparte de la utilización política de argumentos de sostenibilidad, los discursos contruidos parecen vincularse con intereses preexistentes, crean adversarios y se imbrican con elementos del repertorio subalterno rural como el antilatifundismo. Teniendo esto en cuenta, y con el fin de dar el paso teórico situado como uno de los objetivos del capítulo, se hace necesario recurrir a una perspectiva que se interese a la vez por la maleabilidad de los elementos discursivos y por la dialéctica entre “interés” y lucha social. En ese sentido, considero que la versión de la teoría laclauiana de la articulación desarrollada por Stuart Hall constituye una excepcional opción. A su síntesis dedico el próximo apartado, en el cual aprovecho para complementarla con las propuestas de Žižek en relación a los conceptos de “significante no-ideológico” y perlaboración.

4. INTERMEZZO TEÓRICO: ARTICULACIÓN Y PERLABORACIÓN

No hay duda de que la principal influencia del trabajo intelectual de Stuart Hall son los escritos de Gramsci. Hall se cuenta entre aquellos pensadores afectados por la fascinación que los *Quaderni del carcere* ejercieron –y ejercen– desde que comenzaron a divulgarse a nivel internacional en torno a 1970. Para Anderson (2016), esa atracción “magnética” ha tenido mucho que ver con la diversidad de temas abordados por el revolucionario sardo, sin parangón en la literatura teórica de izquierda. Pero, sobre todo, con la naturaleza de unas notas redactadas en penosas condiciones y cuya fragmentariedad y “exploratoriedad”⁷ abren la puerta a múltiples interpretaciones, funcionando a modo de “partitura que invita a la improvisación” (ibid.: 79-80).

En el caso particular de Hall, la admiración llega a ser tal que, en la lectura que realiza de Gramsci, da la impresión de que le atribuye muchos de sus propios desarrollos conceptuales. Hall frecuentemente minimiza la polisemia y contextualidad de los conceptos en Gramsci –el “deslizamiento” de sus conceptos, en palabras de Anderson (1981)– para

⁷ Hay que recordar con Hall (1986/2005b: 412-413) que Gramsci no era un académico, sino un político cuya labor teórica tenía como finalidad ofrecer una lectura de la realidad que permitiese el avance hacia una sociedad socialista. En segundo lugar, y quizás más importante, los *Quaderni* no son una monografía o un conjunto de monografías, sino una colección de notas caracterizada por la dispersión y la fragmentariedad.

presentarnos un marco teórico que parece excesivamente coherente (Hall, 1988a, 1988b, 1986/2005b). La consistencia de la interpretación que realiza Hall debe entenderse, a mi juicio, como un terreno de límites difusos a medio camino entre el aparato original gramsciano y su posterior desarrollo y academización por este autor jamaicano. Esta indeterminación aconseja, como primer paso, sumergirse en la original partitura gramsciana y de ahí partir para dimensionar las aportaciones de la “improvisación” de Hall.

4.1. Un cerebro “inencarcelable”

Gramsci sería el pensador marxista de entreguerras que más lejos llevase la reflexión sobre las “superestructuras”, extendiendo como ningún otro el ámbito de lo contingente frente al reduccionismo economicista (Laclau y Mouffe, 1985/2001: 65-71). Gramsci centra su trabajo intelectual en el análisis de las sociedades concretas y la pluralidad de variables que las configuran. Aunque mantiene que la estructura económica ejerce un condicionamiento de base, su originalidad reside en entenderla no como una determinación, sino como un factor estructurante que establece los límites donde pueden moverse los desarrollos de una realidad social dada (Gramsci, 1999: 35-36). Para Gramsci, además, la base económica no funciona a modo de *deus ex machina*, sino en un desarrollo “necesariamente interrelativo y recíproco” respecto a las superestructuras, constituyendo ambas una unidad dialéctica en la realidad concreta, un “bloque histórico” (Gramsci, 1986a: 186).

Este marxismo no mecanicista es el que conduce a Gramsci a elaborar una teoría de la dominación cultural que se aleja del reduccionismo de las formulaciones de Marx y Engels (1846/1975) en su polémica con Hegel y la izquierda hegeliana. En su particular combate filosófico –en este caso, con Croce–, Gramsci desarrolla una teoría que gira en torno a la noción de hegemonía. Una idea con la que entró en contacto a través de su participación en la Komintern⁸ (Anderson, 1981), pero que reformularía para la aplicación en sus análisis del

⁸ *Hegemonia* fue originalmente la palabra que Aristóteles usó para aludir a la posición de liderazgo que Atenas y Esparta ostentaron sucesivamente en el seno de la Liga de Delos sobre las *poléis* (ciudades-Estado) coaligadas. Siglos después, la palabra sería desempolvada a raíz de la revolución alemana de 1848-49 y sus demandas de unificación nacional. Prusia era contemplada como el polo alrededor del cual debía pasar la construcción de esa unidad. La consolidación de esa primacía sobre el mosaico de estados alemanes, sin embargo, no debía ser fruto de la fuerza, sino de la conversión de su peso político en *Hegemonie* (Anderson, 2017).

La transferencia al contexto ruso se produce en el marco de los debates de la socialdemocracia nacional sobre la lucha antiabsolutista. Frente a la ortodoxia, que defendía que la revolución democrática pendiente en Rusia sólo podía estar dirigida por la burguesía, los críticos proponían una lectura diferente. Dada la debilidad de la burguesía rusa, ésta no estaba en condiciones de materializar sus tareas históricas, las cuales debían ser, por tanto, asumidas por la “única clase consistentemente revolucionaria de la sociedad contemporánea”, el proletariado. Es en el contexto

poder burgués y la estrategia política comunista. Los *Quaderni*, sin embargo, no nos ofrecen una acepción unívoca del concepto de hegemonía. En su aplicación al campo de la lucha política nacional, Gramsci unas veces entiende la hegemonía como conquista cultural del consenso y otras como síntesis de coerción y consenso. Ahora bien, no es menos cierto que su foco sobre el asunto del consentimiento haga que sea la de “dirección moral e intelectual” la versión que parezca ostentar la primacía en su pensamiento (ibid.).

Merece la pena resumir uno de los pasajes de Gramsci donde mejor condensa tal perspectiva. Se trata del fragmento dedicado a la “relación de las fuerzas políticas” contenido en la nota metodológica “Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza” (Gramsci, 1999: 32-40). En él, el sardo distingue tres grados en el proceso de organización y autoconciencia de las clases sociales. El primero sería el “económico-corporativo”, por el que los individuos desarrollan una solidaridad grupal respecto a aquéllos que desempeñan una ocupación similar, pero sin traspasar las fronteras corporativas. En el segundo momento, la solidaridad se extiende al conjunto de la clase social, pero la lucha se mantiene dentro de los límites económicos y el reconocimiento de derechos políticos. La transición al tercer nivel la marcaría el salto a la lucha por el poder, caracterizada por la construcción de hegemonía:

«Un tercer momento es aquél en que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas, es la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en “partido”, entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no en el plano corporativo sino en un plano

de tal polémica sobre la dirección de la revolución democrático-burguesa en el que Axelrod se refiere a esa posición de liderazgo sobre el resto de clases sociales con el término de *gegemoniya*.

Refutado empíricamente el marco etapista del debate por la revolución de 1917, la noción sufrió una evolución ambivalente por la que, al mismo tiempo que languidecía en Rusia, se extendía por todo el mundo como consecuencia de su adopción por la Komintern. En sus análisis, hegemonía seguía usándose para teorizar el liderazgo proletario de la revolución, si bien ahora exclusivamente referido a la socialista y, por consiguiente, muy identificado con la dirección del campesinado. Un segundo deslizamiento semántico, de mayor calado pero mucho menos difundido, haría salir a la idea de hegemonía de la excepcionalidad revolucionaria. En su segunda acepción “kominterniana”, la hegemonía aludía a la capacidad de la burguesía en las sociedades capitalistas para mantener al proletariado dentro de los límites de la lucha económica. Este segundo sentido sería el punto de partida de la reformulación del concepto realizada por Gramsci (Anderson, 1981).

“universal”, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados» (ibid.: 37-38).

De la lectura atenta de este fragmento se deriva que la hegemonía se construye por la ideología y, al mismo tiempo, es vehiculada por ella. Ahora bien, ¿qué entiende Gramsci por ideología? Su profunda revisión de la tesis marxiana de la ideología como “falsa conciencia” (Gramsci, 1986a: 200-203) debe entenderse desde la relacionalidad del concepto en el seno de la tríada filosofía-ideología-sentido común. Ya vimos cómo entendía por sentido común el conjunto fragmentario y contradictorio de creencias que era característico de los sectores populares (Gramsci, 2000: 203-204). Su idea de filosofía constituye algo así como el opuesto, siendo entendida como una “concepción del mundo” coherente y generada a partir de un trabajo reflexivo y sistemático marcadamente individual. Ahora bien, una filosofía dada, si pretende difundirse, convertirse en “movimiento cultural”, no puede mantenerse inalterable. La “marcha hacia el pueblo” no puede más que implicar una conexión con elementos del sentido común que permita su reconocimiento por los sectores subalternos y, por tanto, la posibilidad de su apropiación. En ese tránsito, la filosofía pierde en coherencia y también en reflexividad. En una palabra, se convierte en ideología (Gramsci, 1986b: 247-261).

La especificidad de las ideologías políticas viene dada por el hecho de que son modeladas con el fin de servir como “instrumento práctico” para la obtención del consenso de los sectores subalternos. En cuanto producción de los grupos dominantes, la ideología busca el oscurecimiento de las contradicciones sociales reales, amortiguando así el potencial subversivo derivado de la posición estructural de los subalternos. Para Gramsci, además, tales ideologías están caracterizadas por la provisionalidad, dada su función de aglutinante para una alianza de grupos sociales e intereses contradictorios que no puede ser más que temporal. La constante necesidad de adecuación y reestructuración ante los conflictos de fondo hace que se prescinda de unas para poner en circulación otras y así reanimar la hegemonía de los grupos dominantes.

Frente a este tipo de ideologías, Gramsci sitúa a la “filosofía de la praxis”, al marxismo. Lo entiende como el único con posibilidades de generar en torno de sí un instrumento capaz de derrotar la dirección “moral e intelectual” de los grupos dominantes y crear una hegemonía diferente, incubadora de la toma del poder por la clase obrera y vehiculada de manera crucial por la labor intelectual del partido comunista. En ese sentido, la filosofía de la praxis debe operar también como ideología, rastreando en el sentido común los elementos de “buen sentido” con los que combinarse para conseguir su difusión a nivel popular. Ahora bien, que su núcleo se identifique, no con el oscurecimiento de la realidad social, sino precisamente con el hecho de desvelar las contradicciones que subyacen a ella y consolidar la lucha de clases lleva a que se diferencie de aquellas ideologías en dos aspectos

fundamentales. Por un lado, ello la convierte en una ideología “orgánica”, término que Gramsci suele usar para referirse a aquello que se asienta en la sociedad de una manera duradera. Por otro, hace que su impacto sobre los sectores subalternos no sea el de mantenerlos en el nivel del sentido común, sino facultarlos para la crítica y la “independencia intelectual” (Gramsci, 1986a: 200-203, 1986b: 247-261).

La metáfora que usa Gramsci para ilustrar el combate entre la hegemonía burguesa y esta aspirante subalterna a la hegemonía es la de la “guerra de posición”. De nuevo, un préstamo proveniente de la literatura socialdemócrata que Gramsci reformula en profundidad para su propuesta de estrategia comunista adaptada a la realidad europea contemporánea (Anderson, 1981: cap. 4; Laclau y Mouffe, 1985/2001: 69-70). Desde su perspectiva, la guerra de posición ideológica no debe entenderse como la confrontación entre dos sistemas de ideas ajenas las unas a las otras, sino todo lo contrario. La formación ideológica orientada a la sustitución de la hegemónica no nace *ex novo*, sino a partir de la crítica tanto de las filosofías anteriores como de dicha ideología dominante, lo cual la hace compartir algunos de los elementos que en ella aparecen combinados:

«Importancia de las utopías y de las ideologías confusas y racionalistas en la fase inicial de los procesos históricos de formación de las voluntades colectivas: las utopías, el racionalismo abstracto, tienen la misma importancia que las viejas concepciones del mundo elaboradas históricamente por acumulación de experiencias sucesivas. Lo que importa es la crítica a que es sometido ese complejo ideológico por parte de los primeros representantes de la nueva fase histórica: a través de esta crítica se tiene un proceso de distinción y de cambio en el peso relativo que poseían los elementos de las viejas ideologías: lo que era secundario y subordinado o incluso incidental, es tomado como principal, se convierte en núcleo de un nuevo complejo ideológico y doctrinal. La vieja voluntad colectiva se disgrega en sus elementos contradictorios, porque de estos elementos, aquellos que son subordinados se desarrollan socialmente, etcétera» (Gramsci, 1984: 315).

4.2. Elementos ideológicos

Bloque histórico, ideologías, guerra de posición, hegemonía. Éste es, a grandes rasgos, el marco conceptual del que parte Hall. Ahora bien, en su agenda de desarrollo de las intuiciones contenidas en la idea gramsciana de la ideología como “combinación” de elementos, Hall verá en la teoría de la articulación del Laclau de *Política e ideología en la teoría marxista* (1978) el mejor complemento. Sintetizo a continuación los puntos fundamentales de la propuesta de Laclau:

- a. todo discurso ideológico se sustenta sobre la articulación de elementos ideológicos (o “interpelaciones”) heterogéneos e, incluso, contradictorios;

- b. ninguno de esos elementos ideológicos tiene en sí mismo un carácter de clase, es su particular articulación con otros elementos en el seno de discursos de clase la que les confiere tal connotación;
- c. las clases, a través de sus intereses objetivos traducidos en ideologías, aportan los principios articulatorios de tales discursos como consecuencia de la “sobredeterminación” que las relaciones de producción ejercen sobre el conjunto de una sociedad dada o “formación social”;
- d. al mismo tiempo, el hecho de que la heterogeneidad social lleve a que la contradicción fundamental a nivel de formación social sea, no la de proletariado/burguesía, sino la de pueblo/bloque de poder implica que el terreno de lucha de los discursos de clase sea el de las “interpelaciones popular-democráticas”, entendidas como aquéllas que permiten constituir a los sujetos como pueblo;
- e. la lucha ideológica entre las clases consiste, por tanto, en una lucha por la desarticulación y rearticulación de unas mismas interpelaciones bajo principios distintos, antagónicos, es decir, en una lucha entre la burguesía y el proletariado por la hegemonía sobre los sectores populares (ibid.: 103-126, 154-164).

El marco de este primer Laclau, sin derivar de Gramsci, llega a conclusiones similares en torno a lo ideológico y, al mismo tiempo, las profundiza. Su principal aportación diferencial es, sin duda, la mayor complejidad del concepto de “articulación” –término de influjo claramente althusseriano– respecto a la noción gramsciana de “combinación”. Para Laclau, un discurso no sólo consiste en una conjunción de elementos fragmentarios, sino que debemos preguntarnos por las condiciones que permiten su relativa unidad. La respuesta la encuentra en el concepto de condensación, con el que refiere al hecho de que los elementos de un discurso nos provoquen la sensación de un cierto aire de familia, es decir, que cada uno de ellos nos remita a un sentido parcialmente compartido con cualquier otro del conjunto. Según Laclau, ello se debe a que cada elemento, al articularse de manera efectiva en un discurso, pasa a funcionar parcialmente como el símbolo del resto (ibid.: 114-115).

En lo que se refiere a la visión de la articulación como un engarce entre un núcleo filosófico y una serie de elementos fragmentarios, Laclau no se aleja mucho de la perspectiva de Gramsci. También para él, dicho núcleo sólo puede ser de clase (ibid.: 124, nota al pie 37), con lo que mantiene a las clases como los únicos sujetos articuladores posibles. En este ámbito, la diferencia con Gramsci proviene de que Laclau sí intenta fundamentar tal privilegio. Ahora bien, en esa elaboración, el guía escogido, el Althusser más estructuralista, en lugar de permitirle el avance, lo hace retroceder. Su punto de partida es la diferenciación entre formación social y modo de producción. La primera pertenecería al nivel de la realidad concreta y el segundo sería la instancia (conceptual) que permitiría entender cuál es la

determinación en último término de dicha formación histórico-concreta. Si en la formación social sitúa a las diferentes clases, a través de una pirueta saca de ella a la lucha de clases – burguesía vs. proletariado– y la envía al nivel abstracto del modo de producción capitalista.

A continuación, la acompaña de una pirueta extra por la que, como consecuencia de la sobredeterminación que el modo de producción capitalista ejercería sobre la formación social, reintegra a esa lucha de clases en la formación social, pero ahora como una suerte de proyección. La lucha de clases aportaría a la lucha política real los polos, bajo la forma de ideologías de clase, en torno a los que puede producirse la articulación discursiva. El problema de esta elaboración es, al fin y al cabo, el problema del estructuralismo althusseriano en cuanto idealismo. En un empeño por consolidar teóricamente el determinismo marxista, ciertos fenómenos son convertidos en meras abstracciones vacías, sin suelo empírico, las cuales pasan a actuar en sí mismas como los factores determinantes (en última instancia) de la realidad social (Thompson, 1981: 155-158).

A nivel de formación social, Laclau necesita un sustituto para la lucha de clases y lo encuentra en la “lucha popular-democrática”. Dado que en la realidad existen varias clases, la contradicción principal habría que buscarla en la oposición entre los intereses del conjunto de clases populares y los del bloque de poder. De aquí se deduce un tránsito –no muy bien explicado– por el que tal contradicción implica que la lucha derivada de esa oposición esté caracterizada por la interpelación a los sujetos como pueblo. Esto significa que existe un abanico de “interpelaciones popular-democráticas” y que éste constituye el campo común de batalla entre la ideología burguesa y la proletaria. No fundamentándose la contradicción pueblo/bloque de poder más allá de la alusión a la heterogeneidad social, lo que en la práctica encontramos aquí es la construcción de un segundo esencialismo, el del pueblo.

Aunque este esencialismo se mantiene (transformado) en la obra posterior de Laclau (1996/2007, 2005), el que tenía que ver con el privilegio ontológico de la clase como consecuencia de su posición en las relaciones de producción fue rápidamente descartado. En su *Hegemonía y estrategia socialista*, escrito al alimón con Mouffe (1985/2001), los autores rechazan toda visión de lo social en términos de condicionamiento: la realidad es indeterminada, absolutamente contingente. De aquí se deriva que no existe ningún centro de poder –ni siquiera existiría la totalidad delimitada a la que hacía referencia el concepto de formación social– y, como consecuencia, que la propia idea gramsciana de hegemonía es inválida y debe reformularse. En ese sentido, Laclau y Mouffe desarrollan el concepto de condensación para ver en cierto tipo de discursos “puntos nodales” que, fijando

relativamente el sentido del conjunto, operarían la articulación del resto de elementos⁹ (ibid.: 134-145). Sería en dicho modo de articulación en el que consistiría precisamente la nueva noción de hegemonía.

4.3. La articulación de Hall

Hall, en su reelaboración de la teoría de la articulación laclauiana, asume su argumento principal: la inexistencia de una connotación política inmutable en los elementos discursivos. En su lugar, es el conjunto ideológico en que se articulan dichos elementos el que les confiere un sentido ideológico u otro (Hall 1986/2005c: 142). Ahora bien, entiende que el giro de Laclau y Mouffe (1985/2001) implica unas posibilidades articulatorias ilimitadas y, por tanto, la pérdida de contacto con las condiciones históricas y materiales (ibid.: 145-147). Frente al discursivismo, su proyecto consistirá en una “gramscianización” de la teoría original de la articulación a partir de las resonancias encontradas entre Laclau y la visión de la ideología como “combinación” de elementos (Gramsci 1984: 315). Esto permitirá a Hall recorrer todas las posibilidades del camino desbrozado por Gramsci para entender la base económica no como una determinación, sino como un factor que dibuja los amplios límites entre los que puede moverse la acción (Hall 1986/2005b: 43-45).

En relación a lo discursivo, esta “constricción” se traduce en el monopolio que los grupos dominantes ejercen sobre los aparatos culturales y el derivado privilegio a la hora de influir sobre la distribución y dirección del conocimiento en la sociedad (Hall, 1988b: 44-45). Algo que el Laclau postestructuralista soslaya. Hall, en ese sentido, aún reteniendo la crítica al tratamiento de los discursos como epifenómenos, no cae en la contingencia absoluta:

«Las ideologías pueden no estar fijadas, como entidades orgánicas, a las clases con las se corresponderían, pero esto no significa que la producción y transformación de la ideología en la sociedad pueda darse exenta o fuera de las líneas de fuerza estructurantes que representan el poder y la clase» (ibid.: 45).

Como vemos, Hall sigue aludiendo a la clase social y a la necesidad de una teoría de la ideología que tenga su base en las relaciones de clase (ibid.: 44). El marco de análisis que desarrolla en la práctica, sin embargo, no privilegia a las clases –entendidas en sentido estricto– como los sujetos responsables de las articulaciones discursivas. Da la impresión de que entiende las relaciones de clase como una desigualdad estructural que presiona en

⁹ De cierta manera, esta idea de punto nodal ya se encuentra en el Laclau de *Política e ideología en la teoría marxista*, cuando se refiere a la reorganización discursiva, en períodos de crisis ideológica, a partir de una sola interpelación (Laclau, 1978: 116-117).

ciertas direcciones, pero que la diversidad de situaciones hace difícil admitir la idea del sujeto homogéneo sobre la que pivotaba la dupla marxiana clase-en-sí y clase-para-sí. En su lugar, Hall parece más cómodo hablando de “fuerzas sociales”. Una fuerza social sería un compuesto de grupos sociales diversos, unidos de manera indefinida en torno a una ideología (en sentido gramsciano). Ésta, de forma dialéctica, sirve a la fuerza social de aglutinante al mismo tiempo que constituye el medio por el que combate con aquélla que lidera la formación hegemónica –y con el resto de aspirantes a la hegemonía– con el fin de ganar el máximo consenso de cara a su ascenso al poder (Hall, 1986/2005c: 144).

No sólo se distanciará Hall de Gramsci en lo que tiene que ver con el sujeto de la articulación ideológica. Si bien mantiene, como acabamos de ver, el concepto de ideología como visión del mundo orientada a una difusión popular, parte de la propuesta del primer Laclau sobre la no pertenencia clasista de las interpelaciones ideológicas para poner el énfasis sobre la articulación propiamente dicha. No es que rechace la fórmula de la ideología como combinación necesaria de un núcleo filosófico con fragmentos extraídos del sentido común, sino que, atendiendo menos a esta verticalidad, acorta la distancia entre los distintos elementos ideológicos para centrarse en su autonomía y posibilidades articuladoras. Esto, por supuesto, le lleva a rechazar implícitamente el privilegio que Gramsci concedía a la filosofía de la praxis respecto al resto de filosofías políticas (Hall, 1988b: 43-44), rompiendo así con esa pervivencia de la problemática de la “falsa conciencia” heredada de *La ideología alemana*.

Volviendo a su lectura selectiva del primer Laclau, ya hemos visto cómo Hall rechazaba el reduccionismo clasista, lo cual equivale a decir que rechazaba el comodín de la abstracción de la lucha de clases. Del mismo modo, tampoco lo acompañaba en el privilegio que concedía a las “interpelaciones popular-democráticas”. Para Hall, el campo de batalla ideológico ofrece muchas más opciones que la de construir al pueblo, por muchas modalidades que puedan existir de tal construcción.

La mejor ilustración de su versión de la teoría de la articulación la encontramos, sin duda, en su análisis del desarrollo del thatcherismo. A partir de una posición de cierta marginalidad –evidente en la inicial refracción hacia el proyecto de Thatcher por parte de la patronal británica–, el thatcherismo consiguió construir un bloque ideológico exitoso en el sentido del objetivo de “desorganizar” el hasta entonces bloque dominante keynesianismo y romper con la creciente posición de fuerza conseguida por la clase obrera (Hall, 1988b: 39). Para ello, fue capaz de aunar el credo neoliberal con elementos ideológicos bien asentados en el sentido común, muchos de los cuales –“la nación antes que la clase, la unidad orgánica del pueblo inglés, la coincidencia entre el ‘genio inglés’ y el tradicionalismo, los deberes paternales que los privilegiados deben a los estratos más bajos, la sociedad como una jerarquía ordenada de ‘poderes’, el constitucionalismo, etcétera” (ibid.: 42)– ya habían

sido articulados por discursos de derecha previos como el del conservadurismo de principios del siglo XX. “Mercado libre y Estado fuerte”. Para Hall, en este eslogan se encontraría bien sintetizada la contradictoria y, al mismo tiempo, efectiva articulación operada por el thatcherismo (ibid.: 39).

4.4. Žižek y la “perlaboración”

La obra de Laclau posterior a la década de 1970 lleva hasta sus últimas consecuencias la tesis del carácter arbitrario de todo elemento ideológico. Si antes la matizaba a través del recurso a la noción de “interpelación de clase” (Laclau, 1978: 112-126), el abrazo de la contingencia hace desaparecer tal contradicción. El Laclau post-estructuralista hablará de “significantes flotantes” (Laclau, 2005: 164-165; Laclau y Mouffe, 1985/2001: 113). En el caso de Hall, si, por un lado, defiende también la no adjetivación de los elementos ideológicos como señal de su arbitrariedad; por otro, considera que las posibilidades articuladoras no son infinitas, hallándose condicionadas por el peso de lo material y lo histórico (Hall, 1985, 1988b, 1983/2005d).

Ciertos significantes, además, sufrirían ese peso en mayor medida que otros. Hall ejemplifica esto a través de la comparación entre “articulabilidad” de los significantes “democracia” y “nación” a un discurso socialista en el contexto británico. Mientras para el primero no observa muchos obstáculos, considera la articulación progresista de la nación como una tarea realmente difícil dado su sólido vínculo con la derecha y su reverberación de las ideas de supremacía imperial (Hall, 1983/2005d: 40-42).

Sin entrar a revisar la corrección de la posición de Hall, destaquemos la potencialidad de su idea de distinta “flotabilidad” de los elementos ideológicos. Una intuición que, lamentablemente, Hall no elaboró mucho más durante su trayectoria académica. La reflexión sobre la especificidad que observa en significantes como democracia, no obstante, es indispensable para la construcción de un marco acorde al material empírico que este capítulo pretende analizar, en el cual el significante de lo sostenible-ecológico “flota” de una manera similar. En este epígrafe, intentaré salvar esta laguna en la perspectiva de Hall y lo haré entroncando sus intuiciones con la reflexión de Žižek sobre lo “no-ideológico”.

Para Žižek, una formación discursiva, si es o quiere ser dominante, sólo puede funcionar incorporando algunos de los “auténticos anhelos” de la mayoría explotada, de manera que ésta pueda reconocerlos y reconocerse en aquélla. Un ejemplo de ello sería el del cristianismo, que necesitó de la integración de elementos como “la verdad está del lado de los que sufren y son humillados” o “el poder corrompe” para convertirse en ideología dominante. El proceso constaría de dos pasos fundamentales: un primer momento por el que la aspiración popular en cuestión es incorporada; y un segundo en el que es efectivamente articulada y, en ese sentido, “distorsionada” en función de la dirección del

discurso que la acoge. Žižek observa aquí una resonancia con el concepto de “perlaboración”, que Freud usaba para referirse al medio por el que el deseo inconsciente del sueño es convertido en el texto explícito de este último (Žižek, 2003: 139-141).

En el fondo, Žižek reelabora el tema gramsciano de la conexión de la filosofía de la praxis con el “buen sentido”, dando una vuelta de tuerca por la que serían las ideologías dirigidas a la legitimación de la dominación las que más harían uso, como una práctica hegemónica clave, de esa articulación del “buen sentido”. Žižek va más allá y afirma: “La lucha por la hegemonía ideológica y política siempre es, por lo tanto, la lucha por la apropiación de términos que se sienten ‘espontáneamente’ como apolíticos, como si trascendieran las fronteras políticas” (ibid.: 142). Tales significantes son caracterizados por Žižek como la “no-ideología”, para enfatizar su carácter transversal y generalizado. La no-ideología operaría como el “deseo inconsciente”, que sólo se volvería ideología a través del trabajo de “perlaboración” de la articulación discursiva (ibid.: 141).

El Laclau post-estructuralista irá un poco más lejos y dirá que términos como justicia, libertad o igualdad no tienen ningún contenido semántico en sí mismos, funcionando “como denominaciones de una plenitud que está constitutivamente ausente” (Laclau, 2005: 126). En ese sentido, tales “significantes vacíos”, al representar el deseo de universalidad que está detrás de todo antagonismo, se constituyen en el polo hacia el que camina la demanda que en un discurso soporta una “investidura radical”, es decir, abandona parcialmente su particularidad y se convierte en el símbolo del resto de las demandas articuladas (ibid.: 127). La gran diferencia de esta perspectiva con la de Žižek reside en que mientras Laclau entiende estos significantes como “significantes vacíos”, Žižek (1997/2003: 140) apunta a la pervivencia y centralidad de un núcleo semántico cuya especificidad es su carácter utópico: un “contenido popular auténtico”.

5. FORCEJEOS EN EL PARQUE

En este apartado, ofrezco una nueva ilustración del fenómeno objeto de interés, la cual permitirá no sólo profundizar en su densidad, sino también poner a prueba las virtualidades del marco recién expuesto. Con el fin de cumplir estos objetivos con el mayor detalle etnográfico posible, desarrollo un pequeño caso de estudio del tipo “situación social” (Gluckmann, 1961). El caso se halla protagonizado por un ganadero y el director-conservador del PN¹⁰ en el seno de una jornada organizada por uno de los “centros de apoyo al desarrollo empresarial” de la comarca.

¹⁰ Aunque ya adelanté algo sobre la figura de director-conservador en el capítulo 3, añadiré ahora que se trata de un puesto al que sólo pueden aspirar funcionarios de la administración autonómica. El procedimiento de acceso es el conocido como “libre designación”, lo cual implica que, a pesar de que se contemple una valoración de méritos, la decisión final es a discreción de la correspondiente

Si bien el tipo de caso de estudio bautizado por Gluckmann como “situación social” consistía originalmente en la exposición de eventos concretos al objeto de mejor ilustrar la “morfología de la estructura social” (ibid.: 8) estudiada, aquí se buscará indagar en la complejidad semántica y la dimensión situacional que acompañan a los conflictos (socioambientales) a este nivel microsocioal. Ello implicará, además, que no sólo ponga el énfasis sobre las prácticas discursivas de uno de los contendientes, sino que me interese por las de uno y otro en su interrelación.

La jornada en cuestión, titulada significativamente “Gestión sostenible de dehesas”, tuvo lugar en noviembre de 2015 en el salón de actos del centro de visitantes del PN. A pesar del rótulo, la sesión estaba dedicada fundamentalmente a los cambios en las ayudas de la PAC derivados de la entrada en vigor del nuevo marco financiero europeo. Había programada una ponencia específica sobre las nuevas “ayudas a la instalación de jóvenes agricultores”, la cual debía ser la causa de la asistencia de unos diez o quince muchachos no mayores de treinta años, quienes se sumaban a un número similar de asistentes de mediana edad, todos hombres. Previamente a dicha charla, se produciría la conferencia inaugural, cuyo objeto eran las “potencialidades económicas del PN”. Estando a su cargo el director-conservador, sería precisamente a cuenta de ella que emergiese el conflicto.

5.1. Sostenible desarrollo

El director-conservador del PN, llamado Claudio, comenzó su ponencia enfatizando la excepcionalidad de la Sierra Morena Sevillana a nivel de conservación de los ecosistemas. En ese sentido, subrayó la importancia de las dehesas de la comarca. Claudio reconocía que, en sus inicios, “el parque supuso una condicionalidad extrema para la agricultura y la ganadería”, pero afirmaba que, veinticinco años después, el hecho de contar con tal figura de protección resultaba más bien una “oportunidad”. Como ejemplo ponía el del viñedo, cuya plantación –restringida a nivel estatal para evitar la sobreproducción de vino– sólo iba a ser permitida por el nuevo régimen de autorizaciones dentro de territorios declarados como áreas naturales protegidas. Otro ámbito donde el PN demostraba sus beneficios era el de la comercialización de productos. No en vano, las solicitudes para el uso de la “Marca Parque Natural”, un distintivo de calidad para las empresas de los PN andaluces, no paraba de crecer. El atractivo de la marca llevaba a que se estuvieran haciendo intentos para la puesta

delegación provincial de la Consejería de Medio Ambiente, es decir, “política”. Ya en relación a las funciones que se le adscriben, se relacionan con la gestión del PN y van desde la coordinación de los proyectos específicos de restauración y de conservación hasta la de las actividades de educación ambiental, pasando por la supervisión de la tramitación de las autorizaciones para actividades –entre ellas, las de tala, desmonte, descortice, etc.– y de los expedientes de sanción abiertos por los agentes de medio ambiente. En ese sentido, no hay duda de que el cargo de director-conservador es el de mayor responsabilidad en el organigrama de esta tipología de área protegida.

en circulación de nuevos distintivos, como el de “Marca Reserva de la Biosfera”.

En el contexto del cambio hacia un nuevo marco financiero comunitario, Claudio pasó a referirse a las ayudas de la PAC. El futuro de las mismas, sostenía, pasaba por un redoblado condicionamiento ambiental como consecuencia de las presiones de la ciudadanía hacia una agricultura menos contaminante. Esto era lo que se abría paso tras cada reforma de la PAC. Una de las consecuencias derivadas consistía en una vinculación creciente entre algunas ayudas y las áreas protegidas. En ese sentido, el hecho de encontrarse las explotaciones de los ganaderos dentro de un PN hacía que muchos de ellos percibieran una cantidad más elevada de ayuda por la puntuación extra que implicaba esa localización.

Todos esos beneficios, además, no serían algo colateral, sino que formaban parte de los propios objetivos fundacionales del PN, ya que “el compromiso con el desarrollo está inserto desde el principio en su normativa, tanto en el PORN como en el PRUG y, por supuesto, en el PDS [Plan de Desarrollo Sostenible]”. Claudio, sin embargo, finalizaba dimensionando el papel del PN respecto a la actividad económica a través de una interpelación a los ganaderos asistentes:

“Todo esto es lo que puede aportará el parque. Y desde el parque intentaremos que cada vez sea más y mejor. Ahora, los que deben llevá el peso de su negocio son los ganaderos. Y para eso hay que innová y buscá nuevos caminos. Por eso, me gusta mucho lo que suele decí el presidente de la cooperativa de pienso: que de ganaderos hay que pasá a sé empresarios ganaderos” (Diario de campo, noviembre de 2015).

En la intervención de Claudio no es difícil detectar una secuencia argumental: 1) excepcionalidad de los ecosistemas locales; 2) PN como responsable de su protección y del asociado “condicionamiento” de la actividad agraria; 3) PN, también, como factor positivo para la esa actividad; 4) compatibilidad, por tanto, entre protección ambiental y desarrollo económico (desarrollo sostenible); y 5) llamada a un cambio en la mentalidad de los productores agrarios. Sin duda, este desarrollo discursivo estaba dirigido a alejar al PN de la extendida identificación por parte del sector ganadero como un organismo fundamentalmente represivo y a avanzar en la construcción de consenso alrededor del mismo.

En esta jugada, considero que tiene un papel crucial la particular lectura que realiza Claudio de la noción de desarrollo sostenible. Dada la inherente insostenibilidad del sistema capitalista, varios autores han destacado el carácter de contradicción en términos de dicha noción (Lele, 1991; Picado, 2016; Robinson, 2004). Un carácter que tendría que ver con su intrahistoria, es decir, con su vinculación a un proceso de re-semantización de la preocupación ambiental por el que, como veíamos en el capítulo 1, se generó una suerte de “máscara” de la ideología del crecimiento económico (Santamarina 2006: 124). Dicha

perlaboración, sin embargo, no agota otras alternativas y éste es precisamente el caso de la lectura efectuada por Claudio. En ella, contrariamente a la versión capitalista, es el desarrollo el que se supedita a la prioridad conservacionista.

En la particular articulación discursiva efectuada por Claudio, la necesidad de protección del ecosistema era la idea que se destaca del elemento (no-ideológico) ambiental para conseguir una “perlaboración” diferente, es decir, otro desarrollo sostenible, al tiempo que la gestión de dicha necesidad se hacía recaer de manera implícita sobre el PN. Santamarina (2009: 306-307) observa este mecanismo como subyacente a toda iniciativa de patrimonialización natural: “En la formulación de los espacios naturales se dan por asumidas al menos dos consideraciones fundamentales: la ‘naturaleza’ es evidente (proceso de objetivación) y la ‘protección’ es indiscutible (proceso de intervención)”. De ahí que la referencia de Claudio al “condicionamiento extremo” a la actividad agraria en los primeros años del PN no sirviese sólo para situar la limitación más cuestionable en el pasado, sino también para asentar la imagen de la protección ambiental como una continuidad, en cierta forma, inevitable. Ello, crucialmente, se acompañaba de la implícita asignación de dicha tarea al PN.

El desarrollo económico, a pesar de su posición subordinada en el seno del tándem, desempeñaba un importante papel en el discurso de Claudio. Sus alusiones a la posibilidad excepcional de plantación, a las potencialidades comerciales de la Marca Parque Natural y a las ayudas PAC remitían a la idea de “progreso” (económico), que parece constituir uno de los elementos clave del sentido común al que Claudio apelaba para construir una imagen del PN como un aliado. Ahora bien, el director se cuidaba mucho de identificar al PN como el motor del desarrollo local. No es que asumiese sin más el hecho de que, sin estar dotados de capacidad presupuestaria, la capacidad de estos organismos para la intervención económica directa sea prácticamente nula, sino que iba más allá e interpelaba a los ganaderos en cuanto “emprendedores”, es decir, en cuanto “sujetos de responsabilidad, autonomía y elección” (Rose 2006: 155). Recuérdese su frase “hay que innová y buscá nuevos caminos. (...) [D]e ganaderos hay que pasá a sé empresarios ganaderos”.

Más allá del envoltorio de foucaultiana gubernamentalidad neoliberal, lo que parece querer deslizar esa interpelación es una distribución de las responsabilidades de cara al desarrollo sostenible por la que el desarrollo, si bien facilitado estructuralmente por el PN, recae sobre los ganaderos y el PN queda como el depositario, legítimo, de la otra tarea: el “condicionamiento” derivado de la indiscutible necesidad de protección ambiental. Aquí es donde encontramos el verdadero objetivo de Claudio: la conquista de consenso para el PN entre los ganaderos. Algo, por cierto, que no era casual. En una entrevista que le realicé unos meses antes me decía lo siguiente en relación a lo que denominaba “los sectores más o menos reticentes”: “yo no los veo como enemigos, sino más bien como grupos con los que

tenemos que establecé alianzas”. Como veremos en las próximas páginas, el problema con el que se enfrentaba su proyecto de legitimación del PN residía en la existencia de un discurso opuesto, generado por el propio sector ganadero, que disputaba esa legitimidad de una forma similar, pero con unas raíces más hondas en el sentido común.

5.2. La manufactura del medio ambiente

Antes de que se abriese el turno de preguntas, un ganadero ya tenía la mano levantada. Se trataba de un mediano ganadero que tenía su explotación en el municipio donde se ubicaba el centro de visitantes del PN. Comenzó su intervención diciendo: “Las palabras que ha dicho er directó der parque son palabras bonitas que yo ya he escuchao otras veces...”. El rostro de Claudio, que antes de que el ganadero interviniese parecía mostrar gran interés por el *feedback* de la sala, adoptó rápidamente un aire defensivo. Esto no parecía deberse solamente al morbo que producía el inminente conflicto, sino también a la retórica y al estilo usados por el ganadero. Aparte de su prolijo uso del adjetivo, el ganadero abandonaba su habla “seseante” para intentar abrazar un castellano normativo. El problema consistía en que la tentativa, como ocurre en la mayoría de casos, se saldaba con una chirriante versión que introducía ocasionalmente ces y zetas –fonema /θ/– donde no las había y eses al final de palabras que no las necesitaban.

El ganadero, llamado Joaquín, prosiguió reconociendo que, en un inicio, estuvo a favor del PN “porque parque naturá y medio ambiente son palabras bonitas y fuertes”. No obstante, pronto dejó de estarlo “porque er parque naturá, hasta ahora, sólo le ha metío er miedo en er cuerpo a los empresarios”. Con ello se refería a que la presión del PN resultaba excesiva. Había tantas normas que seguir que los ganaderos nunca sabían a ciencia cierta si se encontraban libres de posibles sanciones. Tampoco sabían cuándo podía producirse la visita de un “guarda”, ya que patrullaban por cualquier camino y solían entrar, sin previo aviso ni permiso, en sus explotaciones. El runrún en la sala parecía ofrecerle el respaldo del público.

Joaquín solía ofrecer abstractas referencias que dibujaban un ambiente opresivo y arbitrario. Por medio de esta retórica modulaba un elemento de fuerte arraigo en el sentido común, el de la fragilidad del individuo ante el ejercicio del poder del Estado. A la búsqueda legitimación por Claudio de la autoridad del PN, Joaquín oponía de esta forma una caracterización de ese ejercicio como un fenómeno discrecional. Ello conectaba directamente con la percepción generalizada entre los ganaderos, en la que es clave la circulación de relatos que refieren a la ubicuidad y arbitrariedad de la acción de los guardas del PN. He aquí un ejemplo extraído de una visita de campo que realicé a la explotación de unos medianos ganaderos. Mientras desvaretaba olivos junto a un empleado, el hermano mayor señalaba a unos troncos de eucalipto cortados:

“(…) para poder cortarlos, debían pedir dos permisos: el de corta y el de quema. El primero que llegó fue este último, así que dio por hecho que permitían la corta y los cortó. Sin embargo, fue multado. Y añade que el técnico del Parque que vino a comunicarle la multa, venía ya con las dimensiones de los troncos anotadas, lo cual demuestra que había entrado previa e ilegalmente en el olivar para hacer esas mediciones” (Diario de campo, abril de 2014).

Como vemos, la jugada discursiva de Claudio se topó con una réplica bien anclada en la negativa experiencia del PN; una experiencia que iba más allá de la amenaza de sanciones y que tenía que ver con una cuestionable gestión administrativa. Precisamente en este último sentido, Joaquín aludía a un arrendador de fincas conocido en la comarca por dejarlas en un grave estado de deterioro. El ganadero se preguntaba si el PN, que decía proteger el medio ambiente, no había detectado ese comportamiento y tomado cartas en el asunto¹¹. Joaquín contraponía este tipo de omisiones al papel que los ganaderos jugaban para el medio ambiente. Serían precisamente ellos quienes harían posible el mantenimiento de aquello que el PN decía proteger con su trabajo diario. Y lo que era más: “Si existe la dehesa, es porque nuestros antepasados plantaron los árboles y metieron ganao en estos pagos [campos]”.

Algo muy interesante en el desarrollo discursivo de Joaquín es que, en lugar de rechazar la premisa de Claudio –el medio ambiente como inherentemente necesitado de protección–, la asume y rearticula. Recordemos que Claudio hacía desembocar esa necesidad de protección en la legitimación de la patrimonialización y, por tanto, en el exclusivismo proteccionista del PN. Si con la previa articulación de la impugnación del ejercicio del poder Joaquín cuestionaba la forma en que dicha tarea era implementada, mediante el ejemplo del conocido arrendador que esquilma una finca tras otra atacaba la capacidad misma del PN para llevarla a cabo. El PN era así representado con la potente imagen de una “figura de protección que no protege”.

Ante la inutilidad del PN que evidenciarían tales casos, Joaquín destacaba el papel de los ganaderos. Sería su actividad productiva la base del mantenimiento mismo del medio ambiente. Recordemos el episodio con que se abrió este capítulo, en el que Tomás le espetaba a un ecologista: “Mira, éste es el ecológico. Que fui allí, en aquella barranca, y siembro una bellota. Allí, a lo mejó siembro otra. Pero tú, ¿sabes el ecológico que eres tú?”.

¹¹ En relación a este tipo de casos, el PORN dice expresamente lo siguiente:

«La Consejería de Medio Ambiente, en aquellas fincas dedicadas a la ganadería donde se hayan detectado problemas severos de sobreexplotación de la vegetación o de erosión del suelo, adoptará las medidas necesarias para hacer frente a dichos problemas tales como limitar la carga ganadera, establecer un acotamiento temporal u otras que se estimen convenientes, hasta que se adopten medidas correctoras que no pongan en peligro el mantenimiento de estos recursos. No se considerarán estas medidas cuando las circunstancias climatológicas hayan sido adversas para la producción de pastos y no se consideren irreparables» (Decreto 80/2004, de 24 de febrero, Anexo 1, 5.3.3, punto 4).

La táctica de Tomás y Joaquín pasaba por subrayar el carácter tangible de su acción ambiental frente a quienes no materializaban sus declaraciones o incluso se inhibían de sus responsabilidades. Joaquín, además, no se quedaba en el presente, sino que establecía una continuidad, una genealogía, con aquéllos que transformaron el paisaje previo a la dehesa. Esta “construcción genealógica” era bastante frecuente, como evidencia este fragmento de entrevista:

“Yo eso der parque naturá no sé quién puso esto parque naturá. Y pa qué lo puso, y pa qué lo puso. ¿Porque aquellas ensinas las puso er parque naturá? ¿Y las ensinas que hay en la Guinda las ha criaio er parque naturá? Esos arconnoques los sembró tu abuelo, argunos (...). Esa ensina [la señala], yo no tengo hijos, pero esa ensina, si fuera mi hijo, le podría desí a su hijo: ‘Esa ensina la crió mi padre. La dejó ahí mi padre’. ‘O mi abuelo: esa ensina la dejó ahí mi abuelo’” (José María, 52 años, jubilado y agricultor a tiempo parcial, julio de 2014).

El hilo del argumento es claro –los ganaderos fueron los constructores y siguen siendo los mantenedores del medio ambiente que se quiere proteger– y ha sido constatado recurrentemente por diversos estudios etnográficos realizados tanto en España como en áreas protegidas de otras partes del globo (Acosta, 2008: 283; Burgess, Clark y Harrison, 2000; Cortés, 2012; Vergunst, 2012). En este sentido, un elemento clave es el del conocimiento y su “politización” en los encuentros entre actores diferentes que producen las intervenciones públicas de diverso tipo. Un fenómeno bien captado por la nueva antropología del desarrollo (ver Long, 2001 y su visión de tales espacios o arenas en cuanto “interfaces de conocimiento”), la literatura sobre “culturas de conocimiento” (Kaljonen, 2006; Morris, 2006; Tsouvalis et al., 2000) y algunas etnografías de la conservación (Coca, 2008; Vergunst, 2012; Whitehouse, 2009). Y es que el “saber hacer” se reivindica frente a la falta de conocimiento efectivo de los actores asociados tanto al PN –técnicos, guardas– como, en general, al resto de intervenciones de carácter ambiental. Se trata de un saber entendido como una suerte de herencia y, parafraseando la letra de un cantaor flamenco y pequeño ganadero local, “que no puede encontrarse en los libros, sólo vivirse en el campo”¹².

El comentario de un ganadero cuando volvíamos en coche de una finca que arrendaba en un municipio cercano supone un potente ejemplo de esta politización del saber hacer. Admirándose por la belleza del paisaje que atravesábamos al llegar al límite entre ambos municipios, me decía:

“Esas ensinas las plantó arguien. Y otra persona las fue guiando hasta sé lo que son ahora. No habría parque sin to lo que nuestros mayores hisieron... Mira ésa. Es tremendo. Desde luego en to estos pagos –Constantina, Alanís, Cazalla– sabemos mu bien contrapesá los árboles. Porque una ensina como ésa es, ar fin y ar cabo, una balansa. Y mira lo bien contrapesaos que

¹² Juan Muñoz, “Que en los libros no se encuentran”, CD *Anacrónicos. Desde el corazón de Sierra Morena* (2010).

tiene los tres pies [ver Figura 5.1 para tener una idea]. Yo no estoy en contra de los controles. Sobre to, porque hay cada vez más forasteros que compran fincas y que hasen verdaderos destrosos porque no saben hasé bien las talas. Y ahora con las motosierras es más fási [fácil], porque antes er tío se lo pensaba dos veces antes de meterle mano a una rama como ésa [señala a una rama gruesa]. Ahora, que un guarda, que no ha cogío una hacha en su vida, venga a medí er diámetro de las ramas pa desirme a mí qué ensina puedo talá y cuá no, eso no puede sé” (Jaime, 36 años, mediano ganadero, noviembre de 2014).



FIGURA 5.1. Encina de grandes dimensiones, “formada” según el canon local

Fuente: Elaboración propia

La impugnación del “conocimiento experto” –e inútil desde este punto de vista– no es algo nuevo. Como bien sugiere Coca (2010), hunde sus raíces en el clásico argumento antilatifundista que entendía la omisión de muchas labores agrarias por parte de los grandes propietarios como un efecto de su ignorancia y de su falta de contacto real con la cotidianidad del campo y con el trabajo manual en el mismo (Coca, 2008; Díaz del Moral,

1929/1979; Martínez, 1968). Este elemento, de hondo anclaje en el repertorio cultural de los sectores subalternos andaluces, es movilizado ahora a través de su articulación a un discurso de la legitimidad en relación a la gestión (agroambiental) de estos campos.

Para cerrar este subapartado, puede decirse en síntesis que, si el discurso del director replicaba las típicas premisas conservacionistas –1) el medio ambiente existe; 2) el medio ambiente debe ser protegido; 3) el PN es el encargado de la protección del medio ambiente–, Joaquín no oponía otras. Más bien, procedía a ofrecer un desarrollo alternativo: 1) el medio ambiente existe; 2) sus constructores fueron nuestros antepasados; 3) el medio ambiente debe ser protegido; 4) los ganaderos deben seguir siendo los encargados de su protección. En el fondo, el objetivo, tanto de Claudio como de Joaquín, es el de adherir al significante consensual, “no-ideológico”, del medio ambiente, un contenido disputado –las restricciones del PN, la acción agraria de los ganaderos– y así efectuar una transferencia de legitimidad por la que uno u otro agente se convertirían en el protector (legítimo) del medio ambiente¹³.

5.3. El repliegue de Claudio

La intervención de Joaquín sería interrumpida por Claudio para, según dijo, tener derecho a responder y no pisar el tiempo del resto de ponencias programadas. Visiblemente molesto por unas críticas que había escuchado en repetidas ocasiones, Claudio intentó desmontar la afirmación sobre la presión excesiva que se atribuía al PN. Reconocía que el hecho de encontrarse dentro de un área natural protegida hacía que el monto de las multas se doblase y que del asunto se pudiese encargar una fiscalía especializada. Ahora bien, ofrecía el dato de que en el año anterior sólo 185 de los 5.000 expedientes de sanción que se abrieron se habían saldado con una sanción. Claudio, por tanto, decía no ver ni “punitividad”, ni motivos para el miedo:

“Nadie puede decí que tiene un agente [de medio ambiente] pegao a la espalda. Más bien, hay menos de los que debería, porque la administración ambiental se ha visto particularmente perjudicá por los recortes y eso supone que no se pueda hacé la labó de guardería de la mejor manera” (Diario de campo, noviembre de 2015).

A continuación, Claudio pasaba a la ofensiva para cuestionar la imagen de una población local respetuosa en todo momento con su entorno. Aludió al hecho de que existan muchas fincas sobreexplotadas. De cierta forma, justificaba con esto la necesidad de control por parte del PN, pero significativamente omitía el cuestionamiento que Joaquín había

¹³ La operación puede parecer similar a la ya mencionada “investidura radical” laclauiana. No obstante, ha de notarse que aquí no nos encontramos con un proceso de vaciamiento de un significante, sino con un proceso de legitimación. No sería entonces la vacuidad del significante “medio ambiente” lo que se transmitiría al PN o a los ganaderos, sino la legitimidad que aquél destila como consecuencia de su condición de anhelo (Žižek, 1997/2003: 140).

realizado sobre la falta de actuación ante un caso concreto de conocida reincidencia. Claudio decía no entender tampoco la crítica local a las supuestas malas prácticas de los visitantes foráneos. Éstas podían existir, “pero en el Cerro del Hierro [lugar del PN declarado Monumento Natural] han encontrao una lavadora tirá y en varias fincas se han encontrao encinas cortás por el tronco, ¿eh?”. Respecto a unos actos que sólo podían ser realizados por los locales, Claudio decía sentirse sorprendido ante la falta de denuncias.

Como vemos, el cambio entre la primera y segunda intervención del director-conservador es considerable. Si la primera estaba marcada por una serie de guiños a los ganaderos como parte de su proyecto de “alianza”, el enfado lo llevaría a olvidar ese fin y realizar una defensa del PN consistente en el ataque a los propios ganaderos. Sin responder a la acusación de inacción ante la sobreexplotación, Claudio les devolvía esta misma crítica. Aludía, incluso, a prácticas de imagen bastante agresiva, como el corte de árboles por el pie. Atacaba así la imagen construida por Joaquín de los ganaderos como protectores-constructores de la dehesa. Si, de esta manera, Claudio conseguía atacar el discurso “legitimista” de Joaquín, lo hacía al precio de olvidar a los destinatarios de su jugada original: los propios ganaderos¹⁴.

5.4. Área (no) protegida

La palabra volvió a Joaquín. La tensión con que desarrolló su intervención previa había desaparecido como efecto del contraataque del director. Recogiendo el guante de la propuesta de foro de debate, anunciaba que prefería no replicar a las palabras del director para no extenderse y así perjudicar el desarrollo de la jornada. Ahora bien, sí quería aludir

¹⁴ El enfado con que acogió la crítica de Joaquín hacía aflorar una posición beligerante en las antípodas con su proyecto de seducción de los ganaderos, pero he de decir que durante el trabajo de campo pude observar un mayor tacto en otros discursos de defensa del PN por parte de otros “ecologistas” (en sentido emic). Un buen ejemplo era el de Juan Rocha, un personaje foráneo, pero bastante conocido en el municipio. Pionero de la agricultura ecológica en Andalucía, unía su militancia ambientalista a una acérrima defensa de la actividad de agricultores y ganaderos. La primera reunión en la que tuve ocasión de escucharlo fue organizada para que expusiese las razones que le habían llevado a una huelga de hambre de la que se cumplían 18 días. Rocha pretendía dar un toque de atención a la administración autonómica por la, en su opinión, “grave situación” que atravesaba el campo andaluz. Durante un turno de palabra que consistió básicamente en agradecer su lucha y en recorrer la lista de agravios sentidos por los ganaderos locales, surgió, como era de esperar, la crítica al PN. La respuesta de Rocha al ganadero que la puso sobre la mesa resulta muy significativa: “Tengo que decí que tienes razón. Los parques naturales le han traído muchos problemas a la gente y tengo constancia de muchos ejemplos. Pero también digo que hay que defenderlos. ¿Por qué? Porque de eza [esa] forma defendemos la obra de nuestros antepasados”. Rocha, de forma inteligente, asumía la idea ganadera de que aquello que los parques defendían era un patrimonio de los ganaderos, pero daba una vuelta de tuerca para identificar ese “aquello” con los parques y llamar a su defensa. De ahí, que defender los parques sería defender la obra de los antepasados. Comparada a la invectiva de Claudio, este discurso debe ser leído como un intento mucho más hábil.

a varios temas de relevancia que podían ser objeto de dicho foro. Leyendo unas anotaciones en su cuaderno, el ganadero los enumeraba para terminar su intervención: “la pérdida de fauna, la nevá, er ‘camión pestoso’ y la seca”. Aunque tenían como denominador común el deterioro ambiental, su articulación iba más allá de ser una mera agrupación de demandas. Iba dirigida a Claudio en cuanto máximo representante del PN, con lo que todas estas críticas parece que se hacían girar sobre la crítica a éste.

Claudio, sin perder el ceño fruncido, se veía en la necesidad de responder. “Voy a tratarlos para que no se queden en el aire, pero de una forma muy breve”. En relación a la seca, un fenómeno patológico por el que encinas y alcornoques sufren un decaimiento y mueren, Claudio reconocía que era un problema de difícil solución en el que se estaba trabajando desde distintos centros de investigación. Los resultados de los estudios indicaban que el mismo hongo que la provocaba, la fitóftora, también atacaba al naranjo, pero que, en este caso, el árbol era capaz de generar una especie de antídoto. Según Claudio, una de las posibles soluciones podía provenir del aislamiento del principio activo del mismo para aplicarlo a encinas y alcornoques. Sea como fuere, los estudios también establecían una correlación entre fincas en estado de abandono y mayor incidencia de la seca, con lo que no debía entenderse ésta como un fenómeno de índole exclusivamente exógena.

Ya sobre la fauna, Claudio decía no entender la crítica y se apoyaba de nuevo en el saber científico-técnico. Decía que “los indicadores muestran que la biodiversidad se está recuperando” y ponía el ejemplo de los “grandes vertebrados” y, en particular, de las “aves”. El siguiente punto sobre el que responder refería a una fuerte nevada ocurrida algunos años antes, que había producido graves daños en algunas fincas de la comarca como consecuencia de la caída de ramas. La administración, según la opinión generalizada entre los ganaderos, tardó en actuar y las prometidas ayudas para hacer frente al perjuicio económico y al coste de evacuar todo el ramaje caído nunca llegaron. Claudio respondió que, por lo que respectaba al PN, desde éste se agilizaron todos los trámites para los trabajos necesarios e, incluso, se flexibilizó la aplicación de las normas para no obstaculizar talas, quemas y descorchas. Reconociendo que la administración no había actuado bien en relación a las ayudas anunciadas, quiso puntualizar que el PN no tenía responsabilidad en esa materia.

Por fin sobre el “camión pestoso”, un camión para cadáveres de animales que recorría periódicamente la comarca, afirmaba que la recogida de esos restos se producía por exigencia de la UE, no teniendo ninguna participación el PN en esa obligación. Todo lo contrario. Lo que había conducido a que recientemente se permitiese, al menos, dejar los cadáveres de ovejas y cabras en las explotaciones era el hecho de que la comarca estaba declarada como “zona de vuelo de aves necrófagas” y esto se debería precisamente a que,

por ser PN, pertenecía a la red europea de áreas protegidas, la llamada Red Natura 2000¹⁵. Una vez explicado esto, Claudio decía no querer acaparar más el tiempo de la jornada y daba por finalizado el espacio de su ponencia. El responsable de la jornada subía a la mesa para presentar a un técnico de la organización agraria COAG, que iba a ser el encargado de la ponencia sobre ayudas para jóvenes agricultores y sobre la nueva PAC.

Resulta evidente que el discurso de Claudio iba dirigido a segregar al PN de las problemáticas ambientales señaladas por Joaquín. Exceptuando la biodiversidad, el PN no tendría nada que ver con la seca, ni con el “camión pestoso”, ni con la nevada. En este último caso, Claudio incluso se sumaba a la crítica de la “administración”. De alguna forma, lo que buscaba era una desvinculación por la vía de aclarar que éste no tenía competencia alguna sobre ellas.

Ahora bien, da la impresión de que este argumento normativista se quedaba corto. La cuestión no era que esa particular construcción se apoyaría en un mero desconocimiento del ámbito de actuación del PN, el cual, una vez aclarado, la disolvería. Joaquín, al señalar al PN por esas figuras diversas y representativas del deterioro ambiental, no lo hacía en términos más o menos legales. Lo que hacía era jugar más fuerte la baza de la paradoja de la figura de protección que no protege. Es posible que esta condensación (Laclau, 1978: 114-115) de demandas en torno al PN sea el reverso del exclusivismo en materia de protección ambiental que es común a toda implementación de un área natural protegida (Santamarina, 2009: 306-307) y que constituía la premisa de fondo para la que Claudio quería ganar el consenso ganadero. Lo que estaba en juego, por tanto, no eran las tareas de conservación reales que la normativa adjudicaba al PN, sino, como decía más arriba, el papel que el propio Claudio había querido arrogar al PN, su pretensión de monopolio de la labor de protección del medio ambiente.

6. CONCLUSIONES

En este capítulo he abordado el fenómeno de la ecologización de los ganaderos locales, claramente asociado con la conflictividad discursiva de estos actores. Decía que una posibilidad sería mirarlo a la luz del marco de la *environmentality*, pero que éste, como ya

¹⁵ La prohibición europea del abandono de cadáveres a que Claudio se refería se puso en marcha ante la alarma que generaron en la década de 1990 las Encefalopatías Espongiformes Transmisibles. Los efectos negativos para las aves necrófagas de su implementación llevaron a un replanteamiento que en España quedó reflejado en el Real Decreto 1632/2011, de 14 de noviembre. Este decreto aprobaba la creación de “zonas de protección para la alimentación de especies necrófagas de interés comunitario”, entre las cuales debían figurar los espacios de la Red Natura 2000 definidos por la presencia de las especies necrófagas de interés comunitario y los ámbitos de aplicación de los planes de recuperación o conservación de dichas especies, pero también otras áreas prioritarias para su alimentación –zonas de predominio de la ganadería extensiva– que no estuviesen contempladas en ambas situaciones.

vimos a través de la abundante crítica etnográfica presentada en el capítulo 1, no resulta muy útil dado el oscurecimiento de la acción política de los supuestos “sujetos” al que irremediabilmente conduce. Decía entonces que otra posibilidad, más interesante, la ofrecían los estudios que, interesados por los aspectos político-discursivos de los procesos de “naturalización” (Cortés y Ruiz, 2018; Valcuende et al., 2011), habían desarrollado una perspectiva implícitamente dialógica por la que veían tales procesos como una táctica de adopción de la categoría de naturaleza para la lucha en el contexto de procesos de patrimonialización ambiental (Cortés, 2012: 210).

El objetivo fundamental de este capítulo ha sido llevar esa perspectiva un paso más allá. Constatando una cierta limitación descriptivista, he pretendido dotar de consistencia teórica a dicho enfoque. El marco que mejor permitía desarrollar las potencialidades dialógicas de estos trabajos es, sin duda, la teoría de la articulación discursiva de Stuart Hall, que he complementado con algunas aportaciones žižekianas y he intentado adaptar a una realidad microsocia como la estudiada. Considero que este movimiento teórico ha demostrado cumplir con la función de permitir una aproximación más clara y ordenada al material empírico, en suma, un análisis más completo. A ello ha contribuido también la opción por la contextualización y observación de los discursos en acción a diferencia del frecuente acceso a los mismos vía entrevista, lo cual da lugar a un material más denso y con más matices.

Debe quedar claro que la reflexión que aquí se ha presentado no parte de la negación de la existencia de diferentes formas de percibir y estar en el ambiente en este contexto etnográfico. Adoptando una lente ingoldiana, no hay duda de que el paisaje (*landscape*) de los llamados “ecologistas” supone una forma de representación del mundo que se halla muy alejada del modo de habitarlo a través de la práctica característico de la intervención cotidiana de los ganaderos locales y que podríamos denominar “*taskscape*”¹⁶ (Ingold, 2000). Otros estudios desarrollados en el suroccidente peninsular (Coca y Escalera, 2019; Cruzada, 2017) han profundizado en las distancias –ontológicas, si se quiere– de sus poblaciones rurales. En ellos se rechaza la aplicabilidad de una “cosmología” caracterizada por la dicotomización naturaleza/cultura, considerada como típicamente occidental (Descola, 1996/2001) y estructurante de relaciones humano-ambientales “orientalistas” o de estricto dominio (Pálsson, 1996/2001). El foco de este capítulo, no obstante, se ha querido poner sobre las prácticas políticas, para las que tales percepciones y

¹⁶ Ello no significa que no me encontrase durante el trabajo de campo con valoraciones de tipo estético y/o panorámico por parte de mis interlocutores, indicativas de la asimilación de un tipo de percepción cercano al contenido en la idea de paisaje.

representaciones diferenciales es muy posible que actúen como una de sus bases¹⁷, si bien estos posibles vínculos no han sido objeto de estudio.

En relación a estas prácticas políticas, se ha puesto de manifiesto cómo los discursos contruidos por los protagonistas del material expuesto en el capítulo se componían de una serie de elementos de diverso origen y, a veces, contradictorios. En el caso de Joaquín, por ejemplo, nos encontrábamos con la articulación de elementos provenientes del discurso científico (fauna, medio ambiente) y elementos del sentido común, como las memorias agrarias o la minusvaloración del saber científico-técnico. Ese tipo de articulación, sin embargo, no era horizontal, sino que el medio ambiente bajo la forma aplicada de la protección ambiental se situaba en una posición central. En ese sentido, la lucha se producía en torno a dicho significativo.

Es en este punto donde cobra importancia el concepto de “fuerza social”, con el que Hall aludía al conglomerado social que participa de una formación ideológica. Aquí no encontramos el tipo de conglomerado que Hall tenía en la cabeza, dado el nivel microsocioal en el que operamos; pero sí, dentro del denominador común de la dedicación a la ganadería, la inclusión de posiciones e identidades dispares como la del pequeño ganadero y la del ganadero familiar más acomodado. Sectores que, a partir de sus siempre contingentes intereses (Hall 1988b: 45), animan las diferentes articulaciones y de esa forma construyen algo que recuerda a aquella idea halliana de fuerza social.

Sea como fuere, es posible que un concepto más adecuado para este nivel micro – aunque contruido sin otorgar tanto peso al elemento discursivo– sea el de “grupo estratégico”. Fue acuñado por el sociólogo alemán Hans-Dieter Evers para ir más allá de las limitaciones que el concepto marxista de clase social muestra en su aplicación a determinadas realidades sociales. La propuesta refiere a “agregados sociales de naturaleza más empírica y variable” (Olivier de Sardan, 2005: 191) que se unirían más o menos coyunturalmente alrededor de la lucha por unos intereses comunes, normalmente relacionados con el acceso –o mantenimiento del acceso– a ciertos recursos en disputa¹⁸ (Evers y Gerke, 2009: 3). Al igual que ocurre en el municipio estudiado, las personas que los conforman no suelen dar lugar a una organización, pero sí conforman una suerte de red

¹⁷ La relación entre formas de percibir y estar en el mundo, y prácticas políticas en contextos culturalmente alejados de los abordados por la ontología política (Blaser, 2009; Escobar, 2012) –el Norte global– podría dar lugar a una sugerente agenda de investigación.

¹⁸ La definición completa de Evers y Gerke (2009: 3) sería la siguiente:

«[Los grupos estratégicos] trascienden jerarquías, sus miembros (...) pueden tener diferentes estilos de vida y diferentes creencias. Sin embargo, están unidos por un objetivo común: asegurarse las posibilidades presentes y futuras para acceder a recursos; compartir posibilidades de apropiación de recursos y su distribución. No son necesariamente miembros de una red ni miembros de una organización, aunque esto no quiere decir que no puedan serlo. Un grupo estratégico es, en términos sociológicos, un cuasi-grupo» (Evers y Gerke, 2009: 3).

informal que se nutre de unos intereses que, aunque disímiles, intersectan en un punto crucial, en nuestro caso, el de la defensa de la actividad ganadera en el seno de un campo agrario “ecologizado” y que, al mismo tiempo, deja a estos individuos en un estado de creciente dependencia¹⁹.

Mediante esta síntesis del trabajo analítico realizado, he querido destacar la virtualidad que el marco teórico empleado posee para la reflexión sobre los fenómenos discursivos ambientales. Por un lado, implica una interesante metodología para el análisis, que al tiempo que contribuye a la densidad etnográfica, permite reflexionar sobre la especificidad de los fenómenos discursivos estudiados. Por otro, ya a un nivel estrictamente teórico, implica una perspectiva que huye de unilateralismos para situarnos en la intersección donde es posible captar de manera imbricada el ejercicio del poder y la acción política.

¹⁹ Algo de esto parece intuir Morris (2006) en su estudio sobre las tensiones en torno a la implementación de dos programas agroambientales en Inglaterra:

«La resistencia observada a la cultura de conocimiento [*knowledge-culture*] asociada a la política agroambiental no puede, por lo tanto, deberse simplemente a diferencias en la forma de conocimiento per se, sino que también es resultado de procesos políticos más amplios. En este caso, ello tiene que ver con una creciente alienación sentida por los agricultores respecto a la sociedad, con sus crecientes demandas ambientales. Como consecuencia, se producen intentos de reafirmar una identidad colectiva que los posiciona como expertos ambientales [*environmentally knowledgeable actors*]» (Morris, 2006: 125).

CAPÍTULO 6

DEHESAS DE AYER Y HOY.

Narrativas conspirativas, parque natural y organicismo

La conspiración era una necesidad:
por eso la inventaron y la creyeron

Mario Vargas Llosa, *La guerra del fin del mundo*

1. INTRODUCCIÓN

En mi primera jornada como “ayudante” en la explotación de Ángel, la mayor parte de la tarde la empleamos llenando sacos de pienso junto a uno de sus conocidos. Cuando acabamos la tarea, Ángel y yo nos fuimos a buscar su rebaño de ovejas a una parcela cercana. Se trataba de una colina pelada, pero salpicada por alguna que otra pequeña concentración de olivos. Después de juntar al grueso del rebaño cerca de una “portaílla” hecha de alambre, nos dirigimos a la mancha de olivos que coronaba la colina. Había allí dos ovejas con sus borregos, recién paridos, que debíamos juntar con el resto.

Ángel me previno de acercarme mucho. Al parecer, correría el riesgo de que los borregos creyesen que yo era su madre. Además, una de las ovejas era primeriza y esto hacía que hubiese posibilidades de que se desentendiese de su cordero. Ángel arrancó la vareta de un olivo cercano y me la dio. Me dijo que me golpease suavemente con ella en la parte baja de la pierna mientras nos acercábamos a ellas. Según me decía, desconocía el motivo exacto, “pero cuando vas detrás y hases eso, ellas tiran pa alante [adelante]. Er campo tiene estas cosas...”. *Chac, chac, chac, chac, chac...* Efectivamente, las ovejas y sus retoños se levantaban y, despacio, comenzaban a andar en la dirección en que las guiábamos.

En la bajada, Ángel me comentaba “otro”, según sus propias palabras, “misterio de la naturaleza”. En el lugar donde las habíamos recogido parían nueve de cada diez ovejas que lo hacían en esa parcela. Le pregunté la razón. Respondió que podría ser porque debajo de esos olivos las ovejas se sentían más seguras respecto a posibles ataques de zorros y de otras alimañas. Si estábamos recogiendo el rebaño era precisamente porque, aunque le gustaría, no podía dejar a los animales libres por la noche.

Habiendo hecho Ángel referencia explícita al zorro, quise saber su perspectiva sobre otro mamífero de mala fama local, el meloncillo, un pequeño carnívoro de cuerpo alargado y patas cortas que constituye el único representante en Europa de la familia de las mangostas (ver Figura 6.1). Súbitamente enervado, Ángel respondió: “¡Ésa es la peó alimaña

que existe! Un animá que na más que lleva aquí vente o trenta años. Que lo metieron los ecologistas porque se creían que iba a sé... Y lo único que han conseguido es que er ganao esté más amenasao que nunca. Por un animá que, si se quea enganchao en arguna alambrá, los mismos melones [meloncillos] se lo comen. Al otro día no te encuentras na más que el esqueleto”.



FIGURA 6.1. Meloncillo (*Herpestes ichneumon*)

Fuente: Palomares (2007: 327)

Como ya vimos, el término “ecologistas” no era usado por mis interlocutores solamente para designar a los activistas del movimiento ambientalista. Abarcaba también a toda aquella persona asociada con la administración ambiental y/o con cualquier iniciativa etiquetable como conservacionista o proteccionista. En muchas ocasiones, se utilizaba como forma de aludir al conjunto de trabajadores del PN. Éste es precisamente el sentido concreto que adoptaba el término en el comentario de Ángel, ya que la introducción del meloncillo era una iniciativa que la generalidad de los ganaderos situaba como una de las primeras iniciativas puestas en marcha por el PN. Añadiré por ahora que dicha introducción consistiría en la “suelta” periódica de meloncillos a manos del personal del PN y que se llevaría a cabo en el más estricto secreto.

Miembros del equipo del PN, tanto pasados como actuales, rechazaban sistemáticamente tales acusaciones. Negaban que hubiera habido alguna vez un plan de introducción de la especie. Consideraban que se trataba de pura ignorancia sin ninguna base probatoria. Apuntaban, además, que era una creencia que debía haber sido importada, ya que no era exclusiva de la comarca. Esto último puede comprobarse fácilmente a través de una búsqueda en la web que relacione los términos “suelta” y “meloncillo”, o “suelta” y “alimaña”. Dejando a un lado el hecho de que la mayoría de los resultados se relacionen con blogs de orientación ambientalista, en ellos se alude al registro de relatos similares en

diferentes partes de la geografía española¹. Hay que añadir que, en esos otros territorios el meloncillo no sería el único animal introducido, sino también otras especies como serpientes, lobos o topillos.

Tras un primer contacto al final del capítulo anterior con la tendencia de los ganaderos a la condensación político-discursiva (Laclau, 1978: 114-115) sobre el PN, encontramos en el relato local alrededor de la expansión del meloncillo una nueva ilustración que, al mismo tiempo, nos habla de otro nivel: no sólo se piden cuentas al PN por permitir el “deterioro”, sino que ahora se lo sitúa como protagonista del mismo. Ello nos llama a reflexionar sobre el papel del PN en el seno del imaginario político de mis interlocutores. Profundizar en él es precisamente uno de los objetivos de este capítulo. Un segundo objetivo, que servirá a modo de plataforma para el anterior, lo constituye la reflexión sobre el relato del meloncillo en cuanto objeto de estudio, lo cual tiene como fin evitar posibles lecturas exotistas procediendo a una concienzuda reflexión sobre sus posibles fuentes y su verosimilitud.

2. ANTROPOLOGÍA Y NARRATIVAS CONSPIRATIVAS

2.1. De la teoría a la narrativa

La creencia de que sería el PN el encargado de realizar periódicas sueltas de meloncillos con la intención de introducir la especie en la comarca parece tener todos los ingredientes de una “teoría de la conspiración”. Nos encontramos con una narración sobre unos actores que elaboran de manera secreta planes para imponer ciertas medidas a una determinada población (Pelkmans y Machold, 2011: 68). A esta típica visión en términos de “hilos ocultos” del poder, habría que añadir el hecho de que la historia no sea exclusiva de la comarca estudiada, sino una especie de versión localizada. Como Cortázar (2008: 62) señala para el vecino género de la “leyenda urbana” –o “leyenda contemporánea”²–, este tipo de narración “suele tener una vida (...) larga y estable, cuenta con una estructura general y muchas variantes locales que van cambiando de acuerdo con las circunstancias, conoce periodos de amplia difusión y momentos de letargo”.

Ahora bien, cuando empleamos el término “teoría de la conspiración” no nos limitamos a encuadrar de forma aséptica un fenómeno en una tipología. A través de esa categorización estamos, de manera implícita, connotando como inverosímil el relato al que

¹ En las áreas rurales del centro y sur de Portugal también parece ser común la adscripción de la expansión de la población de meloncillos (*saca-rabos*, en portugués) a una introducción de iniciativa ecologista y/o de la administración ambiental (Amélia Frazão Moreira, comunicación personal).

² Mientras los rasgos diferenciales de la leyenda urbana tendrían que ver con su frecuente asociación con elementos del género de terror y su contenido ético o moraleja implícita (Cortázar, 2008; DiFonzo y Bordia, 2007), la especificidad de la teoría de la conspiración consistiría en su carácter de narrativa acerca del ejercicio del poder y sus “hilos ocultos” (Pelkmans y Machold, 2011).

nos referimos. Reflexionando sobre el sesgo peyorativo adherido al término, Pelkmans y Machold (2011) entienden que, aunque sería cierto que una parte de los relatos calificados como teorías de la conspiración son poco plausibles, muchos otros son perfectamente verosímiles. En ese sentido, no existirían diferencias de procedimiento, en lo fundamental, respecto a cualquier tipo de teoría (Carbon, 2018).

El empleo de la categoría “teoría de la conspiración” tendría más que ver, por tanto, con una localización social animada por unos determinados intereses políticos³. Abundando en esta idea, Pelkmans y Machold (2011) sostienen que “teoría de la conspiración” sería, básicamente, una etiqueta usada por los “poderosos” como arma para desacreditar relatos distintos a los oficialistas o gubernamentales. Haciendo mía esta crítica, entiendo indispensable el alejamiento de un término tan sesgado y, en este sentido, considero una propuesta adecuada la del término “narrativa conspirativa” (*conspiracy narrative*)⁴, sugerido recientemente por Carbon (2018: 24).

2.2. De la brujería a la conspiración

La disciplina antropológica, construida como el estudio del “otro”, se acercó desde temprano a la cuestión de las creencias que aparecían a los ojos del antropólogo como “extrañas”. Una obra paradigmática en ese sentido es *Brujería, magia y oráculos entre los azande*, de Evans-Pritchard (1937/1976). En ella, se abordaba la cotidiana explicación, entre los azande de Sudán, de los infortunios más banales y/o cotidianos en cuanto actos de brujería. Frente a la interpretación de Lévy-Bruhl, quien veía en la brujería un indicador de “mentalidad prerracional”, Evans-Pritchard argumentaba que se trataba de una forma, coherente en el seno del sistema social zande, de establecer causas para eventos rodeados de incertidumbre, como la enfermedad, los infortunios o la muerte.

³ Para Pelkmans y Machold (2011: 66), el relato pre-invasión de Irak fabricado por el Gobierno Bush Jr. sobre las supuestas armas de destrucción masiva irakíes y los planes de Saddam Hussein de usarlas contra Estados Unidos en alianza con Al Qaeda es un buen ejemplo de que “las más poderosas teorías de la conspiración –aquéllas que tienen un impacto geopolítico más importante– no son reconocidas como tales”.

Aunque la ecuación teorías de la conspiración-sectores no oficialistas también es lo usual en el seno de las aproximaciones antropológicas (Boyer, 2006), existen algunas excepciones que profundizan en las narrativas conspirativas “oficialistas”. Un ejemplo es el de Johnson (2013), que examina en Tailandia la relación entre la particular representación social del monarca tailandés y el carácter de las “teorías de la conspiración” sobre la oposición política, observando en éstas una vía para señalar al adversario como inhumano y, de esa forma, expulsarlo de los límites del juego político legítimo.

⁴ El anclaje local y la transmisión boca-a-boca del relato que me ocupa nos hablan también de su dimensión de rumor (Cortázar, 2008; DiFonzo y Bordia, 2007), con lo que otra alternativa terminológica, interesante para este caso concreto, podría ser la de “rumor conspirativo”, término recientemente propuesto por DiFonzo (2019).

Encontramos un argumento que está en sintonía con el de Evans-Pritchard en el clásico estudio de Shibutani (1966), quien entendía los rumores generados por los prisioneros de los campos de concentración de japoneses de los Estados Unidos en guerra como la construcción de “noticias improvisadas” que, de manera no consciente, servirían para amortiguar la extrema incertidumbre ante el futuro inmediato. En cierta manera, la incertidumbre también se encontraría en la base de la formación del famoso “rumor de Orleans” analizado por Morin (1969/1971), un rumor acerca de una supuesta trata de blancas organizada a partir del secuestro de jóvenes en los probadores de determinadas tiendas de moda “yeyé” de la ciudad, todas ellas propiedad de comerciantes judíos⁵. Para Morin, los orígenes del rumor, gestado en ciertos grupos de chicas adolescentes de la ciudad, se relacionan con sus “fantasías” en un contexto de cambio acelerado por el desarrollo de la sociedad de consumo y la progresiva absorción por la metrópoli parisina de una ciudad provinciana.

La hipótesis del impacto de la “modernidad” que se vislumbra en Morin sería precisamente el fundamento de la renovada aproximación antropológica al fenómeno de la brujería realizada en la década final del siglo XX (Comaroff y Comaroff, 1993; Geschiere, 1997). La obra fundamental en ese sentido es *La modernidad de la brujería*, de Geschiere (1997). Su argumento es que las nuevas formas de brujería que pueden encontrarse en los contextos urbanos africanos no constituyen una pervivencia de la tradición en medio del avance de la modernidad. Frente a la idea weberiana de la modernidad como “desencantamiento del mundo”, de lo que nos hablaría esa irrupción de la brujería sería precisamente del “reencantamiento” que opera la modernidad como consecuencia de la fragmentación y ambigüedad de la experiencia que lleva aparejada.

Cuando, pocos años después, la antropología comenzara a interesarse por las narrativas conspirativas, una parte de las aproximaciones heredaría ese foco, entendiendo dichos relatos como formas de dotar de sentido a la ambigua experiencia del poder en las sociedades contemporáneas (Briggs, 2004; Comaroff y Comaroff, 1999; Sanders y West, 2003; Schrawers, 2003). Como apuntan los Comaroff, el desarrollo del proyecto ilustrado en los siglos XVIII y XIX tuvo mucho que ver con un periodo en que, como consecuencia del avance de la sociedad industrial, “el universo se hacía opaco”. Y ello daba como resultado un “febril esfuerzo por encontrar las conexiones ocultas, por encontrar la mano invisible” (Comaroff y Comaroff, 2003: 289). La actual “globalización” no habría hecho más que llevar

⁵ Morin analiza el proceso por el que el rumor se extiende, se transforma, es combatido por ciertos sectores locales y queda finalmente disuelto. Al mismo tiempo que desentraña los imaginarios que se encuentran detrás de las sucesivas transformaciones experimentadas por el rumor en sus dos meses de existencia, el desprecio de Morin, judío, hacia un fenómeno que pronto adquirió tintes antisemitas se hace evidente en su metáfora del rumor como enfermedad, lo cual queda patente en la terminología empleada en su descripción (metástasis, anticuerpos...) (Morin, 1969/1971).

tal opacidad al extremo, generando una obsesión por la transparencia y, de manera inextricable, por su anverso, la conspiración:

«La conspiración, en pocas palabras, ha venido a rellenar el vacío explicativo, el agujero negro epistémico, que se entiende cada vez más como una de las consecuencias de la perturbación de las comunidades morales, por la así llamada crisis de representación, por la erosión operada por las conexiones de tipo moderno entre medios y fines, sujetos y objetos, formas y métodos. Todo ello en un mundo global que es, al mismo tiempo, más grande y más pequeño, más y menos conocible, más y menos inescrutable que nunca antes» (ibid.: 287-288).

Otros autores han interpretado las narrativas conspirativas exploradas en sus investigaciones desde enfoques distintos⁶. Es el caso de Boyer (2006) en su estudio sobre las discusiones en torno a los manejos ocultos en la Alemania Oriental en una tertulia (*Stammtisch*) del Berlín post-socialista. La especificidad de su material etnográfico proviene del hecho de que las narrativas en cuestión tienen que ver con el conocimiento directo y profundo de los manejos ocultos de personajes como Erich Honecker y otros altos cargos. Por tanto, la cuestión aquí no reside en una respuesta a lo “no conocible” como parte inherente de la experiencia moderna del poder, sino en una respuesta diferente dirigida a lo “no olvidable” y, en ese sentido, terapéutica. Para Boyer, ese elemento inolvidable tendría que ver con la memoria del autoritarismo y la pervasividad de la idea de que éste forma parte del carácter alemán. Entendiendo con Freud la terapia como la interrupción de una asociación, el autor sostiene que la obsesión de los asistentes a la tertulia con la conspiración en las altas esferas de la antigua RDA implica precisamente su forma de interrumpir la asociación entre aquel “psicologismo étnico” y el pasado alemán que le sirve a modo de soporte (ibid.: 336).

Algunos también han puesto la mirada sobre la vinculación de ciertas narrativas conspirativas con la reproducción de regímenes de poder. Un buen ejemplo es el de Nuijten (2003, 2004), quien examina las narrativas conspirativas generadas al hilo de las relaciones establecidas por los campesinos de una aldea mexicana con la burocracia de la administración agraria. La “idea del Estado” (Abrams, 1988; Gupta, 1995; Hansen y Stepputat, 2001) construida por dichos campesinos tiene que ver con una corrupción ubicua y con una “distancia cínica” respecto al mismo. Sin embargo, esa percepción de corrupción generalizada produce, al mismo tiempo, una imagen de apertura de posibilidades que estaría en la base de la sorprendente sucesión de iniciativas campesinas de recuperación de tierras comunales repetidamente fracasadas. Esta autora, siguiendo a Žižek, entiende tal fenómeno como el efecto de una “fantasía ideológica” –profundizaré en este concepto más

⁶ Ver Bonhomme (2012) para una crítica tanto del enfoque “macrosociológico” que sería característico del llamado “paradigma brujería y modernidad” como de sus aplicaciones en el ámbito del rumor y las narrativas conspirativas.

adelante– en torno al Estado, cuyo resultado en la práctica sería el reforzamiento de las relaciones de dominación existentes y del discurso del orden establecido (Nuijten, 2003: 203-208).

En las distintas aproximaciones a las narrativas conspirativas queda patente que éstas son abordadas no en cuanto objetos de estudio antropológico, sino como indicadores de fenómenos más amplios (Boyer, 2006: 327), como la experiencia moderna, la relación con el pasado y con las identidades derivadas del mismo, o el funcionamiento de la “ideología del Estado”. Como ya adelanté, también en mi caso aprovecharé la particular narrativa estudiada como vía heurística de acceso a un proceso social superior. Eso no obsta, sin embargo, para profundizar en la narrativa en torno a la introducción del meloncillo en toda su densidad, tarea a la que dedico los próximos dos apartados. Su abordaje como objeto en sí mismo me llevará a reflexionar sobre las bases sociales de la plausibilidad del relato, el imaginario con el que puede estar conectado y la particular forma que adoptó la reacción del sector señalado como responsable de la introducción, el de los llamados “ecologistas”.

3. UN RUMOR PERSISTENTE

3.1. Retrato de una mangosta

El meloncillo, cuyo nombre proviene etimológicamente del latín *meles* (tejón), pertenece al género de los herpéstidos o mangostas. Se trata de un depredador “oportunista” que suele cazar las presas más abundantes y disponibles (Palomares, 2007: 328). Los estudios indican que su dieta se compone habitualmente de pequeños conejos y otros micromamíferos –roedores, insectívoros, etc.–, aunque también incluye desde insectos hasta aves, pasando por frutos y carroña (Narváez, Blanco y Barrios, 2008: 251; Palomares, 2007: 328). A diferencia del resto de carnívoros de la zona, como zorros, nutrias o tejones, el meloncillo tiene hábitos diurnos⁷. En cuanto a su organización social, hay diversos patrones en función de edad y sexo: mientras los machos adultos tienden a ser solitarios, las hembras y, sobre todo, los machos jóvenes suelen vivir en grupo (Palomares, 2007: 329).

Así como algunos estudios científicos, los ganaderos locales también consideran que una de las presas favoritas del meloncillo es el conejo. Sin embargo, esta última especie, hace décadas muy abundante en la zona, es casi inexistente hoy como consecuencia de la mixomatosis y la neumonía hemorrágica, dos enfermedades víricas de rápida propagación y mortalidad. En ausencia del que sería su alimento máspreciado, los ganaderos consideran

⁷ Pérez Gómez, a partir de información recogida en la propia Cazalla de la Sierra, sugiere que los hábitos diurnos del meloncillo serían recientes, habiéndose producido un abandono de la nocturnidad en torno a las décadas de 1970 y 1980. “La horda en retirada”. *El Chorrillo*, núm.94 (mayo de 1998), p. 3.

lógico el recurso de los meloncillos a otras presas, como las ofrecidas por sus chivos, gallinas y corderos (ver Figuras 6.2 y 6.3). Dando por hecho que los meloncillos atacan “*en maná* [manada]”, entienden que ello es lo que permite a un carnívoro de pequeñas dimensiones – 50-60 cm de longitud– dar caza a presas, en muchos casos, de un tamaño considerablemente mayor que él.



FIGURAS 6.2 y 6.3. Fotografías tomadas por ganaderos locales de cadáveres de ocas y corderos presuntamente atacados por meloncillos

Fuente: recuperado del diario *La Plaza Información*, edición del 24/09/2016

En un estudio realizado en la misma comarca donde desarrollé mi trabajo de campo, Narváez et al. (2008) constatan unas densidades similares para las poblaciones de meloncillos y de zorros. Sería plausible, por tanto, que los ganaderos achacasen los ataques a su ganado a ambas especies por igual. Y aunque la atribución a los zorros también tiene lugar, es cierto que son los meloncillos los más mentados por los ganaderos locales. Para explicar tal discrepancia, los autores lanzan la hipótesis de su posible relación con el hecho de que el meloncillo sea el único carnívoro diurno, lo cual “genera quizás una sensación de abundancia y descaro que no acompaña a otros carnívoros” (ibid.: 253).

Sea como fuere, el foco sobre el meloncillo conlleva una superior elaboración sobre su figura por parte de los ganaderos. Por un lado, el meloncillo es visto como un animal insaciable. El objetivo de su actividad depredadora sería en la mayoría de casos la alimentación y de ello daría buena cuenta la frecuente aparición de cadáveres sin carne ni órganos; a veces, sin cabeza:

“Aquí lo que hay es mucho melonsillo, mucho sorro. ¿Y qué pasa con las alimañas? Po que están esmayaitos. Y, ¿qué es lo que hasen? Por ejemplo, nosotros allí en la serca no se llevan las gallinas por er montón de perros que tenemos, porque no les dejan meterse. Si no, no quedaba ninguna. (...) Y, además, los melonsillos se comen la cabeza de los borregos...” (Jorge, 37 años, trabajador del campo, diciembre de 2014).

En relación a esto, recordemos lo que me comentaba Ángel, el protagonista del episodio con el que abría el capítulo: “un animá que, si se quea enganchao en arguna alambrá, los mismos melones se lo comen. Al otro día no te encuentras na más que el esqueleto”. Dando la medida de su insaciabilidad, esa vinculación con el canibalismo retrataba, al mismo tiempo, al meloncillo como un depredador sanguinario. Es en ese sentido que se representaba como un animal que no sólo mataría para sobrevivir, sino que en muchas ocasiones lo haría también “por placer”. Varios ganaderos me ilustraban esto refiriendo a cadáveres de corderos que habían recogido y que aparecían intocados más allá de las heridas producto del ataque sufrido.

3.2. ¿Un recién llegado?

Las poblaciones de meloncillo son relativamente abundantes tanto en África como en algunas zonas de Oriente Medio. En Europa, se localizan exclusivamente en la península Ibérica. Mientras algunos autores sugerían hasta hace unos años que el meloncillo habría sido introducido en época antigua o andalusí, una reciente investigación genética ha determinado una importante diferencia cromosómica entre las poblaciones ibéricas y las norteafricanas, sugiriendo la hipótesis de una llegada a través del estrecho de Gibraltar muy anterior: durante las oscilaciones en el nivel del mar características del Pleistoceno Tardío (aprox. 125.000-12.000 a. C.) (Gaubert et al., 2011). Sea como fuere, y aunque la presencia

del meloncillo no fuera extraña en algunas áreas del norte peninsular hasta finales del siglo XIX, a lo largo del XX sus poblaciones se vieron reducidas al cuadrante suroccidental (Palomares, 2007: 327). Sólo en torno a los años ochenta, comenzarían a aparecer ejemplares al norte del Tajo, una tendencia expansiva que se mantiene hasta la actualidad (Balmori y Carbonell, 2012; Barros, Carvalho, Pereira, Ferreira y Fonseca, 2015) y que también afecta al cuadrante suroriental peninsular (González-Broco et al., 2016).

En parte relacionada con esa expansión, se encuentra el incremento de su número por las sierras del suroccidente ibérico. Narváez et al. (2008) relacionan esa proliferación con la preferencia del meloncillo por zonas de densa cubierta vegetal y, por tanto, con el proceso de matorralización sufrido por una buena parte de las dehesas de ese cuadrante (ibid.: 253). Ya para el caso específico de la Sierra Morena Sevillana, Pérez Gómez, a partir de información procedente fundamentalmente de gentes de Cazalla, registra entre los años finales de la década de 1980 y los primeros años 1990 un “bombazo” demográfico. La hipótesis del autor sobre las causas de esa expansión se relaciona con los cambios en la cadena trófica que habrían convergido en el periodo:

«El meloncillo, como el zorro come de todo; es lo que los biólogos llaman un oportunista. (...) Esto, para él, constituye una enorme ventaja; nunca tiene problemas de alimentación y se adapta a cualquier biotopo. Su verdadero punto débil está en el aumento de la predación o las enfermedades. Aconsejo al lector que recuerde fríamente cómo la época del gran auge del Meloncillo estuvo precedida y luego largamente continuada por unos tiempos en los que se concedían permisos a mansalva para descaste de zorros (uno de sus mayores competidores), matándose muchos miles de ellos en la Sierra. Al propio tiempo se produjo un fuerte descenso de la población de conejos por la mixomatosis y la neumonía. Los únicos predadores que le quedaban al melón –las rapaces– ante la falta de conejos comenzaron a suplir la dieta con lagartos, serpientes, etc. que también dieron el bajonazo; finalmente por falta de pitanza disminuyeron las rapaces casi a la mínima expresión (...). Fatídica cadena»⁸.

Al parecer, la población local de meloncillos no sigue una progresión constante, sino que fluctúa. Pérez Gómez (2004: 69-70) afirma que desde 1996 se produjo una regresión de las poblaciones, a inicios de los años 2000 una recuperación y una nueva regresión en torno a 2003. A pesar de ello, la impresión general entre las personas más ligadas a los campos de Cazalla es que, en términos generales, el número de meloncillos no ha parado de crecer hasta la actualidad. Asimismo, y esto es crucial, no entienden que se haya producido exclusivamente un incremento de la población. Durante el trabajo de campo, sólo algún que otro anciano cazador reconocía haber observado ejemplares de meloncillo con anterioridad a la década de 1980; y siempre como algo excepcional. Por lo que respecta a campesinos o

⁸ “La horda en retirada”. *El Chorrillo*, núm.94 (mayo de 1998), p. 3.

trabajadores del campo, ninguno recordaba haber avistado alguno de estos animales en aquella época.

Para Pérez Gómez, la especie, habiendo existido siempre, “fue extraordinariamente rara”. Así, su primera nota de avistamiento en Cazalla data de 1979 y la siguiente no se produce hasta 1983. No sería hasta bien entrada la década de 1980 que el meloncillo comenzase a ser conocido⁹. Llama la atención, en este sentido, que en una publicación sobre la fauna más relevante en el término municipal de Cazalla –redactada, al parecer, a inicios de la década de 1990– no se recoja al meloncillo mientras sí se alude al zorro, la jineta o el tejón (Jiménez, 1995: 36). Ya en una *Guía natural de Cazalla de la Sierra* publicada en 1998, se afirma que el meloncillo se encuentra “[p]resente a lo largo y ancho de nuestra comarca” (VV. AA., 1998).

Como consecuencia de esa falta de registro previo del meloncillo, los ganaderos locales y otra “gente del campo” local se mostraban convencidos, en los años durante los que se prolongó mi trabajo de campo, de que su aparición en la comarca no era casual. Coincidiendo sus primeros avistamientos con la transición entre las décadas de 1980 y 1990, estas personas han venido entendiendo que más que una aparición, lo que se produjo fue una introducción de la especie, concretamente, una deliberada acción de tintes ambientalistas:

“José María: Aquí el meloncillo no ha existido. Sorros sí, jinetas, gato montés... alguno. Pero melonsillos, ¿cuándo?

Ernesto: ¿Y cuándo han empezado a llegar?

José María: Po cuando el parque natural este” (José María, 52 años, jubilado y agricultor a tiempo parcial, julio de 2014).

Para estas gentes el organismo encargado de la introducción no sería otro que el PN, el cual, debido al más que previsible rechazo de la población local, la habría ocultado sistemáticamente. Esta iniciativa, además, no habría tenido lugar sólo en un momento puntual del pasado, sino que vendría repitiéndose ocasionalmente hasta la actualidad:

“El parque natural podría tener su encanto como función de cuidar las cosas, ¿sabes lo que te digo? De cuidar la naturaleza por derecho [de manera correcta, cabal]. En fin. Se eseden [exceden] a lo mejor con echar especies más de la cuenta, que lo que hacen es devastar a las otras. ¿No me entiendes? Lo hacen como los locos: venga a echar melonsillos, melonsillos, melonsillos... ¿Y los conejos? Ahora se meten con las gallinas, con los borreguitos chicos de todo el mundo... Claro, es que es verdad que no hay na” (Andrés, 53 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

⁹ “La horda en retirada”. *El Chorrillo*, núm.94 (mayo de 1998), p. 3.

El hecho de que no se haya tenido constancia del meloncillo hasta un periodo que se hace coincidir con los momentos iniciales del PN es, para muchos, suficiente motivo para sostener el relato de la introducción. Ahora bien, otros muchos no sólo esgrimen tal coincidencia temporal, sino que llegan a asegurar que algunas de las sucesivas introducciones han sido observadas por testigos accidentales que luego habrían dado cuenta de ellas a sus conocidos. Estos relatos no suelen diferir entre sí y aluden a “suestras” de meloncillos que tendrían lugar de noche y, por regla general, desde las fincas públicas existentes en la comarca. Los encargados serían el personal vinculado al PN, que, según algunos, traerían los ejemplares desde centros de cría. Dicha información es siempre de origen indirecto: cuando los ganaderos me contaban la historia o hacían referencia a ella en sus conversaciones, era siempre una tercera o cuarta persona –en muchas ocasiones, alguien que se encontraba en la respectiva finca por estar cazando furtivamente– la que habría confirmado la suelta.

Frases como “Dicen que...” o “Me lo dijo el amigo de una amiga” son elementos fundamentales de los rumores y su inherente anonimato sirve precisamente como uno de los motores de su propagación (Cortázar, 2008; Morin, 1969/1971: 43). Ahora bien, esta falta de clarificación de la fuente de la información no debe llevarnos a descartar estas historias como meras invenciones o relatos falsos. El hecho de que sean compartidas por un buen número de personas nos da la medida de una verosimilitud que suele ser la norma general (Pelkmans y Machold, 2011) y en cuyas bases debe profundizarse si pretendemos entender desde dentro su significación social¹⁰.

3.3. Imaginarios de la introducción

Frente a la idea de Allport y Postman (1947) del rumor como un proceso de distorsión de la información, Shibutani (1966), en su estudio de los rumores circulantes por los campos de concentración de japoneses en los Estados Unidos, ponía el énfasis sobre la cuestión de la plausibilidad del rumor. Producidos en un contexto que los dotaba de una fuerte carga emocional, esos rumores, al mismo tiempo, eran pulidos a través de un proceso deliberativo

¹⁰ Una cuestión interesante en la que no he conseguido profundizar suficientemente es la del proceso inicial de circulación del relato. El hecho de que no sea exclusivo de la comarca apunta a un más que posible origen foráneo, pero cabe preguntarse por la forma en que fue “importado” y socializado. Aunque, como digo, no dispongo de material suficiente, una hipótesis plausible es la de que el relato fuese adoptado por el sector local que pudo ser el primer afectado por la expansión del meloncillo: los cazadores de conejos. En este sentido, resulta interesante traer a colación aquí otra narrativa conspirativa cuya socialización, según he podido verificar, sí partió de ese sector de la caza menor. Se trata de un relato por el que la ya conocida epidemia de mixomatosis –también de neumonía, aunque a ella se aludía menos–, que ha conllevado la casi desaparición del conejo en el municipio, habría sido orquestada por parte de los latifundistas de la zona para evitar la entrada de cazadores de caza menor en sus propiedades.

colectivo que resultaba en la eliminación de las opciones menos verosímiles. De ahí, que la definición de rumor que Shibutani ofreciese fuera la siguiente: “una forma recurrente de comunicación a través de la que hombres enredados en una situación ambigua intentan construir una interpretación con sentido de la misma a través de la suma de sus recursos intelectuales” (ibid.: 17).

En el caso del rumor que nos ocupa, aunque no es mi pretensión seguir su específico proceso de construcción colectiva, considero que la de la plausibilidad es una cuestión antropológica clave. En lugar de desechar el relato, una mirada antropológica impone un entendimiento “desde dentro” y, en ese sentido, una búsqueda de las fuentes de su sentido. Según mi punto de vista, esa tarea debe llevarnos, en este caso, a la indagación del imaginario en que se sostiene el relato, el cual se relaciona, según argumento, con el incremento sostenido que en las últimas décadas ha venido experimentando la práctica de la introducción de especies.

En España, las primeras introducciones, realizadas ya desde la década de 1960, tenían que ver con la creación y mantenimiento de cotos de pesca fluvial. Barbos, truchas arcoíris y otras especies alóctonas eran soltadas en masa por parte de la administración para la práctica de la pesca deportiva en ríos y embalses. Si en la década de 1960 esta función correspondía al Servicio Nacional de Pesca Fluvial y Caza¹¹, a partir de 1971 fue asumida por el organismo que lo sucedió, el ya conocido Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA). En el caso particular del municipio estudiado, hay que mencionar también la excepcional introducción del cangrejo de río (*Austropotamobius pallipes*) a finales de los años sesenta. Una iniciativa ésta que partía directamente del gobernador civil de la época, el tristemente célebre Utrera Molina, quien había generado en sus anteriores destinos de Ciudad Real y Burgos un gusto especial por este crustáceo y quería tenerlo cerca durante su estancia en Sevilla¹².

Ya en la década de 1980, aparecería un nuevo tipo de introducción, ahora de carácter ambientalista o “restauracionista”, y relacionada con especies autóctonas en peligro de extinción. Un buen ejemplo es el de las aves: águila imperial, quebrantahuesos, milano real, etc. Ahora bien, las más sonadas en el ámbito andaluz han sido, sin duda, las que han tenido que ver con una especie convertida por el discurso institucional en “emblemática”¹³: el lince

¹¹ Convertido en 1968 en Servicio de Pesca Continental, Caza y Parques Nacionales.

¹² “Suelta de cangrejos en la rivera del Huéznar”. *ABC de Sevilla*, 27/05/1965, p. 93. “Los cangrejos de Cazalla”. *ABC de Sevilla*, 06/06/1969, p. 27. Utrera Molina sería conocido durante la Transición por ser una de las cabezas visibles del llamado “búnker”, el núcleo de altos cargos franquistas opuestos a la “reforma política” del régimen. En su haber se encuentra, por ejemplo, la convalidación, en su etapa como ministro franquista, de la sentencia a muerte del militante anarquista Salvador Puig Antich, asesinado a garrote vil en marzo de 1974.

¹³ Para una discusión sobre la introducción de especies “emblemáticas” como técnica política, ver Beltran y Vaccaro (2015).

ibérico. Sucesivos proyectos de financiación europea han tenido como objetivo la consolidación de poblaciones donde ya existían. En esa tarea, como una tarea fundamental se contemplaba la recuperación de las poblaciones de conejo, que constituyen la principal presa del lince y que se han visto dramáticamente reducidas a nivel general por efecto de las enfermedades víricas ya mencionadas. Conseguidas unas poblaciones estables en dichos territorios, en un segundo momento se procedió a la suelta de lince en nuevas zonas caracterizadas por la reciente desaparición de la especie. En este caso, sin embargo, no parece que la fase previa de reintroducción del conejo se llevase a cabo con el mismo celo que anteriormente (Simón et al., 2009)¹⁴.

Una de las zonas de “reintroducción” ha sido, precisamente, la Sierra Morena Sevillana. Como era de prever, la iniciativa fue acogida con rechazo por parte del sector ganadero. Lo interesante es que, en su perspectiva, éste no era un proceso *ex novo* como pretendía difundir la campaña publicitaria asociada al proyecto, sino una nueva introducción de un carnívoro, tras la del meloncillo, de la que no podía más que esperarse la intensificación de los ataques al ganado en vista de la no resolución del problema de base:

“Es una gran locura meté un linse aquí... ¿Un linse? ¿Pa qué queremos nosotros un linse, si nosotros lo que queremos es trabajo? ¿Me entiendes? Si un linse va a durá aquí na. Por mucho que le pongan, por muchos guardas que le metan, por mucho que estén pendientes de ellos... (...) Por dos cosas. Claramente. En primer lugar, porque no hay conejos, ni hay perdises, ni hay comida pa ellos. ¿Dónde va a í el linse cuando esté esmayao? A un gallinero, a comerse un borrego, a comerse un chivo... ¿Sabes lo que te digo? ¿Que va a hasé er dueño de las gallinas y er dueño de to? Po pegarle un sebollaso [tiro] o ponerle un laso, un sepo y tirarlo por ahí a tomá por culo. Va a sé [durar] er tiempo de echarlo. Y tar [tal] como se aserque a cuarquier sitio de ésos, va a doblá [morir]. Der tirón. Eso no tiene... Eso, er que lo ha hecho, ha pensao poco. Eso aquí no puede sé” (Jorge, 37 años, trabajador del campo, diciembre de 2014).

Es en ese sentido que algunos ganaderos preguntaban con ironía en algunas de las reuniones de temática agroambiental a las que asistí: “¿Pa cuándo un Proyecto Conejo?”.

Los dos procesos de introducción mencionados aquí parecen clave para entender la construcción del imaginario de la “gente del campo” local alrededor de la práctica de la introducción de especies. El hecho de que los ríos y embalses de la comarca fueran objeto de las sueltas para pesca deportiva suponía un contacto directo con esa práctica y, como consecuencia de su sistemática repetición, su normalización. Las introducciones con fines

¹⁴ Ver http://www.iberlince.eu/index.php/esp/proyecto-esp/antecedentes-esp#.W7zoe_mQyMg para una breve descripción de los proyectos Life Lince “Recuperación de las poblaciones de Lince ibérico (*Lynx pardinus*) en Andalucía” (2002-2006) y “Conservación y reintroducción del lince ibérico (*Lynx pardinus*) en Andalucía” (2006-2011). Para el más reciente “Proyecto Life+IBERLINCE. Recuperación de la distribución histórica del Lince Ibérico en España y Portugal (2011-2016)”, ver <http://www.iberlince.eu/index.php/esp/proyecto-esp/descripcion#.W7z1kPmQyM8>.

“restauracionistas”, por su parte, supondrían un salto cualitativo. Si bien era más difícil un contacto directo con ellas, su frecuente aparición en periódicos y, sobre todo, telediarios sería un potente medio para la (re)creación del imaginario al que aludo.

Y esto fundamentalmente por el contacto con instantáneas y filmaciones del proceso de introducción. Imágenes de sueltas como la de la Figura 6.4 dan la impresión de ser fundamentales para entender la particular narrativa conspirativa que intento analizar. Esa composición a partir de unos técnicos que llevarían a los animales presos en jaulas hasta el punto de suelta resultaba frecuente en algunos de los relatos sobre la introducción del meloncillo que pude escuchar durante el trabajo de campo. En ese sentido, da la impresión de que dichas imágenes habrían actuado a modo de “catalizador” o, al menos, de “condición favorable” (Morin, 1969/1971: 22-23) para el surgimiento –y (largo) sostenimiento en el tiempo– del rumor sobre la introducción del meloncillo.



FIGURA 6.4. Suelta de un lince en la Sierra de Andújar (Jaén) en el marco del proyecto Life+ Iberlynce

Fuente: recuperado de *El Mundo*, edición digital de 21/11/2011

Pero más allá de la generación de un campo fértil, lo crucial del contacto con ambos tipos de introducción tiene que ver con la plausibilidad del relato a construir. Y aquí son fundamentales tres elementos compartidos tanto por la introducción “recreativa” como por la de restauración ambiental. El primero de esos elementos tiene que ver con tales iniciativas en su condición de decisiones arriba-abajo producto de proyectos no siempre claros y, en ocasiones, hasta del capricho personal de algún jerarca. El segundo elemento se

vincula con la indiferencia de esas iniciativas respecto a los posibles efectos sobre la actividad agraria. Si los efectos que se derivaban de sueltas de peces podrían entenderse como más o menos neutros dada su limitación al medio acuático, el hecho de que las introducciones de carácter ambientalista se vengán realizando en terrenos agrarios implica un vector de incertidumbre acerca de las relaciones entre ganado y fauna introducida, es decir, del impacto agrario de esta última. El tercero, por último, se vincula con las entidades estatales encargadas de la introducción, que desde los años setenta –es decir, prácticamente desde los inicios– no son otras que las administraciones etiquetadas como ambientales (ICONA, Consejería de Medio Ambiente...).

Ante un aumento constante de la población de meloncillos, ¿no parece plausible para cualquiera con esta experiencia histórica la hipótesis de una introducción? Y teniendo en cuenta que dicho incremento se ha producido en paralelo a una implantación sobre el terreno del PN –también de carácter arriba-abajo–, ¿no resulta también plausible adjudicar dicha introducción a este nuevo organismo ambiental, que escondería la iniciativa ante los esperables daños sobre el ganado? Yo mismo he de admitir que, en varias ocasiones a lo largo del trabajo de campo, me vi sugestionado por el relato. Y eso a pesar de haber escuchado la negación de personas vinculadas al PN y de haber leído artículos científicos que apuntaban a la relación del fenómeno expansivo de la especie con factores como la matorralización del suelo, el incremento global de las temperaturas y/o la desaparición de los “superdepredadores” (lince, lobo...)¹⁵.

4. INTRODUCCIONES IMAGINARIAS

4.1. Conversaciones de bar

Los llamados “ecologistas”, como ya referí, esgrimen a modo de defensa la falta de pruebas sobre la participación del PN en la expansión del meloncillo. Algunos, como agentes de medio ambiente y varios ambientalistas locales con los que hablé, consideran que una posible fuente que habría propiciado la generación de este rumor estaría relacionada con la existencia hasta hace unos años de un Centro de Recuperación de Especies Amenazadas asociado al PN:

¹⁵ Dicha experiencia etnográfica, me recordaba lejanamente a la de Evans-Pritchard: “Encontré extraño en los primeros momentos de mi vida entre los azande escuchar las explicaciones naifs de los infortunios que, para nuestro entendimiento, responden a causas evidentes, pero después de un tiempo aprendí las claves de su pensamiento y aplicaba las ideas de brujería tan espontáneamente como ellos mismos en situaciones donde el concepto era relevante” (1937/1976: 19). Por supuesto, las distancias entre un “africanista” y un antropólogo que estudia en su propio pueblo son abismales y conducen, por ejemplo, a que mi experiencia pueda calificarse como “de ida y vuelta”, ya que, habiendo crecido en el municipio estudiado, encontré verosímil durante mucho tiempo el rumor para después descartarlo al hilo de mi marcha para estudiar en la universidad.

“La verdad es que la historia de los melonsillos tiene tela. Esa idea de que los metió er parque... A mí sólo se me ocurre que eso venga der sentro de recuperación. Allí se rehabilita a to los animales que llegan y una vez que están bien, pues se liberan ar campo. No se hasen distinsiones, así que argunos pueden sé melonsillos. Pero vamos, que no hay ningún plan, ni na de eso...” (Héctor, 31 años, trabajador del sector turístico, marzo de 2014).

Sea como fuere, y más allá de este tipo de reflexiones emic acerca de otro posible “catalizador” del rumor (Morin, 1969/1971), los “ecologistas” no se quedan ahí. Basándose en la dificultad de los ganaderos para identificar claramente a alguno de aquellos “amigos de un amigo” que habrían presenciado involuntariamente las presuntas sueltas, apuntan a ese anonimato como indicador de la insustancialidad del rumor. Asimismo, se esfuerzan por cuestionar la verosimilitud misma del relato. Lo hacen a través de un procedimiento algo metonímico por el que presentan como el supuesto relato local dominante una versión muy particular –por extravagante– del mismo. Según esta variante, la introducción del meloncillo por parte del PN no se habría hecho a partir de sueltas sobre el terreno. En su lugar, los animales habrían sido lanzados a tierra desde helicópteros o aviones. Para evitar el impacto con el suelo, algunos afirmarían que los meloncillos se hallan provistos de paracaídas de apertura automática, mientras otros sostendrían que son lanzados en el interior de tubos perfectamente acolchados de los que podrían salir una vez llegados a tierra.

Puede ser interesante usar una pequeña ilustración para ofrecer al lector un ejemplo de la forma en que esta lectura del relato es empleada en la práctica. El hecho ocurrió durante la presentación de una guía de aves en el centro de visitantes que actúa como sede del PN. La sala se encontraba a rebosar. ¿Sesenta, setenta personas? Todo aquel que tuviese algo que ver con el ambientalismo en la comarca estaba allí. Pero no sólo: el hecho de que se obsequiase a las personas que habían confirmado su asistencia con el libro era un buen reclamo para otros habitantes de la comarca.

Claudio, el ya conocido director-conservador del PN, se encontraba en la mesa. Durante su breve intervención, elogió el libro que se presentaba y recalcó el gran esfuerzo que suponía una guía tan completa y, a la vez, amena. Su breve intervención se centró en las potencialidades para el desarrollo económico que entrañaban materiales como el que se presentaba. Tras él, intervinieron los autores de la guía. El primero destacó la riqueza avifaunística de la comarca y agradeció a la población local la conservación de ese patrimonio. La responsable del trabajo de campo, por su parte, se detuvo en los ecosistemas incluidos en la guía, los criterios de clasificación de las aves contenidas en el volumen y la estructura de las fichas de cada especie.

Tras el aplauso general, un ganadero local sería el primer asistente en hacer uso de la palabra. Comenzó declarándose “un enamorado de la fauna y la naturaleza de nuestra comarca” y, en ese sentido, trasladaba su agradecimiento a los ornitólogos responsables de

la guía. Recordaba la diversidad y abundancia de animales que, durante su infancia, había en el campo. Lo hacía a través de memorias de carácter anecdótico, como por ejemplo la concentración de conejos que existían en una finca determinada y los juegos a que ello daba lugar por parte de los niños que se acercaban. El panorama actual, se lamentaba, era muy diferente. “Casi no se ve un conejo”. Sentía, además, que el PN no hubiera servido para recuperar la especie. Según su punto de vista, incluso había actuado en sentido inverso y así decía no entender los motivos de sus responsables para auspiciar la introducción del meloncillo.

Claudio lo interrumpió en este punto. Molesto, afirmó que aquél no era el lugar para tratar del PN, pero quiso aprovechar la oportunidad para negar la autoría del PN en la extensión del meloncillo. Buscando la complicidad del público con una mirada intermitente que obviaba a su supuesto interlocutor, comentaba:

“No, señores. Nosotros no hemos metido a un montón de melonsillos en un avión. Ni los hemos adiestrado para tirarlos con paracaídas y que sepan abrirlo antes de llegar al suelo. No, eso no lo hemos hecho. Lo de los melonsillos son conversaciones de barra de bar” (Diario de campo, septiembre de 2015).

4.2. Paracaídas

La versión que el director del PN ponía con sorna en boca de los ganaderos es, sin duda, la más extravagante de cuantas escuché a lo largo de mi estancia en el campo. Aunque desprovista de la alusión al adiestramiento de los animales en la apertura del paracaídas, es cierto que la escuché de algún que otro ganadero o jornalero. Pero también lo es que su difusión era minoritaria, siendo la más extendida entre los sectores agrarios la que describí en el apartado 3 y que hacía alusión a sueltas nocturnas de meloncillos. Dicho esto, siempre me dio la impresión de que la “variante aérea” gozaba de algo más de crédito años atrás. Quizás, siguiendo a Shibutani (1966), esa decadencia se deba al desarrollo de un proceso colectivo por el que esta versión ha sido progresivamente descartada como consecuencia de la creciente conciencia sobre su inverosimilitud. Quizás no¹⁶.

Sea como fuere, lo más destacable es el foco que los ecologistas colocan sobre la “versión aérea”. Si volvemos a la disputa de la presentación de la guía ornitológica, podremos observar cómo el ganadero se limita a criticar la introducción del meloncillo, sin

¹⁶ Pérez Gómez, en un artículo ya citado, hace referencia a la existencia de esta versión en Cazalla hacia 1998, pero da la impresión de que tampoco en esa fecha se encontraba muy generalizada. El autor escribe: “Dicen los más furibundos detractores que los biólogos de Doñana han soltado miles y miles de ellos. Hay quien asegura haber visto un aeroplano del que caían cientos de meloncillos sobre el montarral (no sabemos si con paracaídas o sin él)”. “La horda en retirada”. *El Chorrillo*, núm.94 (mayo de 1998), p. 3.

aludir a ninguna “técnica introductoria” concreta. Es Claudio quien, en su defensa del PN, desarrolla el relato de la suelta de los animales a partir de aviones. ¿No resulta esto llamativo si tenemos en cuenta que, más allá de la cuestión de si la “versión aérea” se ha debilitado o siempre ha sido marginal, la actualmente mayoritaria, la de las sueltas nocturnas, resulta una versión diferente y, sobre todo, más verosímil?

Esto, además, no parece ser un fenómeno exclusivo de la comarca estudiada. Como ya dije más arriba, la teoría de una introducción del meloncillo –y de otras especies entendidas por agricultores y ganaderos como “alimañas”– es común en muchas áreas rurales de la península. Ahora bien, también parece serlo la predilección “ecologista” por la versión aérea. Y es que la mayoría de los autores de blogs –de filiación ambientalista como ya dije– que registran este tipo de relatos, lo hacen aludiendo a esa variante. Empleando un tono ridiculizador, consideran que su manifiesta extravagancia habla por sí misma de su falsedad. Un buen ejemplo de este tipo de publicaciones virtuales lo encontramos en la Figura 6.5, en la que podemos apreciar una publicación realizada desde la cuenta de la Asociación Española de Agentes Forestales y Medioambientales en la red social Instagram. Escrita un 28 de diciembre, la “inocentada” consistía en la fotografía de un helicóptero, del que se dice que sería aquél desde el que los agentes soltarían al medio topillos, culebras y lobos¹⁷.

Aunque no es fácil ofrecer una hipótesis respecto a esta predilección por la versión aérea del rumor acerca del meloncillo, considero que una posibilidad es la de que nos encontramos ante una especie de “anti-rumor”. Para entender mejor esta idea, puede ser interesante volver a traer a colación el estudio de Morin (1969/1971) sobre el “rumor de

¹⁷ El comentario completo dice lo siguiente:

“Hoy os traemos un documento gráfico que se ha filtrado y circula ya por la red. Poca gente tiene la oportunidad de ver el equipo que venimos utilizando para la suelta de especies en el medio natural. Estamos en plena campaña de liberación de topillos ahora mismo (*Microtus arvalis*), aunque parezca que la temperatura no acompaña, la intención es que los ejemplares liberados se asienten y comiencen a reproducirse cuanto antes para que, cuando llegue la primavera y se proceda a la repoblación de águilas y culebras, estas tengan suficientes topillos de los que alimentarse. El procedimiento usado para topillos y serpientes es el mismo: en cajas de madera (similares a las de la fruta), son introducidos los ejemplares (topillos unos 75, culebras en torno a 50) y lanzados desde unos 25 metros de altura. Es muy importante esta altitud para que la caja se rompa al caer liberando a los animales sin causarlos daño. Para la liberación de los lobos, concretamente la variedad que se cría a tal fin (*Lobo híbrido Canis lupus hybridensis*), que también agradece la presencia de abundantes topillos, las sueltas se realizan con helicópteros más grandes, que permitan liberar al menos unos cinco ejemplares para que constituyan la manada. Estos son trasladados en transportines individuales, aterrizando en zonas más o menos apartadas, donde se los libera. Las sueltas de otras especies es más anecdótica y se centra sólo en ciertos territorios, pero los métodos son extrapolables.

#repoblación #topillo #Microtusarvalis #águilas #culebras #lobohíbrido #helicóptero”.

Y tras la cascada de comentarios, el autor de la publicación confirma: “Pues efectivamente se trataba de una #broma por el día de los #SantosInocentes. Es una leyenda muy extendida la de las sueltas del Icona [ICONA] que hay mucha gente que quiere seguir creyendo”.

Orleans”. El autor entiende que en la ciudad francesa se produjeron dos tipos de “anti-mito”. El primero fue sencillamente la incredulidad por parte de una buena parte de la población. Tal incredulidad, sin embargo, sólo podía suponer un bloqueo individual a la difusión del rumor (ibid.: 80-82). Para conseguir detenerlo de forma efectiva, hacía falta una “fuerza colectiva” que actuase como vector disuasorio y ese papel lo ocupó la generación de un “segundo mito”, según el cual el rumor habría sido difundido a iniciativa de la extrema derecha con el fin de despertar el antisemitismo de la población (ibid.: 82-86). Este anti-mito del “complot antisemita”, si bien lejos de cumplir con la tarea racionalizadora que Morin entendía debía cubrirse, habría conseguido disolver el rumor (ibid.: 88-89).

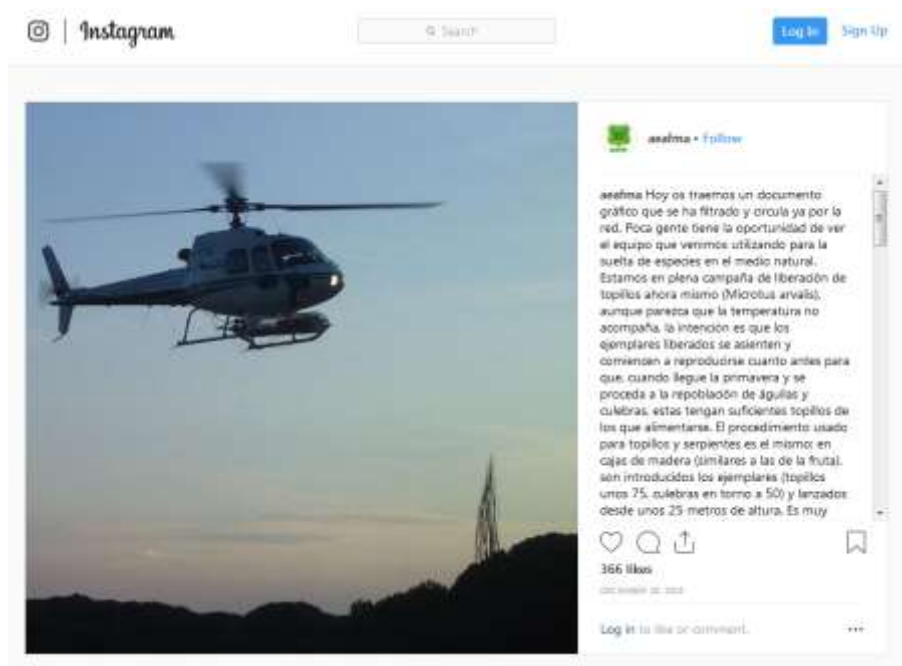


FIGURA 6.5. Publicación de la Asociación Española de Agentes Forestales y Medioambientales en la red Instagram (28/12/2016)

Fuente: recuperado a 05/09/2018 de <https://www.instagram.com/p/BOjgvVNDdiQ/>

En el caso de la respuesta “ecologista” al rumor sobre el meloncillo, el hecho de que no se genere una narrativa conspirativa paralela a la que se enfrenta es ciertamente un elemento de diferenciación respecto al caso del anti-mito de Orleans¹⁸. No obstante, da la impresión de que en la consistente omisión de las versiones más verosímiles del relato sobre

¹⁸ Entre los “ecologistas” corre el rumor de que el origen del relato sobre el meloncillo proviene de sectores de cazadores, pero sin que esto adquiriera la forma y la potencia de una narrativa conspirativa paralela.

el meloncillo se encuentra la misma lógica disuasoria que apreciaba Morin. El repetido recurso a la versión aérea, es decir, una forma de reforzamiento de la incredulidad, podría ser la vía adoptada aquí para intentar el bloqueo del rumor. Salvando las distancias, hay que decir que, en comparación, el resultado es claramente diferente al de Orleans. Si es evidente que el rumor del meloncillo es rechazado por una parte de la población local, entre otras muchas personas sobrevive con vigor lustros después de su inicial propagación. Esta durabilidad nos interpela. Nos llama a preguntarnos por las bases, no ya de la plausibilidad del rumor, sino de su significativa reproducción. En ese sentido, es hora de trascenderlo y de situarlo en una trama cultural más vasta con el fin de acercarnos a una posible respuesta.

5. EL PARQUE COMO PUNTO NODAL

La narrativa conspirativa sobre el meloncillo es un potente indicador de un fenómeno de señalamiento político del PN. Un fenómeno que iba más allá de la impugnación de su labor de protección que veíamos en el capítulo 5. El rumor del meloncillo apunta al PN como el impulsor de una iniciativa cuyos resultados se entienden en términos de daño a las explotaciones ganaderas y al medio ambiente en general. El PN pasaba a ser agente del deterioro. Constituyendo dicha narrativa el índice más visible de este fenómeno, hay que decir que no era ni mucho menos el único. Otro lo encontramos, por ejemplo, en el caso de la introducción del lince ibérico, que para muchos también era obra del PN:

“Er parque naturá se ha cargao a la Sierra Norte. No nos dejan hasé na. Yo te voy a desí una cosa, una de las cosas más gordas es con los coños estos... ¿Cómo se llama? Como yo digo, con los gatos esos que han echao. ¿Cómo se llaman? Los linses” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Y existen más. Aquí uno relativo a iniciativas de intervención sobre el territorio de distinto tipo:

“Ahora te hasen una pisina [piscina] en er parque naturá, pa cuatro sinvergüensas que ganan dinero. ¿Es mentira? (...) Una pisina allí en... en er campin [cámping]. Y un campin. (...) Ahí en Upa, ahí había muchos chaparros. Allí llegaron los burdose [bulldozers] hará treinta años... sí, ventisinco o treinta años. Ahí no dejaron na más que tierra. Se liaron a sembrá eucaliptos. Arrancaron los eucaliptos y pusieron pinos. ¡Sembrá chaparros y arconnoques, que argo dará!” (José María, 52 años, jubilado y agricultor a tiempo parcial, julio de 2014).

Incluso el recurso generalizado a los piensos no producidos en finca o la falta de trabajo para los jornaleros eran susceptibles de achacarse al PN:

“Hoy es que no se siembra na, to compra. Hoy to los ganaeros... al armasén. Y antes no, antes toas las fincas sembraban. Y cogían heno. Hoy no cogen ni heno, ni siembra nadie. Primeramente no dejan ará, er Medio Ambiente. (...) No los dejan ará siertos terrenos, a no sé

cuánto de desnivé, ¿sabes tú? Un desnivé de así mismo, a lo mejó así no... [*hace los gestos con la palma de la mano*] Un desnivé der siete por siento a lo mejó no te dejan ará ya, ¿sabes tú? Y aquí las fincas que tenemos... Hombre, hay argunas fincas llanas, pero la mitá son serros. Entonse, no te dejan ará, no te dejan arrancá monte, porque disen que se corren las tierras... Las tierras no se han corrió nunca, porque siempre se han arao los olivos. Los olivos siempre se han arao, los arconnocales y las ensinas siempre se han arao, se han descuajao... Hoy na más que quieren bichos, hoy na más que quieren bichos... Y echá bichas y echá melonsillos y echá porquería de ésa. Esto desde que fue... desde que declararon er parque naturá... aquí no hay na de trabajo, aquí nadie trabaja, nadie hase na..." (Juan, 68 años, obrero del campo fijo, julio de 2013).

Estas invectivas contra el PN resultan significativas si las comparamos con aquellas otras zonas rurales donde el crecimiento del número de "alimañas" también se imputaba a organismos ambientales. Aunque no puedo afirmarlo con rotundidad por provenir mis datos de comunicaciones personales y lecturas, en esas zonas la adjudicación de responsabilidades a tales organismos parece limitarse a las presuntas introducciones. En la Sierra Morena Sevillana, sin embargo, nos encontramos con unas denuncias de muy distinta naturaleza que se hacen girar sobre el PN. Constituye éste un fenómeno que merece atención y que intentaré desvelar en esta segunda parte del capítulo.

Quizás esa generalización de las invectivas contra el PN –y el caso concreto del rumor sobre la introducción del meloncillo– podrían entenderse como un caso de "calumnia" política al estilo de las descritas por Scott (1985) en su estudio sobre las formas cotidianas de resistencia campesina en una aldea malaya. A partir del trabajo de Thompson (1975/1984a) sobre los "delitos de anonimato", Scott entiende que en un contexto de rápida mecanización agrícola y de mayor dependencia laboral respecto de la burguesía local, la difamación de sus miembros constituía un poderoso medio para señalar la violación por éstos de ciertas reglas consuetudinarias que subyacían a las relaciones de clase. Aunque la idea de que "la violación de la conducta esperada es la que hace que valga la pena rumorear sobre un evento" (Scott, 1985: 282) es clave y la exploraré más adelante, hay en nuestro material un elemento distintivo crucial que requiere de una reflexión que permita ir más allá de las posibilidades ofrecidas por la perspectiva de Scott: el PN no monopoliza el ejercicio del poder.

Los ganaderos locales se ven envueltos en una multitud de relaciones de dimensión política más allá de las tensiones con el PN. Como ya vimos en varios capítulos anteriores, puede aludirse al malestar por el reparto de los fondos de desarrollo rural o a la indignación por la desvinculación de la mayoría de ayudas agrarias de todo resultado productivo. También, a la problemática –de tipo "extractivo"– en torno a la venta de ganado bien a compradores foráneos, bien a la cooperativa comarcal. Desde esta perspectiva, la acción del PN, materializada fundamentalmente en sus limitaciones a las prácticas agrarias, aparece

como un factor más. Un pequeño ganadero al que entrevisté parecía entenderlo de este modo, lo cual era algo muy excepcional:

“Le pregunto qué le parece y lo primero con lo que relaciona al parque es con ‘tené que pedí permiso pa to: pa talá tienes que pedí un permiso, pa arrancá monte, pa ará...’. Le pregunto si supone un coste económico y responde que no y que suelen concederlo sin problema. Añade que ‘[los ganaderos] nos quejamos demasiao’ y achaca esta actitud a la falta de costumbre respecto a esa práctica. Incluso llega a afirmar que el parque ‘no afecta tanto’” (Roberto, 59 años, pequeño ganadero, junio de 2014).

Y, sin embargo, la sensación claramente mayoritaria es que, como decía el pequeño ganadero Marcos en un fragmento recogido más arriba, “er parque naturá se ha cargao a la Sierra Norte”. A mi juicio, tal focalización indica que el PN actúa como una suerte de “punto nodal” en sentido laclauiano. Para Laclau y Mouffe (1985/2001: 113), un punto nodal sería aquel elemento que, en una cadena discursiva, soporta un plus de condensación sobre el resto de demandas y se erige en eje o principio articulador, identificando un adversario y trazando la línea antagónica con él¹⁹ (Laclau y Mouffe, 1985/2001: 113). Pero, ¿por qué ese desplazamiento? ¿Por qué la emergencia de un punto nodal?

Quizás se explique como la particular respuesta ofrecida por los ganaderos locales a la complejización del campo de fuerzas agrario. Éste ya no es el campo estructurado por el intervencionismo estatal y la esfera ilegal del estraperlo de los años cuarenta. Tampoco es el campo del tardofranquismo, devuelto al mercado y precariamente intervenido por el Estado a través de unos pocos pero bien conocidos organismos, como el SENPA. Lo que encontramos actualmente es una maraña que, dejando de lado el ámbito de la comercialización de los productos y sus niveles de integración vertical, se estructura a través de la acción de tres administraciones superpuestas –UE, Estado español y comunidad autónoma– y una renovación continua y multiplicación desmedida de políticas, desde las

¹⁹ Quizás una lectura excesivamente literal de Laclau y Mouffe podría llevar a rechazar el empleo de este marco para el tipo de discurso con el que nos estamos confrontando. Laclau (2005: 122-127) explicaba que la heterogeneidad de los elementos articulados en una cadena discursiva hace imposible la existencia de un denominador común. Sin embargo, su propia existencia como cadena requiere de un elemento que fije (parcialmente) el sentido. Ese elemento es precisamente la demanda que debe ser investida de la plenitud ausente –ocupar el lugar del significante vacío– para condensar en sí misma toda la cadena. En ese proceso, su contenido particular se atenúa crecientemente para que su nombre se convierta en el símbolo del resto de elementos.

Laclau construye explícitamente este marco para captar la lucha discursiva en contextos macro. En contextos microsociales, al no ser tan grande la heterogeneidad entre demandas, sí existirían denominadores comunes derivados del “marco diferencial” al que pertenecen (ibid.: 128). En ese sentido, parece rechazar la posibilidad del vaciamiento de significado para las demandas de las cadenas de ámbito local. Ahora bien, no parece ser éste el caso de nuestro material. Aún vinculándose a un contexto claramente micro, aquí también existe una demanda específica, la relativa al PN, que pierde parte de su particularidad para adoptar una posición tan central que lleva a que se interpele al PN por cuestiones que a priori nada tienen que ver con él.

directamente ambientales a las agrarias, cuya asignación a organismos o departamentos concretos resulta harto difícil.

Ya vimos cómo los Comaroff (2003) y Sanders y West (2003) entendían la proliferación de narrativas conspirativas como una de las respuestas que adoptaba la cada vez más ambigua experiencia del poder. Aquí he bajado dicha experiencia a tierra para evitar caer en el fácil recurso macrosociológico –la modernidad, el poder... (Bonhomme, 2012)–, pero considero también que esa fragmentariedad del conflicto social, esa “alienación” en palabras de Morris (2006: 125), es el factor fundamental. Y añadido que no se trata solamente de la producción de narrativas conspirativas, sino que éstas se suman a otras dinámicas político-discursivas que tienen que ver con la generación de un proceso de condensación, en este caso, sobre el PN.

6. VARIACIONES ECOLÓGICAS

Queda aún una importante pregunta por contestar: ¿por qué el “desplazamiento” hacia el PN y no hacia otro elemento? Según mi punto de vista, la respuesta hay que buscarla en una nueva dimensión del proceso de ecologización de los ganaderos locales. En el capítulo 5 vimos cómo ese proceso había resultado en la internalización y uso táctico de argumentos ecológicos –defensa contra la erosión, defensa contra el fuego, mantenimiento de especies, etc.– en las arenas donde se materializaba el conflicto con una diversidad de actores vinculados a las intervenciones agroambientales. La dimensión de la ecologización que abordaré a continuación es de distinto tipo. Tiene que ver, más bien, con la internalización del fundamento del concepto clásico de ecosistema, es decir, de la idea de un sistema autorregulado, en equilibrio y homeostático (Scoones, 1999: 482). No es difícil adivinar que, en el municipio estudiado, el vehículo para dicha internalización sería el particular aterrizaje del discurso académico sobre la dehesa sostenible.

6.1. El discreto encanto de la dehesa

Como vimos en los primeros capítulos de esta tesis, la dehesa constituye el socioecosistema agrario más importante del municipio estudiado y su configuración actual tiene sus orígenes en la transición operada, entre los siglos XVIII y XIX, desde el Antiguo Régimen a una economía plenamente capitalista. Recordemos que las dehesas son formaciones de encinas y/o alcornoques principalmente, cuyo estrato arbustivo debe ser retirado de forma periódica con el fin de permitir la siembra de las mejores tierras y, sobre todo, una ganadería basada en hierbas, bellotas y un forraje producido en la propia finca.

Hasta la década de 1960, la rentabilidad de este estilo agrario se apoyaba en ventajosos acuerdos de aparcería para el desbroce de una parte de los terrenos

matorralizados y, sobre todo, en la existencia de una gran masa jornalera de entre la que se contrataba a los trabajadores que se dedicarían a los trabajos estacionales (tala, arranque de matorral, descorche, etc.) (Acosta, 2002). La desaparición de este exceso de fuerza de trabajo como consecuencia del éxodo rural, dio lugar básicamente a dos patrones de evolución que dejarían atrás el modelo de la “dehesa clásica” y que se prolongan hasta la actualidad. Uno de ellos era el abandono productivo y la conversión de estas fincas en cotos de caza (“bosquización mediterránea”). Éste es el caso más frecuente en la gran propiedad (>500 hectáreas), mayoritariamente poseída por absentistas foráneos. El segundo patrón se relacionaba con un ahorro de los costes laborales y una intensificación parcial visibles en la introducción de alambradas, de nuevas razas ganaderas y en la preponderancia de los piensos compuestos en la alimentación animal. Éste sería el caso más usual en las dehesas de los ganaderos locales.

En torno a la década de 1980, en un momento en el que la dehesa clásica estaba en proceso de cambio hacia estas nuevas formas, la preocupación en torno a la “insostenibilidad” de la agricultura europea llevó a que un número creciente de investigadores –tanto españoles como extranjeros– se interesaran por el manejo de la dehesa clásica desde un punto de vista ecológico. Mientras unos se acercaban a su “eficiencia” en términos energéticos (Campos, 1984), otros destacaban como característica principal su sistema de flujos casi cerrados de materiales y energía (Joffre, Vacher, de los Llanos y Long, 1988). En 1987, la UNESCO, dentro de su Programa sobre el Hombre y la Biosfera (MaB, en sus siglas en inglés) –orientado a disponer una base científica para alcanzar unas relaciones entre humanos y ambiente más armoniosas– organizaba en España un seminario internacional “sobre dehesas y sistemas agrosilvopastoriles similares” al que asistían más de un centenar de expertos (Comité Español del MaB, 1989). Ya en la década de 1990, nuevos estudios se centraron en la positiva correlación entre dehesa y biodiversidad (Díaz, Campos y Pulido, 1997), explicándola como la consecuencia de un característico mosaico de aprovechamientos que implicaría una excepcional concentración de ecotonos internos, es decir, de esas zonas de contacto entre ecosistemas que, según la disciplina ecológica, funcionan como los principales generadores de biodiversidad.

La relectura ecológica de la dehesa no sólo haría fortuna en el ámbito académico. También saltaría rápidamente al ámbito institucional, como pone de manifiesto el hecho de que la premisa de su excepcional balance ecológico fuese el principal motivo aducido por el gobierno andaluz para la implementación de la figura de PN en la mayoría de las comarcas caracterizadas por una presencia mayoritaria de la dehesa, entre ellas, aquélla en la que se enclava el municipio donde realicé el trabajo de campo (ver capítulo 3).

Por lo que respecta a los ganaderos locales, éstos tampoco han sido indiferentes a ese proceso de re-semantización. ¿Cómo podrían serlo? En época tan temprana como 1983,

aparecía en la revista de verano del municipio el artículo de un ecólogo francés que se encontraba en Cazalla para realizar un estudio de la dehesa en cuanto ecosistema. El autor se expresaba de la siguiente forma:

«Ejemplo de una perfecta integración entre un sistema agrícola, cuyo objetivo es la alimentación del hombre, y un sistema forestal cuya función es asegurar la estabilidad y la conservación del medio natural. Habitado a paisajes de colinas desnudas de vegetación, hostiles y de pasto degradado, cómo no caer en admiración y estar maravillados de estas magníficas dehesas, que se encuentran en Andalucía y Extremadura, que son uno de los más bellos ejemplos de una perfecta adecuación entre las posibilidades del medio natural y la producción agro-pastoral.

»Las “dehesas” representan una de las más bellas representaciones del mundo agrícola, donde en un contexto de suelo empobrecido y de clima poco favorable, y sobre todo variable, el hombre ha sabido, integrando diferentes estratos de vegetación, aprovechar al máximo mecanismos naturales de transmisión de fertilidad, y canalizar el óptimo de energía para su subsistencia» (Vacher, 1983).

Este refrendo académico –también institucional, posteriormente– al socioecosistema predominante en la comarca resultó con el tiempo en la asimilación de la tesis de la excepcionalidad ecológica de la dehesa:

“Yo soy un enamorado de la dehesa. Yo voy a Coronao y esas fincas y veo esas peñas de encinas... Eso es un patrimonio que no sabemos ni lo que tenemos. Una forma de llevar el campo respetando el campo. Lo que no entiendo es que haya gente por ahí que les dé igual que se quemé la arbolea, por ejemplo” (Carlos, 56 años, pequeño ganadero, mayo de 2014).

Es importante destacar que este proceso conllevó la normalización de un término, “dehesa”, que hasta entonces no existía en el vocabulario local más allá de los topónimos de fincas que habían sido predios acotados para el aprovechamiento ganadero en la época preliberal. Antiguamente, pronunciar dehesa siempre venía acompañado de su apellido: por ejemplo, Dehesa del Campo, la denominación de la antigua dehesa boyal²⁰. Por lo que respecta a lo que actualmente entendemos por dehesa, es decir, los predios caracterizados por la combinación quercíneas-pasto, se nombraban en función de la arboleda dominante. Así, al igual que un campo de olivos era un “olivá”, una formación dominada por encinas sería un “ensiná” y una dominada por alcornoques un “arconnocá”.

²⁰ No pronunciada por los más antiguos, por cierto, como dehesa, sino omitiendo la primera sílaba y con h aspirada: “Hesa er [del] Campo”. He aquí un ejemplo extraído de una entrevista, en el que preguntaba yo por las tareas a las que se dedicaba mi interlocutor tras haber arrendado dos “colonias” (ver capítulo 2) allá por la década de 1960:

“Po sembrá, arreglá la viña, irme a talá por ahí donde me salía, y a marcolá... En Quintanilla, La Atalaya, la Hesa er Campo...” (Antón, 77 años, trabajador del campo jubilado, febrero de 2014).

La internalización de la dehesa en cuanto ecosistema –y, lo que es crucial, en cuanto ecosistema sostenible– también se extiende a la acción de las asociaciones comarcales de ganaderos existentes (ver Figura 6.6). La llamada Asociación de Ganaderos y Productores de las Dehesas de Sevilla (AGADES) se refería así a la dehesa en uno de sus manifiestos:

«Nuestras dehesas siempre han sido un ecosistema en equilibrio, antes de que le ‘colgaran’ el cartel de: ‘Parque Natural’. Por eso, consideramos que no es justo ser tratados como presuntos delincuentes ambientales en las tierras que trabajamos y ayudamos a conservar. Sin embargo, de nuestra conciencia ambiental hablan los mejores testigos: ahí están los alcornoques y encinas centenarios, los castañares, el jabalí, el zorro, el águila y las demás especies silvestres que siempre han convivido con nosotros»²¹.

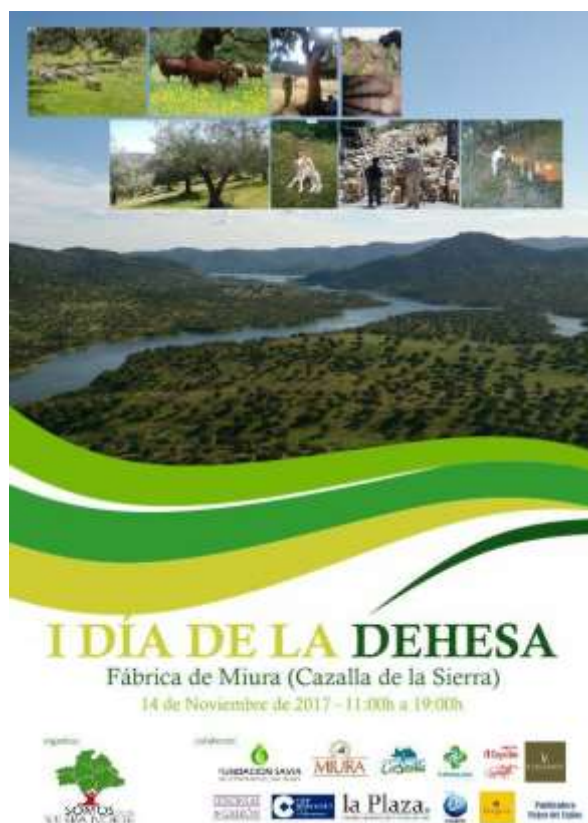


FIGURA 6.6. Cartel del I Día de la Dehesa
Fuente: web de la asociación Somos Sierra Norte

En su particular internalización del discurso científico, los ganaderos ponían el énfasis sobre el carácter inherentemente antrópico que el discurso académico destacaba en la

²¹ “Manifiesto de los ganaderos y productores de la dehesa sevillana”, fechado el 21/10/2012.

dehesa. En ello, les precedía también el relato institucional vinculado a los PN andaluces. Éste, no obstante, se ha distinguido por identificar las prácticas agrarias sostenibles con las “tradicionales” y entender éstas como pertenecientes a un pasado romantizado sin continuidad real en la actual gestión ganadera y sus agentes. Coca (2010: 25) sintetiza bien tal desplazamiento en esta reflexión a partir de su investigación etnográfica en el PN Los Alcornocales (Cádiz):

«En la construcción de las normativas de los parques naturales la “tradición” se vuelve enormemente útil a la hora de calificar la huella humana de los colectivos locales. La reinterpretación del pasado así como la selección de unos componentes antrópicos rescatados y referidos a los paisajes, impregnan de obsolescencia las posibles relaciones humanas que se desvelen. De ahí que las que permanezcan asociadas a los colectivos agrarios considerados como tradicionales se pretendan prescindibles y se justifique su desaparición. Se afianza “lo natural” desde una concepción de “lo tradicional” que invisibiliza cualquier conflicto».

A diferencia de un proceso que podríamos denominar “fosilización por tradicionalización”²², la dehesa antropizada de las representaciones sociales de los ganaderos se encuentra llena de memorias sociales de su construcción humana²³. Durante el trabajo de campo, era una constante en las conversaciones de ganaderos y otros productores agrarios la rememoración de, por ejemplo, específicas siembras de alcornoques y encinas, de talas que dieron lugar al excepcional arbolado de una dehesa concreta, etc. Ejemplos de ello salpican esta tesis. Y lo importante de todo ello es que tales procesos no son entendidos como pertenecientes a una etapa pasada, sino como parte de un hilo que, a pesar de obstáculos y cambios, llega hasta el presente, haciendo de los ganaderos actuales tanto los depositarios de ese saber hacer como los ejecutores de los “haceres” a él vinculados.

Es evidente que las representaciones de los ganaderos sobre la dehesa en cuanto continuum inalterado minimizan las importantes transformaciones experimentadas por su gestión en las últimas décadas. Parece construirse así una imagen de equilibrio que, simultáneamente, esconde tensiones y conflictos internos. Esta imagen guarda, a mi juicio,

²² En el caso del PN Sierra Norte de Sevilla, una buena ilustración de este fenómeno la encontramos en el discurso desplegado en la exposición permanente sobre la dehesa que se ofrece en su centro de visitantes. Sus maquetas están pobladas por varios personajes humanos, pero todos sin excepción con atuendos que evocan un pasado difícilmente situable y realizando tareas forestales de un modo ciertamente alejado de la realidad actual. Los carteles explicativos, por su parte, se centran en destacar el equilibrio y sostenibilidad de una dehesa de la que se habla en pasado. Omitiendo, de paso, la explotación y el conflicto social a que dio lugar el desarrollo de la dehesa capitalista en esta zona, la exposición ofrece una imagen congelada y romantizada de una dehesa con poco parecido respecto a la actual.

²³ Ver Riley (2008) para un estudio de las memorias agrarias y su relación con el conflicto agricultores-expertos en el distrito inglés de Peak.

mucha similitud con las imágenes generadas por el discurso clásico de la ideología corporativista, entendida ésta como:

«ideología histórica basada en el rechazo de la lucha de clases y en la defensa de una cooperación armónica de los grupos e intereses capaz de evitar la conflictividad social (...). Doctrina marcadamente interclasista, surgió como respuesta al auge de los socialismos que emergieron en las sociedades industrializadas del siglo XIX. El corporativismo fue reinventado para promover la inhibición política y social del potencial conflicto entre “capital” y “trabajo”» (Garrido, 2016: 393).

Quizás mirar al discurso ganadero de la dehesa a través de la perspectiva de Žižek (1989/1999, 1990, 1997/2008) sobre la ideología corporativista en cuanto “fantasía social” ayude a entender mejor la imbricación entre aquel discurso y la particular condensación político-discursiva sobre el PN que intento desvelar. Žižek, entendiendo útil la adaptación de la teoría psicoanalítica de Lacan al análisis ideológico, realiza un paralelo que parte del argumento de Laclau y Mouffe (1985/2001) relativo a la “inexistencia de la sociedad”. La sociedad no existiría en cuanto formación, es decir, en cuanto estructura cerrada y/o coherente. Lo social sería, por el contrario, un campo heterogéneo e inconsistente como consecuencia de su atravesamiento por la lucha y el antagonismo²⁴. Así como ocurría en la “relación entre sexos” según la perspectiva lacaniana –relación “imposible” a menos que se encuentre sostenida por fantasías cruzadas–, Žižek entiende que la ideología opera encubriendo, “desplazando” aquel antagonismo social de base, es decir, dando lugar a una fantasía que vendría a construir “la visión de una sociedad que sí existe” (Žižek, 1989/1999: 126; énfasis en el original).

Para este autor, el ejemplo paradigmático de fantasía social sería la ideología corporativista, ligada a experiencias autoritarias como el salazarismo portugués, el nazismo alemán, el nacional-sindicalismo español...; pero no solamente, como ponen de manifiesto las variantes interclasistas keynesiana o thatcheriana²⁵. Según Žižek, el particular desplazamiento del antagonismo social que opera el corporativismo tiene que ver con una

²⁴ Si bien, como veremos, la idea de inmanencia del antagonismo es útil en cuanto punto de partida para una teoría de la fantasía social, la propuesta de Laclau y Mouffe destila un cierto esencialismo. El debate antropológico en torno a la idea de “socialidad” frente a la de sociedad es una vía alternativa a la trazada por Laclau y Mouffe, destacando en su seno propuestas como las de Strathern, Latour o Ingold.

²⁵ Rosas propone una distinción entre el corporativismo “en cuanto narrativa doctrinaria e ideológica de las derechas católicas, antiliberales y autoritarias” y el corporativismo “en cuanto instrumento de intervención política y administrativa de los regímenes que en él se inspiraron para gobernar y materializar la ‘nación orgánica’” (Rosas, 2017: 10). Si esta segunda dimensión del corporativismo-como-régimen debe situarse históricamente como un instrumento implementado por los gobiernos fascistas y fascistizados, el corporativismo-como-doctrina trasciende ese lazo y puede detectarse en el neoliberalismo thatcheriano (ibid.: 14) o en el keynesianismo socialdemócrata de posguerra (Garrido, 2016: 390).

visión de lo social como un todo orgánico, es decir, como un conjunto armónico de elementos basado en el cumplimiento por cada una de las partes de su (supuesta) función específica en relación al conjunto (ibid.: 126).

Algo de esto opera también en la resemantización ganadera de aquella lectura académica de la dehesa clásica en términos ecológicos. En un contexto de falta de rentabilidad estructural de la ganadería extensiva como consecuencia del desarrollo capitalista, el cual impulsa a la intensificación y a un progresivo desacople de los límites físicos del suelo, el relato adoptado por los ganaderos locales es el de la continuidad de aquella dehesa, entendida como “sostenible”. Si bien lejos de los temas corporativistas – colaboración de clases, “diferenciación funcional”, etc.–, sí volvemos a encontrarnos con una visión orgánica homologable: la del equilibrio funcional entre partes propio de la “vieja ecología” (Scoones, 1999). Una imagen que, al mismo tiempo, encubre una imposibilidad análoga a la que ocultaba el corporativismo: la de la convivencia entre desacople de los límites físicos de la tierra y sostenibilidad (González de Molina y Guzmán, 2006). Nos encontraríamos, por tanto, con dos tipos de fantasía, pudiendo ser adjetivada la relacionada con la dehesa como toda una “fantasía ambiental”.

6.2. (Casi) sostenible

Hasta aquí he intentado desentrañar la relevancia de la dehesa en cuanto relato de equilibrio ecológico construido para desplazar una realidad marcada por las presiones hacia la insostenibilidad a las que se encuentra sometida la dehesa actual. En este punto, la pregunta definitiva a responder sería la siguiente: ¿cómo se relaciona esta fantasía con la centralidad que, como veíamos más arriba, ocupaba el PN en el seno de las prácticas discursivas de los ganaderos locales? Para entender esa conexión, ese vínculo entre lo que he dado en llamar fantasía ambiental (de la dehesa) y PN, necesitamos avanzar un paso más en la perspectiva de Žižek.

Para éste, la construcción de un relato de sociedad integrada no evapora la experiencia cotidiana de la escisión antagonica que caracteriza al campo de relaciones sociales realmente existente. Esa experiencia constituye el indicio de que la plenitud –representada, en nuestro caso, por el equilibrio ecológico– a la que refiere el relato no es total. Existe un hiato (*gap*) que debe ser rellenado para garantizar el desplazamiento operado por la fantasía. Y ese “parche” no puede ser otro que un elemento al que se responsabiliza de la corrupción de dicha plenitud. Ello supone que lo que se produce no sólo es el desplazamiento del antagonismo social por una imagen de sociedad armónica, sino al mismo tiempo un desplazamiento desde el antagonismo social a la imagen de otro antagonismo: el que configura el choque entre un cuerpo social sin fisuras y una fuerza exterior que lo corroe y, de esa forma, lo imposibilita (Žižek, 1989/1999: 127).

Es evidente que entre el relato ganadero y la fantasía corporativista que analiza Žižek hay una diferencia clara. En nuestro caso, como ya dije, más que con un antagonismo social *tout court*, nos encontramos con una tensión que, si bien inherentemente social, tiene como elemento principal la relación humano-ambiental. Aún distante de la depredación de otras formas de agricultura, las vías para superar la crisis de rentabilidad post-éxodo rural han dado lugar a fenómenos como sobrecarga ganadera, pérdida de recursos y de biodiversidad, progresiva desarticulación del sistema complementario de aprovechamientos, etc. (Acosta, 2008: 259-271). Teniendo esta diferencia en cuenta, lo importante, sin embargo, es que vuelve a reproducirse una estructura discursiva similar a la corporativista: el relato ganadero también entiende que la plenitud –en este caso, la dehesa sostenible– pervive hasta la actualidad, y que lo hace siendo al mismo tiempo –y esto es crucial– corroída.

Es aquí donde el PN emerge, ya que sería precisamente el agente de ese imposibilitamiento. La representación del PN como elemento corruptor de la dehesa y, en general, del “medio ambiente” es la norma. Un ganadero, llegando a asumir la idea académica de la dehesa como sucesión del bosque mediterráneo (ver nota al pie 35 del capítulo 3), decía en una reunión:

“La dehesa es bosque ahuecado, pero a nosotros no nos dejan ahuecarlo” (Diario de campo, marzo de 2014).

El mismo Ángel que conocimos en la introducción a este capítulo me explicaba lo siguiente durante una entrevista:

“Me dice que el parque natural no debería estar mal visto. Así, me dice que el PN debe verse como algo que han construido nuestros tatarabuelos y que es muy valioso, y que los que lo gestionan deberían darse cuenta de esto. Al hilo de esto, la multitud de restricciones que supone el parque para los pequeños propietarios, muchas de las cuales no tienen en cuenta su experiencia, como por ejemplo la prohibición de quemar ramón de olivo más allá de febrero, cuando es mejor quemarlo en abril, dado que tiene menos peligro de incendiar los campos circundantes. Además, dice que muchas políticas han acabado con el ‘equilibrio’ que existía: por ejemplo, la que obliga a quemar el ganado que han muerto. Antes, ese ganado era carroña para los buitres, pero ahora hay que mandarlo para que lo quemen (...) y los buitres están sin comida, con lo que dejan de ser carroñeros para sobrevivir matando ganado.

También me dice que si en su finca anida un águila real, él se tiene que salir y que antes que eso, pues le pega un tiro al nido. (...) Al hilo de esto, me cuenta una anécdota sobre un propietario que conoce que tiene una finca en El Pedroso y que iba con su rebaño de ovejas y siempre se comía el bocadillo debajo del árbol donde había anidado un águila real, sin que ésta tuviera problema; pero una vez que se dieron cuenta los científicos y empezaron a anillar, a ponerle un microchip, a ‘toqueteá los huevos’, pues el águila se marchó, porque no la dejaban vivir” (Ángel, 60 años, pequeño ganadero, febrero de 2014).

Los elementos corruptores de las fantasías corporativistas serían, según Žižek (1989/1999: 99), una suerte de “chivo expiatorio” ajenos por completo a la “realidad empírica”. Éste, sin embargo, no es el caso del PN en su calidad de imposibilidad respecto al discurso ecológico de la dehesa, como nos muestran los fragmentos anteriores y como ya se puso de manifiesto en el capítulo 5. En ese sentido, considero que no es posible captar el lugar discursivo que ocupa el PN en la fantasía de la dehesa sin atender al hecho clave de que los PN andaluces hayan implicado la restricción de numerosas prácticas agrarias y que también hayan asumido desde sus inicios la gestión de los permisos para muchas otras, en concreto, para todas las realizadas en la dehesa (tala, descorche, entresaque de árboles, arranque de matorral...). Los ganaderos locales, entendiendo –con los estudios científicos– que la intervención humana en la dehesa es la condición de posibilidad de su equilibrio, interpretan tales limitaciones e injerencias como una estrategia dirigida a promocionar el abandono productivo y, por tanto, a acabar con ese equilibrio. Desde esta perspectiva, el PN no sería una entidad cuya finalidad se relacionaría con la protección del medio ambiente, sino todo lo contrario, orientada a su deterioro:

“Der parque no creo que hay na bien hecho. Porque ne sesitas limpiá, no haserlo bosque. Porque lo están hasiendo bosque, porque no te dejan limpiá... ni te dejan arrancá monte. Bueno, te dejan arrancá... Depende. Vamos, ya si hay desnivé ya no te dejan. Coño, si tú quieres limpiá tu finca, no es mejó que sea... Por eso, vamos, que está bien dicho la palabra parque, pa los venaos y pa los jabalís [*sonreímos los dos*]. Aro, sí, porque no te dejan hasé na. No puedes hasé na. La retama no la puedes cortá, está prohibía. (...) Cortá retama está prohibío. Ay, ¿quién me ha dicho a mí que le han... que habían cortao unas varas pa apagá fuego y ensima le costó er dinero [recibió una multa]? (Moisés, 55 años, pequeño ganadero, agosto de 2014).

Es interesante el hecho de que aquellas memorias sociales a las que me refería más arriba también refieran, como vimos, a relaciones no directamente productivas con los elementos no humanos del ambiente. Entre ellas, adquieren particular relevancia los relatos sobre la diversidad faunística de tiempos pasados, dibujando una época de gran abundancia de pájaros, lagartos e insectos de todo tipo, que contrastaría con una actualidad caracterizada por la desaparición de muchas de esas especies. Asimilando la ya aludida correlación establecida por los estudios científicos entre dehesa sostenible y alto nivel de biodiversidad, los ganaderos apuntan de nuevo al abandono productivo como el proceso que estaría en la base de esa otra degradación.

Acabamos de completar el cuadro de la “fantasía ambiental” que, según se ha argumentado, los ganaderos locales han construido alrededor de la dehesa y el PN. Quizás ahora me encuentre en disposición de cerrar el círculo y arrojar algo más de luz sobre el relato en torno a la introducción del meloncillo con que iniciaba este capítulo, lo cual, a su vez, puede darnos alguna pista sobre cómo funciona en la práctica la condensación de

demandas en torno al PN. Clave resulta, en este sentido, el hecho de que el meloncillo sea percibido como una doble amenaza: por un lado, como una amenaza para la supervivencia económica de sus explotaciones y, por tanto, para la continuidad de la dehesa; y por otro, como uno de los principales responsables de la pérdida de la fauna silvestre.

Es esa caracterización como una suerte de vector de degradación socioambiental la que actúa como su puerta de “entrada en el marco de la fantasía” (Žižek, 1989/1999: 119) de estos ganaderos. Y esto significa que su rápida extensión sólo puede imputarse al agente que, en el seno de esa fantasía, se hace responsable del “imposibilitamiento” de que la dehesa –y, por extensión, el medio ambiente de la comarca– alcance su plenitud (ecológica): el PN. De aquí a una conversión de esta narrativa en rumor, es decir, a su efectiva circulación sólo hay un paso, ya que, como afirma Scott (1985: 282), la base de los rumores en relación a los poderosos tiene que ver con la sensación de ruptura de una norma social –o socioambiental, en este caso–.

7. CONCLUSIONES

Este capítulo ha intentado reflexionar sobre una narrativa conspirativa (Carbon, 2018) de tintes ambientales muy particular. Según ésta, la proliferación de la mangosta conocida como meloncillo, presunta causante de daños tanto al ganado como a la “fauna” silvestre, no sería azarosa, sino producto de un programa de introducción de la especie materializado por el PN desde su declaración a finales de la década de 1980. El foco y reflexión sobre este relato ha tenido un doble objetivo, siendo abordado en cuanto objeto de estudio, pero también en cuanto punto de partida para el análisis de la condensación de las reclamaciones ganaderas de carácter ambiental sobre el PN.

En relación al primero de estos dos tipos de aproximación, la finalidad no ha sido tanto el estudio del proceso de gestación y circulación de la narrativa, como la profundización en su contenido y, sobre todo, la interrogación sobre su plausibilidad. Este asunto es de relevancia dado que, como con toda narrativa conspirativa, persiste un sesgo por el que ésta podría ser rápidamente situada en la inverosimilitud (Pelkmans y Machold, 2011). Ello, sin embargo, sería ajeno a una mirada netamente antropológica, es decir, guiada por la empatía y la comprensión desde dentro de las realidades microsociales. Es precisamente en ese sentido que he intentado indagar en la historia reciente de las introducciones de especies en Andalucía y la forma como el contacto con las mismas ha contribuido a configurar un imaginario que, según argumento, sirve de base a la circulación del relato, al tiempo que lo dota de plausibilidad.

Tal verosimilitud es precisamente el elemento que, tanto el personal del PN como los ambientalistas locales, atacan en su defensa frente al relato. Si bien algunos, como vimos, también se preguntan por el posible fundamento empírico del relato, la mayoría pone en

boca del conjunto de ganaderos una versión realmente extravagante. Se trata de la aquí llamada “variante aérea”, según la cual los animales, provistos de paracaídas “autoabribles”, serían arrojados al campo desde aviones o helicópteros. El hecho de que, en realidad, esta versión sea minoritaria entre ellos me hace pensar que pueda constituir algo así como un “antimito” en el sentido que a este concepto le daba Morin (1969/1971): una fuerza de choque para detener el rumor por la vía, en este caso, de una ridiculización consistente en la reducción metonímica del relato a su versión más extravagante.

En relación al segundo de los objetivos propuestos, hay que decir que su planteamiento constituye una suerte de continuación del capítulo 5. En la parte final de dicho capítulo, hacía alusión a un fenómeno de “condensación” por el que el PN era interpelado como responsable de una multitud de reclamaciones y demandas relacionadas con el deterioro ambiental. El relato sobre la introducción del meloncillo aporta una ilustración de otro nivel del fenómeno, ya que apunta al PN como agente y no sólo espectador pasivo de tal deterioro. He argumentado que ello tiene que ver con otra dimensión del proceso de ecologización ganadera, concretamente con la particular internalización del discurso académico sobre la dehesa sostenible. Los ganaderos hacen suya su lectura ecológica y el énfasis sobre el carácter inherentemente antrópico del equilibrio de la dehesa, difuminando o secundarizando al mismo tiempo las tendencias recientes que manifiestan un deterioro respecto a aquella imagen clásica.

Esa narrativa organicista de equilibrio y plenitud está en sintonía con el concepto de “fantasía ideológica” de Žižek (1989/1999). En relación a la inmanencia del conflicto social, dicha fantasía –sobre todo en su modalidad corporativista– opera un desplazamiento por el que se representa una sociedad armónica en la que la diferencia no es contradicción u oposición, sino una “diferenciación funcional”. Un desplazamiento similar ocurre en la particular interiorización del relato académico de la dehesa por parte de los ganaderos, el cual permite hablar de toda una “fantasía ambiental”.

Ahora bien, aquella inmanencia del conflicto no puede suprimirse o velarse sin más. Siguiendo a Žižek, su inevitable presencia requiere de su reintegración y la misma se realiza a través de la condensación del conflicto sobre un elemento que actuaría a modo de vector corruptor de la plenitud. Ello implica que la plenitud, esa imagen de equilibrio, al mismo tiempo que se entiende como existiendo, es imposibilitada. Éste sería precisamente el papel que se hace jugar al PN, el cual resulta el candidato más obvio como consecuencia del carácter predominantemente represivo que los ganaderos aprecian en él y del ya mencionado hecho de arrogarse la labor de protección.

CAPÍTULO 7

LA CERTIFICACIÓN DE LAS SUSTITUCIONES, LAS SUSTITUCIONES DE LA CERTIFICACIÓN.

El manejo de la (des)confianza en la práctica de la auditoría ecológica

Y todos estos tipos de extraño son figuras
que pueden despertar la sospecha
y que representan (...) una amenaza potencial

Matthew Carey, *Mistrust*

1. INTRODUCCIÓN

Los dos capítulos precedentes han abordado la relación de los ganaderos locales con lo ecológico en cuanto sinónimo o, mejor, en cuanto traducción al ámbito agrario de la idea de sostenibilidad. Concretamente, me he centrado en el proceso que he denominado ecologización, el cual tiene que ver con la internalización de argumentos y postulados vinculados a una perspectiva sobre las prácticas agrarias que las jerarquiza en función de su contribución al equilibrio de los (socio)ecosistemas y a la continuidad en el largo plazo de éstos. Dicha internalización se explicitaba en las arenas donde los ganaderos se encontraban con los actores asociados a las diversas intervenciones estatales y “para-estatales” de carácter agroambiental, lo cual hacía de ella un fenómeno de marcado carácter político.

Ya en éste y el próximo capítulo, me muevo hacia la segunda de las dimensiones emic de la agricultura ecológica que me proponía investigar. Me adentro, por tanto, en las relaciones entre los ganaderos locales y el programa agroambiental de ayudas PAC a la producción ecológica certificada. Si éste será específicamente el objeto de atención del capítulo 8, en el presente comienzo por abordar la cuestión desde la óptica de la implementación institucional de dicho programa. Esto no sólo es esencial para caracterizar las implicaciones a nivel de manejo que acarrea la conversión a la producción ecológica certificada, sino también para conocer cómo se desarrolla el proceso de verificación de la misma, elemento clave de las relaciones ganaderos-programa.

A modo de introducción al asunto, diré que el primer paso una vez que un ganadero o agricultor andaluz se decanta por convertirse a la producción ecológica certificada es el de ponerse en contacto con una entidad certificadora. Ésta le indica que, junto a la solicitud de

alta, ha de aportar una serie de documentos¹. Tras la entrega y revisión de los mismos, un auditor de la entidad certificadora elegida realiza una visita para confirmar la información aportada. En el caso de detectar elementos que pudieran derivar en futuros incumplimientos, emite un informe del que sale una comunicación al productor para que redacte un documento con las “medidas correctoras” a tomar.

Sea éste o no el caso, una vez conseguido informe positivo por parte de la certificadora, el productor inicia el periodo de conversión, un plazo en el que los productos de la explotación aún no pueden ser vendidos con la etiqueta ecológica. Dicho plazo es de dos años tanto para la ganadería como para la olivicultura, los dos aprovechamientos en que aquí estamos interesados por ser aquéllos entre los que, como ya fue comentado en el capítulo 3, se distribuye la práctica totalidad de las conversiones de los productores agrarios cazalleros. Tras completar el proceso de alta en la producción ecológica –esquemático en la Figura 7.1–, el seguimiento se limita a la recepción por parte del ganadero o agricultor de una visita anual de control o “auditoría”. Esto significa que, pasado el trámite de incorporación, la auditoría se erige en el único elemento de control de la actividad del productor “converso”.

Este capítulo está dedicado, precisamente, a la profundización en el ejercicio de la auditoría tal y como se despliega en el contexto etnográfico estudiado. Para ello, me apoyo en la información producida a través del contacto con varios auditores a lo largo de mi trabajo de campo. Si a dos de ellos realicé entrevistas, con otros dos conseguí establecer una relación más estrecha que hizo posible que aceptaran mi ofrecimiento de acompañarlos durante su labor de certificación. Esta posibilidad no era nada fácil dado que la auditoría constituye un procedimiento “confidencial” y, en ese sentido, existen muchas reservas de partida para permitir el acceso a terceras personas. Téngase esto en cuenta a efectos de las limitaciones que implicaría una generalización del material etnográfico que se presenta en este capítulo en relación a la práctica de la auditoría en otros contextos.

¹ Esta documentación consiste básicamente en: una descripción de su finca (aprovechamientos, infraestructuras, etc.), una descripción de las prácticas agrarias realizadas en la misma, un plan de conversión con las medidas a tomar para adecuar la explotación a los mínimos de manejo exigidos por la normativa y, en el caso concreto de la ganadería, un plan de esparcimiento del estiércol.

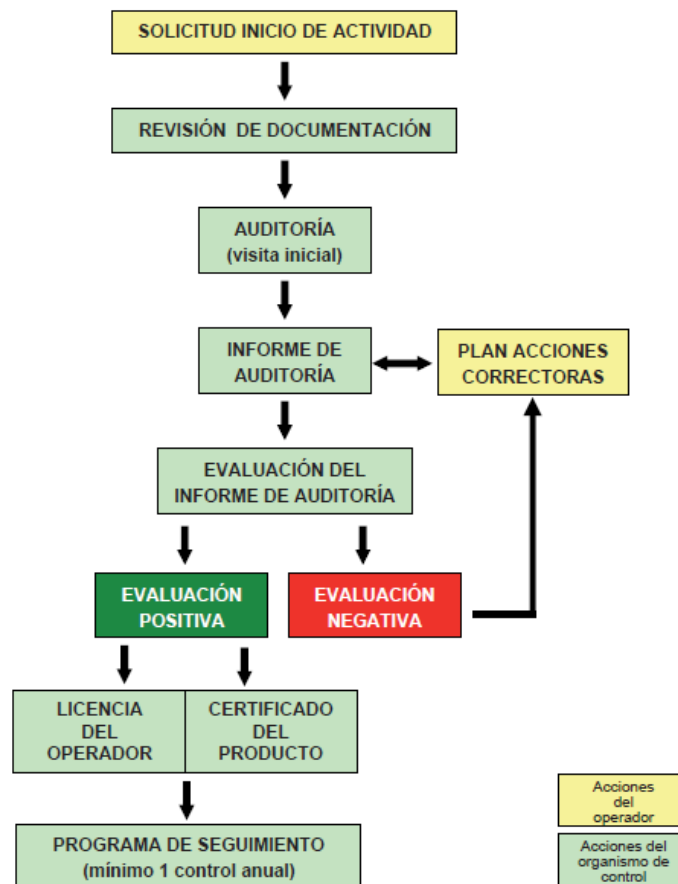


FIGURA 7.1. Proceso de alta y mantenimiento en la producción ecológica certificada en Andalucía

Fuente: Consejería de Agricultura y Pesca (2011: 46)

Dicho esto, he de apuntar que no solamente me centraré en las formas en que la auditoría se sustancia. Con el fin de entender las importantes limitaciones que intervienen sobre tal ejercicio, también me interesaré por los condicionantes de diverso tipo que impone la específica implementación sobre el terreno del programa PAC de producción ecológica. Como bien afirma Strathern, “en sí mismas, las prácticas de auditoría dan una impresión en muchos casos de trivialidad [often seem mundane], de ser partes inevitables de un proceso burocrático. No es hasta que alguien las pone en relación con un cuadro más amplio que adoptan los contornos de un artefacto cultural distinto” (Strathern, 2000: 2). Esta vía permitirá situarse en una posición adecuada para confrontar el material empírico presentado con los diferentes abordajes antropológicos que, hasta la fecha, se han ocupado de los procesos de certificación y auditoría (ver, entre otros, Brown, 2010; Cavanaugh, 2016; Galvin, 2018; Kipnis, 2009; Moberg, 2014; o Strathern, 2000).

Teniendo en cuenta el mencionado interés sobre la implementación del programa, a lo largo del capítulo me ayudará en lo posible de las aportaciones de la subdisciplina de la

antropología que mejor ha sabido captar los procesos de intervención: la llamada “nueva antropología del desarrollo”. Las características más relevantes de este campo son su énfasis en el alejamiento de apriorismos y su foco sobre las prácticas e interacciones en que se sustentan las intervenciones de desarrollo “sobre el terreno”² (Long, 2001; Olivier de Sardan, 2005). Partiendo de la premisa de que la intervención planeada es siempre redefinida en su implementación como consecuencia de la interacción entre diversos actores, los cuales la convierten en un proceso marcado por las resignificaciones y el conflicto, sus estudios han dado lugar a un bagaje de “conceptos exploratorios” (Olivier de Sardan, 2005: 31-32) –arena, interfaz, enfoque, estilo operativo, normas prácticas, etc.– que son de gran utilidad para los estudios relacionados con lo que podría denominarse “situaciones de implementación”³.

Dicha caja de herramientas se usará aquí de forma selectiva. No hay que olvidar la especificidad que marca el hecho de que la incorporación al programa de producción ecológica sea voluntaria; tampoco que éste no se distinga, como veremos, de la acción del sistema de certificación. Ello significa que nos encontramos ante una intervención que podríamos calificar como “blanda” y claramente discontinua, y que, por tanto, introduce

² La nueva antropología del desarrollo emergió en la década de 1980 a través de la labor de dos grupos de investigación. Uno de ellos estaba nucleado en torno al grupo denominado Sociología del Desarrollo Rural (Sociology of Rural Development), dirigido por Norman Long en la universidad holandesa de Wageningen. Long, influenciado por la metodología de la Escuela de Manchester, la fenomenología de Schutz y la teoría de las prácticas de Giddens, desarrolló un enfoque –la “perspectiva centrada en el actor” (*actor-oriented approach*)– interesado especialmente por la cuestión de las interacciones entre actores que, en las intervenciones de desarrollo, se caracterizan por sus distintas trayectorias y conocimientos (Long, 2001). El segundo se desarrolló en torno a la francesa Asociación para la Antropología del cambio social y el Desarrollo (Association Pour l'Anthropologie du changement social et du Développement, APAD) y la figura de Jean-Pierre Olivier de Sardan. Compartiendo buena parte de la aproximación teórico-metodológica de la “perspectiva centrada en el actor”, esta segunda corriente se distinguía por su oposición a la construcción de un sistema conceptual más o menos cerrado y por su énfasis sobre la cuestión de la diversidad de “lógicas sociales” y sus imbricaciones (Olivier de Sardan, 2005). Para una historia crítica del desarrollo de la “perspectiva centrada en el actor”, ver Blanco (2009: 33-41) y para una aproximación a las críticas cruzadas entre ambas perspectivas, ver Olivier de Sardan (2005: 12-13) y Arce y Long (2007). Ambas aproximaciones tuvieron un porvenir desigual a partir de la primera década del nuevo siglo. En el caso del grupo de Wageningen, sus miembros, aún manteniendo una perspectiva metodológica y un grupo de investigación común –denominado actualmente Sociología del Desarrollo y el Cambio (Sociology of Development and Change)–, se disgregaron por su tránsito hacia nuevas problemáticas y hacia un renovado interés por la teoría. El grupo francés, por su parte, expandió el foco para interesarse por las políticas e intervenciones en general (Olivier de Sardan, 2016: 118), transitando, sin solución de continuidad, hacia lo que Bierschenk (2014a) ha denominado “antropología de la ingeniería social” y Olivier de Sardan (2016: 118) “antropología de la acción pública”.

³ La llamada “antropología de la política pública” (*anthropology of policy*) es una subdisciplina que comparte con la nueva antropología del desarrollo la idea de la implementación como un proceso alejado de toda linealidad y co-construido sobre el terreno por los distintos actores implicados (Shore y Wright, 2011). Algunos de los autores que se vinculan a este campo derivan explícitamente su enfoque y parte de su utillaje conceptual de aquella antropología del desarrollo (ver McGee, 2004).

toda una serie de especificidades a tener en cuenta a la hora de emplear el utillaje de la nueva antropología del desarrollo.

2. SOBRE EL PAPEL

2.1. De las pautas a las normas

Podría decirse, a grandes rasgos, que la certificación ecológica consiste en la comprobación de la adecuación o no adecuación de unas prácticas de manejo a unas normas reguladoras. En este sentido, el vínculo entre agricultura ecológica y establecimiento de estándares no es algo nuevo. Dicho fenómeno nació al calor del desarrollo de las modalidades de agricultura ecológica que surgieron en la primera mitad del siglo XX en los países centroeuropeos (ver subapartado 2.2 del capítulo 1). Es el caso de la agricultura biodinámica y su cooperativa en Bad Saarow (actual estado alemán de Brandemburgo), que en 1928 introdujo dentro del contrato firmado por los socios unas pautas básicas a seguir como condición para poder comercializar sus productos bajo el distintivo biodinámico Demeter. Es interesante resaltar que en dicha guía encontramos el antecedente de lo que actualmente se denomina “periodo de conversión” al indicar la necesidad de que las semillas utilizadas y los productos resultantes proviniesen de tierras cuyo uso de fertilizantes químicos se hubiese detenido, al menos, tres años atrás⁴ (Schmid, 2007: 153).

Por aquellos mismos años, se constituyó en Alemania la Asociación de Agricultura Natural y Vuelta a la Tierra (Arbeitsgemeinschaft Natürlicher Landbau und Siedlung). Esta entidad publicó en 1928 los primeros estándares asociados a la llamada “agricultura natural”, los cuales permitían vender los productos obtenidos bajo la marca “Producto de alta calidad biológica” (Biologisches Werterzeugnis) (Vogt, 2007: 15). Años más tarde, Hans y Maria Müller lanzaron en Suiza su propuesta de “agricultura orgánica-biológica”, cuya primera cooperativa –la Cooperativa para el Cultivo y el Aprovechamiento (Anbau- und Verwertungs- genossenschaft)– fue fundada en 1946. Siguiendo los pasos de la cooperativa biodinámica de Bad Saarow, la entidad suiza introdujo, como parte del contrato firmado por sus socios, unos estándares de manejo que tenían que ver, fundamentalmente, con el adecuado tratamiento del estiércol y la renuncia al empleo de pesticidas y fertilizantes químicos de síntesis. Estos estándares fueron desarrollados más adelante por la cooperativa orgánica-biológica Biofarm, constituyendo éstos a su vez la base de las primeras normas nacionales de agricultura ecológica aprobadas institucionalmente por un país (Suiza, en este caso) (Schmid, 2007: 154).

⁴ Mientras los productos que cumplían con este requisito se comercializaban bajo la marca Demeter I, aquéllos procedentes de explotaciones que aún no habían completado ese periodo de transición lo hacían bajo la marca Demeter II (Vogt, 2007: 22).

Los estándares que acabamos de revisar, más que normas, consistían en una suerte de pautas o recomendaciones de manejo (ibid.: 154). Para hablar de normas propiamente dichas, habría que esperar a que se produjese el proceso de expansión del mercado de productos ecológicos que tuvo lugar a partir del último cuarto del siglo XX. La “salida de la marginalidad” de la agricultura ecológica llevó a que, bajo el argumento de la defensa de los consumidores y de los “agricultores honestos” (Dankers, 2004: 15), se entendiese como una necesidad el establecimiento de normas a seguir por parte de los agricultores ecológicos y susceptibles de ser verificadas sobre el terreno. En la década de 1980, varios países aprobaron sus propias normas y mecanismos de certificación, así como los logotipos identificadores para los productos provenientes de la agricultura ecológica (Schmid, 2007: 155).

En el caso de la UE, para entender la relevancia adquirida por las normas y la certificación ecológicas, hay que añadir a la presión del movimiento ecológico por la regulación del sector y al salto de escala de este nicho de mercado, el importante auxilio económico a las explotaciones ecológicas derivado de su política agroambiental. Las primeras normas comunitarias relativas a la producción agrícola ecológica fueron aprobadas en 1991 a través del Reglamento (CEE) 2092/91, haciéndose lo propio respecto a la producción ganadera en 1999 (Reglamento (CE) 1804/1999). Tanto éstos como el que años después los derogaría – el Reglamento (CE) 834/2007, que sería el vigente durante el periodo en que realicé mi trabajo de campo– establecían los requisitos básicos a seguir para que una explotación pudiese ser considerada como ecológica y para que un producto pudiese ser etiquetado como ecológico. En relación a esto último, en el año 2000 la UE lanzaría un logotipo propio –sustituido por uno nuevo en 2010 (ver Figuras 7.2 y 7.3)–, el cual deben usar la casi totalidad de los productos ecológicos comunitarios⁵.

⁵ Ambos logotipos fueron aprobados a través de los Reglamentos (CE) 331/2000 de la Comisión y (UE) 271/2010 de la Comisión, respectivamente.

En relación a los productos que no pueden ser etiquetados con el logo ecológico de la UE, serían los siguientes:

- productos procedentes de explotaciones aún en conversión;
- comida procesada con menos del 95% de sus ingredientes procedentes de producción ecológica;
- comida procesada en la que se mezclan ingredientes procedentes de producción ecológica e ingredientes procedentes de la actividad cinegética o pesquera;
- productos acogidos solamente a estándares privados o nacionales, o no cubiertos por las disposiciones de los reglamentos comunitarios (por ejemplo, productos derivados del conejo o el ciervo, productos de acuicultura ecológica, textiles, cosméticos, etc.);
- piensos compuestos en los que no todos los ingredientes provienen de la producción ecológica o éstos no alcanzan el 95% de la composición;
- el resto de productos que no se consideran alimento humano o animal, como semillas, plantas ornamentales, etc. (Beck, Szeremeta, Eigenschink y Ball, 2012: 5).



FIGURAS 7.2 y 7.3. Logotipos (antiguo y vigente) de producción ecológica de la UE

Fuente: Comisión Europea

2.2. Compromisos

Tras este breve repaso a la particular construcción del modelo comunitario de agricultura ecológica certificada, toca ahora adentrarnos en las específicas “normas de producción” que, según el ya mencionado Reglamento (CE) 834/2007, deberían adoptar los productores en caso de realizar la conversión a esta modalidad agraria. Entre ellas, encontramos una serie de “normas comunes” (arts. 9 y 11), que aluden a cuestiones como la prohibición del uso de transgénicos, la necesidad de criar distintas especies y/o variedades de animales y plantas, o la obligación de separación entre animales y parcelas ecológicos y no ecológicos en caso de simultaneidad en una misma explotación.

Respecto a las normas específicas agrícolas (art. 12), sobresalen la obligatoriedad de la rotación plurianual de los cultivos con leguminosas y con otros que sirvan como “abonos verdes” con el fin de incrementar la fertilidad y actividad biológica del suelo, la prohibición del uso de fertilizantes minerales nitrogenados en favor del uso de estiércoles ecológicos, y la prohibición del uso de semillas no ecológicas. Ya entre las normas específicas sobre producción ganadera (art. 14) pueden destacarse las siguientes: la obligatoriedad de que el ganado tenga acceso a zonas de pastos siempre que las condiciones meteorológicas lo permitan, la preferencia por piensos autoproducidos y/o provenientes de explotaciones cercanas en cuanto a la alimentación complementaria, y la apuesta por la minimización del sufrimiento de los animales a lo largo de su ciclo vital.

Aparte de estas “normas”, la estrecha asociación entre opción del agricultor o ganadero por la conversión y solicitud de ayuda por producción ecológica, hace que sea la normativa autonómica para la concesión de subvenciones agroambientales el instrumento a tener en cuenta para conocer la lista completa de compromisos de manejo que el productor

ecológico debe adoptar⁶. Esta lista, por tanto, contiene las normas de producción del reglamento comunitario más una serie de compromisos complementarios autonómicos.

La norma vigente para la concesión de las subvenciones agroambientales durante la mayor parte del periodo temporal cubierto por mi trabajo de campo fue la Orden de 24 de marzo de 2011, de la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía⁷. A continuación, desgrano los compromisos más importantes que establecía para la producción ecológica: tanto los “comunes”, como los específicos de las ayudas a la agricultura ecológica (submedida 214.03) y a la ganadería ecológica (submedida 214.04).

Los compromisos comunes serían los siguientes:

- cumplimiento de la legislación nacional y autonómica relativa al uso de fertilizantes y productos fitosanitarios;
- mantenimiento de la vegetación natural en las lindes de las parcelas;
- mantenimiento de los elementos de infraestructura e instalaciones tradicionales (muretes, cercas, setos, terrazas, bancales, acequias, pasos de ganado, etc.);
- obligación para la explotación de estar en producción: “No se podrán financiar superficies en abandono o con producciones para uso exclusivamente deportivo, recreativo o turístico”⁸.

Ya en relación a los compromisos específicos de manejo agrícola, no existen grandes novedades. Para cultivos no leñosos, se enfatiza la obligación de rotación interanual y se prohíbe que, en caso de aprovechamiento ganadero de los rastrojos, éste sea superior a tres

⁶ Lo que esta normativa hace, básicamente, es convocar las subvenciones, transcribiendo los requisitos y compromisos que el Programa de Desarrollo Rural (PDR) de Andalucía contempla para cada una de sus submedidas agroambientales. El PDR es un documento que concreta, para la realidad autonómica, las orientaciones contenidas en el “Plan Estratégico Nacional de Desarrollo Rural”, el cual, a su vez, implica un “aterrizaje” de las directrices estratégicas en materia de desarrollo rural aprobadas por el Consejo Europeo.

⁷ El PDR del que dependía esta orden era el correspondiente al marco financiero 2007-2013. A pesar del periodo temporal previsto, la realidad fue que las demoras en la aprobación comunitaria de la PAC para el siguiente marco conllevaron una prolongación de los efectos del mencionado PDR más allá de la fecha de conclusión inicialmente prevista. Ya en 2015 entraría en vigor el PDR 2014-2020, a partir del cual la Orden de 29 de mayo de 2015 de la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía establecería las bases reguladoras para la concesión de las nuevas ayudas por producción ecológica.

⁸ Orden de 24 de marzo de 2011, Anexo 1, Submedidas 3 y 4, apartado A), letra d). A estos compromisos comunes habría que sumar otros compromisos no de manejo directamente y que, en realidad, constituyen desarrollos de requisitos ya contenidos en la normativa comunitaria. Es el caso de la obligatoriedad de que la explotación esté inscrita en una entidad certificadora de la producción ecológica; el del requisito de elaboración, para los agricultores que se dan de alta en la producción ecológica, de un “plan de conversión” donde se especifiquen las acciones a realizar a lo largo del periodo de transición; y el de la obligación tanto de llevanza de un “cuaderno de explotación” donde se reflejen todas las prácticas agrarias realizadas y la contabilidad, como de conservación de los justificantes documentales de las mismas, facturas, comprobantes de entregas, etc.

meses y de intensidad tal que elimine toda vegetación. Ya para los cultivos leñosos –como el olivar–, se prohíbe la roturación, el laboreo que voltee el suelo y toda alteración del mismo entre el 1 de septiembre y el 15 de marzo. Este compromiso está estrechamente relacionado con la evitación de las dinámicas erosivas asociadas con el manejo olivarero intensivista, el cual hay que puntualizar que resulta prácticamente inexistente en Cazalla y, por ello, no será de relevancia para la realidad estudiada.

Por último, los compromisos ganaderos serían los siguientes:

- mantenimiento de una carga máxima de 1 UGM/ha;
- mantenimiento de al menos el 50% de la paja de los cultivos de cereal sobre el terreno;
- prohibición del aprovechamiento ganadero de los rastrojos hasta cuatro meses después de la recolección del cereal;
- obligación de recogida de las cuerdas de atado de las pacas de paja o heno.

Para cerrar este apartado, sólo añadir algunos apuntes en relación a la percepción de la ayuda por producción ecológica. La adopción de los mencionados compromisos con la finalidad de la percepción de dicha subvención se realiza por un mínimo de cinco años, cobrándose un 100% durante los primeros tres años y un 90% los dos restantes. Existe, además, una “modulación” por la que, en el caso de las explotaciones ganaderas, se cobra el 100% de la ayuda por las primeras 75 UGM, un 50% para las que se encuentran entre las 76 y las 150 UGM, y un 25% para aquél que excede las 150 UGM. Ya para el olivar en pendiente, la modulación sería la siguiente: 100% de la ayuda para las primeras 50 ha, 60% de la ayuda para la superficie que se encuentre entre las 51 ha y las 100 ha, y 30% para la que sobrepase esas 100 ha.

3. LA AUTONOMÍA DE LA CERTIFICACIÓN

3.1. Del “aroma” holístico a la sustitución de insumos

Toca ahora profundizar en el segundo de los pilares del proceso de institucionalización de la agricultura ecológica (certificada): el sistema de control. A priori, podría intuirse que este sistema se encontraría dedicado a la verificación del cumplimiento del conjunto de compromisos arriba desgranados y, por tanto, que la tarea en este apartado consistiría solamente en la descripción del procedimiento de control. Sin embargo, se da la particularidad de que la normativa que regula el sistema de control se halla parcialmente desconectada de los compromisos. Dicha “indeterminación” es un elemento más o menos frecuente en el seno de todo corpus normativo (Anders y Nuijten, 2007: 14). En este caso, su especificidad reside en la adopción de un funcionamiento que tiene que ver con la distancia entre lo que podríamos dar en llamar “ley declarativa” y “ley efectiva”, y que Álvaro

Figuerola, el conde de Romanones de la España de la Restauración, supo condensar en su célebre frase: “Haga usted las leyes y déjeme a mí los reglamentos”.

¿En qué consiste dicho hiato para el caso que nos ocupa? Podría decirse que los compromisos vinculados a la conversión a la producción ecológica certificada se situaban a medio camino entre una visión de la agricultura ecológica como agricultura de sustitución de los insumos convencionales y otra que entendería la agricultura ecológica en cuanto alternativa “holística” al modelo industrializado de agricultura. Esta última perspectiva estaba implícita en la prohibición del monocultivo y de la especialización en una sola especie ganadera como forma de asegurar un manejo diversificado, en la obligatoriedad de la rotación interanual con cultivos considerados “abonos verdes” –como las leguminosas– para garantizar la fertilidad edáfica, o en la preservación de una ganadería lo más conectada posible al suelo que se explicitaba, por ejemplo, en la obligación de empleo de piensos autoproducidos o fabricados a partir de cultivos próximos.

No obstante, en la normativa que establece las bases de los sistemas de control comunitarios (Reglamento (CE) 889/2008) estos elementos simplemente desaparecen. No hay alusión a ellos más allá de una ligera referencia a que el productor debe firmar un documento donde aparezca el compromiso de “llevar a cabo las operaciones de conformidad con las normas de la producción ecológica” (art. 63). Cuando acudimos a la operativización del sistema de control, consistente en la explicitación de los elementos de la explotación y la documentación que la entidad certificadora debe revisar, lo que encontramos es un protocolo que, básicamente, está destinado a determinar si ha sido efectuada una sustitución de los insumos convencionales por los ecológicos.

Así, en el “registro de la producción vegetal” o cuaderno de explotación a llevar por los agricultores, deben consignarse los datos relativos a la cosecha de los cultivos, así como la fecha de adquisición, tipo y cantidades de los insumos empleados. Sin embargo, en ningún momento se hace referencia a la descripción de las prácticas dirigidas a la obligatoria rotación interanual. En el caso de la ganadería, el cuaderno o “registro de animales” debe consignar datos relativos a la adquisición de medicamentos y las intervenciones terapéuticas, así como a la alimentación –“tipo de alimentos, incluidos los complementos alimenticios, la proporción de los distintos ingredientes de la ración, los períodos de acceso a los corrales y de trashumancia, en caso de que existan restricciones en la materia” (art. 76)–, pero omite toda referencia a la verificación de la procedencia de los piensos administrados.

3.2. Control de mercado

Por lo que respecta a la estructuración de los sistemas de control comunitarios, las disposiciones comunitarias responsabilizan a cada Estado miembro de la creación de una o

varias “autoridades competentes”, encargadas de la organización del sistema oficial de control de la producción ecológica. La o las autoridades competentes habrían de delegar sus funciones de inspección bien sobre organismos públicos (“autoridades de control”), bien sobre entidades privadas previamente acreditadas ante la propia autoridad competente (“organismos de control”)⁹.

En el caso de España, el hecho de que las competencias en materia agraria se hallen transferidas a las comunidades autónomas hace que las autoridades competentes se identifiquen con las consejerías de agricultura autonómicas. Ello implica la existencia de importantes discrepancias interterritoriales en relación a los sistemas de certificación. De un lado, una mayoría de comunidades ha optado por un modelo público en el que la inspección se delega en una única “autoridad de control”, la cual suele identificarse bien con el comité autonómico de agricultura ecológica, bien, en caso de que éste no exista, con la dirección general encargada de la producción ecológica. Una segunda tipología la componen Andalucía y Castilla-La Mancha, comunidades que han puesto en marcha un modelo privatizado por el que son varios “organismos de control” los acreditados para la realización de las inspecciones. Por fin, las comunidades de Aragón y Castilla y León se situarían en una posición a medio camino al darse la convivencia entre la acción de una “autoridad de control” (pública) y la de varios “organismos de control” (privados).

La implementación de un modelo privatizado y competitivo en Andalucía da lugar a una serie de consecuencias que son clave para entender el específico condicionamiento experimentado por la labor de certificación en este territorio. Dicho modelo implica que la implementación del sistema de certificación –si bien no pueda más que tener, como toda intervención, una trayectoria indeterminada (Lipsky, 1980; Olivier de Sardan, 2005: 140)– no se realice alrededor de un solo fin, el marcado por las normativas sobre control de la producción ecológica. En su lugar, a dicho objetivo estructural se adhiere otro de igual carácter: el de la búsqueda de rentabilidad inherente a las empresas en cuyas manos se deja aquella implementación.

Los efectos de esta convivencia pueden ilustrarse a través de la cuestión de la toma de muestras, contemplada en la normativa comunitaria como posibilidad siempre que exista presunción, “para la detección de productos no autorizados en la producción ecológica o para comprobar si se han utilizado técnicas de producción no conformes”¹⁰. Un elemento crucial a tener en cuenta en este asunto es el coste económico que lleva aparejado el envío de las muestras para el análisis por parte de un laboratorio especializado. Desde la perspectiva de la empresa certificadora, ello implica un gasto neto, sin posibilidad de reembolso sea cual sea el resultado, al tiempo que un virtual problema en caso de omisión

⁹ Reglamento (CE) 834/2007 del Consejo, título V.

¹⁰ Reglamento (CE) 889/2008 de la Comisión, art. 65.2.

y posterior positivo en análisis realizados a los productos derivados por parte de otras entidades de inspección. La difícil disyuntiva que produce la yuxtaposición de ánimo de lucro y sujeción a la normativa en el caso de la toma de muestras recae, de manera principal, sobre las personas encargadas de llevar a cabo la certificación sobre el terreno, los llamados “auditores”. He aquí un fragmento de conversación con uno de los auditores con quienes trabajé:

“Pepe comenta que, aparte de problemas de carácter ‘más técnico’, hay otros que tienen que ver con que los análisis ‘están mal vistos’. Le pregunto por este particular y él responde que un análisis suele costar 300 euros, con lo que ‘más vale que salga positivo, porque, si no, yo soy un mal auditó para mi jefe; un mal auditó porque le hago perdé dinero’. Así es que Pepe sólo pide análisis cuando está realmente seguro de que hay ‘malas prácticas’: por ejemplo, porque ve el suelo con demasiada poca cubierta vegetal o ve restos de sustancias sospechosas depositados en la copa...” (Pepe, 30 años, auditor, septiembre de 2015).

La privatización de la certificación implica que la principal fuente de ingresos de los organismos encargados del sistema provenga de las cuotas de los agricultores y ganaderos a ellos vinculados. Éstos, por tanto, no son tenidos sólo por “operadores” a quienes inspeccionar, sino que se convierten también en clientes a los que es deseable mantener y/o potenciales clientes a quienes atraer. Tal competencia, unida a la posibilidad para el productor ecológico de pasar de una empresa certificadora a otra en cualquier momento, fomenta la adopción de distintas estrategias comerciales como las cuotas rebajadas para ciertos casos de especial interés¹¹, dándose el hecho de que agricultores con el mismo número de hectáreas o animales certificados puedan pagar cuotas diferentes.

Por otro lado, esta “centralidad del cliente” constituye un nuevo escenario para la tensión entre rentabilismo y sujeción estricta a la normativa. Ello lo pone de manifiesto el tratamiento de los cuadernos de explotación, cuya llevanza en la práctica suele alejarse del pormenorizado documento actualizado por el productor al que hacía alusión la normativa¹².

¹¹ Un ejemplo interesante de estrategia comercial lo ofrece el (a priori) extraño trato ofrecido por una de las empresas certificadoras que operan en Andalucía a las cooperativas, a las cuales exime de pagar cuota alguna. La razón residiría en que la empresa confía en la ascendencia que los consejos rectores ejercen sobre los socios cooperativistas en el sentido de sugerir la certificación ecológica con el mismo organismo ya elegido por la cooperativa.

¹² Dado que no existe un modelo de cuaderno como tal, los contenidos que éste debe contener son recogidos en diferentes documentos y, en ocasiones, por diferentes personas. Así, es muy frecuente que los ganaderos lleven personalmente un registro con las altas y bajas del ganado de la explotación, y que en su aporte de documentación al auditor unan las facturas de compra de pienso y de medicamentos. A veces, también aportan un resumido documento con las labores (agrícolas o forestales) realizadas en la explotación, pero en éste, por ejemplo, no queda reflejada la administración de los medicamentos; el auditor en este caso ha de dirigirse a la Asociación de Defensa Sanitaria Ganadera (ADSG) comarcal para que le sea expedido el registro correspondiente. Esta realidad se aleja bastante de ambientes de sujeción a una gubernamentalidad neoliberal vía

Una de las manifestaciones de ese alejamiento lo representa el hecho de que algunas empresas certificadoras sean permisivas con respecto a ciertos problemas provenientes de entidades que les sirven como vía de adquisición de clientes. Es el caso de las cooperativas (ver nota al pie 11 de este capítulo), pero también de sociedades de otro tipo:

“Aprovecho el trayecto para preguntar por la cuestión de la llevanza de cuadernos de explotación por FAS (Federación Aceitunera Sevillana). Fernando dice que FAS, que me aclara que es una empresa y no una asociación como yo pensaba, desarrolla algunos servicios para sus socios por los que cobra. Uno de ellos, por ejemplo, es la redacción y presentación cada año de la solicitud única de la PAC, por la que cobra 50 euros. Otro es precisamente la llevanza del cuaderno de explotación, por el cual cobra otros 50 euros. Le pregunto sorprendido si esto está permitido y con naturalidad responde que se debe a que los técnicos de FAS están considerados ‘asesores’ y en esta figura cabe la ‘elaboración y seguimiento’ del cuaderno.

Fernando continúa diciendo que el cuaderno es algo muy fácil de llevar. Podría ser perfectamente un cuaderno de los que se compran en una papelería, en el que se lleve un registro de lo que se hace en la explotación y de lo que se compra y se vende. FAS, según dice, se aprovecha del desconocimiento y del recelo hacia el papeleo de los agricultores para hacerse cargo de esta fácil tarea. Una tarea que, por cierto, no hace bien porque en ningún momento realizan seguimiento alguno y sólo cuando el auditor de turno va a visitar la explotación, llaman al agricultor para preguntarle por la información requerida. ‘A veces ni eso’ y es Fernando quien tiene que estar encima de FAS para que le envíen los cuadernos. Fernando explica que si aguantan esto es porque FAS les consigue muchos clientes y hay que ser flexibles” (Diario de campo, noviembre de 2016).

3.3. Margen de maniobra

En este apartado 3 del capítulo, dedicado al condicionamiento de la actividad práctica de auditoría, debe hacerse alusión también a la cuestión de las posibilidades al alcance de los productores agrarios para desarrollar una conversión no ajustada a la estricta sustitución de insumos que marcaría la normativa de control y que es objeto de inspección.

Uno de los datos a tener en cuenta se relaciona con el hecho de que las visitas de auditoría no se produzcan de manera inesperada. El auditor se encarga de llamar telefónicamente al productor para concertar la fecha y lugar de encuentro para la visita, siendo lo más frecuente que el primero, dentro de unos límites, se adapte a las preferencias del segundo. Otro dato importante tiene que ver con la duración de la visita, que no suele exceder de una hora. A lo largo de esa hora, el auditor no sólo tiene que revisar la documentación a aportar por el productor, sino que también debe evaluar los resultados de

documentos como el dibujado por Cavanaugh (2016) para las empresas acogidas a la certificación de alimentos patrimoniales en el norte de Italia.

su manejo sobre el terreno. Ante el corto espacio de tiempo a dedicar a la tarea, dicha evaluación suele consistir, en el caso de las explotaciones certificadas de la Sierra Morena Sevillana, en un paseo por una parcela de olivar, en el caso de la certificación de olivicultura ecológica, o en una inspección del ganado y de los cobertizos para el almacenamiento de la alimentación animal, en el caso de la ganadería. Un hortelano ecológico del municipio recordaba una visita reciente de la siguiente manera:

“Beltrán me dice que dos días antes había estado por allí Pepe, el auditor. Según parece, no visitó toda la huerta. De una de las parcelas dijo que ‘ya la había visto desde el carril’, y después sólo se dio un pequeño paseo sin llegar a traspasar el arroyo. Beltrán lo cuenta sonriendo, dando a entender, de alguna forma, que la auditoría fue una especie de trámite. Sí reconoce, y se pone serio, que les dio ‘mu buenos consejos’. Sobre todo, que para vender productos no manufacturados en finca no necesitan registro sanitario.

(...) Aparte de esto, Beltrán reconoce entre sonrisas que fue ‘un poco desastre’ porque Pepe le pidió indicios de actividad económica y él no guarda un registro bien ordenado. De cualquier forma, Pepe les dijo que él no era inspector de Hacienda y que sólo quería ver una muestra para certificar su actividad económica a través de algún albarán o lo que fuese” (Diario de campo, abril de 2015).

La combinación de estos factores con la anualidad de la visita de auditoría –y con otros, como la ya comentada reticencia a la toma de muestras para análisis– tiene fuertes implicaciones para el sistema de control. La operación de éste no sólo es claramente discontinua, sino que, dadas las condiciones en que se produce la visita, no es posible certificar las prácticas de una explotación completa y, ni siquiera, de la muestra que supone la parcela o las parcelas elegidas. Ello significa que las posibilidades para la implementación de una conversión alejada de lo estipulado por la normativa –el denominado por algunos autores “margen de maniobra” (Long 2001; Olivier de Sardan, 2005)– son verdaderamente amplias. Ya en el próximo capítulo, tendremos ocasión de profundizar sobre la exploración ganadera de ese margen de maniobra. Volvamos a poner ahora el foco sobre la auditoría en sí.

4. LA INCERTIDUMBRE DEL VERIFICADOR

La práctica de la auditoría, como toda práctica de verificación, se propone como antídoto frente a procesos sobre los que se tienen dudas o desconfianza en relación a su fiabilidad. Su objeto sería, precisamente, el de arrojar luz sobre ellos para, de ese modo, hacerlos “transparentes” (Power, 1997: 1; Strathern, 2000: 4). El problema de la verificación, no obstante, reside en una imposibilidad radical: en pocas palabras, en que es humanamente imposible verificar todo y en todo momento (Strathern, 2000: 7). En el caso concreto de la auditoría, ello implica un desplazamiento por el cual son escogidos una serie

de indicadores que sustituyen a la realidad por auditar y cuya medición o evaluación pasa a ser el objetivo real de la práctica.

Ello está conectado con el hecho de que la auditoría no tenga como destinatarios finales de sus “conclusiones” a los actores del proceso en sí, sino a actores externos al mismo. Es en este sentido que Power (1997) entiende la auditoría como un “ritual de verificación”, cuya performatividad ritual tendría que ver precisamente con el convencimiento de la ciudadanía o del sector al que se dirigen los resultados de la auditoría de que la operación consigue “transformar un riesgo incipiente en un riesgo gestionado” (Brown, 2010: 745).

Si éste sería el resultado más generalizado cara afuera, la asimilación de dicho desplazamiento no acostumbraría a ser igual de exitosa en el caso de los participantes en la situación de auditoría, quienes, en muchos casos, suelen ser los primeros en percibir las limitaciones de sus procedimientos. Y es que estos procedimientos no sólo intentan hacer transparente una realidad –a partir de una esquematización de la misma–, sino que han de hacer frente al hecho de que su propia implementación acarrea una serie de efectos sobre dichos procesos sociales. Por ejemplo, los empleados de una empresa que es auditada para conseguir un sello de calidad no se limitan a recibir visitas y mostrar los procesos en que los verificadores están interesados. Suelen maniobrar para mostrar una imagen de la empresa lo más parecida al esquema que se les presenta y así es que suelen destacar unos aspectos y ocultar otros. En este sentido, aún visibilizando parte del interior de los procesos a auditar, la performatividad de la auditoría tendría que ver, en este caso, con la generación de nuevas formas de “opacidad” (Galvin, 2018: 497).

En el caso que nos ocupa, las dificultades de la práctica de auditoría para la verificación de la sustitución de insumos tienen que ver, fundamentalmente, con los condicionantes que he mostrado en el apartado anterior. Por un lado, me refería a las especificidades del sistema de control andaluz, marcadas por su carácter privatizado y que derivan en la tensión entre rentabilismo y sujeción a la normativa. El segundo elemento a tener en cuenta se relacionaba con otra importante derivada del modelo de sistema de control: el amplio margen de maniobra a disposición de los agricultores y ganaderos que se convierten a la producción ecológica.

En su estudio de la certificación ecológica del cultivo arrocerero en la región india de Uttarakhand, Galvin (2018) también constataba una realidad de “fracaso de la certificación a la hora de producir transparencia”¹³ (ibid.: 497). Esta situación habría servido como motor para un desarrollo y perfeccionamiento de las técnicas de vigilancia. De ahí, que se

¹³ En este caso, los principales condicionantes serían la incapacidad para realizar auditorías de todas las explotaciones certificadas y la desigual llevanza del pormenorizado cuaderno de explotación exigido a los agricultores (Galvin, 2018).

produjese la paulatina adopción de rutinarios análisis de residuos químicos en campos de arroz seleccionados por muestreo. Ahora bien, éste no sería el único efecto del fracaso. Previamente a la generalización de dichos análisis, la autora constató la cristalización de una sólida “confianza” en la honestidad de los agricultores entre los auditores y extensionistas ecológicos. Esa confianza (*viśvās*) no era entendida por los interlocutores de Galvin como un sentimiento proveniente de duraderas relaciones interpersonales, sino en un sentido cercano al sugerido por Simmel, es decir, como una suerte de fe en la condición humana producido, por regla general, en situaciones de incertidumbre (ibid.: 503). Para Galvin, este constructo funcionaría como la “ideología” que permitiría el desplazamiento de las incertezas del proceso de certificación y, por consiguiente, constituiría la base de la reproducción de éste:

«En última instancia, es su entendimiento de la agricultura ecológica como *viśvās kī khetī* [la agricultura de la confianza], en lugar de como un régimen de transparencia, el que habilita a aquellos que ostentan la autoridad en términos de certificación para “poner entre paréntesis” o “suspender” (...) lo que no saben o ven –y tampoco pueden saber o ver– para proceder con el trabajo de certificación» (ibid.: 504).

Como ya anticipé en la introducción, durante mi investigación seguí de cerca el trabajo de dos auditores de producción ecológica que operaban en la comarca. Resulta interesante que su caso sea inverso al de los auditores de Uttarakhand. En lugar de la generación de una confianza abstracta en los productores ecológicos de la sierra, los “enfoques”¹⁴ de mis interlocutores estaban caracterizados por la desconfianza. Omitiendo las limitaciones plurales del procedimiento en que consistía su trabajo, los auditores entendían éste como una labor teóricamente rutinaria y fácil, pero imposibilitada en la práctica por los obstáculos que opondrían agricultores y ganaderos. La reflexión y conversación sobre los desvíos e incumplimientos de la normativa era moneda común entre ellos y el uso de palabras como “dejadez” o “trampas” era frecuente. El prejuicio sobre los productores era que tendían al engaño:

“Fernando me alerta de que en la agricultura ecológica hay mucha ‘corrupción’. ‘No sólo Bárcenas y después nos quejamos sólo de Bárcenas’¹⁵. Esto se lo he llegao a decí yo a mis clientes, ¿eh?’, me comentaba. Dice tener un buen contacto en una cooperativa de agricultores de la campiña que no la tolera. Este técnico sólo le hace el papeleo a los agricultores que él sabe

¹⁴ Entiendo enfoque, con de Vries (1997, 2005), como el conjunto –más o menos coherente– de expectativas del burócrata en relación a las prácticas y motivaciones de las personas a las que ha de atender, así como respecto a su interacción con ellas.

¹⁵ Luis Bárcenas fue el gerente del PP entre 1993 y 2008. Se trataba de un personaje muy popular debido al tratamiento mediático de su implicación en la financiación ilegal de la formación y de su (derivada) fortuna en Suiza; un tratamiento que lo ha convertido en el símbolo de la corrupción de la España en crisis.

que no hacen trampas, indicándoles a los demás que se busquen a otro. Ese conocimiento lo beneficia porque a veces lo llama para decirle ‘ten cuidao con tal persona’ o “ten cuidao con esa otra” (Fernando, 39 años, auditor, septiembre de 2016).

Parece como si los factores de distinto tipo que modelan el campo de (im)posibilidades para la práctica de la auditoría, aún reconocidos ocasionalmente, fueran desplazados por sus ejecutores a través de una interpretación “legalista”. Esta interpretación esconde la incertidumbre de los ritmos y procedimientos en que desarrollan su trabajo para poner el foco casi exclusivamente en los obstáculos que implicarían las formas de “apropiación” del programa de producción ecológica ensayadas por ganaderos y agricultores.

5. PROCEDER CON LA AUDITORÍA

La dupla desconfianza-legalismo es crucial para entender las prácticas concretas de auditoría. Ahora bien, en función de una serie de factores diversos –laborales, ideológicos, etc.–, cada auditor desarrolla un enfoque particular e, interrelacionado con él, un patrón de interacción con los productores o “estilo operativo”¹⁶. Dichos estilos son la específica adaptación al terreno que cada uno de ellos desarrolla. Deben ser entendidos, por tanto, como manifestaciones de la “informalidad ordenada” (Bierschenk, 2014b: 223) en que consiste todo proceso de implementación como consecuencia del inevitable hiato (*gap*) entre la realidad social y la codificación de la que parte la intervención (Olivier de Sardan, 2016: 119). En este apartado me detengo en los estilos operativos de Víctor y de Fernando, los dos auditores con los que trabé una relación más estrecha.

5.1. Víctor: endurecer la norma

Víctor podría definirse como un caso de “auditor *freelance*”. Su empresa le pagaba en función de las auditorías que realizaba y de las altas de nuevos clientes que conseguía para ella. A grandes rasgos, consideraba la auditoría ecológica como uno de los medios a través de los cuales se ganaba la vida. Algo que me pareció llamativo en los primeros momentos de nuestro contacto fue su esquividad a presentarse como auditor y, en lugar de ello, su auto-identificación como “ingeniero agrícola”. Luego intuí que ésa era la vía para subrayar una formación y unos conocimientos técnicos de categoría superior a la del trabajo “poco cualificado” que, según lo que él parecía pensar, desempeñaba. Al mismo tiempo, Víctor, de

¹⁶ Este concepto exploratorio fue introducido por de Vries (1997, 2005). Koster (2009), años más tarde, lo utilizó para arrojar luz sobre los patrones de interacción de otro tipo de “figuras intermedias”, como son los llamados “líderes comunitarios” (*líderes comunitários*) de las favelas brasileñas, concretamente, para el caso de una situada en la ciudad nordestina de Recife.

sólidas convicciones agroecológicas, consideraba dicho trabajo como un vehículo útil para dar pasos hacia el modelo de agricultura sostenible que defendía.

Quizás fuese esta visión de la agricultura ecológica certificada como insuficiente, pero a la vez como medio para el avance hacia un manejo agroecológico la que influenciase una práctica marcada por una particular fidelidad a la normativa. Con el fin de poder realizar una inspección más exhaustiva, Víctor solía realizar visitas de mayor duración de lo que suele ser normal e intentar visitar todas las parcelas posibles de la finca en cuestión. Víctor no dudaba en recoger en su informe las desviaciones respecto a la normativa. Gracias a esto, según pude comprobar preguntando por él a algunos ganaderos locales, tenía “fama de malo”. El sobrino de un mediano ganadero que trabajaba ocasionalmente en la finca de éste me decía lo siguiente:

“Er Vícto es estricto. Pero además es que hay cosas que no se pueden hasé. Hase un tiempo fue a haserle la visita a mi tío Luis. Se fue de allí y le dijo que estaba to bien, pero a las pocas semanas le llega a mi tío una carta disiendo que tiene una sansión. Aro, sólo pudo sé er Vícto, que no le dijo na antes por lo que fuera”.

Aunque no pude comprobar la veracidad de este relato, sí es cierto que Víctor parecía más estricto que otros auditores según lo que pude observar y escuchar. Al menos, mostraba una menor desinhibición a la hora de tomar muestras. Siendo consciente de las cortapisas de su empresa a dicha recogida, Víctor solía desafiar esos límites. Y no sólo cuando tenía sospechas de que se estaba produciendo alguna “no conformidad” –término usado para las faltas de gravedad, las cuales suelen implicar la suspensión de la certificación por seis meses–, sino también en casos menos evidentes. En ocasiones, además, la toma de muestras realizada por Víctor parecía no conllevar análisis alguno. Esto lo comprobé al hilo de unas muestras de lana tomadas en la explotación de un ganadero ovino. Dado que, según la información que yo tenía, dicho ganadero también alimentaba a sus ovejas con pienso convencional, el análisis debería haberlo detectado y, por consiguiente, el ganadero debería haber recibido la correspondiente sanción. Esto, sin embargo, no ocurrió, con lo que es posible que aquella toma de muestras fuese más bien una táctica puesta en práctica por Víctor para trasladar una advertencia eficaz sobre el peligro que conllevaría el uso de insumos no permitidos.

Relacionado en parte con esto se encontraba una perspectiva que veía excesos de permisividad en la labor de las entidades certificadoras. Víctor, por ejemplo, se quejaba de que la administración de medicamentos no ecológicos al ganado se había convertido en una práctica generalizada. Según decía, la tolerancia hacia esta práctica provenía de una pasada inexistencia en el mercado de productos específicos ecológicos, pero que el hecho de que en ese momento ya pudiesen encontrarse debía conllevar un uso forzoso. A pesar de que la

propia normativa deja la puerta abierta al uso del producto convencional¹⁷, el auditor me ofrecía una interpretación de la norma en unos términos especialmente restrictivos:

“el auditor debe hacer que se cumpla la normativa y exigir que se use [el producto]. Existiendo el producto, yo exigiría las facturas para certificar que se ha usado. Y si no, comunicarle al ganadero que no va a recibir la subvención. El miedo. Dinero y miedo mueven el mundo” (Víctor, auditor, 42 años, octubre de 2016).

Podríamos definir el particular enfoque de Víctor como “meta-normativista”, dada su voluntad de fidelidad a la normativa de control de la producción ecológica y, al mismo tiempo, de trascendencia de la misma dada su “militancia” o compromiso agroecológico. Ello parecía llevarlo más lejos, incluso, que la propia norma, realizando, como acabamos de ver, lecturas especialmente estrictas de la misma. Asimismo, Víctor realizaba visitas de auditoría que intentan sacar el máximo partido del procedimiento establecido, lo cual indica una suerte de creencia en las posibilidades de éxito de la auditoría. Un procedimiento que él mismo parecía “afinar” con la introducción de novedades como aquella posible toma de muestras ficticia al objeto de reforzar una percepción del riesgo derivado de los incumplimientos de la normativa.

El enfoque “meta-normativista” de Víctor se halla en sintonía con algunos hallazgos de la literatura sobre auditoría, en particular, con la idea de que, en ocasiones, la incertidumbre que forma parte inherente del ejercicio de la verificación se trueca en confianza como forma de permitir su operación. Ahora bien, en este caso no sería una confianza abstracta en la honestidad de las personas auditadas, como veíamos en el trabajo de Galvin (2018), sino una confianza en los elementos mismos del procedimiento de auditoría: de las medidas utilizadas, de las fuentes de información, etc. (Strathern, 2000: 7).

5.2. Fernando: “formalismo moral”

Fernando era ingeniero de montes y trabajaba como auditor para una empresa distinta a la de Víctor. A diferencia de éste, su relación con la producción ecológica no contenía ninguna dosis de conciencia o militancia. Para él, esta modalidad de manejo agrario era básicamente un conjunto de exigencias que, traducidas correctamente a la práctica, daban derecho a la percepción de una ayuda pública. Por lo que respecta a su

¹⁷ Reglamento (CE) 834/2007, artículo 14.1, letra e), punto ii): “Las enfermedades se tratarán inmediatamente para evitar el sufrimiento de los animales; podrán utilizarse medicamentos veterinarios alopáticos de síntesis, incluidos los antibióticos, cuando sea necesario y bajo condiciones estrictas, cuando el uso de productos fitoterapéuticos, homeopáticos y de otros tipos no resulte apropiado; en particular, se establecerán restricciones respecto a los tratamientos y al período de espera”.

trabajo, éste era agotador. Las tareas a las que tenía que hacer frente abarcan todo el proceso de auditoría, desde las tareas de oficina a las visitas de campo. Con el fin de aprovechar al máximo cada viaje, Fernando se centraba en una comarca andaluza y fijaba allí cuatro o cinco visitas de auditoría para el mismo día. Esto hacía que cuando había de viajar a una provincia distinta a la de Sevilla –donde residía– no consiguiera volver a casa más temprano de las 22 horas. En caso de que la comarca en cuestión se encontrase más alejada, concentraba en una zona intermedia varias auditorías para el día siguiente y dormía en un hotel. El resultado de todo ello era una vida “sobre ruedas” a la que Fernando se resignaba por falta de alternativas laborales y, también, por un cierto acomodamiento después de varios años en la empresa.

En sus visitas, Fernando se caracterizaba por un estilo operativo en el que primaba el distanciamiento respecto al auditado, manteniendo a lo largo de ellas un semblante serio y una refracción a conversaciones ajenas a los pasos en que consistía el procedimiento. A diferencia de Víctor, no solía visitar todas las parcelas posibles de la finca en cuestión. En función del tiempo disponible, revisaba una o, a lo sumo, dos. Si no observaba nada claramente sospechoso –pongamos por caso, la falta de cubierta vegetal en el suelo, indicadora del uso de herbicidas, la presencia explícita de insumos no permitidos, etc.–, Fernando volvía al punto de encuentro. Allí, abría en su ordenador el informe de auditoría y pasaba a realizar la pequeña batería de preguntas que se requiere para rellenar sus ítems. En el caso de la auditoría de un olivar, por ejemplo, dicha batería sería la siguiente:

- ¿se ha talado el olivar este año? Si es así, ¿qué porcentaje aproximado de la parcela?
- ¿Se han hecho tratamientos en el olivar con productos fitosanitarios y/o herbicidas?
- ¿Existe “contaminación” en las lindes, es decir, usan los vecinos productos fitosanitarios y/o herbicidas en sus parcelas?
- ¿Se produce pastoreo de ganado? Si es así, ¿cuántas cabezas y durante cuánto tiempo?

Fernando solía dar por buenas las respuestas a menos que hubiera detectado en su observación previa algún indicio claro en su contra. No era frecuente, además, que fuese más allá y añadiese preguntas de su cosecha para averiguar posibles incumplimientos. De las preguntas pasaba al cierre de la visita, que consistía en la revisión del cuaderno de explotación y de los justificantes sobre la producción y la adquisición de insumos.

Todo parecía como si Fernando entendiese el procedimiento de auditoría como un trámite en que la iniciativa del auditor debiese limitarse al seguimiento estricto de los pasos formales. En realidad, los únicos añadidos que Fernando realizaba formaban parte también de las directrices de su entidad certificadora y, en este caso, tenían una finalidad preventiva. Siguiendo con el ejemplo del olivar, en el caso de que el productor auditado afirmase que alguno de sus vecinos aplicaba productos convencionales, Fernando le señalaba que la

próxima campaña debía entregar como convencionales las aceitunas de la hilera lindera con dicha parcela, y apostillaba: “para que luego no vengan los problemas”. Asimismo, era un lugar común comentar que, para la recolección, el uso de sacos donde había sido envasado pienso convencional¹⁸ no estaba permitido. Sí estaba permitido el empleo, bien de sacos de pienso ecológico, bien de sacos de pienso convencional previamente lavados o, al menos, invertidos; y volvía a cerrar con la advertencia “porque luego vienen los problemas”.

Esta sucesión de preguntas, indicaciones y advertencias conformaba algo así como una liturgia. Fernando las realizaba siguiendo siempre un orden casi idéntico y sin mostrar en ningún momento una voluntad “indagatoria”. Tanto el distanciamiento como esta dimensión de su estilo operativo, es decir, esta repetición distanciada y claramente formal de los pasos del procedimiento de auditoría, podrían entenderse en su conjunto como el movimiento específico de Fernando hacia la “impersonalidad formalista” que Weber situaba como uno de los elementos fundamentales del tipo ideal de burócrata:

«La dominación de la impersonalidad formalista: *sine ira et studio*, sin odio y sin pasión, o sea sin “amor” y sin “entusiasmo”, sometida tan sólo a la presión del deber estricto; “sin acepción de personas”, formalmente igual para todos, es decir, para todo interesado que se encuentre en igual situación de hecho: así lleva el funcionario ideal su oficio» (Weber, 1922/2002: 179-180).

Para Weber, este rasgo tiene una raíz sustantiva y ética. Sería precisamente la formación del burócrata en las ideas de compromiso público, obediencia a la norma y neutralidad –frente a la arbitrariedad y discrecionalidad propias de formas de dominación previas– lo que estaría en la base de esa tendencia hacia la impersonalización y la adherencia al procedimiento (ibid.: 719, 753).

En el caso de Fernando, sin embargo, no parece que su conducta provenga de una “vocación” (Bierschenk, 2014b; Osborne, 1994) homologable. Al hecho de que su puesto no sea de carácter estrictamente funcional, sino “semipúblico” –desempeña una tarea pública externalizada al sector privado–, se une que su enfoque no esté guiado por una especial creencia en la finalidad sobre la que se sustenta la norma. De este modo, su ejercicio, a pesar de que no desiste de la atención a posibles irregularidades¹⁹, no se caracteriza por un compromiso con los presuntos objetivos de la auditoría. Y es que Fernando no parece ajeno a la imposibilidad de alcanzarlos. Un día me decía, por ejemplo,

¹⁸ En relación al almacenamiento de la aceituna para su transporte a las almazaras, el empleo de sacos de pienso usados es la práctica más habitual en estas sierras.

¹⁹ Fernando decía conocer casos de otros auditores que no llegan a pisar las parcelas objeto de certificación, limitándose a revisar la documentación requerida en el punto de encuentro acordado con el cliente.

que más allá de las cortapisas de su empresa a las tomas de muestras, aún realizándolas, ello no garantizaba ningún resultado concluyente:

“Le pregunto a seguir si es muy común que los análisis den positivo. Fernando dice que el problema no es ése, sino que, por ejemplo, para el olivo, no es fácil detectar sustancias prohibidas a menos que hayan sido aplicadas recientemente. Además, en ese caso, la muestra suele tomarse del fruto y no de la hoja, la cual suele conservar más el resto de sustancia si es que ha sido aplicada” (Diario de campo, septiembre de 2016).

Siendo consciente de la imposibilidad de la auditoría, da la impresión de que la vía adoptada por Fernando para desplazar dicho fracaso y “proceder con el trabajo de certificación” (Galvin, 2018: 504) se relacionaba, precisamente, con el refugio en una repetición, de tipo litúrgico, del procedimiento establecido.

Ahora bien, ¿qué ocurría cuando Fernando, a pesar de su falta de “curiosidad”, constataba irregularidades? Si éstas eran graves –“no conformidades”–, las hacía constar en su informe de auditoría, dando lugar posteriormente a la sanción correspondiente. En el caso de que fueran leves, sin embargo, Fernando procedía de forma diferente. Lo hacía en función de una suerte de evaluación moral de la persona auditada. Si consideraba que la voluntad de ésta no era la instrumentalización sistemática a través de “trampas” del programa de producción ecológica, nuestro auditor desplegaba una sorprendente permisividad. Ésta se materializaba, por ejemplo, en la aceptación de cuadernos de explotación incompletos o la tolerancia hacia desviaciones menores como pequeños excesos en las cargas ganaderas. A veces incluso, era el mismo Fernando quien sugería algunas prácticas contrarias a la normativa, pero útiles para evitar demorados trámites. Ilustraré esta vertiente permisiva y asistencial a través de una viñeta sobre su revisión de la documentación aportada por el desnortado hijo de un olivarero ecológico recién fallecido que fue el encargado de recibir la visita de nuestro auditor:

“Fernando empezó a revisar los papeles que le traía Eduardo. El cuaderno de explotación estaba en orden. Los justificantes, sin embargo, sí mostraban algunos problemas. El primero tenía que ver con el hecho de que ninguna de las entregas había sido realizada bajo el nombre del titular. Fernando aclaraba que tal cosa no estaba permitida. Todo parecía apuntar a que el padre le había cedido la recolección a algún conocido, pero el auditor prefirió no profundizar. Se limitó a comentar: ‘Esta vez no voy a poné problemas y los voy a aceptá’, añadiendo que en los justificantes de la siguiente campaña sí debía figurar el nombre del titular.

El segundo problema se relacionaba con algunas entregas de aceituna (ecológica) a partir de parcelas no certificadas. A Eduardo, extrañado, le sonaba que eran de su padre. Tras revisar su solicitud de la PAC, Fernando lo confirmó. Confiando en que el padre de Eduardo las omitió por error –y, por tanto, en que no se diferenciaban en materia de manejo de la visitada–, se decantó por no consignar tampoco esta incidencia. Sí sugirió, con el fin de evitar problemas el año próximo, una ‘ampliación’ de la certificación. Eduardo aceptó y consultó si podría incluir

en la ampliación una pequeña parcela en otra zona de la localidad donde pretendía plantar olivos a partir de unos esquejes que estaba criando. Fernando hizo un rápido cálculo para confirmar que la superficie se mantendría dentro de los límites que permitía su cuota y asintió. Añadió que no sólo no pagaría más, sino que además recibiría una ayuda algo superior.

A continuación, el auditor me dio unas indicaciones básicas para ayudar a Eduardo con el impreso de solicitud. Mientras tanto, él acabaría de rellenar el informe. Indicaba al olivarero que consignase esa parcela directamente como olivar, a pesar de que no lo fuera, ‘pa ahorrarse el papeleo después’. Cuando todos hubimos acabado, Fernando pidió visitar el invernadero donde Eduardo tenía los esquejes de olivo. Allí, se interesó por la tierra que usaba y Eduardo, señalando un saco a los pies del auditor, dijo que era ‘mantillo de ese tipo’. Tras leer los componentes de la tierra en el envoltorio, Fernando comentó: ‘Aunque no dice concretamente el tipo de sustancia, dice que tiene un gramo de abono por cada kilo. Eso quiere decir que el producto es convencional y, en teoría, no está permitido. Por eso, la próxima vez tienes que usar mantillo ecológico. Ahora, como no vas a poder encontrar plantones ecológicos para comprar y el manejo que tú tienes, sólo con pulverización de agua, no puede ser más ecológico, no lo voy a hacer constar en el informe. Lo que sí voy a hacer constar es que vas a usar tus propios esquejes para que otro auditor no te exija el año que viene facturas de compra ni nada’.

Tras esto, Fernando se dio cuenta de que quedaban pocos minutos para la hora fijada con el siguiente cliente. Deslizó a Eduardo el justificante de la auditoría. Apresuradamente, le explicó que había consignado que no se llevaba ni muestras ni documentación, y le pidió su firma. Tras dejarle una copia, salimos a toda velocidad para buscar al segundo productor de la mañana” (Diario de campo, noviembre de 2016).

En síntesis, puede decirse que el estilo operativo de Fernando combina un despliegue formalista del procedimiento con una sensibilidad hacia la situación de los productores que considera “honestos”. Manteniendo un claro distanciamiento, Fernando se refugia sobre los pasos del procedimiento. Pero no sólo. También realiza una suerte de evaluación moral que le permite actuar con permisividad en caso de constatar irregularidades en clientes merecedores de la misma. En estas ocasiones, Fernando se desliza entre la pasiva repetición del procedimiento de auditoría fruto de la imposibilidad de su objeto y la adopción de un rol activo de “reinterpretación” del programa (Juntti y Potter, 2002) a través de unas coordenadas claramente morales. Frente a la “deshumanización” del tipo ideal weberiano de burócrata (Weber, 1922/2002: 732)²⁰, aquí es la propia práctica formalista e

²⁰ Ello no significa que la propuesta de Weber sea inválida per se. La idea weberiana de “tipo ideal” no equivalía a lo que solemos entender por concepto, sino a la construcción de un modelo artificial a contraponer con los datos empíricos como vía analítica para entenderlos mejor y permitir comparaciones (Olivier de Sardan, 2016: 123-125).

impersonal la que aloja unas evaluaciones morales y personalistas que habilitan para la posible basculación hacia una conducta discrecional²¹.

6. CONCLUSIONES

En el capítulo 1 hacía alusión al estudio de West (2010), sobre la “producción del productor” en el consumo de café ecológico y de “comercio justo” procedentes de Papúa Nueva Guinea. Para este autor, las narrativas campesinistas y primitivistas sobre los agricultores papuanos actuarían a modo de sostén del valor del café en cuanto mercancía. El valor del café no estaría relacionado con su calidad u otras características, sino con el hecho de permitir al consumidor realizar un acto de caridad. Se trata de una dinámica que tiene mucho que ver con la forma como, según Žižek, “el capitalismo integró el legado del 68, la crítica del consumo alienado: la experiencia *auténtica* importa”²² (Žižek, 2009: 54; énfasis en el original).

Una tendencia concomitante parece ocurrir en el caso del proceso que la auditoría intenta operar sobre el consumidor. Según Power (1997), la auditoría constituye un “ritual de verificación” en el sentido de que, al igual que otros rituales, transforma el estado de alguien o algo a través de un proceso litúrgico que, de manera crucial, es refrendado por la comunidad. Para Brown (2010: 745), dicha operación consiste básicamente en “transformar un riesgo incipiente en un riesgo gestionado”. En el caso de la producción ecológica, aparte de las posibles narrativas sobre el productor a las que aludía West (2010), nos encontramos con otra narrativa, condensada en la etiqueta ecológica, que sugiere al consumidor seguridad y manejo sostenible, y que actúa como un nuevo soporte del valor de la mercancía.

El material presentado y analizado en el capítulo ha permitido dar una idea del complejo mundo social alrededor de la auditoría. He hecho alusión a las relaciones laborales vinculadas al sistema de control andaluz, pero también a la cuestión de las expectativas de los auditores –“enfoque”– y cómo éstas se relacionan con unos patrones que intentan pautar la relación con sus “clientes”. Todo este mundo de relaciones sociales es el que queda

²¹ Sólo añadir que, si mi interpretación es ajustada, el uso moral de la liturgia por parte de Fernando se acerca al de la hospitalidad tal y como la han abordado una parte de los estudios antropológicos dedicados al tema. Para Pitt-Rivers (1968) –también para Derrida (1997/2000)–, la forma de reducir la sospecha que genera el extraño es precisamente introducirlo en la propia casa, donde éste puede ser evaluado desde una posición de superioridad. Carey (2017) observa una práctica similar entre sus interlocutores del Atlas marroquí. Para una revisión en profundidad de la literatura antropológica sobre hospitalidad y sus vínculos con la desconfianza, ver Candea y da Col (2012).

²² Žižek ofrece como ilustración el caso de la cadena de cafeterías Starbucks:

«El excedente “cultural” se presenta aquí en bruto: el precio es más alto que en cualquier otro lugar dado que lo que estás comprando realmente es la “ética del café”, que incluye protección medioambiental, responsabilidad social hacia los productores, más un lugar donde tú mismo puedes participar en una vida comunitaria» (Žižek, 2009: 53-54).

oculto bajo la etiqueta ecológica. Siguiendo a Hudson y Hudson (2003), la operación de este tipo de etiquetas puede calificarse como un nuevo y suplementario “fetichismo de la mercancía”, ese concepto con el que Marx (1867/1976) explicaba el cambio de perspectiva que operaba el proceso de intercambio al hacer pasar por “relaciones entre cosas” lo que son “relaciones entre personas”.

En otro orden de cosas, es interesante incidir, en este apartado conclusivo del capítulo, sobre los condicionantes de la práctica de auditoría sobre el terreno. Uno de ellos, sin duda, provendría del sistema de control –único elemento de intervención sobre la producción ecológica– desarrollado en Andalucía. Sus especificidades tenían que ver con su carácter privatizado y con la consiguiente tensión entre rentabilismo y sujeción a la normativa. De ahí se derivan importantes efectos, como el retraimiento a la hora de la toma de muestras para el análisis de sustancias no permitidas o la laxitud con respecto a la revisión de los cuadernos de explotación. Un segundo condicionante, vinculado también a la estructura de ese sistema de control, tenía que ver con la efectucción de un solo control anual y por un tiempo claramente limitado. Estos condicionantes nos interpelan sobre el amplio margen de maniobra a disposición de los productores que se convierten a la agricultura ecológica. Un margen que resulta clave para entender el enfoque cargado de desconfianza que hemos visto a través de los casos de Víctor y Fernando. Aunque cada uno de ellos desarrollaba sus particulares “estilos operativos”, ambos se hallaban estrechamente vinculados a esa construcción de expectativas sobre sus “clientes”. Pero también un margen sin el que sería imposible entender muchas de las acciones en que se materializan los procesos de conversión de los ganaderos locales, las cuales son objeto del próximo capítulo.

CAPÍTULO 8

A VUELTAS CON LA GANADERÍA ECOLÓGICA.

Las conversiones al programa ecológico más allá de la subvención

Y la aspiración no es llegar a un destino,
sino seguir adelante
Tim Ingold, “Making growing learning”

1. INTRODUCCIÓN

En el capítulo 1, revisaba las distintas aproximaciones académicas que han hecho fortuna en relación a la cuestión de la conversión de productores agrarios a programas agroambientales. Una de ellas era la teoría del *good farmer* de Burton (Burton, 2004; Burton et al., 2008; Burton y Paragahawewa, 2011), cuyo argumento principal para explicar el rechazo de los agricultores europeos a ese tipo de programas residía en la existencia de un *habitus* productivista asentado como consecuencia del dominio del tipo de manejo que han potenciado décadas de Revolución Verde. Dicho *habitus*, además, estaría en sintonía con las “reglas del juego” de las “comunidades agrarias”, en las cuales la exhibición de prácticas “productivistas” constituiría uno de los capitales en juego más importantes. El hecho de que el manejo auspiciado por los programas agroambientales consista en prácticas no estrictamente productivistas, contradiciendo reglas del juego y *habitus*, no podría desembocar más que en su rechazo.

Sutherland (Sutherland, 2013; Sutherland y Darnhofer, 2012), por su parte, desafiaba la validez de este marco al constatar una acogida diferente, al menos, para el caso del programa de agricultura ecológica en una investigación realizada en Inglaterra. La pérdida de rentabilidad de la producción convencional implicaría una presión hacia alternativas de negocio que se alejaban de las vinculadas a aquella versión productivista del *good farmer*. Para Sutherland, lo que se produciría sería la convivencia de diferentes respuestas, todas ellas más o menos sancionadas positivamente por la comunidad. Este “gusto de necesidad” plural se correspondería con un momento de transición. Según sus intuiciones bourdieuanas, una vez asentadas las alternativas económicas más remuneradoras, serían éstas las que darían lugar futuramente a un nuevo *habitus* que reemplazaría al antiguo (productivista).

Si ponemos el foco sobre el caso de los ganaderos de Cazalla, éstos no parecen susceptibles de encuadrarse en ninguno de los polos de esta dicotomía permanencia/cambio. Da la impresión, más bien, de que cogen “por la calle de en medio”. Por un lado, en línea con Sutherland, estos ganaderos se ven presionados por un escasamente halagüeño contexto de congelación de precios y subvenciones. Éste, sin duda, es uno de los factores a tener en cuenta a la hora de entender movimientos como el de su paso a la certificación ecológica. Al mismo tiempo, sin embargo, su “gusto de necesidad” no parecía haber experimentado cambios importantes. Sus movimientos en relación a lo ecológico se producían en el contexto de un ambiente agrario donde se encontraba generalizada una asignación de “capital simbólico” muy dependiente de la puesta en práctica de un manejo asociado al resultado productivo.

En relación a esto, he de decir que parte no insignificante de las conversaciones en las que participé a lo largo del trabajo de campo giraban en torno a temas como la crítica del mal estado de las ovejas de fulano, las labores que mengano dejaba de hacer a su encinar o la compra de una nueva camioneta *pick-up* por zutano en lugar de emplear ese dinero en el arranque del matorral de su finca. Desde el enfoque de Burton, podría decirse incluso que existía todo un “canon” local de prácticas: campos libres de matorral, árboles limpios de rebrotes y ramas superfluos, constitución carnosa de los animales, huertas sin (malas) yerbas, etc. Tales prácticas, de esa manera, se incardinaban en el particular estilo de manejo de cada ganadero y en la circularidad de acciones en que éste consistía. De ello da buena cuenta el hecho de que llegase a permear las preferencias estéticas, como Acosta ya constató para una comarca vecina:

«partiendo de la base de que lo que se considera bueno desde el punto de vista productivo se cataloga como hermoso desde el punto de vista estético, lo mismo que en otros campos sucede con la ética y la estética, o con el *kalós kai agazós* griego, lo bueno es bello» (Acosta, 2008: 369).

A lo que apunta la convivencia de sólidas valoraciones productivas¹ y opción por la conversión a la producción ecológica es hacia una realidad más compleja que la dibujada por el culturalismo de Burton o el economicismo de Sutherland. Quizás la vía etnográfica, en lugar de una limitación al análisis de material proveniente de encuestas o entrevistas, sea

¹ Digo valoraciones productivas y no productivistas porque entiendo el concepto de productivismo o de ideología productivista como una noción que tiende a simplificar la diversidad de formas de relación humano-ambiental dirigidas a la obtención de un resultado productivo. Si lo aplicamos de forma irreflexiva puede llevar a dibujar una imagen de los productores agrarios como sólo movidos por la maximización de la producción y de los beneficios, lo cual escondería las formas que tienen de percibir y evaluar los límites ecológicos de sus explotaciones, la complejidad de sus relaciones con el ganado y otros animales, etc. Más sobre esto en el capítulo 9. Por lo que respecta al presente capítulo, ver el subapartado 2.2 para un ejemplo etnográfico que desnuda las limitaciones del concepto de productivismo al nivel microsocial.

capital para obtener una idea más densa de esta realidad. Partiendo de esta propuesta, en este capítulo me fijo en los procesos de conversión a la ganadería ecológica de los ganaderos locales y en sus formas de relación con los elementos asociados al programa ecológico desde una perspectiva atenta a su diversidad.

2. PRE-HISTORIAS DE LA CONVERSIÓN

2.1. Convencimientos

Tengo que comenzar este apartado apuntando que no todos los ganaderos de Cazalla se convertían a la ganadería ecológica. Aunque una buena parte lo hacía –siguiesen o no manteniéndose en ella después del periodo mínimo de permanencia de cinco años–, existían algunos que no habían dado nunca el paso. Solían corresponderse con pequeños ganaderos ya mayores. Por un lado, los retraía la perspectiva de más “papeleo”, es decir de una mayor burocratización de su actividad. Hay que tener en cuenta que estos ganaderos han vivido el paso a una situación en que, incluso para transportar sus animales a la cooperativa, sita en su mismo pueblo, tienen que acercarse a la Oficina Comarcal Agraria (OCA) para solicitar una “guía”, es decir, un permiso de transporte de ganado. Por otro lado, era en este tipo de ganaderos en los que la asociación de agricultura ecológica con gestión caracterizada por el abandono productivo –o, mejor, “no-gestión”– era más sólida, motivada sobre todo por la ya mencionada tendencia a la matorralización que siguen los olivares locales tras su conversión.

Sea como fuere, el resto de ganaderos se convertían mayoritariamente a la ganadería ecológica. Durante las entrevistas que realicé a lo largo del trabajo de campo, solía preguntar siempre por los motivos que el entrevistado observaba en la conversión de los ganaderos locales. Sin vacilaciones, las respuestas solían apuntar hacia el ingreso extra que comportaba la subvención por producción ecológica. En una ocasión, le pregunté a uno de mis interlocutores si pensaba que existía algún convencimiento aparte de éste, pensando yo en la posibilidad de algún tipo de conciencia ambiental. El ganadero, mediano en este caso, respondió con sorna: “Sí, er convensimiento de la ayuda”. Y añadía:

“Yo no soy ecológico. La agricultura ecológica pa mí es un camelo [engaño]. Porque la agricultura ecológica lo único que hase es que te cuesten los piensos y otras cosas más caras. Po claro, los productos después son más caros y no los compra nadie. Pero ar finá unos productos y otros no se distinguen. Tú no puedes distinguí un borrego convensioná de otro ecológico. Te pongo otro ejemplo: mi hijo. Mi hijo tiene una huerta que no está en ecológico, pero las verduras que saca son iguá de buenas y iguá de ecológicas. Porque lo único que les echa es estiérco” (Miguel, 62 años, mediano ganadero, julio de 2014).

Aún así, Miguel reconocía, acto seguido, que hacía poco tiempo le había dicho al técnico de la cooperativa comarcal que se encarga de la gestión de ayudas que el próximo año quería darse de alta “porque no voy a sé yo el único tonto”.

Quizás la forma como Miguel entendía el programa de producción ecológica deleitaría, a primera vista, al más ortodoxo de los utilitaristas. Sin embargo, una interpretación así perdería de vista dos elementos que, a mi juicio, son cruciales para acercarnos a la captación de la conversión en toda su densidad como proceso. Uno de ellos tiene que ver con la forma como se experimenta el contexto de pérdida de rentabilidad al que apuntaba Sutherland y que afectaba de manera especial a los pequeños ganaderos en el caso del agro cazallero. Reflexionaré sobre esto al hilo del apartado dedicado a las acciones puestas en práctica por los ganaderos locales a lo largo de su periodo de mantenimiento en la agricultura ecológica.

El segundo de los elementos a los que quiero aludir subyace en el anterior fragmento de entrevista. Se relaciona con una particular representación de la agricultura ecológica en cuanto estilo de manejo concomitante con el característico de la zona. En ese sentido, en la perspectiva de Miguel sobre la agricultura ecológica, la demostración de su interés en la ayuda económica se imbricaba con una idea de proximidad entre manejo ecológico y el manejo que ya realizaban los ganaderos locales (“Tú no puedes distinguí un borrego convensioná de otro ecológico”). De alguna forma, volvemos a encontrar aquí una derivación del proceso de ecologización ganadera y que tenía como una de sus dimensiones la ecuación entre ganadería actual y ganadería sostenible bajo la cobertura del discurso de la dehesa como intervención antrópica sobre el medio de naturaleza ecológica.

La vecindad entre la ganadería serrana contemporánea y la ecológica no era una idea exclusiva de estos ganaderos. Incluso personas vinculadas a aquel sector de “neorrurales” con explotaciones multifuncionales al que aludía en el capítulo 4 parecían entenderlo así. Aquí una de las escasas ganaderas locales:

“Verás tú, que tampoco yo soy muy integrista. Que yo pienso que la ganadería extensiva ya es un abismo con la ganadería... Que la carne de ganadería extensiva ya hay un abismo con respecto a la carne de granja. Es que hay un abismo. Entonces, es muy ecológica la de ganadería extensiva, porque además ni los precios que te dan por las cosas te compensa tener una carga ganadera muy grande. Aquí es que hay cosas que son de sentido común: en un sitio como éste tú no puedes tener unas cargas ganaderas grandísimas porque sabes que tu finca empeora, porque la empeoras, porque agotas mucho los pastos, porque se te erosiona [por] muchos sitios...” (Julia, 66 años, pequeña propietaria multifuncional, julio de 2014).

Sin disminuir la importancia de la expectativa de recibir una ayuda adicional, esta visión de la proximidad entre producción local y producción ecológica es clave, a mi juicio, para entender la complejidad de las conversiones –y también de las “reversiones”– con las

que tuve contacto. Y esto porque anima una imagen de transición suave entre uno y otro manejo. Me gustaría profundizar en esta cuestión por su relevancia para alejarnos de veleidades utilitaristas y también porque resulta un aspecto que no traté en los capítulos dedicados a la dimensión política de la ecologización ganadera, pero que es interesante para entender los factores que pueden subyacer a ese proceso de interiorización de argumentos de sostenibilidad.

Con el fin de conseguir la máxima profundidad etnográfica, lo hago a través del caso de dos pequeños ganaderos familiares, Raimundo y Carlos, a los que conocimos ya en el capítulo 1. Aprovecho para destacar que el caso no sólo me servirá a modo de ilustración, sino que nos acompañará a lo largo de todo el capítulo a modo de “caso extendido”² (Gluckmann, 1961; Mitchell, 1983; van Velsen, 1967/1979). Concretamente, hago un uso sui generis de este tipo de caso de estudio: como una suerte de ilustración paralela al argumento principal que permite al lector o lectora asomarse ocasionalmente a un nivel etnográfico aún más profundo.

2.2. “Ecológicos en la práctica”

Conocí a Raimundo y a Carlos a cuenta de un pequeño trabajo de investigación sobre variedades hortícolas locales que realicé durante el último curso de la carrera de Antropología Social y Cultural. Ya en el doctorado, ellos tuvieron la bondad de aceptarme como “ayudante” esporádico en su explotación. Raimundo y Carlos se dedicaban fundamentalmente a la ganadería ovina y a la horticultura. Disponían de una pequeña finca de alrededor de diez hectáreas, cuya superficie complementaban con el arriendo de un olivar de tamaño mediano para el aprovechamiento del pasto por uno de sus rebaños. Raimundo era un anciano de más de ochenta años que no contemplaba la opción de retirarse, lo cual significaría, según sus palabras, dedicarse “a jugá a las cartas en el hogá der pensionista”. Su vida eran su familia, su huerta y sus animales. Su hijo Carlos se encontraba cerca de la sesentena. Si bien tuvo oportunidades en la juventud para irse a trabajar fuera del municipio, las circunstancias hicieron que se quedase y que, poco a poco, asumiese más protagonismo en la explotación familiar.

² Esta tipología de caso de estudio, originada en el seno de la Escuela de Manchester, se diferencia de otras por su énfasis en la dimensión procesual a través del foco sobre un mismo y pequeño número de personas:

«Ésta es una elaboración avanzada del estudio básico de material de caso dado que se ocupa de una secuencia de eventos, en ocasiones, desarrollados a lo largo de un periodo bastante largo, donde los mismos actores están envueltos en una serie de situaciones en las que sus posiciones estructurales deben ser continuamente re-especificadas y el flujo de los actores a través de diferentes posiciones sociales concretado» (Mitchell, 1983: 193-194).

El estilo de manejo de Raimundo y Carlos consistía en dividir sus ovejas en dos rebaños con el objetivo de “tené parieras to el año”, es decir, producir corderos de una forma desestacionalizada. Los dos rebaños les permitían jugar con la fecundación de las ovejas, introduciendo los carneros en cada uno en función del mes en que convenían los nacimientos. De este modo, mientras las parideras de un rebaño tenían lugar en abril y en septiembre, las del otro se producían en junio y noviembre. Esto les interesaba no sólo porque nacían un mayor número de corderos, sino también porque la mayoría se vendía en los meses no primaverales, aquéllos en que los precios estaban más altos.

Ello podría llevar a pensar que Raimundo y Carlos eran unos alumnos aventajados del proyecto “modernizador” de las explotaciones serranas. Sin embargo, su asimilación de esa apuesta por la prolificidad no se veía acompañada por la adopción del paquete completo de intensificación. Buena muestra de ello era que una de las piezas fundamentales de su estilo de manejo fuese la raza “merina pura” de sus ovejas y carneros frente a las razas precoces. A primera vista, parece una opción algo incongruente, ya que los corderos cruzados son de mayor tamaño y tenían la ventaja añadida de poder ser vendidos con alrededor de 15 kilos. Los corderos merinos puros, por su parte, son de menor tamaño y sólo alcanzaban las cualidades estéticas para su venta como “buenos” con unos 22-25 kilos. Esto suponía, evidentemente, un mayor gasto en pienso para poder alcanzar su peso ideal. No obstante, según Raimundo y Carlos, tanto la oveja como el carnero de esta raza se distinguían de la merina por su mayor “calidez”, expresión local que refería a su superior capacidad de procreación.

Dos circunstancias se hallaban en la base de que este esquema funcione. La primera estaba asociada con el poco gasto en alimentación que les permitían las praderas y forrajes producidos por irrigación en su huerta. La segunda tendría que ver con su dedicación: “otros ganaeros les echan de comé y a las tres [de la tarde] se van; nosotros estamos to er día pendientes”. Eso les permitía, por ejemplo, intervenir rápidamente en caso de enfermedades como la “bichera”, una afección parasitaria, conocida científicamente como miasis, muy prevalente en primavera y verano, y que se produce por el depósito de huevos de determinados insectos dípteros sobre las heridas del ganado. El resultado de la conjunción productividad-dedicación era que la relación entre los corderos entregados y el número de ovejas de la explotación era una de las más altas de su cooperativa ganadera.

Aparte del aprovechamiento ovino, Raimundo y Carlos se dedicaban a la horticultura. Su particular localización y manejo servía como una especie de reclamo:

“Cuando me encontraba a pocos metros de la cancela, sonó el claxon de un coche a mi espalda. Era Carlos que me invitaba a subir a la furgoneta. Decía venir de ‘arreglá’ las ovejas del otro rebaño. Ante la proximidad de la huerta, preferí seguir caminando y reencontrarme con él junto a la nave del pienso. Cuando llegué, Carlos se había unido a la conversación que

mantenían Raimundo y un hombre a quien yo no conocía. Tenía acento gallego y debía rondar los cuarenta años. Su estilo de vestir, sin embargo, no era muy acorde a lo usual para esa edad. Pantalón vaquero ligeramente desteñido, ‘zapatillas de travesía’ y una sudadera estampada cuya capucha le cubría la cabeza. Aunque era una persona poco expresiva, el trato distendido con Raimundo hacía intuir que no era la primera vez que pasaba por la huerta.

Tras un intercambio de nombres, Ernesto-Brais, Carlos me invitó a acompañarlo. Iba a echarle un vistazo a las ovejas paridas y sus borregos para comprobar la cantidad de pienso que les quedaba. Escuché mientras nos alejábamos que Raimundo le comentaba a Brais, con lo que creí –¿quise creer?– que fuese cierto orgullo, que yo estaba haciendo un estudio para la universidad. La zona alrededor de la cuadra estaba completamente embarrada. Carlos se calzó entonces unas botas de agua y entró. ‘¡Tú no vengas! Que te puedes resbalá y, si se cae argüen, mejó que sea yo’. Los berridos no hacían fácil entender lo que me decía. A su vuelta, me informa de que no hay ningún animal enfermo. La verdad es que tanto ovejas como borregos tenían un aspecto magnífico. Como Carlos intuía, el pienso se les había acabado. Volvió a la nave y trajo a cuestras un saco. Con precisión, descargó su contenido uniformemente sobre los comederos. En torno a ellos, comenzaron rápidamente a apiñarse los animales.

Hecho esto, volvimos junto a Raimundo y Brais, que estaban ahora en la parcela de la huerta de invierno. Me resultaba chocante y, al mismo tiempo, graciosa la imagen: el típico anciano de campo, con sus pantalones de pana, abrigo de punto y gorra, charlando con alguien que lo escuchaba atentamente con la capucha de su sudadera puesta cual adolescente y, al mismo tiempo, una coliflor bajo el brazo izquierdo. Mientras Raimundo le mostraba las hortalizas, él preguntaba por el nombre y origen de las variedades que no reconocía. Carlos entró en la conversación y se agachó para señalar unos ejemplares cuyo aspecto decía sorprenderle porque parecían encontrarse a medio camino entre el brócoli y la coliflor. Brais comentó que las variedades de esa familia de hortalizas se hibridaban entre sí muy fácilmente. Carlos, ignorando la explicación del gallego, seguía apuntando divertidamente las características que provenían de una y otra planta en uno de los ejemplares.

Brais preguntó si cultivaban ‘romanza’. Ni los hortelanos ni yo habíamos escuchado hablar de ese vegetal. Brais explicó entonces que se trataba de una planta de hojas verdes, alargadas y con nervaduras poco pronunciadas. Los tres nos quedamos pensando. De repente, Carlos respondió: ‘Sí... ¿La lengua de buey? Lo mismo es la lengua de buey’. Señaló hacia un montón de hojas arrancadas en una de las esquinas y Brais las identificó. Carlos dijo que no sólo tenían, sino que tenían demasiado. Por eso estaba allí amontonada: ‘Es una yerba mu puñetera. No se puede dejá crecé porque tiene una raíz mu honda, casi medio metro. Y además no la puedes arrancá y ya está, porque vuelve a enraizá si la dejas tirá en er suelo. Y como le pases una grada que la corte en dos o tres cachos, se entierra y de cada cacho sale una mata nueva...’.

El gallego comentó entonces que en un restaurante de la localidad la estaban usando mucho para hacer caldos y que era posible que estuviesen interesados en comprársela. Yo comenté que tenía entendido que era una planta que se consumió bastante durante la posguerra como consecuencia de la hambruna y Raimundo lo confirmó. Carlos prefirió continuar con su

descripción del manejo que realizaban en relación a la ‘lengua de buey’: ‘Por eso hay que quitarla a mano. Los días que mi padre ha pasao hasiéndolo... pa ér se quedan. ¡Mira er montón! To a mano, ¿eh? Eso lo hase é porque es así. Yo no me pego ese hartón de trabajá. Le echo líquido [herbicida] y fuera’. Brais mostraba una ligera sorpresa, pero el hecho de ser una persona escasamente expresiva la hacía casi imperceptible.

Raimundo, por su parte, sí quiso referirse a la sugerencia de negocio de Brais. Contó que el dueño del restaurante al que éste se refería le preguntó una vez si tenía tagarninas. Él respondió que sí. Según parece, salen muchas en las orillas del arroyo que atraviesa la huerta. Después de arrancarlas y limpiarlas laboriosamente, se las llevó al restaurante. Una vez pesadas, el comprador le dio un euro por todo el producto que le había entregado. Muy enfadado, Raimundo le dijo que ésa era la última vez que le llevaba y que ‘si las quieres, allí en er regajo hay muchas, así que ve tú a por ellas’. Carlos y yo reíamos a carcajadas, mientras Raimundo, entre risas también, decía: ‘Claro, ¿qué le voy a desí?’. En Brais quería adivinarse una pequeña sonrisa.

Carlos nos llevó a continuación a la nave para que su padre nos enseñase la semilla de algo que denominaba ‘raigra’. Raimundo metió la mano en un saco y sacó unas simientes pequeñas y ovaladas que recordaban mucho a algunas que pueden verse en el alpiste para pájaros. Brais preguntó a Raimundo si ése era el ‘riga’ del que antes le había hablado. Carlos respondió que sí. Brais, que en su momento había pensado que era una especie que no conocía, dejó asomar una sonrisa. Con cierta condescendencia dijo: ‘Ah, ‘riga’... Claro, ‘raigra’...’. Brais aprovechó que nos encontrábamos en el almacén de semillas de Raimundo y Carlos para preguntar si conocían el sorgo. Carlos respondió que lo experimentaron durante un tiempo, pero que ‘esquirmaba mucho la tierra’. El gallego se mostró extrañado porque tenía entendido justo lo contrario.

Tras un pequeño silencio, Raimundo le comentó a su hijo que Brais le había propuesto participar en una charla sobre huertas en un pueblo vecino. Era evidente que el anciano quería acudir, pero quería conocer la opinión de su hijo. Carlos lo animó a ir sin dudarlo. Brais explicó que eran unas ‘jornadas campesinas’ sobre la huerta en la comarca y que habían pensado llevar hortelanos representativos de varios pueblos para hablar de una hortaliza de temporada que soliesen cultivar y fuese muy apreciada por el consumidor. En ese sentido, sus compañeros y él pensaban que la presencia de Raimundo era ‘imprescindible’. Brais añadió que no debía preocuparse por el transporte porque ellos mandarían alguien para recogerlo y traerlo. Carlos insistió en animarlo a asistir. Raimundo preguntó la fecha exacta y aceptó” (Diario de campo, noviembre de 2016).

Como puede intuirse fácilmente, Brais era un neorrural apasionado por la “biodiversidad cultivada”. Según me enteraría más tarde, vivía en un pequeño cortijo en cuyo huerto se dedicaba a experimentar con todo tipo de variedades “tradicionales”. Las visitas de Brais a nuestros hortelanos, si bien eran aprovechadas para la compra de algún que otro producto, provenían básicamente de la atracción por las semillas y el conocimiento

asociado a ellas de Raimundo. Éste conservaba con celo una gran cantidad de semillas – “simiente” – de diversas hortalizas y cereales. Su origen, en algunos casos, se pierde en su memoria familiar más allá de cuatro generaciones. A pesar de los vientos “modernizadores”, nunca se deshizo de ellas, prefiriendo usar antes que las comerciales sus propias semillas, mejoradas año tras año gracias a su labor de selección. En este sentido, Raimundo podría aparecer como la encarnación de lo que en la jerga agroecológica se ha venido en denominar “guardián de las semillas” (Krause et al., 2006) y, de ahí, el interés por él y también la invitación a las jornadas.

Lo importante de todo esto es que el caso de Brais no es un hecho aislado. La reproducción de un “germoplasma” de tal valía por parte de Raimundo ha sido un foco de atracción para muchas otras personas interesadas por la conservación de variedades hortícolas autóctonas. Desde principios de la década de los 2000 aproximadamente, se produciría un goteo que ha llevado a su huerta a investigadores, activistas de bancos y de redes de semillas, etc. También, como ya indiqué más arriba, a un aprendiz de antropólogo interesado por aquel entonces –con cierta dosis de romanticismo, todo hay que decirlo– por la horticultura serrana. Fascinados por las distintas variedades que conservaba, todos estos visitantes dejaban caer su agradecimiento a Raimundo por la preservación de tal legado y lo animaban a enorgullecerse por ello. Si bien el anciano, en un principio, era algo reacio a mostrar sus semillas por una desconfianza hacia tales personajes desconocidos y foráneos, las repetidas visitas hicieron que Raimundo generase un gusto por exhibirlas.

Ahora bien, las variedades locales de Raimundo no eran sólo un “banco”. Formaban parte de un estilo de manejo hortícola, que se convirtió, en sí mismo, en otro factor de atracción hacia la explotación. En este caso, la afluencia era de carácter comercial, hallándose protagonizada fundamentalmente por visitantes foráneos y por aquellos vecinos más pioneros en asumir la crítica al modelo agroindustrial y a los alimentos procesados. Comenzó a ser frecuente que ese tipo de consumidores, socialmente muy diferentes de sus clientes habituales –funcionarios y algunos restauradores vs. obreros y tenderos–, frecuentasen la huerta para comprar hortalizas directamente. Como constaté durante el trabajo de campo, Raimundo y Carlos aparecían para este tipo de consumidores como una suerte de “vestigios” –muy vivos, pero también muy amenazados– de una forma de producir alimentos que se resistía a morir y a la que habría que ayudar a seguir en la brecha.

Tal perspectiva ha actuado como toda una interpelación para Raimundo y también para Carlos. Esa interpelación, además, no sólo provenía de esos cauces más o menos cotidianos, sino también de situaciones excepcionales, como aquéllas que han consistido en la participación de Raimundo en algunas producciones televisivas, como programas sobre vida saludable o turismo emitidos por la cadena de televisión autonómica. Raimundo se ha

hecho aparecer en ellos, precisamente, como la encarnación paradigmática de aquel discurso de síntesis de tradicionalidad-manejo ecológico.

Todos estos actores no sólo han sido para Raimundo y Carlos una vía complementaria de negocio o un medio de reconocimiento. Han sido, de manera crucial, una fuente de contacto cotidiano con nuevas formas de leer y representar la actividad agraria. En sus visitas, dichos actores no sólo redefinían la “tradicionalidad” de su huerta como un elemento positivo, sino que la identificaban con la cada día más en boga “agricultura ecológica”. Para ellos, esta última sería una especie de sinónimo, de versión actual de una agricultura tradicional entendida como inherentemente respetuosa con el medio ambiente. Concretamente en el caso de la nueva clientela de la huerta, significativas frases que pude constatar en los momentos de compraventa son las siguientes: “¡Qué lechugas más buenas! Lo bonitas que son y lo bien que saben”, “Como las de antes: sien por sien ecológicas”, etc. A la valorización (económica) se unía una puesta en valor del saber hacer de Raimundo y Carlos.

El hecho de que la resemantización de su actividad hortícola se presentase en esta forma, es decir, amalgamada con un doble proceso (re)valorativo, implicaba una práctica muy potente. En una de las primeras conversaciones que mantuve con Carlos, le pregunté la razón de que tuvieran certificada su explotación. Su respuesta fue la siguiente: “Ya éramos ecológicos en la práctica, así que nos pareció er paso normá”. Lo que Carlos quería decir era, por tanto, que su estilo de manejo ya era ecológico sin necesidad de certificación. También, que su previsión era la de percibir un ingreso extra por un proceso que no parecía implicar cambios sustanciales.

3. CON-VERSIONES

Como señalan los hallazgos de la nueva antropología del desarrollo, todo programa de intervención da lugar a una acogida plural por parte de la población local (Chauveau, 1997). También ocurre así en el caso de la “intervención blanda” en que consiste el programa de producción ecológica. En este apartado, me detengo sobre las distintas prácticas adoptadas por los ganaderos locales durante sus conversiones. Es importante recordar, en relación a ello, el importante margen de maniobra a disposición de estos productores como consecuencia de las particularidades del sistema de control establecido, el cual consiste en visitas de auditoría anuales y, por lo general, de corta duración (ver capítulo 7). Esto habilita para una conversión que se aleja de la particular sustitución de insumos indicada por los compromisos de la normativa. Ahora bien, hay que puntualizar que, como tendremos ocasión de ver, la mera existencia de ese amplio margen de maniobra no resulta indefectiblemente en el desarrollo de prácticas “ilegales” o ajenas a la normativa andaluza de producción ecológica.

Sea como fuere no es aconsejable, como afirma Kaljonen (2011), mirar a las formas diversas de “apropiarse” de los programas agroambientales puestas en práctica por los productores agrarios desde una perspectiva normativa (Olivier de Sardan, 2005). Los compromisos que los agricultores aceptan no son “algo que existe en un vacío institucional o temporal” (Kaljonen, 2011: 40). Ello significa que todo desarrollo de los mismos sobre el terreno debe entenderse como una “co-construcción” del programa en implementación (Kaljonen, 2006). Precisamente para evitar tal perspectiva normativa, ajena al contexto sociocultural del fenómeno, quizás sea bueno comenzar por entender uno de los condicionantes más importantes del proceso de conversión, aquél que he dado en llamar el “dilema de sustitución” del programa de producción ecológica.

3.1. El “dilema de sustitución”

Hay que decir que la cuantía por la ayuda por producción ecológica no constituía un complemento neto para el receptor. La sustitución de insumos en que consistían los compromisos de conversión implicaba una reducción de la productividad al tiempo que un incremento de los costes³. Además, al precio más alto de los insumos ecológicos habría que añadir la inexistente compensación vía comercialización de los productos obtenidos en la explotación. En el caso de la ganadería, la inexistencia de tejido agroindustrial local y la debilidad del mercado nacional de carne ecológica derivaban en que los corderos, chivos y terneros ecológicos no pudiesen más que terminar siendo vendidos como convencionales. Si nos vamos al caso del olivar, la cuestión residía en que muchos propietarios no desarrollaban actividad alguna, derivando esto en una producción discreta de aceite ecológico que no redundaba en los bolsillos de los olivareros ecológicos productivos.

El cálculo de los importes unitarios de ayuda a los distintos aprovechamientos ecológicos se realizaba, precisamente, en base a la estimación de la pérdida de ingresos por hectárea o UGM que suponía la conversión a la producción ecológica⁴. La materialización de esta compensación, no obstante, era sólo parcial: debido a la insuficiencia de las cantidades presupuestadas en relación al total de solicitudes presentadas, dichos importes no solían ser alcanzados. De este modo, si la normativa andaluza establecía como cuantías

³ Para dar una idea de la diferencia de precios de los insumos, veamos el caso del pienso. Si, a finales de 2016, la cooperativa comarcal vendía su saco de 40 kg de pienso básico convencional para rumiantes (ovejas y vacas) por 8,36 euros + IVA, su alternativa ecológica casi doblaba este valor, alcanzando el saco los 15,16 euros + IVA. En el caso de otros piensos, la diferencia no era tan amplia: véase el caso del pienso para corderos, cuyo saco convencional salía por 12,60 euros + IVA, mientras el ecológico ascendía a 15,80 + IVA. La cuestión es que este tipo de piensos solía identificarse con los menos demandados por los ganaderos, sobre todo, por los pequeños.

⁴ Ver PDR de Andalucía 2007-2013, apartado 5.2, “Fichas submedidas sistemas de producción ecológicos (agricultura y ganadería ecológica)”.

(teóricas) las siguientes: 370,40 euros/ha para el olivar en pendiente, 201 euros para los bovinos de más de dos años⁵, 30,15 euros por cabeza ovina y 30,15 euros por cabeza caprina; en el caso del año 2013, las cuantías percibidas por los agricultores y ganaderos fueron de 333 euros, 174 euros, 30 euros y 16 euros, respectivamente⁶. La producción ecológica aparecía, por tanto, cargada de ambivalencia ante los ganaderos serranos. Por un lado, ofrecía un apetecible ingreso extra; por otro, la puesta en práctica de la sustitución de insumos en que consistía implicaba una amenaza de mantenimiento de la situación económica previa o incluso de pérdida de renta.

3.2. Prueba-error

Reteniendo el importante condicionante que supone el “dilema de sustitución”, volvamos por un momento al caso de Raimundo y Carlos para dar una idea de una trayectoria de experimentación que era común entre los ganaderos locales. La primera de las sustituciones que Raimundo y Carlos tuvieron que afrontar fue la relativa a la alimentación del ganado. Raimundo y Carlos ya sabían por comentarios de otros ganaderos que piensos y pajas ecológicos eran productos más caros que los convencionales. Lo que padre e hijo parecían no saber era que la capacidad de engorde de los nuevos insumos era mucho menor que la de los convencionales. Carlos me resumiría los resultados de su experimentación con el pienso ecológico de la siguiente manera:

“La alimentación ecológica pa las personas sí está bien, pero er ganao no la quiere (...). Lo primero es que los borregos nesecitan más de un mes pa ponerse gordos. Y aparte, er pienso ecológico pa las ovejas no alimenta ni una décima parte que el otro. Claro, el otro lleva soja y otros productos que lo hasen más potente y el ecológico es er sereá [cereal] molío y punto” (Diario de campo, mayo de 2015).

Otros insumos de importancia a sustituir eran algunos productos zoosanitarios. De entre los que tenían sustituto ecológico⁷, destacaba el desparasitador. La experiencia de Raimundo y Carlos con el producto ecológico fue poco alentadora de nuevo. Ambos se quedaron algo perplejos ante su escasa eficacia: a los pocos meses de inyectado, volvían a aparecer los parásitos en el cuerpo de unas ovejas de cuya “limpieza” se preciaban. Esto hacía que hubiese que aplicarlo varias veces al año, frente al convencional que requería de una sola inyección para el mismo periodo de tiempo.

⁵ Por los bovinos entre seis meses y dos años se recibía un 60% de esa cantidad, mientras por los bovinos hasta los seis meses de edad se percibía un 40% de la misma.

⁶ Información producida a partir de la Orden de 24 de marzo de 2011, Anexo 3, Submedidas 3 y 4, y de las resoluciones de la Dirección General de Fondos Agrarios andaluza en relación a las solicitudes de pago por dichas submedidas agroambientales para la campaña 2013.

⁷ Ya apunté en el capítulo 7 que algunos no lo tenían y, por tanto, las entidades certificadoras permitían el uso del convencional.

Más allá de la constatación de la menor eficacia de los nuevos insumos, Raimundo y Carlos tuvieron que encarar una de las llamadas “incidencias”. El resultado de la primera auditoría realizada en su explotación determinaba que tenían una carga ganadera ligeramente superior a la establecida por la normativa. Ello supondría una reducción de la subvención recibida ese año. Molestos porque entendían que su entidad certificadora no les había informado previamente de la existencia de dicho límite (6,6 ovejas/ha), preguntaron a uno de sus técnicos por la forma de solventar tal situación. Según ese empleado de la certificadora, si no querían deshacerse de ninguna de sus ovejas, la única forma era ampliar la extensión de la explotación. Dado el escaso porcentaje por el que excedían el límite de carga, el terreno de la ampliación podía ser pequeño e incluso les aseguraban que no les pondrían problemas si sus ovejas no pastaban allí. Raimundo y Carlos aceptaron y se resignaron a pedir el favor a un conocido de certificar una de las parcelas de su finca como si la tuvieran en arriendo para proceder a la ampliación.

En esos años de adaptación, Antón, un personaje lleno de ideas frescas, se acercará a ellos y se convertirá en otra fuente de experimentación con “lo ecológico”. Se trataba de un ingeniero agrícola que recientemente había terminado su carrera universitaria. El joven sentía como su misión “ayudar a la gente”, según me diría durante una entrevista. Recién llegado al municipio e imbuido de las narrativas de lo saludable y de lo sostenible, esa voluntad se traducía en un empeño por la extensión agroecológica. Una vez conoció a Raimundo y Carlos, Antón quedó impresionado por su estilo de manejo. Era de lo más cercano a esa agricultura de rotaciones, cierre de ciclos, etc. que identificaba con la agroecología. Había que apoyarlos; también, intentar acercar su explotación más aún a ese ideal. Quizás esto podría convertirla en un modelo para el resto de agricultores y ganaderos. Carlos me decía un día en tono de broma: “nosotros éramos sus conejillos de Indias”.

Una de las maneras de estimularlos pasaba por aprovechar al máximo las posibilidades comerciales que les ofrecía la certificación ecológica. De ese modo, Antón comenzó por proporcionarles el contacto de un conocido que se dedicaba a la compra de lana ecológica. Hay que tener en cuenta que la llamada “pela” es una actividad imprescindible para que las ovejas puedan superar los tórridos veranos del suroeste peninsular, al tiempo que resulta escasamente rentable –a veces, incluso, deficitaria– en la actualidad. Los bajos ingresos de un producto depreciado por la competencia de otras materias primas textiles chocan con sus requerimientos de mano de obra, que implican la contratación de cuadrillas de trabajadores especializados, los “pelaos”. Ante ese panorama, se entiende la satisfacción y agradecimiento sentidos por Raimundo y Carlos por tal oportunidad comercial, ya que vendiendo su lana como ecológica consiguieron un precio mucho más alto que el de años anteriores.

Durante sus años formativos en la universidad, Antón había aprendido a elaborar insumos agrarios a partir de productos no transformados industrialmente. Consideraba un sinsentido que agricultores y ganaderos siguieran usando insumos comerciales cuando ellos mismos podían fabricarlos. Aprovechando la apertura a sus propuestas que parecían mostrar Raimundo y Carlos, les propuso la prueba de un primer producto. Aprovechó la decepción de Raimundo y Carlos con el producto ecológico certificado para la desparasitación para ofrecerles uno que él mismo había elaborado. Los parásitos tardaban en reaparecer después de su utilización, así que los ganaderos pensaron que éste sí podría ser eficaz. Cuando Antón les ofreció el suministro de un tanque lleno, lo aceptaron.

Unos meses después, el joven les hizo una nueva propuesta. Tenía que ver con el cultivo de patatas. Disponía del contacto de un distribuidor de productos ecológicos que le garantizaba de antemano un buen precio y la compra de toda la producción que le entregasen. El trato consistiría en que Antón, que también quería participar de los beneficios previstos, se incorporaría como una suerte de “socio”, dividiéndose entre los tres trabajo e ingresos. Acostumbrados a la comercialización directa de cantidades pequeñas –a lo sumo, medianas– y a unos precios variables en función de la competencia local, Raimundo y Carlos aceptaron la propuesta.

La colaboración iba de maravilla hasta que llegó la hora de “curá”, término local que refiere a la aplicación de sustancias para evitar plagas y posibles enfermedades. En Cazalla, se trata de una práctica relativamente reciente para el caso de las patatas, que hasta hace unas décadas no recibían tratamiento alguno. Sin embargo, la creciente incidencia del “mirdeo” (mildiu), enfermedad producida por un hongo, ha conducido a la incorporación de una o varias “curas” con cobre a lo largo del ciclo productivo de este tubérculo. Si bien el cobre, en cuanto “producto natural”, es un tratamiento fitosanitario permitido por la normativa de producción ecológica, existe bastante controversia en relación a sus efectos tanto ambientales como para la salud humana. Antón era de los que lo consideraban un insumo poco adecuado para un manejo verdaderamente agroecológico y convenció a Raimundo y Carlos de no curar ese año. Dejarían a las plantas desarrollarse sin aplicarles nada y, en el caso de que el “mirdeo” apareciese, usarían un fitosanitario de fabricación propia que el ingeniero aseguraba que detendría la enfermedad.

Como Raimundo y Carlos esperaban, la llegada de las lluvias de abril a unas patatas en pleno crecimiento llevó a la aparición del “mirdeo”. Antón preparó su producto y lo aplicó sin demora, incluso a pesar de las condiciones meteorológicas. Raimundo y Carlos no olvidaban la cómica escena del ingeniero rociando cada una de las plantas con su fungicida ataviado con un chubasquero bajo la lluvia. A pesar del esfuerzo, en esta ocasión el producto del ingeniero no fue eficaz y una parte significativa de la cosecha de patatas se perdió. Padre e hijo no repitieron la experiencia al año siguiente y volvieron al manejo y a los clientes a los

que estaban acostumbrados. La falta de confianza que siguió al fracaso del fungicida del ingeniero se transmitió, incluso, al desparasitador que el ingeniero les había facilitado anteriormente para sus ovejas. Raimundo y Carlos empezaron a especular sobre su supuesta eficacia. Pensando que podía haberse debido a una mera casualidad, abandonaron su uso. Durante mi trabajo de campo, aún conservaban el tanque que les había facilitado Antón, pero tan lleno como el día en que perdieron la confianza en él.

3.3. De ida y vuelta

En el caso de Raimundo y Carlos vemos que se producía una prueba, hasta cierto punto, desprejuiciada con los nuevos insumos y, como consecuencia de la falta de efectividad, un cierto vaivén hacia algún insumo convencional. Al igual que ocurría con estos dos ganaderos, la forma como muchos ganaderos encaraban los primeros compases de la conversión era la de la experimentación con los insumos ecológicos. Sólo si había un fuerte convencimiento previo de su ineficacia, el ganadero omitía dicha experimentación.

Sea como fuere, el problema residía en la diferencia de eficacia en comparación con los productos convencionales a los que estaban acostumbrados. El caso de los desparasitantes ecológicos es un buen ejemplo. Desde el punto de vista de los ganaderos locales, implicaba una verdadera amenaza a la sanidad animal:

“Luego, hasiéndolo bien hecho, que tú utilises lo que hay que utilizá, te sale... Te dan una subvención, pero te pega una rebaja, porque los piensos son más caros, er forraje sale más caro... Más los desparasitantes y esas cosas... (...) Hay unas cosas que no se pueden hasé. Por ejemplo, pa desinfectá los animales. Pa las bicheras, había un producto –yo no sé ahora– que yo lo compré, y no se morían los bichos hasta que no los metieras dentro der bote y se asfiasaran allí. Vamos, me dijo a mí un veterinario que sí, que eso valía. Y no iba a discutir, [pero] aquello no valía pa na. (...) Aquello no valía pa na, no valía. Venía pa haserlo con agua, pa haserlo más naturá. Y yo le echaba aquello solo y no se morían los bichos. No morían, no. Empesaban –cuando se lo echaba– que paresía que se iban a salí; cogía la oveja ar día siguiente y la bichera estaba allí. Y tuve ya que empesá a echarle productos que no eran permitíos pa podé quitá la bichera. Es que si no, una oveja se muere, cuando tiene la bichera. Si no se la quitas, se muere. Eso se la va comiendo, se la va comiendo... y acaba muriéndose” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

Si el desparasitante ecológico conllevaba problemas, tampoco el alimento para los animales estaba exento de ellos. Uno de sus problemas era el ya conocido coste. La diferencia de precio del pienso más utilizado –el de cebo para ovino o bovino adulto– era de casi el doble (+93%) (ver nota al pie 3 de este capítulo). Rosendo, en el fragmento anterior de entrevista, entendía que, aunque se recibiese una subvención, “Te pega una rebaja, porque los piensos están más caros, el forraje está más caro...”. Al mayor coste de

piensos y forrajes habría que añadir la menor capacidad de engorde. Como forma de evitar el excesivo gasto en pienso, algunos ganaderos eran animados por los técnicos o los auditores de las entidades certificadoras a explorar alternativas a la adquisición de piensos y forrajes, pero difícilmente aplicables en muchos casos:

“No siembro, porque es que hay cachos que se puede hasé, pero entose tienes que hasé un montón de cercas en sesenta hectáreas que tengo yo allí. Porque claro, aonde hay pendiente no puedes roturá, si siembras donde se puede hasé y lo otro no lo alambras aparte, tienes que tené los bichos quitaos enteros. (...) No te compensa, no te compensa. Si no, tienes que hasé, ya te digo, un montón de alambrás. Y a rincones, porque, claro, en terrenos de éstos quebraos hay un peaso pa un lao, otro... Porque fuera desí [pongamos por caso] está to en una parte, bueno po hases una serca ahí, más grande o más chica. Pero da la casualidá [que] yo tengo aquello partío en tres cercas, tres espasios, y en los tres hay cachos que se pueden sembrá, pero hay otros que no. Entose no... (...) De hecho, yo estuve... he estao sinco años en la ganadería ecológica y me desían que porqué no le sembraba a las ovejas. Y se lo dije, que no podía. Porque me insistieron dos o tres veces pa sembrarle forraje natural allí y digo: ‘Aquí no se puede sembrá’. (...) Pero eso no me compensaba. Ya te digo, yo podría desí: ‘Po mira en un lao hay diez hectáreas o quince, las que sean, bueno po mira, ahí ya está. La alambro ahí y la siembro to los años, la siembro un año sí, otro no –en fin, como mejó vea–, o la siembro la mitá un año, la mitá otro año’. Pero a cacho a cacho por entre er medio, é cómo lo vas a hasé? Eso no se puede hasé. Pero vamos, en ningún sitio lo hasen. Lo hasen ahí fincas que sí, siembran eso: cuando hay un peaso [pedazo] así grande, po sí, lo siembran” (Luis, 59 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Ante esta dimensión del “dilema” de rentabilidad en que los sumergía la conversión, muchos ganaderos decidían emplear pienso convencional en lugar del ecológico:

“Hombre, te lo ponían mu bien. Sabes que te lo ponían mu bien to. Tienes que cogé a to... a esas dosientas ovejas, tienes que echarle la paja ecológica, er pienso ecológico, tienes que tené to detallao. Pa cuando vengan a verlas, como venían. Venían a verlas, tenías que enseñarles toas las vacunas. (...) Los borregos que comieran er pienso que ellos desían. ¿Tú me comprendes? Ahí no podías tú desí: ‘Yo le voy a echá a lo mejó er pienso... este pienso a los borregos’. Se lo echabas, pero hombre, adelantabas más con el otro. Porque er pienso ecológico es paja. ¿Tú me comprendes? La paja es... Que no es iguá como el otro. Y entose po ya te digo: yo vi que aquello no... Yo tuve un año los borregos [e]cológicos y tos, tos así [*hace un gesto con el meñique para indicar que estaban muy delgados*]. Porque me dijo er perito: ‘No, usté tiene que echarle esto, tiene que echarle lo otro, tiene que...’. Yo iba a Sierracó [Sierracoop], compraba er pienso ecológico y yo los borregos los veía... ¿sabes?” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

En vista de esa situación, Marcos optó por cambiar de pienso:

“Yo ya empesé a echarle del otro. Y a lo mejó cogía y dejaba allí un par de sacos ecológicos allí guardaos por si venía. Porque es que tú no ibas a tené los borregos a lo mejó tres meses enserraos allí pa poderlos sacá. ¡Estás deseando venderlos pa poderlos cobrá!” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Hay que puntualizar que no era la generalidad de los pequeños ganaderos, como sí ocurría en el caso del empleo del desparasitante convencional, la que volvía al uso de pienso convencional. Profundizaré en ello más adelante. De cualquier forma, la vuelta a los piensos y forrajes convencionales no se realizaba por completo. Dada la obligación de aportar las facturas de compra de los insumos a los auditores, seguía produciéndose una adquisición del pienso ecológico. En el caso de que las bajas cantidades de éste hiciesen surgir suspicacias en los certificadores, los ganaderos se aferraban al recurso a argumentos como una buena temporada de pastos o de praderas cultivadas, en el caso de disponer de ellas.

Se daban casos, también, en que la no-sustitución del pienso no provenía de una iniciativa modelada en función de las propias observaciones y/o por la información recibida a través de otros ganaderos, sino de técnicos que visitaban las explotaciones por otros motivos y dejaban caer sugerencias a partir de su conocimiento de la realidad agraria serrana. Un estudiante de veterinaria que se encontraba realizando las prácticas de la carrera en la comarca me contaba sorprendido en 2014 un incidente que había presenciado semanas antes. Durante una visita relacionada con el saneamiento del ganado de una explotación ecológica en un pueblo cercano, el veterinario al que acompañaba se dio cuenta de que su dueño, un anciano ganadero, sólo guardaba en su cobertizo pienso y paja ecológicos. Sugirió al anciano la adquisición también de pienso convencional argumentando el importante ahorro que podría conseguir. Y lo animó a esconderlo una vez se produjese la visita del auditor.

4. UNA ÉTICA DE LA PERVIVENCIA

4.1. “Darse el arte”

Decía más arriba que el interés económico de los ganaderos en relación a la ayuda por producción ecológica no se presentaba en solitario, sino condicionado e imbricado con determinadas representaciones culturales. Apuntaba a dos elementos. Uno de ellos se relacionaba con la idea de la concomitancia entre la producción ecológica y los estilos de manejo típicos de la sierra. Toca ahora profundizar en el segundo: la forma como se experimenta el contexto de pérdida de rentabilidad. Lo haré a través de la discusión sobre los vaivenes entre insumos ecológicos y convencionales que acabo de describir.

Como Sutherland (Sutherland, 2013; Sutherland y Darnhofer, 2012) apuntaba, no se puede entender la conversión a la producción ecológica sin tener en cuenta el contexto de caída de la rentabilidad de la actividad agraria. El antiguo responsable de la Dirección

General de Agricultura Ecológica de la Junta de Andalucía, en su evaluación sobre la trayectoria del sector ecológico andaluz entre 2007 y 2011, apuntaba lo siguiente: “las ayudas agroambientales habían convertido a la ganadería ecológica en una alternativa practicable para unos ganaderos extensivos, condenados al abandono de la actividad por la caída en picado de la rentabilidad de sus explotaciones” (González de Molina, 2012: 156).

Quizás la caída de la rentabilidad no fuese tan “en picado”, pero es cierto que constituye un elemento crucial para entender las motivaciones de la conversión. También, para entender los “incumplimientos” de la normativa que hemos visto anteriormente. El mismo autor proseguía diciendo:

«La ganadería ecológica necesita para subsistir de las ayudas agroambientales sobre todo por la escasez y consiguiente alto precio de los piensos (suponen el 75% de los consumos intermedios de la ganadería), así como por los bajos precios de la carne en convencional, donde mayoritariamente sigue vendiéndose la producción. De tal manera que la mayor parte de las explotaciones ganaderas necesitan las ayudas agroambientales para poder alcanzar una renta mínima.

»No pocas explotaciones ganaderas han visto en el sector ecológico la oportunidad de percibir una ayuda suplementaria sin apenas riesgo, puesto que sortean la escasez de pienso usando del convencional y minimizan las pérdidas por enfermedades usando tratamientos veterinarios no autorizados» (ibid.: 170).

Ahora bien, cabe preguntarse cómo experimentan los pequeños ganaderos cazalleros esta situación y desde qué coordenadas culturales actúan y, al mismo tiempo, interpretan sus acciones. Ángel, uno de los ganaderos del que fui ayudante —aquél que me enseñaba a “arrear” unas ovejas cerro abajo en el capítulo 6—, no era ecológico cuando lo conocí. Diferentes problemas como consecuencia del contexto inaugurado por la crisis económica del 2008 parecía que no le habían permitido detenerse a pensar en la posibilidad de la conversión. A mediados de 2015, sin embargo, Ángel pidió el alta. Cuando le pregunté la razón, me dijo: “Ennesto, son cinco mil euros que estoy perdiendo todos los años”. Me resultó muy significativa esa idea de perder dinero, ya que, de alguna forma, implicaba un cierto sentido de propiedad o “derecho” sobre la ayuda.

Para profundizar en ello, quería traer a colación otra ilustración, esta vez un fragmento de entrevista realizada a un pequeño ganadero caprino y bovino llamado Moisés. Nuestro encuentro se desarrolló en el cobertizo donde guardaba los sacos de pienso para el ganado. Sentado en una de las esquinas nos escuchaba con fingida distracción el padre de Moisés; en la habitación adyacente, su hijo canturreaba mientras se afanaba por fregar las lecheras donde almacenaban la leche de sus cabras. Moisés no era ganadero ecológico y quise preguntarle por las ventajas que pensaba que la conversión a la ganadería ecológica podría tener. No dudó en señalar la obtención de una importante subvención adicional. En

relación a los inconvenientes, Moisés se extendió un poco más. Me comentaba que insumos tan importantes como el pienso o la paja eran más caros en la modalidad ecológica que en la convencional. Eso llevaba, según la información que había llegado a sus oídos, a que en muchos casos los gastos añadidos pudieran ser superiores al importe de la subvención. Ahora bien, su opinión era que tal dificultad podía ser salvable:

“Yo creo que la ecológica te sale más barata, porque er sereá [cereal] está más barato que aquello por ejemplo [*señala los sacos de pienso convencional*]. (...) Pero, claro, lo tienes que produší tú. Hay mucha gente que tiene molino, lo compra to ar por mayó y entose lo hasen ellos. Entose les sale un kilo... por treinta pesetas. Yo no creo que llegue... Unos diesiocho o veinte séntimos le puede salir. (...) A la ecológica no se le puede echá eso [*señala de nuevo los sacos de pienso convencional*], que además te quitan... Te cogen y te quitan la subvención. Eso sí está mu vigilado. (...) Hay mucha gente que no lo tienen [en ecológico] por lo vigilaio que está eso” (Moisés, 55 años, pequeño ganadero, agosto de 2014).

A seguir, aprovechaba yo para preguntar si era difícil burlar la vigilancia del auditor y Moisés respondía:

“Hombre, yo he escuchao desí que no es fácil, que es complicaíllo. Pero, vamos, se las cogen [las vueltas], hay gente que se las cogen. ¿Por qué no? Pero mayormente la gente, yo ya lo estoy viendo, que no, que gastan sus sereales... Claro, pero eso son normarmente las fincas grandes, que tienen sus... pa podé molé, pa haserlo to. (...) Si yo fuera ecológico, yo no puedo hasé eso. Tendría que darme el arte de echá eso [*señala de nuevo los sacos de pienso convencional*]. Si te cogen, mala suerte... Pero te cogen, siempre. Te hasen muchas preguntas y tienes que tené mucho cuidado. Hombre, o con que vayan y te cojan echando eso. Pero vamos, siempre hay que tené un cuidao, porque te cogen. Es mu difísi porque... Claro, si sabes mucho... Pero es mu difísi. ‘¡Bu!’ Tiene que está la puerta serrá con er candao y... Pero vamos, que lo hasen. Que se dan maña, se dan arte pa haserlo. La gente grande yo lo veo, por ejemplo, que no lo hasen. (...) [Los “chicos”] sí lo hasen. Sí lo hasen, porque se tienen que dá arte”.

Después de su proyección como ganadero ecológico, era evidente que Moisés no se veía capaz de “darse el arte”. Intuí que, como consecuencia, me diría que la única opción para los ganaderos sin habilidad para ocultar el uso de insumos convencionales sería la renuncia a la certificación ecológica. Estaba equivocado:

“Porque no tengo subvensiones, las tiene é [*señala a su padre*]. Si no, a lo mejó sería ecológico. Yo creo que sí. (...) Merese la pena. Ya me buscaría yo la maña de... Vamos, que hoy porque uno no quiere, pero un molinillo vale poco. Un molino de estos chiquititos pa esto, vale poco”.

4.2. Legitimación y repertorio cultural

El elemento que condiciona todo el ejercicio de proyección de Moisés es la situación económica en que se encontrarían los pequeños ganaderos. Hay que decir que él mismo,

como forma de conseguir un ingreso complementario, había de recurrir al ya conocido SDA, la ayuda paradigmática para los sectores más humildes del medio rural andaluz⁸. Para alcanzar el mínimo anual de jornales exigido para optar al SDA, trabajaba algunos días en el llamado “empleo comunitario” ofrecido por el ayuntamiento y otros tantos en labores de entresaque y/o arranque de matorral en fincas privadas del municipio. Para Moisés, su situación, compartida con el resto de ganaderos “chicos”, estaba caracterizada por una constante lucha en pos de mantenerse a flote. A mi juicio, éste es el elemento que se hallaba en la base de que no contemplase la autoexclusión de la ganadería ecológica.

Su espontánea proyección se centraba en la superación del problema de rentabilidad que supondría el coste de los nuevos insumos. Y la dificultad percibida para conseguir que los costes adicionales no neutralizasen una ayuda bien dotada económicamente llevaba a que entendiese las alternativas a explorar como tácticas necesitadas de ingenio y habilidad (“arte”, “maña”). Como primera posibilidad, Moisés barajaba de manera vacilante el uso de insumos no permitidos y, por consiguiente, su propia capacidad para la ocultación, la anticipación y la persuasión. Una vez desechada esa opción, Moisés no se daba por vencido y, con cierta dosis de voluntarismo, reconsideraba la alternativa puesta en práctica por los “grandes” y que él mismo veía imposible, sólo unos segundos antes, para los “chiquititos” como él. El único obstáculo firme para su conversión era que “las subvenciones las tiene é”, frase que refería al acuerdo para el usufructo de la finca familiar, por el cual el importe de todas las subvenciones derivadas de ese usufructo lo recibía su padre, mientras Moisés y su hijo no tenían que pagar nada en concepto de arriendo.

Estos ganaderos sentían cómo su actividad se encontraba cada vez más sujeta a la dependencia respecto de las ayudas PAC y menos de los ingresos provenientes de la venta de sus productos. Los precios percibidos, además, habían descendido en términos reales en las últimas décadas y las cooperativas en las que algunos participaban no ayudaban a mejorar dicha situación: en los mejores casos, eran sentidas como un mal menor para dar una salida al ganado sin quebraderos de cabeza; en los peores, como una nueva forma de extracción. En este contexto de declive, políticas como las de carácter ambiental –el PN, de manera dominante– eran experimentadas como obstáculos añadidos que abundaban en una sensación de amenaza y vulnerabilidad.

En este contexto, no todos los ganaderos pequeños se habían convertido a la producción ecológica. Tampoco todos sentían la misma pulsión hacia ella que Moisés. Lo que sí es cierto es que lo que destilaban las palabras de éste –y que compartía con Ángel y otros “chiquititos”– era una visión de la misma como algo a lo que tenían “derecho”. El abandono de la actividad agraria por la caída de la rentabilidad no se concebía. ¿Qué

⁸ Para un estudio etnográfico sobre los efectos del SDA en el mundo jornalero andaluz, ver la investigación de Talego (1996b) sobre el caso de Lebrija.

alternativas viables existirían a una situación que, al menos, permite ingresos fijos? A ello se sumaba el sentido de agravio comparativo con respecto a los latifundistas. Ya lo vimos en relación a las ayudas de desarrollo rural y al presunto favorecimiento de la dedicación cinegética por parte del PN. De alguna forma, ese agravio también estaba presente en la facilidad que Moisés observaba en los “grandes” para salvar el “dilema de sustitución”. En síntesis, estos ganaderos parecían entender que “viví der campo” era algo irrenunciable y constituía el derecho de fondo que legitimaba iniciativas como la entrada en el programa de producción ecológica y, una vez dentro, el juego con las sustituciones de insumos: “Sí lo hasen porque se tienen que dá arte”.

El comportamiento de estos pequeños ganaderos no era, por tanto, económico en un sentido estrecho. Más bien, nos encontramos con la activación de una economía moral de efectos legitimadores (Thompson, 1971/1984b; Scott, 1976) que se acerca a la “economía moral campesina del siglo XXI” propuesta por Edelman (2005). Para este autor, la “ética de la subsistencia” de la que hablaba Scott se ha ampliado en las últimas décadas como consecuencia de los cambios –muchas veces animados desde el propio Estado– en los estándares de vida y las expectativas asociadas. Del “derecho a la subsistencia” se habría pasado al “derecho a continuar siendo agricultores” (ibid.: 332). Podría decirse –revisando el término de Scott a la luz de la propuesta de Edelman– que lo que encontramos actualmente es toda una “ética de la pervivencia”⁹.

Edelman, por otro lado, entiende esta economía moral como ligada a elementos que ya no tienen que ver solamente con la aversión al riesgo, sino también con “las oportunidades económicas, la acumulación o la mejora del bienestar” (ibid.: 332). Por lo que a esto respecta concretamente, no parece ser éste el caso de los ganaderos cazalleros. Aunque no se trata de elementos mutuamente excluyentes, aquí la ética de la pervivencia parece animada por otros elementos del repertorio cultural, como la autonomía “campesina” y el antilatifundismo, pero también por un sentido de pertenencia a la sierra y de imposibilidad por parte de los pequeños ganaderos de entender su vida sin estar y habitar el campo. La mayoría de mis interlocutores entendían su actividad como una dedicación que no tenía que ver exclusivamente con lo económico, sino como algo que “tiene que

⁹ En el desarrollo de este argumento me alejo de Moberg (2014), quien, en su estudio de la certificación de plátanos de “comercio justo” en el Caribe, apuntaba a que el descenso paulatino de los altos precios inicialmente percibidos habría suscitado entre los productores un sentido de violación de la economía moral que se habría generado en éstos al calor de las expectativas y experiencias relacionadas con el programa. En la Sierra Morena Sevillana, donde las producciones ecológicas bien no son comercializadas como tal, bien son testimoniales, la economía moral no proviene del programa de producción ecológica. Se trata, por el contrario, de un sentido de amenaza a la continuidad de las explotaciones que, por un lado, se traduce en una visión del acceso al programa de agricultura ecológica como un derecho y, una vez dentro, en la legitimación de ciertos incumplimientos de su normativa.

gustarte” porque, como me decía uno de mis interlocutores: “er ganao no sabe que tú te has ido de vacaciones, ni que se te ha muerto tu madre. Ensima der ganao hay que está to er día y tos los días”.

Pero más allá de estos requerimientos, esa relación diaria y duradera generaba un “amor al campo” y una dependencia del mismo sin los que no podría entenderse aquella ética de la pervivencia:

“A mí lo que me gusta es esto. A mí no me cabe en la cabeza que haya personas que pueden está en los bares a las dose de la noche. Yo no podría. Ni tampoco podría jubilarme nunca y está na más que pasando los días en el hogá der pensionista. Yo nesesito vení aquí... Está con mis animales, segarles un poquito de arfarfa, después me voy a vé si cojo unos espárragos, le doy una vuelta a los cochinos... ¡Si es que las veses que he ido de vacaciones, mi mujé se pone negra porque dise que na más que tengo ganas de vorverme! Y es verdá...” (Diario de campo, febrero de 2014).

Hay que apuntar, además, que existe un hilo con aquella economía moral del “traspelo”. Decía en el capítulo 2 que tal economía moral contribuyó a asentar en el “sentido común” una legitimación de las pequeñas “ilegalidades” relacionadas con las actividades agrarias. De ello es prueba el hecho de que aún hoy a la venta al por menor no declarada –como la venta de quesos, huevos y hortalizas tanto a domicilio como en la propia casa del productor, y en la que las mujeres de la familia juegan un papel fundamental– se le siga denominando “vendé ar traspelo”. No estoy intentando hacer aquí un argumento culturalista, la ética de la pervivencia que sostengo tiene que ver, sobre todo, con la experiencia del declive de la actividad agraria y de la creciente intervención sobre la misma. Pero sí quiero evidenciar el mantenimiento de un sustrato histórico de construcciones de legitimidad que habilita para acciones controvertidas desde un punto de vista normativo en función de la situación percibida de necesidad y amenaza.

4.3. Entre el arte, la maña... ¿y la artimaña?

A pesar de la operatividad del concepto de economía moral para el fenómeno estudiado, existe un componente de homogeneización en él –o, mejor, en sus aplicaciones– que es necesario discutir. Las acciones a las que refiere están marcadas por la legitimidad, pero cabe preguntarse: ¿aún gozando todas las acciones de la aprobación colectiva, hay acciones más legítimas que otras? ¿Existen diferentes grados de legitimación en las sanciones colectivas vinculadas a una economía moral? Veamos esto a la luz del material etnográfico expuesto.

En el caso del empleo de pienso y paja convencionales, nos encontramos con una acción caracterizada por la ocultación. Algunos días antes de la visita del auditor de turno, los ganaderos suelen sacar los sacos de pienso convencional desde el granero de la explotación y transportarlos fuera de la explotación. Cuando el auditor solicita la entrada al granero para su revisión, lo único que puede encontrar son sacos de pienso y forraje ecológicos. Es significativo que, a excepción de algunos de los ganaderos con los que construí un mejor *rapport*, no fuese frecuente el reconocimiento de esta práctica. Muchas veces sabía que la realizaban por alusiones de parte de vecinos o conocidos.

Asimismo, cuanto éstos me la relataban lo hacían a través de un tono especial que indicaba que era algo a ocultar y acompañado de medias sonrisas. Presentadas de esta forma, las referencias al uso y ocultación de alimentos convencionales eran concomitantes con lo que en el lenguaje local se denomina “picardía”. Picardía aquí no tiene el sentido de acción deshonesto que suele vincularse a la idea, por ejemplo, de “picaresca”. Veamos un ejemplo asociado a las memorias del terrazgo en las fincas públicas del municipio:

“Siempre teníamos la picardía de que, si tú conosías ar guarda bien [le decíamos]: ‘Mira, cógeme er terrazgo de tar sitio’. (...) Porque eran más malas. Si a lo mejó las hasinas, en vez de dá dos fanegas, aquella hasina que era más mala daba fanega y media, ¿sabes? Siempre ibas con la picardía... Te ganabas ar guarda... Porque ar guarda qué más le daba. Ahora, si era un sieso, como era el ‘Loiro’... (...) Ése era un gañotón, un frescales. Se aprovechaba bien de los pobres” (Manolo, 82 años, campesino, mayo de 2014).

Picardía era también la más que frecuente introducción de ganado en terreno ajeno que realizaban los niños campesinos encargados de pastorear los rebaños domésticos. Picardía, en este sentido, se acerca a aquella idea de maña que veíamos en el fragmento de entrevista con Moisés. De alguna forma, se aproxima también a una de las acepciones que ofrece el diccionario de la RAE: la que la identifica con “travesura”, es decir, una acción que infringe la norma, pero que es inocente, incluso infantil, y, en ese sentido, no censurable.

Esta forma de entender el uso (ilegal) de piensos y pajas convencionales contrasta con aquélla que tiene que ver con, por ejemplo, el uso del desparasitante convencional. En este caso, la administración no era escondida. Era muy frecuente que en las entrevistas y las visitas a fincas que realicé se reconociese el uso. Pero no sólo esto:

“Er convensioná lo usas una vez al año, en otoño, y te orvidas. Pero el ecológico hay que echárselo cuatro veces al año. ¡Y cuidao que te puede fallá! Yo uso los dos y los dos apunto en el libro. Y que el inspectó lo vea. Si me dise argo, po ya le explicaré que a vé quién se fía der produto ecológico...” (Carlos, 56 años, pequeño ganadero, mayo de 2014).

Como vemos, aún siendo consciente de la exposición a una “incidencia” –y por tanto, a una reducción de la ayuda económica–, este ganadero lo anotaba en el cuaderno de explotación. Quizás se debiese al riesgo evidente que corrían sus ovejas y a una

preocupación por garantizar la salud de los animales –recordemos lo que me decía otro ganadero: “Es que si no, una oveja se muere...”–; quizás, también, a la sólida base argumental que ello ofrecía para convencer al auditor de lo indispensable del uso del producto convencional. Sea como fuere, no estamos aquí tratando con una “maniobra de ocultación”, sino más bien con una práctica política abierta. Una práctica que se reconoce ante el agente susceptible de sancionarla y, por lo tanto, entendida como netamente legítima. Nos encontramos, en este caso, más cerca del foco original sobre la “acción popular directa” de Thompson (1971/1984b) que de la problemática scottiana de la resistencia cotidiana (Fassin, 2009). O, quizás, de una tipología de práctica que se sitúa a medio camino entre una y otra.

4.4. La auditoría como arena

El caso del desparasitador apunta a la auditoría como un espacio de negociación y tensiones. Considero que, en este sentido, debe entenderse la situación de auditoría como una arena. Siguiendo a Olivier de Sardan (2005: 185-197), y como ya tuvimos ocasión de ver en el capítulo 5, las arenas son escenarios sociales donde se materializa el conflicto entre actores con roles diferentes y en desigualdad de condiciones en torno a los recursos reconocidos como tales por los allí envueltos. En el caso de la auditoría, podría decirse que los certificadores o auditores ocupan una posición de “poder instituido” (ibid.: 186), es decir, parten de una posición preeminente que, obviamente, proviene del papel que les otorga el sistema de control del programa de producción ecológica. Ahora bien, esto no es óbice para que los actores que parten de una posición subordinada no tengan margen de maniobra, lo cual implica “un grado de poder, que se manifiesta en la posibilidad de ejercer un cierto control, derecho, autoridad y capacidad para la acción” (Long, 2001: 71).

En este contexto, el elemento clave sobre el que giran las iniciativas (discursivas) de menoscabo de la autoridad de los auditores tiene que ver con el abandono productivo del olivar al que, como vimos, contribuye la recepción de la ayuda por agricultura ecológica en la zona. Durante una visita a un olivar en que acompañé al ya conocido auditor Fernando, mientras éste se ayudaba del capó de su coche para escribir unas anotaciones en su informe, Jorge, agricultor a tiempo parcial, aprovechaba un momento de silencio para comentar, refiriéndose al programa ecológico, lo siguiente:

“Esto es lo que se está cargando los olivares. Si los olivares estuvieran arreglaos, aquí tenían trabajo tos los casalleros y sobraba pa tos los moros [migrantes magrebíes] que vinieran”.

Fernando respondía que existía una confusión muy generalizada por la que se entendía olivar ecológico por olivar abandonado. A lo que Jorge replicaba que el problema residía en que el olivar abandonado no debería estar “premio” como estaba. Y señalando a un cercano

olivar completamente matorralizado, se preguntaba: “¿O es que aquer de enfrente no va a cobrá la misma subvención que yo?”.

En otras ocasiones, la lucha era más explícita. Una mañana me encontraba junto a Raimundo cuando iba a recibir la visita anual. El auditor llegó comentando que venía de inspeccionar otra finca cercana. Raimundo se interesó por la finca en cuestión. Dada la proximidad, el auditor la señaló y el ganadero la identificó al instante. Acto seguido, comentó que ese olivar “susio”, lleno de zarzas y de matorral, no debería estar ingresando la ayuda según su punto de vista. El auditor respondió entonces que podía recibirla porque se trataba de un olivar “ecológico”. Asomándole una sonrisa, Raimundo le respondía: “Hombre, aquello no es un olivá ecológico. Aquello lo que es, es un olivá perdío”. Encontramos aquí un nuevo ejemplo de la “ecologización política” de estos ganaderos, por la que se segrega lo falsamente ecológico de lo que ecológico de verdad, entendido como un estilo de manejo productivo y sostenible.

El auditor intentó seguidamente un argumento de tintes “agronómicos”. Explicó que hay estudios que muestran cómo la relación entre zarza y olivo es positiva y que incluso puede llevar a favorecer la producción de fruto. Este recurso a un (presunto) conocimiento experto no resultó una jugada muy hábil, ya que es manifiesto que los olivos rodeados de matorral y de zarzas, aparte de hacer imposible la recolección, producen poca aceituna. Raimundo se limitó a comentar con ironía: “Como no sea porque dé asitunas en la raíz...”. De manera contrastiva con el olivar “perdío”, el ganadero afirmaba así su manejo ante quien tenía que auditarlo, al tiempo que cuestionaba su trabajo y ponía de manifiesto su falta de conocimiento práctico, al fin y al cabo, la entelequia de inspeccionar una realidad que no parecía conocer. De esta forma, Raimundo iniciaba el encuentro con el auditor socavando en parte la jerarquía de partida.

5. RE-VERSIONES

Podría parecer que la situación económica que está en la base del acceso al programa ecológico y, sobre todo, las construcciones de legitimidad que he revisado más arriba dan lugar a unas conversiones experimentadas como poco problemáticas. Sin embargo, es a medida que pasa el tiempo que en muchos pequeños ganaderos suele generarse un descontento y un sentimiento de la permanencia en la producción ecológica como una carga creciente. Algo que me resultaba muy llamativo era la frecuencia de los casos de no renovación de la permanencia en la producción ecológica o, incluso, de salida anticipada. No olvidemos que esto último, según la normativa, debía conducir a la devolución de las ayudas y al pago de una sanción.

A la frustración de la expectativa de una transición suave como consecuencia de la proximidad percibida entre el estilo de manejo previo y el ecológico, se sumaban otros

factores de calado. Uno de ellos tenía que ver con el trabajo burocrático que exigía la conversión. Como me decía un ganadero:

“Luego tiene eso, que si un montón de papeles. Y yo como er papeleo no lo llevo mu bien... po lo dejé más que na por eso. Cuando cumplí la permanencia, ya lo dejé” (Rosendo, 65 años, pequeño ganadero, octubre de 2014).

También habría que mencionar la cierta tensión a la que daba lugar la ocultación de los insumos alimenticios para el ganado. No podemos pensar que esto se hacía sin un margen de incertidumbre, ya que la posibilidad de la toma de muestras de los borregos estaba siempre abierta, a pesar de que fuese muy infrecuente. Otro problema añadido tenía que ver con la recepción de la ayuda:

“Marcos: Yo lo ecológico te voy a desí una cosa: la ecológica yo la ha [he] tenío y me ha retirao. (...) Yo tuve 200 ovejas y las tuve que retirá.

Ernesto: ¿Y eso por qué?

Marcos: Porque no me han pagao na. Yo sí pagaba, pero a mí no me han pagao na. ¿Sabes? Una vez, otra. Y las tuve tres años. A los tres años ya tuve que dejá de sé ecológico con er ganao.

Ernesto: ¿Y cómo es que no te pagaron la subvención esa?

Marcos: A ve, porque desían que no había dinero, otro por otra cosa... Y ya te digo, entose dije: ‘Retírame’. Cogí, entose, cogí y me retiré. (...) Digo, que yo en lo ecológico he tenío mu mala suerte. Las cosas como son. Yo no ha [he] cobrao na” (Marcos, 62 años, pequeño ganadero, marzo de 2015).

Este problema era algo habitual. Pepe, un auditor de producción ecológica al que entrevisté en 2016, me comentaba que tenía que ver con un problema de la administración andaluza. Pepe decía que, mientras “Europa paga religiosamente”, la Junta de Andalucía desviaba el dinero para gastos que consideraba más preeminentes. Y hasta que no conseguía cierta liquidez, no procedía a pagar las ayudas por producción ecológica. Esto podía ser cuestión de años. Marcos, el ganadero del fragmento anterior de entrevista, ni siquiera había esperado a cumplir el periodo de cinco años de permanencia. Sin recibir la ayuda por ganadería ecológica, a los tres años se “retiraba”.

Significativamente, los ya conocidos Raimundo y Carlos también se retiraron con sólo tres años de permanencia. A la altura de 2009, se encontraban muy insatisfechos. Su experiencia con los nuevos insumos que la normativa prescribía había resultado decepcionante. Las expectativas respecto a su menor eficacia habían sido ampliamente superadas. Otra fuente de desengaño, en su caso particular, había sido la experimentación con los insumos artesanales del ingeniero. La pérdida de casi toda la cosecha de patata de verano les hizo desistir de esos otros insumos que también venían identificados bajo la etiqueta de “(agro)ecológicos”.

En relación al compromiso de permanencia, Carlos arguyó ante su empresa certificadora que no conocía dicha condición y que, a pesar de ella, tanto su padre como él mantenían la idea de abandonar. La certificadora quiso hacerles desistir, según Carlos, “amenazándonos” con las consecuencias económicas de una retirada anticipada, las cuales pasaban por la devolución con intereses de la suma de subvenciones por producción ecológica recibidas a lo largo de los tres años. Sorprendentemente, Raimundo y Carlos hicieron caso omiso de las advertencias y en aquel tercer año de certificación se dieron de baja.

Más llamativo aún fue lo que ocurrió después. Pasado un año de su abandono... Raimundo y Carlos volvían a la certificación ecológica. Cuando pregunté a Carlos el motivo, éste no supo explicarme muy bien, pero dejó caer que la subvención seguía siendo tentadora para ellos. Quizás el contexto de desorientación motivado por las negras perspectivas de los inicios de la década de 2010 –el momento de mayor incertidumbre sobre el futuro de todo el periodo post-2008– hacía el resto. Una de las cosas que más me intrigaba de ese retorno a la certificación era precisamente si estaba permitido. De la revisión –somera, por aquel entonces– de la normativa andaluza de producción ecológica que yo había realizado, no recordaba que fuera posible tal opción. A mi pregunta sobre la cuestión, el ganadero comentó que aquel año había sido publicada una “ley” que precisamente permitía a operadores en su situación “reengancharse”. Sea como fuere, Raimundo y Carlos efectivamente se reengancharon.

Ahora bien, en esta segunda etapa, los problemas con la recepción de las subvenciones aparecieron desde temprano. Mientras que la ayuda por agricultura ecológica les llegaba “como un reloj”, la de ganadería ecológica en ningún momento les fue ingresada. Año tras año, Raimundo y Carlos preguntaban por ella en su banco, la entidad que se encargaba de realizarles la solicitud de estas ayudas como parte de la “solicitud única” de la PAC. El director de la sucursal desconocía el motivo. Cuando yo les sugerí que podría deberse a su anterior incumplimiento de la permanencia, volvieron a evocar la supuesta normativa que les permitía la vuelta. Debo decir en este punto que nunca tuve noticia de tal normativa, ni en mis rastreos legislativos ni a través de las preguntas a informantes que trabajaban en empresas certificadoras.

Raimundo y Carlos nunca perdieron la esperanza de que las ayudas atrasadas llegasen. De ese modo, cumplieron –esta vez sí– el periodo íntegro de permanencia en la producción ecológica. Este cumplimiento los legitimaría en caso de que tuviesen que reclamarle a la administración el dinero adeudado. Pensaban que estaban en su derecho. No obstante, en lugar del dinero, lo que recibieron algunos meses después del fin de la permanencia fue una notificación: desde la Consejería de Agricultura se les conminaba a devolver las cantidades percibidas con anterioridad más los intereses.

Raimundo y Carlos se asustaron. No sabiendo muy bien qué hacer, lo dejaron correr algunas semanas. Cuando el final del plazo para recurrir se acercaba, decidieron buscar ayuda, así que contactaron con un primo que trabajaba en un organismo de la administración autonómica. Éste les preparó rápidamente un recurso y el último día del plazo lo entregaron en el registro. Dos días después, recibieron una notificación acusando recibo, con lo que quedaron a la espera de la resolución definitiva. En vista de que no llegaba, Carlos, preocupado, se dirigió a la OCA para interesarse por su proceso. En la OCA, aunque dijeron no poderle asegurar nada, le comentaron que aquel “silencio administrativo” podría tener que ver con un cambio de parecer por el que la Consejería estaría, implícitamente, dejando pasar el tiempo para que su irregularidad prescribiese. También le comentaron que el periodo de prescripción –cinco años– es el mismo que el establecido para que la administración deje de estar obligada a abonarles las cantidades impagadas. Raimundo y Carlos dieron por válida esta hipótesis y renunciaron a reclamar el dinero adeudado para evitar más problemas. Cuando mi trabajo de campo acabó, seguían sin recibir nuevas notificaciones sobre la cuestión.

Con este rocambolesco episodio se cerró su segunda etapa en la agricultura ecológica. Como era de esperar, no renovaron y en sus perspectivas no entraba ningún tercer intento. Un día en que charlábamos sobre su experiencia de la certificación, Raimundo me decía que “la agricultura ecológica es una mierda”. El balance de Carlos era similar, aunque algo menos categórico: “Yo si me preguntaran, no se la recomendaría a nadie. Hemos tenido mala suerte”.

Resulta interesante esta evaluación del paso por la producción ecológica en términos de azar o “suerte”. También así lo entendía Marcos en el fragmento de entrevista de más arriba. Si el acceso al programa se entendía como una especie de derecho, los equilibrios a realizar para conseguir resolver el “dilema de sustitución” parece que convierten la conversión en un camino nada pautado. Un camino en el que, como decía Moisés, hay que darse “arte” y “maña”, pero en el que, al mismo tiempo, se está sujeto a una importante incertidumbre. Mi impresión es que el fondo de la apuesta por la conversión es el del reto por reforzar el nivel de autonomía ganadera a la vez que se entra en una relación que, a primera vista, sólo puede generar más dependencia. Es en el sentido de fracaso de esta apuesta como, creo, debe entenderse la lectura retrospectiva que estos pequeños ganaderos hacen de su paso por la producción ecológica en términos de “mala suerte”.

6. CONCLUSIONES

Aprovechando esta última reflexión sobre la “suerte”, quería dedicar el apartado final de este capítulo a la cuestión de las relaciones entre condicionamiento y contingencia. Empezaba el capítulo haciendo alusión a los enfoques de Sutherland y de Burton, que

intentaban explicar la entrada o la no entrada en los programas agroambientales desde, respectivamente, un esquema economicista y uno culturalista. A diferencia de estas aproximaciones, la exploración etnográfica de todo el proceso de conversión ensayada en este capítulo ha dejado claro que no es posible apuntar a un solo factor determinante en relación al comportamiento de mis interlocutores.

La cultura no era un factor de exclusión de alternativas. Más bien, funcionaba como una suerte de repertorio (Godinho, 2001: 339; Long, 2001) habilitante para unas u otras prácticas. Aportaba elementos –como el antilatifundismo, la asociación pequeña ilegalidad-legitimidad, etc.– para la activación de una economía moral con la que mis interlocutores defendían, parafraseando a Edelman (2005: 332) su “derecho a seguir siendo ganaderos”. Al mismo tiempo, se producía una pluralidad de acciones durante las conversiones que, si bien adscritas a un bagaje cultural similar, tenían también que ver con cuestiones de índole casi individual como las particulares construcciones de legitimidad y las habilidades (auto)percibidas.

Por lo que respecta a lo económico, es evidente que éste es el condicionamiento de base del acceso al programa, pero esto no determina el particular desarrollo de los procesos sociales concernidos (Hall, 1983/2005d). Hasta tal punto lo situacional y lo cultural modelan las prácticas, que hemos visto, incluso, ejemplos de lo que podría denominarse “comportamiento antieconómico”, como en el caso de las retiradas del programa años antes de la finalización del compromiso de permanencia. Nos encontramos aquí con una contingencia que puede ser interesante mirar desde la perspectiva de los antropólogos Ingold y Hallam (2007) en torno al concepto de improvisación.

En una publicación escrita mano a mano, estos autores problematizan la idea generalizada de que la creatividad tiene que ver con la novedad o la innovación. Según su reflexión, esta identificación provendría de la aplicación de una perspectiva que analiza los procesos en función de sus resultados (novedosos). Si por el contrario mirásemos los procesos en sí mismos, sugieren Ingold y Hallam, nos daríamos cuenta de que la creatividad que anida en ellos está caracterizada, no por el producto final, sino por una continua improvisación. Improvisar sería algo consustancial a la vida social porque no existe convención o guión predeterminado que pueda anticipar la complejidad de cada circunstancia en la que los seres humanos –y muchos no humanos– se ven envueltos; y ello obliga a una continua adaptación¹⁰ (ibid.: 2-7). En este sentido, las personas no pueden más que confeccionar en cada momento las prácticas en las que consiste su día a día.

¹⁰ Ello implica que la improvisación subyace a todos los procesos sociales, incluso a aquéllos que nos parecen los más ajenos a cualquier tipo de “creación”. Es el caso de los procesos de imitación o reproducción (Ingold, 2011a; Ingold y Hallam, 2007), pero también de los que solemos tener por “actos mecánicos”, como, por ejemplo, la práctica cotidiana del peatón en una concurrida calle, que “tiene continuamente que negociar un camino (...) a través de ajustes improvisados en su postura,

Y es que desde la perspectiva de Ingold, lo que se denomina “vida social” debe entenderse como el conjunto de relaciones en el que las personas desarrollan su existencia: una “malla” (*meshwork*) en la que constantemente “son hechos” (*come into being*) y hacen (Ingold, 2011b, 2014). El énfasis sobre la cuestión de “ser hecho” aleja a estos autores de todo retorno a los conceptos concomitantes de agencia y estrategia, relacionados con una visión de la mente como una suerte de calculadora de posibilidades que generaría intenciones materializadas, a su vez, en acciones concretas. Secundando esta crítica, yo mismo, a pesar de considerar muy útil el bagaje de la nueva antropología del desarrollo para entender las relaciones agricultores-programas agroambientales, he rehuido el empleo de ambos conceptos –tan centrales para esta tradición (Chauveau, 1997; de Vries, 1997; Long, 2001; Olivier de Sardan, 2005)–, dada su connotación motivacional e individualista¹¹. Para Ingold y Hallam, la mente no debe verse como apartada de la vida social. Más bien debe entenderse como un “hervidero de improvisación táctica y relacional” inseparable del movimiento existente en aquella malla de relaciones y trayectorias vitales (Ingold y Hallam, 2007: 7-9).

Ingold (2014), ya en solitario, profundiza en este argumento reflexionando sobre la mediación entre vida social y acción a través del concepto de “imaginación”. Formando parte todo acto de un proceso continuo de atención y respuesta al entorno, la imaginación no sería la ingeniosa máquina detrás de un esquema intención>acción, sino “el impulso generativo de una vida que continuamente se adelanta a sí misma” (ibid.: 135). En este sentido, sería algo así como la forma como los sujetos aspiran a lo que está por venir en cuanto respuesta al constante movimiento que los circunda. Dicho impulso deriva en la “experiencia” (*undergoing*) de nuevos procesos, pero lo hace desde la imposibilidad de marcar el rumbo de esa experiencia. Si, por un lado, la imaginación nos tira a la piscina, al mismo tiempo demanda el protagonismo de una respuesta activa, de una creativa “afinación” (*attunement*) que sólo puede estar basada en la habilidad que nos proporciona el aprendizaje proveniente de nuestra trayectoria, la específica “educación de nuestra percepción” (ibid.: 137-138).

ritmo y conducta” para mantenerse junto a sus acompañantes y no chocar con otros viandantes (Ingold y Hallam, 2007: 7).

¹¹ El énfasis sobre las estrategias individuales de la nueva antropología del desarrollo hace que su concepto de agencia se acerque a lo que Ortner (2006: 135) denominó “concepción dura” de la agencia. Esta perspectiva cargaba consigo una fuerte connotación motivacional e individualista, entendiendo la agencia como una capacidad mental para el desarrollo de prácticas no sujetas a las presiones de la estructura. El resultado no es otro que una clara separación entre prácticas rutinarias –sometidas a la estructura– y prácticas intencionales –no sometidas– (ibid.: 136). De aquí, por cierto, que agencia sea tan fácilmente intercambiable por resistencia, aunque hay que reconocer que éste no es el caso de la nueva antropología del desarrollo.

Desde esta perspectiva, las prácticas de los ganaderos locales adquieren una nueva luz. Más allá de una cierta “sobre-conceptualización” –por momentos los conceptos de creatividad, improvisación e imaginación parecen colapsar unos en los otros–, el enfoque de Ingold nos interpela sobre la contingencia (condicionada) de los procesos sociales. El acceso al programa de producción ecológica puede verse, en este sentido, como un producto de la imaginación que se activa en función de la atención al entorno y que no tiene un objetivo calculado. Una forma de “empujar el barco en dirección al mar”, apelando “a la respuesta del poder de la percepción” (ibid.: 137). Y esta respuesta consistiría, en este caso, en las distintas improvisaciones que se sustentan sobre las habilidades y el bagaje de estos ganaderos. Esto significa que se producen respuestas plurales, hasta el punto de que una de ellas podía ser el abandono anticipado del programa, incluso, ante un escenario de sanción económica. En síntesis, y como afirma Ingold (2011a: 5), la meta o, mejor, la aspiración “no es llegar a un destino, sino seguir adelante”.

CAPÍTULO 9

CONCLUSIONES GENERALES

... cuando nos damos cuenta de que no puede haber
una historia única sobre ningún lugar,
recuperamos algo así como un paraíso

Chimamanda Ngozi Adichie, *The danger of a single story*

Esta tesis se ha aproximado a las relaciones que los pequeños ganaderos de la Sierra Morena Sevillana establecen con la agricultura ecológica. La agricultura ecológica no se ha entendido como una categoría pre-establecida, sino que ha sido construida a partir de la perspectiva de mis interlocutores al objeto de captar su “vida cotidiana”. Esta opción por la construcción desde lo emic daba como resultado, en lo fundamental, un doble objeto de estudio. Por un lado, nos encontramos con la agricultura ecológica como idea de manejo agrario en equilibrio con el medio. Una idea que, según argumentaba en el capítulo 1, se vinculaba con la de sostenibilidad para convertirse en la específica versión de este “anhelo social” (Žižek, 1997/2003) en el ámbito agrario. Por otro lado, la agricultura ecológica también se entendía como el programa andaluz de ayudas a la producción ecológica vinculado a la PAC. Un programa que tiene que ver, básicamente, con la exigencia a los productores que a él se acogen de una sustitución de insumos convencionales por otros “certificados” como ecológicos, y la posterior auditoría de dicha sustitución.

En esta tesis, he intentado acercarme a las acciones de los pequeños ganaderos desde una perspectiva lo menos unilateral posible. A diferencia de enfoques que entienden los procesos microsociales en sí mismos, defiendiendo con Narotzky y Smith (2006) la importancia de una mirada antropológica micro al tiempo que capaz de un ejercicio continuo de *zoom* en orden a no perder una visión de conjunto. Frente a la aplicación de un marco explicativo homogéneo, mis análisis se encuentran animados por la sensibilidad hacia las cambiantes imbricaciones de lo material, lo histórico y lo situacional. En las páginas que siguen, sintetizo los principales argumentos que, partiendo de estos postulados, he desarrollado a lo largo de esta tesis. En ese recorrido, aprovecho para destacar las contribuciones que, a mi juicio, el trabajo realiza. Finalizo con un apartado en el que subrayo la condición de seres humanos complejos de los pequeños ganaderos serranos frente a retratos simplificadores. También, en ese sentido, la necesidad de aceptación de dicha complejidad como condición

de posibilidad para co-construir iniciativas dirigidas a luchar, de forma entrelazada, por la sostenibilidad y la justicia social.

1. PERLABORACIÓN Y FANTASÍA

La agricultura-ecológica-como-anhelo no era para mis interlocutores un fenómeno entendido como ajeno. Muy por el contrario, la mayoría de ellos habían atravesado un proceso que he dado en llamar ecologización. Este proceso consiste en la internalización de argumentos y visiones sobre la intervención antrópica en el entorno vinculados a la dupla medioambiente-sostenibilidad en cuanto “prisma conceptual”, esto es, entendiendo dicha intervención como un ejercicio realizado dentro de una realidad finita cuya continuidad pasa por el respeto de sus límites.

Este proceso no podría entenderse sin los cambios sufridos en las últimas décadas por el específico “campo de fuerza” donde participaban estos ganaderos, el cual definía, siguiendo a Nuijten (2005), como el ámbito de relaciones de poder conformado alrededor del acceso y uso de los recursos necesarios para la actividad agraria. Como demostré en el capítulo 3, ese campo de fuerza se ha visto marcado por la intervención de instituciones de carácter estatal, situadas a diferentes niveles (Unión Europea, Estado español y gobierno autónomo andaluz) y de diversa finalidad (agraria, ambiental...). Esa maciza intervención sobre el medio rural andaluz y, en particular, sobre el agro del área estudiada tenía como una de sus características principales la de su propia ecologización. A la puesta en marcha de políticas directamente ambientales, como la implementación de PN, siguió una tendencia en la PAC por la que no sólo se multiplicaban ayudas complementarias “agroambientales”, sino que también se adoptaban medidas transversales, como la eco-condicionalidad a que se sometieron los pagos desde 2005.

Estructurado el campo de fuerza por unas políticas definidas crecientemente en términos ecológicos, los ganaderos locales –tanto pequeños como medianos, en este caso– procedían a una ecologización paralela. Ahora bien, ésta no debe entenderse como una suerte de sujeción foucaultiana, sino más bien como una “táctica” (de Certeau, 1980/1984) dirigida a una mejor participación política en dicho campo. Es en ese sentido que el anhelo de sostenibilidad (agraria) no se asumía tal cual. Su internalización se realizaba a través del proceso de re-semantización parcial al que Žižek (1997/2003) se refiere con el término de perlaboración ideológica.

Si bien otros autores han constatado fenómenos similares, lo que mi trabajo aporta, aparte de la conexión con el marco de relaciones que condensa el concepto de campo de fuerza agrario, es una elaboración teórica, sobre las construcciones discursivas en que se materializa esa ecologización, que permite entender y dimensionar su potencia política. En ese sentido, complemento el concepto de perlaboración con el de articulación propuesto por

Hall (1986/2005c, 1988b). Este autor observaba los discursos no como coherentes unidades, sino como cadenas de elementos heterogéneos del repertorio cultural cuyo sentido conjunto provenía precisamente de la “fuerza social” que animaba tal articulación. Las prácticas discursivas ganaderas estudiadas aparecen bajo esta luz como originales construcciones en las que se combinan, produciéndose transferencias cruzadas de sentido, los argumentos ecológicos con memorias colectivas, con elementos subalternos clásicos – como el antilatifundismo o el recelo hacia el saber “científico-técnico” –, con el conocimiento local, etc. (capítulos, 5 y 8). De ese modo, los ganaderos combatían por “apropiarse” del anhelo de sostenibilidad y así legitimar su acción en el medio frente a una creciente subordinación y dependencia de las intervenciones institucionales.

Argumentaba, además, que la mencionada complejización del campo de fuerza agrario, así como la pérdida de autonomía ganadera, estaban en la base de un fenómeno de “desplazamiento” (Laclau y Mouffe, 1985/2001) por el que los ganaderos locales centralizaban sobre el PN muchas de sus demandas y de su malestar. El caso más significativo de esta dinámica era la narrativa conspirativa en torno a la introducción del meloncillo (*Herpestes ichneumon*) que exploré en el capítulo 6. Sostenía que el PN actuaba como una suerte de “punto nodal” (ibid.) que permitía dar cauce al conflicto sin perderse en la confusa maraña en que se ha convertido el campo agrario.

Ahora bien, no sólo era necesario preguntarse por el desplazamiento en sí, sino también por el elemento “desplazado”. Frente a la total contingencia que Laclau y Mouffe observaban en este tipo de procesos, vinculaba yo el operado alrededor del PN con el proceso de ecologización ganadera. Y es que un elemento crucial de éste tenía que ver con el particular aterrizaje entre los ganaderos de la perspectiva académica sobre la dehesa. Desde la década de 1980, la dehesa “clásica” pasó de ser representada como uno de los ejemplos del peor latifundismo a convertirse en arquetipo de relación humano-ambiental equilibrada (Pérez, 2005). Los ganaderos locales no tardaron en internalizar tal enfoque “organicista”, el cual ponía el énfasis en la factura antrópica del socioecosistema agrario dominante en la zona.

Su particular lectura tenía muchos de los componentes de una “fantasía ideológica” (Žižek, 1989/1999), ya que implicaba una imagen de equilibrio por la que la dehesa actual no era más que la continuación de la dehesa clásica y los ganaderos los depositarios y constructores de su sostenibilidad. Sorprendentemente, se reconocían, al mismo tiempo, los desequilibrios ecológicos de esa dehesa actual, con lo que se producía la simultaneidad del equilibrio y de su negación. Al igual que ocurre en otras construcciones fantásticas –de manera paradigmática, las corporativistas–, esto implicaba la necesidad de incluir un vector de imposibilidad (ecológica). Y dado que la experiencia del PN tenía que ver con una

intervención de carácter predominantemente restrictiva y opresiva, parecía ser el PN el elemento al que se colocaba en ese papel de responsable último del deterioro ambiental.

2. “ÉTICA DE LA PERVIVENCIA” E IMPROVISACIÓN

En relación a las relaciones con la agricultura-ecológica-como-programa, mi atención se ha centrado en los avatares de los procesos de conversión protagonizados por los pequeños ganaderos serranos. Partía del presupuesto de que estos procesos no pueden entenderse desde una perspectiva normativa (Kaljonen, 2011; Olivier de Sardan, 2005) o a partir de un modelo lineal de implementación de políticas públicas (McGee, 2004; Shore y Wright, 2011) si el fin era el de acercarse a la densidad microsocial de la relación ganaderos-programa de producción ecológica.

Argumentaba que esa relación estaba fuertemente influenciada por la emergencia entre los pequeños ganaderos de una economía moral que respondía a un contexto de declive y fragilización de su situación económica. La aspiración a “seguir siendo ganaderos” se había convertido en una suerte de “derecho” (Edelman, 2005). En esa construcción tenía mucho que ver, de nuevo, la actualización del antilatifundismo, un elemento del repertorio cultural subalterno que habíamos visto bien arraigado en la primera mitad del siglo XX (capítulo 2) y que se vería refrescado entre los pequeños ganaderos locales al hilo de las sucesivas intervenciones de carácter estatal (capítulos 3 y 4). Bajo la forma predominante de agravio comparativo en relación a la distribución de las ayudas de la PAC, el antilatifundismo contribuía ahora a enfocar dichas subvenciones como una prerrogativa de los pequeños. Se convirtieran a la producción ecológica o no, los pequeños entendían, como me decía uno de mis interlocutores, que no acceder a la ayuda era algo cercano a “perder dinero”, es decir, a desprenderse de algo que se consideraba propio.

El problema que encontraban quienes optaban por la conversión era el que he dado en denominar “dilema de sustitución”, el cual provenía de una sustitución de insumos contemplada en la normativa ecológica que implica la adquisición de unos productos con costes superiores a los de los convencionales y con una eficacia menor. A pesar de experimentar con los nuevos insumos, el riesgo que percibían los pequeños era doble: la sustitución podía “comerse la subvención” y, por otro lado, peligrosaba su estilo de manejo, dado que debían mantener más tiempo del deseado a los borregos en sus fincas y sus ovejas se volvían más vulnerables a enfermedades. Aquí, lo que chocaba eran dos ópticas: si desde la administración autonómica la ayuda por producción ecológica se planteaba como una “compensación” por los costes adicionales de una conversión que se entendía como un acto estrictamente voluntario, los pequeños ganaderos enfocaban la cuestión desde unos parámetros completamente diferentes. Observaban en el programa de producción ecológica

la oportunidad de acceder a un ingreso complementario al que entendían que tenían derecho y al que, al mismo tiempo, se veían abocados.

La forma de abordar el dilema de sustitución era diversa, pero existía una tendencia a la vuelta –más o menos, parcial– al uso de insumos convencionales. Esa posibilidad se beneficiaba del amplio margen de maniobra a su disposición que permite el sistema de control andaluz de la producción ecológica (capítulo 7). El empleo de productos no permitidos contaba con la aprobación del conjunto de pequeños ganaderos y, en ese sentido, implicaba una prolongación de esa economía moral que he dado en llamar “ética de la pervivencia”. Activada al hilo de unas prácticas que tenían que ver con la relación con el binomio legal-ilegal, esa prolongación bebía de una fuente cultural fundamental, como era la del pequeño estraperlo (“traspelo”, según la pronunciación local) campesino de la posguerra, el cual se sostenía sobre construcciones de legitimación de lo ilegal en virtud de valores como, entre otros, la autonomía campesina y el derecho a la disposición del producto del propio trabajo (capítulo 2).

Ahora bien, frente a la perspectiva común en la literatura sobre economías morales de observar estos procesos de legitimación en términos de “todo o nada”, una de mis aportaciones ha consistido en integrar la existencia de una jerarquía de legitimidades. Se daban prácticas que contaban con un mayor nivel de legitimidad, como el empleo del desparasitador convencional, lo cual daba lugar a que fueran más generalizadas y más abiertas, llegando al punto de ser, en muchos casos, reconocidas y defendidas durante las visitas de auditoría. Por otro lado, existían usos, como la administración de alimentos convencionales, que eran sistemáticamente ocultados y, a pesar de ser muy relevantes, no eran tan practicados como los anteriores. En esta jerarquización parecía clave la vinculación de la primera de las prácticas mencionadas con la garantía de la salud de los animales, mientras que la segunda aparecería ante los pequeños ganaderos como una “picardía” guiada únicamente por la voluntad de amortiguar las pérdidas económicas.

Sea como fuere, las diferentes vías de abordar el “dilema” no garantizaban una permanencia cómoda en el programa de producción ecológica. Las sustituciones generaban tensión y, de alguna forma, quebraban unas expectativas de “paso normal” a la producción ecológica previamente generadas a partir de una auto-representación de los ganaderos en cuanto productores “ecológicos en la práctica”. Y a ello habría que añadir que las ayudas solían tardar en llegar y que, en ocasiones, ni siquiera llegaban. En ese sentido, las reversiones eran frecuentes y también el sorprendente hecho de que se produjeran de forma (ilegalmente) anticipada.

Argumentaba que esto era indicio de la inexistencia de automatismos y de la incapacidad para captar esta diversidad de movimientos desde esquemas monocausales como el economicismo o el culturalismo. Frente a ellos, destacaba la utilidad de encuadrar

dicha dinámica desde la metáfora ingoldiana de la improvisación, que tiene la virtud de alejarnos de todo estructuralismo, pero también de la noción “mentalista” de agencia. Esa metáfora nos impulsa, más bien, a dirigir la atención hacia la imbricación entre experiencia y acción; y, a su vez, a ver la acción como desligada de todo “estrategismo”: caracterizada por trazar líneas sin rumbo fijo que responden a su afección por la malla de relaciones en que se encuentran involucrados los individuos y a su bagaje de habilidades y conocimiento.

3. SIMETRÍA Y ANHELOS

Esta tesis ha tratado de ofrecer un retrato complejo de los pequeños ganaderos de la Sierra Morena Sevillana. A partir del interés por sus prácticas relacionales con los fenómenos vinculados a la polisemia emic de la agricultura ecológica, me he detenido en los procesos históricos que han dado lugar a este particular sector y he arrojado luz sobre el campo de fuerza agrario en que se mueven, así como sobre sus formas de entender y defender su actividad de transformación en el medio. En ese recorrido, considero que son tres las conclusiones que deben destacarse a efectos de la utilidad que el estudio tiene en términos aplicados.

Primero, estos pequeños ganaderos desarrollaban su actividad en un ambiente socioeconómico que acrecentaba su vulnerabilidad. En relación a ese ambiente, resulta clave entender el papel que jugaba la PAC. Si ésta nació en la década de 1950 como una política dirigida a la multiplicación de la productividad agraria para garantizar el suministro de alimentos, años después venía a convertirse en el parche que el sector agrario necesitaba como consecuencia de esa misma aceleración. Y es que, más allá de determinadas coyunturas hace tiempo superadas, desarrollo capitalista y actividad agraria constituyen una creciente contradicción como consecuencia de la caída progresiva de rentabilidad de la segunda ante la aceleración capitalista. Evóquense los nombres de algunos padres de la economía política, como King o Turgot, para aludir a una constatación temprana de esta tendencia¹. La PAC de las últimas décadas venía precisamente a amortiguarla, representando un complemento sostenedor de la renta agraria. La tendencia de las últimas décadas a su recorte, sin embargo, se alía con la congelación de los precios de los corderos

¹ La llamada “ley de King” establece que, dado que un aumento del precio no hace que muchos productos agrarios (de primera necesidad) se consuman menos, estos productos están caracterizados por una relación demanda-precio muy poco elástica. Esto significa que pequeñas variaciones en la oferta y la demanda dan lugar a “desproporcionadas” subidas y bajadas de precio. La “ley de Turgot”, por su parte, abunda en la particularidad del sector agrario bajo el capitalismo al apuntar al carácter fijo del “factor tierra” en contraposición a los factores trabajo y capital. Ello implica que el aumento de estos últimos llega fácilmente a un límite a partir del cual los rendimientos pasan a ser decrecientes.

y con la simultánea subida del coste de la vida para dibujar un contexto de caída de la rentabilidad de importante incidencia sobre la zona estudiada.

Los pequeños ganaderos serranos constituyen el último eslabón de una cadena agroalimentaria frente a la que su única capacidad de maniobra consiste en decidir si vender los borregos a la cooperativa comarcal o a los grandes compradores foráneos. Este margen ni siquiera se contempla en el caso de los cochinos, cuya cría, como vimos en el capítulo 4, tiene que ver de manera predominante con el sistema de semiproletarización conocido como “reposición”. En ese sentido, aquel contexto de caída de la rentabilidad los deja en una situación de amenaza a su continuidad y de mayor presión hacia la búsqueda de alternativas. No puede entenderse a estos ganaderos sin tener en cuenta esta situación de “entrille” como consecuencia de la insuficiencia de unos ingresos que dependen del Estado y del mercado.

Segundo, no es posible someter el comportamiento de estos ganaderos a un marco basado en la noción de productivismo. El productivismo suele entenderse como un esquema para la acción dominado por la idea de maximización. Paul Thompson, por ejemplo, lo definía de la siguiente manera:

«El productivismo es la filosofía que emerge cuando la producción se toma como la única norma para la evaluación ética de la agricultura. Medir el éxito en base a la producción de comida y fibra se toma como el criterio necesario y suficiente para evaluar la ética de la agricultura. El criterio productivista equivale a un principio que sostiene que una mayor producción es siempre mejor. (...) “Demasiado no es suficiente”. El dinámico entusiasmo occidental de este eslogan capta el espíritu, si no la esencia, de la ética productivista» (Thompson, 1995: 47-48).

La forma de relación con el medio de los ganaderos serranos, sin embargo, no parece ajustarse a esta visión. Es cierto que la manera como se intentó navegar la crisis producida por la desintegración de la configuración socioecosistémica “tradicional” tuvo que ver con una intensificación y un cierto nivel de capitalización (capítulo 3). Ahora bien, el hecho de que no haya habido cambios sensibles en ese estilo de manejo desde su propia emergencia en los años 1970 y 1980 no se halla en concordancia con el “siempre más” que caracterizaría al productivismo. Esto resulta llamativo en relación, sobre todo, al último decenio, marcado por el mencionado declive de la rentabilidad, frente al cual no hay duda de que una de las posibles salidas podría pasar por dar una vuelta de tuerca a la intensificación. Muy por el contrario, existía entre los ganaderos una visión de la sierra como un medio especialmente refractario a toda idea de maximización y, en ese sentido, pervivía una percepción del límite de carga –ver caso de estudio desarrollado en el capítulo 8– que, aún pudiendo sobrepasarse, operaba de modo disuasorio respecto a la adopción de tácticas claramente maximizadoras.

Quizás el problema del productivismo no resida en el concepto en sí mismo. Útil posiblemente a un nivel de abstracción medio o alto (ver capítulo 3), es su empleo a un nivel microsocioal la fuente del problema según mi punto de vista, dado que ese uso sólo puede derivar en un oscurecimiento de la densidad cultural que acompaña a todas las actividades de transformación antrópica en el medio. Muchas veces da la impresión de que se aplica a toda forma de valoración de ese tipo de actividades en términos de resultado productivo. Pero esto significa hacer colapsar la dimensión práctica que acompaña a la mayor parte de las actividades de transformación en la idea de maximización, dos elementos que evidentemente no son sinónimos. Esto está presente, por ejemplo, en estudios como el de Thompson (1995), pero también es una perspectiva frecuente en muchos actores asociados con las políticas ambientales y/o el ecologismo, como esta tesis y buena parte del bagaje de la antropología de la conservación ponen de manifiesto.

Tercero, los ganaderos de estas sierras son seres humanos completos y complejos. Ni la simplificación que encierra la etiqueta productivista los puede definir, ni tampoco es plausible su adecuación a subjetividades ambientales “precocinadas”. En relación a esto último, en esta tesis se ha evidenciado el fracaso de la tentativa realizada por el PN, pero también la imposible concordancia entre la conducta diversa y condicionada de los pequeños ganaderos y las categorías a través de las cuales los implementadores de las políticas agroambientales los enfocan, como es el caso de la perspectiva normativista de los auditores de producción ecológica y el derivado modelo ideal de productor “honesto”, una visión que al mismo tiempo observa a los productores agrarios como ajenos a condicionantes y relaciones sociales (ver también de Vries, 1997 y Fox, 2011). Tampoco se puede caer, por cierto, en un “populismo ideológico” (Olivier de Sardan, 2005) que sobrevalore la “sabiduría” de los pequeños ganaderos y oculte la existencia de problemas ambientales en sus explotaciones y estilo de manejo, cayendo en una imagen romántica e igualmente simplista.

Los pequeños ganaderos serranos no son ni verdugos del medio ambiente ni víctimas pasivas de las políticas agroambientales. Son, eso sí, productores acuciados por una situación de fragilización económica estrechamente vinculada con la contradicción capitalismo-agricultura. Son también constructores de ese medio que no aceptan que sus conocimientos sean de menor categoría que aquellos que vienen acompañados de la etiqueta de “científicos” o “expertos”. Son gentes, por fin, que se aferran a su oficio con uñas y dientes. Y esto por una diversidad de motivos, pero, entre ellos, por algo que nadie les puede quitar y que posiblemente nadie pueda tampoco superar: un sentido de pertenencia a su sierra fraguado en una relación duradera, cotidiana e íntima.

Esto significa que todo intento de intervención en estos territorios en un sentido socioambiental –ya sea institucional o “desde abajo”– debe partir de tres premisas básicas

e interrelacionadas para tener posibilidades de aceptación y desarrollo. En primer lugar, el respeto hacia estas gentes, sus conocimientos, sus prácticas y sus puntos de vista. En segundo lugar, una simetría por la que se los reconozca como iguales, como actores al mismo nivel que cualquier otro. Y en tercer lugar, la confección de proyectos que nazcan de necesidades sentidas por estas gentes y hagan de ellas prioridades y no pretextos o reclamos. Ello no significa que en este tipo de iniciativas vayan a dejar de existir tensiones. La antropología ha demostrado que todo programa en el que convergen actores con distintas trayectorias y conocimientos da lugar a ellas. Lo que significa es que hay que asumirlas y, al mismo tiempo, intentar amortiguarlas por la vía de la co-construcción de proyectos y de una sincera toma de partido por estas gentes y por su “pervivencia”.

CHAPTER 9

GENERAL CONCLUSIONS

... when we realize that there is
never a single story about any place,
we regain a kind of paradise

Chimamanda Ngozi Adichie, *The danger of a single story*

In this dissertation, I described how small stockbreeders located in the Sevillian Sierra Morena mountain range interact with ‘organic farming’ [*agricultura ecológica*]. Organic farming was not understood as a pre-established category. Instead, the notion was built based on my interlocutors’ point of view with the aim of grasping organic farming’s ‘everyday life’. This choice of an emic-based construction led to a dual subject matter. On the one hand, organic farming corresponds to an idea of farming in balance with the environment. An idea that, as I argued in Chapter 1, is associated with sustainability in the sense that organic farming has become the specific version of the ‘social longing’ (Žižek, 1997/2003) for sustainability within the agrarian domain. On the other hand, organic farming can also be understood as the Andalusian organic production scheme linked to the Common Agricultural Policy (CAP). This programme basically consists in requiring farmers to substitute conventional inputs by certified organic ones, and subsequent substitution audits.

In this thesis, I attempted to frame small stockbreeders’ actions adopting a least unilateral perspective as possible. Unlike approaches that consider microsocial processes on their own, I defend, following Narotzky and Smith (2006), the adoption of a micro-oriented lens that is also able to constantly zoom out to avoid losing sight of the overall picture. In contrast with homogeneous frameworks, my analysis was sensitive to the changing entanglements of material, historical and situational factors.

In the coming pages I summarise the main arguments developed based on those assumptions and review the contributions of my dissertation. I end by emphasising the complex human condition of these small mountain stockbreeders, stressing that only by embracing such a complexity can we co-construct initiatives aimed at fighting for sustainability and social justice in an intertwined way.

1. PERLABORATION AND FANTASY

For my interlocutors, organic-farming-as-longing was not a remote phenomenon. Quite the contrary, most of them had undergone what I call a process of ‘ecologisation’. This process has to do with the ‘conceptual prism’ of the environment-sustainability duo and its internalisation through arguments and views about the anthropic intervention in ‘nature’. This leads to understanding that (agrarian) intervention is an exercise conducted within a finite reality whose continuity depends on respecting its limits.

That process cannot be fully comprehended without looking at recent changes to the specific ‘force field’ these stockbreeders take part in. In accordance with Nuijten (2005), I defined force field as a domain of power relations that revolves around the access and use of the resources needed for agrarian activity. As I showed in Chapter 3, this force field has been marked by state institution interventions, stemming from different levels (European Union, Spanish and Andalusian levels) and with various purposes (agrarian, environmental). The main characteristic of this solid intervention in the Andalusian rural milieu and, in particular, in the fields of the studied area, was its own ecologisation. On the one hand, policies openly environmental were launched, such as the natural park mentioned. On the other, the CAP did not only multiply its agri-environmental schemes, it also brought in cross measures, such as subjecting payments to eco-compliance since 2005.

As policies were increasingly directed towards sustainability, local stockbreeders – both small and medium in this case – proceeded with a parallel ecologisation. This should not be understood as some sort of Foucauldian subjection, but as a ‘tactic’ (de Certeau, 1980/1984) directed towards improving political participation in the force field. In that sense, the longing for (agrarian) sustainability was not fully adopted. It was internalised through the process of partial re-semantisation that Žižek (1997/2003) called ‘ideological perlaboration’.

Despite the fact that other authors have verified similar phenomena, one contribution of my work is the theoretical elaboration on the discursive constructions resulting from that ecologisation, enabling to better understand and dimension its political power. In this sense, I supplement the concept of perlaboration with the concept of articulation developed by Hall (1986/2005c, 1988b). This author did not see discourses as coherent units, but as chains of heterogeneous elements of the cultural repertoire whose joint meaning stems precisely from the ‘social force’ that animates their articulation. In this light, our stockbreeders’ discursive practices emerge as original constructions that combine ecological arguments with local knowledge, classic subaltern elements – ‘anti-landlorism’ (*antilatifundismo*), distrust of ‘expert’ knowledge, etc – and collective memories (Chapters 5 and 8). Stockbreeders thus struggled to ‘appropriate’ the longing for sustainability and

legitimise their action in the environment in a context of increasing dependence and subordination to ('greening') institutional interventions.

I also defended that the increasing complexity of the agrarian force field and the loss of farmer autonomy underlay a phenomenon of 'displacement' (Laclau and Mouffe, 1985/2001) in which local stockbreeders centralised many of their demands and unease around the natural park. The most significant case was the conspiracy narrative regarding the introduction of the Egyptian mongoose (*Herpestes ichneumon*) explored in Chapter 6. I argued that the natural park operated as a sort of 'nodal point' (ibid.) which enabled to 'channel' conflict without getting lost in the messy terrain that the agrarian force field has turned into.

Having said that, it was not only necessary to focus on the displacement itself, but also on the 'displaced' element. Instead of the total contingency that Laclau and Mouffe saw in these kinds of processes, I linked the contingency around the natural park to stockbreeders' ecologisation. In this sense, the arrival of the new academic understanding of the *dehesa* (Iberian open oak parkland) –another feature of that ecologisation– played a crucial role. Since the 1980s, the 'classic' *dehesa* went from being portrayed as one of the worst examples of 'landlordism' (*latifundismo*) to an archetype of balanced human-environment relations (Pérez, 2005). It did not take long for stockbreeders to internalise an 'organicist' view that emphasised the anthropic imprint on the area's dominating socio-ecosystem.

Stockbreeders' reading of that narrative contained many features of an 'ideological fantasy' (Žižek, 1989/1999), since it implied an image of equilibrium according to which the current *dehesa* was nothing more than a continuation of the classic *dehesa* and stockbreeders the custodians and constructors of its sustainability. Strikingly, ecological imbalances were acknowledged at the same time, which meant that the idea of balance coexisted with that of its negation. As in the case of other fantastic constructions – paradigmatically, the corporativist ones–, that imbrication meant including a vector of (ecological) impossibility: this latter role would be played by the natural park. The natural park experience was mainly associated with restrictive and oppressive intervention. Thus, unsurprisingly, it was 'selected' as the ultimate cause of environmental degradation.

2. 'ETHICS OF ENDURANCE' AND IMPROVISATION

With respect to relations with organic-farming-as-a-scheme, my attention turned to organic conversion processes involving small stockbreeders. The premise was that, if the aim is to approach the microsocial density of the stockbreeder-scheme relations, in this case, these processes could not be grasped adopting a normative perspective (Kaljonen, 2011; Olivier de Sardan, 2005) or using a linear model of policy implementation (McGee, 2004; Shore and Wright, 2011).

I argued that these relations were strongly influenced by an emerging moral economy responding to the decline and weakening of small stockbreeders' livelihoods. The aspiration to 'continue to be stockbreeders' had become a sort of 'right' (Edelman, 2005). Again, this construction was strongly linked to an updated 'anti-landlordism', an element of the subaltern cultural repertoire that was deep-rooted in the mid-twentieth century (Chapter 2) and further renewed through a succession of state interventions (Chapters 3 and 4). 'Anti-landlordism', mainly in the form of a 'comparative disadvantage' regarding the distribution of CAP funds, contributed to regarding those subsidies as the prerogative of small stockbreeders. Whether or not they converted to organic production, small stockbreeders understood, as commented by one of my interlocutors, that failing to obtain that subsidy was tantamount to 'losing money', that is, getting rid of something considered to be one's own.

The problem for those who opted for the conversion lay in what I called 'substitution dilemma'. This dilemma stemmed from a replacement that consisted, in practice, in acquiring more expensive and less effective inputs than conventional ones. Despite experimenting those new inputs, the risk perceived by small stockbreeders were twofold: substitution could 'eat the subsidy' (*comerse la subvención*) and their farming style was threatened, since they had to keep lambs on-farm later than they wished and also their sheep became more vulnerable to diseases. Two perspectives clashed here: while the autonomous administration framed organic subsidies as a compensation for the additional costs of conversion, understood, in turn, as strictly voluntary, small stockbreeders were taking clearly dissimilar parameters into account. They perceived the organic scheme as an opportunity to obtain an extra income they had a right to have and, at the same time, were bound to.

There were various approaches to the substitution dilemma, but there was a tendency to return –more or less partially– to the use of conventional inputs. This resulted from the Andalusian organic control system leaving broad room for manoeuvre (Chapter 7). Use of non-authorised products met the approval of small stockbreeders as a whole and, in that sense, led to extending the moral economy that I have called 'ethics of endurance'. Boosted by practices dealing with legal-illegal duality, that extension crucially relied on the post-war peasant black market –*estraperlo* or, according to local speech, '*traspelo*' – and the legitimising of the illegal by virtue of values consisting, among others, of peasant autonomy and the right to fully dispose of the products of their own work (Chapter 2).

A common feature of the literature on moral economies is to regard these legitimisation processes in terms of 'all or nothing'. In contrast, one of my contributions consists in integrating the existence of a hierarchy of legitimacies. Thus, some practices had a higher level of legitimacy, such as the use of conventional anti-parasitic products. They were widely

and openly used; they were even acknowledged and defended during audits. On the other hand, practices such as administering conventional feed were systematically hidden and, despite their relevance, not as widespread as the anti-parasitic products. Within this hierarchy, associating the use of conventional anti-parasitic products with animal health seemed to be crucial, while the use of conventional feed was understood by my interlocutors as a sort of ‘prank’ (*picardía*) that aimed to minimise economic losses.

Be that as it may, these different ways of addressing the ‘dilemma’ were no guarantee of a comfortable organic scheme experience. Input substitutions led to tensions and, to some extent, destroyed the prospect of a ‘normal step’ towards organic farming based on a situation of (self-perceived) ‘effectively organic’ farming. In addition, subsidies often arrived late and, sometimes, did not even come. In that sense, reversions were very common and, strikingly, they also took place in advance.

The latter, I argued, was an indication that automatisms are inexistent, and that monocausal frameworks, such as economicism or culturalism, fail to grasp the diversity of people’s movements. Instead, I highlighted how the Ingoldian metaphor of improvisation could be useful to frame such a dynamic: it has the advantage of moving beyond structuralism, as well as beyond a ‘mentalist’ notion of agency. That metaphor draws attention rather to the interlocking of experience and action; it understands action as free of ‘strategism’, characterised, in turn, by drawing lines with no precise direction in response to the meshwork of relations in which individuals find themselves.

3. SYMMETRY AND LONGINGS

In this dissertation, I attempted to provide a complex portrait of small stockbreeders in the Sevillian Sierra Morena mountain range based on their relational practices with organic farming. I concentrated on the historical processes underlying the formation of this sector and shed light on the agrarian force field in which they operate. I then focused on the ways they understand and defend their transformation practices within the environment. Three main conclusions of practical value may be drawn.

First, our small stockbreeders carry out their activity in a socioeconomic environment that makes them more vulnerable than ever before. The CAP plays a key role regarding that environment. This policy was initiated in the 1950s to expand European Economic Community agricultural productivity and thus ensure food supply. A few decades later, the CAP had become the stop-gap solution required by the agrarian sector following the dramatic acceleration that had been achieved. Beyond specific conjunctures that are now long gone, capitalist development and agriculture are mutually incompatible due to capitalist acceleration and subsequent agriculture’s gradual fall in profitability. As an early verification of that tendency, let us recall some of the fathers of political economy, such as

King or Turgot. The CAP aimed to cushion this tendency by sustaining European farm income. However, current CAP fund cuts are merging with the freezing of the price of lamb and a concurrent rise in living costs. Together, all these elements constituted a context of falling profitability in the case of my research area.

Small stockbreeders were the final link in the agri-food chain: their room for manoeuvre was thus restricted to merely deciding whether to sell their lambs to the district cooperative or big purchasers. There was not even any room for manoeuvre in the case of pigs, raised almost exclusively on the basis of the semi-proletarianisation system known as *reposición* (Chapter 4). In that sense, they were threatened by falling profitability and pressured into searching for alternatives. It is not possible to understand these stockbreeders if we do not bear in mind the constricted situation they were in.

Second, these stockbreeders' behaviour cannot be addressed within a framework of productivism. Productivism is often understood as a mental scheme of action dominated by the notion of maximisation. Paul Thompson, for instance, defined it as follows:

«Productionism is the philosophy that emerges when production is taken to be the sole norm for ethically evaluating agriculture. Measuring success in production of food and fiber is taken to be both a necessary and a sufficient criterion for evaluating the ethics of agriculture. The productionist criterion amounts to a principle which states that more production is always better. (...) “Too much ain’t enough.” The gogo Western enthusiasm of that slogan captures the spirit, if not the essence, of the productionist ethic» (Thompson, 1995: 47-48).

Nevertheless, that perspective does not seem to apply to the way our mountain stockbreeders relate with the environment. It is true that the crisis that arose from the disintegration of the ‘traditional’ socio-eco-systemic configuration was navigated based on intensification and a certain level of capitalisation (Chapter 3). However, the failure to verify noticeable changes in that farming style since it emerged in the 1970s and 1980s does not concur with the ‘always more’ feature of productivism. This is remarkable, above all, regarding the last decade. The context of crisis and falling profitability certainly seems to be a strong incentive to seek alternatives that reinforce agrarian intensification. Stockbreeders, however, had quite an opposite view: they regarded the mountain environment as particularly averse to any notion of maximisation. In that sense, the perception of a stocking density (Chapter 8) persisted and it worked as a deterrent regarding the adoption of openly maximising tactics.

The problem with productivism may not lie, in fact, in the concept itself. While the concept is probably useful at a medium or high level of abstraction (see Chapter 3), the source of the problem, I believe, is linked to its use at a microsocial level. At this level, it can only lead to the obscuring of cultural density, which occurs in the case of any anthropic transformative activity in the environment. The recurring impression is that all agrarian

activity evaluations are conducted in terms of productive outcome. But this means compressing the practical dimension inherent to most transformation activities into a notion of maximisation: production and maximisation, however, are obviously not synonymous or equivalent. That collapse is apparent in studies such as that of Thompson (1995), but it is also prevalent among many actors associated with environmental policies and/or environmentalism, as shown in this dissertation and by several ethnographies of conservation before.

Third, these mountain stockbreeders are complete and complex human beings. They cannot be simplified and be given a productivist label, nor do they fit into ready-made environmental subjectivities. With respect to the latter, this dissertation has shown the demise of the natural park attempt, but also how small stockbreeders' diverse and conditioned behaviour fail to fit into the categories used by (agri-)environmental policy implementors. This is the case of organic auditors' normative approach and the subsequent model of the 'honest' farmer: a farmer detached from constraints and social relations (see also de Vries, 1997 and Fox, 2011). It is worth noting that we cannot fall prey either to what Olivier de Sardan (2005) terms 'ideological populism': to overvalue small farmers' 'knowledge', hiding the environmental problems linked to their farms and farming style, thus falling into a romantic and equally simplistic image.

Small mountain stockbreeders are neither the executioners of the environment, nor the passive victims of agri-environmental policies. They are producers who are driven by a situation of economic weakening closely linked to the capitalism-agriculture contradiction. They are also constructors of that environment and do not accept that their knowledge is minor compared to knowledge labelled 'scientific' or 'expert'. To finish, they cling tooth and nail to their profession. There can be a variety of reasons, but one motive stands out that cannot be taken away from them or surpassed: a sense of belonging forged through a long-lasting, daily, and intimate relationship with their mountains.

This means that any attempt –either institutional or 'grassroots'– to intervene in socioenvironmental terms in these kinds of areas must be built on three basic and interconnected premises so it can be potentially accepted and developed. First, respect towards these people, their knowledge, their practices and their points of view. Second, a symmetry according to which they are recognised as equals, that is, on the same footing as any other actor. And third, a way of devising projects that must arise from the needs felt by these people, turning them into a priority, not merely an appeal or a pretext. This does not mean that these initiatives will be free of conflict. Anthropological studies have demonstrated that tensions arise when actors with different backgrounds and knowledge converge, a phenomenon inherent to any intervention scheme. What it means is that we

must accept them and, at the same time, attempt to diminish their impact by co-constructing projects and sincerely choosing to side with these people and their 'endurance'.

BIBLIOGRAFÍA

- Abrams, P. (1988). "Notes on the difficulty of studying the state". *Journal of Historical Sociology*, 1(1), 58-89.
- Acciaioli, G. (2006). "Environmentality reconsidered: Indigenous To Lindu conservation strategies and the reclaiming of the commons in Central Sulawesi, Indonesia". En M. Galvin y T. Haller (Eds.), *People, protected areas and global change: Participatory conservation in Latin America, Africa, Asia and Europe* (pp. 401-430). Berna, Suiza: NCCR North-South.
- Acosta Naranjo, R. (2002). *Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- (2005). "La cultura de la dehesa". En S. Rodríguez Becerra (coord.), *Proyecto Andalucía. Antropología. Tomo XI* (pp. 209-246). Sevilla: Publicaciones Comunitarias.
- (2008). *Dehesas de la sobremodernidad. La cadencia y el vértigo*. Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- Acosta Naranjo, R., Amaya Corchuelo, S. y Díaz Aguilar, A. L. (2001a). *Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía. Volumen 1: dehesa y tierras calmas*. Monesterio: Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía.
- (2001b). *Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía. Volumen 2: olivar, viñas, huertas y otros*. Monesterio: Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía.
- Agrawal, A. (2005). "Environmentality: Community, intimate government, and environmental subjects in Kumaon, India". *Current Anthropology*, 46(2), 161-190.
- Allport, G. W. y Postman, L. J. (1947). *The psychology of rumor*. Nueva York, Estados Unidos: Henry Holt.
- Althusser, L. (2002). "Ideología y aparatos ideológicos del Estado". En L. Althusser, *La filosofía como arma de la revolución* (pp. 102-151) (23ª ed.). México D. F., México: Siglo XXI. Obra original publicada en 1970.
- Altieri, M. (1992). "¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?". En J. A. González Alcantud y M. González de Molina (Eds.), *La Tierra. Mitos, ritos y realidades* (pp. 332-350). Barcelona: Editorial Anthropos.
- Amaya Corchuelo, S. (2015). "Agricultura familiar en territorios de dehesa. Efectos de la nueva normativa en la continuidad de la agricultura familiar de dehesa". *Revista de la Facultad de Agronomía, La Plata*, 114(1), 101-109.
- Anders, G. y Nuijten, M. (2007). "Corruption and the secret of law: An introduction". En M. Nuijten y G. Anders (Eds.), *Corruption and the secret of law. A legal anthropological perspective* (pp. 1-24). Hampshire, Reino Unido: Ashgate.
- Anderson, P. (1981). *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*. Barcelona: Fontamara.
- (2016). "Los herederos de Gramsci". *New Left Review* [edición en castellano], 100, 79-110.
- (2017). *The H-word. The peripeteia of hegemony*. Londres, Reino Unido: Verso.
- Anderson, D. y Berglund, E. (Eds.) (2003). *Ethnographies of conservation. Environmentalism and the distribution of privilege*. Nueva York, Estados Unidos, y Oxford, Reino Unido: Berghahn.
- Anderson, P. y Del Arco Blanco, M. A. (2011). "Construyendo la dictadura y castigando a sus enemigos. Represión y apoyos sociales del franquismo (1936-1951)". *Historia Social*, 71, 125-141.

- Arce, A. y Long, N. (2007). "Forging a new anthropology of development: Common ground and contentious issues". En T. Bierschenk, G. Blundo, Y. Jaffré y T. A. Mahaman (Eds.), *Une anthropologie entre rigueur et engagement. Essais autour de l'oeuvre de Jean-Pierre Olivier de Sardan* (pp. 101-125). París, Francia: Karthala.
- Avilés Benítez, A. (1998). "La nueva política agrícola europea frente a la problemática ambiental: el caso de la Sierra Norte de Sevilla". *Revista de Estudios Regionales*, 52, 107-136.
- Balmori A. y Carbonell R. (2012). "Expansion and distribution of the Egyptian Mongoose (*Herpestes ichneumon*) in the Iberian Peninsula". *Galemys. Spanish Journal of Mammalogy*, 24, 83-85.
- Barciela López, C. (1989). "La España del estraperlo". En J. L. García Delgado (Ed.), *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial* (pp. 105-122). Madrid: Siglo XXI.
- — — (1998). "Franquismo y corrupción económica". *Historia Social*, 30, 83-96.
- Barciela López, C. y López Ortiz, M. I. (2003). "El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española". En C. Barciela López (Ed.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959* (pp. 55-94). Barcelona: Crítica.
- Barros, T., Carvalho, J., Pereira, M., Ferreira, J. P. y Fonseca, C. (2015). "Following the trail: Factors underlying the sudden expansion of the Egyptian mongoose (*Herpestes ichneumon*) in Portugal". *PLoS ONE*, 10(8), e0133768.
- Bastos, C. (1993). *Os montes do Nordeste algarvio*. Lisboa: Edições Cosmos.
- Beck, A., Szeremeta, A., Eigenschink, S. y Bal, K. (2012, diciembre). *The new organic production logo of the European Union*. Recuperado el 15/03/2019 de https://www.ifoam-eu.org/sites/default/files/page/files/ifoameu_reg_new_organic_logo_dossier_201212.pdf
- Beltran Costa, O. y Santamarina Campos, B. (2016). "Antropología de la conservación en España. Balance y perspectivas". *Revista de Antropología Social*, 25(1), 85-109.
- Beltran Costa, O. y Vaccaro Ribó, I. (2015). "Animais selvagens convertidos em sujeitos políticos: a gestão pública da fauna nos Pirineus". *Revista de @ntropologia da UFSCAR*, 7(1), 37-58.
- Bernabé Salgueiro, A. (1998). *Arquitectura vernácula diseminada en Constantina (Sevilla): economía, prestigio social y representaciones ideológicas*. Sevilla: Producciones Culturales del Sur.
- Bernal Rodríguez, A. M. (1979). *La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- — — (1997). "La tierra comunal en Andalucía durante la Edad Moderna". *Studia Historica: Historia Moderna*, 16(1), 101-127.
- — — (2009). "Panorama histórico del campesinado andaluz en la segunda mitad del siglo XX". En S. Rodríguez Becerra y C. Macías Sánchez (coords.), *El fin del campesinado. Transformaciones culturales de la sociedad andaluza en la segunda mitad del siglo XX* (pp. 19-29). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Bierschenk, T. (2014a). "From the anthropology of development to the anthropology of global social engineering", *Zeitschrift für Ethnologie*, 139(1), 73-98.
- — — (2014b). "Sedimentation, fragmentation and normative double-binds in (West) African public services". En T. Bierschenk y J. P. Olivier de Sardan (Eds.), *States at work*.

- Dynamics of African bureaucracies* (pp. 221-245). Leiden, Países Bajos, y Boston, Estados Unidos: Brill.
- Blanco, I. y Bardají, I. (2014). "El nuevo sistema de pagos directos". En I. Bardají (coord.), *Reflexiones en torno a la PAC* (pp. 27-57). Almería: Cajamar Caja Rural.
- Blanco Wells, G. E. (2009). *The social life of regions. Salmon farming and the regionalization of development in Chilean Patagonia* (Tesis doctoral no publicada). Wageningen University, Países Bajos.
- Blaser, M. (2009). "The threat of the Yrmo: The political ontology of a sustainable hunting program". *American Anthropologist*, 111(1), 10-20.
- Bonhomme, J. (2012). "The dangers of anonymity. Witchcraft, rumor, and modernity in Africa". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 2(2), 205-233.
- Boothman, D. (2008). "The sources for Gramsci's concept of hegemony". *Rethinking Marxism*, 20(2), 201-215.
- Borrero Fernández, M. (1992). "La organización de las dehesas concejiles en la 'tierra' de Sevilla". *Historia. Instituciones. Documentos*, 19, 89-106.
- (1998). "Situación demográfica de la Sierra Norte de Sevilla a fines de la Edad Media (siglo XV-1534)". *Historia Instituciones Documentos*, 25, 43-71.
- Bose, P., Arts, B. y van Dijk, H. (2012). "'Forest governmentality': A genealogy of subject-making of forest-dependent 'scheduled tribes' in India". *Land Use Policy*, 29(3), 664-673.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. Obra original publicada en 1980.
- (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama. Obra original publicada en 1997.
- (2000). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Istmo. Obra original publicada en 1984.
- (2002). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. México D. F., México: Taurus. Obra original publicada en 1979.
- Boyer, D. (2006). "Conspiracy, history, and therapy at a Berlin 'Stammtisch'". *American Ethnologist*, 33(3), 327-339.
- Briggs, C. (2004). "Theorizing modernity conspiratorially: Science, scale, and the political economy of public discourse in explanations of a cholera epidemic". *American Ethnologist*, 31(2), 164-187.
- Brightman, M. y Lewis, J. (2017a). "Introduction: The Anthropology of Sustainability: Beyond Development and Progress". En M. Brightman y J. Lewis (Eds.), *The Anthropology of Sustainability: Beyond Development and Progress* (pp. 1-34). Nueva York, Estados Unidos: Palgrave Macmillan.
- (Eds.) (2017b). *The Anthropology of Sustainability: Beyond Development and Progress*. Nueva York, Estados Unidos: Palgrave Macmillan.
- Brockington, D. (2002). *Fortress conservation: The preservation of the Mkomazi Game Reserve, Tanzania*. Oxford, Reino Unido: James Currey.
- Brown, M. (2010). "A tale of three buildings: Certifying virtue in the new moral economy". *American Ethnologist*, 37(4), 741-752.
- Buck, D., Getz, C. y Guthman, J. (1997). "From farm to table: The organic vegetable commodity chain of Northern California". *Sociologia Ruralis*, 37(1), 3-20.
- Burgess, J., Clark, J. y Harrison, C. M. (2000). "Knowledges in action: An actor network analysis of a wetland agri-environment scheme". *Ecological Economics*, 35(1), 119-132.
- Burton, R. (2004). "Seeing through the 'good farmer's' eyes: Towards developing an understanding of the social symbolic value of 'productivist' behaviour". *Sociologia Ruralis*, 44(2), 195-215.

- Burton, R., Kuczera, C. y Schwarz, G. (2008). "Exploring farmers' cultural resistance to voluntary agri-environmental schemes". *Sociologia Ruralis*, 48(1), 16-37.
- Burton, R. y Paragahawewa, U. (2011). "Creating culturally sustainable agri-environmental schemes". *Journal of Rural Studies*, 27(1), 95-104.
- Burton, R. y Wilson, G. (2006). "Injecting social psychology theory into conceptualisations of agricultural agency: Towards a post-productivist farmer self-identity?" *Journal of Rural Studies*, 22(1), 95-115.
- Campbell, H. y Liepins, R. (2001). "Naming organics: Understanding organic standards in New Zealand as a discursive field". *Sociologia Ruralis*, 41(1), 21-39.
- Campos Palacín, P. (1984). *Economía y energía en la dehesa extremeña*. Madrid: Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios.
- Candea, M. y da Col, G. (2012). "The return of hospitality". *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 18, s1-s19.
- Caradonna, J. L. (2014). *Sustainability. A history*. Nueva York, Estados Unidos: Oxford University Press.
- Carbon, C. (2018). "A conspiracy theory is not a theory about a conspiracy". *Social Epistemology Review and Reply Collective*, 7(6), 22-25.
- Carey, M. (2017). *Mistrust. An ethnographic theory*. Chicago, Estados Unidos: HAU Books.
- Cariño, M. y Castorena, L. (2016). "Prólogo". En M. Cariño y L. Castorena (Eds.), *Saberes para la sustentabilidad* (pp. 9-17). Barcelona: Icaria Editorial.
- Carmona Granado, A. (1987). "Cazalla de la Sierra a mediados del siglo XVIII: la dedicación de sus gentes". *Revista de Cazalla. Verano y fiestas 1987*, 14-15.
- — — (1995). "Cazalla de la Sierra: su historia". En A. Carmona Granado y S. Jiménez Cubero, *Cazalla de la Sierra. Naturaleza e historia* (pp. 37-103). Sevilla: Ayuntamiento de Cazalla de la Sierra.
- Carmona Granado, A. y Pery Seco, C. (1984). "Un paisaje del pasado". En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Informe final del proyecto "Evolución de los paisajes, transformaciones socio-económicas y ordenación del territorio en Andalucía. Tercera etapa". Tomo I* (s. p.). Capítulo no publicado. Junta de Andalucía - Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo - Casa de Velázquez, Madrid.
- Carmona Granado, A. y Yanes Sánchez, E. (2003). *Cazalla: un siglo de imágenes*. Sevilla: Asociación Cultural José María Osuna.
- Carmona Ruiz, M. A. (1995). *Usurpaciones de tierras y derechos comunales en Sevilla y "su tierra" en el siglo XV*. Madrid: MAPA.
- Carrera Díaz, G. (2002). "Industrias, arquitectura vernácula, territorio y patrimonio cultural en Constantina". *PH: Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, 39, 214-228.
- Carrithers, M., Candea, M., Sykes, K., Holbraad, M. y Venkatesan, S. (2010). "Ontology is just another word for culture. Motion tabled at the 2008 meeting of the Group for Debates in Anthropological Theory, University of Manchester". *Critique of Anthropology*, 30, 152-200.
- Carvajal Llorens, M. y Martín Ruiz, J. L. (1986). "Un fuerte proceso migratorio". En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Supervivencia de la Sierra Norte de Sevilla (Evolución de los paisajes y ordenación del territorio en Andalucía Occidental)* (pp. 57-80). Madrid: Junta de Andalucía - Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo - Casa de Velázquez.
- Castillo Quero, M. (1994). "Adaptación del sector lechero al régimen de cuotas". *Revista de Estudios Agrosociales*, 168, 157-176.

- Cavanaugh, J. (2016). "Documenting subjects: Performativity and audit culture in food production in northern Italy". *American Ethnologist*, 43(4), 691-703.
- Cepek, M. (2011). "Foucault in the forest: Questioning environmentality in Amazonia". *American Ethnologist*, 38(3), 501-515.
- Chauveau, J. P. (1997). "Des 'stratégies des agriculteurs africains' au 'raisonnement stratégique'". En C. Blanc-Pamard y J. Boutrais (coords.), *Thème et variations: nouvelles recherches rurales au Sud* (pp. 179-217). París, Francia: ORSTOM.
- Choclán, A., Melgar, A. y Moreno, J. (1981). "La colonia vitícola de Galeón: origen, evolución y decadencia". *Etnografía Española*, 2, 208-227.
- Christiansen, T. (1999). "Conflictos políticos y administrativos en el sector agrario durante el primer franquismo: el caso de Cuenca". *Historia Agraria*, 18, 225-245.
- Clarke, J. (2015). "Stuart Hall and the theory and practice of articulation". *Discourse: Studies in the Cultural Politics of Education*, 36(2), 275-286.
- Coca Pérez, A. (2006). "The value of cultural heritage in the natural spaces. Andalusia, Spain". En P. Simonič (Ed.), *Ethnography of protected areas. Endangered habitats – endangered cultures* (pp. 31-47). Liubliana, Eslovenia: Univerza v Ljubljani - Društvo za raziskovanje, trženje in promocijo varovanih območij Slovenije.
- (2008). *Los camperos. Territorios, usos sociales y percepciones en un "espacio natural" andaluz*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- (2010). "Políticas ambientales y marginación campera: las nuevas 'reservas indígenas' del siglo XXI". *PH Cuadernos*, 26, 18-33.
- (2014). "Los procesos de patrimonialización natural en cuestión. Legitimidad y uso de los recursos en el PN Los Alcornocales (Andalucía)". *Arxius de Ciències Socials*, 30, 31-44.
- Coca Pérez, A. y Escalera Reyes, J. (2019, mayo). "Los hombres que aman a los alcornoques: sobre servicios y cuidados en un sistema agroforestal mediterráneo". Comunicación presentada en el II Encuentro Internacional de la Red de Antropología Ambiental, Sevilla.
- Coca Pérez, A. y Zaya Grilo, R. (2008). "Protección ambiental, turismo cinegético y colectivos locales". En O. Beltran Costa, J. J. Pascual Fernández, e I. Vaccaro Ribó (coords.), *Patrimonialización de la naturaleza, el marco social de las políticas ambientales* (pp. 115-130). Donostia: Ankulegi.
- Comaroff, Jean, y Comaroff, John (Eds.) (1993). *Modernity and its malcontents: Ritual and power in postcolonial Africa*. Chicago: University of Chicago Press.
- (1999). "Occult economies and the violence of abstraction: Notes from the South African postcolony". *American Ethnologist*, 26(2), 279-303.
- (2003). "Transparent fictions; or, the conspiracies of a liberal imagination: An afterword". En H. West y T. Sanders (Eds.), *Transparency and conspiracy. Ethnographies of suspicion in the new world order* (pp. 287-299). Durham, Estados Unidos: Duke University Press.
- Comité Español del MaB (1989). *Seminario sobre dehesas y sistemas agrosilvopastoriles similares*. Recuperado el 29/07/2015 de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000141910>
- Consejería de Agricultura (Junta de Andalucía) (2001). *Caracterización del territorio de la Oficina Comarcal Agraria "Sierra Norte"*. Recuperado el 09/07/2018 de: http://www.juntadeandalucia.es/export/drupaljda/sierra_norte.pdf

- — — — (2008). *La Política Agraria Comunitaria en Andalucía durante el período 2000-2005*. Sevilla: Servicio de Publicaciones y Divulgación de la Consejería de Agricultura y Pesca.
- — — — (2011). *Manual de conversión a la producción ecológica*. Sevilla: Servicio de Publicaciones y Divulgación de la Consejería de Agricultura y Pesca.
- Consejería de Medio Ambiente (Junta de Andalucía) (2003). *Dehesas de Sierra Morena. Reserva de la Biosfera*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente.
- — — — (2014). *Bases para la realización del Sistema Compartido de Información sobre el Paisaje de Andalucía (SCIPA). Aplicación a Sierra Morena*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio.
- Constance, D. (2018). "Contested sustainability discourses in the agrifood system: an overview". In D. Constance, J. Konefal y M. Hatanaka (Eds.), *Contested sustainability. Discourses in the agrifood system* (pp. 3-16). Abingdon y Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Cortázar Rodríguez, F. J. (2008). "Esperando a los bárbaros: leyendas urbanas, rumores e imaginarios sobre la violencia en las ciudades". *Comunicación y Sociedad*, 9, 59-93.
- Cortés Vázquez, J. A. (2012). *Naturalezas en conflicto. Conservación ambiental y enfrentamiento social en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar*. Valencia: Editorial Germania - Associació Valenciana d'Antropologia.
- Cortés Vázquez, J. A., Quintero Morón, V. y Valcuende del Río, J. M. (2011). "La naturaleza como patrimonio: una categoría en disputa en el Parque Natural Cabo de Gata-Níjar". En J. Escalera Reyes (coord.), *Consumir naturaleza. Productos turísticos y espacios protegidos en Andalucía* (pp. 21-48). Sevilla: Aconcagua Libros.
- Cortés Vázquez, J. A. y Ruiz Ballesteros, E. (2018). "Practising nature: A phenomenological rethinking of environmentality in natural protected areas in Ecuador and Spain", *Conservation and Society*, 16(3), 232-242.
- Costa Pérez, J. C., Martín Vicente, A., Fernández Alés, R. y Estirado Oliet, M. (2006). *Dehesas de Andalucía. Caracterización ambiental*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente. Junta de Andalucía
- Crehan, K. (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra. Obra original publicada en 2002.
- Cruces Roldán, C. (1994). *Navaceros, "nuevos agricultores" y viñistas. Las estrategias cambiantes de la agricultura familiar en Sanlúcar de Barrameda*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- Cruzada, S. M. (2017). "Nosotros también somos indígenas: la vulnerabilidad del naturalismo en contextos occidentales de convivencia entre especies". *Etnográfica*, 21(1), 49-71.
- Dankers, C. (2004). *Las normas sociales y ambientales, la certificación y el etiquetado de cultivos comerciales*. Roma, Italia: FAO.
- de Certeau, M. (1984). *The practice of everyday life*. Berkeley y Los Ángeles, Estados Unidos: University of California Press. Obra original publicada en 1980.
- De los Llanos, C. (1984). "Estudio de la evolución de las estructuras y explotaciones agrarias". En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Informe final del proyecto "Evolución de los paisajes, transformaciones socio-económicas y ordenación del territorio en Andalucía. Tercera etapa"*. Tomo I (s. p.). Capítulo parcialmente no publicado. Junta de Andalucía - Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo - Casa de Velázquez, Madrid.

- (1986). “Permanencia del latifundismo”. En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Supervivencia de la Sierra Norte de Sevilla (Evolución de los paisajes y ordenación del territorio en Andalucía Occidental)* (pp. 179-235). Madrid: Junta de Andalucía – Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo – Casa de Velázquez.
- de Vries, P. (1997). *Unruly clients in the Atlantic Zone of Costa Rica. A study of how bureaucrats try and fail to transform gatekeepers, communists and preachers into ideal beneficiaries*. Ámsterdam, Países Bajos: CEDLA.
- (2005). “Critiquing governmentality: The social construction of participation and accountability in the Atlantic zone of Costa Rica”. *Focaal. Journal of Global and Historical Anthropology*, 45, 94-111.
- Del Arco Blanco, M. A. (2005). *Las alas del ave fénix. La política agraria del primer franquismo*. Granada: Comares Editorial.
- (2010). “El estraperlo: pieza clave en la estabilización del régimen franquista”. *Historia del Presente*, 15, 65-78.
- Del Cairo, C. y Montenegro-Perini, I. (2015). “Espacios, campesinos y subjetividades ambientales en el Guaviare”. *Memoria y Sociedad*, 39, 49-71.
- Del Campo Tejedor, A. (2000). *Agricultores y ganaderos ecológicos en Andalucía*. Sevilla: Consejería de Agricultura y Pesca.
- Del Río, A. y Valcuende, J. M. (2007). “Historias de vida y microbiografías. Una aproximación metodológica”. En G. Acosta Bono, A. Del Río Sánchez y J. M. Valcuende Del Río (coords.), *La recuperación de la Memoria Histórica. Una perspectiva transversal desde las Ciencias Sociales* (pp. 170-183). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Derrida, J. (2000). *Of hospitality. Anne Dufourmantelle invites Jacques Derrida to respond*. Stanford, Estados Unidos: Stanford University Press. Obra original publicada en 1997.
- Descola, P. (1992). “El determinismo raquíutico”. *Etnoecológica*, 1(1), 75-85.
- (2001). “Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social”. En P. Descola y G. Pálsson (Eds.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 101-123). México D. F., México: Siglo XXI. Obra original publicada en 1996.
- Díaz, M., Campos, P. y Pulido, F.J. (1997). “The Spanish *dehesas*: A diversity of land use and wildlife”. En D. Pain y M. Pienkowski (Eds.), *Farming and birds in Europe: The Common Agricultural Policy and its implications for bird conservation* (pp. 178-209). Londres, Reino Unido: Academic Press.
- Díaz, M. y Pulido, F. J. (2009). “Dehesas perennifolias de *Quercus* spp”. En VV.AA., *Bases ecológicas preliminares para la conservación de los tipos de hábitat de interés comunitario en España* (ficha 6310). Madrid: Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino. Recuperado el 14/06/2018 de: http://www.mapama.gob.es/es/biodiversidad/temas/espacios-prottegidos/6310_tcm30-196847.pdf
- Díaz Aguilar, A. L. (2010). *La creación de una comarca: ordenación del territorio, espacios sociales e identidades. El caso de Tentudía* (Tesis doctoral no publicada). Universidad de Sevilla, España.
- Díaz del Moral, J. (1979). *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas - Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)* (3ª ed. en Alianza Editorial). Madrid: Alianza. Obra original publicada en 1929.

- Díaz Iglesias, S. (2005). "Hacer etnografía en la propia comunidad: problema de expectativas, atribuciones y responsabilidades". *Revista de Antropología Experimental*, 5, s. p.
- Díaz Rodríguez, P., Santana Talavera, A. y Rodríguez Darías, A. J. (2015). "Re-significando lo cotidiano, patrimonializando los discursos". *Desacatos*, 47, 72-89.
- DiFonzo, N. (2019). "Conspiracy rumor psychology". En J. E. Uscinski (Ed.), *Conspiracy theories and the people who believe them* (pp. 257-268). Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- DiFonzo, N. y Bordia, P. (2007). "Rumor, gossip and urban legend". *Diogenes*, 213, 19-35.
- Driessen, H. (1983). "Male sociability and rituals of masculinity in rural Andalusia". *Anthropological Quarterly*, 56(3), 125-133.
- DuPuis, M. E. y Goodman, D. (2005). "Should we go 'home' to eat?: toward a reflexive politics of localism". *Journal of Rural Studies*, 21(3), 359-371.
- Edelman, M. (2005). "Bringing the moral economy back in... to the study of 21st-century transnational peasant movements". *American Anthropologist*, 107(3), 331-345.
- Escalera Reyes, J. (1990). *Sociabilidad y asociacionismo: estudio de antropología social en el Aljarafe sevillano*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.
- — — (1993). "Espacios Naturales - Espacios Sociales: por un tratamiento integral del patrimonio ecológico-cultural de Andalucía. El caso del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche (Huelva)". En I. González Turmo (coord.), *Parques Naturales andaluces: conservación y cultura* (pp. 11-17). Sevilla: Agencia de Medio Ambiente.
- Escalera Reyes, J. y Ruiz Ballesteros, E. (2011). "Resiliencia socioecológica: aportaciones y retos desde la Antropología". *Revista de Antropología Social*, 20, 109-135.
- Escalera Reyes, J. y Villegas Santaella, A. (1983). *Molinos y panaderías tradicionales*. Madrid: Editora Nacional.
- Escobar, A. (2012). "Cultura y diferencia: la ontología política del campo de Cultura y Desarrollo". *Wale'keru. Revista de investigación en cultura y desarrollo*, 2, s. p. Recuperado el 11/06/2018 de: <https://dugi-doc.udg.edu/bitstream/handle/10256/7724/WALEKERU-Num2-p7-16.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- European Union (2013). *Rural development in the EU. Statistical and economic information. Report 2013*. Bruselas, Bélgica: European Union.
- Evans, N., Morris, C. y Winter, M. (2002). "Conceptualizing agriculture: A critique of post-productivism as the new orthodoxy". *Progress in Human Geography*, 23, 313-332.
- Evans-Pritchard, E. E. (1976). *Witchcraft, oracles, and magic among the Azande* (2ª ed.). Oxford, Reino Unido: Clarendon Press. Obra original publicada en 1937.
- Evers, H. y Gerke, S. (2009). "Strategic group analysis". *Zentrum für Entwicklungsforschung - Universität Bonn*. Working paper nº 34.
- Falcón Jiménez, M. A. (1984). "Estudio de la evolución y situación actual de las actividades industriales de transformación". En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Informe final del proyecto "Evolución de los paisajes, transformaciones socio-económicas y ordenación del territorio en Andalucía. Tercera etapa"*. Tomo I (s. p.). Capítulo no publicado. Junta de Andalucía - Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo - Casa de Velázquez, Madrid.
- Fassin, D. (2009). "Moral economies revisited". *Annales. Histoire, sciences sociales*, 64(6), 1237-1266.
- Ferrarotti, F. (1991). *La historia y lo cotidiano*. Barcelona: Ediciones Península.

- Fletcher, R. (2010). "Neoliberal environmentalism: Towards a poststructuralist political ecology of the conservation debate". *Conservation and Society*, 8(3), 171-181.
- (2017). "Environmentality unbound: Multiple governmentalities in environmental politics". *Geoforum*, 85, 311-315.
- Foster, G. M. (1965). "El carácter del campesino". *Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología*, 1, 83-106.
- Foucault, M. (1978). *The history of sexuality. Volume 1: An introduction*. Nueva York, Estados Unidos: Pantheon. Obra original publicada en 1976.
- (2000). "The subject and power". En J. D. Faubion (Ed.), *Power* (pp. 326-348). Nueva York, Estados Unidos: The New Press. Obra original publicada en 1982.
- (2006). "Governmentality". En A. Sharma y A. Gupta (Eds.), *The anthropology of the state: A reader* (pp. 131-143). Oxford, Reino Unido: Blackwell. Obra original publicada en 1976.
- (2008). *The birth of biopolitics. Lectures at the Collège de France, 1978-1979*. Nueva York, Estados Unidos: Palgrave Macmillan.
- Fournier, S. y Muchnik, J. (2012). "El enfoque 'SIAL' (sistemas agroalimentarios localizados) y la activación de recursos localizados". *Agroalimentaria*, 34, 133-144.
- Fox, K. (2011). *Peasants into European farmers? EU integration in the Carpathian mountains in Romania*. Zúrich, Suiza, y Berlín, Alemania: Lit Verlag.
- Fukuoka, M. (s. f.). *Revolución de un rastrojo. Una introducción a la agricultura natural*. Maldonado, Uruguay: Publicaciones GEA. Obra original publicada en 1978.
- Gallego Fernández, F. B. y García Novo, F. (1997). "Las dehesas de Azuaga (Badajoz): análisis de cinco siglos de historia ecológica". *Pastos*, 27(1), 29-45.
- Galvin, S. S. (2014). "Organic designs and agrarian practice in Uttarakhand, India". *Culture, Agriculture, Food and Environment*, 36(2), 118-128.
- (2018). "The farming of trust: Organic certification and the limits of transparency in Uttarakhand, India". *American Ethnologist*, 45(4), 495-507.
- García Delgado, J. L. y García Grande, M. J. (2005). "Nacimiento y desarrollo de una idea: de la Conferencia de Stressa en 1958 a la Reforma MacSharry en 1992". En J. L. García Delgado y M. J. García Grande (dirs.), *Política Agraria Común: balance y perspectivas* (pp. 17-43). Barcelona: La Caixa.
- García Grande, M. J. (2005). "El último decenio: aplicación y consecuencias de las reformas de la PAC". En J. L. García Delgado y M. J. García Grande (dirs.), *Política Agraria Común: balance y perspectivas* (pp. 44-69). Barcelona: La Caixa.
- García Muñoz, A. (1995). *Los que no pueden vivir de lo suyo: trabajo y cultura en el Campo de Calatrava*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente.
- Garrido, A. (2016). "O corporativismo na História e nas Ciências Sociais - uma reflexão crítica partindo do caso português". *Estudos Ibero-Americanos*, 42(2), 387-408.
- Gaubert P., Machordom A., Morales A., Vicente J., Veron, G., Amin, M., ... Palomares, F. (2011). "Comparative phylogeography of two African carnivorans presumably introduced into Europe: dis-entangling natural versus human-mediated dispersal across the Strait of Gibraltar". *Journal of Biogeography*, 38, 341-358.
- Geschiere, P. (1997). *The modernity of witchcraft. Politics and the occult in post-colonial Africa*. Charlottesville, Estados Unidos: University of Virginia Press.
- Giddens, A. (1990). *Central problems in social theory. Action, structure and contradiction in social analysis* (4ª reimpresión de la 1ª ed. en inglés). Londres, Reino Unido: Macmillan Education. Obra original publicada en 1979.

- Gilmore, D. (1985). "The role of the bar in Andalusian rural society: Observations on political culture under Franco". *Journal of Anthropological Research*, 41(3), 263-277.
- Gluckmann, M. (1961). "Ethnographic data in British social anthropology". *The Sociological Review*, 9(1), 5-17.
- Godinho, P. (2001). *Memórias da resistência rural no Sul. Couço (1958-1962)*. Oeiras, Portugal: Celta Editora.
- Gómez Oliver, M. y Del Arco Blanco, M. A. (2005). "El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo". *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 23, 179-199.
- González Abrisketa, O. (2013). "Cuerpos desplazados. Género, deporte, y protagonismo cultural en la plaza vasca". *AIBR*, 8(1), 83-110.
- González de Molina, M. (2012). "Luces y sombras del crecimiento de la producción ecológica en Andalucía durante el último quinquenio (2007-2011)". *Cuaderno Interdisciplinar de Desarrollo Sostenible*, 9, 153-191.
- (2014). "La tierra y la cuestión agraria entre 1812 y 1931: latifundismo versus campesinización". En M. González de Molina (coord.), *La cuestión agraria en la historia de Andalucía. Nuevas perspectivas* (pp. 21-59). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- González de Molina, M. y Guzmán Casado, G. (2006). *Tras los pasos de la insustentabilidad. Agricultura y medio ambiente en perspectiva histórica (siglos XVIII-XX)*. Barcelona: Icaria Editorial.
- (2017). "On the Andalusian origins of agroecology in Spain and its contribution to shaping agroecological thought". *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 41(3/4), 256-275.
- González de Molina, M., Infante Amate, J. y Herrera González de Molina, A. (2014). "Cuestionando los relatos tradicionales: desigualdad, cambio liberal y crecimiento agrario en el Sur peninsular (1752-1901)". *Historia Agraria*, 63, 55-88.
- González-Broco, C., Vázquez, J., Larios-López, E., Fernández, A., Cortés, S., Blanca, I., ... Virgós, E. (2016). "Distribución del meloncillo (*Herpestes ichneumon*) en la provincia de Granada". *Galemys. Spanish Journal of Mammalogy*, 28, 41-51.
- Gramsci, A. (1984). "Cuaderno 8". En A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Volumen 3* (pp. 211-348). México D. F., México: Ediciones Era.
- (1986a). "Cuaderno 10. La filosofía de Benedetto Croce". En A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Volumen 4* (pp. 111-234). México D. F., México: Ediciones Era.
- (1986b). "Cuaderno 11". En A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Volumen 4* (pp. 235-350). México D. F., México: Ediciones Era.
- (1999). "Cuaderno 13. Notas breves sobre la política de Maquiavelo". En A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Volumen 5* (pp. 11-92). México D. F., México: Ediciones Era – Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- (2000). "Cuaderno 27. Observaciones sobre el 'folklore'". En A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Volumen 6* (pp. 201-207). México D. F., México: Ediciones Era – Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Guasch Andreu, O. (2002). *Observación participante* (2ª ed.). Madrid: CIS. Obra original publicada en 1997.
- Gupta, A. (1995). "Blurred boundaries: The discourse of corruption, the culture of politics, and the imagined state". *American Ethnologist*, 22(2), 375-402.
- Gustavsson, M., Riley, M., Morrissey, K. y Plater, A. (2017). "Exploring the socio-cultural contexts of fishers and fishing: Developing the concept of the 'good fisher'". *Journal of Rural Studies*, 50, 104-116.

- Guthman, J. (2004). *Agrarian dreams: the paradox of organic farming in California*. Berkeley y Los Ángeles, Estados Unidos: University of California Press.
- (2007). "The Polanyan way? Voluntary food labels as neoliberal governance". *Antipode*, 39(3), 456-478.
- (2008). "Neoliberalism and the making of food politics in California". *Geoforum*, 39(3), 1171-1183.
- Gutiérrez Molina, J. L. (1993). *La idea revolucionaria: el anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz durante los años treinta*. Madrid: Las Siete Entidades.
- Guzmán Casado, G., González de Molina, M. y Sevilla Guzmán, E. (2000). *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- Haggerty, J. (2007). "I'm not a greenie but...': Environmentality, eco-populism and governance in New Zealand. Experiences from the Southland whitebait fishery". *Journal of Rural Studies*, 23(2), 222-237.
- Haggerty, J., Campbell, H. y Morris, C. (2009). "Keeping the stress off the sheep? Agricultural intensification, neoliberalism, and 'good farming' in New Zealand". *Geoforum*, 40(5), 767-777.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza. Obra original publicada en 1950.
- Hall, S. (1985). "Signification, representation, ideology: Althusser and the post-structuralist debates". *Critical Studies in Mass Communication*, 2(2), 91-114.
- (1988a). "Gramsci and us". En S. Hall (Ed.), *The hard road to renewal. Thatcherism and the crisis of the Left* (pp. 161-173). Londres, Reino Unido: Verso.
- (1988b). "The toad in the garden: Thatcherism among the theorists". En C. Nelson y L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the interpretation of culture* (pp. 35-57). Illinois, Estados Unidos: University of Illinois Press.
- (2005a). "For Allon White: Metaphors of transformation". En D. Morley y K. H. Chen (Eds.), *Stuart Hall: Critical debates in Cultural Studies* (pp. 286-305) (2ª ed.). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge. Obra original publicada en 1993.
- (2005b). "Gramsci's relevance for the study of race and ethnicity". En D. Morley y K. H. Chen (Eds.), *Stuart Hall: Critical debates in Cultural Studies* (pp. 411-441) (2ª ed.). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge. Obra original publicada en 1986.
- (2005c). "On postmodernism and articulation. An interview with Stuart Hall". En D. Morley y K. H. Chen (Eds.), *Stuart Hall: Critical debates in Cultural Studies* (pp. 131-150) (2ª ed.). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge. Obra original publicada en 1986.
- (2005d). "The problem of ideology. Marxism without guarantees". En D. Morley y K. H. Chen (Eds.), *Stuart Hall: Critical debates in Cultural Studies* (pp. 24-45) (2ª ed.). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge. Obra original publicada en 1983.
- Hansen, T. B. y Stepputat, F. (Eds.) (2001). *States of imagination. Ethnographic explorations of the postcolonial state*. Durham, Estados Unidos, y Londres, Reino Unido: Duke University Press.
- Hanson, P.W. (2007). "Governmentality, language ideology, and the production of needs in Malagasy conservation and development". *Cultural Anthropology*, 22(2), 244-284.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal. Obra original publicada en 2005.

- Hatch, E. (1987). "The cultural evaluation of wealth: An agrarian case study". *Ethnology*, 26(1), 37-50.
- Heley, J. (2011). "On the potential of being a village boy: An argument for local rural ethnography". *Sociologia Ruralis*, 51(3), 220-237.
- Hetherington, K. (2005). *Cultivating utopia: Organic farmers in a conventional landscape*. Halifax, Canadá: Fernwood.
- Hudson, I. y Hudson, M. (2003). "Removing the veil? Commodity Fetishism, Fair Trade, and the Environment". *Organization & Environment*, 16(4), 413-430.
- Hunt, L. (2010). "Interpreting orchardists' talk about their orchards: The good orchardists". *Agriculture and Human Values*, 27, 415-426.
- Huttunen, S. y Peltomaa, J. (2016). "Agri-environmental policies and 'good farming' in cultivation practices at Finnish farms". *Journal of Rural Studies*, 44, 217-226.
- Ilbery, B. y Bowler, I. (1998) "From agricultural productivism to post-productivism". En B. Ilbery (Ed.), *The geography of rural change* (pp. 57-84). Londres, Reino Unido: Routledge.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- (2011a, octubre). "Against transmission". En T. Ingold, *Making growing learning* (pp. 1-9). Conferencia impartida en la Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte (Brasil). Recuperado el 8/9/2018 de: <https://www.ufmg.br/ieat/wp-content/uploads/2015/06/Tim-Ingold-Making-Growing-Learning1.pdf>
- (2011b). *Being alive. Essays on movement, knowledge and description*. Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- (2014). "The creativity of undergoing". *Pragmatics & Cognition*, 22(1), 124-139.
- Ingold, T. y Hallam, E. (2007). "Creativity and cultural improvisation: An introduction". En E. Hallam y T. Ingold (Eds.), *Creativity and cultural improvisation* (pp. 1-24). Oxford, Reino Unido: Berg.
- Jiménez Cubero, J. A. (2011). *Con nombres y apellidos. La represión franquista en Cazalla de la Sierra (1936-1950)*. Sevilla: Aconcagua Libros.
- (2013). *Crónica local de la infamia. La represión franquista de las mujeres republicanas de Cazalla de la Sierra*. Sevilla: edición del autor.
- (s. f.). "La represión franquista en la Colonia Agrícola de Galeón. Punto y final de un sueño colectivista". Recuperado el 21/10/2014 de: http://www.todoslosnombres.org/sites/default/files/investigacion155_1.pdf
- Jiménez Cubero, S. (1995). "Cazalla de la Sierra: su naturaleza". En A. Carmona Granado y S. Jiménez Cubero, *Cazalla de la Sierra. Naturaleza e historia* (pp. 9-36). Sevilla: Ayuntamiento de Cazalla de la Sierra.
- (2015). *Cazalla de la Sierra. El país del aguardiente*. Sevilla: edición del autor.
- Joffre, R., Vacher, J., de los Llanos, C., y Long, G. (1988). "The *dehesa*: an agrosilvopastoral system of the Mediterranean region with special reference to the Sierra Morena area of Spain". *Agroforestry Systems*, 6, 71-96.
- Joffre, R., Vacher, J. y Fernández Ales, R. (1986). "La *dehesa*: un sistema ecológico complejo ¿con porvenir productivo?". En Equipo Pluridisciplinar de la Casa de Velázquez, *Supervivencia de la Sierra Norte de Sevilla (Evolución de los paisajes y ordenación del territorio en Andalucía Occidental)* (pp. 237-265). Madrid: Junta de Andalucía – Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo – Casa de Velázquez.
- Johnson, A. (2013). "Moral knowledge and its enemies: Conspiracy and kingship in Thailand". *Anthropological Quarterly*, 86(4), 1059-1086.

- Juntti, M. y Potter, C. (2002). "Interpreting and re-interpreting agri-environmental policy: Communication, trust and knowledge in the implementation process". *Sociologia Ruralis*, 42(3), 215-232.
- Kaljonen, M. (2006). "Co-construction of agency and environmental management. The case of agri-environmental policy implementation at Finnish farms". *Journal of Rural Studies*, 22, 205-216.
- (2011). *Caught between standardisation and complexity. Study on the institutional ambiguities of agri-environmental policy implementation in Finland* (Tesis doctoral no publicada). University of Tampere, Finlandia.
- Kelly, J. (2014). "The ontological turn: Where are we?". *HAU: Journal of Ethnographic Theory*, 4(1), 357-60.
- Kipnis, A. (2008). "Audit cultures: Neoliberal governmentality, socialist legacy, or technologies of governing? *American Ethnologist*, 35(2), 275-289.
- Koster, M. (2009). *In fear of abandonment. Slum life, community leaders and politics in Recife, Brazil* (Tesis doctoral no publicada). Wageningen University, Países Bajos.
- Krause Lameiras, A., González-Garzo Ferrero, A., Martínez Prada, A., Casado Briones, S., Fernández Sainz, S., Gonzalo García, D., ... Díaz Diego, J. (2006). *Los guardianes de las semillas*. Zamora: ADISAC-La Voz - ASAM - CODINSE - CDR Tierra de Campos - CEDECO Tentudía.
- Laclau, E. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- (2007). *Emancipation(s)* (2ª ed.). Londres, Reino Unido: Verso. Obra original publicada en 1996.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2001). *Hegemony and socialist strategy. Towards a radical democratic politics* (2ª ed.). Londres, Reino Unido: Verso. Obra original publicada en 1985.
- Larrubia Vargas, R. (2017). "La política agraria común y sus reformas: reflexiones en torno a la reforma de 2014-2020". *Cuadernos Geográficos*, 56(1), 124-147.
- Lazo Díaz, A. (1970). *La desamortización de las tierras de la Iglesia en la provincia de Sevilla (1835- 1845)*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- Leite Lopes, J. (2006). "Sobre os processos de 'ambientalização' dos conflitos e sobre dilemas da participação". *Horizontes Antropológicos*, 25, 31-64.
- Lele, S.M. (1991). "Sustainable development: A Critical Review". *World Development*, 19(6), 607-621.
- Lernoud, J. y Willer, H. (2015). "Current statistics on organic agriculture worldwide: Organic area, producers, markets and selected crops". En H. Willer, H. y J. Lernoud (Eds.), *The world of organic agriculture. Statistics and emerging trends 2015. FiBL-IFOAM report* (pp. 32-118). Frick, Suiza, y Bonn, Alemania: FiBL - IFOAM.
- Li, T. M. (2007). *The will to improve. Governmentality, development, and the practice of politics*. Durham y Londres, Reino Unido: Duke University Press.
- Lilja, M. y Vinthagen, S. (2014). "Sovereign power, disciplinary power and biopower: Resisting what power with what resistance?" *Journal of Political Power*, 7(1), 107-126.
- Lipsky, M. (1980). *Street-level bureaucracy. Dilemmas of the individual in public services*. Nueva York, Estados Unidos: Russel Sage Foundation.
- Long, N. (2001). *Development sociology. Actor perspectives*. Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge.

- López Sáez, J. A., López García, P., López Merino, L., Cerrillo Cuenca, E., González Cordero, A. y Prada Gallardo, A. (2007). "Origen prehistórico de la dehesa en Extremadura: una perspectiva paleoambiental". *Revista de estudios extremeños*, 63(1), 493-510.
- Lozano Cabedo, C. (2011). *El sabor de la naturaleza. Agricultura ecológica en parques naturales andaluces*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- (2013). "Representaciones sociales de la agricultura ecológica en Andalucía". *Gazeta de Antropología*, 29(2), s. p. Recuperado el 25/01/2016 de <http://www.gazeta-antropologia.es/wp-content/uploads/GA-29-2-05-Carmen-Lozano.pdf>
- Luke, T. (1999). "Environmentality as green governmentality". En E. Darier (Ed.), *Discourses of the Environment* (pp. 21-151). Oxford, Reino Unido: Blackwell.
- Madoz, P. (1847). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar. Tomo VI*. Madrid: Establecimiento literario-tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti. Recuperado el 08/07/2014 de <http://www.bibliotecavirtualdeandalucia.es/catalogo/es/consulta/registro.cmd?id=6353>
- MAPAMA (2018). *Agricultura Ecológica. Estadísticas 2017*. Madrid: MAPAMA.
- Martín Criado, E. (1998). "Los decires y los haceres". *Papers*, 56, 57-71.
- (2013). "Cabilla: la problemática génesis del concepto de *habitus*". *Revista Mexicana de Sociología*, 75(1), 125-151.
- (2014). "Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis de discurso". *Revista Internacional de Sociología*, 72(1), 115-138.
- Martín Ruiz, P. (1975). *Comentarios sobre la comarca "Sierra Norte" de Sevilla y su Plan de Mejora*. Madrid: IRYDA.
- Martín Sánchez, I. (2013, octubre). "Mujeres y entorno en un espacio rural andaluz, el caso de estudio de Almadén de la Plata". Comunicación presentada en el IV Congreso de Economía Feminista, Carmona (España). Recuperada el 02/07/2015 de: http://riemann.upo.es/personal-wp/congreso-economia-feminista/files/2013/10/Martin_Isabel.pdf
- Martín Vicente, A. y Fernández Alés, R. (2006). "Long term persistence of dehesas. Evidence from history". *Agroforestry Systems*, 67, 19-28.
- Martínez, F. (2015). "De Voloshinov a Angenot: acerca de las teorías sobre disputas por el sentido". Ponencia en el 5º Encuentro del Seminario Permanente sobre Hegemonía y Discurso de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina) (septiembre de 2015). Recuperado el 20/1/2018 de: https://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&uact=8&ved=oahUKEwi5gLn_ipvZAUM1RQKHfl1AgQQFggoMAA&url=http%3A%2F%2Fwww.iesac.unq.edu.ar%2Fwp-content%2Fuploads%2F2015%2F10%2FTextoFabianaMart%25C3%25ADnez.doc&usg=AOvVaw3ILAiO86eiUXM6A9a-mwbU
- Martínez Alier, J. (1968). *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la campiña de Córdoba*. París, Francia: Ruedo Ibérico.
- Martínez Arroyo, F. y Palacios Agreda, A. M. (2014). *Guía práctica PAC 2014-2020*. Madrid: Editorial Agrícola Española.
- Marx, K. (1976). *El capital (Libro I. Tomo I)*. Madrid: Akal. Obra original publicada en 1867.
- Marx, K. y Engels, F. (1975). "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas (I capítulo de *La ideología alemana*)". En K. Marx y F. Engels, *Obras*

- escogidas. Tomo 1* (pp. 11-81). Moscú, antigua Unión Soviética: Progreso. Obra original publicada en 1846.
- Maurice, J. (1990). *El anarquismo andaluz*. Barcelona: Crítica.
- McGee, R. (2004). "Unpacking policy: Actors, knowledge and spaces". En K. Brock, R. McGee y J. Gaventa (Eds.), *Unpacking policy: Knowledge, actors and spaces in poverty reduction in Uganda and Nigeria* (pp. 1-26). Kampala, Uganda: Fountain Publishers.
- Millet Soler, M. (2005). "La PAC y las negociaciones comerciales internacionales". En J. L. García Delgado y M. J. García Grande (dirs.), *Política Agraria Común: balance y perspectivas* (pp. 154-189). Barcelona: La Caixa.
- Mintz, J. R. (1999). *Los anarquistas de Casas Viejas*. Granada: Diputación Provincial de Granada. Obra original publicada en 1982.
- Miranda Encarnación, J. A. (2003). "El fracaso de la industrialización autárquica". En C. Barciela López (Ed.), *Autarquía y mercado negro: el fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959* (pp. 95-122). Barcelona: Crítica.
- Mitchell, J. C. (1983). "Case and situation analysis". *The Sociological Review*, 31(2), 187-211.
- Moberg, M. (2014). "Certification and neoliberal governance: Moral economies of Fair Trade in the Eastern Caribbean". *American Anthropologist*, 116(1), 8-22.
- Moreno Navarro, I. (1978). "Actitudes y valores ante la emigración en una comarca de la sierra sevillana". En M. Gutiérrez Esteve, J. A. Cid Martínez y A. Carreira (coords.), *Homenaje a Julio Caro Baroja* (pp. 787-802). Madrid: CIS.
- Morin, E. (1971). *Rumour in Orléans*. Londres, Reino Unido: Anthony Blond. Obra original publicada en 1969.
- Morris, C. (2006). "Negotiating the boundary between state-led and farmer approaches to knowing nature: An analysis of UK agri-environment schemes". *Geoforum*, 37, 113-127.
- Mulero Mendigorri, A. (2001). "Sierra Morena como espacio protegido: del olvido tradicional al interés reciente". *Investigaciones geográficas*, 25, 51-66.
- Mutersbaugh, T. (2005). "Fighting standards with standards: Harmonization, rents, and social accountability in agrofood networks". *Environment and Planning A*, 37(11), 2033-2051.
- Naredo Pérez, J.M. (2004). "Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible". *Cuadernos de investigación urbanística*, 41, 7-18.
- Naredo Pérez, J. M., Ruiz-Maya Pérez, L. y Sumpsi Viñas, J. M. (1978). "La crisis de las aparcerías de secano en la postguerra". *Agricultura y Sociedad*, 6, 9-67.
- Narotzky Molleda, S. (2004). *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Editorial Melusina. Obra original publicada en 1997.
- Narotzky Molleda, S. y Smith, G. (2006). *Immediate struggles. People, power, and place in rural Spain*. Berkeley y Los Ángeles, Estados Unidos, y Londres, Reino Unido: University of California Press.
- Narváez, M., Blanco, J. C. y Barrios, L. (2008). "Estudio de los carnívoros predadores de la ZEPA de la Sierra Norte de Sevilla". En VV. AA., *Investigación científica y conservación en el Parque Natural Sierra Norte de Sevilla*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente.
- Nash, R. (2003). "Social explanation and socialization: on Bourdieu and the structure, disposition, practice scheme". *The Sociological Review*, 51(1), 43-62.
- Nuijten, M. (2003). *Power, community and the state. The political anthropology of organisation in Mexico*. Londres, Reino Unido, y Sterling, Estados Unidos: Pluto Press.
- — — — (2004). "Between fear and fantasy. Governmentality and the working of power in Mexico". *Critique of Anthropology*, 24(2), 209-230.

- (2005). “Power in practice: A force field approach to natural resource management”, *The Journal of Transdisciplinary Environmental Studies*, 4(2), 1-14.
- Ojeda Rivera, J. F. y Silva Pérez, R. (2002). “Efectos de la implantación del modelo agroambiental y postproductivista en la Sierra Morena Onubense”. *Estudios Geográficos*, 246, 69-100.
- Olivier de Sardan, J. P. (2005). *Anthropology and development. Understanding contemporary social change*. Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Zed Books.
- (2016). “For an anthropology of gaps, discrepancies and contradictions”. *Antropologia*, 3(1), 111-131.
- Ortner, S. B. (2006). *Anthropology and social theory. Culture, power, and the acting subject*. Durham, Estados Unidos: Duke University Press.
- Osborne, T. (1994). “Bureaucracy as a vocation. Governmentality and administration in nineteenth century Britain”. *Journal of Historical Sociology*, 7(3), 289-313.
- Otero Muerza, C. (2003). *Iniciativa privada y medio ambiente: al éxito por la práctica*. Madrid: FAES.
- Padel, S. y Lampkin, N. (2007). “The development of governmental support for organic farming in Europe”. En W. Lockeretz (Ed.), *Organic farming. An international history* (pp. 93-122). Wallingford, Reino Unido, y Cambridge, Estados Unidos: CAB International.
- Palenzuela Chamorro, P. (1996). *Buscarse la vida. Economía jornalera en las marismas de Sevilla*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla
- Palomares, F. (2007). “*Herpestes ichneumon* (Linnaeus, 1758)”. En L. J. Palomo, J. Gisbert y J. C. Blanco (Eds.), *Atlas y libro rojo de los mamíferos terrestres de España* (pp. 327-329). Madrid: Dirección General para la Biodiversidad - SECEM - SECEMU.
- Pálsson, G. (2001). “Relaciones humano-ambientales. Orientalismo, paternalismo y comunalismo”. En P. Descola y G. Pálsson (Eds.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 80-100). México D. F., México: Siglo XXI. Obra original publicada en 1996.
- Paniagua Gil, J. y Carbonell de Masy, R. (1974). “Grupos sindicales de colonización”. *Estudios Cooperativos*, 32, 19-32.
- Parejo Fernández, J. A. (2004). *La Falange en la Sierra Norte de Sevilla (1934-1956)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Parra, F. (1988). *La dehesa y el olivar*. Madrid: Editorial Debate.
- Pelkmans, M. y Machold, R. (2011). “Conspiracy theories and their truth trajectories”. *Focaal. Journal of Global and Historical Anthropology*, 59, 66-80.
- Perea Ortega, A. J. (2004). *El léxico de Cazalla de la Sierra*. Sevilla: Edición del autor.
- Pérez Díaz, A. (2005). “Reflexiones en torno a la sostenibilidad de la dehesa”. *Geographicalia*, 48, 101-119.
- Pérez Gómez, M. C. (2004). *El libro de los cuadernos de campo*. Sevilla: Asociación Cultural José María Osuna.
- Pérez González, B. (2004). *Estraperlo en Cádiz. La estrategia social*. Cádiz: Quorum Editores.
- Pérez Rubio, J. A. (1995). *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura (1940-1975)*. Madrid: MAPA.
- Pérez Yruela, M. (1979). *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936)*. Madrid: MAPA.

- Picado Umaña, W. (2016). "El Desarrollo Sustentable como ficción. Una crítica conceptual desde la perspectiva de la Historia". *Revista Perspectivas: Estudios Sociales y Educación Cívica*, 12, 21-37.
- Pitt-Rivers, J. (1968). "The stranger, the guest and the hostile host: introduction to the study of the laws of hospitality". En J. G. Peristiany (Ed.), *Contributions to Mediterranean sociology: Mediterranean rural communities and social change* (pp. 13-30). París, Francia: Mouton.
- (1971). *The people of the Sierra* (2ª ed.). Chicago, Estados Unidos: The University of Chicago Press. Obra original publicada en 1954.
- Power, M. (1997). *The audit society. Rituals of verification*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press.
- Pujadas Muñoz, J. J. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en Ciencias Sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Reig Martínez, E. (2008). "La política agraria común". En J. M. Jordán Galduf (coord.), *Economía de la Unión Europea* (pp. 365-390). Pamplona: Aranzadi.
- Requena Sánchez, M. D. (1993). *Permanencia y cambio en la Sierra Norte de Sevilla (1981-1992)*. Sevilla: Grupo de Investigación Estudios Integrados de Geografía.
- Rico Boquete, E. (2003). "El papel del Estado en la creación e industrialización de las masas forestales. Los eucaliptales del suroeste y la Empresa Nacional de Celulosas de Huelva, 1940-1975". En J. A. Sebastián Amarilla y R. Uriarte Ayo (Eds.), *Historia y economía del bosque en la Europa del Sur (siglos XVIII-XX)* (pp. 463-494). Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza.
- (2008). "Las diputaciones y la política forestal, 1925-1936. La repoblación forestal en las provincias de Madrid y Pontevedra". En Nicolás Marín, M. E. y González Martínez, C. (coords.), *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy* (pp. 288-304). Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Riley, M. (2008). "Experts in their fields: Farmer-expert knowledges and environmentally friendly farming practices". *Environment and Planning A*, 40(6), 1277-1293.
- (2011). "Turning farmers into conservationists? Progress and prospects". *Geography Compass*, 5/6, 369-389.
- (2016). "How does longer term participation in agri-environment schemes (re)shape farmers' environmental dispositions and identities?". *Land Use Policy*, 52, 62-75.
- Robinson, J. (2004). "Squaring the circle? Some thoughts on the idea of sustainable development". *Ecological Economics*, 48, 369-384.
- Rodríguez Barreira, O. (2007). *Migas con miedo: prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*. Almería: Editorial Universidad de Almería.
- (2013). "Cambalaches: hambre, moralidad popular y mercados negros de guerra y postguerra". *Historia Social*, 77, 149-174.
- Rodríguez Barreira, O. y Lanero Táboas, D. (2014). "Juventud y campesinado en las falanges rurales: España, 1939-50". *Historia Agraria*, 62, 177-216.
- Román Cervantes, C. (2008). "Las sociedades agrarias de transformación en España: un análisis histórico". *CIRIEC-España. Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, 63, 65-87.
- Rosas, F. (2017). "O corporativismo enquanto categoria histórica". En L. A. Abreu y P. B. Santos (orgs.), *A era do corporativismo. Regimes, representações e debates no Brasil e em Portugal* (pp. 9-15). Porto Alegre, Brasil: EDIPUCRS.

- Rose, N. (2006). "Governing 'advanced' liberal democracies". En A. Sharma y A. Gupta (Eds.), *The anthropology of the state. A reader* (pp. 144-162). Oxford, Reino Unido: Blackwell.
- Roux, B. (1975). *Crisis agraria en la sierra andaluza. Un estudio económico de las empresas ganaderas de la provincia de Huelva*. Sevilla: IDR - Universidad de Sevilla.
- Ruiz Ballesteros, E. (2018). "Consumir y consumir naturaleza. Prácticas turísticas en la naturalización de la Sierra de Aracena". *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 58, 723-739.
- Ruiz Ballesteros, E. y Cáceres Feria, R. (2016). "Nature as praxis. Kitchen gardens and naturalization in Alájar (Sierra de Aracena, Spain)". *Journal of Material Culture*, 21(2), 205-222.
- Ruiz Ballesteros, E., Valcuende del Río, J. M., Quintero Morón, V., Cortés Vázquez, J. A. y Rubio, E. (2009). "Naturalizing the environment. Perceptual frames, senses and resistance". *Journal of Material Culture*, 14(2), 147-167.
- Ruiz González, C. (2011). "Alimentación y estraperlo durante el primer franquismo en la comarca de Toro (1936-1941)". *Studia Zamorensia*, 10, 155-188.
- Rundgren, G. (2003). "Introduction". En C. Westermayer, y B. Geier (Eds.), *The organic guarantee system. The need and strategy for harmonisation and equivalence* (pp. 6-7). Bonn, Alemania: IFOAM - FAO - UNCTAD.
- Rutherford, S. (2007). "Green governmentality: insights and opportunities in the study of nature's rule". *Progress in Human Geography*, 31(3), 291-307.
- Sabuco Cantó, A. (2004). *La isla del arroz amargo: andaluces y valencianos en las marismas del Guadalquivir*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- San Miguel Ayanz, A. (1994). *La dehesa española: origen, tipología, características y gestión*. Madrid: ETSIM - Fundación Conde del Valle de Salazar.
- Sánchez Marroyo, F. (1993). *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*. Villanueva de la Serena: Asamblea de Extremadura.
- Sanders, T. y West, H. (2003). "Power revealed and concealed in the new world order". En H. West y T. Sanders (Eds.), *Transparency and conspiracy. Ethnographies of suspicion in the new world order* (pp. 1-37). Durham, Estados Unidos: Duke University Press.
- Santamarina Campos, B. (2006). *Ecología y poder. El discurso medioambiental como mercancía*. Madrid: Catarata.
- (2009). "De parques y naturalezas. Enunciados, cimientos y dispositivos". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXIV(1), 297-324.
- Santamarina Campos, B. y Beltran Costa, O. (2016). "Heritage and knowledge: Apparatus, logic and strategies in the formation of heritage". *Anthropological Forum*, 26(4), 397-414.
- Santamarina Campos, B., Vaccaro Ribó, I. y Beltran Costa, O. (2015). "The sterilization of eco-criticism: From sustainable development to green capitalism". *Anduli. Revista andaluza de ciencias sociales*, 14, 13-28.
- Saunders, F. (2016). "Complex shades of green: Gradually changing notions of the 'good farmer' in a Swedish context". *Sociologia Ruralis*, 56(3), 391-407.
- Schmid, O. (2007). "Development of standards for organic farming". En W. Lockeretz (Ed.), *Organic farming. An international history* (pp. 152-174). Wallingford, Reino Unido, y Cambridge, Estados Unidos: CAB International.
- Schrawers, A. (2003). "Through a glass darkly: Charity, conspiracy, and power in New Order Indonesia". En H. West y T. Sanders (Eds.), *Transparency and conspiracy*.

- Ethnographies of suspicion in the new world order* (pp. 125-147). Durham, Estados Unidos: Duke University Press.
- Scoones, I. (1999). "New Ecology and the social sciences: What prospects for a fruitful engagement?". *Annual Review of Anthropology*, 28, 479-507.
- Scott, J. C. (1976). *The moral economy of the peasant: Rebellion and subsistence in Southeast Asia*. New Haven, Estados Unidos: Yale University Press.
- (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*. New Haven, Estados Unidos, y Londres, Reino Unido: Yale University Press.
- (1998). *Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven, Estados Unidos: Yale University Press.
- Sevilla Guzmán, E. (1980). "Reflexiones teóricas sobre el concepto sociológico de latifundismo". En A. de Barros (Ed.), *A agricultura latifundiária na península Ibérica* (pp. 29-46). Oeiras, Portugal: Instituto Gulbenkian de Ciência.
- (2006). *De la sociología rural a la agroecología*. Barcelona: Icaria.
- Sharma, A. y Gupta, A. (2006). "Introduction: Rethinking theories of the State in an era of globalization". En A. Sharma y A. Gupta (Eds.), *The anthropology of the state. A reader* (pp. 1-41). Oxford, Reino Unido: Blackwell.
- Shibutani, T. (1966). *Improvised news: A sociological study of rumor*. Indianapolis, Estados Unidos: Bobbs-Merrill.
- Shore, C. y Wright, S. (2011). "Conceptualising policy: Technologies of governance and the politics of visibility". En C. Shore, S. Wright y D. Peirò (Eds.), *Policy worlds: anthropology and the analysis of contemporary power* (pp. 1-26). Oxford, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Berghahn.
- Shucksmith, M. (1993). "Farm household behaviour and the transition to post-productivism". *Journal of Agricultural Economics*, 44, 466-478.
- Silva, L. (2015). "Foucault in the landscape: Questioning governmentality in the Azores". *Landscape Research*, 40(4), 397-410.
- Silva, M. C. (1998). *Resistir e adaptar-se. Constrangimentos e estratégias camponesas no Noroeste de Portugal*. Oporto, Portugal: Afrontamento.
- Silva Pérez, R. (1996). *Las políticas ganaderas de la Unión Europea. Aplicación y aplicabilidad en Andalucía*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- Silva Pérez, R. y Ojeda Rivera, J. F. (2001). "La Sierra Morena sevillana, a la sombra de la urbe y el mercado". *Ería*, 56, 255-275.
- Silvasti, T. (2003). "The cultural model of 'the good farmer' and the environmental question in Finland". *Agriculture and Human Values*, 20(2), 143-150.
- Simón, M. A., Cadenas, R., Gil-Sánchez, J. M., López-Parra, M., García, J., Fernández, L., ... López, G. (2009). "Conservation of free-ranging Iberian lynx (*Lynx pardinus*) populations in Andalusia". En A. Vargas, C. Breitenmoser-Würsten y U. Breitenmoser (Eds.), *Conservación ex situ del lince ibérico: un enfoque multidisciplinar* (pp. 45-55). Madrid: Fundación Biodiversidad.
- Singh, N. M. (2013). "The affective labor of growing forests and the becoming of environmental subjects: Rethinking environmentality in Odisha, India". *Geoforum*, 47, 189-198.
- Stavrakakis, Y. (2000). "On the emergence of green ideology: The dislocation factor in green politics". En D. Howarth, A. Norval y Y. Stavrakakis (Eds.), *Discourse theory and political analysis: Identities, hegemonies and social change* (pp. 100-118). Manchester, Reino Unido: Manchester University Press.

- Stevenson, A. C. y Harrison, R. J. (1992). "Ancient forests in Spain: A model for land-use and dry forest management in South-west Spain from 4000 BC to 1900 AD". *Proceedings of the Prehistoric Society*, 58, 227-247.
- Stock, P. (2007). "'Good farmers' as reflexive producers: An examination of family organic farmers in the US Midwest". *Sociologia Ruralis*, 47(2), 83-102.
- Strathern, M. (2000). "Introduction: New accountabilities". En M. Strathern (Ed.), *Audit cultures. Anthropological studies in accountability, ethics, and the academia* (pp. 1-18). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Studer Villazán, L. (2013). *La cuestión agraria en el Estado español: la pervivencia de la semifeudalidad en la Sierra Norte de Sevilla (1939-1959)*. Málaga: Libreando Ediciones - Baladre - Zambra Iniciativas Sociales.
- Sutherland, L. A. (2013). "Can organic farmers be 'good farmers'? Adding the 'taste of necessity' to the conventionalization debate". *Agriculture and Human Values*, 30(3), 429-441.
- Sutherland, L. A. y Darnhofer, I. (2012). "Of organic farmers and 'good farmers': Changing habitus in rural England". *Journal of Rural Studies*, 28(3), 232-240.
- Talego Vázquez, F. (1996). *Cultura jornalera, poder popular y liderazgo mesiánico. Antropología política de Marinaleda*. Sevilla: Fundación Blas Infante.
- (1996b). *Entre el trabajo y los subsidios. Los jornaleros de Lebrija*. Lebrija: Hermandad de los Santos.
- Talego Vázquez, F., Del Río Sánchez, A. y Coca Pérez, A. (2016). "¿Patrimonio natural o recurso productivo? El conflicto ambiental en Sierra Pelada en torno al buitre negro". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXXI(2), 467-486.
- Thomas, E., Riley, M. y Spees, J. (2019). "Good farming beyond farmland – Riparian environments and the concept of the 'good farmer'". *Journal of Rural Studies*, 67, 111-119.
- Thompson, E. P. (1967). "Time, work discipline, and industrial capitalism". *Past and Present*, 38, 56-97.
- (1978). "Eighteenth-century English society: class struggle without a class?". *Social History*, 2(3), 133-165.
- (1981). *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica. Obra original publicada en 1978.
- (1984a). "El delito de anonimato". En E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (pp. 173-238) (2ª ed. en español). Barcelona: Crítica. Obra original publicada en 1975.
- (1984b). "La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII". En E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (pp. 62-134) (2ª ed. en español). Barcelona: Crítica. Obra original publicada en 1971.
- (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1ª ed. en español de la 2ª ed. en inglés). Madrid: Capitán Swing. Obra original publicada en 1963.
- Thompson, P. B. (1995). *The spirit of the soil. Agriculture and environmental ethics*. Londres, Reino Unido: Routledge.
- Toledo, V. (1993). "La racionalidad ecológica de la producción campesina". En M. González de Molina y E. Sevilla Guzmán (Eds.), *Ecología, campesinado e historia* (pp. 199-218). Madrid: Editorial La Piqueta.
- (2015). "¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad? Una propuesta ecológico política". *Interdisciplina*, 3(7), 35-55.

- Tsing, A. (2005). *Friction. An ethnography of global connection*. Princeton, Estados Unidos, y Oxford, Reino Unido: Princeton University Press.
- Tsouvalis, J., Seymour, S. y Watkins, C. (2000). "Exploring knowledge-cultures: Precision farming, yield mapping, and the expert-farmer interface". *Environment and Planning A*, 32(5), 909-924.
- Vacher, J. (1983). "Las dehesas de la Sierra Norte en la problemática de los entornos mediterráneos". *Revista de Cazalla. Verano y fiestas 1983*, s. p.
- Valcuende del Río, J. M., Quintero Morón, V. y Cortés Vázquez, J. A. (2011). "Naturalezas discursivas en espacios protegidos". *AIBR*, 6(1), 27-56.
- Valladares Ros, F. (2007). "El hábitat mediterráneo continental: un sistema humanizado, cambiante y vulnerable". En M. Paracuellos (coord.), *Ambientes mediterráneos. Funcionamiento, biodiversidad y conservación de los ecosistemas mediterráneos*. Almería: Diputación de Almería.
- van der Ploeg, J. D. (1985). "Patterns of farming logic, structuration of labour and impact of externalization. Changing dairy farming in Northern Italy". *Sociologia Ruralis*, 25(1), 5-25.
- (2010). *Nuevos campesinos. Campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: Icaria. Obra original publicada en 2008.
- van Velsen, J. (1979). "The extended-case method and situational analysis". En A. L. Epstein (Ed.), *The craft of social anthropology* (pp. 129-149). Exeter, Reino Unido: Pergamon Press. Obra original publicada en 1967.
- Vehkamäki, S. (2005). "The concept of sustainability in modern times". En A. Jalkanen y P. Nygren (Eds.), *Sustainable use of renewable natural resources -from principles to practices* (pp. 23-35). Helsinki, Finlandia: University of Helsinki.
- Velasco, H. y Díaz de Rada, A. (2006). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela* (5ª ed.). Madrid: Trotta. Obra original publicada en 1997.
- Vergunst, J. (2012). "Farming and the nature of landscape: Stasis and movement in a regional landscape tradition". *Landscape Research*, 37(2), 173-190.
- Villalba Ramos, A. (2009). "La roturación de las Solanas del Valle". *Revista de Cazalla. Verano y fiestas 2009*, 7-13.
- Vogt, G. (2007). "The origins of organic farming". En W. Lockeretz (Ed.), *Organic farming. An international history* (pp. 9-29). Wallingford, Reino Unido, y Cambridge, Estados Unidos: CAB International.
- Voloshinov, V. N. (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza. Obra original publicada en 1929.
- VV.AA. (1998). *Guía natural de Cazalla de la Sierra*. Sevilla: Ayuntamiento de Cazalla de la Sierra.
- Warde, P. (2018). *The invention of sustainability: Nature and destiny, c. 1500-1870*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (2ª reimpresión de la 2ª ed. en castellano). Fondo de Cultura Económica. Obra original publicada en 1922.
- West, H. y Sanders, T. (Eds.) (2003). *Transparency and conspiracy. Ethnographies of suspicion in the new world order*. Durham, Estados Unidos: Duke University Press.
- West, P. (2010). "Making the market: Specialty coffee, generational pitches, and Papua New Guinea". *Antipode*, 42(3), 690-718.

- Whitehouse, A. (2009). “A disgrace to a farmer’. Conservation and agriculture on a nature reserve in Islay, Scotland”. *Conservation and Society*, 7(3), 165-175.
- — — (2015). “Anthropological approaches to conservation conflicts”. En S. Redpath, R. Gutiérrez, K. Wood y S. Young (Eds.), *Conflicts in conservation. Navigating towards solutions* (pp. 94-104). Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Wilson, G. A. (2001). “From productivism to post-productivism... and back again? Exploring the (un)changed natural and mental landscapes of European agriculture”. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 26(1), 77-102.
- Wilson, G. A. y Burton, R. (2015). “Neo-productivist’ agriculture: Spatio-temporal versus structuralist perspectives”. *Journal of Rural Studies*, 38, 52-64.
- Žižek, S. (1990). “Beyond discourse-analysis”. En E. Laclau, *New reflections on the revolution of our time* (pp. 249-260). Londres, Reino Unido, y Nueva York, Estados Unidos: Verso.
- — — (1999). *The sublime object of ideology* (8ª reimpresión de la 1ª ed.). Londres, Reino Unido: Verso. Obra original publicada en 1989.
- — — (2003). “Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional”. En F. Jameson y S. Žižek, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (pp. 137-188) (2ª reimpresión de la 1ª ed. en castellano). Buenos Aires, Argentina: Paidós. Obra original publicada en 1997.
- — — (2008). *The plague of fantasies* (2ª ed.). Londres, Reino Unido: Verso. Obra original publicada en 1997.
- — — (2009). *First as tragedy, then as farce*. Londres, Reino Unido: Verso.

* * *

FUENTES

1. Archivos

Archivo Municipal de Cazalla de la Sierra (AMCS)

Legajo 306 (Expedientes de abastecimiento, 1940-1942)

Legajo 670 (Documentos y expedientes varios, 1952-1965)

Legajo 671 (Documentos y expedientes varios, 1965-1982)

Padrón de Contribución Rústica. Año 2012

Archivo Histórico Provincial de Sevilla (AHPS)

Legajo 17.530 (Expedientes para la expropiación de terrenos en la cuenca del Viar)

Archivo de la cooperativa olivarera La Purísima

Libro de Actas I

2. Legislación

Comunitaria

Reglamento (CE) nº 834/2007 del Consejo de 28 de junio de 2007 sobre producción y etiquetado de los productos ecológicos y por el que se deroga el Reglamento (CEE) nº 2092/91

Reglamento (CE) nº 889/2008 de la Comisión de 5 de septiembre de 2008 por el que se establecen disposiciones de aplicación del Reglamento (CE) nº 834/2007 del Consejo sobre producción y etiquetado de los productos ecológicos, con respecto a la producción ecológica, su etiquetado y su control

Estatal

Ley 27/1971, de 21 de julio, sobre comarcas y fincas mejorables

Decreto 694/1972, de 9 de marzo, por el que se declara de interés social la actuación del IRYDA en la comarca denominada "Sierra Norte", de la provincia de Sevilla

Decreto 3429/1973, de 21 de diciembre, por el que se aprueba el Plan Comarcal de Mejoras de "Sierra Norte" (Sevilla)

Real Decreto 1632/2011, de 14 de noviembre, por el que se regula la alimentación de determinadas especies de fauna silvestre con subproductos animales no destinados a consumo humano

Real Decreto 202/2012, de 23 de enero, sobre la aplicación a partir del 2012 de los pagos directos a la agricultura y a la ganadería

Real Decreto 4/2014, de 10 de enero, por el que se aprueba la norma de calidad para la carne, el jamón, la paleta y la caña de lomo ibérico

Autonómica

Ley 2/1989, de 18 de julio, por la que se aprueba el inventario de espacios naturales protegidos de Andalucía, y se establecen medidas adicionales para su protección

Decreto 120/1994, de 31 de mayo, por el que se aprueba el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales y el Plan Rector de Uso y Gestión del Parque Natural Sierra Norte de Sevilla

Decreto 80/2004, de 24 de febrero, por el que aprueban el Plan de Ordenación de los Recursos Naturales y el Plan Rector de Uso y Gestión del Parque Natural Sierra Norte de Sevilla

Orden de 25 de febrero de 2008, por la que se establecen las bases reguladoras de la concesión de ayudas para la gestión forestal sostenible de los montes en el ámbito de la Comunidad Autónoma de Andalucía, y se efectúa su convocatoria para el año 2008 [Consejería de Medio Ambiente]

Orden de 22 de junio de 2009, por la que se establecen los requisitos legales de gestión y las buenas condiciones agrarias y medioambientales que deben cumplir los agricultores y ganaderos que reciban pagos directos en el marco de la política agrícola común, los beneficiarios de determinadas ayudas de desarrollo rural, y los agricultores que reciban ayudas en virtud de programas de apoyo a la reestructuración y reconversión y a la prima por arranque del viñedo [Consejería de Agricultura y Pesca]

Orden de 24 de marzo de 2011, por la que se aprueban en la Comunidad Autónoma de Andalucía las bases reguladoras para la concesión de subvenciones a las Submedidas Agroambientales en el marco del Programa del Desarrollo Rural de Andalucía 2007-2013, y se efectúa su convocatoria para el año 2011 [Consejería de Agricultura y Pesca]

Orden de 9 de marzo de 2012, por la que se prorroga la vigencia de los Planes Rectores de Uso y Gestión de los Parques Naturales Despeñaperros, Sierra Mágina, Bahía de Cádiz, Sierra Norte de Sevilla, Los Alcornocales, Sierra de Huétor y Sierra de Baza, aprobados por Decreto 56/2004, de 17 de febrero; Decreto 57/2004, de 17 de febrero; Decreto 79/2004, de 24 de febrero; Decreto 80/2004, de 24 de febrero; Decreto 87/2004, de 2 de marzo; Decreto 100/2004, de 9 de marzo y Decreto 101/2004, de 9 de marzo respectivamente [Consejería de Medio Ambiente]

Orden de 16 de marzo de 2012, por la que se establecen las bases reguladoras de la concesión de subvenciones para la Gestión Sostenible del Medio Natural, en el ámbito de la Comunidad Autónoma de Andalucía, y se efectúa la convocatoria para el año 2012 [Consejería de Medio Ambiente]

Orden de 29 de mayo de 2015, por la que se aprueban en la Comunidad Autónoma de Andalucía las bases reguladoras para la concesión de subvenciones a la Medida 11: Agricultura Ecológica, incluida en el Programa de Desarrollo Rural de Andalucía 2014-2020, y se efectúa su convocatoria para el año 2015 [Consejería de Agricultura y Pesca]

3. Publicaciones periódicas

ABC de Sevilla

El Chorrillo. Hoja de información local

La Plaza Información [publicación online]

4. Materiales audiovisuales

CD *Anacrónicos. Desde el corazón de Sierra Morena*. Juan Muñoz (2010)

CD *Las almas de la fosa*. Manuel Céspedes y Juan Muñoz (2014)

5. Otros

Consejería de Agricultura y Pesca (Junta de Andalucía). *PDR de Andalucía 2007-2013 (versión 7)*

Consejería de Agricultura y Pesca (Junta de Andalucía). *Zonificación de la producción ecológica por OCA*

IECA (Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía). *Estadística de usos y coberturas vegetales del suelo* (2007)

IECA. *Datos por municipio del Censo agrario 2009 (Instituto Nacional de Estadística)*

INE (Instituto Nacional de Estadística). *Censo agrario 2009*

Ministerio de Agricultura (Gobierno de España). *Anuarios de agricultura ecológica* (2001-2017)

GLOSARIO AGRARIO (Y) LOCAL

“acomodao/á”	antiguamente, obrero/a residente en la finca donde trabaja
“agostaero”	parcela de uso no pecuario a la que se desplaza el ganado en los meses estivales
“aguaó”	obrero, normalmente de corta edad, encargado de acercar agua a sus compañeros (sobre todo, en la corcha)
“maquila”	parte del producto de una actividad de transformación (molienda, producción de derivados del cerdo ibérico) con la que el cliente paga por ella
“arcausí”	alcachofa
arroba	medida de peso y capacidad, equivalente a 11,5 kilos y 16 litros respectivamente
“barbechá”	realizar el primer arado
bestia	animal de tiro y/o carga
bichera	miasis, enfermedad parasitaria del ganado
bicho	animal (sobre todo, referido al ganado)
“biergo”	bieldo, herramienta de madera formada por un palo y un cabezal rematado por cuatro puntas que se usaba, por lo general, para aventar el grano durante la trilla
cabañas	parte del sueldo que los obreros fijos cobraban en especie
cálida	fértil (dicho del ganado)
cao	acequia
chaparrera	matorral de quercíneas
chasca	desecho, basura
chícharo	judía
chivo	cabrito
chocho	altramuz
cobre	mineral de cobre que se usa disuelto con agua y pulverizado para prevenir algunas enfermedades en las hortalizas
collera	pareja (de animales o de personas) que realiza un determinado trabajo agrario
coloniantes/as	antiguos semiproletarios residentes en las Colonias de Galeón
corcha	temporada de saca del corcho
“cordé”	tipo de vía pecuaria
“corredó”	intermediario entre ganaderos y compradores foráneos de ganado
cortijeros/as	antiguos campesinos, productores agrarios que residían en el campo
cuadrilla	grupo de obreros/as que realizan un trabajo agrario
cuartela	puesto de venta en la plaza de abastos local
“curá”	administrar un producto fitosanitario
“dá de mano”	finalizar la jornada laboral
“desvaretá”	quitar los brotes de ramas de un olivo

fanega	medida de peso y de superficie (1 fanega de tierra = 0,64 hectáreas)
friajón	judía
“ganaero/a”	productor/a de ganado; antiguamente, obrero encargado de alguno de los distintos ganados de una finca
gasto de la casa	autoconsumo doméstico
“gradeá”	realizar un arado dirigido a eliminar las primeras malas hierbas que nacen tras el brote del cultivo
greñas	cereal segado pero no trillado aún
harina	tipo de pienso convencional que se presenta en polvo
“hilá”	hilera
“juntaó”	obrero encargado de centralizar en montones las planchas de corcho extraídas los sacaores
“lejío”	ejido, basurero situado a las afueras del núcleo urbano
“mantenío”	situación laboral derivada del cobro de parte del salario en especie
“márcola”	poda del olivo
“mirdeo”	mildiu, enfermedad producida por varios tipos de hongo...
montanera	periodo durante el que los cochinos aprovechan la bellota caída de la arboleda
monte	matorral
“pariera”	tanda de nacimientos en una piara
pela	corte de la lana de la oveja
piara	conjunto de animales de una misma especie (ovejas, cabras, cerdos) agrupados con fines productivos
porquero	obrero encargado del cuidado de los cochinos de una finca
“rajaó”	obrero encargado de cortar las planchas de corcho para facilitar su transporte
ranchero/a	antiguos semiproletarios residentes en los ex-comunales de las Solanas del Valle y los Llanos de Santiago; también, obrero encargado de cocinar para la cuadrilla
regajo	pequeño arroyo
“sacaó”	obrero que saca el corcho
“sahurda”	establo de cochinos
“sisco”	cisco, carbón vegetal menudo
taco	pienso convencional con forma cilíndrica
“tersiá”	realizar el segundo arado
terrazgo	parcela arrendada en aparcería y, también, parte del producto en ella obtenido que se entregaba al arrendador
“torva”	en una agroindustria, lugar donde se deposita la materia prima para iniciar el proceso de transformación
“traspelo”	estraperlo
una mijita	un poquito
“versa”	veza

ACRÓNIMOS Y OTRAS SIGLAS

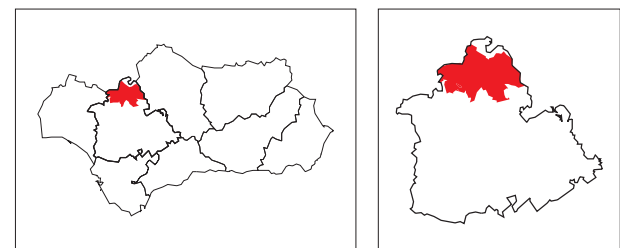
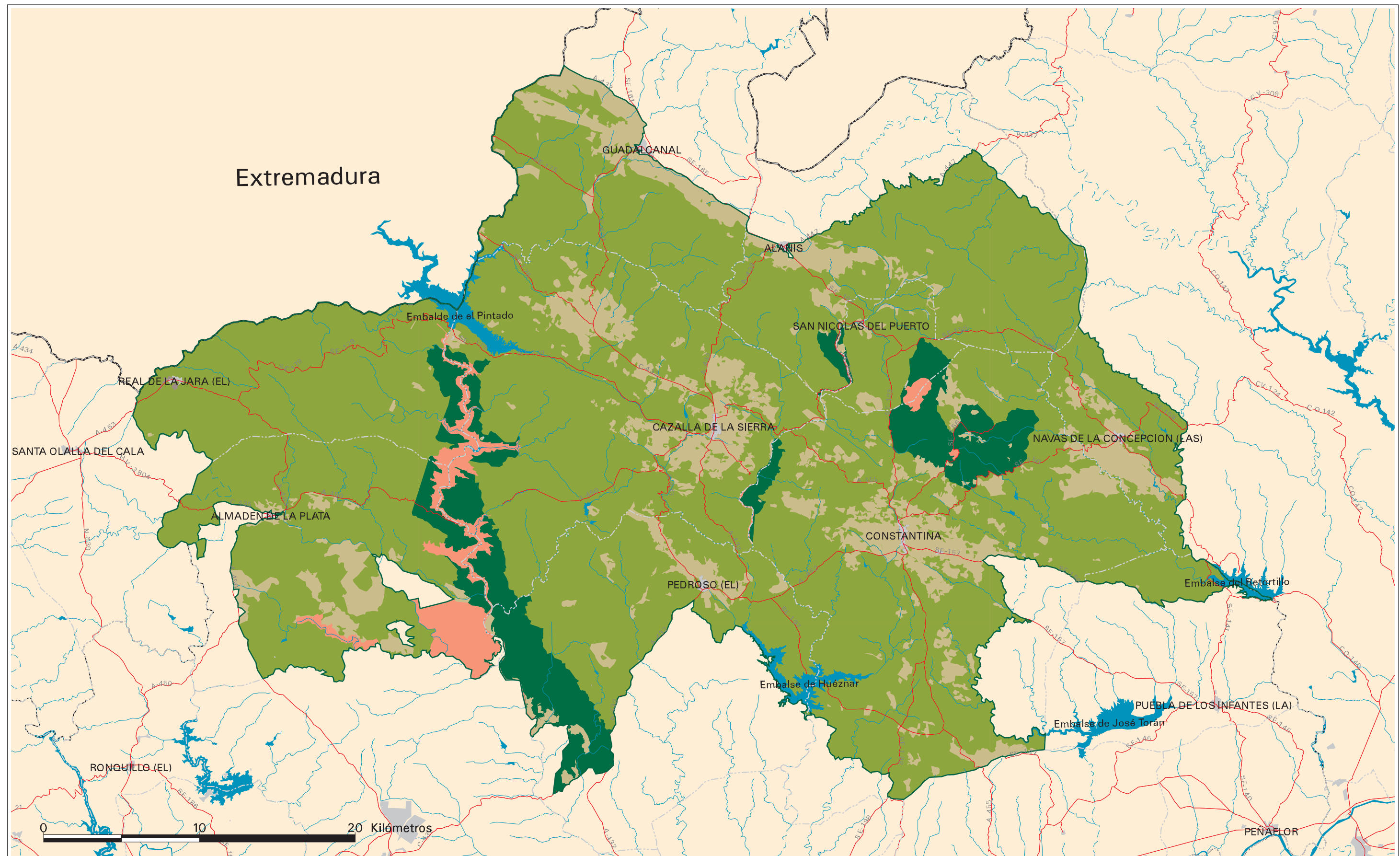
ADR	Asociación de Desarrollo Rural
ADSG	Asociación de Defensa Sanitaria Ganadera
AMA	Agencia de Medio Ambiente
ASAGA	Asociación de Agricultores y Ganaderos de Andalucía
ASAJA	Asociación Agraria de Jóvenes Agricultores
CAAE	Consejo Andaluz de Agricultura Ecológica (antes, Comité Andaluz de Agricultura Ecológica)
CAT	Comisaría General de Abastecimientos y Transportes
CEE	Comunidad Económica Europea
CMMAD	Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COAG	Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos
ECU	unidad monetaria europea (European currency unit)
FEADER	Fondo Europeo Agrícola de Desarrollo Rural
FEGA	Fondo Español de Garantía Agraria
FET-JONS	Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FSC	Consejo de Administración Forestal (Forest Stewardship Council)
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (General Agreement on Tariffs and Trade)
ICONA	Instituto para la Conservación de la Naturaleza
IFOAM	Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Ecológica (International Federation of Organic Farming Movements)
IRYDA	Instituto Nacional de Reforma y Desarrollo Agrario
IVA	impuesto sobre el valor añadido
JCCRI	Junta Central de Colonización y Repoblación Interior
JLA	Junta Local Agrícola
LEADER	Vínculos entre Acciones de Desarrollo de la Economía Rural (Liaison entre Actions de Développement de l'Economie Rurale)
MaB	Programa sobre el Hombre y la Biosfera (Man and the Biosphere Programme)
MAPAMA	Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medio Ambiente
OCM	organización común de mercado
ONG	organización no gubernamental
ONU	Organización de las Naciones Unidas
PAC	Política Agrícola Común
PDR	Programa de Desarrollo Rural
PDS	Plan de Desarrollo Sostenible
PFE	Patrimonio Forestal del Estado

PN	parque natural
PP	Partido Popular
PRR	Partido Republicano Radical
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PTE	Partido del Trabajo de España
RAE	Real Academia Española
REASS	Régimen Especial Agrario de la Seguridad Social
SAU	superficie agraria útil
SDA	Subsidio por Desempleo Agrario
SEA	Servicio de Extensión Agraria
SENPA	Servicio Nacional de Productos Agrarios
SNT	Servicio Nacional del Trigo
SOC	Sindicato de Obreros del Campo
UE	Unión Europea
UGM	unidad ganadera mayor
UICN	Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization)
WWF	Fondo Mundial para la Naturaleza (World Wildlife Fund for Nature)

ANEXO 1

Zonificación del territorio del PN Sierra Norte de Sevilla

Extraído del PORN aprobado por el Decreto 80/2004, de 24 de febrero (Junta de Andalucía. Consejería de Medio Ambiente)



- Leyenda
- Zonas A. Zonas de reserva
 - Zonas B1. Zonas forestales de elevado interés ecológico
 - Zonas B2. Zonas forestales de singular valor paisajístico y ambiental
 - Zonas C. Zonas de regulación común

Plan de Ordenación de los Recursos Naturales
del Parque Natural Sierra Norte de Sevilla

Zonificación
(Cartografía de síntesis)

